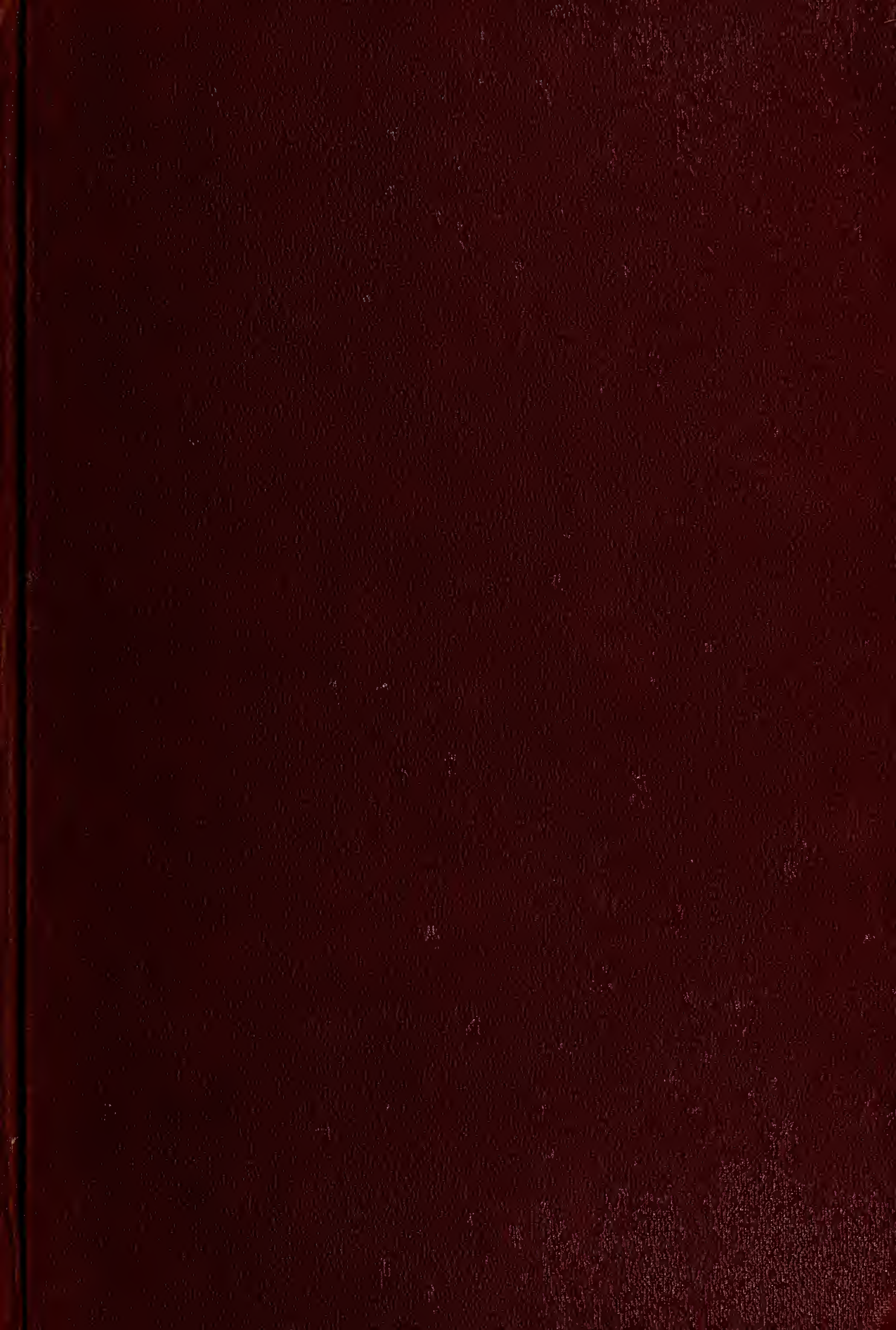



IMPRENTA ENCUADERNACIÓN Y FÁBRICA DE LIBROS PARA EL COMERCIO
P. fernández y Ca.
OBISPO 17.—HABANA

CUBA CONTEMPORÁNEA

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:

CARLOS DE VELASCO

AÑO II

TOMO VI

(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1914)

DIRECCIÓN:
LEALTAD, 94, ALTOS
HABANA
CUBA

REDACTORES:

Julio Villoldo.
Mario Guiral Moreno.
José S. de Sola.
Max Henríquez Ureña.
Ricardo Sarabasa.

Cuba Contemporánea

AÑO II

Tomo VI. Habana, septiembre de 1914. Núm. I.

RAÍCES DEL MAL

LOS DOS REMEDIOS

> Por razón de la educación que un pueblo se da, es capaz de gobernarse, probando así que es digno de ser libre; por igual razón de educación, se condena un pueblo a estar falto de iniciativa y a no cuidarse de otra cosa más que de elegir a los intrigantes que se disputan el honor de pensar y de obrar por él.
>
> CONDORCET.

Cuando en el mes de febrero último bosquejábamos nuestro anterior artículo sobre este mismo tema, nos hicimos el propósito, con el fin de reforzar ese trabajo, de hacer tres citas siguiendo un riguroso orden cronológico.

La primera, tomada de la novela de costumbres cubanas *Cecilia Valdés o La loma del Angel,* por Cirilo Villaverde; la segunda, de la interesante obra *La Havane,* por la Condesa de Merlin, y la tercera y última, del libro *Cuba y su evolución colonial*, por Francisco Figueras.

Pudimos cumplir nuestro propósito con las dos primeras; nos faltó tiempo y espacio para la cita referente al libro del señor Figueras.

***

En 1907, pocos meses después de aquella *alferecía nacional* que nos atacó en 19 de agosto de 1906, poniendo en grave ries-

go la incipiente nacionalidad cubana, apareció en esta capital una obra rotulada *Cuba y su evolución colonial.*

En otro país un libro de la índole del citado hubiera provocado una tempestad, ya en un sentido, ya en otro; pues como dice muy bien el Dr. Fernando Ortiz (1), "El libro de Figueras, es rudo como un puñetazo".

No vamos a entrar en la crítica de esa obra; de acuerdo con nuestras personales tendencias, creemos que libros de esa naturaleza son beneficiosos cuando se encaminan a despertar, a estimular al pueblo, a provocar una reacción que contribuya a afianzar, a robustecer el sentimiento de la nacionalidad.

Cuando no se tiene ese propósito; cuando tan sólo se persigue rebajarnos ante propios y extraños, y a suspirar por "ingerencias de algún vecino", o por imposibles y no deseadas "incorporaciones", entonces se convierten en *envenenadores de la conciencia pública,* en fomentadores de ese morboso pesimismo que con tanta dureza y razón fustigó nuestro compañero el Sr. José Sixto de Sola, en el número de diciembre del año pasado de CUBA CONTEMPORÁNEA.

El señor Figueras tiene en su obra un capítulo que lleva por epígrafe *Virtudes y Vicios* (2), el cual demuestra un gran conocimiento del medio y un profundo análisis psicológico de los rasgos más salientes que informan el carácter cubano.

En uno de los párrafos de ese capítulo dice el autor lo siguiente:

> ... Pero esta materia de la crianza y educación de los hijos es de suyo tan importante y se conduce en Cuba por caminos tan desviados y torcidos, que su estudio merece capítulo aparte...

Y, efectivamente, le dedica casi íntegro el último capítulo de la obra (3), el XIV, que tiene por título *La mujer cubana.*



Se sostiene por muchos que no es elegante, y mucho menos literario, prodigar las citas; sobre todo, cuando éstas son muy

(1) Véase el libro *Entre cubanos*, por Fernando Ortiz, capítulo V, págs. 27-30.
(2) *Cuba y su evolución colonial*, capítulo VI, págs. 210-35.
(3) *Op. cit.:* págs. 420-41.

extensas. Y nosotros pensamos lo mismo. Pero cuando no se pretende hacer labor literaria, ni elegante, sino obra didáctica, obra de propaganda, de mejoramiento social, entonces se prescinde de estos cánones, y se prodigan y multiplican las citas, si con ellas se obtiene el fin que el autor se propone: aclarar la materia cuanto sea posible.

Por eso, y como complemento de lo dicho por nosotros en el trabajo publicado en el número de CUBA CONTEMPORÁNEA correspondiente al mes de marzo último, vamos a reproducir lo que dice el señor Figueras en las páginas 424 y 425 de su ya citada obra:

> ... De esa afección maternal que tiene la ciega tiranía de un instinto, nace y se origina esa condescendencia indiscreta y ese mimo exagerado que suelen ser su regla de conducta para el régimen y crianza de sus hijos. Esa adulteración del cariño, que en el fondo no es más que una verdadera reminiscencia de los instintos egoístas que informaron nuestra vida primitiva, y que la educación y la cultura no han logrado todavía descuajar, se manifiesta en ella por mil modos diferentes. La caricia constante y prolongada; la vista fija a todos sus caprichos; la obediencia ciega a todos sus antojos; dulces y juguetes en cantidad desenfrenada; juegos y bullicio a todas horas, y aun, si por rarísimo acaso, ha lugar una corrección, el beso secando a la carrera las lágrimas por aquélla suscitada.
>
> De esta manera tan desconsiderada como irracional, las madres llegan a convertir a su hijo en un tiranuelo de baba y moco, que no tiene más ley que su voluntad ni más freno que sus necesidades físicas de hambre, sed y sueño. Y de esta manera también se ha inculcado en el alma infantil el germen de todos esos vicios, que tienen su asiento natural dondequiera que se profese y practique la tiranía, aunque sea en forma pueril y diminuta...

Y si ésta ha sido la característica de la educación de la niñez cubana, ¿es de extrañar que los adultos, al ingresar en la vida pública, procedan en consonancia con esos hábitos adquiridos en sus primeros años?

Todos esos políticos audaces, ambiciosos, imprevisores, sólo atentos a su bienestar y a su medro personal, ¿qué son, sino seres acostumbrados, desde los primeros años de su vida, a ejecutar siempre su capricho y su voluntad?

***

El mejoramiento de la educación familiar, es, a nuestro juicio, una de las medidas que, una vez tomada, transformaría radicalmente la fisonomía de nuestro pueblo.

Su situación política y social, en vez de ofrecer horizontes más claros, lejanías menos brumosas, tiende, hasta cierto punto, a obscurecerse y encapotarse, debido, precisamente, a la carencia de hábitos políticos, de normas educadoras mejor dirigidas y encaminadas.

El pueblo cubano nacido a la vida libre en los albores del siglo xx, garantizado por una de las más potentes y altruístas naciones del mundo, y en magníficas condiciones económicas para haber emprendido su ruta por una amplia vía desbrozada de obstáculos y abrojos, se ha empeñado en acumular en su camino una serie de trabas y valladares que, a poco que sigan aumentando, han de producir, si no funestos resultados, por lo menos un retardo considerable en lo que debiera ser su marcha progresiva y triunfal.

La mezquina política de campanario y de incurables personalismos, puesta en práctica por todos los llamados "partidos políticos"; la falta de ideales nobles y levantados en la inmensa mayoría de los ciudadanos; la visión de tiranías que no existen más que en la ofuscada mente de algunos; la debilidad ingénita de buena parte, de la casi totalidad de los hombres de gobierno de todas las situaciones; la falta de clarividencia por parte de éstos para darse cuenta de ciertos escollos que hay que sortear con habilidad y con la mente puesta en alto; las pavorosas crisis económicas engendradas, en parte, por la incurable imprevisión de gobernantes y gobernados, que parecen tener la errónea creencia de que los ingresos de la República no han de agotarse, son, entre muchos, los más serios entorpecimientos que en la hora presente se ofrecen a nuestra consideración.

¿De qué manera pueden conjurarse estos peligros?

Educando a las nuevas generaciones, inculcándoles hábitos de disciplina privada y pública, antes que nada; enseñando a los niños, tanto en el hogar como en la escuela, a ser ordenados, respetuosos, económicos y patriotas.

Es necesario que ese morboso espíritu de rebeldía que aun subsiste en una buena parte de la población de Cuba, se vaya

transformando en un sentimiento nacionalista cada vez más firme y arraigado.

El ejemplo que Europa nos ofrece debe servir de provechosa lección para los ciudadanos de nuestra joven e impresionable república: la única defensa de los pueblos débiles es su amor a la patria, a la nacionalidad.

Los belgas, holandeses y suizos combatiendo por su independencia, o aprestándose a hacerlo en aras de ella, son el mejor ejemplo objetivo que puede presentársele a nuestro pueblo. Cuatrocientos mil cubanos dispuestos a combatir por su independencia, valen más que todos los tratados y promesas de respetar su neutralidad.

***

El problema de la educación familiar preocupa a todos los pueblos civilizados del mundo.

Herbert Spencer abordó el tema, de mano maestra, en su notable libro *Education: Intellectual, Moral, and Physical.*

En los comienzos de uno de los capítulos más interesantes de su obra, el III, que tiene por epígrafe *Moral Education,* nos dice lo siguiente:

> En tanto que a diario se ve que con el fin de ganarse la vida se necesita una gran preparación, es creencia de muchos que para educar niños no se requiere preparación alguna (4).

Y que el problema parece tener excepcional importancia en nuestros países latinoamericanos, lo demuestra esta cita que tomamos de la bella novela argentina *Stella,* por César Duayen, seudónimo que oculta el nombre de la escritora Emma de la Barra de Llanos. Esta novela de costumbres argentinas, prologada por el notable escritor italiano Edmundo de Amicis, produjo gran sensación en la sociedad bonaerense. La escritora, al referirse al tema que hoy tratamos, dice lo siguiente:

> A medida que iba entrando más hondo en el conocimiento de aquella típica familia porteña, notaba que los padres se preocupaban de instruir, descuidando el educar; dos cosas distintas.
>
> Y así era que poseyendo corrección en los modales, finura y modera-

---

(4) *Op. cit.:* págs. 161-62.

ción en las palabras, carecían todos en aquella casa de la educación interior, que es la formación, desenvolvimiento, perfeccionamiento de la inteligencia, del carácter, del corazón.

Y poco después añade:

Descubría una sociedad moralmente inadecuada, en la que era absoluta la despreocupación de enseñar y de aprender a pensar; que era ésta la razón por la cual a pesar de la asombrosa facilidad de comprensión y el desarrollo de la facultad intelectiva de los más, tampoco descollaban; por lo cual, mientras en otras partes había tantos hombres superiores con inteligencias mediocres, en ésta había tantos hombres mediocres con inteligencias superiores. Se asombraba ahora mucho menos de que se consideraran todavía como cosas secundarias, el arte, las letras, la misma ciencia; de que la intelectualidad no tuviera su ambiente (5).

Estas consideraciones que la autora pone en la mente de Alejandra Fusller, joven noruega hija de una porteña y de un sabio de Cristianía, la cual, una vez muertos sus padres, va a residir a Buenos Aires en unión de Stella, su hermana pequeña y enfermiza, a casa de sus parientes maternos, ¿no son aplicables a nuestro propio ambiente?

La Condesa de Merlin, a quien ya tuvimos ocasión de citar, ¿no hizo análogas observaciones a su regreso a Cuba, después de varios años de ausencia?

A su vez el conocido escritor venezolano Rafael Silva, publicó en la notable revista caraqueña *El Cojo Ilustrado,* número de 1.° de septiembre de 1907, un artículo titulado *Por la raza y por la patria,* del cual tomamos estos párrafos:

En menos de un mes se han cometido dos crímenes en esta gentil ciudad de Caracas, cuna y asiento de la cultura nacional, originados en su esencia por la malacrianza de esos muchachos que andan por ahí por nuestras calles y avenidas, pregonando ruidosamente cómo no es tan severa la disciplina del hogar y cómo no es bastante provechosa la educación que reciben en las escuelas los chicos que serán futuros ciudadanos de Venezuela.

El escritor describe prolijamente los hechos, y agrega después:

Yo sueño que hay oportunidad en esta hora para siquiera pensar cómo se enseña o cómo se enfrena a esa humanidad de párvulos que anda por

---

(5) *Op. cit.;* pág. 69.

esas calles diciendo y haciendo vulgaridades e insolencias, tiznando las paredes con garabatos y letreros pornográficos, escandalizando en las esquinas, rompiendo cristales de ventanas y faroles, rompiéndose a pedradas entre sí, en uno como ensayo de futura guerra civil; algunos, viciozuelos ya sabios en cosas de lupanar y de garito, otros, menudos rapiñadores delatados por los periódicos cuya venta se han robado: todos pregoneros desconsolantes de que no es tan severa la disciplina del hogar, ni es útil la educación que brindan los maestros de escuela...

En México publicó también hace tiempo otro conocido escritor, un resonante artículo titulado *La debilidad de las madres*. Sentimos no tenerlo a la vista para dar a conocer algunos de sus párrafos más salientes.

Con lo dicho, se ve que el tema es objeto de general preocupación entre los pueblos de nuestra raza y origen; y tan es así, que en Francia, pueblo con el cual guardamos grandes semejanzas, se viene publicando multitud de libros que tienen por única y exclusiva finalidad el estudio de las graves dolencias que ofrece en la actualidad la educación en la familia.

En esa nación, sin embargo, el problema no ofrece los peligros que entre nosotros. Francia es un pueblo que hace tiempo ha salido de la infancia; tiene una vieja tradición y una brillantísima historia. Junto a su amor a la democracia, a la libertad, se encuentran su potencia económica, industrial; sus hábitos de trabajo, de ahorro, que la han hecho una de las naciones más ricas del mundo. Sus estadistas han aprendido las duras enseñanzas de la experiencia, y su indomable patriotismo y ardiente nacionalismo la han puesto a cubierto de todas las asechanzas de sus enemigos internos y externos.

La evolución que se viene operando desde hace fecha en sus sistemas educativos, le ha dado una gran consistencia, que en estos momentos de prueba podrá apreciarse.

¿Ofrecemos nosotros igual línea de resistencia? No; pero podemos ir creándola por medio de la educación de nuestros hijos, de nuestros ciudadanos.

Tenemos la plena seguridad de que en veinte años de labor encaminada a este fin, la fisonomía de nuestro pueblo cambiaría por completo. Creemos que todos nuestros vicios de origen se atenuarían notablemente, llegando algunos a desaparecer a poco que en estos problemas se meditara seria y detenidamente.

Una labor de escuela pública, de colegios netamente cubanos, de prédica universitaria (pues la Universidad también puede y debe educar, aunque otra cosa se diga); una educación familiar más prudente y sabiamente dirigida por los padres y demás familiares, trabajaría maravillas en pocos años.

Pretender que nuestra educación la realicen los norteamericanos, como a cada paso oímos decir, es pueril, ridículo y hasta atentatorio a nuestro decoro nacional.

La educación de Cuba deben realizarla los cubanos, por medio de la palabra hablada y escrita; valiéndose de los buenos ejemplos, de la persuasión y del estímulo.

¿No hemos tenido a un padre Varela, a un José de Luz y Caballero, a un José Antonio Saco? Pues podemos inspirarnos en sus nobles y levantados consejos, en sus sanas doctrinas, en sus vidas ejemplares y dignas.

Hay entre nosotros muchos malos hábitos que desechar, muchos prejuicios que desarraigar, multitud de añejas y perniciosas costumbres que barrer de nuestra vida pública y privada.

Es de todo punto necesario inculcar en nuestra juventud hábitos de mesura y de ahorro, de obediencia y de disciplina.

Hace poco que el señor Presidente de la República ha nombrado una Comisión compuesta de principales figuras de los partidos políticos, para que estudie las causas a que obedece el desmesurado aumento de los presupuestos de la nación. A nuestro juicio, obedece a una sola causa: A NUESTRA DEFICIENTE EDUCACIÓN.

Desde sus más tiernos años el niño cubano se acostumbra, mejor sería decir lo acostumbran, a ser caprichoso, imprevisor, poco ordenado, despilfarrador. De ese modo crece y llega a formar parte de comités, de asambleas, de la Cámara y del Senado, de los demás poderes públicos. Y ¿qué pasa? En todas partes quiere imponer su criterio, su voluntad. De niño no le han enseñado a dominarse, a privarse de dulces, juguetes y placeres; a gastar lo necesario; a vivir de acuerdo y en consonancia con la situación económica de sus padres; éstos, salvo contadas excepciones, fomentan su vanidad, estimulan su presunción, le inculcan ideas falsas acerca de la vida y su proceso.

Acostumbrado a triunfar fácilmente en el seno de la com-

placiente familia, llega luego a la vida pública y en ella quiere hacer lo mismo que en el ambiente familiar. De ahí los hombres sin la debida preparación, al frente de los servicios públicos; las imposiciones y las desmesuradas peticiones de "sinecuras" y destinos, y aun de numerario, para sí y para sus innumerables parientes, amigos y correligionarios.

De niño, dilapidaba el patrimonio familiar; ya hombre y político, despilfarra el tesoro público.

Por ese camino es por donde procede llevar a cabo las investigaciones decretadas.

***

De los innumerables libros franceses dedicados a estudiar esta importantísima materia, hay dos que merecen nuestra particular atención: *La educación en la familia. Los pecados de los padres,* por P. F. Thomas; y los *Niños mal educados,* por Fernando Nicolay.

Al leer y estudiar esos libros, llaman poderosamente la atención los puntos de contacto tan íntimo que existen entre los procedimientos educativos de los padres franceses y los nuestros.

Seguir paso a paso a los dos autores en la exposición y el desarrollo de sus libros, es tarea imposible dentro de los estrechos límites de un artículo. Hay, además, un punto en el cual discrepamos abiertamente del autor Fernando Nicolay. Este le atribuye gran importancia a la enseñanza religiosa en los primeros años de la vida, hasta el punto de decir:

> ¡En el momento en que se despiertan las pasiones, cuando se hace sentir la necesidad de independencia, no se apercibe al niño contra el mal que le rodea, ni contra las seducciones de su ardiente imaginación!
>
> La lucha es inevitable, la provocación segura... ¡Y se le envía a combatir sin armas para defenderse, sin escudo para resguardarse!

A nuestro juicio, ni la Biblia, ni el Catecismo, tal como se explican en los primeros años de la vida del niño, ni constituyen armas ni escudo para defenderlos contra las tentaciones y asechanzas de las pasiones. Antes al contrario, esas enseñanzas, lejos de ser beneficiosas, suelen recargar las mentes infantiles

con falsas ideas que, por lo general, siempre dejan huellas indelebles.

Thomas trata el tema más discretamente y pone de manifiesto ciertas contradiciones e inconsecuencias en que suelen incurrir los padres no creyentes o irreligiosos.

Pero haciendo abstracción de esta materia, en que se muestra tan dividida la opinión pública, ambas obras tienen excelente material que nos proponemos aprovechar.

Nicolay sienta un principio con el que estamos de perfecto acuerdo:

> No cabe duda de que a los tres años puede ser incluído ya un niño en la categoría de los ''mal educados'', y revelarse como un ser antipático por completo.

De esos ejemplares hay muchos en nuestra patria, ''que tienen bastante inteligencia para comprender; bastante voluntad para resistir; bastante energía para alborotar''.

A esta edad es, precisamente, cuando la ''vacuna'' de la disciplina debe aplicarse.

El autor analiza al niño en esta edad en su *lenguaje*: ''¡Yo quiero! —¡Déjame en paz! —¡Me fastidias! —¡Se lo diré a mamá!...''

En sus *modales*: muerde a la niñera, araña a los compañeros, amenaza y aun pega a su madre, da codazos y rechaza a quien lo acaricia, y hace muecas a los transeuntes.

En *el paseo*: el niño mal educado es el que indica el camino; los padres obedecen.

Si está en *una visita*: se apoya o recuesta en las piernas de la madre y con tono quejumbroso e impaciente atruena el espacio diciendo: *''¡Mamá, vámonos!''* La madre, por lo general, accede en seguida.

En *la mesa*: escoge lo que más le agrada y en gran cantidad.

A los *criados* los maltrata y humilla.

Y por este tenor examina Nicolay las malacrianzas de muchos ''bebés'' de tres años, encanto de sus familiares y desesperación de los extraños.

> Ya cuenta diez años el niño...
> Es más insolente que a los tres años, porque es más atrevido.

Grita más alto porque es más fuerte, y es más travieso porque ha adquirido más desarrollo...

Seguir al autor en el análisis del niño en esta edad, nos llevaría muy lejos; saltemos, pues, a los quince años, "la edad de la punzada".

¡Quince años! ¡edad la más ingrata!
Falto de gracias hasta rayar en la fealdad, desmañado hasta la tontería, orgulloso hasta lo ridículo: tal es el colegial a los quince años.
Posee la torpeza de la primera edad y la temeridad del hombre...
Una bobería presuntuosa ha reemplazado su primitivo candor, y de su futura energía sólo posee la audacia impotente...

En Cuba el "mocito" de esta edad, es lo que podríamos llamar el "tipo clásico" de nuestra inadecuada educación familiar.

A esa edad—los hay que comienzan a los trece años—exteriorizan su indisciplina del hogar; se les ve en grupos ocupando los bancos de los paseos públicos, fumando, hablando a gritos, profiriendo desvergüenzas, riéndose a todo lo ancho de la boca, "comiéndose" a las mujeres con los ojos y prodigándoles piropos de un gusto y de una moralidad pésimos; en los tranvías, en los teatros, en el mismo templo—cuyo recinto entendemos debe respetarse—se observan sus formas descompuestas, sus modales impropios; se les oye su lenguaje chocarrero, salpicado de chistes y "dicharachos" del arroyo, de los teatros pornográficos.

Es raro el que no lleva al cinto su "pistolita" belga—el arma de moda—o su tremendo Colt. Cuando hablan de "baseball", arman tan grande algarabía que más parecen locos furiosos que jóvenes sosteniendo una conversación deportiva.

Otro lugar de observación muy curioso es el sitio donde se reúnen a practicar este "sport". Por lo común, cada juego que sostienen es una constante disputa: unas veces entre los jugadores del mismo "team" o partido, por la falta de obediencia, por nuestra natural indisciplina; otras, las más, contra los miembros del partido contrario o los "umpires".

Nosotros nos hemos pasado tardes enteras en las afueras de la población, observando estos juegos o desafíos de pelota y anotando estos datos que hoy traemos a estas páginas. El que

los estime exagerados, puede ir a comprobarlos personalmente en los distintos "placeres" de las afueras de la población, en donde todos los domingos y demás días festivos se organizan multitud de tales deportes. Y, a pesar de estas muestras de indisciplina, de esas agrias disputas, el "base-ball" se está convirtiendo para esos "jovencitos" en un gran bien: pues a más de fortalecerlos, contribuye a alejarlos de las funestas riñas de gallos.



En la página 118 de su libro, plantea Nicolay este dilema:

> De estas dos formas generales de educación, cuál debemos preferir? ¿La *dulzura* que persuade o la *severidad* que impone?

Y casi a renglón seguido nos contesta:

> *El sentimiento triunfa algunas veces;* LA AUTORIDAD CASI SIEMPRE.

Abundamos en las mismas ideas del autor, cuyo pensamiento completaremos con esta cita:

> Después, cuando llegue el muchacho a los diez y seis o diez y ocho años, embriagado de independencia y ansioso de deseos, ¿creéis que bastan para vencer las pasiones fogosas, ni el sentimentalismo tibio y vago ni las consideraciones racionales a las cuales todo se fía?...



A su vez, el libro de Thomas es una obra excelente; a nuestro juicio, es más profunda, es superior a la de Nicolay.

En la imposibilidad de ocuparnos en analizar, siquiera someramente, todo su contenido, vamos a tratar del capítulo V que lleva el sugestivo título de *La disciplina* (6).

Dice así, en lo que podría llamarse la introducción de ese capítulo:

> Mucho habría que perdonar a los padres si, después de haber dado lugar inconsciente e inconsideradamente con sus lecciones y con sus ejemplos a que se formen sentimientos perjudiciales, fueran capaces de reparar su falta con una disciplina inteligente; pero una disciplina tal es incon-

---

(6) Véase op. cit. págs. 71-84.

ciliable con la profunda ignorancia en que permanecen la mayor parte de ellos respecto del alma de sus hijos, de la orientación que debe seguir y de los medios de dirigirla. Esta ignorancia es tanto más de lamentar, cuanto que es frecuentemente casi irremediable...

Para Thomas, *el cariño, el amor propio y los prejuicios relativos al libre arbitrio,* son las causas que impiden a los padres ver a sus hijos tal como éstos son.

Seguir al autor a todo lo largo de su obra, es ahora tarea imposible; pero vamos a terminar este somero análisis de ese capítulo, con estas palabras suyas:

¿Por qué los papás y las mamás poco hábiles, no toman un poco de la escuela de sus niños y de sus hijitas? De ellos aprenderían lo que ignoran: la verdadera pedagogía del éxito, la que no está en los libros, la que consiste en variar su lenguaje según los individuos, sus procedimientos según las circunstancias, y en utilizar los defectos mismos en la edificación de las virtudes.



En resumen: creemos firmemente que en Cuba, dados nuestros antecedentes coloniales, el problema de la educación, tanto en la familia como en la escuela (pues también en ésta debe educarse, al igual que en los colegios y en la misma Universidad —no obstante creer lo contrario cierto periodista de un diario de la mañana, *El Mundo,* quien cortésmente rebatió algunas de las doctrinas sustentadas por nosotros en un trabajo titulado *Necesidad de Colegios Cubanos*—), creemos que el problema de la educación, repetimos, reviste entre nosotros caracteres de excepcional importancia.

Tenemos la firme convicción de que el día en que nuestros conciudadanos den comienzo a esta difícil labor, que con razón decía Herbert Spencer que ''es la más ardua que descansa en hombros humanos'', Cuba entrará rápidamente por la senda de una envidiable prosperidad.

El problema de la burocracia, el más intenso mal que en la actualidad corroe nuestro organismo, sólo tiene su remedio en ciertos hábitos que hay que inculcar desde la cuna.

Como cubano, todo ciudadano tiene el derecho de aspirar a cargos públicos, siempre que tenga la competencia y la debida preparación para desempeñarlos con dignidad e idoneidad.

Pero ningún ciudadano tiene el derecho de exigir, casi *manu militari,* que el Estado lo mantenga sin trabajar o a costa de instituciones que, como le dijo muy bien Mr. W. J. Bryan a un distinguido periodista cubano, ''deslustran nuestra República''.

Los pueblos pequeños, los estados diminutos como el nuestro, no tienen más que una sola y única defensa: su honorabilidad, su heroicidad. Y para llegar a generalizar este que podríamos llamar ''estado de conciencia'', es de todo punto necesario formar el alma nacional, templarla, por así decirlo, por medio de una sabia, prudente y bien encaminada *educación familiar,* por una amplia labor de escuela pública, de colegios cubanos...

JULIO VILLOLDO.

Agosto, 1914.

ESTUDIOS SOBRE EL RENACIMIENTO EN ESPAÑA

EL MAESTRO HERNAN PEREZ DE OLIVA (*)

Cualesquiera que hayan sido la importancia y la influencia, hoy discutidas y aun negadas, del ideal *renaciente* en los pueblos ibéricos, el reinado del Emperador es el período en que más se acerca España al espíritu del Renacimiento. Tardía en su desarrollo intelectual y artístico si se la compara con Italia; no tan honda como los pueblos teutónicos en la inquietud revolucionaria de la conciencia religiosa, la España de Carlos V supera a toda otra nación por la multitud y la osadía de sus empresas y pone el énfasis en la nota de aventura que caracteriza al espíritu de la época.

Para definir el Renacimiento italiano se piensa en el Vinci, como para el teutónico en Erasmo. Entre los tipos superiores que ofrece la España de Carlos V no encontramos uno que compendie la compleja actividad del período; pero de ella dan ejemplo a veces personajes modestos. Así, Gonzalo Fernández de Oviedo: cortesano desde la infancia, soldado después, ''fue testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de Colón en Barcelona, de la herida del Rey Católico, de las guerras de Italia, de las victorias del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I''; aban-

(*) Trabajo escrito como homenaje a D. Rafael Altamira y Crevea y leído en la sesión que le dedicó el Ateneo de México.

donó luego la Europa turbulenta por la América bárbara, cruzó doce veces el Atlántico, y en las islas y tierra firme en torno del Caribe "conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia"; fue jefe de fortalezas y de tropas, veedor de minas, regidor en los primeros municipios americanos, gobernador de provincias; y todavía escribió inmensas crónicas históricas, sin que le faltara tiempo para componer un libro místico, otro de caballerías y otro de versos (1).

Avanzando en el tiempo, sí encontramos en Don Diego Hurtado de Mendoza, cuya vida florece en los reinados de Carlos V y Felipe II, el ejemplar perfecto del español del siglo XVI. Vástago de la más noble casa española, pero hijo menor, estudió en Granada y Salamanca para consagrarse a la iglesia; abandonó la carrera eclesiástica por la de las armas, y militó en Italia; fue embajador de Carlos V en Venecia, concertador de bodas reales en Inglaterra, gobernador militar de Siena, delegado imperial ante el Concilio de Trento y ministro plenipotenciario ante Paulo III y Julio III; en toda Italia fue poderoso y temido; y sólo abandonó la política cuando subió al trono Felipe II. Desde su juventud acumuló vastísimo saber, lo mismo filosófico y teológico que jurídico; supo, junto con el indispensable latín, el hebreo, el árabe y el griego (cosa todavía no frecuente en la España de entonces); protegió la benemérita labor de restauración clásica emprendida en Venecia por la célebre casa editorial de Aldo Manucio; hizo buscar manuscritos en Grecia, y por códice de su biblioteca se imprimió la edición íntegra de Flavio Josefo; en sus últimos años narró, con alto espíritu de justicia y en lengua magistral, la guerra morisca de las Alpujarras; la muerte acaso le halló comentando a Aristóteles. Sólo le faltó venir a América para recorrer toda la escala de la actividad española en su tiempo; pero la colonización era empresa a que se dedicaban por lo general hombres oscuros, no los de posición y abolengo tan ilustres como los de Mendoza, y el cargo de virrey no podía obtenerlo después de su ruptura con Felipe II: a modo de representación suya diríase que vino su hermano D. Antonio de Mendoza, el primer virrey de México (2).

La España de Carlos V era a un tiempo mismo centro de

expediciones guerreras y campo de germinación intelectual. Recogía la herencia de los Reyes Católicos, y con ella la tradición ilustre del Cardenal Cisneros, a la vez que la audaz herejía (aunque muerta ya en apariencia) de Pedro de Osma, los últimos esplendores de la lírica arcaica y los primeros del teatro, la prosa en transformación, con *La Celestina* como piedra angular, la lingüística naciente, merced a los esfuerzos de Nebrija; y, partiendo de esas iniciaciones, ensayaba, con Luis Vives, con Miguel Servet, con Juan y Alfonso de Valdés, con Ignacio de Loyola, con Sepúlveda, con Las Casas, con Francisco de Vitoria, con Domingo de Soto, con Juan de Ávila, con Boscán y Garcilaso, con la legión de sus teólogos y humanistas, de sus escritores y poetas, fijar las direcciones definitivas de sus creencias religiosas, de sus ideas filosóficas y de sus principios sociales, descubrir las leyes del idioma y enriquecer las formas literarias. El estudio del pensamiento y el arte clásicos, a la vez que de los textos bíblicos y de la patrística, apasionó a los hombres de las universidades; la influencia de Erasmo y las luchas del Vaticano, no sólo con las nacientes iglesias protestantes, sino también con Carlos V, agitaron la conciencia religiosa, cuya estabilidad no llega sino después de mediado el siglo; floreció el pensamiento independiente; cobró auge la lingüística nacional; y, mientras se consolidaba el vasto edificio de la prosa, se renovaron por entero las formas de la poesía.



Obrero del pensamiento y artífice de la lengua, venerable y egregio, fue en la España de Carlos V el Maestro Hernán Pérez de Oliva, hijo de Córdoba, estudiante de Salamanca y de Alcalá, de París y de Roma; protegido de León X y de Adriano VI; más tarde catedrático de doctrina aristotélica en el mismo París y a la postre Rector de la Universidad salmantina. Vida breve la suya (pues, nacido el año de la conquista de América o poco más tarde, murió en 1533, cuando acababa de ser nombrado preceptor del príncipe heredero, el futuro Felipe II), pero vida plena de trabajo y de triunfos; y sin embargo, de ella poco sabemos fuera de lo que él mismo narra en el *Razona-*

miento hecho en la oposición para la cátedra universitaria de filosofía moral en Salamanca (3):

... Vergüenza y temor me impiden para lo que quiero decir, de tal manera que yo dexara de hablar en ello, si no me compeliera la costumbre, a la qual siguiendo, diré de mi vida y de mí solamente las cosas que a este propósito pertenecen, con la mayor verdad y menos fastidio que yo pudiere: todas las personas que me son contrarias, y me quieren impedir aquesta empresa, me atribuyen a ingenio todas las muestras que de mí he hecho, porque los votos no las atribuyan a doctrina ni lición: así que no he menester de mi ingenio decir nada, pues los que contra mí negocian dicen tanto quanto yo debo desear que esté persuadido; sino diré, este ingenio que ellos me conceden, en qué lo he siempre ocupado, porque vean si habré hecho algún fruto con él. Yo, Señores, desde mi niñez he sido siempre ocupado en letras con muy buenas provisiones y aparejo de seguirlas, y primero oí la gramática de buenos Preceptores que me la enseñaron; después vine a esta Universidad, y oí tres años artes liberales con el fruto que muchos aquí saben; y de aquí fuí a Alcalá, donde oí un año, en tiempo que había excelentes Preceptores y grande exercicio; de ahí, creciéndome el amor de las letras, con el gusto dellas fuí a París, do estuve entonces dos años oyendo; y si era bien estimado entonces, algunos lo saben de los que aquí me oyen; de París fuí a Roma, a un tío que tuve con el Papa León, y estuve tres años en ella siguiendo exercicio de filosofía y letras humanas y otras diciplinas que allí se exercitaban en el Estudio público, que entonces florecía más en Roma que en otra parte de Italia. Muerto mi tío, el Papa León me recibió en su lugar, y me dio sus beneficios, y estaba tan bien colocado, que qualquier cosa que yo con modestia pudiera querer, la podía esperar; pero porque me parecía que sería aquella vida ocasión de dexar las letras, que yo más amaba, me volví a París, do leí tres años diversas liciones, y entre ellas las *Ethicas* de Aristóteles y otras partes de su diciplina, y de otros autores graves y excelentes, de tal manera que el Papa Adriano, siendo informado destos mis exercicios, me proveyó, estando yo en París, de cien ducados de pensión, con propósito, según había dicho, de los comutar en otra merced de más calidad. Mas él murió luego, y yo vine a España seis años ha, o poco más, y los quatro dellos he estado en esta Universidad siempre en exercicios de letras: así que pues me conceden que no carezco de ingenio, y como han, Señores, oído, toda la vida he pasado en los más nobles Estudios del mundo, siempre atentísimo a mis estudios y exercicios dellos, por fuerza es que haya hecho fruto, pues trabajando y perseverando con ingenio se alcanzan las letras... Vuestras Mercedes han visto si sé hablar romance, QUE NO ESTIMO YO POR PEQUEÑA PARTE en el que ha de hacer en el pueblo fruto de sus diciplinas, y también si sé hablar latín para las escuelas, do las sciencias se discuten; de lo que supe en dialéctica, muchos son testigos; en matemáticas, todos mis contrarios porfían que sé mucho, así como en geometría, cosmographía, architectura y prospectiva, que en aquesta Uni-

versidad he leído; también he mostrado aquí el largo estudio que yo tuve en filosofía natural, así leyendo partes della, quales son los libros *De generatione* y *De anima* (de Aristóteles), como filosofando cosas muy nuevas y de grandísima dificultad, quales han sido los tratados que yo he dado a mis oyentes escritos: *De opere intellectus, De lumine et specie, De magnete,* y otros, do bien se puede haber conocido qué noticia tengo de la filosofía natural; pues de la teología no digo más, sino que vuestras mercedes me han visto en disputas públicas, unas veces responder y otras argüir en diversas materias y difíciles; y por allí me pueden juzgar, pues por los hechos públicos se conocen las personas, y no por las hablillas de rincones. Allende desto, señores, he leído muchos días de los *Quatro libros de sentencias* (de Pedro Lombardo) siempre con grande auditorio; y si se perdieron los oyentes que me han oído, vuestras mercedes lo saben; pero porque nuestra contienda es sobre la lición de filosofía moral de Aristóteles, diré della en especial. Vuestras Mercedes saben quántos tiempos han pasado que en esta cáthedra ningún Lector tuvo auditorio, sino sólo Maestro Gonzalo, do bien se ha mostrado que es cosa de gran dificultad leer bien la doctrina de Aristóteles en lo moral... Mas alegaré que leyendo a Aristóteles henchía (yo) el auditorio, y le hacía cada día crecer más, así de teólogos y de otras personas graves y doctas y generosos principales... Yo, Señores, anduve fuera de mi tierra por los mayores Estudios del mundo y por las mayores Cortes; los Estudios fueron Salamanca, Alcalá, Roma, París; y las Cortes, la del Papa, donde estuve muchos días, y la de España y la de Francia, cuya forma y usos he visto: pues en haber visto naciones a pocos de mi edad daré ventaja. Yo he visto quasi toda España, y he visto la mayor parte de Francia, y anduve de propósito a ver toda Italia, y no cierto a mirar los dixes, sino a considerar las costumbres y las industrias y las diciplinas; y si sé hacer relación de todo esto, bien lo saben los que conmigo comunican; mar y tierra y cortes y estudios y muy diversos estados de gentes he conocido, y mezcládome con ellos, y hallo en mi cuenta bien averiguada que fuera de España anduve para esto más de tres mil leguas de camino, las quales creo yo que son más a propósito de tener experiencia, que no tres mil canas nacidas en casa; y esta experiencia que con los ojos he ganado, la he ayudado siempre con la lición de Historiadores, porque ninguno hay de los aprobados antiguos que yo no lo haya leído: así aunque dicen que soy hombre mancebo, con diligencia he anticipado la edad... Suelen... decir... una principal objeción contra mí, partida en muchas partes, y de un nuevo género de reprobar los Doctos; unos dicen que soy gramático, y otros que soy retórico, y otros que soy geómetra, y otros que soy astrólogo; y uno dixo en un conciliábulo que me había hallado otra tacha más: que sabía architectura; yo respondiendo a esto, quanto a lo primero digo, señores, que entre los hombres sabios con quien yo he conversado, nunca vi que a nadie vituperasen de docto sino de ignorante... Quanto más que las diciplinas no se impiden unas a otras, mas antes se ayudan, como bien parece mirando los sabios antiguos quán universales fueron..."

Típico del Renacimiento es este alegato, no sólo por la variedad de experiencias y estudios que refiere, sino por su arrogante franqueza y su valeroso orgullo. Y eso que el sobrino y editor del Maestro Oliva, Ambrosio de Morales, el famoso anticuario y cronista de Felipe II, dice a este propósito que ''celebran en él mucho la modestia, el gran concierto, la gravedad y el artificio con que lo prosiguió todo, en ocasión donde, no teniéndose comúnmente cuenta en esto, se desordenan los que allí hablan, y parece ponen todo su bien en decir mal de otros''. Comedimiento hubo de parecer, en aquellos días de inflamadas controversias (por ejemplo, las que suscitaban los escritos de Erasmo), no tratar a los antagonistas como entes infernales y espíritus ignaros.

Causa extrañeza la pertinacia con que niega Pérez de Oliva los títulos de su propio maestro Fray Alonso para obtener la cátedra; pero observemos que él declara haber sido discípulo de su opositor sólo por breve tiempo, en clase de lógica; lo cual, alega con justicia, no demuestra la mayor suficiencia de Fray Alonso. La emprende entonces, con despreocupada franqueza, contra la compasión a que quiere apelar el anciano fraile recordando sus servicios, edad y aun pobreza. ''Yo creo en verdad—dice—que moverá más la justicia que no la compasión, principalmente donde la compasión no nace sino por falta de sufrimiento, porque de otra manera ¿qué mal le viene a un hombre religioso, que tiene su hábito, su celda y su refitorio, en no alcanzar riquezas? ¿Qué terná más con la cáthedra, sino un poco más de honra humana que deben menospreciar los hombres religiosos?''

''Yo—exclama—no diré de mí lástimas ningunas, porque no lo acostumbro en tales casos''. Pero ''yo soy el que padezco falta de estado de vivir, y el que tengo necesidad de tener algún lugar entre mis iguales''... Pues ''si la cáthedra de filosofía moral supiese hablar ¿qué lástimas piensan vuestras mercedes que diría? Ella por sí diría que miren quán olvidada ha estado, y quán escurecida, muchas veces por pasiones de los que la han proveído, y que miren que agora la demandan unos llorando, y otros no sé en qué confiando, y que unos la quieren para cumplir sus necesidades, y otros para cumplir las ajenas, no siendo

aquesto lo que ella ha menester, porque ella demanda hombre que en las adversidades no gima, ni en los casos de justicia solicite; que los que la fundaron y dieron principio, para aquellos la hicieron que en los casos de fortuna son iguales y en los de justicia sosegados; para aquellos en quien hay sciencia, constancia y sufrimiento''...

De todos modos, insiste, no se pide sino justicia, y que ésta se haga en atención a méritos ampliamente demostrados, no a los que sólo se luzcan en el ejercicio de oposición. ''Ya vuestras mercedes saben quántas cosas se pueden disimular con ponerse el hombre en discrimen de sola una lición. Hay en la Filosofía mil lugares comunes, que son como menestriles de fiestas, que los llevan do los quieren; de los quales pueden estar apercebidos muchos días, y hay amigos y otras mil ayudas; y al fin no hay hombre de tan poco recaudo que algo no haga si en una sola cosa pone toda su industria para una muestra... Muestra no es una lición de oposición... Que en verdad si una lición de oposición bastase, y me lo consintiese mi consciencia, yo me opondría a la cáthedra de prima de Cánones con los Señores Doctores Montemayor y Tapia, pues no faltaría de do haber la lición de oposición, y una docena de amigos que saliesen maravillándose della y menospreciando las de los otros''...

Cuanto se trasluce de los escritos de Oliva nos lo muestra sereno, laborioso y discreto, ejercitado en la variedad de disciplinas que él mismo describe y era usual entonces. Nada hizo en matemáticas por escrito, y probablemente poco en la enseñanza: pero pudo conocer la mejor doctrina de su tiempo, en sus visitas a Italia, y tal vez se librara del atraso que entonces sufría la Universidad de París en estas ciencias (4).

Escribió de psicología y de moral, y de ello conservamos insignes muestras; escribió de física: los tratados que menciona, y se han perdido, *De la luz y de las imágenes* y *De la piedra imán*. Pérdida lamentable, porque, según él nos dice, allí trataba ''cosas muy nuevas y de grandísima dificultad''; lo cual nos confirma, haciéndonos además peregrina revelación, Ambrosio de Morales:

...El Maestro Oliva escribió en latín de la piedra imán, en la qual halló cierto grandes secretos. Mas todo era muy poco, y estaba todo ello

imperfecto, y poco más que apuntado, para proseguirlo después de espacio, y tan borrado que no se entendía bien lo que le agradaba o lo que reprobaba. Una cosa quiero advertir aquí cerca desto. Creyóse muy de veras dél que POR LA PIEDRA IMÁN HALLÓ CÓMO SE PUDIESEN HABLAR DOS AUSENTES: es verdad que yo se lo oí platicar algunas veces, porque aunque yo era mochacho, todavía gustaba mucho de oírle todo lo que en conversación decía y enseñaba. Mas en esto del poderse hablar así dos ausentes proponía la forma que en obrar se había de tener, y cierto era sutil; pero siempre afirmaba que andaba imaginándolo, mas que nunca allegaba a satisfacerse ni ponerlo en perfección, por faltar el fundamento principal de una piedra imán de tanta virtud qual no parece se podría hallar. Pues él dos tenía extrañas en su fuerza y virtud, y había visto la famosa de la Casa de la Contratación de Sevilla. Al fin esto fue cosa que nunca llegó a efeto, ni creo tuvo él confianza que podría llegar (5).

Todo indica que el Maestro cordobés estuvo en la vía por donde hubiera podido acercarse al descubrimiento de la inducción electro-magnética. ¿No era en aquellos días cuando otro español, Miguel Servet, iniciaba el descubrimiento de la circulación de la sangre?

Trabajador delicado y paciente, con dotes de sabio que sólo exigían, para completar en él al descubridor científico, un tenaz y absorbente empeño por su teoría, el Maestro no se dio prisa en sus estudios sobre el magnetismo, y la muerte le sorprendió, joven aún, sin que hubiera completado ni esa ni otras comenzadas labores.

De ahí lo reducido de su obra, que podría contenerse íntegra en volumen pequeño de trescientas páginas. Pero pocas hay en la literatura española que, siendo tan cortas y fragmentarias, ofrezcan mayor interés. Allí, como revelación de personalidad, están el *Razonamiento* en la oposición universitaria de Salamanca y el discurso que pronunció ante el Ayuntamiento de la ciudad de Córdoba sobre la conveniencia de hacer navegable el Guadalquivir: discurso cariñosamente hiperbólico para su tierra nativa, que "sola mereció alabanza no mezclada de vituperio" y que él asegura está mencionada en la poesía homérica como asiento de los Campos Elíseos; lleno de observaciones sagaces sobre los hechos económicos y las prácticas de los pueblos dirigidas al fomento de la riqueza; lleno también de reminiscencias y aun supersticiones históricas, como la de las columnas de Hércules, fábula seriamente creída entonces, al pun-

to de que uno de los grandes humanistas del Renacimiento italiano, Baldessar Castiglione, se preocupara por indagar, apenas llegado a España, ''donde son las colunas que quedaron por fin y señal de los trabajos de Hércules''. (6)

En orden a la psicología y la moral, aparte el tratado latino *De la labor del intelecto,* que ha desaparecido, y los diálogos *Del uso de las riquezas* y *De la castidad,* que no pasaron de tentativas, dejó el Maestro el esbozo de *Discurso de las potencias del alma y del buen uso dellas* y el famoso *Diálogo de la dignidad del hombre.* (7). Adviértese en ambos la influencia que sobre su autor ejercían Aristóteles en el orden filosófico y Cicerón en el literario. Uno y otro maestros fueron influjos preponderantes a fines de la Edad Media; el Renacimiento no pudo olvidarles, y aun se apasionó por el orador romano, pero puso junto a ellos, o por encima, a los artistas creadores de la literatura helénica, y a Platón, cuyo espíritu clara u ocultamente domina en todo el movimiento de la época: ''en Platón—dice Hegel—un nuevo mundo humano se reveló al Occidente''. El Maestro Oliva no rompe con la tradición medioeval; pero ya recibe el influjo de las nuevas corrientes de cultura. Él mismo recomienda alternar la lectura de los escolásticos con la de los escritores clásicos, los autores que llamaban entonces *elegantes.* No sabe de Aristóteles a través de Tomás de Aquino, sino directamente, y recorre su enciclopedia; Aristóteles es para él ''fuente de la sabiduría natural'', esto es, de toda doctrina no estrictamente religiosa. Y de ahí deriva su metafísica, que colegimos por adumbraciones; y de ahí parte para construir sus nociones psicológicas; y de ahí, tanto como de la Biblia, toma sus principios éticos.

Su metafísica tiende, acaso de manera inconsciente, a la afirmación de la Voluntad como principio esencial: tendencia que tiene su origen en ideas de Aristóteles, sin duda, pero que su discípulo español expresa en más decisiva forma, más cercana al *voluntarismo* de nuestros días: ''Todas las cosas que algún poderío natural alcanzan—dice en el *Discurso de las potencias del alma*—grande apetito tienen de ponerlo en exercicio. Es la causa, porque fueron a las cosas dadas sus potencias para que con ellas busquen su perfición, y estarían en ocio todas si no

tuviesen dentro de sí alguna incitación que las moviese. Esta incitación o apetito es a las veces sin conocimiento alguno, como el apetito que tienen todas las cosas de ser, y los elementos de colocarse en sus lugares, y obrar según su naturaleza...'' El imperio de la voluntad se manifiesta en el hombre, en quien ella es ''gobernadora de todas las potencias oficiales... cuyas obras así son todas qual fue primero en la voluntad la disposición dellas. De manera que las cosas que el entendimiento trata por obra principal... todas se atienen al mandamiento de la voluntad''... Y aun en los fenómenos fisiológicos que se rigen ''por leyes generales del universo sin mudamiento puestas... la naturaleza para obrar demanda ayuda con apetito manifiesto a la voluntad''.

El *voluntarismo* no llega a definirse como principio único y supremo, pues el Maestro Oliva no pretende renovar ni discutir los fundamentos de las doctrinas teológicas aceptadas en su tiempo. No apunta el misticismo. A Dios se llega por la razón; el entendimiento, espejo de los fenómenos y luz que esclarece los caminos, es potencia que asciende, sobre edificios de generalizaciones, hasta la idea de Dios, ''do está el fin y el deleyte cumplido del entender'' (8).

Tiene, sí, limitaciones el entendimiento: flaqueza, dice en el *Diálogo de la dignidad del hombre,* ''por la qual no pueden (los hombres) comprehender las cosas como son en la verdad''. Le concede más en el *Discurso*: ''Las cosas que el entendimiento por los sentidos rudamente comprehende por sus muestras, con su viveza maravillosa las desenvuelve, y descubre sus secretos, do ninguna cosa habrá tan encubierta, fuera de las divinas, que a su porfía se pueda defender''; pero no puede abarcarlo todo de un golpe, y por eso necesita de la memoria. Señala, como ya hacían los griegos, la diferencia entre la simple percepción y la intelección: ''el conocimiento es en dos maneras, uno en el sentido y otro en el entendimiento... Los sentidos sólo andan por la representación exterior de las cosas que cercanas tienen, sin entrar a lo secreto ni comprehender lo interior''... El espíritu está sujeto a evolución: ''vemos que con nosotros nacieron entendimiento, memoria y voluntad, y movimiento en los miembros, todo esto tan sosegado y encubierto que quasi parece

no haber tal poderío. Mas después que convalecemos, y entrando más en la vida las necesidades della nos ponen en exercicio, entonces se descubren manifiestos, primero torpes y pesados, después fáciles y ligeros en obrar... Debemos limar la rudeza de nuestras potencias con el uso, de do nace la costumbre... El entendimiento muestra su costumbre en el juicio, la voluntad en el amor, la memoria en el acuerdo''... Además, el espíritu es afectado por el cuerpo; el corazón, los órganos digestivos, todo influye en el funcionar de la razón: ''el alma nuestra su principal asiento tiene en el celebro... y en unas celdillas dél, llenas de leve licor, hace sus obras principales con ayuda de los sentidos, por do se le traslucen las cosas de fuera''... (*Diálogo*).

La ética del Maestro Oliva es la del cristianismo, aunque en ocasiones se contamina con el orgullo del Renacimiento. Y aunque la filosofía cristiana obligue al optimismo, en el *Diálogo de la dignidad del hombre* triunfa, a nuestros ojos de hoy, el criterio pesimista. Schopenhauer se habría deleitado en él; y asombra que no lo conociese quien fue excelente hispanista y, además de citar con frecuencia escritores castellanos, tradujo al más difícil de todos, a Gracián. ''Aunque el pesimismo es cosa tan vieja como el mundo—escribe mi distinguido compatriota D. Federico García Godoy—, creo ver en este *Diálogo* chispazos de una manera pesimista de ver las cosas, muy *actual,* muy de la hora presente''.

...Aurelio sigue a Antonio viéndole salir de la ciudad al campo, le alcanza, e inquiere por qué va, como de costumbre, hacia el valle solitario. Entablan conversación, amena y fácil, en la cual se oyen ecos vagos de los rumores del Iliso: ''Mira este valle—dice Antonio—quán deleytable parece; mira esos prados floridos, y esas aguas claras que por medio corren: verás esas arboledas llenas de ruyseñores y otras aves que con su vuelo entre las ramas y su canto nos deleytan; y entenderás por qué suelo venir a este lugar tantas veces''. Aurelio no se satisface con esta razón, y Antonio confiesa que ama la soledad. ''Porque quando a ella venimos alterados de las conversaciones de los hombres, donde nos encendimos en vanas voluntades, o perdimos el tino de la razón, ella nos sosiega el pecho, y

nos abre las puertas de la sabiduría, para que, sanando el ánimo de las heridas que recibe en la guerra que entre las contiendas de los hombres trae, pueda tornar entero a la batalla. Ninguno hay que viva bien en compañía de los otros hombres si muchas veces no está solo a contemplar qué hará acompañado''. Aurelio, pesimista rotundo, cree que buscamos la soledad por ''el aborrecimiento que cada hombre tiene al género humano'': los autores excelentes que lee no han borrado de él esa noción, antes se la confirman, mostrándole no hay ''esperanza que pueda venir el hombre a algún estado donde no le fuera mejor no ser nacido''. Los dos amigos encuentran al sabio Dinarco sentado junto a una fuente, rodeado de ''hombres buenos, amadores de saber, que le siguen siempre''; entablan conversación con él, y conciertan una discusión sobre el valer del hombre. Hablará el acusador primero; le responderá el defensor. El diálogo, de hecho, se desvanece para dejar el campo a dos extensas disertaciones, y hasta el estilo cambia.

Aurelio describe con elocuencia la infeliz condición humana. Poco sabemos de las cosas, pero más vale así, pues no nos daremos cuenta cabal de nuestra miseria; a poco que ahondemos, todo nos desconsuela. Mientras los cielos lucen claros y brillantes, nosotros estamos en la hez del mundo, cubiertos de nieblas, entre brutos; la tierra es pequeña, y no podemos recorrerla toda: nos lo vedan fríos o calores, aguas o sequías (9). ''Así que de todo el mundo y su grandeza estamos nosotros retraídos en muy chico espacio, en la más vil parte dél, donde nacemos desproveídos de todos los dones que a los otros animales proveyó naturaleza. A unos cubrió de pelos, a otros de pluma, a otros de escama, y otros nacen en conchas cerrados; mas el hombre tan desamparado, que el primer dón natural que en él halla el frío y el calor es la carne. Así sale al mundo, llorando y gimiendo, como quien da señal de las miserias que viene a passar.'' Los otros animales presto saben valerse; ''mas el hombre, muchos días después que nace, ni tiene en sí poderío de moverse, ni sabe do buscar su mantenimiento, ni puede sufrir las mudanzas del ayre. Todo lo ha de alcanzar por luengo discurso y costumbre, do parece que el mundo como por fuerza lo recibe, y naturaleza, casi como importunada de los que al hombre crían,

le da lugar en la vida. Y aun entonces le da por mantenimiento lo más vil. Los brutos que la naturaleza hizo mansos, viven de yerbas y simientes y otras limpias viandas; el hombre vive de sangre, hecho sepultura de los otros animales. Y si los dones naturales consideramos, verlos hemos todos repartidos por los otros animales. Muchos tienen mayor cuerpo donde reyne su ánima: los toros mayor fuerza, los tigres ligereza, destreza los leones y vida las cornejas''. El desamparo en que la naturaleza tiene al hombre es prueba de nuestro escaso valer: ''pues a los otros animales, si no los apartó a mejores lugares, armólos a lo menos contra los peligros de este suelo: a las aves dio alas con que se apartasen dellos, a las bestias les dio armas para su defensa, a unas de cuernos, y a otras de uñas, y a otras de dientes, y a los peces dio gran libertad para huir por las aguas. Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños: perezosos en huir y desarmados para esperar. Y aun sobre todo esto la naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales que al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho. Y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud''. El cuerpo fácilmente enferma, porque la delicadeza de nuestros órganos es extremada. ''¿Qué diré, sino que fuimos con tanto artificio hechos, porque tuviésemos más partes do poder ser ofendidos?''... Vivimos con trabajo ''pues comemos por fuerza que a la tierra hacemos con sudor y hierro'': despojamos a los animales, violentamos a las mismas cosas inanimadas para obtener nuestro albergue y nuestro vestido. ''Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana; ni podemos nosotros vivir, sino con la muerte de las otras cosas que hizo la naturaleza. Aves, peces y bestias de la tierra, árboles y piedras y todas las otras cosas perecen para mantener nuestra miserable vida, tanto es violenta cosa y de gran dificultad poderla sostener''. El alma sufre con toda alteración del cuerpo, y en sí misma tiene causas de muerte. Y aun suponiéndola sana ¿a qué sirve? A hacernos ver nuestras miserias. El entendimiento, además, se desarrolla lentamente, y sólo llega a su plenitud cuando nos acercamos a la vejez, y ya no hay grandes cosas que emprender. ''Y aun entonces padece mil defectos en los engaños que le

hacen los sentidos; y también porque el suyo no es muy cierto en el razonar y en el entender; unas veces siente uno, y otras veces él mesmo siente lo contrario; siempre con duda y con temor de afirmarse en ninguna cosa. De do nace, como manifiesto vemos, tanta diversidad de opiniones de los hombres, que entre sí son diversos... Teniendo nosotros en sola la verdad el socorro de la vida, tenemos para buscarla tan flaco entendimiento, que si por ventura puede el hombre alguna vez alcanzar una verdad, mientras la procura se le ofrece necesidad de otras mil que no puede seguir.'' Y todavía, siendo el entendimiento ''aquel a quien está toda nuestra vida encomendada, ha buscado... maneras de traernos la muerte. ¿Quién halló el hierro escondido en las venas de la tierra? ¿Quién hizo de él cuchillos para romper nuestras carnes? ¿Quién hizo saetas? ¿Quién fue el que hizo lanzas? ¿Quién lombardas? ¿Quién halló tantas artes de quitarnos la vida, sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló de traernos la salud? Este es el que mostró deshacer las defensas que las gentes ponen contra sus peligros, éste halló los engaños, éste halló los venenos, y todos los otros males, por los quales dicen que es el hombre el mayor daño del hombre.'' La razón vive en conflicto con la voluntad, y ''muchas veces dexa de defendernos''... ''Todo es vanidad y trabajo lo que a los hombres pertenece, como bien se puede ver si los consideramos en los pueblos do viven en comunidad'': se afana el obrero, no descansa el sabio, pena el labrador; el hombre social vive en continuo afán inútil, como Sísifo. ''Si miráis la gente de guerra, que guarda la República, verlos heis vestidos de hierro, mantenidos de robos, con cuidados de matar y temores de ser muertos... Así que todos estos y los demás estados de los hombres no son sino diversos modos de penar''. Pasamos la vida en engaños, tras ilusiones que nunca se alcanzan, y al fin viene la vejez, con su cortejo de miserias físicas, y la muerte espantable. Muertos ya ¿de qué nos sirven honores y fama póstumos? ''¿Qué aprovecha á los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿Dónde está el sentido? ¿Dónde el pecho para recibir la gloria? ¿Dó los ojos? ¿Dó el oír, con que el hombre coge los frutos de ser alabado? Los cuerpos en la sepultura no son diferentes de las piedras que los

cubren. Allí yacen en tinieblas, libres de bien y mal, dó nada se les da que ande el nombre volando con los ayres de la fama, la qual es tan incierta, que a la fin mezcla la verdad con fábulas vanas y quita de ser conocidos los defunctos por los nombres que tenían. Las memorias de los grandes hombres Troyanos y Griegos con la antigüedad están así corrompidos, que ya por sus nombres no conocemos los que fueron, sino otros hombres fingidos que han hecho en su lugar con fábulas los Poetas, y los Historiadores con gana de hacer más admirables las cosas. Y aunque digan la verdad, no escriben en el Cielo incorruptible, ni con letras inmudables, sino escriben en papel con letras, que aunque en él fueran durables, con la mudanza de los tiempos a la fin se desconocen. Las letras de Egipcios y Caldeos, y otros muchos que tanto florecieron ¿quién las sabe? ¿quién conoce agora los Reyes, los grandes hombres que a ellas encomendaron su fama? Todo va en olvido, el tiempo lo borra todo. Y los grandes edificios, que otros toman por socorro para perpetuar la fama, también los abate y los iguala con el suelo. No hay piedra que tanto dure, ni metal, que no dure más el tiempo consumidor de las cosas humanas. ¿Qué se ha hecho la torre fundada para subir al Cielo? ¿Los fuertes muros de Troya? ¿El templo noble de Diana? ¿El sepulcro de Mausolo? Tantos grandes edificios de Romanos, de que apenas se conocen las señales donde estaban ¿qué son hechos? Todo esto va en humo hasta que tornan los hombres a estar en tanto olvido como antes que naciesen; y la misma vanidad se sigue después que primero había''. Las últimas palabras de la disertación de Aurelio suenan a nuestros oídos como el retornelo de una elegía repetido en las letras castellanas desde D. Pero López de Ayala, pasando por las coplas de los Manriques, hasta la canción *A las ruinas de Itálica.*

Antonio contesta apoyándose en la religión. ''Las faltas de la naturaleza humana, si algunas hubiese, pensaríamos que en Dios estuviesen, pues ninguna cosa hay que tan bien represente a otra como a Dios representa el hombre... El hombre es cosa universal, que de todas participa. Tiene ánima a Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo; vive como planta, siente como bruto, y entiende como ángel. Por lo qual bien dixeron

los antiguos que es el hombre menor mundo cumplido de la perfición de todas las cosas, como Dios en sí tiene perfición universal...'' Hermoso cuerpo tiene el hombre: la descripción de la hermosura humana es de los mejores pasajes de la disertación. ''Los Pintores sabios en ninguna manera se confían de pintar al hombre más hermoso que desnudo; y también naturaleza lo saca desnudo del vientre, como ambiciosa y ganosa de mostrar su obra excelente sin ninguna cobertura.'' Y si nace llorando, es porque no viene a su verdadero mundo. Dios ama tanto al hombre que no le condenó después del pecado, como a los ángeles rebeldes, sino que le dió ocasiones de salvarse, y hasta vino a la tierra a sufrir por él; y, aun siendo tan frágil su cuerpo, le sostiene entre peligros. La inteligencia, aguzada por la vida social, ''nos lleva a hallar nuestra perfición'': con ella puede el hombre igualar a todos los demás animales, excepto a las aves, pues no alcanza a volar. ''No es igual la pereza del cuerpo a la gran ligereza de nuestro entendimiento: no es menester andar con los pies lo que vemos con el alma... El entendimiento... es el que lo iguala a las cosas mayores; éste es el que rige las manos en sus obras excelentes, éste halló la habla, con que se entienden los hombres, éste halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de HABLAR CON LOS AUSENTES, y de escuchar agora a los sabios antepasados las cosas que dixeron''... El trabajo es gloria del hombre. ''Bienaventurado—se dice en los *Proverbios*—es el que halló sabiduría y abunda de prudencia''. Honor merecen los que gobiernan y defienden a los pueblos. ''El hombre que escoge estado en que vivir él y sus pensamientos, con voluntad de tratarlo como le mostrare la razón, vive contento y tiene deleyte''. La muerte no es terrible: ''en tal pelea lo primero que el hombre pierde es el sentido, sin el qual no hay dolor ni agonía. Que estos gestos que vemos en los que mueren, movimientos son del cuerpo, no del alma, que entonces está adormida... No es la muerte mala, sino para quien es mala la vida, que los que bien viven, en la muerte hallan el galardón, pues por ella pasan a la otra vida más excelente''... Hablar mal del hombre, en suma, es negar la bondad divina.

Con breves frases de Dinarco, dando la razón al defensor

de la dignidad del hombre y alabando el ingenio del pesimista, que "en causa tan manifiesta halló con su agudeza tantas ranes", termina el *Diálogo.* (10)

Otro humanista, poco posterior a Oliva, Francisco Cervantes de Salazar, catedrático fundador en la Universidad de México, le agregó una extensísima y hábil continuación, en general más erudita que profunda, y la dedicó a Hernán Cortés. El escritor bilingüe Alfonso de Ulloa lo tradujo al italiano. Aun hubo de leerse en el siglo XVII, como lo hacen suponer sus momentáneas semejanzas con los soliloquios de *La vida es sueño.*



No aspiraba el Maestro Oliva a realizar en el *Diálogo de la dignidad del hombre* solamente un trabajo filosófico, sino que además quiso dar muestra de cuánto podía hacerse en la lengua castellana, desdeñada entonces para la alta especulación. De joven, residente en París, había escrito un breve diálogo, elogio de la *Aritmética* de su maestro el futuro Cardenal Juan Martínez Silíceo, en lengua que era a la vez latina y castellana: con este rasgo de ingenio, ya ejecutado antes por otros escritores y después por muchos más, quiso probar la semejanza grande de ambas lenguas. Poco después hizo una versión libre del *Anfitrión* de Plauto, como "muestra de la lengua castellana", y la dedicó a su sobrino Agustín de Oliva, manifestando en la dedicatoria que "en el hombre discreto es parte muy principal de la prudencia saber bien su lengua natural" y confiando en que la castellana no se dejaría vencer por sus rivales clásicas. Escribió poesías, según los antiguos metros españoles: nos quedan cuatro, insignificantes, aun la de fecha última. Ya en la madurez, escribió, a más del *Diálogo de la dignidad del hombre,* sus imitaciones o refundiciones de la *Electra* de Sófocles y la *Hécuba* de Eurípides, intituladas *La venganza de Agamenón* y *Hécuba triste.* Empeño peregrino y benemérito, sobre todo en quien, como él, fué la mayor parte de su vida adulta alumno o profesor en la Universidad de Salamanca, donde estaba prohibido usar del castellano excepto en pocas cátedras.

En la batalla que libraron los idiomas modernos por ascender a la categoría de instrumentos sabios, aptos para el pensa-

miento filosófico y científico lo mismo que para el arte refinado, no bastó, como suele creerse, el florecimiento de las literaturas vernáculas para decidir el triunfo: fue necesario que los mismos escritores asumieran la defensa de los idiomas que manejaban, en el momento en que éstos llegaban al principio de su madurez. La defensa de las lenguas romances es materia para estudio de interés altísimo. En Italia, cuando apenas contaba un siglo de existencia independiente la literatura nacional, surge Dante, y fija la lengua toscana en moldes que el curso de seis siglos no ha alterado en punto esencial. Y es el mismo Dante, hombre de estudio a la par que artista creador, quien asume la defensa de la lengua vulgar, quien escribe el *De vulgari eloquio,* monumento inicial de la crítica *moderna.*

En Francia, el idioma, después de sufrir larga evolución que lo altera y transforma por completo, llega al siglo XVI, a Rabelais, a Montaigne, a la *Pléyade,* y adquiere formas clásicas en manos de aquellos *humanistas insurrectos.* Uno de ellos, el hábil y delicado Joachim Du Bellay, el amigo y compañero de Ronsard en la fundación de la *Pléyade,* escribe la sagaz *Deffence et illustration de la langue françoyse,* cuyas finas observaciones conservan fresca su vitalidad y podrían aducirse hoy en toda disputa sobre renovación de lengua y estilo.

Poco antes que Francia, tuvo España sus defensores del idioma vernáculo. En primer lugar, Pérez de Oliva, quien, si no con disertaciones especiales, con su obra entera aboga por la preponderancia del romance. En segundo lugar, Juan de Valdés, cuya personalidad egregia resurge hoy de entre la sombra secular en que le sepultaron sus audacias de pensamiento y habrá de revelarse por entero cuando se pongan sus obras al alcance de todo lector, como lo exige el decoro de la cultura española; Valdés, espíritu original, a la vez brillante y profundo, pensador místico, maestro de teología y ética personalísimas, director del mayor movimiento religioso heterodoxo en la Italia moderna, hombre de vida pura y austera, amigo de Erasmo, consejero de Giulia Gonzaga y de Vittoria Colonna, en cuyos versos exquisitos se trasluce el influjo magistral, y escritor cuya prosa diáfana y tersa no falta quien estime la mejor de nuestra lengua (11).

En la obra de Valdés es donde principalmente se definen las formas del idioma *literario* en España, y es él quien las estudia, antes que nadie, en el *Diálogo de la lengua.* Ciertamente, ya bajo los Reyes Católicos la prosa había adquirido flexibilidad y elegancia de sabor a veces moderno, con Diego de San Pedro y Hernando del Pulgar, por ejemplo; luego, *La Celestina* dio modelos insuperables del coloquio amoroso y del diálogo como espejo de costumbres; y, bajo Carlos V, López de Villalobos y Pérez de Oliva son anteriores a Valdés, y Guevara y Boscán son sus contemporáneos estrictos.

Pero, cualesquiera que sean los méritos de la prosa castellana anterior a Valdés, se advierte que perduran en ella indecisiones: en el uso de los regímenes, en la colocación de los pronombres, en el orden mismo de la frase. *La Celestina* está llena de trasposiciones, de palabras y giros latinos no bien castellanizados. Pérez de Oliva, devoto de Cicerón, no se libra del latinismo. Villalobos, donoso y fácil, es incorrecto. Guevara, ingenioso y brillante, es amanerado, con frecuencia excesivo. Queda Boscán, con su acrisolada versión de *El Cortesano,* de Castiglione; para alcanzar la perfección de su prosa, le fue utilísimo trabajar sobre un modelo, en lengua muy semejante a la propia, donde ya estaban resueltos muchos problemas; y aun así, Valdés le vence por lo general en el encadenamiento de las frases y el corte sobrio de los párrafos.

El trabajo de Valdés es directo sobre el propio idioma: cuán sabio, lo declara su *Diálogo de la lengua,* cuyo único precedente, como estudio de lingüística española, se halla en los trabajos de Palencia y de Nebrija, a quien precisamente Valdés afecta desdeñar, teniéndole por andaluz imperito en cosas de Castilla. En la prosa *valdesiana* vemos cuajada ya nuestra sintaxis: en el *Diálogo de la lengua* están escogidos y defendidos, con adivinación genial, vocablos y giros que habían de ser, salvo excepciones, definitivos hasta nuestros días; el lenguaje se vuelve fluido, dócil a todos los usos, especialmente al especulativo, en el cual no se había logrado antes igual precisión.

La prosa de Pérez de Oliva no es tan francamente *moderna* como lo son, ya en su tiempo, la de Valdés, la de Boscán y aun

la de Guevara. Del modelo ciceroniano adquirió recursos de elocuencia: el dominio de las transiciones, el énfasis que se obtiene con iteraciones y preguntas, y no escaso artificio de sintaxis, que, si llega a parecer natural en latín, no lo es en castellano. Tales cualidades muestra en el *Diálogo de la dignidad del hombre,* y también riqueza de léxico y de giros, a vueltas de un erróneo concepto de la medida en la prosa, que le hace caer a menudo en la de verso. Y preferiríamos que Cicerón no le sirviera de pauta precisamente en el diálogo filosófico. El diálogo ciceroniano es por lo común *discursivo* y lánguido, sin personajes vivos ni movimiento real de discusión. ¡Cuánto se habría superado el Maestro Oliva si estudiara, en el modelo platónico, el arte del diálogo como drama dialéctico! Sin seguir a Platón, sino al vivaz y luminoso Luciano, a través del cual le llegó el soplo del Ática ¡cuánta vida puso Valdés en sus diálogos!

Pero el Maestro Oliva, aunque dice haber leído a Platón, no debió de ser lector asiduo de él. Sólo un eco lejano, como indirecto, de las conversaciones socráticas (del *Fedro,* el más popular de los escritos de Platón), parece llegar vagamente en el principio del *Diálogo de la dignidad del hombre.*



El esplendor de la prosa de Oliva no se encuentra, a mi juicio, en el famoso *Diálogo,* obra en que descansa su reputación, sino en sus ya olvidadas imitaciones del teatro clásico. Descarto, desde luego, el *Anfitrión,* como obra de juventud, y de propósito en gran parte didáctico, según se ve por la dedicatoria. De Plauto sólo quedan allí el asunto y las líneas generales del desarrollo. Desaparece la división en cinco actos, y la comedia pasa a la forma indivisa; no subsiste la unidad de tiempo: con intervalo de sólo tres escenas, se pasa de un día a otro. Desaparece el chispeante prólogo de Mercurio; desaparecen los monólogos aislados, aunque no los que se pronuncian sin advertir la presencia de otros personajes, ni los apartes; las situaciones que en Plauto constituyen el acto quinto se transforman totalmente; se añade, al comenzar la obra, la llegada de Júpiter fingiéndose Anfitrión; y todas las escenas varían,

abreviándose las más. Quedan suprimidos dos personajes, las fámulas Bromia y Tésala; y en cambio, aparece Naucrates, mencionado incidentalmente por Plauto. Apenas hay pasaje largo en que se haya seguido a la letra el original. La comedia, en suma, podría tenerse por otra si no subsistieran el argumento y las peripecias, intactos en sí: pues las variantes, con ser grandes y notorias, son principalmente *externas.*

La debilidad de esta producción de Oliva está en su escasez de vigor cómico. No es que le falte por completo, pues el asunto es esencialmente humorístico, y muchos de sus elementos han sido aprovechados por grandes autores de comedias, entre ellos Molière y Dryden; no poco de Plauto pasó a la refundición; y aun en las ocasiones en que Oliva se aparta de la riqueza del original, suele introducir novedades de efecto agradable, si bien de orden dialéctico. Ingeniosa, aunque larga, e introducida inhábilmente en el diálogo, es la fábula narrada por el criado Sosia, del loco que se creía muerto y se negaba a comer, y a quien un pariente suyo hizo volver a tomar alimento, fingiéndose muerto él también y explicando al loco que "el no comer, en la vida tiene por remedio la muerte; mas quien no come después de muerto, no tiene otro remedio sino sufrir la hambre". Pero, comparada con la *tragicomedia* de Plauto, esta versión resulta fría, lenta, llena de intermitencias y saltos bruscos. Aunque vale menos en cuanto a pureza de estilo, tiene más viveza y alegría la versión, más fiel y al mismo tiempo españolísima en su desenfado, hecha por el Doctor López de Villalobos (1515) poco antes de que emprendiera la suya el Maestro Oliva.

Poseyó éste dotes dramáticas, aunque no pericia de hombre de teatro ni vena cómica (ya lo observaba D. Leandro Fernández de Moratín): su talento tendía a lo grave y hondo. En la reconciliación entre Júpiter y Alcumena, introduce sabiamente un detalle patético; en el personaje de Anfitrión añade énfasis a la cólera: ambas cosas muestran fino sentido de la psicología dramática. Agrega, con menos habilidad, multitud de reflexiones y aun disertaciones morales, que al fin y al cabo dan sabor peculiar a la comedia.

No debe olvidarse el discurso de Júpiter a Alcumena sobre

la significación de las guerras, expresado en forma paradójica, como sin duda juzgaba el Maestro que convenía en boca de paganos:

...''Cómo tú solo puedes por ventura forzar un exército que te obedezca?'' pregunta Alcumena al que cree su esposo Anfitrión. —''No es fuerza que los superiores hacen, porque los otros les sean subjectos, sino costumbre en que los ponen de obedecer; unos por amor, otros por premio, y otros por temor, los reducen todos a que pongan el cuello so el yugo de la servidumbre. Después es menester no afloxarles aquellas leyes, que los tienen fuera de su libertad, porque de mucha costumbre les parezcan inevitables... A todas aquellas cosas que a nuestro servicio pertenecen, ponemos buenos nombres, como osadía, lealtad, sufrimiento, trabajo, diligencia, menosprecio de la vida y los deleytes. A ninguno solemos loar con otros nombres; y a los que solemos vituperar decimos cobardes, traydores, impacientes de sed y de hambre y de pobreza, temerosos del trabajo, negligentes, amadores de su vida, hombres viles, indignos de honra. Con este sonido henchimos la red de hombres vanagloriosos, de crueles, de ociosos, de locos, de perdidos. Así que para limpiar la República de hombres dañosos fue bien instituida la guerra, que no es otra cosa sino justicia universal que dellos se hace. Después de ganados, confirmámosles los ánimos con nuevos trajes, con el resplandor de las armas y són de trompas y tambores, y con promesas que les hacemos. Y después, uno dellos que pagamos es remuneración de mil muertos y esperanza de otros tantos vivos. Así que si los hombres no pudiesen ser engañados, no habría quien fuese a la guerra, digo a aquella que los Príncipes hacen por su ambición. Porque do el descuido y el reposo es mayor peligro, verdadera fortaleza es entonces ponerse el hombre a la muerte, como quando su tierra peligra, o teme injuria, o recibe detrimento su hacienda, o la Religión... La República bien instituida ha de ser como el cuerpo sano, do todos los miembros sirven cada uno en su oficio. En la primera edad, que los hombres se ayuntaron en una común morada, seguían este exemplo, imitando las hormigas y las abejas, que primero que ellos tuvieron República. Los envidiosos de aquellos comenzaron después a loar el ocio, y llamarlo libertad, y la solicitud de aprovechar en la República, vileza y servidumbre. Quando esta pestilencia primero comenzó a corromper los ánimos, los Príncipes que entonces eran distraían estos hombres de la República, o por fuerza los ocupaban en grandes edificios, que de aquellos tiempos quedaron. Pero después aqueste vicio entró en los mayores, los quales no queriendo guardar la ley común de todos, pusieron nombre de nobleza a la exención. Esta nobleza, como ves, por la mayor parte es acompañada de soberbia, de tiranías, de cazas, de juegos, de persecución de vírgines, de disfamias, de injurias que se hacen a los buenos. ¿No los ves estos nuestros nobles pasar la vida como sueño, contando quantos pasos hay en la Ciudad, vertiendo siempre por la boca las vanidades que en la cabeza tienen, burlando de los que en buen exercicio ven, loando

el arreo y locura de mujeres perdidas, y palabras de truhanes, recontando grandes hechos de sus antecesores, do muestran quán malos sucesores ellos son? Estos tales, con todos los perdidos que en su defensa viven, los sacamos de entre la gente que merecen paz, y los llevamos do hagan guerra. Esto entenderás, no de todos los nobles, porque los buenos son padres y defensores de todos, dignos del gobierno y del amor de la República''...

Curioso desenlace tiene la comedia en la versión de Pérez de Oliva: cuando Anfitrión descubre que su mujer ha sido engañada por Júpiter, no acepta la ocurrencia del soberano del Olimpo, como en Plauto, sino que protesta:

...''Bien yo creo que aquellos hombres adoraron a Júpiter que quisieron tener en los Dioses exemplo de sus vicios con que se excusasen; que entre los buenos, con tales hechos por tirano será habido, pues usa de su poderío para servir a sus viles deleytes. Pésame que no somos de igual suerte para poderlo combatir; pero algún Dios santo y bueno, destos malos nos dará venganza. Vamos agora a dar consuelo a Alcumena, que bien sé que lo ha mucho menester, según su honestidad, la qual tengo por engañada, mas no por corrompida''.—Naucrates hace subir de punto la extrañeza de la situación, contestando: ''Y aun será bien que destas cosas no hablemos más, donde tantos nos oyen''.



Sería Hernán Pérez de Oliva el primer intérprete de tragedias griegas en idioma moderno—pues su *Electra* fué publicada en 1528 y su *Hécuba* es necesariamente anterior a 1533—, si no se le hubiera anticipado el poeta italiano Giovanbattista Gelli, cuya traducción en verso de la misma *Hécuba* no se sabe a punto fijo cuándo se imprimió primeramente, aunque se supone que fué en Florencia y hacia 1519. Poco posteriores a los trabajos de Oliva fueron la versión italiana de la *Antígona* de Sófocles por el pulcro Luigi Alamanni (1533), la francesa de la *Electra* del mismo Sófocles por Lazare de Baïf (1537) y la castellana, perdida, de alguna tragedia de Eurípides por Boscán (¿o tal vez Garcilaso?).

Gelli tradujo de la versión latina de Erasmo. No sabemos si el Maestro Oliva usaría de los originales griegos, o de traducciones latinas, pues ni él menciona el estudio del griego entre los que había hecho, ni la libertad de sus versiones permite adu-

cirlas como argumento suficiente. Acaso un análisis minucioso, ayudado por el conocimiento de las versiones latinas hechas ya entonces, permitiría averiguar si estudió a Sófocles y a Eurípides en su lengua; pero ni cabría en los límites de mi trabajo, ni está a mi alcance.

De todos modos, las obras elegidas para mostrar con ellas cómo podía ascender el castellano a las excelsitudes de la tragedia clásica eran de las más propias a difundir benéfico influjo en un teatro incipiente. Si no lo ejercieron visible—siquiera como el que tuvo en Francia y aun en Italia el drama antiguo—, débese a que la semilla dramática ya germinante en España era enérgicamente autóctona e iba a producir abundancia de frutos con jugo y sabor propios y nuevos (12).

La *Electra* de Sófocles es el espectáculo de un alma juvenil y femenina, virginalmente heroica, encendida en ardiente sed de justicia y de amor, en acrisolada devoción a la memoria del padre sacrificado, y en indomable esperanza de la fatal redención dolorosa. En torno de esa alma se desenvuelve el conflicto trágico, y de ella—espectadora ansiosa—parecen brotar las peripecias y la catástrofe; en derredor suyo, como para cumplir los votos de su corazón, se mueven Egisto y Clitemnestra, livianos y secos de espíritu, Crisotemis, irresoluta y en sobresalto, Orestes, ardoroso, certero como el brazo mismo de la Moira, el coro, agitado y fluctuante como un mar, con sus cánticos estremecidos por el soplo de los presagios tremendos. Pero sobre el tumulto de las pasiones, el espíritu del poeta creador vigila: no acorta las magnitudes del desastre, pero lo humaniza, mostrándolo como liberación, como purificación impuesta para el necesario equilibrio de las cosas divinas y humanas.

Menos armoniosa, menos pura que la *Electra,* pero más rica en cambios y contrastes, la *Hécuba* de Eurípides asciende por instantes a la cumbre de lo patético. Es quizás la obra más antigua, entre las que del arte europeo se conocen, donde el amor y el dolor maternales alcanzan plenitud de expresión. El mismo Eurípides, en su última obra, su tragedia mística, *Las Bacantes,* pintó el dolor materno: perdido el pasaje final, se cree sin embargo que haya sido el modelo para las lamentaciones de la Virgen Madre en el *Cristo paciente* atribuido a Gregorio Nacian-

ceno; y así, el arte ateniense habrá servido de comentario a la tragedia de María en el Gólgota, cuya narración prístina debemos al grande artista del Cuarto Evangelio.

Pero, si se ha perdido el final de *Las Bacantes,* conocemos todo el dolor de *Hécuba.* La reina troyana, que en la *Ilíada* pasa con rapidez de sombra, y de cuyas tribulaciones sólo se nos cuenta cómo llama a Héctor para que esquive el combate con Aquiles, y cómo, ante el cadáver de su heroico hijo, "comienza el lamento inacabable", ahora, en la tragedia de Eurípides, ciñe la corona de todos los dolores: cautiva, sin hogar, sin patria, sola ya con dos hijos desvalidos, una virgen y un infante, ve morir a la una sacrificada a los deseos póstumos de Aquiles y al otro muerto por su guardián, ganoso de agradar a los destructores de Troya. Desolación que pone espanto en el espíritu y no se creería cupiese en palabras. Y sin embargo, Eurípides logra expresarla sin disminuir su intensidad ni excederse en horror. Como de la estatua de Niobe dijo Shelley, "no hay allí terror; hay dolor, dolor profundo, inextinguible, sin remedio; todo se anega en el sufrimiento, y la madre no es sino lágrimas". Oímos hablar comúnmente de la *serenidad* griega; ante la *Hécuba* debe hablarse de la desesperación griega. ¿Qué poeta romántico de nuestros días supera en inquietud de emoción a Eurípides?

Este mismo poeta, acusado de prosaísmo, es quien hizo en ocasiones (así en su *Electra,* rara interpretación de la leyenda de los Atridas, heroica en Esquilo y Sófocles) sufrir extraños cambios a la antigua concepción trágica; pero en *Hécuba,* y en las *Ifigenias,* y en *Medea,* y en *Hipólito,* y en *Las Bacantes,* creó belleza sin la cual tendríamos pobre noción de la rica variedad del teatro griego. Su *Hécuba,* es cierto, se transforma luego en historia de venganza; pero recordemos que, como dice Otfried Müller, "Hécuba es siempre para Eurípides una mujer de osadía y libertad de espíritu inusitadas".

Poner manos en tales insignes modelos, y no con propósitos de mera traducción, sino, como hoy se dice, de *refundición* y *arreglo,* podía resultar profanatorio. Pero el Maestro Oliva no quiso *arreglar* ni menos mejorar las obras de Sófocles y Eurípides. Su objeto era probar que la alta forma de la tragedia

podía vivir, sin perder dignidad, en castellano. Quiso hacer obra fácilmente inteligible para españoles cristianos del Renacimiento; pero, como no aspiraba a la originalidad, prefirió tomar de autores antiguos el asunto y, de un modo general, la forma, consagrados ya. Él mismo llama a *La venganza de Agamenón* "tragedia que hizo Hernán Pérez de Oliva, Maestro, cuyo argumento es de Sophocles poeta griego"; y la *Hécuba triste* aparece publicada por su sobrino Ambrosio de Morales como "tragedia que escribió en Griego el Poeta Eurípides, y el Maestro Hernán Pérez de Oliva, tomando el argumento, y mudando muchas cosas, la escribió en castellano". No diversa cosa es, por ejemplo, la novísima *Electra,* escrita sobre el modelo de Sófocles por el poeta alemán Hugo von Hoffmanstahl.

Así consideradas, las dos tragedias de Oliva ofrecen extraordinario interés: revelan, ante todo, una concepción del drama. La época era de indecisión en este orden: el teatro español oscilaba entre la forma indivisa y la división en actos, entre la prosa y el verso; él desecha la división en actos y la forma poética; no le estorbaba el rutinario prejuicio según el cual los poetas deben ser traducidos en verso, aunque hayan escrito en idiomas (como el griego y el latín) de cuya métrica no es posible dar trasunto exacto. Su concepción tiene vaguedades: desaparece, como era inevitable, la tradición religiosa del teatro griego, y la sustituye una especie de *ambiente moral,* creado por reflexiones de sabor cristiano diseminadas en las escenas; subsiste el coro, disminuido y ya sin significación precisa; aun se incurre en la puerilidad de recomendarle discreción. Pero, por encima y a pesar de estos obstáculos, el humanista español muestra sentido del drama, como antes en el *Anfitrión*: ni la comedia latina ni las dos tragedias atenienses pierden en sus manos ningún elemento dramático que deba estimarse como esencial fuera de la forma particular, histórica, en que fueron creadas.

En ambas obras, todas las escenas están alteradas, reducidas las más; el texto sólo de lejos sigue a los originales. En *La venganza de Agamenón,* el coro, en vez de vírgenes, como al carácter de la heroína corresponde, lo componen *dueñas;* pero este coro significa bien poco, y así se explica la supresión de sus

cánticos, de sus *stasima*. Oliva hace hablar (pero no *vivir*) a Pílades, personaje mudo en Sófocles; no le basta que llegue la falsa noticia de la muerte de Orestes, y añade la simulación del arribo del cadáver; introduce situaciones nuevas (tal el diálogo entre Orestes y Pílades); suprime personajes en otras (así, al final, el *pedagogo,* a quien se da allí el nombre de *ayo*); y cambia de orden las escenas (retarda, por ejemplo, la escena entre Electra y su madre).

En la *Hécuba* el coro ha sufrido menos: canta su doliente invocación a los vientos marinos y su treno sobre la destrucción de Troya. Sin embargo, ha desaparecido su tumultuosa entrada, ejemplo vívido de la *desesperación griega*:

> Hécuba, corro hacia ti... No vengo a aliviar tus males; te traigo nuevas terribles; seré para ti ¡oh mujer! heraldo de dolores. La asamblea de los griegos ha dispuesto que tu hija sea inmolada a los manes de Aquiles... Ulises vendrá bien pronto a arrancar a tu hija de tu regazo y de tus débiles manos. ¡Corre a los templos, corre a los altares, échate a las rodillas de Agamenón, suplícale, invoca a todos los dioses, a los del Olimpo y a los del Averno!

Como en *Electra,* las situaciones cambian de orden; y la doble trama, en vez de quedar dividida, como en Eurípides, se enlaza: antes de la noticia final de la muerte de Polixena, llega, flotando sobre el mar, hasta los pies de la misma Hécuba, el cuerpo de Polidoro. Desaparece el personaje de Taltibio, y una parte del coro, que sale de la escena, es quien narra a la reina troyana el martirio de su hija; desaparece, por inútil, la sirviente. La escena entre Hécuba y Agamenón ha sido suprimida; en cambio, hay una situación nueva, llena de ternura: el amortajamiento del cadáver del infante por las mujeres del coro. Al final, Polimnéstor no profetiza; en cambio, Hécuba se extiende en razones para justificar la venganza que tomó en el guardián de su hijo. Agamenón juzga del caso en breves palabras: lo cual no pareció adecuado a uno de los sobrinos literatos del Maestro Oliva, Jerónimo de Morales, quien añadió de su pluma una sentencia del Atrida, con sabor más jurídico que poético: su mismo hermano Ambrosio opina que "parece más pronunciada en juicio que fin de tragedia", aunque cree que tiene "algún buen gusto" del estilo del Maestro.

No es quizás su prosa traducción directa del griego, y sin embargo, no faltan expresiones, fieles o no al texto original, de sabor clásico:

... Micenas, esta Ciudad que delante tienes grande y torreada... Ya la noche es pasada, y el Sol muestra las puntas de sus rayos... Ya no hay gentes que no sientan mis gemidos, ni lugar de mi morada que no mane con mis lágrimas... Veríasla hecha fuente de lágrimas por ti... Renueva tu corazón con algún consuelo... ¿Para qué quiero mi hermosura, si ha de ser siempre desierta?... Recoge tus querellas con cordura en tu corazón, porque no te aneguen... Acatada y servida en las mesas do sirven con oro... Luego por todo aquel espacio había una lluvia de lágrimas... Tú, piedad, que sueles atar las manos en la venganza, suelta agora las mías... Todos tienen en sus madres un común reposo de amor, todos en sus hermanas placiente acogimiento, sino yo triste, desventurada, que viniendo a ellas echada con ondas de tempestad, las halló más duras que los riscos, adó las manos no pueden hacer presa... Aquel su cuello, semejante al marfil adornado con oro... Fuera luego rabiosa, acompañada de muerte y de venganza... ¡Oh hermano, oh lumbre!... ¡Oh día alegre, que poco antes me parecía noche escura, y agora en mis ojos resplandeces!... (*La Venganza de Agamenón.*)

¡Oh ayres de la mar, que movéis contino sus ondas! ¿A qué tierras nos habéis de llevar? ¿Iremos por caso a servir a los Dóricos? ¿O a las tierras do corre el río Apidano? ¿O si nos llevaréis a la Isla do la primera palma nació? ¿do está el laurel dedicado a Latona? ¿O a la ciudad que se dice de Palas, a pintar lienzos con seda y aguja? ¿O dónde a otra parte nos llevaréis a ser esclavas en tierras ajenas, do siempre lloremos la memoria de Troya, que agora dexamos humeando en el suelo?... Ves aquí todas las partes por do puedes ligeramente matarme. Si quieres el cuello, veslo tendido; si quieres el pecho, veslo patente... ¿Qué dices, malvado? ¿Qué buscas en esa noche perdurable do te habemos metido?... (*Hécuba triste.*)

A veces, en cambio, hay reminiscencias de la Biblia y de la literatura cristiana:

Envía, Señor, tu ira sobre ellos, y parezca sobre la tierra tu gran poderío, porque los hombres no se olviden que solo tú eres el que la gobierna... (*La venganza de Agamenón.*)

Y más frecuente todavía es el sabor de sutileza escolástica y tendencia al conceptismo, que en las tragedias griegas apenas se anuncia en los diálogos de frases breves:

Electra, doncella de santo zelo y virtud admirable, más perdió tu padre en ti que en perder la vida. Los crueles tiranos que, matando á él, hi-

rieron tu pecho tan duramente, no fueron tan crueles en matar tu padre quanto lo fueron en dar a ti tal vida... Mayor muerte no me puede dar que no darme ninguna... En este punto combaten en mi corazón la seguridad de mi vida y la muerte de mi hijo: mi seguridad demanda alegría, y su muerte no me la consiente... (*La venganza de Agamenón.*)

... Quanto más ya perdieres, tanto menos ternás que temer... Espantada estoy, do hay tanta humidad en cuerpo tan seco... (*Hécuba triste.*)

En general, la mayor virtud expresiva de esta prosa se halla en cuanto se refiere a sentimientos, y particularmente al dolor. En *Hécuba triste,* acaso la última obra del Maestro, y sin disputa la de más rico y flexible lenguaje, alcanza delicadeza y ternura exquisitas. No abundan en la antigua prosa castellana ejemplos de dulzura igual a la suavidad sencilla, lenta, arrulladora, de la escena inventada por el Maestro Oliva: la aparición del cadáver de Polidoro sobre las aguas y los cuidados con que las mujeres lo recogen y amortajan. Viene a la memoria la dulzura patética de su contemporáneo Garcilaso. Aun hay coincidencias:

¡Oh hermosura sobre el sér humano!
¡Oh claros ojos! ¡Oh cabello de oro!
¡Oh cuello de marfil! ¡Oh blanca mano!

(*Egloga II.*)

"Veslo aquí, Señora, limpio y lavado con las aguas que lo traían. ¡Oh mezquino niño, qué herida trae en el cuello! Bien parece la rabia con que le mataron, que según es grande su herida, un elefante pudieran matar. ¡Qué lindos pechos, qué brazos tan lindos, qué piernas, qué pies! ¡Oh, qué cabello de oro! ¡Qué frente, que boca, qué hermosura tan grande, que aun la muerte no pudo quitarla!... ¿Dónde va Hécuba así desmayada? En aquella peña se sienta, vueltos los ojos a la soledad. Dexémosla estar, mientras la cansa el dolor, que es un solo remedio que puede tener para menos sentirlo. Nosotras agora pongamos este corpecito en este lienzo más limpio. Los piés así juntos, las manos en el pecho, y bien compuesto su cabellico. Parece flor cortada a la mañana, que está desmayada con el Sol de medio día. Coseldo agora, mirá no rompáis con el aguja sus carnecicas. Así está muy bien. Cojamos agora de aquestas hierbas más verdes, de que le hagamos una camita, y la cabecera sembremos de flores. Muy bien está así. Sentémonos agora alrededor dél, guardémoslo todas mientras Hécuba vuelve, porque ella señale el lugar de su sepultura.

* * *

Espíritu lleno de juvenil vigor y rico en la disciplina de la madurez; curioso de la vida como del arte y de la ciencia; físico original; pensador interesante; defensor ingenioso y hábil cultivador de la lengua patria; artista sobre cuya obra irradió a veces la luz inmortal del espíritu antiguo: tal fué el maestro Hernán Pérez de Oliva. Se le menciona con frecuencia: rara vez se le lee, y desde el siglo XVIII sólo se ha reimpreso una producción suya. Pero su labor *activa* y escrita merece estudio: en él se descubre un ejemplo típico de la época de Carlos V, ágil y curiosa como ninguna en España; no desligada de la tradición medioeval, pero abierta ya a las tendencias del Renacimiento: cuadro histórico que iba a modificarse profundamente poco después.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

1910.

NOTAS

(1) Las frases citadas entre comillas son de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana*, tomo I, Madrid, 1911, capítulo IV, *Santo Domingo*.

(2) Atribuyo a Hurtado de Mendoza la *Guerra de Granada*, a pesar de la discusión suscitada por D. Lucas de Torre. Tengo noticia de que M. Foulché-Delbosc rebatirá victoriosamente la tesis negativa del Capitán Torre.

(3) Sigo, para las citas, la edición de las *Obras*, 1787, que más adelante describo; para el *Diálogo de la dignidad del hombre*, por excepción, he preferido el texto restaurado por Cerdá y Rico en la reimpresión de las *Obras* de Cervantes de Salazar, 1772. Ambrosio de Morales hizo unas cuantas—no muchas—modificaciones al texto del *Diálogo*, impreso en 1546, al reimprimirlo en 1585.

(4) Es interesantísimo el trabajo de D. J. Rey Pastor, *Bibliografía matemática del siglo XVI*, en la *Revista de libros* de Madrid, número VI, Noviembre-Diciembre 1913.

(5) Esta noticia la habían tomado ya en cuenta Barrera, que escribió un artículo sobre el asunto en la *Revista sevillana de ciencias, artes y literatura;* Menéndez y Pelayo, García Icazbalceta, y Altamira en su *Historia de España y de la civilización española*.

(6) Curiosa carta de Castiglione a Lucio Marineo Sículo, incluída en la obra de éste, *De las cosas memorables de España*. Recientemente la citan Antonio M. Fabié, en su prólogo a la edición de *El Cortesano*, de Castiglione, traducido por Boscán, *Libros de antaño*, y D. Marcelino Menéndez y Pelayo en su estudio sobre *Juan Boscán*, tomo XIII de la *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, 1908.

(7) No creo fácil perfeccionar la biografía del Maestro, por ahora, mientras no se tengan mejores datos que permitan precisar fechas y personas, tales como el tío residente en Roma (¿fue quizás el escolástico Agustín Pérez de Oliva?) y los Maestros Alonso y Gonzalo de Salamanca. Menéndez y Pelayo, en su libro sobre *Bos-*

cán, p. 155, da como fecha de la muerte de Oliva el año de 1533. El año de 1530 daban, anteriormente, Mr. James Fitzmaurice-Kelly y M. Ernest Mérimée en sus manuales de historia de la literatura española. Ambrosio de Morales dice que el Maestro murió "aun no de cuarenta años".

Hay noticia de que escribió o comenzó a escribir los trabajos siguientes:

Perdidos: *De lumine et specie; De magnete;* "y otros", según él, ensayos de física, en latín; *De opere intellectus,* ensayo de psicología, en latín; diálogos *Del uso de las riquezas* y *De la castidad,* en castellano. Aun pensó escribir otros discursos sobre cuestiones de ética.

En discusión: *Vida y hechos de D. Cristóbal Colón, primer Almirante de las Indias y dominador de la Mar Océana.*

Obras que se conservan: Poesías, cuatro, de diversas fechas (la última, de 1527); Diálogo en latín y castellano, en elogio de la Aritmética de Martínez Silíceo (París, 1518); versión del *Anfitrión* de Plauto, hecha no mucho después que el Diálogo latino-castellano, según se colige por las palabras de Ambrosio de Morales (nota preliminar a las poesías del Maestro); *Razonamiento* hecho en el Ayuntamiento de la ciudad de Córdoba sobre la navegación del río Guadalquivir [¿1524?]; *Diálogo de la dignidad del hombre* y *Discurso de las potencias del alma y del buen uso dellas,* escritos ambos, a lo que parece, después de los treinta años; versión de la *Electra* de Sófocles (1528); *Razonamiento* hecho en Salamanca el día de la lición de oposición de la cátedra de filosofía moral [¿1529?]; Inscripciones latinas en la Universidad de Salamanca (1529); versión de la *Hécuba* de Eurípides, probablemente su último trabajo.

EDICIONES:

1.—*Dialogus in laudem Arithmeticae Hispanâ seu Castellanâ linguâ, quae parum aut nihil à sermone Latino dissentit.* Publicado con la *Arithmetica* de Juan Martínez Silíceo. París, 1518. Mencionan la publicación de este diálogo Ambrosio de Morales, en la nota preliminar que le puso al reimprimirlo en las *Obras* del Maestro, y Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova.* La *Arithmetica* se publicó por primera vez en 1514, en París; el diálogo de Oliva hubo de agregarse más tarde, pues no figura en el ejemplar que he consultado de esa primera edición, en la Biblioteca Nacional de México. Según Morales, el diálogo se reimprimió junto con la *Arithmetica* "otras veces después". Nicolás Antonio menciona otra edición del tratado de Martínez Silíceo, hecha en Valencia en 1544.

2.—"Muestra de la len | gua castellana en | el nascimiento | de Hercules. | O Comedia de | Amphitrion." Sin lugar ni año: se supone sea de hacia 1525. Esta edición rarísima está descrita en el *Catalogue de la Bibliothèque de M. Ricardo Heredia Comte de Benahavis* (3 vols., París, 1891-93), bajo el número 2230: se copia, en facsímile, la portada. En el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos,* formado con los apuntamientos de D. Bartolome José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. J. Sancho Rayón (Madrid, 1863-1889), está mencionada con el número 4148 del Registro B de la Biblioteca de Fernando Colón, quien puso esta nota: "Diómela el mesmo autor en Sevilla a 27 de Noviembre de 1525."

3.—"La ven- | gança de Agamenô. | Tragedia que hi- | zo Hernan perez de | Oliua. Maestro. cu | yo argumento es do (*sic*) | Sophocles poeta | griego. | Año. 1528."—Colofón: "Fue impresso en la muy noble y mas leal ciudad de Burgos: acabo se a xiiij dias del mes de Mayo. Año del señor de mil y quinientos y xxviij. años."—El único ejemplar conocido de esta edición perteneció a la biblioteca de Salvá, número 1416; pasó a la de Ricardo Heredia, y por fin a la Biblioteca Nacional de Madrid, donde hoy se encuentra: consúltese el artículo de Menéndez y Pelayo *Cuatro palabras acerca del teatro griego en España,* inserto en la edición de Aristófanes, traducción de Baráibar, en la *Biblioteca Clásica* (Madrid, 1880), y su libro *Juan Boscán,* ya mencionado en estas notas, página 155. La edición está descrita en el Catálogo de la biblioteca de Heredia, bajo el número 2225: se copia en facsímile la portada.

4.—"La venganza de Agamenon, tragedia que hizo Hernan Perez de Oliva,

Maestro; cuyo argumento es de Sofocles, Poeta Griego. 1531." (*Al fin:*) "Fue impresso este presente tratado en la muy Noble y mas Leal ciudad de Burgos, en casa de Juan de Junta, impresor de libros. Acabóse a 12 del mes de junio, año del nacimiento de Jesu Cristo nuestro señor de mill y quinientos y treinta y un años."—Se da cuenta de esta edición en el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos,* de Gallardo, tomo III, número 3461.

5.—*La venganza de Agamenón.* Edición de Sevilla, 1541, en 4.o—La menciona Francisco Cerdá y Rico, obras de Cervantes de Salazar, 1772, página 27 del *Discurso* de Ambrosio de Morales, nota. No la menciona D. Joaquín Hazañas y La Rúa en su libro *La imprenta en Sevilla,* Sevilla, 1892.

6.—"Obras q Francisco Ceruantes de Salazar ha hecho, | glosado, y traduzido. | La primera es el Appologo de la ociosi | dad y el trabajo, intitulado Labricio Por | tundo donde se trata con marauilloso estilo | delos grandes males dela ociosidad, y por | el contrario de los prouechos y bienes del | trabajo, compuesto por el Protonotario | Luys Mexia, glosado y moralizado por | Francisco Ceruantes de Salazar. | La segunda es vn dialogo de la dignidad | del hombre donde por manera de disputa se | trata de la grâdezas y marauillas que ay | en el hôbre, y por el côtrario de sus trabajos | y miserias, começado por el maestro Oliua, | y acabado por Frâcisco Ceruâtes de salazar. | La tercera es la introcion (*sic*) y camino pa | ra la sabiduria dôde se declara que cosa sea | y se ponen grandes auisos para la vida hu | mana compuesto en latin por el excelête va | ron Luys viues buelta en castellano, con | muchas adiciones que al proposito hazian | por Francisco Ceruantes de Salazar. | Con priuilegio." El colofón del *Diálogo de la dignidad del hombre* (cada tratado forma un fascículo aparte) termina así: ... "fue impresso en alcalá de henares en casa de Brocar a xxv. de. Mayo del año M.d.xlvj."—Se describe esta edición en el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos,* tomo II, número 1758; así mismo en el Catálogo de la biblioteca de Ricardo Heredia, número 2820, ejemplar de Salvá número 3869.

7.—*Diálogo de la dignidad del hombre,* traducido al italiano por Alfonso de Ulloa, y publicado en Venecia. Según Nicolás Antonio, el año de 1563, en 8.o; según Francisco Cerdá y Rico, el año de 1564, en 12o: el último asegura haber visto el libro. No es probable que sean dos las ediciones.

8.—"Las obas (*sic*) | del Maestro Fer | nan Perez de Oliva natural de | Cordoua: Rector que fue de la Vniversidad de Sala- | manca, y Cathedratico de Theologia en ella. | Con otras cosas que van añadidas, como se dara razon luego | al principio. | Dirigidas Al Illustrissimo señor el Cardenal de | Toledo don Gaspar de Quiroga. | (Escudo del Mecenas, grabado en madera) | . Con privilegio. | En Cordoua por Gabriel Ramos Bejarano. | Año. 1586." El colofón declara que la impresión se terminó en Diciembre de 1585.—Esta edición la dirigió Ambrosio de Morales y contiene todas las obras que nos quedan del Maestro, así como otras de su sobrino y un discurso del cordobés Pedro de Valles. Comenzó a imprimirse en Salamanca, y Ramos Bejarano explica *al lector*: Este libro se començo a imprimir en Salamanca, y despues fue necessario passarlo a Cordoua, auiendose impresso alla no mas que hasta el argumento del dialogo de la dignidad del hombre en cuatro pliegos. Todo lo de mas se acabo en Cordoua. Mas porque en Salamanca no se imprimieron mas de quinientos, se imprimieron otros mil enteros en Cordoua. Por esto tendran unos libros differentes principios que otros, y podriase pensar que fuessen dos impressiones, y no es sino toda vna misma, como por lo dicho se entiende".

Dan noticias de esta edición D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español...,* Madrid, 1860; el Catálogo de la Biblioteca de Ricardo Heredia, número 2823 (ejemplar de Salvá número 1354); D. Marcelino Menéndez y Pelayo, artículo *Cuatro palabras acerca del teatro griego en España;* D. Joaquín Hazañas y La Rúa, *La imprenta en Sevilla,* artículo Gabriel Ramos Bejarano; y D. José María de Valdenebro y Cisneros, *La imprenta en Córdoba* (Madrid, 1900): es aquí donde mejor se la describe.

EDICIONES QUE CONOZCO:

9.—"Parnaso | Español. | Coleccion | de poesias | escogidas | de los mas celebres poetas | castellanos. | Por D. Juan Joseph Lopez de Sedano, | Caballero Pensionado de la Real y | distinguida Orden Española de Car- | los Tercero, y Academico de la | Real Academia de la Historia.— | Con licencia. | Madrid. Por D. Antonio de Sancha. | Año de M.DCC.LXXII." Tomo VI°, que comprende seis tragedias. *La Venganza de Agamenón* y la *Hécuba triste* ocupan las páginas 191 á 311. Las otras cuatro tragedias son las *Nises* de Fray Jerónimo Bermúdez y la *Isabela* y la *Alejandra* de Lupercio Leonardo.

10.—"Obras | qve Francisco Cervantes | de Salazar | ha hecho glossado i tradvcido. Dialogo | de la dignidad del hombre | por el M. Oliva i por Cervantes. | Apologo de la ociosidad i el trabajo, | intitvlado Labricio Portvndo, | por Lvis Mexia, | glossado por F. Cervantes. | Introducion i camino para la sabidvria | compuesta en latin, como va ahora, | por Jvan Lvis Vives, | vvelta en castellano con mvchas adiciones | por el mismo Cervantes. | Con licencia del Consejo. | En Madrid por Don Antonio de Sancha. | M.DCC.LXXII." Edición dirigida y anotada por Francisco Cerdá y Rico y costeada por Manuel Negrete, Marqués de Torremanzanal.

11.—"Las Obras | del Maestro Fernan Perez de Oliva, | natural de Cordova, | Rector que fue de la Universidad de Salamanca, y | Catedrático de Teologia en ella; y juntamente quin- | ce Discursos sobre diversas materias, compuestos | por su sobrino el celebre Ambrosio de Morales, | Cronista del Catolico Rey D. Felipe II; la Devisa | que hizo para el Señor D. Juan de Austria; la Ta- | bla de Cebes que trasladó de Griego en Castellano, | con el argumento y declaración que hizo della; | y un Discurso del Lic. Pedro de Valles sobre el | temor de la muerte, y deseos de la vida, y repre- | sentacion de la gloria del Cielo. | Dirigidas al Ilustrisimo Señor el Cardenal de To- | ledo D. Gaspar de Quiroga. | Dalas a luz en esta segunda edicion | D. A. V. C. | Con Licencia del Consejo. | En Madrid: En la Imprenta de Benito Cano. | Año de M.DCC. LXXXVII." 2 volúmenes en 8.°

12.—"Biblioteca | de Autores Españoles, | desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. | Obras completas de filósofos, | con un discurso preliminar | del Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Don Adolfo de Castro, | Individuo correspondiente de las Academias Españolas y de la Historia.— | Madrid, | M. Rivadeneyra— Editor | 1873." Tomo LXV de la Colección. Pérez de Oliva, con el *Diálogo de la dignidad del hombre*, ocupa las páginas 377 á 396.

En su *Précis d'histoire de la littérature espagnole* (París, 1908), página 183, trae M. Ernest Mérimée esta nota, a propósito del *Diálogo de la dignidad del hombre*: "Edit. Fabié (*Biblióf. Esp.*)". He buscado durante mucho tiempo esta *edición*, sin hallarla, y finalmente he obtenido del insigne hispanista M. Raymond Foulché-Delbosc la seguridad de que no existe edición de las obras de Oliva hecha por D. Antonio María Fabié ni en la *Sociedad de Bibliófilos Españoles.* Acaso se trate de una reimpresión del solo Diálogo con producciones de otros autores; pero tampoco la he encontrado, ni me parece probable.

Se menciona como la mejor biografía del Maestro la escrita por Rezábal y Ugarte, incluida en su *Biblioteca de los escritores que han sido individuos de los seis Colegios Mayores* (Madrid, 1805), obra que no he podido ver; pero se dice, en nota a la *Historia de la literatura española*, de Ticknor, traducción de Gayangos y Vedia, que "todo lo que de él se sabe que pueda interesar al lector está tomado del memorial de méritos y servicios presentado por él al hacer oposición a la cátedra de filosofía moral en Salamanca"; es decir, el *Razonamiento* que he extractado.

Hay datos y opiniones sobre Oliva en: Cervantes de Salazar, *Epístola Nuncupatoria* a Hernán Cortés, al frente del *Diálogo de la dignidad del hombre*, continuado por él (1546); Alejo Venegas, prefacio al *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, de Luis Mejía (¿1546?); Ambrosio de Morales, *Discurso sobre la lengua castellana* (1546) y notas a la edición de las obras del Maestro (1586); Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova* (1672); Gregorio de Mayáns y Siscar, *Orígenes de la lengua española* y *Oración* en que se exhorta a seguir la verdadera idea de la

elocuencia española (1737); Agustín de Montiano y Luyando, *Discurso sobre las tragedias españolas* (1750); Juan José López de Sedano, índice del tomo VI° del *Parnaso Español* (1772); Francisco Cerdá y Rico, prólogo y notas á las obras de Cervantes de Salazar (1772); Francisco Xavier Lampillas, *Saggio storico-apologetico della letteratura spagnuola* (1778); A. V. C., prólogo á la segunda edición de las obras del Maestro (1787); Bouterwek, *Historia de la literatura española* (1804); Leandro Fernández de Moratín, *Orígenes del teatro español* (hacia 1837); Francisco Martínez de la Rosa, Anotaciones a la *Poética;* George Ticknor, *Historia de la literatura española;* Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español* (1860); Joaquín García Icazbalceta, Biografía de Francisco Cervantes de Salazar (1875); Marcelino Menéndez y Pelayo, artículo *Cuatro palabras acerca del teatro griego en España* (1880) y estudio sobre *Juan Boscán* (1908); Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (1906-1911). Se menciona a Oliva en otras muchas obras, especialmente historias literarias (por ejemplo, la del drama español por Schack), pero sin añadir novedad alguna, y con frecuencia, en los diccionarios enciclopédicos, agregando datos falsos.

La obra del Maestro relativa a Colón se dice que fué escrita por los años de 1525, en Sevilla, probablemente a las órdenes del propio hijo del Descubridor, D. Fernando Colón. Con respecto a la posibilidad de que la obra que corre bajo el nombre, precisamente, de Fernando Colón, sea la escrita por el Maestro cordobés, según pensó Gallardo (y después Harrisse), copiaré el magistral resumen que hace D. Marcelino Menéndez y Pelayo en su artículo *De los historiadores de Colón* (*Estudios de crítica literaria,* tomo II, Madrid, 1895):

"Aquí (después de la *Historia de Indias,* de López de Gómara) se coloca por la "fecha de su publicación un libro de origen algo oscuro y problemático y que para "unos es piedra angular de la historia del Nuevo Mundo, mientras que otros le "desdeñan como una torpe falsificación. Bien se entiende que aludimos a las *His-"torie del Signore D. Fernando Colombo; nelle quali s'ha particolare, et vera re-"latione della vita e de' fatti dell-Ammiraglio D. Christoforo Colombo suo padre: Et "dello scoprimento, ch'egli fece dell'Indie Occidentali, dette Mondo Nuovo, hora "possedute dal Sereniss. Re Catolico: Nuovamente di lingua spagnuola tradotte "nell'Italiana dal Sign. Alfonso Ulloa,* por primera vez impresas en Venecia, en "1571 (por Francesco de' Franceschi); treinta y dos años después de la muerte "de su autor presunto. El original castellano no parece, y cuando a principios del "siglo pasado (XVIII el Consejero de Indias González Barcia quiso incluirla en "su colección de *Historiadores primitivos de Indias,* tuvo que retraducirla, por "cierto con poca fortuna, que todavía ha empeorado en una reimpresión novísima.

"Las *Historias* de D. Fernando pasaban sin contradicción por documento ori-"ginal y fidedigno (salvo algunos escrúpulos de D. Bartolomé Gallardo) hasta que "el autor de la *Bibliotheca Americana Vetustissima* (Mr. Henry Harrisse), en un "libro publicado en 1871 por la Sociedad de Bibliófilos de Sevilla (*Fernando Colón, "historiador de su padre*), no solamente insinuó graves dudas, sino que llegó á "aventurar la especie de ser la obra entera una superchería. No eran leves a la "verdad los fundamentos en que Harrisse apoyaba su inaudita paradoja. Don "Fernando Colón, el patriarca de los bibliófilos modernos, tan cuidadoso de sus "propios libros y de los ajenos, no consigna ni en los *Registros* ni en los *Abeceda-"rios* de su biblioteca semejante manuscrito, al paso que hace memoria de otros "debidos a su ingenio, y al parecer menos importantes por sus asuntos, tales como "un cancionero de sus versos (*Rythmi et cantilenae manu et hispanico sermone "scripti*) y el titulado *Colón de Concordia.* Por el contrario, se encuentra en más "de uno de estos catálogos la designación de una vida de Colón escrita por el Maes-"tro Hernán Pérez de Oliva (*Ferdinandi Perez de Oliva tractatus manu et hispano "sermone scriptus de vita et gestis D. Christophori Colon primi Indiarum Almirantis "et Maris Occeanis dominatoris*—Registrum B, número 4180), de la cual ninguna "noticia parece haber logrado su sobrino Ambrosio de Morales; y ¿quién sabe si "sería la misma que puso en italiano el traductor ambidextro Alfonso de Ulloa, "que ya había llevado a la misma lengua el *Diálogo de la dignidad del hombre* del

"propio Hernán Pérez de Oliva? Por otra parte, el D. Fernando que se dice autor "de las *Historie* principia por no saber a punto fijo dónde nació su padre, y apunta "hasta cinco opiniones; cuenta sobre su llegada a Portugal fábulas anacrónicas "e imposibles, y finalmente hasta manifiesta ignorar el sitio donde yacen sus restos, "puesto que los da por enterrados en la Iglesia Mayor de Sevilla, donde no estu- "vieron jamás."

"Todos estos argumentos, unidos al silencio de los contemporáneos y aun de "los mismos familiares de D. Fernando, parecían de gran fuerza; pero de pronto "vino a quitársela el conocimiento pleno de la *Historia de las Indias,* de Fr. Barto- "lomé de Las Casas, donde no sólo se encuentran capítulos sustancialmente idénti- "cos en los de las *Historie* (coincidencia que en rigor nada probaría sino la exis- "tencia de un texto anterior, fuese del Maestro Oliva o de cualquier otro), sino que "se invoca explícitamente el testimonio de *D. Fernando Colón en su Historia,* para "cosas que realmente constan con las mismas palabras en el libro publicado por "Alfonso de Ulloa. No hay duda, pues, que Fray Bartolomé de Las Casas disfru- "tó un manuscrito de la biografía de Cristóbal Colón por su hijo, muy semejante, "si no idéntica a la que hoy conocemos, dejados aparte los errores materiales del "traductor Ulloa y del tipógrafo italiano, y quizá también algunas desacertadas "enmiendas, adiciones y supresiones que hubo de permitirse Ulloa, o D. Luis Co- "lón, o alguna de las varias personas por cuyas manos corrió este desventurado "manuscrito. El mismo Harrisse, que no llevó la mejor parte en sus controversias "sobre este punto con D'Avezac, Peragallo y otros, ha modificado mucho sus con- "clusiones en esta parte, y hoy no niega la existencia de una antigua historia de "Colón atribuida a D. Fernando, y cuyo autor habla como testigo presencial del "cuarto viaje.

"Pero esta *Historia* ha llegado a nosotros en tal estado de corrupción, que es "muy difícil sacar fruto de ella sin someterla antes a un examen riguroso de fe- "chas y nombres, y hacer de ella una edición crítica, lo cual sería sin duda más "valioso servicio que el que pueden prestar tantas polémicas verbosas y apasiona- "das. Que sea de D. Fernando, o de Hernán Pérez de Oliva, o de cualquier otro, "nada importa para el valor de casi todo lo que en ella se contiene, puesto que "está sustancialmente conforme con los diarios, cartas y otros escritos del Almirante "que por fortuna poseemos, y que el autor, quienquiera que fuese (y ¿quién más "abonado que su hijo?), tuvo a su disposición y extractó y aprovechó, como antes "y después de él lo hicieron otros muchos. Pero la duda empieza en aquellas cosas "que ningún biógrafo anterior consigna, y que sobre la fe de D. Fernando Colón "vienen admitiéndose, así en lo tocante a los primeros años de D. Cristóbal, en que "el biógrafo controvertido parece haber estado tan a oscuras como nosotros o más, "cuanto en lo tocante á las relaciones de Colón con el Gobierno de Castilla, en que "se hace eco de una tradición, que pudiéramos llamar *de familia,* manifiestamente "hostil al Rey Católico. Con este libro comenzó a formarse lo que ahora llaman la "*leyenda colombina,* y por eso es el principal baluarte de los que la defienden, así "como el principal blanco de los tiros de los que la atacan. Notorio es, sin embargo, "que la tal leyenda ha sido pródigamente enriquecida por la imaginación de los "panegiristas posteriores"...

La obra en discusión fue reimpresa en italiano varias veces (Milán, 1614; Venecia, 1618, 1672, 1676, 1678, 1685, 1707) y vertida a diversos idiomas (al francés, por C. Cotolendy, París, 1681). La versión castellana de Andrés González Barcia fue publicada en Madrid en 1749, y reimpresa en 1892, en los tomos V y VI de la *Colección de libros raros o curiosos que tratan de América.* Esta incorrecta edición lleva, al principio del segundo tomo, un mediano *Estudio biográfico y bibliográfico acerca de D. Fernando Colón,* anónimo: en éste se discute con mucha ligereza la cuestión promovida por Harrisse, y ni siquiera se toma en cuenta la hipótesis de que Alfonso de Ulloa se hubiera servido del manuscrito de Pérez de Oliva. Es verdad que otros escritores, como José María Asensio (*Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*), también hacen caso omiso, con no muy buen acuerdo, de la vieja hipótesis de Gallardo y Harrisse.

(8) Entre las teorías principales de Aristóteles, la que mejor puede relacionarse con un *voluntarismo* es la de las causas finales. Pasajes que indican aproximaciones son, por ejemplo, *Física,* libro I, capítulo 10; libro II, capítulo I; y *Política,* libro I, capítulo II. Alfred Weber, como partidario del *voluntarismo*, señala esta tendencia de Aristóteles en su *Histoire de la philosophie européenne* (7.ª edición, París, página 109). Este pasaje de Aristóteles apoya y aun explica las ideas expuestas por el humanista cordobés: ... "Como hay en las cosas un elemento divino, excelente y deseable, decimos que uno de nuestros dos principios (materia y privación) es contrario a ese elemento, mientras que el otro está hecho por su propia naturaleza para buscar y desear ese elemento divino... Es imposible... que la forma se desee a sí misma... Pero ese es precisamente el papel de la materia." (*Física,* libro I, capítulo X, § 7). La tendencia de los elementos "a colocarse en sus lugares" es noción claramente aristotélica: "Por las leyes mismas de la naturaleza, cada cuerpo es llevado hacia los lugares que le son propios, o permanece en ellos..." (*Física,* libro IV, capítulo VI, § 2); "en cada uno de los elementos hay una tendencia natural que los dirige, por ejemplo, al fuego hacia arriba..." (libro IV, capítulo XI, § 2). Como origen de las ideas desarrolladas en el *Discurso de las potencias del alma* puede señalarse también la *Metafísica,* libro IX. Ambrosio de Morales, en la nota preliminar que pone a dicho *Discurso,* señala como fuente los últimos capítulos del libro VI de la *Ética* (a Nicómaco): allí sólo he encontrado una de las ideas del *Discurso*: la de que las potencias o virtudes están en el hombre, pero se desarrollan con el hábito, o, como prefiere decir Oliva, la *costumbre.*

El Cardenal Zeferino González, en su *Historia de la filosofía,* clasifica a Oliva entre los pensadores independientes, pero sólo toma en cuenta el *Diálogo de la dignidad del hombre.*

(9) Citaré una interesante *concordanza* con este pasaje. En la memorable conversación que sostuvo Goethe con Falk el día de la muerte de Wieland, sobre la perennidad del espíritu y la concepción de las *mónadas,* figura este singular episodio: ... "En ese momento sonaron en la calle los ladridos de un perro. Goethe, cuya "antipatía por los perros es innata, se lanzó violentamente á la ventana y gritó: —Hagas lo que hagas, Larva, yo sabré arreglármelas de manera que no me atra- "pes ni me sometas a ti.—Palabras que habrían parecido extrañas a quien las hu- "biera oído sin conocer el conjunto de las ideas que Goethe desarrollaba...

"Goethe calló por algunos instantes, y dijo luego en tono más tranquilo: —La "canalla del mundo se atreve en verdad a demasiado orgullo; en este rincón del "universo donde rueda nuestro planeta, nos hemos encontrado con toda clase de "criaturas inferiores, verdadera hez de las *mónadas;* y si en otros planetas se "supiera que ésta es nuestra sociedad, poco honor nos haría."

El Maestro Oliva pudo encontrar sugestiones para este pasaje de su *Diálogo* en la *República* de Cicerón, libro I, § XVII.

(10) Cervantes de Salazar y su anotador Cerdá y Rico, en la continuación del *Diálogo,* citan diversos pasajes de autores antiguos y aun modernos, que refuerzan las exposiciones de Oliva y que probablemente las inspiraron en ocasiones. Mencionaré los principales *loci*: la sentencia atribuída por los griegos a Sileno, "lo mejor sería no nacer", citada por Cicerón (*Tusculanae quaestiones,* I, 48) y Plinio (*Historia natural,* libro 7, comienzo), y comentada por Erasmo, *Adagios;* dos pasajes homéricos: "Ninguna cosa hay tan mísera como el hombre", en boca de Ulises, versos 129 y siguientes, rapsodia XVIII de la *Odisea,* y la comparación del hombre con las hojas del árbol, en boca de Glauco, versos 146 y siguientes, rapsodia VI de la *Ilíada;* sobre la vejez, Cicerón, *Cato maior seu De senectute,* capítulos III y V, y Terencio, *Formio,* acto IV, escena I; sobre la brevedad de la vida, además de varios poetas griegos, los *Adagios* de Erasmo nuevamente; sobre la doble naturaleza del hombre, Tomás de Aquino, *Summa theologica,* parte I, cuestión 91; hay también citas bíblicas, especialmente del *Génesis* y del *Eclesiastes.*

(11) Mr. James Fitzmaurice-Kelly es quien más entusiasta se manifiesta por la prosa de Valdés: "posible es que Cervantes, en sus mejores pasajes, llegue a un grado de excelencia que no alcanza Valdés; pero Cervantes es uno de los escrito-

res más desiguales del mundo, mientras que Valdés es uno de los más atentos y escrupulosos. De aquí que, dejando a un lado prejuicios de secta, Valdés deba ser considerado, si no el primero en absoluto, al menos entre los primeros maestros de la prosa castellana." La opinión es significativa, sobre todo porque viene de un católico, y Valdés fue heterodoxo. El Sr. Menéndez y Pelayo concede siempre a Valdés, como prosista, un lugar inmediato al de Cervantes, y expresa que "en él había verdadero genio de escritor".

(12) Aunque no ejercieron influjo general las dos tragedias del Maestro Oliva, hay indicios del interés que llegaron a despertar. Ante todo, el hecho de que la *Electra* alcanzara tres ediciones en catorce años. El Sr. Menéndez y Pelayo menciona un curioso dato, en su artículo, ya citado, *De los historiadores de Colón*:

... "El heroico y fidelísimo Diego Méndez, que en una canoa llevó de la Jamai-
"ca a la Española la relación del cuarto viaje (escrita por el mismo Colón), y que
"en servicio de su señor el Almirante gastó todo su haber, lo cual no le impidió
"fundar un mayorazgo con los diez únicos libros que poseía, a saber: una *Ética* de
"Aristóteles, un Josefo, una *Electra* de Sófocles traducida por Hernán Pérez de
"Oliva, un opúsculo de Eneas Silvio (Piccolomini), y cinco tratados de Erasmo.
"¡Extraña biblioteca para un marinero de tal temple!"

En Portugal fué imitada esta tragedia por Enrique Ayres Victoria (1555). Dice el mismo Sr. Menéndez y Pelayo, en el artículo *Cuatro palabras acerca del teatro griego en España*: "De este opúsculo de estupenda rareza sólo llegó a ver
"un ejemplar Inocencio de Silva, y a juzgar por los trozos que en su *Diccionario*
"*bibliographico portuguez* copia, Enrique Ayres, más que el original griego, tuvo
"a la vista la traducción del Maestro Oliva, y sobre ella calcó la suya, convirtiendo
"la prosa en quintillas."

Según el Abate Lampillas, empeñado en probar la superioridad del Maestro cordobés sobre los primeros trágicos italianos, Trissino y Rucellai, "á ejemplo del
"trágico español intituló Ceruti *Las desgracias de Hécuba* su tragedia compuesta
"de *Las troyanas* y la *Hécuba* de Eurípides, imitándolo hasta en escribirlas en
"prosa". (*Ensayo histórico-apologético de la literatura española*, tomo VI.)

Todavía en el siglo XVIII García de la Huerta se valió de *La venganza de Agamenón* para escribir su tragedia en verso *Agamenón vengado*.

La tragedia antigua, aunque no griega, había entrado ya en España antes de Oliva, con traducciones de obras de Séneca: a fines del siglo XIV, el valenciano Mosén Antonio Vilaragut tradujo al lemosín el Hércules (*¿furens?*) y la Medea; ya en el siglo XV (en su primera mitad, según Amador de los Ríos) se tradujeron al castellano, anónimamente, las diez tragedias del poeta latino y quizás alguna fue traducida más de una vez. Consultar: Amador de los Ríos, *Historia criítica de la literatura española*, tomo VII, páginas 479 y 480, y Cañete, *Teatro español del siglo XVI*, estudio sobre *Lucas Fernández*.—Las únicas versiones de tragedias griegas al castellano, hechas en los siglos XVI y XVII, que han llegado hasta nosotros, son las del Maestro Oliva; pues se han perdido, no sólo la versión que emprendió Boscán, de una tragedia de Eurípides, sino las de otras obras del mismo trágico, único griego que encontraba traductores después de Oliva: *Medea*, por Pedro Simón Abril, traductor insigne de griegos y latinos, la cual parece que se imprimió; *Ifigenia en Aulide*, por autor desconocido, la cual llegó a ser representada; e *Hipólito*, por Estaban Manuel de Villegas, la cual no se sabe si fué terminada.

La comedia latina sí ejerció influencia visible en los primeros pasos del teatro español; pero no sería fácil precisar qué parte tuvo en ella el *Anfitrión* del Maestro Oliva. Debe mencionarse el hecho de que esa versión fué fundida con la del Dr. Villalobos, por un escritor anónimo ("Comedia de Plauto llamada Amphitrion traduzida de latin en lengua Castellana, Agora nueuamente impressa en muy dulce apacible y sentencioso estilo. 1554"; véanse la traducción de la *Historia de la literatura española*, de Ticknor, por Gayangos y Vedia, tomo II, p. 520, el *Catálogo del teatro español*, por Barrera, y el libro de D. Cristóbal Pérez Pastor, *La imprenta en Toledo*, Madrid, 1887, número 273).

LAS IDEAS POLÍTICAS DE BOLÍVAR

Aquel que sin conocer el mar, llega por vez primera a sus orillas; el fatigado viajero que después de atravesar impenetrables selvas se detiene al pie de una montaña y mira perderse entre las nubes la diamantina cumbre; el sabio que asesta poderoso telescopio hacia los abismos inconmensurables de los cielos poblados de estrellas, no han sentido ni podrán sentir la admiración y el temor que sobrecogen mi espíritu al ocuparme en desentrañar las ideas políticas que alentaron en la cabeza del más grande de los hombres del continente suramericano. Porque es nada la constancia de los mares en golpear con sus olas la insalvable barrera de las playas, comparada con la constancia de Bolívar para llevar a término su misión divina; son enanos los montes más enhiestos junto a la estatura moral e histórica que irán descubriendo los siglos a este hombre prodigioso, y los abismos y las estrellas del cielo tienen medida y número si se comparan con el pensamiento que bullía en ese cerebro que supo lo pasado y penetró en lo futuro, en el bendecido empeño de dar a la América Justicia y Libertad.

¡Justicia y Libertad! ¡He aquí las dos deidades que fueron como el norte magnético de esta voluntad poderosa, de este ingenio esclarecido que se llamó en el mundo con el sonoro nombre de Simón Bolívar!

Las pasiones torciendo los criterios, han hecho pintar al Libertador como dotado de una desordenada ambición de mando, de un deseo exagerado de dominio sobre sus semejantes; como seducido por el brillo de las coronas y fascinado por el es-

plendor de las púrpuras regias; y nada hay más falso ni más calumnioso que tales aseveraciones. ¿Bolívar hechizado por el oropel de los tronos? ¿Bolívar ansioso de las fruiciones del mando? ¿Bolívar corriendo en pos de los mantos de regia púrpura? ¡Cómo desconocen, los que tales cosas afirman, el carácter y las ideas políticas que alentaron en la poderosa cabeza del Libertador de la América! ¡Qué venda tan tupida puso sobre los ojos de quienes así han pensado, la pasión de la envidia, del rencor, del odio quizá!...

Si nos pasman las hazañas bélicas que con hombres indisciplinados, rudos, desamorados de la causa que defendían; egoístas, ambiciosos e ignorantes en su mayor parte, realizó el Libertador en la vasta, despoblada, agreste e incomunicada extensión de Sur América; si nos maravilla esa constancia que no lograron vencer fracasos tras de fracasos, derrotas tras de derrotas, traiciones tras de traiciones; si nos llena de estupor esa rapidez incomparable que en cuarenta días condujo de una nación a otra un ejército de mendigos, salvó nevados picos y tenebrosas simas, derrotó y aprisionó un ejército adversario y ganó cien ciudades para la causa de la independencia; si nos extasía el brillo de esa palabra de fuego que quemaba las multitudes y las arrastraba en pos de sí a los caminos de la gloria; si nos inspira profundo respeto la magnanimidad y la generosidad de aquel corazón de verdadero cristiano, más pasmo, maravilla, estupor y embelesamiento debe producirnos esa virtud inquebrantable que le hacía preferir su título de ciudadano a todos los inventados por la ambición y el orgullo de los hombres.

Héroes registra la Historia, de todas las épocas, de todas las razas y en todas las naciones; guerreros esclarecidos hubo ayer, hay hoy y habrá mañana; pero hombres que truequen la guerra en semillero de bienes para la humanidad; que pudiendo ser déspotas sean los más obedientes y sumisos observantes de la ley, que huyan del uso del poder como huir del contagio de la peste, como Bolívar, ¿cuántos pueden mencionarse en la larga sucesión de los siglos de que hace memoria la humana estirpe? En eso Bolívar es el único. Bolívar está solo.

Cuando Bonaparte regresó de Egipto, no tuvo un Páez que le instigara a poner sobre sus sienes la corona imperial; y, sin

embargo, Bonaparte se hizo coronar y se llamó Napoleón. Cuando Bolívar regresó del Perú, abrumado bajo el peso de los laureles ganados en mil batallas, Páez, Carabaño y Antonio Leocadio Guzmán quisieron convencerlo de que para salvar a Colombia la Grande de una inminente disolución, era preciso que se ciñera la diadema imperial. Sedicente hijo de la Libertad aquél, pudiendo salvarla, la asesinó en Europa, en tanto que Bolívar la vigorizó en América a expensas de su propia vida.

César, para violar la sagrada frontera de Roma, no necesitó de un Consejo de Estado que juzgase vinculada a su Dictadura la existencia política de la ciudad de las siete colinas; Bolívar dió una acre y seca negativa a sus Ministros Castillo, Restrepo, Urdaneta y Vergara, empeñados en echar sobre los hombros del Libertador el manto de los reyes.

Iturbide trata secretamente con la guarnición de Méjico para hacerse proclamar Emperador, porque tenía en poco los honores presidenciales de que disfrutaba; Bolívar no quiso ni conservar en su poder la correspondencia secreta con que desde Francia se le instaba para que se proclamase Emperador, contando con el apoyo del Czar de Rusia y del Príncipe de Meternich, sino que indignado la envió al Congreso, porque sólo quería VIVIR CIUDADANO Y MORIR LIBRE!

Y es que el Libertador sabía que "las cuatro planchas cubiertas de carmesí que llaman trono, cuestan más sangre que lágrimas y dan más inquietudes que reposo". Por eso bien pudo decir: "yo no soy Napoleón, ni quiero serlo: tampoco quiero imitar a César, menos aún a Iturbide".

La idea de ceñirse una corona no sólo le inspiraba aversión, sino desprecio. Mal hubiera cuadrado a esa frente quemada por el fuego interior del pensamiento, a esos cabellos retostados por el ardiente sol de las batallas, sobre aquellos ojos diamantinos hechos para mirar de cerca los esplendores de la gloria, la ridícula ornamentación de una corona: ¡para esa cabeza, el reverdecido laurel de las victorias!

Mas si Bolívar disentía tanto de la forma de gobierno monárquico en sus opiniones, y temía aún más a las dictaduras y tiranías militares, siempre creyó necesarios para la felicidad política de la América los gobiernos fuertes, los ejecutivos po-

derosos capaces de oponerse a la tendencia absorbente de las legislaturas, que lleva derecho a la anarquía. Él decía, y con razón, que en las repúblicas el ejecutivo debe ser el más fuerte, porque todo conspira contra él; en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el legislativo, de los dos poderes, porque todo conspira en favor del monarca.

Para Bolívar, la autoridad suprema, en las repúblicas, debería ser perpetua, porque "en los sistemas sin jerarquías, se necesita más que en otros, un punto fijo al redor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas. El Presidente de la república ha de ser como el sol, que firme en su centro da vida al Universo".

Era que Bolívar, con ese don para penetrar en lo futuro que poseía, podía leer en el gran libro del Tiempo y sabía de cuáles males habrían de sufrir las naciones nacidas a la vida independiente al tajante filo de su espada. Bien veía el Héroe vidente que no seríamos capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república, porque, "un pueblo recientemente desencadenado no se lanza a la esfera de la libertad, sin que, como a Icaro, se le deshagan las alas y recaiga al abismo". Y por eso pensaba, y con verdad, que "mejor sería para la América adoptar el Corán que el sistema de gobierno de los Estados Unidos, aun cuando es el mejor del mundo"; porque los sistemas de gobierno no son formas abstractas que tienen bondad o maldad esenciales, sino que han de ser ideados de acuerdo con las condiciones especiales de cada pueblo y de cada época. Tan malos serían para las aristocráticas repúblicas de la Grecia antigua los sistemas monarquistas absolutos de los albores de nuestra edad, como para la China o el Japón la federación del pueblo del Norte de la América; y tan fuera de su centro estaría un hijo de Atenas sometido a las sabias leyes de Licurgo, como un romano del tiempo de Cincinato en las postrimerías del reinado de Luis XIV de Francia.

Bolívar, genio que transitó como propios por todos los campos de la actividad humana, vió el peligro que para nosotros, hijos de latinos, con todo el sol del Ecuador quemándonos las sienes, con todo el fuego de nuestros volcanes inflamándonos las venas, había en adoptar para nuestros gobiernos las institu-

ciones de la fría y mesurada raza sajona, y por eso dijo: "Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo".

Si aquí, bajo el ardiente sol de la zona tórrida, respirando la atmósfera purísima de nuestro cielo de eterna primavera, no soportamos la pesada vestimenta del hijo de Albión brumosa y fría, así tampoco convienen al ardiente temperamento de nuestra raza, a nuestra educación y nuestras tradiciones, los principios políticos ni los sistemas de gobierno que han nacido al calor de la sangre de otros pueblos de otra raza. Lo que para ellos es libertad, entre nosotros sería libertinaje; lo que entre nosotros es sujeción a la ley y respeto a la autoridad legítimamente constituída, allá sería arbitrariedad y despotismo.

Gobierno fuerte no quiere decir despótico, ni significa tiranía. Señalada distancia separa estos dos puntos que la generalidad toma erradamente por sinónimos. Tan lejos se halla la anarquía del gobierno, como la existencia de un gobierno fuerte de la despótica voluntad de un tirano. Bolívar no confundió jamás lo uno con lo otro; y si creyó siempre necesaria la fortaleza en los gobiernos republicanos para que éstos pudieran cumplir plenamente la benéfica labor de hacer la felicidad pública, no menos odió las tiranías todas y todas las demostraciones absolutas de la fuerza. "La fuerza no es gobierno", repetía. He aquí cómo el genio separa con una corta frase la distancia que media entre la tiranía y el gobierno; cómo halla la diferencia esencial de dos cosas en apariencia tan semejantes, que ha sido fácil llegarlas a confundir!

"La fuerza no es gobierno". Para decir con propiedad que existe gobierno, menester es que rijan leyes; y donde la fuerza impera, o ha muerto la ley o nunca ha existido. De este modo viene a ser la ley la esencia misma de la idea de gobierno, y su imperio nos señala qué países se hallan bajo la paternal salvaguardia de la acción gubernativa, y cuáles gimen aplastados por el yugo depresivo de la voluntad sin contrapesos de un tirano. Véase una vez más cómo han calumniado al inmortal fundador de la independencia suramericana, los hombres que osaron llamarle tirano! ¿Tirano puede ser quien decía a los

diputados a la Asamblea popular de Caracas: "Os he dado leyes: os he organizado una administración de justicia", y a los legisladores de la república de Bolivia: "He conservado intacta la ley de las leyes: la igualdad"?

Porque Bolívar no amaba la ley por capricho ni por vana y aparatosa ostentación, sino como a la encarnación viva de la Justicia, deidad que inspiró todos sus actos y guió sus pensamientos, ató su voluntad y enderezó sus pasos por sobre la haz del planeta. Fué la Justicia la que puso en sus manos la pluma con que firmó el decreto de guerra a muerte: la lucha era desigual: acá, tolerancia y benignidad en demasía; allá, la saña y la malevolencia de quienes quisieron empequeñecer a España hasta el nivel de su propia pequeñez. La Justicia quería que si para todos no debía haber perdón y bondad, hubiera para todos terror y maldad; y Bolívar supo ser justo. Fué la Justicia la que le obligó a barrer de la sociedad de los vivientes al garrido general Piar: no era justo que la ambición y la inquietud de un hombre, por más meritorio que él fuera, impidieran que catorce millones de semejantes se privasen de los beneficios de la independencia y la libertad. Fué la Justicia la que le inspiró estas palabras sublimes dirigidas al general Salom, sitiador del Callao: "No me parece que conviene una venganza como la que Ud. desea contra los defensores del Callao. El heroísmo no merece castigo; y al vencedor sienta muy bien la generosidad. Concibo que Ud. tiene mil motivos para estar furioso con Rodil; pero cuánto no le alabaríamos si fuera patriota!" Hermosísimas y nunca rivalizadas palabras, que sientan muy bien en boca de un hombre para quien la América toda fué como un gran campo de batalla. ¡Qué idea tan alta de la Justicia palpitaba en el cerebro del Libertador, cuando después de tantos y tantos reveses, de tantos combates, de tanta ruina y desgracia para la infeliz tierra donde nació, de tantos años de lucha cruenta e inhumana, todavía se alzaba en el corazón del Héroe viva y triunfadora!

Este acendrado amor a la Justicia, que anoto en el Libertador, dice claramente que él fué un verdadero fundador de naciones, no un aventurero afortunado ni un espíritu inquieto, ansioso de peligros; ni menos un ambicioso vulgar, porque la

justicia es el verdadero sustentáculo de las sociedades humanas: donde ella existe, todo florece: florecen las artes, florece la industria, florece la ciencia; la moral se mantiene intacta, la religión cobija amorosa las voluntades, y Dios es la aspiración última de todas las inteligencias. Donde ella falta, todo se derrumba y se corrompe; el hombre degenera y, despreciando su divino origen, cae en los más hondos abismos de abyección y de barbarie. Y Bolívar no sólo sabía esto, no sólo tenía fe absoluta en estas verdades prácticas del gobierno de los pueblos, sino que era apóstol entusiástico de ellas: no despreció nunca una oportunidad para presentar tales enseñanzas con todo el amor, el nervio y el colorido que le eran habituales. ''Compatriotas—dijo a los miembros de la Asamblea de Caracas en 1814—, yo no he venido a oprimiros con mis armas victoriosas: he venido a traeros el imperio de las leyes, he venido con el designio de conservaros vuestros sagrados derechos. No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo ni el mando que obtengo puede convenir sino temporalmente a la República. Elegid vuestros representantes, vuestros magistrados: un gobierno justo''. He aquí el resumen, la síntesis de los mejores gobiernos según el Libertador, y según la conciencia del género humano, que ha tenido siempre como el apóstrofe más violento para los malos gobiernos que se apartan de la misión que les toca cumplir, la palabra INJUSTO!...

Bolívar, hijo del mismo siglo que la Revolución francesa y los Derechos del Hombre, vástagos, a su turno, de la Enciclopedia y de su espíritu, no se dejó seducir por el brillo exterior de las falsas ideas; y si fué republicano, no fué demagogo; si amó la libertad, desaprobó el libertinaje; si buscó la verdad, no endiosó la razón, y si tuvo una alta idea del hombre, no creyó preciso renegar de Dios. Los principios filosóficos que entrañan sus proclamas y discursos, sus constituciones y sus leyes, sus epístolas y sus obras literarias, nos revelan al hombre de pensamiento sano, lleno de verdad y de luz. ¡Cuán distante se halla el Libertador de aquellos desequilibrados que pensaron que para corregir los defectuosos sistemas de gobierno de épocas menos cultas y civilizadas, era preciso destruir hasta los cimientos mismos del principio de autoridad, y asentar sobre

las ruinas de las sociedades humanas el pavoroso fantasma de la Anarquía! ¡Cuánto más lejos de quienes supusieron a la razón humana capaz de ser el solo norte y la única guía de nuestras acciones, la piedra de toque de todas las creencias y el crisol de todas las verdades; y cuánto más lejos aún de aquellos que para hacer más grande al hombre cegaron sus propios ojos para no ver a Dios!

Y fueron los sólidos principios filosóficos del Libertador, los que salvaron al continente americano de la más espantosa de las anarquías; porque, ¿qué hubiera sido de América si la guerra de emancipación hubiese sido encabezada por un jefe imbuído en la filosofías de la Enciclopedia, que desarraigando de los cerebros los fundamentos morales de la idea de autoridad, pusiese en lugar suyo los sofismas del pacto social; que vilipendiando la religión y sus ministros, arrojase en los corazones la fatal simiente del ateísmo; que predicando las doctrinas del racionalismo, asestase mortales golpes a la sociedad doméstica, principio y fundamento de las demás sociedades; un jefe, en fin, que en vez de organizar estados civilizados y cristianos, hubiese dado vida a un monstruo político de efímera existencia y corrompido corazón? Ese engendro, como de cerebro enfermo y voluntad desequilibrada, al desaparecer del escenario de las naciones, hubiera dejado esparcido sobre las tierras del Nuevo Mundo el caos más espantoso, y hoy, en vez de bendecir su memoria y de felicitarnos por la independencia y la libertad de que gozamos, tendríamos que maldecirle. Pero estaba decretado de lo alto, en vez de tal cuadro y su sombrío colorido, la hermosa realidad de estas repúblicas fuertes, exuberantes de vida y halagadas por el más brillante porvenir. ¡Por eso no fué un loco el Libertador de América, sino Simón Bolívar!

Gabriel Porras Troconis.

Cartagena de Indias; I, 1914.

DOMINGO DEL MONTE COMO POETA Y LITERATO (*)

Aunque no poseemos completas las producciones de Domingo del Monte, bastan sus poesías, cartas, artículos, documentos oficiales, diseminados en diarios y revistas, para probar la amplitud y el vigor de su talento, su vasta inteligencia, su firme y sano criterio, su invariable y ferviente amor a Cuba, la nobleza de su corazón. Al revés de muchos escritores, sus hechos no discrepaban de sus palabras; como el egregio La Luz y Caballero, fué incansable apóstol de lo bello, lo bueno y lo verdadero. Inferior a dicho sabio en filosofía; en elocuencia a Escovedo; como estadista a Saco, los aventajaba en la expresión escrita del pensamiento, no exenta de incorrecciones, en gusto, crítica y conocimiento del castellano (1).

En el semanario *La Moda,* por él dirigido, y dedicado al bello sexo (2), empezó Del Monte a publicar sus escritos (1829). Constaba de 16 páginas cada entrega y llevaba una lámina; en ocasiones, una pieza de música; por atraso del país, eran malos el dibujo y grabado. Hizo lo caro de la suscripción que no prosperase el periódico, abandonado en 1831 por Del Monte, después de haber dado a la estampa 84 números.

Apoyando el romanticismo, pues era muy tolerante e ilustrada su doctrina clásica, escribió en la revista *El puntero literario,* de corta vida, e insertó en ella sus romances cubanos, con

(*) Fragmento inédito de una Memoria premiada por el Colegio de Abogados de la Habana, en 1908, al venerable profesor y laureado escritor D. Emilio Blanchet, a quien recientemente la juventud matancera rindió público y plausible testimonio de respetuoso cariño.

(1) Véase el prólogo de las obras de Palma, por el Dr. Anselmo Suárez y Romero.

(2) Era coeditor D. J. J. Villarino.

el seudónimo del Dr. Toribio Sánchez de Almodóvar; en *El Plantel,* de Palma y Echeverría, trató de instrucción pública; sesudamente y con acierto, juzgó las poesías del Dr. Fernández de Madrid en la *Revista Bimestre Cubana.* Concibió ésta el frenólogo catalán D. Mariano Cubí y Soler, director del colegio Buena Vista, denominándola *Revista y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba;* habiendo traspasado la empresa a la Sociedad Económica habanera, tomó Saco su dirección desde el segundo número, y no se pasó del noveno porque así lo dispuso Tacón. 120 páginas contenía cada uno y en materias útiles, científicas, se ocupaba principalmente; Ticknor y Quintana celebraron tan importante publicación. En ésta, no llevaban firma los escritos. También colaboró Del Monte en el diario *La Aurora,* de Matanzas; *El Album, El Aguinaldo Habanero.*

Cultivó algo el género poético, para el cual no había nacido. En opinión de D. Aurelio Mitjans, ''todos convienen en que sus dotes de esmerado hablista y su exquisito gusto literario no salvan sus poesías líricas, siempre lánguidas, desmayadas y sin inspiración, más descuidadas, aun en los finales. La amistad y el amor son los predilectos asuntos de sus silvas, que le proporcionan sólo motivos de abatimiento y desilusión. En *El fastidio, La vuelta* o *El desencanto,* la apreciable *Epístola á Elicio Cundamarco,* puede verse la débil entonación de sus rimas''. Tradujo siete elegías del italiano Monti (3).

Exageradamente alabaron Luaces y Fornaris los romances cubanos de Del Monte, por su sencillez, dulzura, gracia, animación, verdad, felices versos, todas las buenas cualidades del Romancero y Góngora, pensamientos e imágenes originales, descripciones fáciles y amenas, cuadros vivos y de animados colores, corrección esmerada y locución perfecta, por lo cual brillan entre las más valiosas perlas de nuestro Parnaso. Opinó Ramón de Palma que en tales composiciones resplande-

---

(3) Mucho sorprende, por ser eximio humanista Del Monte, encontrar, en la primera, estos versos:

Que la nocturna calma había acallado.
Y se apodera
Todo dél el dolor.

En la novena;

Huye, á otro á acariciar ve ahora.

cía la sublime (4) poesía de nuestros campos y que para sentirse inspirado por aquélla, era preciso contemplar desde las sabanas el cielo tropical, ver la luna platear palmares y platanales. Quiso Del Monte, pero en vano, iniciar con sus romances (5), para él lo mejor de su producción poética, una literatura especialmente cubana.

Agradables y de la mejor escuela española parecieron a Menéndez Pelayo los expresados romances campestres, y estaba en lo cierto. Si no me equivoco, revisten más colorido local las composiciones análogas de Vélez Herrera, Milanés, Tolón, Palma, Luaces: por ejemplo, *El regateo* y *La pelea de gallos,* del primero; *La guajirita de Yumurí* y las décimas glosadas, del segundo; *Paula, Un rasgo de Juan Rivero,* del tercero; *La corrida de patos, El montero de las Mangas,* del cuarto; *El tuerto de Guanajay, Soberbia, Confianza,* del quinto.

Los mejores versos compuestos por Del Monte son sus octosílabos, como los siguientes:

De sus hojas despojados
los álamos por la escarcha;
la encina, el frondoso roble,
privados de su esmeralda,
yermo el prado, turbio el río,
cuán distinto cuadro ofrecen
del de su nativa estancia!

En el romance *La patria,* hace un sitiero, cual si fuese retórico clásico, esta exclamación relativa a Madrid.

¡Mal haya el que a Mantua vino!

En el fragmento de sátira *El rábula,* publicado en *La Aurora,* de Matanzas, el 18 de septiembre, 1834, señálase este rasgo feliz:

Que es más decente,
Merced de España á la costumbre antigua,
Cursar las aulas, petardista, hambriento,
Y hurtar después ilustremente en grande,
Que carpintero ser, que nauta honrado;

---

(4) Calificativo impropio, extraño en tan ilustrado escritor.

(5) En el libro *Rimas cubanas*, los publicó en 1833 D. Ignacio Herrera Dávila, juntamente con poesías de Ventura de la Vega, Tanco, José Policarpo Valdés.

Al colegio asistió; ganó sus cursos,
Cual los bancos de cedro, y coronado
De bachiller con la gentil coroza,
Y armado en corso con licencias luego,
A robar empezó.

Celebra el historiador D. Pedro Guiteras la letrilla *Una ilusión,* la cantilena *A las brisas,* las odas *El himno del navegante, El desencanto, Su voz, El poeta.*

En la prosa, legítima y predilecta forma de sus ideas, se distingue Del Monte por el brío, la claridad, precisión, naturalidad y, comúnmente, lo castizo del lenguaje y estilo. Considérale D. Aurelio Mitjans el mejor prosista de Cuba entre los años 1820 y 1842, y agrega que, ora como narrador, ora como crítico, hubiera podido legar obras muy notables. En excelente artículo, juzgó Del Monte la admirable *Historia de la conquista del Perú,* referida por Prescott; en sus apuntes de un viaje a Madrid, todavía manuscritos, ofrece interesante lectura; en compañía de los Sres. Joaquín Santos Suárez, José del Castillo, Francisco Ruiz y José Estévez, compuso un diccionario de provincialismos cubanos, aun inédito, lo mismo que el libro histórico *Teatro de la isla Fernandina,* para el cual reunió seis volúmenes de datos. Hasta ahora, solamente conoce el público algunas de las cartas, ya políticas, ya literarias de su *Centón epistolar* (6), modelo en su género y con el cual hubiérase envanecido Mme. de Sévigné. Contrayéndose a Del Monte, dijo hombre tan eminente como D. José Antonio Saco: "Me gusta tanto su castiza y elegante prosa, que debo callar cuando él habla" (7). Juzgábale poderoso propagador del buen gusto en Cuba y uno de los que más inspiraron en ella amor a la más generosa libertad. Para la condesa de Merlin, no había inteligencia más perspicaz en clasificar hechos y deducir sus consecuencias; a dicha tendrían Francia e Inglaterra en contarle entre sus escritores. *Honra de Cuba* le llamó el afamado literato español D. Manuel Cañete, en el prólogo a las poesías de Mendive.

En 1846 formó Del Monte, en París, un catálogo de los

(6) *Tesoro de crítica* lo llama Mitjans.
(7) *Papeles,* p. 97.

libros inéditos é impresos referentes a Cuba, desde el descubrimiento de la Isla hasta los tiempos modernos, el cual se dió a luz en la Habana muy posteriormente.

Sobre la cultura y la gran vitalidad intelectual de los Estados Unidos en 1840, escribió Del Monte un erudito e importante artículo (8), probando con datos fehacientes que si admiración merece aquella república por el vigoroso e incesante adelanto de su agricultura, comercio e industria, no se queda atrás en ciencias ni literatura, cual corresponde a toda nación verdaderamente civilizada. Entre otros hechos, menciona que ningún autor angloamericano necesita mendigar editor en Europa; que, en cerca de cuatro años, vendieron en el país nueve ediciones de la envidiable historia de los *Reyes Católicos,* por Prescott y 1,200 ejemplares del *Viaje a la América Central,* obra costosa; no obstante el gasto de 200,000 $, publicóse la *Historia Natural del Estado de Nueva York,* en diez tomos, alcanzando éxito venturoso. Entre los años 1834-5, se invirtieron 1.220,000 $ en ediciones, más frecuentes y numerosas en los Estados Unidos que en Inglaterra. Volúmenes en folio, sobre antigüedades, imprimiéronse en Cincinnati, solitario yermo, cincuenta años antes; no transcurridos treinta de su fundación, reimprimíase *Fausto,* de Gœthe, en la manufactura Lowell y, para las hilanderas, allí ocupadas, publicábase un periódico especial. Un simple silabario producía 5,000 $ anuales a su autor el Dr. Webster. Son nacionales casi todos los textos escolares; los de geografía, por su calidad, se prefieren a los ingleses, aunque más dispendiosa su impresión. ¿Quién negará el timbre de intelectual a la patria de los historiadores Irving, Prescott, Bancroft, Lothrop Motley, Parkman; del literato Ticknor; de los poetas Longfellow y Bryant; de los novelistas Cooper y Hawthorne; de los naturalistas Asa Gray. Wilson, Audobon; de los matemáticos Peirce y Bowditch; del lexicógrafo Webster; del filósofo Jonatás Edwards; del físico Benjamín Thompson, trocado por los alemanes en conde Rumford. Omito gran número de nombres ilustres. Al revés de tantas mujeres absorbidas infelizmente por la ostentación de trajes y

---

(8) Intitulado *Bosquejo intelectual de los Estados Unidos.*

galas, por el papel de maniquí de modista, abundan norteamericanas dedicadas a la caridad, las ciencias, bellas artes o literatura: tributémosles alabanzas fervorosas, pues enaltecen su sexo y su patria.

A 12 de agosto, 1826, escribió Del Monte a Heredia, bajo cuya dirección habíase instalado en la capital de Méjico el Instituto Nacional, científico y literario:

Pero has de creer que sentí una pena, al considerar que el establecimiento de un cuerpo científico-literario bajo la directa influencia del Gobierno es, a mi ver, una calamidad para un pueblo libre. No te lo niego: siempre he mirado en ellos un germen perjudicialísimo de distinciones aristocráticas, que van acostumbrando poco a poco al ciudadano a no mirar las distinciones sociales con la energía que debieran. Introdúcense las distinciones sociales al favor lisonjero de la poesía, de la oratoria, de las ciencias: nadie, al principio, apercibe (9) el veneno, hechizado con el estro embelesador del poeta y con las frases forzadas del retórico, con los brillantes descubrimientos del físico, pero luego el gobernante compra con título de académico al que necesita corromper; no mira, por cierto, el mérito del individuo ni se cura de su probidad ni de su saber; basta que pueda servir de medio á las intrigas gubernativas para que se siente a par de sabios, que se ruborizarán de semejante vecino. Además, en la provisión de las plazas vacantes, exceptuando las primeras, que las hace la opinión pública, cuánta intriga! cuánta envidia! cuánta infamia! Ineptos, apadrinados por grandes, orgullosos, insuficientes sostenidos por el oro... y, en tanto, el verdadero sabio ni aún se mienta, porque desdeña los empeños, odia esas mezquinas conspiraciones del demérito, la vanidad. Después vienen las guerras literarias, en que un público ignorante desprecia todo lo que no lleve el sello del cuerpo académico, como si fuera de su recinto no hubiera ilustración y talento. Los miembros, también, de la Academia *así directamente protegidos por el Gobierno*, miran con insultante tono a los que no son sus compañeros, se juzgan superiores al resto de los literatos de la nación, forman (y éste es su peor mal) un cuerpo de nobleza científico, que, como más soportable, es la más terrible para los pueblos.

No te digo esto por hablar: recuerda la historia de la Academia francesa, observa la del brillantísimo Instituto francés, reunión admirada de los más grandes talentos de la Francia (10) y del mundo, y verás que siempre estos cuerpos (se entiende que hablo de los sujetos directamente al Gobierno) después de un pomposo comenzamiento, al fin se envilecieron con el hálito siempre envilecedor del despostismo. ¿A qué Anáhuac ha permitido, deslumbrada, que se levantara ese edificio? Por qué no sigue ciega

(9) Quizás débase este galicismo al cajista.
(10) Sorprende el galicismo *la Francia*.

las prudentes y sapientísimas lecciones del Norte de América? Me parece que no se ven allí esas grandes asociaciones *protegidas* por el Gobierno, sino reuniones particulares, que dejan al ingenio su generoso vuelo y al talento su osada valentía. ¿Cómo un miembro del instituto, que debe su silla al ministro o al presidente, va a levantar la voz contra las exacciones y los prevaricatos de su Mecenas?...

Tal vez serán visiones de mi tímida fantasía, que está siempre temblando por la libertad de América.

Habiéndose representado en Méjico la tragedia *Sila.* de Jouy, preguntó Del Monte a su traductor Heredia: ''A qué incitas, oh amigo imprudente de la libertad, a imitar en Tenochtitlán el ejemplo del dictador romano?... No son esos los cuadros que deben presentarse a un recién nacido pueblo. Coge al santo, al divino, al integérrimo Alfieri y en él encontrarás con qué mantener el patriotismo de esa novel república.''

En carta fechada el 14 de octubre, 1826, recomienda a Heredia que no traduzca más tragedias, porque ''la gloria de traductor es miserable gloria; si agrada la obra, el autor es divino y, si no, el traductor es infernal''. Después de aconsejar la composición de obras originales, con asuntos de Méjico o del Perú, encarece para ellas la sencillez griega, la disposición francesa, la energía de Alfieri, la pompa de Voltaire, el estilo castizo y puro de Moratín padre y la sentidísima expresión de afectos celebrada en el cantor del Niágara.

Con estas palabras concluye: ''Quisiera, no escribirte, sino estar a tu lado para comunicarte el entusiasmo con que siempre he mirado los adelantos literarios y científicos de esta América... y Cuba! Cuba—te lo escribo llorando—Cuba no es América.

Su virginal belleza,
su célica altivez,
todo, perdido está.''

Así escribía Del Monte a la edad de veintidós años.

No debe pasarse por alto la siguiente carta a su hermano D. José (2 de septiembre, 1829):

Hace tiempo que, reflexionando yo sobre la utilidad *positiva* de la poesía, saqué en claro que había sido una injusticia bárbara de la edad media ensalzarla tan desmedidamente y ponerla encima de las ciencias y

de las artes mecánicas. Y esta equivocación creo yo que provino de la necesidad en que estuvo la Europa, hace siete u ocho siglos, de aprender el griego y el latín para iniciarse en los principios de esas mismas ciencias. Nadie, en el siglo X ó XI, podía saber jurisprudencia, medicina, física ni aún aritmética (11), sin tener primero que aprender las lenguas dichas, que se llamaban *sabias,* porque eran las únicas que trataban tales materias. Pero como en esas lenguas las mejores producciones y en las que habia una dicción más fina y esmerada, estaban en verso, fuerza fué estudiar también y con empeño las obras poéticas, a fin de entender mejor luego las *científicas.* De aquí provino el entusiasmo desmedido de los eruditos por los versos giegos y latinos y, desconociendo el objeto primero que indujo á estudiarlos, hicieron de la poesía el principal fin de su estudio, llegando á tal grado su admiración que le dieron el excelente y severo nombre de *ciencia.*

Desde entonces, ya no fué extraño ver á hombres muy serios y de mucho talento dedicados exclusivamente y como si fuera cosa de veras, á interpretar, corregir, deducir y admirar con furor el texto de los poetas griegos y latinos; se establecieron cátedras en las universidades de más fama, para esto solo, y cuando apenas se conocia de la física y la historia natural lo que nos dejó Aristóteles y, de matemáticas, apenas se entendian los teoremas de Euclides, habia doctor en Paris, en Bolonia, ó Salamanca que se sabia de coro á Homero y á Virgilio...

Luego, á pesar de lo que se ha adelantado en ciencias exactas, se trasladó á los cultivadores de las lenguas modernas el mismo espíritu de admiración sin examen por la poesía, en tal grado que ponen en igual rango y aun prestan mayor prestigio á Shakespeare, poeta inglés, hacedor de tragedias y comedias, que a Newton, que explicó, por su teoría de la atracción, el sistema celeste; que supo hallar, dividiéndolos, la naturaleza verdadera de los colores y que inventó, en parte, el cálculo infinitesimal. Yo espero, sin embargo, que, andando los tiempos, se irá desarraigando poco á poco esta preocupación tan vieja en favor de la poesía, la cual debe ponerse en el mismo predicamento que las nombradas *ciencias* del blasón, numismática, cronología, lenguas antiguas y antigüedades, cuando no se estudian estas últimas por la relación que puedan tener con la legislación, la política y la moral. Porque, a la verdad, ¿qué se saca de la composición ni de la lectura de una oda anacreóntica, de una égloga, de un soneto? El mismo, mismísimo que el de saber las golas, quinas y colores del escudo de armas de los Girones, ó el de averiguar si un pedazo de cobre gastado fué moneda del tiempo de Augusto ó de Otón. Más digno de aprecio es, á los ojos de cualquier hombre despreocupado y de sana razón el primero que introdujo las papas en nuestra tierra ó el carpintero que mejoró nuestros asientos, simplificando los taburetes góticos, hasta el grado de hacer un sofá otomano ó una butaca habanera, que el celebrado autor de

(11) En la Edad Media se dividían los estudios en *trivio* (gramática, retórica, dialéctica) y *cuadrivio* (aritmética, geometría, música, astronomía). (*N. del A.*)

Coelo tonantem ó el narrador elegante de las andanzas de Eneas. El mérito verdadero que tendrá y debe de tener la poesía es el que se sustituya el estudio de ella en los pueblos grandes y entre la gente rica y desocupada, al de los juegos de azar, á las borracheras, á la corrupción de los sexos, reemplazando así agradablemente y con una *utilidad positiva,* al uso de las pasiones dañinas que siempre inspiran la ociosidad y la holganza.

Nadie habrá tenido a mal que lord Byron se dedicase a la poesía y, en nuestra Habana, por ejemplo, si habia de gastar un amo de ingenio, muy rico, cien o doscientas onzas en el albur de una sota ó en la apuesta de un gallo giro ó en la seducción de una muchacha, valdrá mil veces más que las gaste en una biblioteca ó en formar academias literarias en que le aplaudan sus versos, ó en comprar patentes de socio de honor de las Academias de Berlin y San Petersburgo, ó que no las gaste, porque el estudio de la poesía sea todo su deporte y eso se tendrá ahorrado, hallándose así más dispuesto á emplearlas en mejorar sus haciendas ó hacer en ellas experimentos que solo los ricos pueden hacer.

En esta carta, a vueltas de verdades, incurre Del Monte en paradojas y exageraciones, resultando una humorada. En mi opinión, la de un mero aficionado a las letras, predominando en la Edad Media la imaginación, naturalmente gozaba de sumo predicamento la poesía, hija de aquélla. Sucedió lo mismo con el latín, no cual medio de conocer obras científicas antiguas, en él escritas, sino por el prestigio, el aliciente, de Horacio, Virgilio, Lucrecio, Ovidio, Cicerón, Salustio, Tácito, Tito Livio; por haberlo adoptado el clero para las ceremonias del culto; por la preocupación de creer que en él debía escribirse todo libro importante; por la secular veneración a la reina sentada junto al Tíber, aunque desvanecida ya su colosal prepotencia.

En cuanto al griego, su difusión en Europa se originó de literatos bizantinos emigrados a Francia e Italia, particularmente, por efecto de haber tomado en 1453 Mahoma II a Constantinopla. Si para estudios científicos se requerían las producciones de Aristóteles, Platón, Tucídides, el geómetra Euclides, Hipócrates, ¿qué influjo iban a ejercer en las concepciones de la fantasía y el sentimiento? ¿Qué mecánico, en la humillación e insignificancia que le imponían los siglos medios, se acordaba de Grecia ni Roma? ¿No es muy aventurado, caprichoso, decir que para mejor entender los libros científicos de dichas naciones debían leerse previamente sus versos?

Con injusticia, con exceso, rebaja Del Monte la poesía. Esta corresponde a necesidades del alma, al legítimo anhelo de idealismo, que, sin cesar, pidiendo alas, espacio, agita a los que nacen adecuadamente organizados. En los pueblos más cultos, coexisten, como es natural, por lo múltiple de nuestro organismo, las ciencias, las artes útiles y las bellas, la literatura. En el mundo caben la planta de flor y aroma, el árbol que nos obsequia con deleitables frutas, el que nos suministra medicamentos, el que nos brinda madera para buques o edificios. Indudablemente, muchos jóvenes merecen apellidarse *fumadores del opio de la poesía*: sin vocación para ésta, sin talento ni estudios, ignorando hasta la gramática, malgastan sus mejores años en rimar hábil o torpemente galanterías, en ficticias lamentaciones, en propinar al público estrafalaria mezcolanza de sensualidad, filosofismo y gongorinos disparates, para encontrarse, en mitad de la vida, sin porvenir, desdeñados por la sociedad, condenados a la inutilidad y la miseria.

He aquí un fragmento de la carta escrita por Del Monte al autor de *El conde Alarcos* (septiembre de 1836):

Mi querido Milanés, he leido con sumo gusto sus observaciones de V. acerca del sesgo que pudiera darse, en parte, á la poesía de nuestra tierra, y convengo con V. en todo: sus versos, al menos los que me acompaña, son excelentes comprobantes de su teoría, y en ellos da V. el ejemplo que predica en su carta. La dificultad está en que se necesita mucho tacto para escoger el asunto de la composición, pues aunque la forma con que se revista el pensamiento haya de ser vulgar y al alcance de todo el mundo, el pensamiento, al contrario, es preciso que sea alto, noble y provechoso á la sociedad. Y en esto debe consistir la filosofía de estos, al parecer, insignificantes cantarcillos; combatir preocupaciones, ridiculizar los vicios, inspirar sentimientos de honor y virtud á la clase más ínfima, purificar sus costumbres, he aquí el fondo que para que cumplan con el grande objeto de las artes en este siglo, han de tener todas las coplas, trovas y romances populares que en nuestra época se compongan. Bretón de los Herreros tiene algunas letrillas con esta santa tendencia. Ahora el hito está en que no se les dé el aire de sermoncicos y pláticas cuaresmales, sino que tengan toda la ligereza y la sal de las décimas y redondillas de Góngora y Quevedo. Esto se consigue siendo poeta. Pero no todos los poetas son inclinados á la sátira; por eso le dije á V. arriba que en parte debía darse ese sesgo á la poesía. Otros pueden tener la tendencia en sus composiciones sin hacerlas retozonas y picarescas; con tono triste y severo tambien se puede corregir una mala costumbre, lamentando sentida-

mente sus consecuencias; se puede limpiar el ánimo de la mancha de liviandad grosera, cantando como Lamartine los espirituales y fervientes arrobos de un amor delicado y puro; filosofando líricamente como Víctor Hugo, sobre la instabilidad de las cosas humanas, sobre las sombras y dudas que rodean nuestro espíritu; sobre nuestros afectos y pasiones se puede llamar y cautivar la atención de otra clase de personas y dirigirla á meditaciones profundas sobre el destino de la humanidad y los medios de labrar nosotros mismos nuestra propia dicha (siga cada poeta su vocación y sígala con ardor y perseverancia); el que no tiene vocación no es poeta: ese que no cante nada.

Vengamos ahora á los versos que V. me mandó. V., desde luego, no es poeta changuero, ni sirve para el caso: el carácter de su espíritu es demasiado serio y solemne para doblegarse á componer fruslerías, aunque solo lo sean en la apariencia; no gaste V., pues, su pólvora en fuegos de artificio, en cohetes y buscapiés, cargue V. con ella un cañon de á 24 y, con su tremenda explosión, espante y aturda á la isla de Cuba, alborozada al ver que en V. cuenta con otro poeta que, como Heredia ó mejor que Heredia, pinte su naturaleza y, castigando, corrija sus costumbres... Pero, sobre todo, estudien Vds.... á Comte y luego apliquen á su tierra su doctrina y verán la mina de poesía que en todos géneros descubren. Ahora, como en tiempo de Horacio, el *sapere* es *scribendi recte et principium et fons.*

Por nombramiento de la Sociedad Económica habanera, perteneció Del Monte a la comisión encargada de revisar y anotar una edición de los historiadores cubanos Arrate, Valdés y Urrutia. Fueron sus colegas D. Tomás Agustín Cervantes, el Dr. Manuel González del Valle, Fr. Remigio Cernadas, el capitán D. Pedro P. de Sirgado, el Lcdo. Blas Osés y, como secretario, D. Juan Agustín Ferrety. Resultó pobre el trabajo de tantas personas ilustradas. En 1876 dieron al público la obra los Sres. Cowley y Pego.

A decir verdad, juzgando por las cartas y otras producciones de Del Monte sobre asuntos literarios, conservadas por la imprenta, concederemos a sus escritos políticos mayor importancia.

EMILIO BLANCHET.

LOS NUEVOS ESCRITORES CHILENOS

FRANCISCO CONTRERAS

«Es un poeta, ya escriba en verso o en prosa.

RUBÉN DARÍO.

(Preliminar de *La Piedad Sentimental.*)

Desde antes de 1898, con Pedro Antonio González, Dublé Urrutia, Bórquez Solar, Magallanes, Silva, Pezoa Véliz, Rocuant y tantos otros, formó Contreras en la falange de los precursores de nuestra renovación literaria, que iniciara en parte Rubén Darío con su *Azul.*

Su primer libro fué *Esmaltines,* colección de sonetos y composiciones líricas, a la manera de la poesía entonces en boga en Francia. Es decir, por directa influencia de los poetas parisinos, Contreras se hizo parnasiano y simbolista, lo que equivalía a decir, en 1898, revolucionario. Fué *Esmaltines,* pues, un libro de adolescencia, cuyo mayor mérito consistía en el gesto de reacción que entrañaba contra la literatura del momento, hecha de convencionalismos y frases *ad usum scholarum.* Los anhelos de novedad y de riqueza del poeta se traducían en un estilo colorido y nuevo, y en un verso rico, exagerado a veces en su afán de asustar a los burgueses.

Esmaltines tuvo la feliz desgracia de causar escándalos y protestas con sus dedicatorias extravagantes, dirigidas ya a la princesa Zafirina, ya a la señorita Primavera o al príncipe Matiz, con su impresión en tinta azul y los insólitos adjetivos que esmaltaban el oro de sus versos; todo lo cual le valió cierta efímera notoriedad que hubo de satisfacer al poeta.

Empero, no contento Contreras con el éxito alcanzado por

esta obra de mocedad, dióse por entero, con paciencia y fervor de benedictino, a la tarea de afirmar su labor inicial con un volumen de mayor aliento que proclamara bien alto las excelencias de su arte y de la moderna poesía. Así nació *Raúl,* y por ende el manifiesto literario que le sirve de portaestandarte en las páginas primeras.

Sin reparar en este o aquel señorón académico y desde el más alto rincón de su orgullo, hizo de la intrepidez un culto, para proclamar con D'Annunzio que era preciso o *rinovarse o morire.* "Asentado el pleno triunfo del Arte Libre—escribió entonces—, como una necesidad del espíritu moderno, tras la comprensión de la esterilidad de todos los sistemas de Estética, desde el de Platón hasta el de Taine, y de todas las escuelas, desde el Clasicismo hasta el Medanismo, el problema artístico que tanto ha dividido las opiniones en los últimos siglos queda reducido a esta comprensión sencillísima: *Libre desarrollo del temperamento creador.* Que es en esencia la idea de Remy de Gourmont. Esto es, completa amplitud de acción en el modo de ser íntimo de cada artista para la acabada gestación de la obra. No de otra manera que la flor ha menester aire y luz para entreabrirse gallardamente hacia el azur. De lo cual se desprende que la creación más artística será aquella que sintetice más fielmente, más intensamente, más sinceramente, en una palabra, el temperamento que la informe."

Tales arrestos modernistas le valieron a Contreras una franca notoriedad. Su estudio fué reproducido por algunas revistas americanas; Max Nordau elogiólo con reservas, no aceptando sus atrevimientos contra ciertas consagraciones estéticas. Como Alcibíades, el poeta había tenido el valor de cortarle la cola a su perro, sin mirar siquiera hacia atrás. De esta manera *Raúl* tuvo el carácter de un triunfo amplio y seguro, a pesar de los muchos defectos del poema.

Mientras en *Esmaltines* el poeta trató de exhumar toda la pompa de su lírica en variedad acertada de versos, refinados hasta las más puras sutilezas, en *Raúl* tentó un poema en versos dodecasilábicos, narrativo y sentimental, con algo del romanticismo de Musset y todas las exageraciones del simbolismo. La influencia de Verlaine y de Baudelaire orienta su liris-

mo hacia la más rebuscada de las perversiones: aunque Contreras no lo dice, se adivina fácilmente su desdén por la sencillez y la naturalidad; de tal modo la tiranía de *Las flores del mal* ha tenido gran parte en la formación de su estética individualista. Recordemos algunas estrofas, en las que la lírica baudelariana se deja ver sin mucho esfuerzo:

Yo por ti, como sediento de amargura,
me he embriagado con tus mágicos ungüentos,
y he esparcido mis cien flores de locuras
sobre el lecho de tus cien refinamientos.

Y por ti adoré el pecado con delirio,
y las sábanas del Vicio donde estragas,
y la carne de burdel de cieno y lirio
y las bocas sonrosadas como llagas.

Y por ti busqué las crápulas impúdicas,
y el espasmo, melancólico, nocturno,
y las flores lujuriosas y palúdicas
y el ajenjo verde opaco y taciturno.

Aparte de sus muchas exageraciones, exaltadas por el afán de originalidad, *Raúl* acusaba al poeta que con admirable acierto vencía todas las dificultades del verso; quien como él era capaz de mantener el mismo tono lírico sin fatigar a través de dos mil dodecasílabos, cuyo ritmo monótono cobra al fin las inflexiones de una armonía isocrónica, ya podía aspirar a los mejores éxitos. Además, si se tiene en cuenta que Contreras escribió este poema a los veintiún años y cuando apenas tres o cuatro estudiosos leían a los líricos franceses modernos, se comprenderá la trascendencia que en la obra del escritor había de tener una tal producción. Acaso la excesiva libertad y el afán por singularizar su poesía, contribuyeron no poco en las exageraciones en que cayó el escritor, exaltando cuanto de más rebuscado es posible transparentar en el verso.

Raúl representa en Contreras la obra de los veinte años. El poeta se atrevió en ella a reirse de la rutina, muy a pesar de los gestos graves y doctorales de ciertos señorones que prolongaban la tradición moribunda de un seudorromanticismo desfalleciente por falta de bríos. *Ritmos,* de Pedro Antonio Gon-

zález, había iniciado la revolución poética prolongando hacia el futuro la labor de *Azul;* y luego después *Raúl,* de Contreras; *Versos sencillos y poemas,* de Valledor Sánchez; *Campo lírico,* de Bórquez Solar; *Del mar á la montaña,* de Dublé Urrutia; *Brumas,* de Miguel Luis Rocuant; *Matices,* de Magallanes Moure, y *Hacia Allá,* de Víctor Domingo Silva, sumados a los versos de Pezoa, Guzmán y tantos otros, acabaron por consumarla con toda la pompa digna de tan magno acontecimiento.

Pasaron luego algunos años y el indiferentismo acabó por matar aquellos regocijados días de bohemia que nacieron al calor del hogar de la revista *Pluma y Lápiz.* Uno a uno se fueron dispersando sus mantenedores después del fracaso total del periódico: Cabrera Guerra fué a dar con sus entusiasmos de director a un diario de lucha; Gil trocó el látigo implacable por una roñosa pluma de oficinista; Jorge González perdióse un buen día en la modesta ínsula campesina de su rincón provinciano, y Silva, Palominos, Pezoa Véliz, Thomson, Magallanes, Dublé Urrutia, Ricardo Prieto, acabaron por dispersarse a los cuatro vientos; tan sólo Contreras, más tenaz que todos, hizo un buen día su bagaje para Europa, lleno de entusiasmos, fuerte de fe, como un nuevo conquistador de otro fabuloso Eldorado, hacia la cara Lutecia donde han fracasado por centenares poetas y escritores de todos los países. Y fuerza es reconocerlo, a pesar de todo, Contreras triunfó rápidamente, casi sin luchar: se ocuparon de sus libros los periódicos, los editores le abrieron sus puertas, tuvo como amigos a los más conocidos escritores hispanoamericanos residentes en Europa y a muchos escritores europeos, entre quienes Rubén Darío, Gómez Carrillo, Amado Nervo, Leopoldo Lugones, Remy de Gourmont, Max Nordau, Luis Dumur, Saint-Georges de Bouhélier, Jules Romain; y como digno coronamiento de esta su labor honrada y entusiasta, Alfredo Vallette le designó para que redactara la sección de crítica periódica de libros hispanoamericanos en el *Mercure de France.* Esto constituía ya todo un éxito, o más bien dicho, el más grande de los triunfos. Desde entonces, Contreras ha continuado prodigando su labor, no ya como simple poeta y *chroniqueur,* sino también como crítico, severo a veces, entusiasta otras, mas siempre justiciero y siempre artista; por-

que este escritor ama el arte como lo amaron y lo sintieron los poetas de la Edad Media o los bohemios de la última mitad del siglo XIX en Francia; esto es, sin convencionalismos de ninguna especie, adorando todo lo que hay en él de puro, de exaltación supernatural y de ensoñación mística. Jamás tuvo pretensiones de poner su pluma al servicio de tal o cual capricho, didactizando con mayor o menor antojadiza pedantería. Nada de eso: contentóse con sentir hondo, ver amplio y comprender con honrada sinceridad.

De este modo su vida ha sido una eterna florescencia de ideal y de ensueño. Partió a París, acorazado de voluntad indomable, templado en el yunque de las adversidades, como Lohengrin o Don Quijote. En uno de sus mejores poemas ha recordado ese viaje de ilusiones y de ensueño, digno de otro Jasón:

Peregrino del arte, voy al soñado Oriente,
el acero en la mano, la fe en el pecho ardiente.
A mi espalda el miraje de la nativa tierra,
con su fértil campiña y su nevada sierra:
la ciudad en un nido de bosques, frescos, grandes,
bajo el dosel de plata de los mágicos Andes;
el hogar entre rosas en la heredad florida,
y la madre dejada, y la amada perdida...

II

Su primer libro publicado en París fué *Toisón,* joyel de raras pedrerías, digno hermano de los líricos camafeos de Gautier y de las *flores* baudelarianas.

El poeta comienza por escribir, con selecta erudición, la historia del soneto en un estudio que no lo hubiera compuesto mejor un benedictino artista. ''Armonioso de factura—dice en él—, opulento de rimas, dificultoso de ejecución, el soneto es la expresión más bella y perfecta de los poemas llamados de forma fija y acaso de todas las combinaciones métricas. Formada de dos estrofas amplias y dos estrofas breves, melodiosamente escaroladas, esta forma posee la gracia de una distinción pagana de líneas a imagen de todo lo que, teniendo un débil apoyo en la tierra, se lanza al azur en floración de pompa y euritmia:

crátera, cimera, flor; en tanto que, compuesto de reducido número de versos y de rimas fijas repetidas varias veces, tiene el encanto de una exactitud litúrgica de factura, difícil de alcanzar, imposible de poseer: Santo Grïal, Princesa Durmiente, toisón.'' Así, después de trazar la evolución del soneto a través de todos los poetas que lo exaltaron hasta la perfección, nos presenta Contreras un buen número de sonetos, trabajados con amor extraordinario, cristalizados, miríficos, opulentos como para no desmentir aquella conocida vulgaridad de Boileau de que un soneto sin defectos vale por un largo poema.

Fruto de un temperamento de excepción, delicado y sensitivo, fué este libro extraño, complicado a veces y sencillo otras hasta la ternura más íntima. Cada soneto traduce un instante de recogimiento, un minuto de exaltado lirismo o un balbuceo de emotiva evocación. Más que exteriorizarse en desbordes líricos, el poeta prefiere sentir hondamente, con exquisita melancolía de sátiro enfermo, de pagano alucinado por ensueño de beatífico recogimiento; entonces escribe:

Negra nube de angustia y hastío
pasa lenta y tenaz por mi frente.
¡Ya no es mío el ensueño ferviente,
ya no es mío el amor, ya no es mío!

Como buen hijo de su siglo, el poeta lleva prendida en el alma la desesperación de Werther y los dolores trágicos de Oberman; y así, en hora aciaga de angustia, el dolor le asaetea poniendo notas amargas en sus ideaciones líricas:

Sólo mi congoja advierte,
sólo advierte mi amargura
las muecas de la locura
ó las risas de la suerte.

Estas son nubes ligeras que pasan exaltando al artista en la obra de su misión sagrada; hacen que su lirismo se desborde con apasionado acento, más bello cuanto más ardiente:

Amo el horror sagrado de mi misión. Quisiera
sobre el nefasto cáliz de trágica oblación,
en las terribles nupcias con mi ideal Quimera,
exprimir gota a gota mi ardiente corazón.

Mas no se contenta sólo con amar hasta el horror sagrado su arte, sino que en él pone parte de sus más íntimas voliciones y de sus más sinceros entusiasmos; de todo lo cual proviene la gran humanidad de algunos de sus versos, ese acento personal que les hace inconfundibles y que alienta en ellos como un soplo inextinto, ya sea en aquellos sonetos en que el romántico deja asomar el máximo idealismo sentimental de su primera época:

La ventana está musgosa,
oxidada está la reja...
aquí revoló la abeja
de mi niñez venturosa;

o ya en sus poemas simbolistas, complicados hasta el más bizarro refinamiento ideológico, tal ese *Puñal antiguo,* perverso y raro, que el poeta hunde en sus horas de dolor sobre la fotografía de la amada:

¡Con qué perverso arrebato
hundo sobre tu retrato
aquel puñal vengador!...

o la *Luna verde,* que a la amada le recordará el amor del poeta en medio de sus bohemias locas; y *Las crisantemas,*

Flores raras, son emblemas
del arte de nuevos ecos
amantes de orlas y flecos
y de rarezas supremas.

Se cumple en estos versos uno de los principales fines que debe perseguir todo buen poeta, como es el de dejarse adivinar tras los vocablos; que el tono lírico propio traicione su temperamento y su manera personal de sentir y de comprender la fenomenalidad de las cosas. Tal vez lo que Contreras anotaba sobre la obra de Verlaine se podría decir de sus propios versos: ''Hondamente emotiva, brotada como de la raíz misma del ser, cantando las tribulaciones íntimas del poeta, ella sintetiza toda el alma actual con sus mórbidas complicaciones y su dolorosa vacilación entre los transportes del espíritu y los incentivos de la sensualidad''; ya que hasta en aquello de que todo

lírico es un voluptuoso, parece completarse la poesía de *Toisón,* en sus mejores sonetos paganos, sensuales hasta la tortura física:

> ¡Sí, mujer! Este el bosque propicio á las ansias
> que soñara tu carne de ardientes fragancias
> hormigueante de raro sensual entusiasmo;

o ese bonito poema *Sensual,* cuyo primer terceto es primoroso:

> Ven á mí. Yo te adoro. De deseo estoy lleno.
> Y en la copa de nácar de tu lúbrico seno
> dame el vino divino que ama el Sátiro agreste.

Y esta manera de ser sensitivo acusa en el poeta su fuerte personalismo, hecho de carne, de nerviosidades y de sangre, como ya escribía Salvador Rueda. ("Contreras escribe con sus propios nervios y con su propia sangre y no gusta de ser un fonógrafo literario.") Fuerza es agregar a todo esto el secreto de una forma prístina, fruto de un estudio largo y paciente. "Acaso disipáramos—dice en el preliminar de *Toisón*—precioso tiempo en tal labor. Acaso. Pero séanos lícito, para disculparnos, evocar el ejemplo del inefable místico de Segovia, que disipó una vida cincelando el oro de un ensueño."

Como buen estudioso, desde sus años de adolescencia Contreras había seguido paso a paso la evolución de la poesía lírica en Francia de tal manera, que en el transcurso de sus abundantes lecturas se formó un alma francesa, sutil y refinada, alma de *galantuomo,* avezado en maestría de disfraces de carnaval y enfermo de *squisiti mali,* por extraña influencia de la luna, como el pobre Pierrot de Verlaine. No contento con ser poeta por naturaleza, estudió mucho antes de darse a componer un libro decisivo y duradero. Así sus meticulosidades por las medidas y los matices arrancan de un acabado estudio parnasiano: la belleza le emociona hasta el extatismo y su inspiración se traduce en voluntad imaginativa de erudito. Como Baudelaire podría decir,

> *Je hais le mouvement qui déplace la ligne...*

pero, en cambio, llora y ríe si la emoción lo exige, desdeñando toda la afectación parnasiana de un raciocinio preconcebido y absurdo.

Cada verso de *Toisón* está colocado como una gema en su engarce, y medido dentro del orden de una perfecta simetría, así los vidrios de un ventanal o los arabescos de una voluta bereber. Enemigo de lo vulgar, el poeta debe de haberse repetido para sí aquello de los Goncourt: *lo bello es lo raro,* y esclavo de tal principio, se ha hecho buzo del matiz y de la sensación; de tal manera, cuando habla de *Las crisantemas,* gusta de ellas porque

Exóticas y hieráticas,
como princesas asiáticas,
pues que son raras son bellas.

Es decir, como hicieron los simbolistas, el poeta busca la correlación de las cosas: su armonía dentro de la más perfecta congruencia respecto del color. Cada uno de sus sonetos semeja una joya pulida con rara maestría. Una vez leídos los catorce versos queda un leve balbuceo armonioso en el oído: sugieren un instante de emoción intensamente sentida, como en el *Encanto de las lluvias,* cuando escribe:

¡Oh qué misterioso, qué inefable encanto
ponen las borrascas en mi desconsuelo!
¡Pienso, pienso, pienso y ardoroso vuelo
hacia aquellos días que he querido tanto!

Otras veces Contreras se goza buscando efectos de palabras y atina con aquellas que puedan expresar la sensación exacta de color y de armonía. Tal vez es ésta la parte de su libro que más recuerda la influencia francesa, especialmente de Verlaine:

Amo tus manos de lirios
porque tus manos de lirios
prometen lirios, delirios
y los más dulces martirios;

o ya la estrofa anterior, alada y grácil como un ritornelo:

Amo tus hombros gentiles
porque tus hombros gentiles
dicen de alas, de marfiles
y de deseos febriles.

El poeta se desvive en el acierto de la música verbal, ya valiéndose de aliteraciones, ya ajustando las rimas con fastuosa resonancia (sin ser altisonante, por cierto), ora dándole la mayor amplitud a las cesuras y naturalidad a lo que los franceses llaman el *enjambement* del verso.

En *Toisón* encontramos reminiscencias de la poesía que habiendo nacido con el Parnaso, prolongó a través del simbolismo todas las embriagueces imaginables en una soberbia orgía de colores y sensaciones, a partir con las enfermizas perversidades de Baudelaire hasta llegar a los herméticos exotismos de Mallarmé. Así, al exclamar Contreras:

> Amo el horror sagrado de mi misión...

recuerda aquel primer verso de *Herodiades,* duro y fuerte, como tallado en cristal de roca:

> *J'aime l'horreur d'être vierge, je veux...*

o en las repeticiones habituales que elevan el tono lírico en una dulce cadencia musical:

> Llueve, llueve, llueve, llueve sin quebranto...

trae a la memoria los versos célebres:

> ... *De la douceur, de la douceur, de la douceur...*
> ... *Je suis hanté: l'azur, l'azur, l'azur, l'azur...*

felicidad de procedimiento ésta que aportaran al castellano Rubén Darío y Contreras, entre los primeros, y ulteriormente, Manuel Machado, con notable éxito. Como seguidor de los franceses, el poeta de *Toisón* ha logrado asimilar todo lo que en ellos había de más estimable sin dejar nada de su personalidad al pasar por los tamices de sus encantos.

Los poemas de *Toisón* hablan de un meticuloso reflexivo que se complace en pulir el oro de su ensueño como Benvenuto trabajaba el puño de un estoque. Nada deja Contreras a la casualidad de lo imprevisto, como era de rigor entre ciertos románticos de antigua data; él obra, como diría Gide, *par la soumission du réalisme à l'idée preconçue.* Sus versos son miríficos; sus paisajes dignos de los que soñaba Baudelaire: bruñidos, geométricos, deslumbrantes; donde el agua corre a través

de canales de mármol, y donde al cruzar sus senderos, la reina de Saba se hubiera recogido el borde de su manto para no mojarlo. Todo lo cual afirma el valor de su estética simbólico-parnasiana. Más tarde el poeta reconocerá lo que en esa estética había de ficticio y de exagerado; entonces mira hacia la vida de la realidad, siente su sangre latir en las venas y escribe, recordando el terruño, su primera serie de novelas rimadas en una manera extravagante, que diría Valle Inclán.

ARMANDO DONOSO.

(*Concluirá.*)

Es un valioso representante de la juventud intelectual chilena. Expresamente arregladas para CUBA CONTEMPORÁNEA, damos de su reciente libro *Los Nuevos* estas interesantes páginas en que juzga el señor Donoso la obra de uno de nuestros más estimados colaboradores: Francisco Contreras. En breve publicaremos otro bello estudio que nos ha enviado sobre el poeta Walt Whitman. De la sólida y variada labor del señor Donoso, que dirige en Santiago de Chile la floreciente empresa editorial de tan importantes revistas como *Pacífico Magazine* y *Zig-Zag,* son buena prueba el libro citado y otros dos no menos dignos de mención: *Menéndez y Pelayo,* el más sereno análisis que en América se ha hecho de la obra del eminente polígrafo español después de su muerte, y *Bilbao y su tiempo,* ojeada histórica de positivo mérito. Prepara un volumen titulado *Elogios,* del cual es parte el estudio que anunciamos sobre Whitman.

LA CONFLAGRACIÓN EUROPEA

> «La psicología del Emperador alemán es más que nunca la desesperación de su pueblo y un peligro para el mundo.»
>
> *The Fortnightly Review*, 1909.

Emilio Zola, pocos meses antes de su muerte, tuvo la visión del terrible conflicto que en la actualidad ha comenzado a devastar a Europa.

En un magistral artículo publicado por el insigne y malogrado novelista francés, aparecían los ejércitos europeos combatiendo entre sí en inmensas masas humanas que sumaban millones de hombres; las balas y la metralla destrozaban y mutilaban miles y miles de seres; las poblaciones eran barridas de la superficie terrestre; el incendio, la peste, el hambre, despoblaban las regiones; el comercio y las industrias se paralizaban; la parte más civilizada del mundo se convertía en un humeante y pestífero cementerio...

Y de entre tanta ruina y estrago; de la cristalización de los raudales de amargo llanto vertido por los ojos de tantas madres, hijas, esposas y amantes, surgía la paz universal, el ansiado desarme, como de los horrores del llamado diluvio universal salió la blanca paloma con el simbólico ramo en su rojo pico.

No andaba desacertado Mr. Roland G. Usher cuando en 1912 decía desde las columnas de una revista norteamericana, *The Forum,* que una gran crisis internacional se estaba aproximando, y que tanto Inglaterra como sus aliadas, Rusia y Francia, estaban frente a frente a una situación tan grave y pavorosa como la que amenazó a la Gran Bretaña cuando los pri-

meros barcos de la Armada Invencible penetraron en el Canal de la Mancha, o cuando Napoleón I, eludiendo la flota de Nelson, barría el Mediterráneo y desembarcaba su poderoso ejército francés en las costas del legendario Egipto.

Y era natural que tal estado de cosas se bosquejara en Europa desde fines de 1912, pues esta parte del mundo, a partir de la terminación de la guerra franco-prusiana, no ha hecho otra cosa, no ha tenido otra idea, que prepararse para el tremendo conflicto que ha estallado en la última decena de julio y los primeros días de agosto próximo pasado.

El año de 1913 será, en los anales de la Historia, el año en el cual se han llevado a cabo los preparativos y el aumento de los armamentos hasta un límite desconocido en la crónica de los pueblos civilizados.

Europa no podía ya más: sus pueblos esquilmados por los enormes e insoportables presupuestos de guerra, emigraban en grandes masas a las distintas regiones de América, en busca de un respiro, de un lenitivo que no encontraban en su nación de origen.

Las clases proletarias abrumadas por los siempre crecientes tributos militares, marchaban a la Argentina, a los Estados Unidos, al Brasil; de tal suerte, que se calcula en ocho millones el número de alemanes que en estos últimos años han emigrado a América.

Europa propiamente dicha, después del tratado de Frankfort, que puso término a la guerra franco-alemana, ha gozado de cuarenta y tres años de paz. Dice una autoridad en estas materias, que en ese período ''ni un solo disparo ha turbado la quietud de Europa''.

Sin embargo, nunca, en el largo transcurso de su historia, los preparativos guerreros han sido más constantes y más numerosos: esos pueblos están, por así decirlo, erizados de bayonetas, de baterías, de fusiles y ametralladoras; los mares, a su vez, cubiertos de formidables máquinas de guerra; el aire, hendido por diabólicos mensajeros de la muerte.

Los que han leído y examinado atentamente la correspondencia militar del Mariscal Moltke, nos hablan de esta máxima suya, que tiene caracteres de axioma:

Debemos tener preparados y listos tantos hombres en tales y tales días, sobre tales y tales líneas; el enemigo sólo puede tener tantos; sea lo que fuere lo que haga, será derrotado.

De aquí el principio practicado: "en tiempo de paz, prepárate para la guerra". Lo que hace decir a los tácticos que si Napoleón enseñó a Europa a pelear, a combatir, Moltke la ha enseñado a prepararse para la lucha; y que la lección ha sido rápidamente aprendida, lo estamos presenciando.

La preparación para la guerra es una tradición prusiana que data de los tiempos de Federico el Grande, y que ha sido puesta en práctica y ampliada en grado sumo por el actual Emperador Guillermo II.

A partir de 1872, un año después de la terminación de la guerra franco-alemana, el ejército teutón ha venido aumentando su número y sus adelantos hasta llegar el estupendo y monstruoso esfuerzo de 1913, que ha proporcionado a Alemania un ejército permanente de 863,000 hombres, con un costo de $ 250.000,000 al año.

***

Francia, a su vez, aleccionada por la tremenda derrota de 1870-71; deseosa de ir a un desquite que ha sido su aspiración de cuarenta y tres años, ha seguido a Alemania en ruinosa competencia militar, con la desventaja para ella de su menor población.

De aquí la célebre ley "de los tres años", que tantos debates ha ocasionado en las Cámaras francesas, y que tanto ha llegado a apasionar la opinión pública de ese país.

El ejército francés que fué derrotado en 1870, era un ejército que tenía por base la excepción, la desigualdad. Después del desastre, Francia estableció el servicio militar obligatorio, con numerosas excepciones, sin embargo, que hacían que mientras unos estaban obligados a servir durante un período de cinco años, otros permanecieran en las filas tan sólo un año.

La ley del 15 de julio de 1889 redujo el servicio, de cinco a tres años; pero los jóvenes ricos e instruídos tenían medio de

escapar al duro servicio impuesto a sus compañeros menos instruídos o más pobres.

De 1889 a 1904 aumentaron en Francia de un modo extraordinario los médicos y los abogados, pues estos títulos reducían a un año el servicio en las filas. Esto provocó grandes campañas de prensa y parlamentarias, pues los partidarios del principio de igualdad ante la ley, argüían que ello constituía un gran abuso; y por la ley de 1905 se estableció el período uniforme de dos años de servicio para todas las clases sociales. Hubo quien llegó a proponer un solo año de servicio.

Aparte de la urgente necesidad en que estaba Francia de responder al reto lanzado por Alemania aumentando su ejército de manera tan desmesurada, el Estado Mayor francés ha demostrado que el servicio de dos años es inadecuado para preparar buenos soldados de caballería y artillería. El referido Estado Mayor ha llegado a la conclusión de que a pesar del ímprobo trabajo y del entusiasmo y la devoción de los instructores y oficiales de caballería, esta porción del ejército francés no está tan preparada, no monta, ni posee caballos tan resistentes, como la caballería alemana.

El general Maitrot señaló este y otros defectos, al igual que M. Joseph Reinach en su libro titulado *L'Armée toujours prête.*

Debido a estas voces de alarma, se presentó un proyecto modificando la ley de 1905, en la siguiente forma:

(a) El servicio obligatorio comienza a los diez y nueve años, en vez de los veinte como hasta ahora.

(b) El servicio militar durará veintiocho años, en vez de veinticinco como hasta el presente.

(c) Todo francés capacitado para el servicio militar, servirá en la siguiente forma:

En ejército activo tres años.
En la reserva del ejército activo once años.
En el ejército territorial siete años.
En la reserva del ejército territorial siete años.

La sabiduría y la previsión de esta enmienda, no hay que encomiarlas; los hechos se han encargado de hacerlo.

El fogoso orador M. Jaurés, al igual que Julio Favre en 1868, tronó contra la ley en nombre de los principios socialis-

tas; las balas de un nacionalista francés, el mismo día de estallar la actual guerra, pusieron término a la vida del gran tribuno.

***

Uno de los aspectos más curiosos del actual conflicto, ha sido el fracaso inicial de las operaciones militares de Alemania contra Francia.

El Kaiser esperaba invadir a Francia a las veinticuatro horas de declarada la guerra, con un contingente de tropas no menor de 450,000 hombres. De cómo ha fracasado, es de todos conocido: la frontera francesa, invulnerable hasta la fecha en que escribimos (12 de agosto); los soldados alemanes invadiendo a Bélgica, sin respetar los tratados vigentes, y Lieja deteniendo y castigando duramente a las fuerzas teutonas y dándole tiempo a Francia para perfilar y reforzar sus planes de defensa, excelentes según su actual organización.

***

El otro aspecto, tal vez el más interesante y el que nos proponemos estudiar más detenidamente, es la actitud de Italia:

Veamos lo que a este respecto decía M. Georges Bourdon en 1913 (1):

> El imperio alemán orgulloso de su fuerza... se creía el amo de Europa, y se veía el dueño del mundo; tenía cerca de él, alrededor suyo, sujetos por él, dos aliados, uno de los cuales, si él tenía necesidad, inmovilizaría en la frontera de los Alpes un ejército francés; el otro, en cambio, obstaculizaría la movilización rusa y contendría a los soldados del Czar; en la parte extrema de Europa, Turquía, si no aliada, amiga; Rumanía propicia; ambas formarían una especie de retaguardia...
>
> De repente todo cambia. Se creía al frente de una trinidad y se ve solo. Austria, turbada, tiene que ocuparse en su propia seguridad, en montar la guardia en sus propias fronteras y en contar las pulsaciones de las razas turbulentas que se agitan en su interior, le falla; Italia, dedicada a sus nuevas conquistas y a la organización de su antiguo ensueño del Mediterráneo, y obligada a contemporizar con Francia e Inglaterra, no le dará un solo soldado; él lo sabe bien. La Triple Alianza no es más que una fachada; él, el Imperio solo, es toda la Tríplice...

(1) Véase el número de julio, 1913, de la *Edinburg Review*, pág. 222.

Esto lo escribía M. Bourdon en 1913, hace ya más de un año; los hechos le han venido a dar la razón: Italia no tan sólo no ha dado un soldado al Imperio Alemán, sino que está al borde de declararle la guerra. El Kaiser, por lo visto, olvidó el refrán inglés: "la sangre es más espesa que el agua".

De una parte, las afinidades entre franceses e italianos; de la otra, el odio de éstos contra sus antiguos opresores los austriacos; el consentimiento de Francia e Inglaterra para la conquista de Trípoli; el temor de perder esta región a tanto costo conquistada, y el temor de una revolución en la propia Italia, son razones, motivos muy poderosos para mantener a esta nación alejada, ya que no hostil, de sus antiguas aliadas.

La guerra de Italia contra Turquía, originada por la conquista de Trípoli, fué la jugada que cambió el aspecto político del tablero europeo. Y aunque de momento no resultó en la alianza que Inglaterra y Francia se proponían, consiguiendo de este modo la supremacía del Mediterráneo, ya hemos visto, sin embargo, que Italia ha permanecido alejada del actual conflicto, restando así fuerzas considerables a los planes de Guillermo II, desde el momento que Italia puede poner en el campo de batalla doce cuerpos de ejército muy bien armados y organizados, y su flota, unida a la austriaca, hubiera sido un serio peligro para la seguridad de Malta, para el paso por el canal de Suez y las comunicaciones con la India inglesa.

Según los cálculos, la Triple Alianza contaba con *cincuenta y tres cuerpos de ejército;* la defección de Italia los deja reducidos a cuarenta y uno en contra de los cincuenta cuerpos que Francia y Rusia tienen en Europa, a más del cuerpo de ejército francés que se encuentra en Argel, y los siete rusos de Asia, todos en camino para el campo de las operaciones. Además de estas fuerzas, Francia y Rusia cuentan, en los momentos actuales, con la cooperación de todo el ejército inglés (cerca de 700,000 hombres) y la del ejército belga, cuya resistencia, disciplina y heroicidad, son, en la presente contienda, la admiración del mundo.

Austria, en guerra abierta y despiadada contra servios y montenegrinos, tiene que distraer una buena parte de sus fuerzas—hay quien las calcula en cinco cuerpos de ejército—en esa

parte de sus fronteras. Los otros once cuerpos, de los diez y seis que integran su ejército, tiene que emplearlos en contener el avance ruso y en observar la frontera italiana. Si retira tropas de las márgenes del Danubio, se expone, como ya está sucediendo, a que los servios y montenegrinos invadan su territorio.

Alemania, con sus veinticinco cuerpos, tiene que llevar el peso de la campaña; desde el inicio de la guerra ha demostrado una gran acometividad, una excelente organización. La inesperada resistencia encontrada en Bélgica, ha echado por tierra los primeros planes del Estado Mayor alemán, y lo que ella creyó tarea fácil y hacedera, ha adquirido todos los trágicos caracteres de una tremenda y sangrienta lucha.

Los rusos, como de costumbre, han puesto de manifiesto la lentitud de sus movimientos, y a las dos semanas de declarada la guerra entre ellos y Alemania, apenas ha habido otra cosa, al menos que se sepa, que ligeras escaramuzas sin importancia.



Las causas y los motivos de esta conflagración que a tan dolorosas consideraciones se presta, son muy diversos y variados.

La tempestad venía formándose hace muchos años; era natural que al estallar revistiera caracteres horribles, espeluznantes.

El Kaiser alemán, mezcla inconexa de emperador romano y de guerrero moderno, tipo enamorado de todos los prejuicios e ideas de la Edad Media, constituía un serio peligro para la paz universal.

Por otra parte, la lucha entre el mercantilismo inglés y el teutónico; las ansias de "revanche" de Francia; las constantes humillaciones que venía sufriendo a manos de la diplomacia germana; el antagonismo entre San Petersburgo y Berlín, y la candente cuestión de Oriente, eran motivos más que sobrados para provocar el conflicto.

La "paz armada" estaba resultando más intolerable que la guerra con todos sus horrores y devastaciones.

Los resultados próximos y remotos de este tremendo conflicto, pueden ser muy varios y múltiples.

La célebre profecía que el indomable corso hizo para el siglo XIX, muy bien puede cumplirse en lo que va del XX: "la Europa será cosaca o republicana"; tal vez socialista.

La guerra de 1870 provocó la Comuna en París; la de 1914 puede que origine un estallido más intenso en Berlín, con repercusiones en Viena y en San Petersburgo. Las muchedumbres hambrientas, deseesperadas, esquilmadas por largos años de tributaciones militares, pueden convertirse en manadas de feroces lobos que todo lo devoren.

Los brutales instintos humanos, excitados por los horrores y matanzas, pueden convertirse en devastador torrente que nada respete a su paso.

Por lo pronto, sorprende el intenso grado de ferocidad que esta guerra ha asumido desde sus primeros momentos. Los regimientos de la científica y filosófica Germania, nada tienen que envidiar, de ser ciertas las noticias que hasta nosotros han llegado, a las hordas de Pancho Villa y otros caudillos latinoamericanos. Ahora casi nos explicamos los honores a Huerta a bordo del crucero alemán que lo condujo a Kingston...

¡Si tendría razón Ernesto Renán al decir "que sólo nos diferenciamos de los animales en que nuestros actos son reflexionados"!

De Troya a la fecha, seguimos siendo los mismos guerreros sanguinarios y destructores.

LUIS BERTRÁN.

Agosto 12, 1914.

Tras este seudónimo, formado con el segundo nombre y el segundo apellido de un meritísimo joven cubano íntimamente ligado a CUBA CONTEMPORÁNEA, se oculta uno de los escritores más vigorosos de la nueva generación, y que en estas mismas páginas ha firmado artículos notables por el intenso cubanismo que los anima, por la ferviente propaganda idealista que los inspira, mostrando en ellos muy singulares dotes de sociólogo y relevantes condiciones de escritor fácil y de amplia cultura, una vez más puestas de manifiesto en este bien informado trabajo con que inicia, o, mejor dicho, prosigue en nuestra revista sus estudios sobre asuntos internacionales.

BIBLIOGRAFÍA (*)

Javier Bueno. MI VIAJE A AMÉRICA. París [1913], Casa Editorial Garnier Hermanos, 6, rue des Saints Pères, 6. 8.°, 186. p.

Este periodista español ha hecho un libro interesante y ameno con las crónicas que escribiera al visitar las ciudades de Río de Janeiro, São Paulo, Montevideo y Buenos Aires. En sus páginas no busque el lector cuadros estadísticos, porque, como dice su autor en una brevísima e intencionada advertencia, no fué allá él a hacer ''estudios sobre el comercio, la agricultura o la emigración'', sino simplemente a conocer aquellas ciudades y a narrar las impresiones que le produjeran. Y las manifiesta en lenguaje sencillo, ligero, con algo de ironía y superficialidad, en razón de que no escribió este libro con ''ningún propósito trascendental'' ni con el fin de ''estrechar lazos de unión'' entre los países americanos y España, que, no obstante cuanto se diga y se haga en muchos años todavía, permanecerán distanciados mientras en España no se llegue a comprender bien el espíritu innovador que anima a los hijos del Nuevo Mundo.

Bonifacio Byrne. EN MEDIO DEL CAMINO. Poesías. 1914, Imp. de Tomás González, Manzaneda 34, Matanzas. 8.°, 146 p.

El título de este volumen, trae a la memoria aquel suave y melancólico verso de Dante:

''nel mezzo del cammin di nostra vita'';

y el libro, al que sirve de Pórtico un brillante soneto del *Conde Kostia,* está dividido en cuatro partes: Consonancias, Vox Rerum, Resplandores y Alucinaciones. Hacía tiempo ya que el justamente renombrado bardo matancero no daba a la publicidad ningún volumen de versos, y la apa-

---

(1) Debemos recordar que en esta sección serán analizadas, únicamente, aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores; de las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

rición de éste nos ha sorprendido agradablemente. Sin que digamos que el nuevo libro esté a la altura de otros del propio Byrne, en los cuales encontramos al poeta más vigoroso de estos últimos tiempos en Cuba, *En medio del camino* encierra bellísimas poesías que recuerdan la inspiración robusta del cantor de los Maceo, del altísimo poeta de *Efigies* y *Lira y Espada.* Así como en sus anteriores producciones predomina la nota vibrante del sentimiento patrio, en esta notable colección de versos hallamos más dulzura, más recogimiento, algo como un vago tinte de melancolía y dolor; reflejo, acaso, de sordas luchas interiores, de amargos momentos en que el hombre y el poeta se han encontrado frente a frente con la vida...

Isidoro Corzo. Entre sorbo y sorbo. Novelas y cuentos... Ilustraciones de Jaime Valls y Rafael Lillo. Librería "Cervantes", de Ricardo Veloso, Galiano 62, Habana [1914]. 8.º, 283 p.

El señor Corzo ha hecho un bello libro y ha tenido acierto al titularlo *Entre sorbo y sorbo,* porque así, gratamente, pueden ser leídos los amenos cuentos y novelas que contiene. Después del brillante ensayo de Jesús Castellanos con su colección titulada *La Conjura,* en Cuba ningún otro escritor había producido, en este difícil género literario, un libro de tan amable lectura como el del señor Corzo. El autor, que en la Sociedad de Conferencias pronunció no hace mucho tiempo una sobre la locura de Maupassant, tiene de este insigne cuentista algunas de las sobresalientes cualidades que le hicieron brillar extraordinariamente en el arte de escribir, con insuperada y elegante gracia picaresca, pequeñas narraciones llenas de vida y harmonía, de luz y color. Este libro tiene una linda cubierta en que aparece una exquisita mujer leyendo "entre sorbo y sorbo", y los cuentos y novelas que encierra son los siguientes: *Charito, El incendio de la calle de Sol, Antonia, El secreto de Morris, Myrtha, El caso del coronel León, Blanca, El moro del cofre, Un sacrificio, Luisito* y *Sacramento.*

Bibliografía cubana del siglo xix. Por Carlos M. Trelles, Correspondiente de la Academia Nacional Cubana de Artes y Letras. Tomo sexto (1879-1885). Tirada de 200 ejemplares. Matanzas, Imp. de Quirós y Estrada, Independencia 59, 1914. 4.º, II-380 p.

Con una constancia digna de todo encomio, y con una paciencia sólo apreciable para quienes sabemos cuán grandes son las dificultades que ofrece en Cuba el examen de colecciones de libros cubanos, ya por la rareza de gran parte de éstos, ya por la circunstancia de estar muchos de ellos en manos de particulares, viene el señor Trelles dando a la estampa desde hace cuatro años los tomos de su *Bibliografía Cubana del Siglo XIX,*

obra de innegable importancia y de valor, no obstante la falta de un verdadero plan científico en ella y los defectos de técnica de que adolece, más de una vez señalados por la crítica. A pesar de esto, el bibliógrafo matancero realiza una labor meritísima que le aplaudimos entusiásticamente cuantos conocemos las condiciones en que trabaja; y no sólo por éstas, sino porque su vasta obra servirá de punto de partida a los investigadores de mañana, y siempre quedará, aunque se haga otra con todos los requisitos indispensables en esta clase de empeños, como la primera y como una prueba más de que no todos los cubanos son incapaces de un esfuerzo desinteresado y continuo. Este volumen sexto aparece dedicado al Pbro. D. Juan Alvarez, de quien el autor dice que ''vivamente se interesa por que se conozca y aprecie la literatura cubana'', y comprende la descripción de 3,000 libros y folletos publicados en Cuba durante los años de 1879 a 1885, con lo cual en la benedictina obra del señor Trelles están anotados ya 30,000 títulos: 27,000 de libros y folletos y 3,000 de periódicos.

Carlos de Velasco.

NOTAS EDITORIALES

LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE MILANÉS

El 15 y el 16 de agosto último, lucidamente lleváronse a cabo las fiestas conmemorativas del centenario del natalicio del gran poeta matancero José Jacinto Milanés. El día 15 partieron de la Habana para Matanzas dos trenes especiales: uno de ellos llevó al Presidente de la República, Mayor General Mario G. Menocal, y a su esposa la señora Mariana Seva de Menocal; al Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Dr. Ezequiel García Enseñat; al Presidente del Senado, Dr. Eugenio Sánchez Agramonte; a los senadores Dr. Ricardo Dolz y Ldo. Manuel M. Coronado; al Director General de Comunicaciones, Coronel Charles Hernández; al Ministro de Cuba en Inglaterra, General Carlos García Vélez, y a otras distinguidas personas; y el otro a varios miembros de la Comisión Pro Milanés, constituída en la Habana por iniciativa del Ldo. Francisco de P. Coronado, Secretario de la misma y de la Academia de la Historia, entre quienes se contaban el propio señor Coronado, el Dr. Guillermo Domínguez Roldán, catedrático de Literatura en la Universidad Nacional; el señor José Manuel Carbonell, director de *Letras,* y el director de CUBA CONTEMPORÁNEA, a más de los escritores Néstor Carbonell, José Sixto de Sola, Julio Villoldo, Ismael Clark y Oscar Ugarte, así como el Teniente de la Policía Nacional, señor Alberto D. Villalón, Ayudante del Alcalde de la Habana, en representación de éste. Todas las personas citadas fueron recibidas en la estación del ferrocarril por nutridas representaciones de los elementos oficial y literario de Matanzas, figurando a la cabeza de este último la Comisión Milanés, formada en dicha ciudad por el Dr. Emilio Blanchet como Presidente, el señor Carlos M. Trelles, Secretario, y el Dr. Miguel Garmendia, Tesorero, concurriendo a los distintos actos que allí se efectuaron: visita a la casa calle de Milanés número 38 (antes Gelabert), donde vivió y murió el poeta; a

la tumba de éste en el cementerio de San Carlos; a su hermana doña Cleofé Milanés; al Ayuntamiento, donde se había preparado un "lunch", y colocación de la primera piedra de la estatua del dulce bardo autor de *La Madrugada,* acto durante el cual pronunció un conceptuoso discurso el Dr. Emilio Blanchet.

Y el día 16, fecha en que se cumplieron cien años del nacimiento del poeta, efectuáronse en la Habana representaciones gratuitas de su drama *El Conde Alarcos* en el teatro Politeama, y una velada solemne en el teatro Payret, tomando parte en ella la Banda Municipal, que ejecutó escogidas piezas; el Sr. José Manuel Carbonell, quien leyó varias composiciones de Milanés; la señora Pilar Martín de Blanck, que con exquisito gustó cantó, acompañada al piano por su esposo el señor Hubert de Blanck, la canción *La Huérfana,* música de él y letra de R. Espinosa de los Monteros, y *La fuga de la tórtola,* poesía de Milanés y música del propio maestro Blanck; el Sr. Agustín Acosta, quien recitó su poesía *Hacia la Gloria,* escrita expresamente para el acto; el señor Gustavo Sánchez Galarraga, que leyó la poesía *Habla mi Lira,* también escrita expresamente por el poeta Bonifacio Byrne, y el Sr. Alberto Falcón, pianista matancero que tocó magistralmente diversas piezas de Chopin, Grieg y Liszt; finalizando la velada con vistas cinematográficas relativas a Milanés y una bella apoteosis de este ilustre poeta a quien Cuba ha rendido su homenaje, que en breve habrá de completarse con la edición nacional de sus obras y la acuñación de una medalla conmemorativa, en bronce, del centenario de su natalicio.

Cuba Contemporánea señala con placer esta nota de cultura nacional y hace votos porque nunca se extinga en los corazones cubanos el amor a quienes dieron a nuestra patria renombre con sus producciones intelectuales.

EL DOCTOR VARONA Y LA JUVENTUD CUBANA

Con este mismo título apareció en el número del 1.º de agosto último de nuestro colega *Gráfico,* y en su plana de ho-

nor, uno como especie de artículo-manifiesto que escribimos y que decía como sigue:

El Dr. Enrique José Varona, cubano meritísimo que ocupa el cargo de Vicepresidente de la República; el mentor de gran parte de esta generación que ahora comienza a levantar la fe en los destinos de la patria, procurando hacer oir la voz de la juventud idealista y entusiasta; el compatriota ilustre a quien grandes figuras del Continente Americano estiman como su igual, por su sapiencia y su valía; el revolucionario insigne que hizo saber al mundo, en el célebre manifiesto titulado *Cuba contra España,* todo el derecho que a los cubanos asistía para apelar a las armas y destruir el poderío español en nuestro país—documento irrefutable en donde se demuestra cuán grande mengua de la civilización y de la libertad era la mísera condición de Cuba esclava, empobrecida, esquilmada, y la abyecta del cubano maniatado, escarnecido, burlado en su propia tierra por la torpeza de los gobernantes coloniales y la miopía o mala fe de los de la metrópoli española—; el escritor de pluma severa y elegante, vigoroso y cívico, a quien nuestra patria debe no solamente la fundación y el sostenimiento, desde 1885 hasta 1895, de una de las mejores publicaciones periódicas que aquí han visto la luz: la *Revista Cubana,* continuadora de la obra educacional iniciada por el fogoso y eminente tribuno José Antonio Cortina, sino libros y artículos de noble enseñanza y sano patriotismo, inspirados todos en el mejoramiento social, moral, intelectual y político de los cubanos; el autor de obras que son citadas con encomio por ilustres publicistas y pensadores americanos y europeos, algunas de ellas declaradas de texto oficial en nuestros establecimientos de enseñanza pública; el periodista valiosísimo que difundió la idea revolucionaria desde las columnas del periódico cubano *Patria,* de Nueva York; el Dr. Enrique José Varona, gran figura digna del respeto de todos entre nosotros, y de la veneración de la juventud cubana especialmente, está siendo en estos días blanco de los ataques injustos e irrespetuosos de un diario que en Cuba representa el pasado colonial con cuanto tiene de odioso para los cubanos, porque recuerda todo lo que Varona y gran número de nuestros compatricios combatieron incansablemente, por lo cual a todos alcanza el ataque dirigido a él, precisamente a él, en razón de cuanto significa y vale su personalidad.

Para combatir a este respetabilísimo compatriota, y en los momentos precisos en que acaba de vencer una grave enfermedad que puso en riesgo su vida, toman y censuran ciertos enconados enemigos de Cuba la siguiente frase por él recientemente escrita en el número de mayo de *La Revista de América* para negar en cierto modo la existencia de una literatura genuinamente americana, porque estima ésta española: ''Como yo, por mis sentimientos algo anticuados de cubano rebelde me considero muy poco español y muy mucho antiespañol, esta manera de pensar no nace ni puede nacer de españolismo.''

Y esta frase, que representa el sentir del Dr. Varona, expresa también el sentimiento y la manera de pensar de todos los cubanos que comprenden

el alcance de ella y saben que no ha dejado aún de ser perjudicial en Cuba la influencia de "lo español", en el sentido tradicionalmente rancio y retrógrado de quienes todavía ejercen aquí esa influencia. No significa esa frase odio a España ni a los españoles, sino el reiterado repudio de cuanto nos recuerde el nefasto sistema colonial, la convicción de que mientras más adelante Cuba y más nos civilicemos los cubanos, más alejados estaremos del español tradicional y refractario a recibir el beso vivificante de las modernas corrientes de progreso y de cultura.

El español que viene a América, vuelve a su patria con oro y con nuevas ideas, con otra conformación mental, con nuevos hábitos y mejores y más limpias costumbres. Y esta afirmación, que pudiera concitarnos las iras de algún tradicionalista empecatado, no es nuestra solamente, sino que la estampó ya un español a quien el *Diario de la Marina* hubo de rendir toda clase de honores cuando aquí estuvo en viaje de propaganda: D. Rafael Altamira y Crevea, catedrático de la Universidad de Oviedo, en uno de sus libros escritos con motivo de esos viajes de reconquista moral... irrealizable mientras haya memoria de los procedimientos y del régimen de España en América.

¿Podemos los cubanos permanecer en silencio mientras se ataca a uno de los más cultos y de los mejores? La juventud cubana, especialmente, ¿puede ver sin protesta esos ataques insidiosos?

Creemos que no. Y confiamos en que de algún modo hemos de probar ante el país el respeto y la admiracción que sentimos por el prominente pensador y revolucionario que hoy merecidísimamente ocupa la Vicepresidencia de la República; ya por medio de un gran acto público en que demostremos aquellos sentimientos, ya obteniendo del Congreso que rinda un homenaje nacional al eminente doctor Varona, acordando la impresión de sus obras completas en número de ejemplares bastante para ser distribuídos por todo el país, a fin de que éste vaya conociendo bien a quienes le sirvieron y le sirven con amor, con patriotismo, a quienes le guían por la senda del deber, del decoro y de la cultura, que son las más altas y provechosas enseñanzas que puede recibir un pueblo tan necesitado de ellas como el nuestro.

Julio 17, 1914.

Carlos de Velasco.—José Sixto de Sola.—Mario Guiral.—Julio Villoldo.—Ricardo Sarabasa.—José M. Chacón y Calvo. José Manuel Carbonell.—Emilio Roig de Leuchsenring.— Nestor Carbonell.—Bernardo G. Barros.—Miguel Angel Carbonell.—Conrado W. Massaguer.—Laureano Rodríguez Castells.—Pedro A. Barillas.—Felipe Pichardo Moya.—Emilio Rodríguez Correa. M. Donaciano Rivas.—Ernesto Ruiz Toledo.—Mario Lescano Abella.—Pedro Henríquez Ureña.—Max Henríquez Ureña.—José M. de Arango. —Oscar de Barinaga.—F. Córdova.—Isabel Margarita Ordetx.—Francisco G. del Valle.—Emilio L. Villageliú.—Ismael Clark.—Julio de Céspedes.—Mariano Brull.—(Siguen las firmas.)

El jefe de redacción del semanario *Gráfico,* nuestro distin-

guido amigo el señor Emilio Roig de Leuchsenring, reforzó con estas vibrantes palabras lo anteriormente transcripto:

Sirva todo ello como homenaje de admiración, de respeto y de cariño, que rendimos al ilustre maestro y sabio filósofo, digno sucesor y heredero de Varela y de la Luz; al incomparable literato y artista; al ''cubano rebelde''; al patriota inmaculado...

Y puede él tener la satisfacción—muchas de esas firmas que aparecen al pie del manifiesto así lo demuestran—de que la juventud cubana a la que él dedicara sus *Conferencias filosóficas*: ''A la juventud cubana, en cuyo corazón desea fervorosamente que jamás se extinga el amor a la ciencia que conduce a la posesión de sí mismo y a la libertad''; esos jóvenes, están hoy a su lado, porque en estos momentos de dudas y vacilaciones en que tal vez se pretende por algunos que nuestra República dé un paso atrás en la senda del progreso y de la civilización que brillantemente había empezado a recorrer después del cese de la soberanía española, esos jóvenes, repetimos, ven en Varona a un compatriota insigne que representa y simboliza el sentimiento, las aspiraciones y el ideal de todos los cubanos amantes de la patria libre y celosos de su bienestar y engrandecimiento.

Y el Dr. Varona, en carta que hacemos ahora pública, nos dijo lo siguiente:

Señor Carlos de Velasco.

Mi excelente amigo:

Estoy, sin saberlo hasta ahora y por tanto sin quererlo, en falta con V. y con los demás firmantes del manifiesto que ustedes me han dirigido. No recibí el número de ''Gráfico'', en que se ha publicado; y no he venido a leerlo hasta ayer muy de tarde.

Me tengo por agradecido. Esto quiere decir que me siento profundamente obligado por tan señalada muestra de afecto. Nunca pensé que el cumplir mis deberes, como buen ciudadano, me trajese al cabo tan insigne recompensa. No me refiero, desde luego, al motivo inmediato de esa manifestación, sino al juicio general, para mí tan lisonjero, de mis actos políticos.

Reciba V., y con V. sus compañeros, el testimonio más sincero de mi gratitud.

Su amigo muy afecto

Enrique José Varona.

S. C. 4 de agosto, 1914.

Por nuestra parte sólo agregaremos que la propia modestia revelada en esta carta del Dr. Varona, parece obligar aún más a toda la juventud cubana a tributarle un especial homenaje

de cariño y respeto, aunque ya él se sienta satisfecho con el público testimonio de adhesión y afecto que le rendimos algunos de los que formamos parte de ella; y como lo creemos así, tenemos fe en que algún joven Representante del pueblo, interpretando el deseo de quienes somos sus compañeros coetáneos, habrá de presentar oportunamente en la Cámara Baja un proyecto de ley disponiendo la edición nacional de las obras completas del ilustre Varona, cuyas enseñanzas tanto han influído en gran parte de la juventud cubana y que han de contribuir mucho todavía a la formación del espíritu nacional, a fortalecer la noción de la patria y la noción del deber que todos tenemos para con ella.

LEGADO DE $ 25,000 A LA ACADEMIA DE CIENCIAS

Desde hace mucho tiempo no se mueve nuestra pluma para celebrar, como con gran regocijo lo hacemos ahora, legados hechos por cubanos a instituciones científicas de Cuba: trátase del de $ 25,000 que hace pocos días ha cobrado la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, y que en su testamento hizo a esta corporación el que fué médico eminente: Dr. Rafael Suárez Bruno. No ya por lo insólito del caso, sino por la cuantía de la manda y por ser hecha a un instituto ajeno a toda secta religiosa, merece mención señalada el valioso donativo de aquel galeno distinguidísimo; y Cuba Contemporánea recoge alborozada en sus páginas esta noticia, con el fin no sólo de encomiar el muy noble rasgo del Dr. Suárez Bruno y de rendir a su memoria—ya para siempre ilustre—un tributo de respeto y admiración, sino con el propósito de señalar a la consideración de los cubanos ricos este alto ejemplo de cultura y patriotismo, excitándoles a que imiten, cuando serenamente se dispongan a testar, el que les ha dado el Dr. Suárez Bruno legando a nuestra Academia de Ciencias $ 25,000 para impulsar en Cuba el estudio de las mismas.

Respetamos profundamente la última voluntad de quienes dejaron y dejan aún parte de sus bienes a las comunidades religiosas entre nosotros; pero ese respeto no nos impide expre-

sar con toda franqueza nuestra opinión de que serían mucho más beneficiosas para Cuba, y por tanto para nuestro pueblo, las mandas hechas a instituciones laicas o los legados para fundar colegios netamente cubanos, bibliotecas o museos públicos, que las donaciones a comunidades religiosas, ricas ya por lo común, y por lo común extranjeras, que emplean tales donativos en beneficio de ellas y no de la sociedad cubana en general.

UN CUBANO PRESIDENTE DEL CONGRESO DE RADIOGRAFIA

Con satisfacción intensa nos hacemos eco del gran honor que ha recibido Cuba en la persona del Dr. Francisco Domínguez Roldán, al ser éste electo, como Delegado por nuestra patria al Congreso de Radiografía que recientemente se reunió en París, Presidente del mismo por el voto de sus colegas de todas las naciones representadas en él. Honra grande es para el Dr. Domínguez Roldán la señaladísima distinción de que ha sido objeto, y más grande aún para Cuba, que debe sentirse orgullosa de que sus hijos reciban en el extranjero tales muestras de alta consideración, pocas veces dispensada a los latinoamericanos en los congresos celebrados en Europa.

Cuba Contemporánea hace llegar hasta el Dr. Domínguez Roldán sus más efusivas congratulaciones.

LA MUERTE DE HERNANDEZ MIYARES

Dolorosamente nos sorprendió la triste nueva del fallecimiento de Enrique Hernández Miyares el día 2 de agosto último. Poeta delicado y escritor culto y ameno, cubano de corazón y amigo muy distinguido que a cada paso nos alentaba a proseguir la labor que realizamos en esta revista, en cuyo número de marzo del año actual publicamos la preciosa traducción que expresamente hizo para ella del bello estudio de Eça de Queiroz sobre Lord Beaconsfield, la muerte del atildado ex director de *La Habana Elegante* no puede sernos indiferente. Apenas trans-

currido un mes del duelo en que le sumió la de su esposa, el dolor de esta pérdida hizo más grave la enfermedad que padecía y Hernández Miyares entregó también su cuerpo a la tierra. Su desaparición deja un nuevo hueco en la Academia Nacional de Artes y Letras, de la que era individuo de número, y vacante la Secretaría del Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana, cargo que desde hace años desempeñaba con probidad y competencia ejemplares.

Cuba Contemporánea rinde este póstumo tributo de cariño al amigo y al compañero desaparecido, al camarada de aquellos otros dos nobles espíritus que se fueron en plena juventud: Julián del Casal y Manuel de la Cruz.

NUEVA DISTINCION

El Ayuntamiento de Santa Clara, ciudad natal del director de Cuba Contemporánea, en sesión del 24 de julio último adoptó por unanimidad el acuerdo de nombrarle "Hijo Distinguido" de ella, a moción del concejal señor Joaquín Valdés Lizama, secundada por sus colegas los señores Espinosa, Consuegra, Enríquez y Anido. Agradecidísimo por tan significativa distinción, el director de Cuba Contemporánea se complace en dar públicamente al Ayuntamiento de Santa Clara las más rendidas gracias por un acuerdo que tanto le honra, así como también las da muy especialmente a los mencionados ediles y a los periódicos villaclareños *Halma, La Publicidad* y *La Mañana,* entre otros, que han publicado en sus páginas notas y artículos encomiásticos para él y para esta revista, que no es obra suya únicamente, sino también de los compañeros que con él la fundaron y a quienes corresponde, por lo tanto, parte principal del aplauso público y de las pruebas de simpatía que en estos últimos tiempos ha recibido de varias publicaciones nacionales y extranjeras, con motivo de su elección como individuo de número de la Academia de la Historia de Cuba.

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY 27, HABANA

Cuba Contemporánea

AÑO II

Tomo VI. Habana, octubre de 1914. Núm. 2.

DIEGO VICENTE TEJERA

(Conferencia pronunciada por el Dr. Max Henríquez Ureña el 15 de marzo de 1914, en la Sociedad de Conferencias de la Habana, para inaugurar la serie dedicada a «Figuras intelectuales de Cuba».)

Señores:

Cuando en el mes de noviembre del pasado año me tocó anunciar en breves palabras esta serie de conferencias, que no había podido celebrarse hasta ahora por circunstancias diversas cuya mención no hace al caso, no creí ni pensé que tan presto volvería a ocupar la misma tribuna para iniciar, con un trabajo mío, los trabajos de la serie. Dos influencias han pesado sobre mí para decidirme a ello: la primera, que los propios disertantes que nos honran con tomar parte en estas conferencias, han dicho más de una vez que a quienes las organizamos debe correspondernos la pena del Talión, pues no toleran ni admiten en modo alguno que los obliguemos a trabajar mientras nosotros, permaneciendo inactivos, tenemos el gusto de escucharlos a ellos; la segunda, que habiendo pronunciado yo en Santiago de Cuba, a instancias de la Sociedad de Conferencias de aquella ciudad, una disertación sobre Diego Vicente Tejera, y ajustándose el tema al plan de la presente serie de conferencias, no son pocos los amigos y lectores que tuvo y tiene el poeta, que me han indicado la conveniencia de dar a conocer en la Habana mis puntos de vista sobre su obra. Esto me ha decidido a hacer nuevas pesquisas y acumular nuevos datos sobre el poeta,

por lo cual mi labor de hoy será una ampliación de la que anteriormente he realizado sobre el mismo tema.

Esta serie de conferencias dedicadas a un grupo de "Figuras intelectuales de Cuba", obedece al deseo de divulgar la obra de los artistas y educadores, filósofos y poetas de Cuba. Hora es ya de que se haga ver, de manera clara y evidente, la importancia social y la trascendencia histórica que han tenido los intelectuales en la vida del pueblo cubano. Honor y gloria merecen, sin duda, los hombres de acción: ellos son el brazo, ellos son el músculo, ellos son fuerza redentora y santa cuando se consagran al servicio de los más altos y más puros intereses sociales; pero no hay que olvidar que la conciencia nacional, para formarse, ha necesitado oir la voz de sus hombres de penmiento, y que sobre el conocimiento cabal de la evolución que ha tenido la mentalidad de un pueblo al través de su literatura y de su historia, descansa el verdadero espíritu nacional.

Toda obra de intelectualismo es obra de patriotismo. Todo aquel que realiza una sólida labor de pensamiento, colabora, de manera directa o indirecta, a la conformación del espíritu nacional; no importa que se preocupe o no por los problemas políticos de su pueblo, no importa cuál sea su manera de entender y concebir la nacionalidad misma.

Fácil es comprobarlo, precisamente, con estas "Figuras intelectuales de Cuba", que hemos elegido para formar la presente serie de conferencias: Diego Vicente Tejera, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Felipe Poey, José María de Cárdenas, José Jacinto Milanés y José Antonio Saco. De estas figuras, la que parece hallarse menos cercana de la conciencia nacional, es la de *Tula* Avellaneda, a pesar de que ella, siempre que se refirió a Cuba, como sucede en el canto a la memoria de Heredia, dice "la patria" o "mi patria", separando perfectamente de la Metrópoli a la patria chica, a la tierra natal. Pero, aparte de eso, la Avellaneda es un timbre de capacidad y un título de gloria que puede presentar con orgullo el pueblo cubano en pugna de grandeza con los más ilustres poetas del siglo XIX. El solo hecho de reclamar su gloria como gloria cubana, bastaría para señalarle una significación dentro del espíritu nacional.

Eso, y algo más que eso, fué Felipe Poey en el campo de la

ciencia. Mentalidad portentosa, su nombre hace que los cubanos puedan sentirse orgullosos de sí mismos. Pero, además, Poey fué un educador y un maestro: dignificó conciencias, formó cerebros, elevó corazones, preparó, en fin, ciudadanos, hombres útiles a su país.

Por su parte, el admirable escritor de costumbres que se llamó José María de Cárdenas, supo copiar de mano maestra la vida y las costumbres del pueblo cubano, y de ese modo enseñó a sus conterráneos a conocer mejor y más a fondo su propia manera de ser.

José Jacinto Milanés, el cantor de *Los dormidos,* de *La madrugada* y *De codos en el puente,* y Diego Vicente Tejera, el poeta de *En la hamaca,* supieron dar en la poesía notas eminentemente cubanas: unas veces patrióticas, otras veces descriptivas, cantando la belleza de los campos y el despertar del día en los valles de Cuba, o expresando en cadenciosos versos la nostalgia del corazón por la fuga de una tórtola amante.

Y, por último, José Antonio Saco fué un cerebro prodigioso, al cual bien pocos pueden ser equiparados, y realizó una labor eminentemente útil y educadora en pro de la tierra natal. De tal manera ahondó Saco en las necesidades de su pueblo; de tal manera supo escudriñar el horizonte para vislumbrar el rayo que acompaña las supremas tempestades o la nube que incuba en su entraña sombras y desesperaciones; de tal manera sometió, muchas veces, el curso de la historia a los dictados de su previsión y de su sagacidad; de tal manera se adelantó a señalar, en más de una ocasión, el advenimiento de problemas que son el patrimonio de la hora presente; de tal manera fué vidente, que, sobre el informe amasijo de angustias y zozobras, de abnegaciones y sacrificios, de contingencias y catástrofes que constituyen el recuerdo del pasado, se destaca su imagen austera, como si fuese la de un iluminado o un profeta, envuelta entre fulgores de apocalipsis, con el índice severo extendido hacia el ignoto porvenir...

Es, por lo tanto, de excepcional interés divulgar la obra que realizaron estas ilustres figuras intelectuales. Hay que laborar en el campo de la investigación y del análisis en cuanto se refiera al desenvolvimiento de la mentalidad cubana. Estudios va-

liosísimos existen sobre este tema, como los de Bachiller y Morales, Mitjans, y otros, que habrán de ser tenidos siempre en cuenta porque representan una contribución importante para la historia literaria de Cuba. Es preciso reforzar esa contribución, no sólo para que de algún modo sea aprovechado ese esfuerzo por los que algún día realicen una labor completa sobre la materia, sino porque el hecho de que sea tan difícil encontrar, para ponerlos en todas las manos, los tesoros de que puede enorgullecerse la bibliografía cubana; el hecho de que no exista, como se propuso una vez en la Cámara de Representantes, una "Biblioteca de Autores Cubanos", cuidadosamente revisada y documentada, en forma de ediciones críticas; el hecho de que no se hayan creado en la Universidad y en los Institutos de Segunda Enseñanza cátedras de Historia de Cuba y de Historia de las Letras en Cuba—esta última no se enseña siquiera como una ampliación o un apéndice al curso de Literatura Española—; el hecho de que todo esto sea así, hace doblemente necesaria esta labor de patriótica difusión cultural, que mantenga el brillo y el prestigio de aquellos nombres que no deben opacarse nunca en la conciencia nacional, y que haga resaltar la trascendencia que tuvo la obra de los hombres de pensamiento—los filósofos, los educadores, los artistas, los literatos, los escritores y los poetas—en la formación de la nacionalidad, hasta el punto de que sin la obra poderosa y fecunda por ellos realizada, arrojando al surco de las muchedumbres la simiente de una idea, la nacionalidad no hubiera podido existir.



Fué Diego Vicente Tejera uno de esos hombres de pensamiento que supieron acoger y divulgar al través de lo que escribían el sentimiento de la idea-patria. Los propagadores de esa idea, desde la época de José María Heredia, el poeta de la estrella solitaria, formaron legión, al frente de la cual se irguió un día, con el doble nimbo del verbo y de la acción, la figura evangélica de José Martí. Tejera tiene, pues, como poeta cubano, la significación de haber reflejado en sus versos el ideal de la independencia.

Al mismo tiempo, la poesía de Tejera tiene una significación mayor y, si se quiere, más genuinamente cubana: la de haber dado en composiciones como *En la hamaca* y *El despertar de Cuba* la muestra más brillante de un género de poesía típicamente criolla, de esa poesía rural típicamente cubana; de esa poesía que se vuelve reverberación cabrilleante en la sabana inundada de sol, que sugiere el grato sopor de la siesta bajo la protectora techumbre de yaguas del *bohío,* que solloza en las notas quejumbrosas de la *Guajira,* que es conjugación de colores en el crepúsculo, cantar de guijas en el arroyuelo, aroma embriagador en el café, arrullo en el penacho de las palmas y poema de gloria en los ojos tiernos de la mujer cubana.

No fué Tejera el único representante de esa aspiración tendiente a crear un género de poesía típicamente criolla, que bien pudiéramos llamar poesía rural cubana; pero puede decirse que nadie lo ha superado en esta empresa. Fácil sería recorrer la historia de la poesía cubana, para apreciar que esta tendencia ha tenido distintas manifestaciones; y así, en los mismos orígenes de la poesía en Cuba, encontramos a Zequeira, que canta, en versos quizás de sabor demasiado clásico, a la piña; encontramos después que Domingo del Monte inicia los *Romances Cubanos,* con una corrección y donosura no comunes; que le secunda Vélez Herrera, con no escaso ingenio poético, y que la décima popular alcanza mediano auge con Francisco Poveda y Armenteros y con Nápoles Fajardo, conocido por *El Cucalambé.* Algo más encontramos, aunque no sistematizado, sino disperso en distintos rasgos poéticos o en composiciones ocasionales, en la obra de *Plácido,* de Milanés, de Narcioso Foxá, de Ignacio María de Acosta, de Fornaris, de José Joaquín Palma y de algunos otros que no he de citar por haberse significado menos en este sentido.

Ninguno de ellos, sin embargo, dió a sus versos el sabor intensamente tropical que puso Tejera en algunas de sus composiciones. El que más se le acerca, por su corrección y elegancia, es Domingo del Monte, pero sin tener la vena poética, caudalosa y musical, que Tejera atesoraba.

Por eso, sin duda, el nombre de Diego Vicente Tejera no desaparece ni sucumbe. Si hay un poeta cubano que tiene el derecho de vivir grabado en el corazón de su pueblo, es Diego Vicen-

te Tejera. Dos generaciones han recitado su hermosa composición *En la hamaca,* la cual ha corrido tan alta fortuna porque refleja un estado de ánimo natural en estos climas que predisponen al ocio blando, y copia de modo maravilloso costumbres y paisajes del trópico. Es el ambiente cálido, es la naturaleza exúbera, es la vida misma del trópico lo que esplende, de manera fidelísima, en las estancias arrulladoras de *En la hamaca.*

Los poetas de carácter nacional se dividen, por regla general, en dos grandes grupos. Por un lado, tenemos al *poeta civil,* denominación que durante el siglo XIX encontró con Carducci su más alta representación en Italia. Poeta civil es el que estimula a su pueblo por la senda del honor, del progreso y de la civilización: no se le equipara, sino en casos de excepción, al poeta épico, aunque en un momento dado esgrima la que Gutiérrez Nájera llamó ''la alta espada del canto'', para animar a su pueblo a mantener con las armas en la mano, si preciso fuere, los grandes ideales que ha sabido encarnar y sostener a lo largo de la historia. Por otro lado, tenemos al *poeta rural*—bien podemos llamarlo así—, que en su afán de reflejar la vida nacional, va a buscarla donde se manifiesta de manera más original y espontánea, donde la naturaleza es más pujante, donde las costumbres son más sencillas y donde se revela, sin extraña influencia que lo desvirtúe, el verdadero carácter nativo.

Acaso haya quien pretenda objetar que estos poetas que yo llamo rurales, bien pueden figurar en la ya conocida clasificación de los poetas bucólicos. Quizás pueda ser así, pero yo creo advertir una diferencia sutil entre ambas denominaciones. El poeta bucólico, tal como nos ha sido trasmitido el concepto desde la edad antigua, encuentra en la naturaleza la fuente absoluta y suprema de toda poesía, y en las descripciones de montes y praderas ve el marco adecuado para las más bellas y tiernas emociones. El poeta rural, en cambio, no tiene, por lo general, esa manera de ver y de comprender a la naturaleza. Ciertamente, la naturaleza le ofrece el escenario de sus poesías, pero el poeta va a buscar el motivo de sus versos en aspectos y detalles aislados, en rasgos verdaderamente típicos y locales, y su empeño es describir las costumbres y los paisajes rurales que conoce íntimamente, por ser los de su tierra natal.

Diego Vicente Tejera, que supo ser en ocasiones un poeta civil, fué, ante todo y sobre todo, un poeta rural, y es, por eso, uno de los poetas más genuinamente nacionales con que cuenta la historia de la poesía cubana. En gran número de sus composiciones palpita el alma de su tierra, cobran vida y color múltiples sensaciones que todos conocemos y sentimos, pero que parecería imposible transportar al lenguaje humano a no ser porque un poeta recibiera el don supremo de trasmitirlas, de manera brillante, en las fulguraciones de su verso.

¿Quién ha podido superar la descripción vívida y ardiente que del trópico ha hecho Tejera en el admirable romance *El despertar de Cuba?* La palabra se vuelve color y armonía, en este fragmento que voy a leeros, para copiar el espectáculo mirífico del alba:

¡Luna! ¡Qué melancolía
al verte, en mi ser derraman
mil inefables memorias,
en tu luz flotando pálidas!
¡Dulces memorias de un tiempo
de amor, de ansiedad premiada,
en que a ratos se sentía
morir de placer el alma!
¡Recuerdos de mi ventura,
tan tristes, por mi desgracia,
como... esas sombras que ha poco
vi perderse en las sabanas!
Mas no mis querellas turben
la dicha que me deparas,
¡oh luna! cuando te sigo
en tu majestuosa marcha.
Mientras en el éter brillas,
todo gime, todo canta:
de los montes y llanuras
sordos rumores se exhalan,
suaves como el eco armónico
de una música lejana:
es el himno que a la Noche
los sedientos campos alzan,
al sentir como el rocío
abundante los empapa:
son los suspiros y besos
de las fugitivas auras,

el sempiterno murmullo
de las fuentecillas mansas,
el concierto bullicioso
de los plátanos y cañas,
el zumbar de los insectos,
el crujido de las yaguas;
es el rumor del torrente
que allá lejos se quebranta,
la fragorosa caída
de un peñón que se desgaja,
el monótono susurro
de las selvas agitadas
por el viento, el golpe seco
de los bambúes que estallan,
algún quejumbroso trino
de avecilla solitaria,
un aullido lastimero,
un sacudimiento de alas,
y dominando el conjunto
de tantas notas extrañas,
cual un eco repitiéndose
de una en otra y otra estancia,
el canto del gallo anuncia
la primera luz del alba.

Sólo el mismo Tejera pudo haberse igualado o superado en las estancias de *En la hamaca,* donde hallamos también una reproducción de la vida del trópico y de los campos de Cuba. No importa que el poeta, muy joven aún, se encontrase, en el momento de escribir esta composición, en Venezuela, donde se distinguió no sólo en el núcleo de la juventud intelectual, sino también, como hombre de valor esforzado, en el grupo de los defensores de la ciudad de Caracas cuando ésta fué atacada por las huestes victoriosas de Guzmán Blanco, que vinieron a dar al traste con el gobierno de Monagas. Aunque ausente de Cuba, la imaginación de Tejera volvía a cada instante, con las alas del espíritu, a la tierra natal; y bien lo prueban las siguientes cadenciosas estancias, las más bellas quizás de *En la hamaca*:

Sobre pintoresca loma,
en el centro de frondoso
platanal,

por cuyas cepas asoma
fresco, limpio y bullicioso
manantial;

pobremente construido,
lejos del hombre, entre mares
de verdor,
do sólo suena a mi oído
de las ceibas y palmares
el rumor;

levanta su tosco muro
el hogar donde, en sabrosa
languidez,
tan suaves goces apuro
que no más anhelar osa
mi avidez.

¡Cuán grato es vivir en calma
consigo mismo, sin penas
que gemir,
y en su mundo absorta el alma,
el curso del tiempo apenas
percibir!

¡O del *tiple* al eco blando,
de amor fingidas congojas
exhalar,
o adormecerse escuchando
el céfiro entre las hojas
susurrar!

¿Qué me importa que opulento
monarca falsas caricias
compre o no,
si en el plácido aislamiento
de mi choza, mil delicias
tengo yo?

Aquí, de perfumes llena,
la brisa el calor aplaca
sin cesar,
y mi conuco, sin pena,
puedo, tendido en la hamaca,
vigilar.

O del conuco me olvido
y, sin deberes tiranos,
soy feliz,

ya calme el tierno gemido
de mis tórtolas con granos
de maíz;

ya de las piñas el zumo
libe, o la caña jugosa
miel me dé,
del tabaco aspire el humo
o la esencia deliciosa
del café.

O me duermo al vaivén lento
de la hamaca, o me recrea -
contemplar
cómo, al impulso del viento,
el cañaveral ondea
cual un mar.

Es *En la hamaca,* por otra parte, una de esas manifestaciones, a veces sorprendentes, que tiene la intuición en los elegidos. A la edad de veintiún años, en que la escribiera el autor, no dominaba éste todavía los secretos de la forma, ni podía tener esa singular maestría que es producto de una larga consagragración al estudio del idioma. ¡Era su segunda composición poética! Y sin embargo, es una de las más hermosas y acabadas que escribió.

Esa composición respondía a un conjunto de sensaciones que estaban arraigadas firmemente en el cerebro del poeta. Pudieron por eso hallar sin esfuerzo su expresión justa y cabal, su manifestación más espontánea y brillante. No obstante, *En la hamaca* no mereció nunca a su autor el alto concepto en que la tuvo el público. Generalmente así ocurre con las obras espontáneas: el poco esfuerzo que ha costado el producirlas, hace que sus autores las miren con recelo y las consideren en un plano inferior muchas veces al que ocupan otras producciones suyas que han sido hijas de larga meditación y acucioso pulimento.

Es verdad que Tejera tenía para con *En la hamaca* un íntimo resentimiento. Culpaba a su más popular composición de haberle dado—según su propia frase—"grande fama de haragán". Y sin embargo, ningún cargo aplicado al poeta pudiera ser más injusto que ése. Cuantos conocieron la vida íntima de Tejera, saben los esfuerzos titánicos que tuvo que librar contra

la adversidad; saben cómo aquel hombre multiplicaba sus energías, malbaratando su talento en enorme y dispersa labor intelectual, destinada muchas veces a llevar otra firma que no era la suya o a no llevar ninguna; saben, por último, cómo se dedicó Tejera a toda clase de trabajo que cupiera dentro de sus variadas aptitudes, y que así como fué traductor y memorialista, fué también amanuense y corrector de pruebas.

Así, en bien pocas ocasiones—probablemente en ninguna, después de sus años de juventud—tuvo Tejera ocasión holgada de reclinarse blandamente *"en la hamaca"*. La adversidad lo obligaba a estar en pie, y sólo por tal motivo no fué más fecunda y más rica su labor literaria, realizada como un deporte improductivo.

Él mismo nos lo dice así, en un párrafo que resume de manera exacta la vida del que quiere ser "hombre de letras" y no otra cosa en la América hispana:

¿Perezoso? Quizás, seguramente lo he sido para la producción literaria. Pero tengo mi disculpa. Si es cierto aquello de

"que Cervantes no cenó
cuando concluyó el Quijote",

admiro a Cervantes, no por haber dado cima a su libro estupendo, sino por haberlo concluído "sin cenar". El hambre es generalmente mala musa y no inspira más que engendros precipitados y maltrechos, moneda de calderilla que hay que aprontar para obtener un pan. Para la producción artística, los que no somos Cervantes—¡y somos tantos, ay!—necesitamos tener tranquilidad de espíritu, es decir, haber cenado, ¡y aún almorzado! No se puede repicar y andar en la procesión, no se puede vagar por otros mundos, cuando en este que habitamos nos retienen por los faldones el casero, el carnicero, etc.

"Poète, prends ton luth et me donne un baiser!",

dice a menudo la Musa; y hay que responderle: "Hijita, espera; que hoy tengo que ver como les compro zapatos a los muchachos." ¡Ah!, si los libros producidos *produjesen* a su vez... ¡entonces se vería si éramos o no fecundos!



Diego Vicente Tejera fué también un poeta sentimental, un gran lírico, con algo de Heine y de Leopardi. Su lirismo tenía un fondo filosófico y amargo, que le acerca a estos dos poetas,

con los cuales, por otra parte, se hallaba íntimamente familiarizado, hasta el punto de haber puesto en castellano versos de Leopardi y de haber cooperado de manera esencialísima a la traducción de *El Cancionero,* de Heine, que se publicó autorizada solamente con el nombre del gran poeta venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde, y que constituye, en opinión de don Marcelino Menéndez y Pelayo, "el monumento más insigne que hasta ahora han dedicado las letras castellanas al último gran poeta que hemos alcanzado en nuestro siglo".

Por eso afirma, sin duda, Manuel de la Cruz, que Heine tuvo sobre Tejera una influencia análoga a la que ejerció sobre Bécquer, según lo evidencia el manojo de composiciones breves que con el título de *Un ramo de violetas* dió a conocer Tejera en 1878.

> No cabe dudar—dice—, por poco que se las examine y compare, que el poema psicológico del gran satírico alemán sugirió a Bécquer sus *Rimas* y a Tejera *Un ramo de violetas.* Eso fué todo, pero ni uno ni otro poeta siguieron las aguas del gran irónico que mereció ser llamado "el más espiritual de los franceses, después de Voltaire". El *Intermezzo* es un episodio, como *Un ramo de violetas;* y las *Rimas,* cuya génesis está en las *Cartas desde mi celda,* es la historia sucinta de una vida entera, la autobiografía de un crucificado. El *Intermezzo* es una elegía, algo como una historia póstuma; las *Rimas,* el diario de una vida; *Un ramo de violetas,* la historia sincrónica y bruscamente interrumpida de una pasión. Por el carácter de su sensibilidad, Bécquer tiene marcadas analogías con Heine; Tejera, con ninguno de los dos.

No obstante estas sutilezas de apreciación, no cabe dudar que Leopardi y Heine fueron los poetas líricos que mayor influencia ejercieron sobre Tejera. Leopardi y Heine fueron los dos poetas líricos que más extensa y positiva influencia tuvieron sobre las generaciones románticas de la segunda mitad del siglo XIX. El primero, con su escepticismo desconsolador, que asume a veces la forma de un dolor acerbo que se deshace en lágrimas tumultuosas; el segundo, con su amargura recóndita que se traduce en ironía sangrienta y despiadada, se fundieron en Tejera para dar por resultado un poeta paradójico, sentimental y maldiciente a la vez, en el cual las emociones más dulces y más tiernas se descomponen, retuercen y transforman en

un relámpago de dolor y de ira con fulgores violáceos de blasfemia.

Fácil es comparar algunos versos de Tejera para apreciar las formas diferentes que en su poesía puede tomar una misma emoción, un mismo sentimiento. Bastará con escoger dos fragmentos de su poema *Desencanto*—que bien puede llamarse *poema,* porque es un encadenamiento de estrofas sin ilación aparente, pero que encierran el epílogo de una pasión. En el último apartado del poema, dice Tejera dando suelta a un dolor sincero y hondo:

Como huracán tremendo, por mi vida
pasó el amor *aquél,*
y no puedo explicar por qué su furia
no destruyó mi ser.

Cedió por fin: la luz brilló en el cielo
y el campo en paz quedó...
Mas... ¡cuánto fuerte tronco desprendido!
tronchada ¡cuánta flor!

Ese mismo desenlace de un amor infortunado para el poeta, provoca en Tejera, en uno de los fragmentos anteriores de *Desencanto,* un grito lleno de sarcasmo, al través del cual dijérase que vibra un eco de la carcajada sardónica de Bartrina o que palpita el humorismo escéptico que en la lira hispanoamericana encuentra su mejor revelación con algunas estrofas de José Asunción Silva:

"¡Por mí se va a matar!" Y la coqueta
sintió un placer dulcísimo y secreto:
"¡Ser causa de la muerte de un poeta
que al morir me perdone en un soneto!"

Pero el poeta se entregó a la prosa
del *beefsteak* que lo engorda y le da vida,
y en la lista de amantes de la hermosa
todavía ¡oh dolor! no hay un suicida.



Tejera popularizó en América un género especial de canciones con el nombre de *baladas,* semejantes a los *lieder* alemanes. Estas baladas no guardan semejanza con la balada clásica fran-

cesa, al estilo de François Villon, que está sometida al formulismo métrico de tres o cuatro coplas de ocho versos y un *envío* de cuatro. Las baladas de Tejera son narraciones rimadas, llenas de triste y sombría languidez. Muchas veces, el título sugiere ya la índole de la composición: *Dos arpas, ¡Vamos al mar!, En la sombra, Al pie del mango...*

⁂

Un gran dolor, experimentado en plena juventud, pone un lamento agudo y persistente en la obra poética de Tejera: la muerte de aquella que le dió el ser.

Ese dolor encuentra válvula de escape en numerosas composiciones: *Resignación, Querellas, Siempre a ti, ¿Canto?...* Canta *A Borínquen* por ser la isla riente y pintoresca donde murió su madre. La más alta y delicada expresión del sentimiento que produjo en su ánimo tan tremenda desgracia, la encontramos en las estancias de *A ti,* composición desgarradora, que termina con esta exclamación patética:

> No importa que hoy pregunte con afligido acento:
> mi madre ¿en dónde está?
> No importa que mis lágrimas respondan al momento:
> ¡mi madre ha muerto ya!
>
> Para adorarla siempre, del pecho en lo profundo
> tu imagen llevo yo.
> Las madres ¡madre mía! se mueren para el mundo...
> ¡Para sus hijos, no!



El amor inspiró gran número de composiciones de Diego Vicente Tejera. Los rasgos más felices de toda su obra se encuentran quizás en *Un ramo de violetas, Desencanto* y *Celia,* tres manojos de rimas que se ven enlazadas por la unidad de un pensamiento fundamental. La expresión de Tejera suele ser muy original, como lo vemos en este fragmento de *Un ramo de violetas,* que expresa la constante obsesión de tener siempre delante la imagen de la mujer amada:

Hay una tenaz mosquita
que me sigue infatigable;
si de mi frente la arrojo,
vuelve en mi frente a posarse;
conmigo a mi cuarto sube,
sale comigo a la calle,
y en teatros y visitas
siempre la llevo delante.

Si escribo, todos mis versos
con sus patitas deshace;
si leo, en cada palabra
¡paf! se posa y me distrae.
Un grano de arroz no como
sin que ella tome su parte,
y aun dormido me parece
sentir su vuelo incesante.

¿Que la mate, me aconsejas?
¡No, bien mío! ¿Que la mate?
¡Si esa mosquita es mi dicha!
Si esa mosquita es... ¡tu imagen!

Las impresiones intensas y varias, las observaciones sutiles que el poeta encerró en esos manojos de rimas que tienen tan alta significación dentro de su obra, se presentan a veces en una forma de verso casi sin contornos, que, en el momento en que él las escribía, podía tener un matiz revolucionario, y que era, por lo tanto, precursora de la revolución métrica que vino a quedar realizada muchos años más tarde.

Bastaría para demostrarlo este breve fragmento que es un verdadero ensayo de *metrolibrismo*:

¡Oh cielo, tu espacio sombrío;
pintor, tu paleta;
tu lira, poeta;
prestadme aquí!
Resuene el canto mío
y el éter de magníficas visiones
puéblese así:
¡Débil copia del mundo de ilusiones
que llevo en mí!

Tejera no fué un revolucionario del verso más que en esas manifestaciones esporádicas. El espíritu de su tiempo sostenía, casi sin discusión, los moldes que el romanticismo quiso hacer

inmutables. Pero en Tejera, al parecer, ocurrió el mismo fenómeno que en Bécquer: que cuando quiso expresar un pensamiento breve y sintético, comprendió que ningún molde conocido podría recogerlo sin sacrificar buena parte de su esencia, y hubo de adoptar necesariamente una forma más libre y desenvuelta. ¿Podrá expresarse en forma distinta, que sea más severa y académica, sin quitarle su frescor de espontaneidad, la idea encerrada en los ocho versos que siguen, cuyo mérito mayor está en la concisión con que se traduce el pensamiento?

—Mamá, dame un consejo.
—¿Para qué?
—Para seguirlo siempre.
—Oye pues:
Cierra, niña, tus puertas
al amor...
—Otro consejo, madre...
¡Ese no!



Una nota repercute, vibrante y airada, en toda la obra poética de Tejera: la nota patriótica, la nota de rebelión y de independencia. Al ideal de la independencia de Cuba consagró el poeta múltiples esfuerzos y entusiasmos.

Ese ideal repercutía en sus versos como un *leimotivo* predilecto. Desde los primeros años de juventud, surge en el grito que encierran las tres redondillas de "¡Oh mi Cuba!", toma relieves abolicionistas en *¿Rocío?* y *Negro y blanco,* fulgura de manera elocuente en *La estrella solitaria* y *¡Viva Cuba!,* y en *Esperando* se convierte en la más triste y dolorosa síntesis de los años de tregua que precedieron a la última y victoriosa insurrección. *Esperando* es una composición que revela la santa impaciencia de los separatistas y revolucionarios que deseaban que se reanudara la lucha por la libertad. Fué escrita en 1890, cinco años antes de que estallara nuevamente la lucha. No resisto al deseo de leerla:

Yacen allí, bajo la tierra hermosa
que ciñe un mar azul, siempre sereno,
y ostenta su verdor inmarcesible
a la luz del más claro de los cielos.

Yacen allí, vencidos y gloriosos,
de un cabo al otro en la extensión dispersos,
en el lugar en que sus nobles carnes
abrió con furia el enemigo hierro.

Yacen allí, bajo la tierra amada
que redimir y enaltecer quisieron,
tierra ¡baldón mortal! que todavía
del antiguo opresor sustenta el peso.

Yacen allí impacientes, esperando
sentir el campo retemblar de nuevo
y oir, tras el tumulto de la lucha,
el "viva" al fin de libertad de un pueblo.

Yacen allí sin reposar y esperan...
¡Ay! Sólo esparce adormecido el viento
rumores de campiñas apacibles,
músicas de ciudades... ¡Pobres muertos!

A ese mismo ideal—la independencia de Cuba—obedece el cuadro alegórico *La muerte de Plácido,* escrito, al igual que el *Hatuey* de Francisco Sellén, para despertar, con ejemplos sacados de la historia, el amor a la libertad y la conciencia de que era necesario romper las ligaduras del coloniaje que había engendrado tan funestos errores.

Significación especial tiene, por igual concepto, dentro de la obra de Tejera, la traducción de los *Cantos Madgiares* de Sandor Petoefi, el poeta de Hungría, que regó con su sangre los campos de batalla, a los cuales había ido a combatir por la libertad de su pueblo.

El ejemplo de Petoefi se ajustaba de manera tan precisa a las condiciones de Cuba en aquel momento histórico, que las traducciones de Tejera hubieron de producir honda conmoción en las masas separatistas. La impresión producida por esas traducciones podría compararse, acaso, a la que despertó la famosa conferencia sobre *El poeta anónimo de Polonia,* pronunciada por Enrique José Varona en la histórica sociedad "La Caridad del Cerro". ¡Al través de los dolores de Hungría y de Polonia palpitaba el dolor de Cuba!

A Cuba dedicó Diego Vicente Tejera la traducción del *Último Voto,* de Petoefi. Leyendo las dos últimas estrofas se com-

prende que el alcance de esos versos hubo de ser poderoso, y que sirvieron, sin duda, para alentar el fuego sagrado del ideal de la independencia en el seno de las emigraciones que se preparaban en silencio para la lucha:

La muerte, sable en mano, magnífica, tremenda
cuando el clarín vibrante reemplace al ruiseñor!
¡Que el alma mía entonces el libre vuelo emprenda!
¡Que brote de mi pecho sangrienta y ancha flor!

Y así que el corcel mío me lance entre el ramaje,
acude y besa al punto mis labios ¡por piedad!
¡Oh tú! que siempre fuiste mi amor rudo y salvaje:
¡Oh casta hija del cielo, sublime Libertad!



La labor que escribió en prosa Diego Vicente Tejera, es también muy extensa y variada. La mayor parte de ella se ha perdido, por haber sido destinada a los periódicos y no llevar, muchas veces, la firma de su autor. La prosa sirvió a Tejera, aún más eficazmente que el verso, no sólo para la propaganda del ideal de la independencia de Cuba, sino para la exposición de sus ideas sobre la organización de la sociedad humana. Aun en algunos de sus cuentos y artículos de índole puramente literaria, se siente palpitar el ansia de mejoramiento social que movió siempre su pluma.

Exteriorízase esta tendencia desde su primera juventud, con un trabajo leído en una sociedad cultural de Barcelona, en 1872, época en que se había reunido en la ciudad condal un fuerte contingente de emigrados cubanos, que habían salido de la Isla por causa de la guerra que sacudió a Cuba desde 1868 hasta 1879. Bajo el título de "Reflexiones leídas en una sociedad sobre la tesis: *Medios de destruir el antagonismo de las clases sociales*", Tejera analiza el problema de la organización del hombre sobre el planeta, la estudia al través de sus transformaciones históricas, aboga, en un momento dado, por soluciones que pueden considerarse francamente socialistas, y formula estas conclusiones:

Participación en el beneficio del capital, y educación: ved los dos medios que tiene en sus manos la sociedad para mejorar la suerte del obre-

ro en interés propio. La asociación: he aquí el recurso que posee el obrero para bastarse a sí mismo, si sus derechos le son negados por la clase conservadora o para fecundarlos si le son reconocidos. Pero no la asociación vasta, de fin alguno político o social, sino la asociación puramente económica que reuniendo los esfuerzos y ahorros de muchos, a la vez que les exige mayor cordura y moralidad con una responsabilidad mayor, les da una significación que no tenían ante la sociedad, al par que un medio poderoso de adelantar sus intereses. Esta es la única que puede ser provechosa.

Se siente latir en estos párrafos el mismo espíritu que treinta años más tarde había de intentar inútilmente en Cuba, próxima ya a constituirse ésta como nación independiente, la difusión del socialismo, aspirando a darle vida como partido político. Tejera abrazó resueltamente ese orden de ideas, enamorado de una pintoresca quimera de bienestar social, y sin vacilaciones predicó esa doctrina toda su vida, ampliando y robusteciendo los conceptos que en la alborada de su juventud expuso desde una tribuna cultural de Barcelona para sostener los derechos del obrero a tener una participación directa en los beneficios que hoy tan sólo percibe el capital.

Durante los años de la guerra de independencia, de 1895 a 1898, la labor de Tejera en este sentido fué mucho más activa, unida a su prédica de propagandista revolucionario. Fué un infatigable obrero de la libertad, y fué, al propio tiempo, un apóstol decidido del mejoramiento social. Numerosas fueron las conferencias que sobre ambas tendencias pronunció en Cayo Hueso, donde tan fuerte núcleo de acción tenían constituído los emigrados cubanos. Las diez conferencias más importantes entre todas las que pronunció, estaban llamadas, según el propósito de su autor, a publicarse en volumen, pero sólo alcanzaron a ver la luz en forma de folleto las siguientes: *Los futuros partidos políticos en Cuba,* donde señala la necesidad de que se constituya el partido socialista; *La sociedad cubana, La educación en las sociedades democráticas, La capacidad cubana, Negros y Blancos* y *La mujer cubana;* conservándose sin publicar en idéntica forma las cuatro restantes que componían ese ciclo de su propaganda social y política, y que trataban sobre los siguientes temas: *Anexionistas y Autonomistas, El socialismo cubano, La indolencia cubana* y *Charlatanismo y Fetichismo.*

Del resto de la labor de Tejera, en prosa, sólo se conserva la colección de artículos que reunió en 1895 en un volumen de ciento noventa y una páginas con el título de *Un poco de prosa.* Páginas de crítica muy interesantes, artículos periodísticos de índole varia, alguno que otro cuento, diversas impresiones y recuerdos, componen el libro, cuya lectura se hace amena y agradable. Muchos artículos análogos escribió Tejera en los años subsiguientes. Durante la última etapa de su vida, terminada la guerra de independencia, laboró con entera constancia en *El Fígaro,* de la Habana, a cuyos lectores deleitaba, ora con algún artículo gracioso y espiritual como el que escribió sobre la evolución de la canción en Francia, ora con un cuento, ora con una nota o impresión de crítica literaria sobre alguna obra de reciente publicación.

No sería labor ardua ni difícil salvar del olvido la labor dispersa y variada de Tejera, haciendo una edición completa de sus obras para ofrecerla a la consideración de las futuras generaciones. En rigor, sólo dos volúmenes llegó él a compilar: *Un poco de prosa* y la edición definitiva de sus *Poesías,* donde aparecen refundidos *Un ramo de violetas* y otros manojos de composiciones que se publicaron primero separadamente. Empero, como ese volumen se publicó en París en 1893, faltan en él las poesías—no muchas—que Tejera escribió en los últimos años de su vida. Por lo que respecta a la prosa, falta coleccionar sus conferencias, que, según ya he dicho, se encuentran en buena parte editadas en forma de folleto. A las conferencias que sea posible reunir, habría que agregar otros folletos como el que ya he mencionado, contentivo del trabajo leído en Barcelona sobre los medios de destruir el antagonismo que existe entre las clases sociales, o como el intitulado *Italia por Cuba,* que se publicó poco después de terminar la guerra de independencia, y, por último, agregar también los artículos periodísticos y literarios que sea posible y justiciero arrancar al olvido.



Al paso que he ido examinando la obra del poeta, he ido descubriendo ante vosotros el panorama de su vida. Casi nada

debo agregar en este sentido. Tejera nació en Santiago de Cuba en el año de 1848. Perseguido desde muy joven por la adversidad, se ve obligado a abandonar la tierra natal y en suelo extraño ocurren los acontecimientos que más honda huella habían de dejar en su juventud. En suelo extraño ve morir a la que le dió el ser, y ese dolor desgarra su corazón y pone un lamento prolongado en toda su obra; en suelo extraño siente sus primeras y candorosas ilusiones de amor; en suelo extraño lucha, sufre, vive y triunfa. Una mañana, el poeta se hace guerrero y recibe su bautismo de sangre en el sitio de Caracas. Más tarde, al llegar a Europa y ver de cerca la miseria humana, que tiene revelaciones más palpitantes y dolorosas en las grandes ciudades, sueña con la redención de la humanidad por medio de una nivelación sabia y fraternal de las clases sociales, hasta hacerlas desaparecer. El socialista nace en él, y este sentimiento se funde en su ánimo con el ideal de la patria por venir.

La miseria fué para él una compañera inseparable. Por eso decía él en el prólogo de la edición definitiva de sus poesías, que ya no sabía si le alcanzarían las fuerzas para apartar los abrojos del camino y evitar que se ensangrentaran las plantas de los que se apoyaban en su hombro. Así vivió Tejera: pobre, sin más riqueza que sus sueños, dando a cada paso muestras de inteligencia y de bondad. Tuvo no pocos amigos, entre los cuales importa señalar a José Antonio Cortina, cuya muerte impresionó a Tejera tanto como si hubiera sido la de un hermano. Cortina dió a conocer a Tejera en la Habana y le profesó siempre sincero y leal afecto.

En los albores de la fundación de la República de Cuba, Tejera pretendió fundar el partido socialista, amalgamando así una vez más sus dos grandes ideales: la independencia de Cuba y el mejoramiento social. Su fracaso fué ruidoso, y a poco tuvo el poeta que abandonar la lucha, decepcionado. Su esfuerzo se perdió sin eco en el vacío.

Tejera pudo, al menos, durante los últimos años de su vida, gozar de una tranquilidad y de un bienestar relativos, que antes nunca logró alcanzar. Sus méritos contraídos para con la patria hicieron que se le buscara un puesto oficial, que, si bien era modesto en relación a sus merecimientos, le permitía vivir

decorosamente. Cuando apenas empezaba a gozar de esa vida tranquila, la muerte vino a buscarlo, arrebatándolo de este mundo el día seis de noviembre de 1903.

En las ideas filosóficas de Tejera es conveniente señalar, para el mejor conocimiento de su obra, una evolución que va del misticismo al ateísmo, y del optimismo al pesimismo. En sus primeros años—bien lo prueba la oda *A Dios*—, Tejera es un poeta creyente, pero, a poco, sus ideas se transforman y en la madurez de su vida es precisamente todo lo contrario: un hombre sin fe, enamorado de las tendencias positivistas, que alcanzaron su mayor auge cuando Tejera se hallaba en la madurez de su intelecto. De igual suerte, la nota de confianza en el porvenir y de amor a la vida, que se advierte en sus primeros cantos, desaparece más tarde para ceder el puesto al lamento del escéptico. No cabe dudar que en esta evolución de las ideas de Tejera influyeron de manera poderosa las condiciones precarias en que se desenvolvió su vida.

Dadas las condiciones que atesoraba Diego Vicente Tejera, en cualquier otro medio y en cualquier otro momento histórico menos azaroso y agitado que aquel en que le tocó vivir, hubiera realizado una labor más nutrida y extensa. La obra que pudo legar a la posteridad, basta, de todos modos, para consagrar dignamente su nombre. Tejera fué una mentalidad clara y brillante, que alcanzó en la literatura cubana un puesto honroso, no sólo por sus variadas e intensas cualidades, sino también por haberse destacado con carácter individual y propio, con acento genuino y personal, que no pueden confundirse con los de ningún otro de los poetas que ha tenido Cuba.

Su ejemplo no debe ser olvidado: Tejera demostró que sin salirse del ambiente cubano se puede encontrar un raudal inagotable de poesía; que el verso no necesita de exóticos atavíos para ser aristocrático y elegante; y demostró, por último, con su vida y con su obra, que a los pueblos, para ser definitivamente libres, no les basta con alcanzar la independencia política, sino que necesitan una noción más alta de su destino, una personalidad en el orden intelectual y una literatura propia, pues sobre estas bases consistentes se afianza la plena conciencia de la nacionalidad.

LA POESÍA MODERNA Y SU ORIENTACIÓN

Las épocas precedentes fueron principalmente épocas de crítica, de destrucción, plagadas de un *dilettantismo* insípido.

Los poetas no hicieron otra cosa hasta entonces—poco más o menos—que llorar sobre ruinas; interpretaron las angustias y las postreras zozobras de un mundo ya cadáver. Hoy es todo el fervor, el tumulto y la violencia de los días laborables, todo el júbilo de los astilleros sonoros y de las gigantescas ciudades en construcción, lo que canta y se exalta en nosotros.

Esta es la hora de las creaciones viriles, de las audacias gozosas; ésta es también la era de las afirmaciones fecundas. Todas las grandes épocas han sido épocas de fe. La nuestra se eleva a su vez hacia una creencia rebosante de significación humana. A la destrucción nihilista de todos los órdenes, sucede actualmente un vivo deseo de reconstruir la vida sobre bases nuevas. La duda sonriente o angustiada, ya no nos ofrece atractivo ninguno. Ya no nos refocilamos con el *dilettantismo* burlón. Hemos sabido escoger, y el incrédulo ya no nos parece superior al creyente.

No conocemos más que una cosa: la vida, el arranque amoroso de todo nuestro ser hacia ella; a sus reclamos correspondemos con fervor, y he allí el secreto de nuestro ''paroxismo'', ese rebosante estado de ánimo del que sabe que mientras más nos mezclemos a esa vida, más participaremos de su plenitud.

Siempre la realidad humana nos atrae, responde a nuestros sentimientos íntimos, aumenta nuestra actividad interior.

¡Lo humano! ¡Hacer más completo al hombre! He allí, sobre todos los demás, el arte de nuestras simpatías. El escepticismo, el *dilettantismo* elegante, el análisis minucioso, la razón pura, la sonrisa superior y otras formas de ironía egoísta, nos repugnan profundamente. A estas diferentes actitudes inhumanas preferimos todo lo que comprende, compadece y coopera.

Al arte por el arte—escribía yo en el *Mercure de France* del 16 del pasado mes de enero—, esa vacuidad social nacida de un desprecio trascendente por la humanidad que se agita y que produce; al arte por la verdad, que no es ni puede ser más que una utopia generosa como todas las utopias, y siempre engañosa, la generación lírica presente opone el arte por la vida, y no el arte por el arte de la vida, como se ha propuesto, actitud que todavía nos parece de esteta y *dilettante*. Esta generación se encuentra así en perfecta conformidad con la filosofía antiintelectualista contemporánea, que es igualmente un regreso a la vida, y con las otras artes innovadoras que buscan también una aproximación más directa y más profunda a lo real.

Los poetas nuevos ya no separan el arte de la vida. Para ellos no está el arte de un lado y la vida del otro. No: los dos se compenetran. Un arte que se desprende de la vida de su tiempo, es un arte muerto, sin vínculos con lo real. La literatura debe hundir sus raíces en la vida palpitante; una literatura desarraigada de su época, no tiene razón de ser, carece de significación, carece de valor humano.

Allí no hay más que juegos de estetas naturalizados.

Por eso no hemos retrocedido ante los epítetos de "paroxistas", "dinámicos", "poetas del movimiento"; en primer lugar, porque esos epítetos nos han sido impuestos, y después, porque no dejan, hasta cierto punto, de ser adecuados.

Y puesto que se nos ha bautizado así, ¿a qué prorrumpir en recriminaciones, por grande que sea el disgusto que nos inspiran los rótulos, siempre restrictivos y arbitrarios, como representativos del espíritu de escuela, que nosotros reprobamos? La escuela no es más que una posición, un punto de vista, la explotación de una fórmula filosófica. Nada de fórmulas entre nosotros. Contra los cenáculos caducos, oponemos, como observaba yo en *Le Temps* del 21 de abril de 1912, un arte viviente,

sencillo, humano y profundo, que sea la expresión específicamente moderna del "frenesí impetuoso y las violentas antítesis de nuestra época de efervescencias y contrastes".

Poesía tan alejada del discursivo clásico y romántico como de la alegría simbolista. Arte nuevo, que sin quedarse en el símbolo ni en la copia servil de lo real, nos permite en un lirismo directo expresar todo el idealismo de la realidad viviente y cotidiana.

Ni tenemos teorías, ni queremos tenerlas. El vínculo que nos liga es una manera casi idéntica de pensar y de considerar la sociedad contemporánea y el arte de nuestra época.

Nada de conformismo, sino una especie de idéntica atmósfera vital, un mismo deseo de expansión fuera del *burguesismo* aniquilante; una misma necesidad de conocerlo todo, de sentirlo todo, de comprenderlo todo, y de amar más. Sin desdeñar las tituladas antiguas literaturas, pensamos que los caudales que aporta la época presente son de una vitalidad distinta; las grandes corrientes que sacuden al mundo moderno, nos apasionan más poderosamente que el estudio de los cataclismos del pasado.

En primer lugar, ya sea bueno o malo nuestro tiempo, deseamos vivirlo. No lo desdeñamos; si está lleno de villanías, también se nos muestra rebosante de salvaje grandeza; su potencia épica es formidable.

Habrá quien os interrogue: "¿Sois clásicos?" Contestaremos que nada sabemos, pero que desde hoy estimamos que el clasicismo jamás ha sido retrospectivo. Un clasicismo de imitación no puede ser más que un falso clasicismo. En cuanto a la famosa disciplina clásica, no es en nuestros días, con frecuencia y por desgracia, más que una disciplina académica.

¿Bárbaros, entonces? No lo creemos. Pero, tomándolo todo en cuenta, más nos gustaría ser jóvenes en marcha hacia lo que engrandece, hacia un mañana que cada vez se vislumbra más grandioso, que los decadentes, mansos como borregos, restos de una raza que se extingue, de las literaturas que declinan.

Nada, por tanto, de codificación: la codificación en reglas, la cristalización definitiva, es sinónimo de muerte. El arte crece siempre; es un proceso, un perpetuo dinamismo. No es en las bibliotecas donde únicamente lo encontramos, sino en todo lo

que nos rodea, en las multitudes palpitantes, esos inmensos acumuladores de energías jocundas.

Paroxismo, dinamismo, inspiración, movimiento, son para nosotros sinónimos que reivindicamos y hacemos nuestros. Ya no vemos en la literatura, y más especialmente en la poesía, un arte de adorno y solaz, un pasatiempo propio para entretener los ocios de la gente ingeniosa, ni tampoco una evasión fuera de la vida y del esfuerzo modernos, sino, por el contrario, "la manifestación más aguda de esta vida y de este esfuerzo..."

La poesía se revela para nosotros con toda la grandeza de una religión, y da a la vida un valor absoluto. Queremos volver a encontrar en ella esa gran corriente de iluminación harto tiempo interrumpida, dar nuevo temple y vigor a nuestras esperanzas en una especie de gozo "multiespiritual", perder el sentimiento de nuestra pequeñez, al participar de una verdad más alta; sentir cómo crece nuestro yo individual por el caudal que aportan las colectividades, ser esta misma colectividad, con sus apetitos y su sed no sospechada de comunión religiosa.

Es un hecho. No sólo quiere el "revelador lírico" vivir con intensidad la existencia individual, participar de la vida más vasta, elevarse siempre más y más en la realidad del Ser, sino vivir también la vida "global" del mundo, de la existencia universal y omnipresente de un Dios. Quiere integrar el universo, no desaparecer y aniquilarse en él, como lo hacen ciertos adeptos de las teorías monistas; quiere encarnarse en la naturaleza, dominarla, ser su manifestación suprema y su conciencia.

Es como el advenimiento de un nuevo Dios; es el hombre que no habiendo podido "sentir" a Dios fuera de sí mismo, se deifica idealmente.

¿Quién es el que no percibe el hecho nuevo, preñado de significación religiosa, que entraña semejante teoría filosófico-literaria? ¿Quién no distingue en ella una nueva fase de la aspiración infinita, inalienable en el hombre, que lo impulsa a querer agotar en la plenitud paroxista de un momento de su existencia toda esa vida eterna y consciente, en la que antes creyó?

Inútil me parece insistir más sobre el carácter eminentemente religioso de la inspiración moderna.

Enriquecida con ese fervor y con esa potencia de vida, nuestra poesía se desprende del círculo estrecho de la sensación personal, donde se encerró exclusivamente el primer simbolismo. Llega a lo ecuménico, a la vida intuitiva, divina y continua. Se aproxima también a la nación viviente, no separando ya ''la idea del arte de la idea de cierta función o destino'', y, fuera de los laberintos del obscurantismo decadente, se sumerge en la luz moderna.

Si nuestra época, en fin, es la de la intuición adivina y el delirio clarividente, no la de la vaga soñación, es también, y sobre todo, la época de ''la acción''. Y bien lo han comprendido los poetas nuevos, ellos, que al bizantinismo, a lo recortado, a lo fetal, han preferido las realizaciones lúcidas, ricas de significación y de valor humano. Yo de mí sé decir que por grande, por puro, por inspirado que sea un artista, cuando no encuentro en él a un hombre, lo rechazo. Si no coopera a la vida de su tiempo, me inspira desconfianza. No me parece un escritor completo. Se desprende de la humanidad activa y viviente. Hace juegos malabares con símbolos fríos, en vez de participar en la comunión de los vivientes.

Quiero al poeta apasionado por un ideal, por un ideal viviente. La indiferencia altiva nada válido me dice. El repliegue en sí mismo, tampoco. Quiero verlo en el centro del mundo, *medium* real de la nación palpitante, conciencia superior de las voluntades y de las aspiraciones de su tiempo.

Estos son los alientos que nos infunden algunos críticos amigos, que creen en la omnipotencia creadora y salvadora del Verbo, y no en representar el papel de histrión o payaso de las letras, del que encanta a los ociosos y juega con las rimas para solaz del burgués, o del que combina para él y algunos extractores de quintaesencia, harmonías, matices, juegos de sílabas largas y breves, sin otra preocupación que satisfacer de esa manera su egoísmo intelectual. Arte de deshumanizado, de esteta, ensalzado por algunos raros sofistas de la poesía. Eso es también lo que a diario nos recomiendan ciertos críticos burgueses, que intentan extinguir todo canto personal, toda voz

fuerte, viril, apasionada. Así es como revelan el temor que les inspira el arte individual, el verdadero, cuya violencia creadora les importuna.

Para nosotros, todo lo que no ruge, todo lo que no vuela, todo lo que no manifiesta el movimiento (el movimiento, que es la vida y el gran criterio de la obra poética, el movimiento, el demonio que revela si esa obra es de un inspirado o de un paciente esteta), todo lo que no se nos presenta bajo tales condiciones, está muerto, es mera baratija, distracción de eunuco, artículo parisiense, arte falso. Sin duda, estos poemas que nacen muertos pueden dar una impresión de habilidad y de destreza; pero que hará de todo este artificio mero convencionalismo o falsa originalidad, si no encierra algún valor humano, si no tiene alas, si no vive!

A todas estas momias remozadas, preferimos las creaciones líricas de un alma que sufre, que espera y anhela; es más, preferimos el rugido de amor de la fiera o el estertor de la bestia reventada.

Sinceridad, don de todo el ser al dios que canta, tal es la voluntad actual del poeta.

El sol que ilumina nuestros días, la tierra de los vivientes, el entusiasmo cotidiano: eso es lo que gritamos a los rezagados que se encierran en los cálidos invernaderos a cultivar flores de raro artificio y de venenoso aroma, sin cuidarse de la temperatura exterior, sin saber si sopla el céfiro o ruge el huracán.

El mundo marcha, hoy más que nunca. ¡Que los poetas no vayan, pues, a retaguardia, sino en primera fila, como hombres de buena voluntad! A la misma soledad del estudio, preferimos el tumulto violento de los campos de batalla, la gran vibración de la conciencia colectiva sublevada; no escuchemos a los escépticos, releguemos al fondo, en el tren de la vida, a esos cadáveres acicalados.

"¡Guardaos de caer en el ridículo!", nos dirán algunos vejetes acicalados. Así nos dirán desde el umbral de su puerta. Pero no los esperemos; jamás vendrán con nosotros. Su ideal es demasiado caduco y esterilizan todo lo que tocan. Su alma duerme, larva fría y descolorida. Bajo sus manos el oro de la vida se convierte en hojas secas. Aman las clasificaciones estable-

cidas, las definiciones tradicionales. Un arte nuevo que se afirma, que viene a reemplazar a las mitologías plásticas, los importuna; tal es el efecto que les hace la estética paroxista, la poesía del movimiento, del dinamismo moderno.

No se dan cuenta de la evolución de la poesía rápida, fulminante como la evolución material. Bajo el arrastre de los maravillosos descubrimientos científicos, se ha completado en pocos años nuestra revulsión moral e intelectual.

Y se nos ha aparecido la revelación de un hombre nuevo, el hombre-máquina, el hombre multiplicado, el hombre-pájaro.

La rapidez de la evolución mecánica ha puesto en nosotros un estado de frenesí ansioso, de movilidad incesante, de esperanza siempre renovada, de continuo alumbramiento, de exacerbación, de entusiasmo permanente, que nos coloca en los antípodas del "punto de reposo", de lo que el mecánico llama el "equilibrio estable".

El ritmo de los mundos se ha acelerado de una manera considerable, a la vez que se enriquecía la vida con nuevos esplendores. Nuestra mentalidad se ha transformado. Y ya se puede saludar el advenimiento de una nueva conciencia, la conciencia cosmogónica, la del hombre moderno que "vive" simultáneamente, cotidianamente, todos los "hechos" múltiples del globo.

Hoy, la humanidad vibra en cada uno de nosotros. Las antiguas concepciones de lo múltiple, del tiempo, del espacio, se han modificado en nuestro espíritu. El campo de la visión y del pensamiento se ha ensanchado desmesuradamente.

"Al resurgimiento de la acción—escribe el profesor Esch—, a la exaltación de todas las energías humanas, a esta valerosa afirmación de la existencia, a la glorificación de todos los aspectos y todos los ímpetus de la vida contemporánea, en una palabra, a la grandeza moral de nuestro tiempo, debía responder un arte nuevo"; la fisonomía particular y enteramente nueva de nuestra época, la pulsación de la vida innúmera, invenciones, conquistas, heroísmos humanos, y, sobre todo, el enorme vuelo que ha tomado la vida técnica, debían, poco a poco, hacer que se destacase una belleza nueva, no ya como la belleza clásica, estática, o, lo que es lo mismo, inmóvil y congelada, en actitud eterna, ni como la del romanticismo, que consiste en

voluptuosidades de la visión y del oído, o en las resonancias misteriosas del fondo del alma, sino una belleza viviente, dinámica, una belleza en movimiento.

Los románticos decían que la industria mataba a la poesía. "¡Ignominia a la memoria de Newton—clamaba Keats—porque ha destruído la poesía del arco-iris, reduciéndolo a un prisma!" Y Ruskin decía que "un país rico es un país feo", y que "el humo de las fábricas es una lepra que corroe los monumentos, deshonra las ciudades, mancha los paisajes".

Pues bien: la poesía contemporánea, en parte, será una poesía resultante precisamente del esfuerzo, de los gestos, de los gritos, de los tumultos de la vida contemporánea. Belleza en acción, no más contemplativa; belleza bárbara y brutal, quizás, allí donde pase con violentas conmociones, con vértigos desconocidos, con trepidaciones de motores y bocanadas de chimeneas, animada del ritmo exasperado de la vida moderna.

Este lirismo será poderosamente instintivo; tendrá más elocuencia persuasiva, más movimiento, más precipitación, más trepidación, y, como ya se ha dicho, traerá una renovación de lo patético.

Este es, en definitiva, el advenimiento de una belleza nueva, libre, activa y dinámica, que se opone a las antiguas estéticas, aquellas que aborrecían "el movimiento que desplaza las líneas". ¿Qué es, en verdad, el poema nuevo, tal como lo concebimos? *Un movimiento de vida en relación directa con todos los demás movimientos de la vida universal.*

Esta es la desaparición del viejo divorcio entre el arte y la ciencia; el arte y la ciencia no solamente unidos, sino confundidos; éste es todo el mecanismo moderno, que, a los ojos de los poetas enamorados del pasado y de los ensueños femenilmente graciosos, no nos brinda más que la fealdad, más ampliada y abultada todavía en esas odas a las potencias modernas, a la vida más vasta, a la solidaridad de los esfuerzos humanos.

Esta es una poesía inédita, expresión nueva de la belleza nacida de las aplicaciones mecánicas de la ciencia.

Muchos rezagados protestan. Muchos disputan que los nuevos aspectos del mundo moderno encierren elementos de poesía. No reconocen la grandeza ni lo trágico de las ciudades arrulla-

das por el rumor y sacudidas por el estrépito de las fábricas; ni de los conflictos entre el capital y el trabajo, la lucha económica, las grandes empresas financieras que conmueven la Stock Exchange, Wall Street y la Bolsa de París. Encuentran indignas del arte estas máquinas formidables de la civilización, los *superdreadnoughts,* el sumergible, el expreso moderno, el automóvil de cien caballos, el aeroplano, el mecanismo de un Creusot, etc.

Si todos pensáramos así, la poesía abdicaría por completo; y los únicos verdaderos poetas de nuestros tiempos, los únicos inspirados, los únicos dignos del dios, serían los sabios y los inventores. Pero, felizmente, los poetas del paroxismo y del dinamismo modernos no lanzan el anatema a la ciencia. Saben que ella abre más amplios horizontes, nos lleva hacia tierras nuevas, donde crecen floras desconocidas. La ciencia no corta las alas a la imaginación; muy al contrario, la activa, la redobla. La ciencia es la auxiliar de la poesía.

Los turiferarios del pasado querrían encerrarnos en el sistema de Tolomeo y sujetarnos a la doctrina de Epicuro. Olvidan que la Odisea, como la obra de Lucrecio, como la Divina Comedia, representan "la suma" de los conocimientos de su tiempo.

¿Es creíble que para estos robustos genios hubiesen pasado inadvertidos los descubrimientos científicos y las prestigiosas invenciones modernas?

"Poesía materialista", dirán los retrógrados, los amantes del vacío, los ateos del mundo viviente, los que niegan que la naturaleza humana está en marcha hacia un futuro inconcebible, y ya cerca de su Dios. ¿A quién puede ocultársele la profunda inepcia de semejante afirmación? ¿No es, por el contrario, la materia que se afana por evadirse de sí misma, por despertar a la vida casi consciente, toda animada de la voluntad del hombre que se "transhumaniza", llega a la plenitud de sus facultades, a ese estado radiante del ser, rico de impulsos dinamogénicos, que llamamos paroxismo?

¡Poesía materialista! Pues que salga, entonces, con todas sus velas desplegadas, a descubrir lo maravilloso-científico! ¡Que se encamine hacia el porvenir, en busca de las ciudades de Dios!

¡Que el hombre se libre de sí mismo para vivir la vida ecuménica, intuitiva y continua, la vida universal y omnipresente!

¡Poesía materialista! ¡Que vaya, entonces, provista de alas, a remontarse sobre el mundo nuevo, erizado de fábricas trepidantes, de ciudades eléctricas en que se aglomeran las razas humanas en busca de revelaciones religiosas!

Esta es, por el contrario, la poesía en marcha, poesía humana, viviente, revelación lírica que debe, como escribía recientemente Gaston Sauvebois, iniciarnos en la conciencia superior de los tiempos modernos.

Esta poesía nueva del mundo que yo personalmente he exaltado en *La Cité des Hommes* (1), *L'Homme Cosmogonique,* y la *Beauté Vivante,* otros también la han expuesto, a su vez, en algunos de sus poemas: Henri Hertz, F. Divoire, E. Guilbeaux, P. Lebesgue, A. Mercereau, Georges Turpin, Florian Parmentier, Apollinaire, Marcel Martinet, Louis Piérard, etc.

No sé si, como más de una vez se ha dicho, hemos renovado la sensibilidad poética; pero lo que hemos querido hacer, frente a la transformación mecánica del mundo, en las nuevas condiciones de la existencia contemporánea, en medio de las incesantes transformaciones científicas, de las aspiraciones sociales, es expresar el estado patético de un alma moderna que aspira a reconocerse y que tiende hacia un nuevo orden interior. Poetas, hemos querido cantar el himno de los tiempos nuevos, lanzar la estrofa voltaica en oposición a los *ritornellos* pastorales, las graciosas elegías y otras flores de la decadencia.

Y al proceder así, sentimos palpitar en nuestro interior el sentimiento profundo de que preparamos el porvenir y "colaboramos en la medida de nuestras fuerzas para realizar algo más importante que la gloria personal".

NICOLÁS BEAUDUIN.

---

(1) Fguiére, éditeur. 7, rue Corneille, Paris.

La vigorosa personalidad de este joven escritor francés, la tendencia de cuyas obras tiene adeptos numerosos y no pocos adversarios, resalta vivamente en sus versos llenos de intenso lirismo, en su prosa fuertemente impregnada del cálido soplo que anima al hombre de las grandes ciudades: es el poeta de la vida en sus múltiples manifestaciones, el

poeta del movimiento, de la inquietud creciente del hombre moderno. Entre sus principales obras figuran *Les Triomphes* y *La Divine Folie* (1908), poesías; *Les Campagnes en Marche* (1912), novela, y su reciente volumen de poemas titutado *La Cité des Hommes.* Le sigue una brillante falange de jóvenes escritores, y en París—desde donde nos ha enviado expresamente este bello trabajo cuya versión castellana encargamos al escritor cubano D. Ramón de Armas y Colón—dirige *La Vie des Lettres,* revista trimestral que constituye una interesantísima colección antológica y crítica de poemas y prosas,

LAS CAUSAS DE LA GUERRA

El *New York Times* ha publicado la correspondencia diplomática, que precedió a la guerra europea, tomada de fuentes oficiales. Si la publicación de tan importante documento no entraña o significa una completa y cabal exposición de la terrible conflagración europea, *expresa y aclara* lo que pudiéramos llamar el punto de vista de Inglaterra, la exposición de motivos de su declaración de guerra. Explica, también, la actividad diplomática de Rusia y Francia en favor de la paz, y las nobles iniciativas del ilustre Sir Edward Grey en favor de Bélgica y Francia.

Redúcese, sin embargo, a la correspondencia oficial entre Sir Edward Grey y los embajadores de Inglaterra en París y San Petersburgo, en la última semana del pasado julio. Esa interesante correspondencia expone, *sólo, los buenos oficios* y la generosa mediación de Inglaterra, que aspiraba a resolver pacíficamente el conflicto creado por la guerra entre Austria y Servia. Las negociaciones *pacifistas* de Sir Edward Grey y sus embajadores, fracasaron, según la mencionada correspondencia, por la enérgica y resuelta oposición del Emperador alemán, que *impuso* y *decretó* la guerra, contra los deseos e intereses de toda la Europa. Por consiguiente, declara responsable de la terrible y devastadora contienda que libran en Europa 17 millones de hombres, al *impetuoso y agresivo* Guillermo II. "Napoleonismo sin Napoleón", eso es para el ministro inglés Lloyd George la guerra provocada por Alemania. Para el Gobierno inglés ha sido Guillermo II el *violento* provocador de la guerra

europea, inspirado, acaso, en un insensato afán de grandeza y *desatentado* delirio de dominación universal, y no el profundo y sagaz hombre de estado obligado por el fracaso en sus *pacíficas y conciliadoras tentativas* a responder a las amenazas y rechazar la agresión de sus enemigos y rivales.

Muy otro es el punto de vista alemán, muy digno de consultarse.

El corresponsal en Berlín del *New York Times,* recibió oficialmente el 3 de agosto último, algunas horas antes de la memorable sesión del Reichstag que votó el crédito de guerra de $ 325.000,000.00, el informe oficial alemán titulado *Memorándum y Documentos relativos a la explosión de la guerra.*

El documento oficial del Gobierno alemán comienza relatando el asesinato del Archiduque Franz Ferdinand y su esposa la Duquesa de Hohemberg el 28 del pasado julio, y concluye con el texto o reproducciones de los telegramas cruzados entre el Kaiser y el Czar, con varios apéndices dedicados a la correspondencia seguida entre el Canciller Imperial y los embajadores alemanes en París, Viena y San Petersburgo. Es, pues, el informe alemán una completa y razonada exposición de las causas de la *guerra,* y la cabal reproducción de los antecedentes que precedieron al conflicto europeo y lo precipitaron. El documento alemán termina el 1.° de agosto último, y por tanto omite completamente las relaciones entre Alemania y Bélgica. Tampoco publica íntegras las interesantes conferencias celebradas en Berlín entre el embajador inglés y el Canciller alemán, pero las extracta.

Al describir el asesinato en Sarajevo del Archiduque austriaco, dice el documento alemán:

Este crimen reveló al mundo civilizado, no sólo las amenazas de los servios contra la integridad de la monarquía austrohúngara, sino, también, los medios delictuosos que para la consecución de sus crímenes empleaba el Pan-Servianismo. El objetivo de éste era primero producir una revolución en la región sudoeste de Austria-Hungría, para separarla de la monarquía austrohúngara e incorporarla definitivamente al reino servio.

Como consecuencia de los acontecimientos del año 1908, originados por la revolución turca, formóse una liga de los Estados Balkánicos contra Turquía, bajo la dirección de Rusia. Esta alianza de los estados Balkánicos, que despojó a Turquía de sus posesiones europeas en 1911, fracasó en la

distribución del botín alcanzado. La política rusa no se intimidó, sin embargo, por este fracaso. La ambición rusa soñaba con la formación de una nueva liga balkánica dirigida contra la existencia de la monarquia austrohúngara. El proyecto era que Servia cediese a Bulgaria la parte de la Macedonia conquistada por aquélla en la última guerra balkánica, compensando esa pérdida con la Bosnia y Herzegovina, arrebatadas a Austria-Hungría. La dignidad y la conservación de la monarquía austrohúngara, ¿permitían que Austria contemplase indiferente esas maquinaciones del otro lado de su frontera?

El Gobierno austrohúngaro consultó nuestro parecer, nos expuso la peligrosa situación creada contra dicha monarquía. Nosotros aseguramos sinceramente a nuestro aliado, nuestra absoluta conformidad con sus puntos de vista, y asegurámosle también que cualquiera determinación que él creyese necesaria al objeto de combatir las agitaciones servias, recibiría nuestra cordial aprobación.

Harto sabíamos nosotros que las hostilidades entre Servia y Austria traerían consigo la intervención de Rusia y la complicación de una guerra general *impuesta* por nuestros deberes de aliada. A pesar de eso, teniendo en cuenta los vitales intereses de Austria-Hungría, no podíamos nosotros aconsejar a nuestro aliado una sumisión incompatible con su dignidad, ni menos negarle nuestra cooperación en esta hora de suprema necesidad. Tampoco *podíamos* hacer esto último, porque la agitación de los servios amenazaba seriamente nuestros intereses.

Si Servia, ayudada por Rusia y Francia, continuaba sus campañas contra Austria-Hungría, la consecuencia sería la caída de ésta, su sumisión al poder eslavo aleccionado por Rusia, y la humillación de la raza germana en la Europa Central. El debilitamiento de la ruina de Austria, como consecuencia del Panslavismo de Rusia, nos haría perder un aliado poderoso cuya cooperación nos es necesaria para hacer frente a las amenazas de nuestros vecinos de Oriente y Occidente (*New York Times,* agosto 24, 1914).

Vencedora Rusia en la guerra balkánica de 1876 a 1878, impuso a Turquía el tratado de San Estéfano, contra la opinión europea que exigió la *revisión* de aquél en el congreso internacional de Berlin (1878).

Eran Rusia y Austria, y lo siguen siendo en nuestros días, implacables rivales en los Balkanes, y ambas esperaban ansiosamente la decisiva protección de Bismarck en el célebre congreso de Berlín.

El gran diplomático alemán había conseguido una provechosa y fecunda inteligencia entre los tres emperadores de la Europa oriental, los de Alemania, Rusia y Austria, que *duró* hasta la guerra entre Rusia y Turquía. Aunque Austria no intervino

en ésta, sus intereses expansionistas y su integridad territorial pugnaban abiertamente con las *ambiciones* rusas. La influencia bismarckiana declaróse resueltamente en favor de Austria, y la poderosa protección del insigne estadista aseguró el triunfo diplomático decisivo de Austria y la derrota y humillación de Rusia en las provincias balkánicas.

Bosnia y Herzegovina fueron entregadas a la ocupación y administración de Austria, y ya prósperas y florecientes fueron anexadas a ésta en 1908 con la poderosa protección del Kaiser y la desesperada protesta de Rusia, que, impotente para *atacar* a Alemania, significó su implacable odio y vengativa hostilidad contra la prepotente y magnífica Alemania.

Como era natural, la *conducta* de Bismarck ofendió la susceptibilidad rusa y produjo un insalvable rompimiento entre Alemania y Rusia, la que airada y rencorosa proclamó su odio y su profundo resentimiento contra Alemania. Contra la *hostilidad* rusa concertó Bismarck el tratado austro-alemán de 1879, publicado en 1887, en que pactaron Austria y Alemania una *alianza defensiva* contra Rusia, comprometiéndose ambas potencias a protegerse recíprocamente con sus respectivos ejércitos contra el ataque de Rusia a uno o a los dos altos contratantes. En 1882 asocióse Italia al tratado austro-alemán, convertido entonces en esa Triple Alianza que tan profundo y decisivo influjo ha ejercido en los destinos europeos.

Así, pues, amenazada Austria por los rusos, la alta obligación de una *alianza internacional,* y la necesidad de su propia conservación y defensa, *impulsaron* a Alemania hacia la guerra contra Rusia.

Las conciliadoras y pacíficas tendencias que caracterizaron los primeros años del reinado de Guillermo II, el soberano más notable de nuestros días y uno de los más altos y geniales estadistas de todos los tiempos, tendencias que han dirigido constantemente la política exterior del Kaiser, no han podido vencer la profunda hostilidad de Rusia, que no ha *ocultado* la recelosa enemistad y la *agresiva* rivalidad con que *combate* la grandeza y el formidable poderío del Imperio Alemán.

***

La investigación del crimen de Serajevo demostró concluyentemente la inmediata relación del trágico asesinato, con la subversiva y turbulenta agitación de los servios protegidos y alentados por el Gobierno de Belgrado, y, en consecuencia, protestó Austria contra esas agitaciones revolucionarias y reclamó la completa libertad y necesaria garantía para perseguir y castigar a los sediciosos y rebeldes. Necesitaba Austria completar su *investigación* en territorio servio, y exigió la inmediata disolución de las sociedades Pan-Servianas, enemigas recalcitrantes de la monarquía danubiana. El Gobierno austrohúngaro señaló cuarenta y ocho horas para el *incondicional* cumplimiento de sus reclamaciones, que *negadas* y contradichas por Servia en todo lo importante, motivaron la ruptura diplomática con Austria y más tarde la declaración de guerra de esta última, el 28 del pasado julio.

Desde un principio el Gobierno austrohúngaro aseguró *formalmente* a Rusia el carácter puramente defensivo de su guerra contra Servia, tendiente a una sola y alta finalidad: el afianzamiento y consolidación de la armonía y cordialidad entre Austria y Servia. No aspiraba Austria a perturbar el equilibrio europeo en los Balkanes con la conquista de territorios. En el mismo sentido telegrafió Alemania a los gobiernos francés e inglés, con el beneplácito y aprobación de esas dos potencias.

No obstante, el 24 de julio declaró Rusia, en *communiqué* ofiicial, que no podía serle *indiferente* el conflicto austroservio, y el ministro de relaciones exteriores de San Petersburgo, M. Sazonof, afirmó rotundamente la estrecha solidaridad que unía a Rusia y Servia contra Austria y Alemania.

Al mediodía del 26 reiteró el embajador austriaco en San Petersburgo el *inviolable respeto* que merecían a Austria la integridad territorial de Servia y el equilibrio Balkánico, y el alto propósito de su Gobierno atento sólo a la paz permanente y definitiva en sus fronteras.

El mismo día anunciáronse en toda Europa los *preparativos* de la movilización rusa, con la enérgica protesta del Emperador Alemán, que en nota enviada el propio día 26 a los gobiernos de Francia e Inglaterra, *advirtió* los gravísimos peligros y las serias complicaciones de la movilización rusa.

Con la declaración austriaca asegurando formalmente la independencia de Servia y la integridad de los Balkanes, *dependía* de San Petersburgo la conservación de la paz europea. Mientras los activos esfuerzos del Kaiser procuraban ansiosamente la *localización forzosa* del conflicto austroservio, como único medio de evitar y prevenir la conflagración europea, los rusos *movilizaban* contra Austria y amenazaban la frontera alemana.

El 29 de julio el Gobierno ruso anunció oficialmente en Berlín la movilización de cuatro cuerpos de ejército, con la cual coincidían los preparativos militares de Francia.

Rusia desafiaba a Austria y provocaba a Alemania, amenazando la paz europea. La movilización de las tropas rusas en la Prusia Oriental, iniciaba la *agresión* rusa contra Alemania; y a una última y conciliadora tentativa *angloalemana,* contestaba el Czar con la *movilización de sus ejércitos,* anunciada oficialmente por Sir Edward Grey en la sesión de la Cámara de los Comunes del 30 de julio. El 31 telegrafió el Czar al Emperador alemán: ''Te doy mis sinceras gracias por tu mediación, que inspira la esperanza de que *todo* se arreglará pacíficamente. Es técnicamente imposible la suspensión de nuestros preparativos militares, impuestos por la movilización austriaca... Confío a Dios el éxito de tu mediación en Viena, inspirada en el bienestar de nuestros países, *tendiente* a la paz de Europa.'' A lo que contestó el Kaiser: ''Estando en curso mi mediación, interpuesta conforme a tus deseos, entre tu Gobierno y el Austro-Húngaro, tus tropas se han movilizado contra mi aliada Austria-Hungría, lo que ha hecho casi ilusoria mi intervención. Tengo informes fidedignos de serias preparaciones militares en mi frontera oriental. Mi responsabilidad por la seguridad de mi Imperio me obliga a tomar medidas *defensivas.* He llevado hasta el último límite mis esfuerzos pacifistas. No seré yo responsable por la calamidad que amenaza a la civilización universal, que *depende* de tus iniciativas... Mi amistad por ti y por tu Imperio, legada a mí por mi abuelo en su lecho de muerte, ha sido siempre sagrada para mí. Todavía es posible para ti el sostenimiento de la paz europea, con sólo poner término a las medidas militares con que amenazas a Alemania y Austria-Hungría.''

Entonces dictó el Kaiser un plazo de doce horas, en el cual debía cesar la movilización rusa, con la *amenaza* de una inmediata y activa movilización de los ejércitos alemanes. Simultáneamente preguntó el embajador alemán en París, la posible actitud del gobierno francés en el caso de una guerra ruso-alemana.

No respondió Rusia al ultimátum alemán, y en consecuencia ordenó el Kaiser la movilización de su ejército y armada, seguida de la formal declaración de guerra, que fué precedida y precipitada por la inesperada agresión de las tropas rusas en la Prusia Oriental. Por último, las evasivas del gobierno francés arrastraron a Alemania a la guerra con la República Francesa.

El texto oficial inglés, que confirma y repite cuanto antecede, publica una trascendental entrevista entre el canciller alemán y el embajador inglés en Berlín. El tema de dicha entrevista fué exclusivamente la neutraulidad belga, defendida insistentemente por Inglaterra. El argumento del embajador inglés ha sido elocuentemente expuesto por Sir Edward Grey en una memorable sesión de la Cámara de los Comunes: "Si desapareciera la independencia belga"—dice el Ministro inglés—, "la independencia de Holanda seguiría la misma suerte. La derrota de Francia precipitaría la de Bélgica, Holanda y Dinamarca, dominadas por Alemania; y según la célebre frase de Gladstone, presenciaría el mundo el desmedido engrandecimiento de una sola potencia".

La invasión alemana en Bélgica comprometía seriamente el poderío marítimo de Inglaterra, y de ahí el ultimátum inglés protegiendo la integridad belga. El "Foreign Office" anunció que: "Al rechazar el Gobierno Alemán la *súplica* de Su Majestad Británica de que fuera respetada la neutralidad belga, el embajador de Su Majestad en Berlín ha recibido sus pasaportes y el Gobierno de Su Majestad ha declarado al Gobierno Alemán que desde las once de la noche del 4 de agosto existe un estado de guerra entre la Gran Bretaña y Alemania"; y a las siete de la noche del propio día 4 formalizó Inglaterra su declaración de guerra contra Alemania.

El éxito de las armas alemanas *necesitaba,* como explicare-

mos después, el ataque supremo y decisivo contra Bélgica y Francia, la aliada de Rusia.

Es, pues, ésta, predominante y fundamentalmente, una guerra rusoalemana; es el conflicto decisivo y formidable de dos razas y dos *civilizaciones*: la eslava y la germánica. Así lo explicó el Canciller alemán en una elocuente exhortación dirigida al pueblo norteamericano (*New York Times,* agosto 15, 1914):

Esta guerra es una lucha de vida o muerte entre Alemania y la raza moscovita de Rusia, y ha sido originada por los recientes asesinatos de Serajevo.

Rusia, que ha encendido la guerra universal, exigió la humillación de Austria; y cuando el Emperador alemán laboraba activamente por la paz europea, y el Czar le telegrafiaba amistosamente, preparábase Rusia para la guerra contra Alemania. *La altamente civilizada* Francia, obligada por su alianza antinatural con Rusia, necesitó defenderse contra nuestros ataques en la frontera franco-belga. Inglaterra, forzada también por obligaciones contraídas desde hace tiempo, se opuso resueltamente al ataque alemán de la costa norte de Francia.

No obstante la relación de sangre y la íntima compenetración que une a Alemania e Inglaterra y sus propagandas *culturales y espirituales,* ha intervenido Inglaterra en favor de Rusia, cuya instabilidad y cuyo *insolente barbarismo* ha provocado la guerra europea originada por el asesinato, y que tiene por único fin la humillación y *desaparición* de la raza alemana a expensas del Panslavismo ruso.

En idéntico sentido escribió algunos días antes que el canciller alemán, el ilustre profesor de Política (*Government*) de la Universidad de Harvard, Albert Bushnell Hart, un elocuente y profundo artículo publicado en una sección especial del *New York Times* (agosto 2, 1914).

Citaremos algunos párrafos del notable trabajo del docto profesor norteamericano:

Si la guerra estalla en toda Europa, no habrá sido causada por la muerte de Franz Ferdinand, sino porque los austriacos temen fundadamente la muerte de su Imperio a manos de los servios.

De todas las cosas que exasperaron a Austria, desde la explosión de la guerra balkánica en 1912 hasta la partición de los Balkanes en siete estados diferentes en 1913, lo más inquietante para Austria era la aparición de una Servia fuerte y victoriosa.

El ejército austriaco, de más de cien mil hombres reunidos en la frontera de Bosnia durante los meses de la guerra, contemplaba *furioso* las

victorias militares de los servios y montenegrinos que derrotaban a los turcos, capturaban las importantes ciudades de Uskub y Monastir, y ayudaban al sitio de Adrianópolis.

Todo esto era odioso para Austria, pero alentaba y fortalecía a todos los miembros de la raza eslava dondequiera que estuvieran, o sea los rusos, los polacos de Rusia, Prusia y Austria, los wens de Prusia, los bohemios, moravos y eslovacos, los servios y los croatas de Austria-Hungría. La población eslava establecida en Austria-Hungría llega a 24.000,000 o sea la mitad de la población del Imperio.

Después de todo, lo asombroso no es que Austria esté preparada para la lucha, sino que haya esperado tanto.

Hay doce millones de alemanes y nueve de magiares en Austria-Hungría, a los cuales pertenecen la nobleza y la clase gobernante. Esta guerra es, pues, necesaria para proteger la influencia alemana contra la posibilidad de un movimiento Panslavo que atraiga poderosamente los elementos eslavos establecidos al norte y al sur del Danubio.

Los lazos de sangre y religión, impulsan a Rusia hacia la protección de los eslavos balkánicos, casi todos griegos cismáticos. Rusia proclamó la libertad de Bulgaria en 1878, la magnífica iglesia de Sofía es un homenaje al Czar Alejandro II. La destrucción de la ortodoxia eslava, vencida y humillada por la coalición germano-magiar, sería algo muy doloroso para Rusia, la gran potencia eslava, y demostraría la incapacidad de Rusia para defender su propia raza y su propia fe.

Tal ha sido el peligro europeo en los últimos dos años. Hace tiempo que hubiera Austria declarado la guerra a Servia, si no hubiera sido por el temor de la intervención rusa. Pero Austria arrostró la guerra con la seguridad de la protección de Alemania, unida a ella por la misma causa y los mismos intereses.

Lo asombroso de todo esto es que la cuestión europea fundamental hoy, es la rivalidad entre la Europa Oriental y la Europa Occidental, del eslavo contra el teutón; y en esa lucha formidable la raza latina debería hacer causa común con los *ingleses y alemanes*.

El peligro europeo es la influencia eslava y cismático-griega, y sin embargo Francia e Inglaterra *lucharán* por el triunfo del eslavo contra el alemán, el italiano y el magiar.

Inglaterra y Alemania, las dos grandes potencias protestantes de Europa, lucharán por destruirse recíprocamente; los católicos franceses lucharán por la victoria de la iglesia anglicana.

Parece increíble que la espléndida armada de la Gran Bretaña, el más liberal de los países europeos, colabore con la más despótica de las potencias para el despojo de *provincias austriacas*.

La creciente preponderancia de Servia lleva consigo el poderoso avance del Panslavismo, la decisiva supremacía de Rusia en los destinos europeos y el aniquilamiento y humillación de

la raza germánica. Esa y no otra es *la causa de la guerra;* al empuje eslavo se opone resueltamente la gloriosa civilización simbolizada y defendida por Austria y Alemania.

La unidad alemana representó el triunfo decisivo y poderoso del *nacionalismo* alemán, la afirmación de la personalidad germánica y la formidable resistencia contra la que *pugna y combate* el eslavismo *ruso.*

La admirable superioridad y magnífica grandeza del Imperio Alemán, encontró desde sus orígenes la sorda e implacable enemistad de la *raza eslava,* su enemiga y rival, poderosamente representada por el Imperio Ruso.

El odio profundo de la raza eslava contra la potente Alemania, ha sido la nota *característica* de la historia austriaca, desde 1815 hasta 1867, que consagró la unidad austro-húngara con la victoria definitiva de los elementos alemanes y magiares —árbitros supremos de aquélla—contra los altivos eslavos de Bohemia y Hungría.

Las agitaciones nacionalistas que prepararon en Austria las formidables convulsiones de 1848, aspiraban a la completa independencia de las razas oprimidas o humilladas por la preponderancia alemana o magiar. El ideal nacionalista y los ardorosos anhelos de independencia e individualidad política, identificáronse vigorosamente en Bohemia—centro del eslavismo impetuoso y expansivo—con la suprema y profunda *hostilidad* contra el engrandecimiento y pujanza de la raza alemana. Bohemia había sido incorporada a Austria en 1526. Su población entonces consistía en alemanes y eslavos llamados Czechs. La superioridad de su cultura científica y literaria y su admirable educación, aseguraron a los alemanes la absoluta preponderancia por más de dos siglos. Después de 1815 despertaron los Czechs a la conciencia de sus derechos y recibieron mayor educación y cultura. Una poderosa agitación combatió la preeminencia alemana con tonos violentos y agresivos, soliviantando los ánimos y exacerbando las pasiones antigermánicas.

Cuando el célebre Parlamento de Francfort discutía los primeros proyectos de la unificación alemana, llegó a su apogeo la invencible hostilidad de los alemanes y Czechs. Los alemanes de Bohemia clamaban ardientemente por la representación de

ésta en el Parlamento de Francfort, a lo que se oponían resueltamente los Czechs, que temían su completa absorción, el seguro predominio e incontrastable superioridad de sus compañeros teutones. La enemistad de sus dos razas produjo un formidable choque en las calles de Praga y culminó en una terrible insurrección, dominada y vencida por austriacos-alemanes que intensificaron con su victoria el cordial aborrecimiento de la raza eslava.

En 1867 pactaron Austria y Hungría el compromiso (*Oausgleich*) que fundó la monarquía actual con el triunfo definitivo de los alemanes en Austria y los magiares en Hungría, con la airada protesta de los humillados y *ofendidos* eslavos, enemigos decididos y recalcitrantes de los alemanes a quienes consideraban sus opresores y tiranos. Los Czechs de Bohemia *proclamaron* enérgicamente en 1868 su absoluta independencia, bajo la autoridad nominal de Francisco José, con la turbulenta cooperación de los galitzianos, los eslovenos y los servios. El Emperador cedió a la poderosa y alarmante agitación, y en 1871 reconoció los derechos históricos del reino de Bohemia, prometiendo su tercera coronación en Praga.

Los proyectos del Emperador motivaron la profunda oposición de los alemanes de Austria, que como minoría dominante temía la pérdida de su supremacía y el poderío de los eslavos, a quienes odiaban. El emperador cedió, al fin, a esta insistente y formidable oposición. Los eslavos de Bohemia fueron ruidosamente derrotados, lo mismo que los servios, sucumbiendo, al fin, bajo el incontrastable poderío y maravillosa civilización de la raza germana. Reinó otra vez el Compromiso de 1867, la franca y decidida dominación de los alemanes, definitivos triunfadores en la Europa Central.



El famoso escritor Henri d'Naussanne, en un libro notable traducido por Walter Littlefield con el título de *The Kaiser as he is* (New York, 1905), después de estudiar detenidamente la obra admirable realizada por el Kaiser, analizaba ya con profundidad y brillantez la *necesidad* para Alemania de atacar a

Bélgica y acaso a Holanda, si sobrevenía una guerra con Francia e Inglaterra. Más explícito y categórico que Naussanne, *preveía* Herbert Perris, ilustre escritor inglés, la guerra inevitable y necesaria entre Rusia *con* Francia e Inglaterra y Alemania y Austria. El notable escritor inglés formulaba su trascendental profecía en la página 501 de su admirable libro *Germany and the German Emperor* (Londres, 1912), bajo el epígrafe *Next War* (La próxima guerra).

Y el brillante escritor Víctor Berard, en su famoso libro *La France et Guillaume II* (París, 1907), serie de trabajos publicados de 1901 a 1906 en la *Revue de Paris,* estudia concretamente la guerra *probable* y *próxima* de la Europa Central contra la Triple Entente creada por Eduardo VII, y prevé la invasión belga por los ejércitos alemanes.

Por último, el general Friedrich von Bernhardi, una de las más insignes autoridades militares de la Europa contemporánea, publicó hace dos años un libro trascendental, traducido al inglés con el nombre de *Germany and next war* (Alemania y la próxima guerra), donde el general alemán predice y anuncia con maravillosa exactitud y precisión la táctica empleada por los ejércitos del Kaiser.

Previendo Bernhardi la *abstención* de Italia y la superioridad numérica de una poderosa coalición entre Rusia, Francia e Inglaterra, y la preeminencia marítima de esta última, recomendó el terrible y avasallador empuje de una *invasión formidable,* "que salvase al pueblo alemán de la destrucción de su nacionalidad o la caída de su inmenso poderío".

La necesidad de su propia conservación, dice el general alemán, requiere imprescindiblemente el desconocimiento de la *neutralidad* belga y la formidable invasión de las *fronteras enemigas,* so pena de sucumbir y perecer ante el furioso embate de los rusos y los franceses.

Incuestionablemente fué Bernhardi, según se ha demostrado, el vocero exacto de la *estrategia* alemana, el profeta sagaz y penetrante de la guerra europea.

José Enrique Montoro.

Recién llegado a Cuba después de casi dos años de permanencia en los Estados Unidos

de Norteamérica, donde en la Universidad de Columbia ha ampliado sus estudios de Derecho cursados con gran brillantez en la Universidad de la Habana, que le declaró alumno eminente, nos distingue el joven señor Montoro con este interesante artículo sobre el tema de actualidad universal: la guerra que trastorna y desangra a principales naciones europeas. Culto y estudioso, su tesis para optar al grado de doctor en Derecho Civil (*Estudio comparativo sobre los principios fundamentales de Derecho Internacional Privado del Código Civil Español*) es una obra que demuestra su saber, su sólida disciplina mental; y por la severidad y firmeza de su oratoria, de la que ha dado gallardas pruebas en varias ocasiones, este nuevo colaborador nuestro recuerda que no en vano lleva el apellido ilustre de su padre el gran tribuno don Rafael Montoro.

LA DOCTRINA MONROE Y LA AMÉRICA LATINA (*)

TRADUCIDO DE *The Atlantic Monthly*, DE BOSTON, NÚMERO DE MARZO, 1914, POR EL DR. JOSÉ SIXTO DE SOLA.

En el número del *Atlantic Monthly* correspondiente a junio de 1913, el profesor Hiram Bingham discurre sobre la célebre Doctrina Monroe y la llama "An Obsolete Shibboleth". Escuchándole, cabría suponer que ella se ha convertido en elaborada y estéril teoría del pasado. Pero los muertos son difíciles de destruir; la política de intervención y de coerción está viva y llena de actividad. Un senador norteamericano, Mr. Lodge, es el autor de un reciente proyecto de ley prohibiendo a las naciones europeas comprar tierras pertenecientes a las endebles repúblicas hispanas del Nuevo Mundo. Y, forzado por la misma lógica de su doctrina, ¿acaso no podrá él tratar de restringir las corrientes inmigratorias que se dirigen hacia el sur del Río Grande, y aun exigir que todos los empréstitos hispanoamericanos, de ahora en adelante, sean colocados en el mercado de Nueva York, el centro de la finanza sudamericana?

(*) Autorizados por nuestro muy distinguido amigo y colega el director de *La Revista de América*, firmante de este trabajo en donde hay respecto a la independencia de Cuba conceptos que no compartimos totalmente, publicamos la traducción castellana hecha por el Dr. Sola, redactor de CUBA CONTEMPORÁNEA, y señalamos el hecho de que *The Atlantic Monthly*, en la página en que presentó a sus lectores los colaboradores del número en el cual vió la luz este artículo, dice que el autor lo escribió «en respuesta a la petición que le fué hecha de un trabajo sobre la Doctrina Monroe, vista al través del otro extremo del telescopio», ya que el profesor Bingham había escrito acerca de ella en la propia revista y la llamó *an obsolete shibboleth*, o sea, «un criterio anticuado»; pues *obsoleto* es voz castellana equivalente a *anticuado*, y *shibboleth*, palabra hebrea, por extensión vale tanto como decir «santo y seña o criterio para distinguir una colectividad de otra, con fines de odioso exclusivismo», según expresó en *El Liberal* de Bogotá el general y senador colombiano D. Rafael Uribe Uribe, al ocuparse detenidamente en el estudio del profesor Bingham, recogiendo después en un folleto (*The Monroe Doctrine. An obsolete shibboleth*, 8º, 29 p.) su trabajo publicado en el diario dicho.

Lejos de estar convirtiéndose en cosa anticuada y próxima a desaparecer, el monroísmo está ganando nuevos adeptos entre los mismos que hasta ahora han sido contrarios a sus influencias. En los Estados Unidos los demócratas se están convirtiendo en sus más celosos defensores. Están abandonando su irreprochable actitud de neutralidad llena de simpatía hacia los esfuerzos de los nuevos pueblos. Su entusiasmo ahora sobrepuja al ardor de los republicanos, naturalmente inclinados al expansionismo y a la guerra. De ahora en adelante, el imperialismo está destinado a formar parte integrante de la gran tradición nacional. Su influencia depende muy poco de rivalidades de partidos y de cambios de administración.

Después de todas las discusiones sobre la cuestión de Panamá en el Senado norteamericano, después de la franca confesión de error hecha por perspicaces estadistas, los Estados Unidos, en sus relaciones con Méjico, están asumiendo una actitud, una posición que parecía haber sido relegada al olvido: tratando a esta gran nación vecina como si fuese una colonia conquistada; interviniendo en las melancólicas querellas de ese pueblo inquieto y desgraciado; constituyéndose en supremo juez y condenando *ex cathedra* con una peligrosa presunción de infalibilidad. Y aquí reside un nuevo aspecto de esta vieja doctrina, tan alabada por algunos, tan totalmente condenada por otros, de poderosa tutela, de protección generosa, de conquista disfrazada, según las diversas interpretaciones que le dan los tiempos y los hombres. En Europa, verdaderamente, bien podría uno desear que esta doctrina fuese un ''obsolete shibboleth''. Todos conocen las opiniones del profesor alemán Hugo Münsterberg, expuestas en su libro sobre los americanos. El condena ''el error y la tontería de la Doctrina de Monroe'' y tiene la esperanza de que habrá de desaparecer por la simple indiferencia de Norteamérica hacia ella. Pero, al propio tiempo, el profesor Münsterberg mira con simpatía los esfuerzos colonizadores que hará Europa después del abandono de esta defensa tan difamada, cree en ellos, y escribe: ''ninguna colonia rusa, francesa o italiana en la América del Sur, daría jamás lugar a dificultad alguna con los Estados Unidos con motivo de oposición alguna fundamental de intereses''. ¿No es ésta una

solapada declaración de un imperialismo que siente sus esperanzas estrelladas contra la protección que los Estados Unidos persisten en extender a las repúblicas amenazadas?

Cuando el profesor Burgess, en su celebrado discurso en Berlín, denunció la altiva política de sus compatriotas, los pangermanistas abiertamente expresaron su regocijo. Ellos ambicionaban el gran continente americano, tan celosamente protegido contra las agresiones europeas. La reciente discusión entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, sobre la libre navegación por el Canal de Panamá, ha amargado a los imperialistas británicos, a quienes irrita este *ne plus ultra* por el que forzosamente tiene que sufrir su ambición comercial. En todas partes existe un general deseo de limitar o destruir la aplicación de esta teoría, formulada hace un siglo por un audaz Ejecutivo contra una Europa todavía envuelta en las redes del misticismo y del feudalismo. Bajo el disfraz de declaraciones de políticas idealistas, las naciones europeas buscan la manera de denunciar la avaricia y la ambición de una insaciada plutocracia. *Le Temps* de París expuso recientemente que los actos del Presidente Wilson quizás podrían explicarse por la competencia en la posesión de los territorios ricos en petróleo. Declaraba el periódico que este puritano idealista estaba inconscientemente obedeciendo a la corrompida presión de Wall Street, y sugería que un nombre concreto y preciso que se diese a la futura guerra entre Méjico y los Estados Unidos, revelaría su verdadero carácter: que se podría llamar la ''Guerra del Aceite'', imitando el nombre de la ''Guerra del Opio'' de la China.

Cuando se discute sobre Norteamérica, se oye siempre hablar de la amenaza de los Estados Unidos, de su duplicidad política y de su invasión financiera en los países del Sur. En el último Congreso Panamericano, que se reunió en Buenos Aires, el delegado por Santo Domingo, Sr. Américo Lugo, públicamente atacó la hipócrita influencia de los Estados Unidos y la periódica reunión de estos inútiles congresos, en que los enviados de Washington ocupan los tronos y en que los insípidos debates siempre terminan con la aceptación de los proyectos que presenta la delegación norteamericana. El desinterés de los Estados Unidos hacia Cuba, su quijotesca guerra contra Espa-

ña, no fueron suficientes para convencer de las ventajas de la tutela sajona a los espíritus más desconfiados. Pero, ¿acaso no han dispensado los Estados Unidos la libertad a la manera de los héroes mitológicos? ¿No han limpiado las ciudades y ordenado la hacienda de la isla maravillosa? Escuelas, carreteras, industrias—un espléndido impulso por el camino del progreso había creado todo eso después de la larga dominación de la España inquisitorial. Verdad es que la autonomía de Cuba no fué completa; pero bajo la benéfica tutela del gran pueblo libertador, la república habría de vivir y de prosperar. En Santo Domingo, por un tratado concertado con Washington, se estipuló la intervención en la hacienda de la Isla. Y aunque Puerto Rico es una colonia, Cuba y Santo Domingo son tímidas repúblicas del tipo del ''Commonwealth'' Australiano y de otros estados de precarias libertades. Los Estados Unidos son soberanos en las Antillas,—''paramount'', según reza la altanera fórmula del Secretario Olney.

Los latinos no condenan invariablemente esta insistente presión del Norte,—esta misión civilizadora que tanto hace por la causa de la paz interna. Aun los dominicanos han llegado a reconocer que sus revoluciones han disminuído en importancia desde que los Estados Unidos declararon que los jefes victoriosos no podrían en lo sucesivo saquear el tesoro nacional. No vale la pena malgastar los dineros obtenidos con empréstitos, cuando su inversión ha de ser inspeccionada por la nación tutora. En Cuba, la educación y la higiene han hecho rápidos progresos bajo el ''control'' americano; y a pesar del peligro de futuras intervenciones, la libertad en esa inquieta Isla es un hecho respetado.

Pero tiene limitaciones esta generosa tutela. Puede caer con peso tremendo sobre las naciones cuando en ellas existen divisiones. En efecto, ya ha pasado de los límites de esa intervención afectuosa que caracterizó la romántica lucha por la independencia cubana. En Panamá, en Nicaragua, en las frecuentes convulsiones de la América Central, la actuación de los Estados Unidos contradice abiertamente todos sus principios políticos. Divide a los países; favorece revoluciones; marcha en línea recta hacia la conquista. Para hacerse dueña y señora de Pana-

má, improvisa una república y trata con desprecio los derechos históricos de Colombia. Instantáneamente empieza a disminuir su prestigio. Los Estados Unidos no forman ya en fila con los libertadores, sino con los conquistadores. Han olvidado el idealismo de los ''Pilgrim Fathers'' y se han convertido en violentos servidores de Calibán. Su actuación en Méjico asume la forma del más audaz proteccionismo. El Canal de Panamá, pues, parece destinado a fijar los límites provisionales del Imperialismo Norteamericano. Al Sur, un continente recién separado del Norte, por muchos años—quizás para siempre—conservará la autonomía que sus naturales supieron proporcionarse tan audazmente; pero al norte del Canal, no parece que haya nada que pueda detener el progreso del altanero señor.

No es cierto, como sostiene el profesor Bingham, que entre las repúblicas que forman la alianza A. B. C., Argentina, Brasil y Chile, estados poderosos y sólidamente organizados, se encuentre oposición celosa alguna al poder neosajón,—que explicase, de acuerdo con la teoría del profesor Bingham, la alianza de esos pueblos ambiciosos. Por el contrario, en estas naciones, que están fuera del radio de acción de Norteamérica, se nota la más viva simpatía por la política de los Estados Unidos. Chile, naturalmente, no ha podido olvidar la cuestión Allsop con sus desastrosas consecuencias. La humillación que tuvo que soportar esta belicosa nación, la ha hecho reaccionar intensamente contra ese vago sentimiento de hermandad que pregonan políticos mal informados. Brasil y Argentina han procedido siempre de acuerdo con su gran república hermana. Han seguido sus ejemplos; han admirado a sus estadistas y a sus instituciones; y en los congresos periódicos que se han reunido unas veces en Washington, otras en Río de Janeiro y otras en Buenos Aires, las naciones de origen hispano han aceptado si titubear la jefatura de Norteamérica.

Es más bien en la ''zona de influencia'' de los Estados Unidos, entre la frontera septentrional de Méjico y Panamá, en las Antillas, en Colombia y en Venezuela, donde el odio hacia los Estados Unidos se ha hecho una pasión, un sentimiento popular. Es también en estos territorios donde las intrusiones de los norteamericanos son visibles, y donde ellas han amenazado con

frecuencia la independencia nacional. Sería, pues, bastante posible dividir la América Latina en dos zonas claramente definidas, de acuerdo con el estado de las relaciones políticas y sentimentales entre esos países latinos y los sajones del otro lado del océano. Si se traza una línea desde el límite septentrional del Perú hasta el río Pará en el Brasil, y se continúa hasta las distantes bocas del Plata, habremos delineado el territorio en el cual el prestigio de los Estados Unidos no ha sufrido disminución alguna. Los estadistas admiran sus métodos políticos y civiles, y solamente se encuentran ocasionalmente intelectuales que critiquen los excesos del imperialismo norteamericano.

En cuanto a los peligros de esta influencia, para el desarrollo autónomo de las repúblicas latinas, se está dispuesto a ver en ellos solamente una de esas engañosas pesadillas que perpetuamente atormentan las imaginaciones tropicales. Hasta el mismo Chile, dominado por planes propios muy bien definidos y por una inteligente política materialista, bien puede olvidar las ofensas de su república hermana y recordar solamente el práctico sentido común de que son los únicos afortunados poseedores en Sudamérica. Bastante recientemente, en Buenos Aires, un antiguo Ministro de Relaciones Exteriores, el Sr. Estanislao Zaballos, en un discurso muy comentado, interpretó mal el papel desempeñado por los ingleses en el logro de la independencia argentina. Pasó por encima de la feliz iniciativa que tomó Canning, y alabó la doctrina Monroe, la verdadera defensora de la nueva república. Pidió que una de las calles de la bella capital latina llevase el nombre del famoso Presidente, y eligió precisamente la misma que la gratitud de sus compatriotas había dedicado ya a la memoria del gran ministro liberal. En Río de Janeiro, un Palacio Monroe testifica el respeto del Brasil por este benéfico protectorado del Norte.

Verdad es que un eminente historiador y diplomático del Brasil, el Sr. de Oliveira Lima, se ha colocado en oposición a la todopoderosa influencia de los nuevos sajones, en su libro *Pan-Americanismo,* en el que escribe: "La Doctrina Monroe fué invariablemente en sus primeras etapas una política egoísta que se proponía reservarse económica y diplomáticamente la América para la nación más importante del continente ameri-

cano. Fué, sin embargo, por el auxilio de esta doctrina, que todos los demás estados escaparon a la dominación de sus antiguas metrópolis europeas, las cuales en su política no son por cierto más monopolizadoras que lo han sido los Estados Unidos.'' Pero esta opinión está en contradicción con las creencias generales de los compatriotas del Sr. Lima, y él mismo admite que la Doctrina Monroe es ''un instrumento útil a todo el continente, en tanto en cuanto no sufra alteraciones, esto es, en tanto en cuanto al continuar siendo un arma de protección, no se convierta en un arma de tutela, de verdadera dominación, por medio de anexiones territoriales''.

¿Pero debemos ver en la Doctrina Monroe meramente una fórmula cuya significación se ha permitido que desaparezca? No lo creo. Los expansionistas europeos se dan cuenta de que la Doctrina les crea un valladar infranqueable a toda idea de adquisiciones territorales, pero no se mezcla para nada en su influencia económica, que tan esencial es para el desarrollo de la América Latina. Dice verdad el profesor Bingham cuando escribe: ''Si no hubiese sido por la Doctrina Monroe, las repúblicas americanas hubieran tenido mucha mayor dificultad en conservar su independencia durante los primeros tres cuartos de siglo de su vida''. Esto se refiere, sin embargo, más bien a una garantía moral que a un auxilio efectivo, pues los Estados Unidos no defendieron al Perú ni a Chile en 1866 contra los proyectos españoles de reconquista, ni trataron tampoco de proteger a la Argentina, entonces bajo la férula de Rosas, el tirano, contra las naves francesas e inglesas. Cuando el peligro estuvo más cerca de casa, cuando en los tiempos de la guerra de secesión en los Estados Unidos, un príncipe extranjero ocupó el trono mejicano y proyectó fundar allí un ''imperio liberal'' como el de Napoleón III, la república de los Estados Unidos se inquietó y en nombre de la clásica Doctrina actuó en contra de la exótica dinastía. Los historiadores han sostenido que el emperador francés quiso patrocinar en Méjico la independencia de la idea latina contra la tutela sajona. Al aplastar esta ambición, los Estados Unidos hicieron algo más que defender simplemente la autonomía de una nación, sujeta de entonces en adelante a su irresistible suzeranía.

Justamente aquí cae el primer estigma sobre la política tradicional de los Estados Unidos. Sólo han formulado su veto en casos especiales, frecuentemente cuando sus inmediatos intereses han estado amenazados. Por quince años Sudamérica luchó en rebelión armada contra el poderío español. ¿Dónde están los valientes soldados de Norteamérica en los anales de 1808 a 1824? En ellos se encontrarán irlandeses, franceses, alemanes, peleando en los ejércitos que liberaron al Nuevo Mundo de su antigua servidumbre; pero allí los Estados Unidos no representaron papel alguno. Permanecieron indiferentes a esta gran épica "mêlée". Ni aun siquiera se apresuraron a reconocer la recién ganada independencia de sus "repúblicas hermanas". Los franceses prestaron su glorioso auxilio a los sajones americanos en su lucha contra su madre patria. ¡Qué espléndida carrera para un general norteamericano la de constituirse en "pioneer" en los fieros combates de Sudamérica! En su historia se encontrará a un Lord Cochrane, a un O'Leary; pero a ningún capitán que fuese, como Lafayette, a ser el Don Quijote de una noble cruzada.

A pesar de este distanciamiento, la Doctrina Monroe se está convirtiendo, en sus consecuencias, en protección y baluarte de la independencia sudamericana. Los proyectos de colonización europea se van desvaneciendo, y América, la tierra de los libres, puede vivir alejada de las concupiscencias de los pueblos imperialistas del Viejo Mundo. Sólo que esta noble teoría está muy lejos de ser un principio estable, no susceptible de mayor crecimiento y desarrollo. Se altera continuamente; protege o provoca; es una servidora de la paz y lo es de la anarquía. Yo he hecho un estudio de estas serias transformaciones en mi libro *Latin-America*. ¿Puedo recordarlas aquí? La Doctrina Monroe está pasando de la defensiva a la intervención, y de la intervención a la ofensiva. De una teoría que se opone a las tentativas de Europa, de llevar a cabo cambios políticos en las democracias del Nuevo Mundo—teoría que prohibe toda adquisición de territorio, que se opone a todo traspaso de autoridad de un poder débil a uno fuerte—, ha nacido la doctrina del Presidente Polk, quien en 1845 decretó la anexión de Texas con motivo del temor a la intervención extranjera. En 1870 el Pre-

sidente Grant solicita la posesión de Santo Domingo como medida de protección nacional—nuevo y flamante corolario de la Doctrina Monroe. El Presidente Johnson ambiciona la posesión de Cuba en nombre de "la ley de la gravitación política que impulsa a los pequeños estados a caer en las fauces de las grandes potencias". En 1895, el Secretario de Estado, Olney, cuando la cuestión entre la Gran Bretaña y Venezuela, declara que los Estados Unidos son, de hecho positivo, soberanos en América. De Monroe a Olney, la doctrina de la defensa se convierte en doctrina de la tutela moral.

Y lo que es aún más serio: la misma nación que condena las empresas colonizadoras extranjeras en el Nuevo Mundo, se posesiona para sí misma de territorios vecinos. La nueva doctrina del imperialismo está injertada en la gastada teoría del idealismo moral. Un territorio enorme se abre a la ambición de los neosajones, y sin embargo ambicionan provincias mejicanas—y se apropian de ellas en 1848 y en 1852. Desde aquel momento, el monroísmo se convierte en una doctrina que ha de ser mirada con recelo por las repúblicas que protege contra el expansionismo europeo. Existe aún un prejuicio injusto contra las intenciones de los Estados Unidos, generosas como lo son con frecuencia, y la unión del sajón del Norte con el latino del Sur queda detenida o se hace imposible por el principio mismo que parecía destinado a crear una gran confederación moral que se extendiese desde Washington hasta Buenos Aires.

La falta de disciplina de las repúblicas hispanas, su agrio individualismo, su orgullo castellano, se revuelven contra cualquiera lesión de su poder y especialmente contra cualquiera forma de protectorado organizado. No hay nada más difícil de manejar que el *amour propre* de las naciones del Sur, que consideran cualquiera clase de intervención como una amenaza a su independencia. Preferirían ellas la anarquía, la destrucción misma, antes que permitir y sufrir la intrusión ilegítima de cualquier poder extraño que se aventurase a intervenir en los asuntos internos de un país libre. Los norteamericanos han olvidado con frecuencia esta actitud de sus "hermanos" del Sur. De igual manera, con ninguna consideración por su orgullo tempestuoso, han llevado su influencia en los asuntos del

Sur a un punto tal, que han provocado violentos estallidos de nacionalismo. Ellos hacen gala y exhibición de su superioridad, y los sudamericanos, orgullosos de sus tradiciones y de sus antiguas ciudades, se revuelven con ira contra los sabios consejos de la nación protectora.

Como todos los latinos, los sudamericanos tienen muy arraigado su sentimiento por la forma y el respeto por las conveniencias apropiadas. Son naturalmente sutiles y bizantinos. Nada los descompone más que la rudeza de los políticos de Washington, quienes apenas se toman el trabajo de ocultar cierto desprecio que tienen por estos pueblos inferiores y turbulentos. El Sr. Roosevelt cínicamente dice: ''Yo me cogí a Panamá''. Él cree en la eficacia del ''big stick'' en las relaciones entre las dos Américas. Apenas es un psicólogo en estas materias. Es mucho más fácil obtener lo que uno desea de estas democracias latinas, por medio de proposiciones halagüeñas, por medio de respuestas delicadas y corteses, por medio de una diplomacia fina, hábilmente presentada. La violencia no logra nada más allá de agriar el temperamento sudamericano. El Presidente pedante se ha aventurado a escribir que las repúblicas hispanas llegarán, quizás, al grado de civilización que posee Portugal. Esta opinión, que los sudamericanos consideran como despreciativa, se expone sin atender para nada al progreso extraordinario del Brasil y de la Argentina. Palabras tan imprudentes como esas, hacen que sea muy difícil que se entiendan los latinos y los sajones de ultramar.

El comportamiento de los negociantes cuyo deseo es dominar las finanzas de Sudamérica, es otro factor que agrava la actitud de desconfianza del Sur hacia el Norte. Estos hombres no son los aristócratas del mundo mercantil, sino que por regla general son simples aventureros que se han formado la idea de despreciar a las gentes del Sur; rudos negociantes que se han convertido en fomentadores de la anarquía. Intervienen en querellas políticas; instigan revoluciones para obtener de los vencedores enormes concesiones de tierras, o privilegios ferrocarrileros, o empréstitos que tienen todos los requisitos necesarios para arruinar al país. Para repúblicas que no tienen la concepción del poder y del idealismo de los Estados Unidos,

hombres de este jaez aparecen como los representantes de una nación vulgar e inmoral. Se han ganado la molesta reputación de entremetidos. A uno de esos hombres se le dijo que el Tribunal Supremo del país se oponía a sus proyectos, y él, sin más palabras preliminares, preguntó: ¿"Cuánto cuesta comprar al Tribunal Supremo?" Cuando alguien habló a un banquero poco escrupuloso, de la honradez de ciertos jueces, contestó que las gentes honradas lo que buscan es un precio más alto que las venales. Esta es la moral predicada en esos países por los americanos que desprecian las extravagancias políticas de las naciones latinas. A los peligros de la anarquía interior, añaden ellos el peligro aún más inquietante de la corrupción económica.

El desprecio de los políticos, la ambición frustrada de los mercaderes, aparta a las democracias meridionales de la república que verdaderamente desea auxiliarlas en su progreso político. Mientras se permita que la Doctrina Monroe sirva de alcahueta a la concupiscencia de algunos y a la ausencia de escrúpulos de otros, el Panamericanismo, el sueño de un estadista, Mr. Blaine, no hará progreso alguno.

Pero después de denunciar la peligrosa influencia de estos dos factores concomitantes, la tutela política y el imperialismo con fines de lucro, ¿hemos dicho todo lo que se puede decir últimamente acerca de esta Doctrina? El monroísmo puede ser ensanchado. Sin dejar escapar su influencia histórica, puede cambiar tanto su método como su finalidad. En vez de abandonar este principio tradicional, sería enteramente practicable adaptarlo a las nuevas condiciones sociales de la América Latina. Un diplomático colombiano, el Sr. Santiago Pérez Triana, en notable publicación ha realizado ya el estudio de la transformación de la doctrina de tutela. Según él, el instinto de rapiña se ha entronizado nuevamente en las grandes naciones europeas que están participando en el saqueo de Trípoli y de Marruecos. Y si su ambición no se dirige con envidiosos ojos hacia la América Latina, es porque existe otra doctrina que se opone a ello: el "regalo que naciones recién surgidas en el mundo encuentran en esa cuna de la libertad que con tantos trabajos se han ganado". Hace un llamamiento a las naciones sudamericanas para que a su vez hagan una proclamación y declaren solemnemente

que la conquista extranjera queda de ahora en adelante eliminada, desterrada del Nuevo Mundo. Si los Estados Unidos, dice él, afirmasen que también ellos están de acuerdo con las repúblicas soberanas del Sur, que ellos respetan el *statu quo* territorial en este continente americano, el cual su propia expansión triunfante parece amenazar, podría establecerse una comunidad jurídica americana y la unión de las dos razas que gobiernan este inmenso continente llegaría a ser un hecho político de trascendentalísimas consecuencias. Estaríamos entonces cara a cara con un nuevo monroísmo, como doctrina de autonomía americana aceptada y proclamada por todos los pueblos en ultramar, quienes acordarían protegerse los unos a los otros contra todas las futuras tentativas de conquistas; y entonces, en vez de esta vejaminosa y mortificante tutela, tendríamos una sólida declaración de solidaridad americana.

Aun ya desde 1911 estos proyectos generosos dieron señales de desarrollo. Los Estados Unidos, Brasil y Argentina, por medio de su intervención amistosa, evitaron una guerra inminente entre Perú y el Ecuador. Cuando pacificaron a la América Central, Méjico vino en su auxilio, y desde entonces en adelante su actuación no tuvo ni siquiera semejanza con la intrusión extranjera. Fué en nombre de una doctrina no solamente norteamericana, sino panamericana, que los pueblos del Nuevo Mundo se dirigieron a las poderosas naciones que estaban ya listas para despedazarlas. Nadie criticó entonces esta intervención de los grandes países del Nuevo Mundo, de los sajones del Norte y de los latinos del Sur. Los Estados Unidos desempeñaron su papel; y también—y esto es lo que hizo su influencia moral aceptable—lo hicieron las naciones hispanoamericanas.

Además, la célebre Doctrina Drago solamente es una sencilla consecuencia del monroísmo, un sencillo desarrollo económico de la antigua y molesta teoría. Fué una América amenazada por acreedores la que buscó esta arma para defender su autonomía. El Presidente Monroe había condenado la colonización de territorio americano por pueblos europeos. El Ministro argentino, Drago, previó la posible ocupación del territorio de países deudores, para garantía del pago de créditos dudosos. La doctrina protectora se convirtió en teoría aceptada en las naciones

meridionales, a pesar de su aborrecimiento por toda tutela anglosajona. Con igual idea en la mente, en el último Congreso de la Paz, en La Haya, los hispanoamericanos lograron probar a la Europa indiferente que los pueblos de origen hispano también poseían un ideal muy suyo, una individualidad perfectamente delineada y una celosa solicitud por sus tradiciones y por su libertad. En principio, la Doctrina Monroe es un artículo esencial en el código público del Nuevo Mundo. Dos periódicos de Buenos Aires, *La Argentina* y *La Razón,* han llegado a reconocerla como tal. En ellos leemos que los Estados Unidos son "la salvaguardia de los intereses americanos", y alaban a la república norteamericana por la protección paternal que ofrece. Es solamente la brutal expresión de la Doctrina, el cínico imperialismo que se deduce de ella, lo que se hace peligroso para la unidad moral del continente.

Los más sabios estadistas no han pensado en divorciar de la futura historia de América esta teoría, aun cuando critiquen sus excesos con la mayor severidad. Si se suprime su influencia moral, cambiarán al instante las relaciones entre Europa y el Nuevo Mundo y el imperialismo de las naciones conquistadoras llevará a cabo nuevas tentativas de colonización, que habrán de ser estorbadas o impedidas por la resistencia patriótica de los pueblos de los territorios invadidos. Las naciones de Sudamérica están celosas unas de otras, a pesar de sus fraternales proposiciones. Violento espíritu de nacionalismo las divide. Sería en verdad difícil combinarlas de nuevo en un solo y único estallido de entusiasmo por la libertad, como aquel que tuvo lugar hace un siglo. Las poderosas repúblicas de Argentina y del Brasil son a menudo olvidadizas de sus deberes para con naciones de la misma raza que son menos ricas y menos importantes que ellas. El Sr. Archibald Coolidge, profesor de la Universidad de Harvard, ha visto de manera muy clara el peligro moral de esta desintegración de intereses. La democracia del Norte evidentemente tiene un sentido de organización y de autodisciplina. Está en su poder mantener fuertes y útiles lazos entre las repúblicas del Sur.

En lugar de un solo Estado-Policía, debería formarse una especie de confederación ideal de gobiernos cuya benéfica in-

fluencia sería sentida por todas las repúblicas. A medida que nuevos pueblos fuesen logrando su independencia, deshaciéndose de la antigua anarquía y desenvolviéndose en paz, esta unión se aumentaría y los iría acogiendo en su seno. Sería una organización civilizadora sin poderes definidos, en la cual los dos grandes sistemas políticos, el sajón y el latino, los Estados Unidos y sus repúblicas hermanas, estarían en equilibrio; y América encontraría en ella una garantía de paz, de solidaridad y de progreso. Así evitaríamos el peligro de la guerra entre naciones homogéneas. Los pueblos más ricos vendrían en auxilio de aquellos cuyo desarrollo es aún imperfecto, y el Panamericanismo sería una realidad.

Los Estados Unidos no pueden ahora aislarse y renunciar a una influencia que su poder y su riqueza justifican ampliamente. Así como su actuación sin freno alguno es un presagio de peligros en los asuntos del Nuevo Mundo, asimismo su abstención completa en las luchas de Sudamérica traería perjuicios a los aún divididos países del Continente Meridional. Las ambiciones de Europa y del Japón, así como el imperialismo norteamericano, son peligros que mantienen a los países del Nuevo Mundo en perenne ansiedad. Las ambiciones de estos diversos países chocan unas contra otras, y la lucha entre ellos es una perpetua garantía de independencia para las naciones que están en el Ecuador y al Sur del mismo. Además, los hombres del Norte tienen una función civilizadora que llenar en el continente en que ejercen poderío supremo. Si su conducta es desinteresada, si evitan la guerra, si fertilizan abundantemente estos países nuevos con el dinero de sus bancos, si se convierten en los apóstoles de la paz y de la justicia internacional, nadie jamás olvidará la grandeza de su papel en la política del mundo. Indefectiblemente nos harán recordar a la Francia de 1792, la libertadora universal de pueblos,—una cruzada contra la tiranía.

Considerando el comportamiento de los Estados Unidos con sus vecinos, debemos distinguir muy claramente entre su actitud respecto a Panamá y su política respecto a los países que se encuentran al sur del Istmo. En Cuba, los Estados Unidos han respetado la libertad que concedieron a la Isla que tan poco

ha ganado con su experiencia; pero en los demás lugares, especialmente en Panamá, muchas revoluciones que no ha condenado, muchos ejemplos del ansia de lucro, han estorbado el cumplimiento de sus bellas promesas. Su actuación relacionada con Sudamérica, sólo merece respeto. El interés puramente egoísta de los Estados Unidos, evidentemente reside en el sostenimiento de la guerra y de la anarquía, de acuerdo con la clásica fórmula: "Divide y gobernarás"; y sin embargo, los Estados Unidos han mantenido la paz. Desde Panamá al río de la Plata, trabajan por la unión de los pueblos y por la civilización.

He aquí, pues, un aspecto de la Doctrina Monroe, de perpetua utilidad: la lucha contra las guerras que amenazan arruinar al Nuevo Mundo, pobre aún y escasamente poblado,—la intervención con el ramo de olivo. Al estimular la unión de las repúblicas sudamericanas, los Estados Unidos protegen al mismo tiempo sus propios intereses comerciales, amenazados por esta perpetua baraúnda. Si su actuación hiciese alto ahí, si renunciasen a toda adquisición territorial, si se negasen a toda intromisión en los asuntos interiores de cada estado, la Doctrina tan a menudo condenada se vería nacer de nuevo y nadie se atrevería a censurar su eficacia. Más que nada, es por razón de prácticas políticas irregulares, como la de fomentar la revolución, que la excesiva tutela de los Estados Unidos obtiene la más extendida condenación. Un escritor argentino, Manuel Urgate, ha resumido este sentimiento en esta frase: "Deseamos ser hermanos de los norteamericanos, pero no sus esclavos". Aun cuando esta tutela tuviese por objeto preparar democracias sin tradiciones democráticas de acuerdo con los métodos sajones; aun cuando, como en el caso de Cuba, concediese libertad parcial y privilegios provisionales, el apasionado sentimiento por la independencia, tan extendido por toda la América, se irritaría sobremanera con este método de educación más bien despreciativo. La Gran Bretaña tiene más respeto por la autonomía de sus colonias, que el que la nueva democracia sajona está dispuesta a conceder a la independencia, frágil todavía, de algunas repúblicas americanas. ¿Qué se pensaría de un ministro conservador de la Gran Bretaña que pusiese su veto a la actuación del gobierno socialista de Australia, disolviendo el Parlamento

colonial, y que criticase las leyes del libre "Commonwealth"? No se puede comprender la política que a menudo están obligados a soportar los pueblos americanos en sus relaciones con Washington.

Si, desde el punto de vista político, la influencia de esta poderosa república debía seguramente reducirse a su necesaria mínima expresión, es lo cierto, sin duda alguna, que debiera estimularse desde el punto de vista intelectual y moral. Si el comportamiento de los Estados Unidos fuese siempre desinteresado y civilizador, en este caso entenderíamos mejor la naturaleza de sus intervenciones cuando son altruístas y con objeto de favorecer la causa de la civilización. En la América Latina el pueblo no entiende a los Estados Unidos. Unos cuantos juicios de impresión, a menudo dirigen la decisión que lleva a los latinoamericanos al antagonismo y a la infatuación irreflexiva. Se cree que los americanos del Norte son "gentes prácticas". Se dice que son intensamente ambiciosos de las riquezas. Que no tienen moralidad. El negociante, siempre duro y arrogante y brutal en sus métodos, es el símbolo de la nación. Los ideales, los ensueños, las nobles ambiciones, no tienen cabida en sus pechos. Estas características del norteamericano son admiradas o despreciadas por los hombres del Sur, de acuerdo con sus ideas individuales. Olvidan cuán austera es la grandeza que los americanos del Norte adquieren por el soberbio idealismo, por su fuerte tradición puritana, por el ansia de dinero puesta al servicio de la ambición de poder y de influencia sobre los hombres. Ignoran el misticismo que siempre florece en los Estados Unidos, que crea continuamente nuevas sectas, el perpetuo renacimiento cristiano cuya energía fué admirada de modo tan elocuente por William James. Tenemos que admitir que en los países sudamericanos no encontramos que se dé tanta importancia a la línea que separa el ideal del hecho. El ejemplo de los Estados Unidos, la lectura de sus poetas, el estudio de Emerson, la influencia de sus universidades, el examen del papel que la riqueza ha desempeñado en esta democracia, harían mucho, creo yo, en el sentido de reformar los malos hábitos del Sur y de que se apreciasen los verdaderos fundamentos de la grandeza de Norteamérica.

Los Estados Unidos han sido imitados con frecuencia, sin haberse tenido la debida concepción del espíritu de sus instituciones; y estas imitaciones han colmado de desgracias a las repúblicas hispanas. Por esta razón la idea federal entre las naciones de Sudamérica, ha servido solamente para dividirlas más todavía y para multiplicar la anarquía por el número de estados creados por la federación. Mientras entre los neosajones los estados soberanos han apretado sus lazos y se han fundido en una unión poderosa, los Estados de Sudamérica pasaban de una centralización absoluta a una caótica división. De igual manera, los presidentes de Sudamérica gobiernan por un período de cuatro años, a imitación de los Estados Unidos, y su efímero mando ha sido incapaz de fundar un régimen estable. Sería una gran ventaja para Sudamérica estar en condiciones de comprender mejor los aspectos sociales y políticos de la vida norteamericana, de ver su fuerza y sus puntos débiles, de apreciar la parte que juega el idealismo y la que juega el sentido común, de poder saber lo que vale el ''big stick'' y la lealtad a un principio. Aun hoy, los sudamericanos comprenden de manera muy imperfecta el idealismo moral que inspira al Presidente Wilson al condenar un gobierno que desde su nacimiento mismo ha sido sangriento como las manos de Lady Macbeth. Los pueblos latinoamericanos, como la escéptica Europa, aceptan la excusa de las razones de estado, del crimen necesario, y con demasiada frecuencia olvidan las relaciones entre la política y la moral.

Sostiene el profesor Bingham que los sudamericanos se consideran ''más estrechamente emparentados con las razas latinas de Europa que con el pueblo cosmopolita de los Estados Unidos''. Si esto es cierto, no es ello motivo para que sufra el prestigio de la república tutora. Los hombres no la aman, pero habitualmente la temen y la admiran; y estos sentimientos allanan el camino al amor. En mi libro sobre las democracias latinas he expuesto los contrastes que fácilmente se pueden establecer entre el catolicismo de los hispanoamericanos, la religión del Estado, uniforme y formalista, y el incansable y activo protestantismo de los Estados Unidos: entre la mezcla de razas del Sur y el orgullo de raza, ''la carga del hombre blanco'', que go-

bierna la opinión del Norte. Muy fácil sería llevar adelante este análisis y exponer la fuerza de los prejuicios aristocráticos entre los españoles y el espíritu democrático perfectamente definido que existe entre los sajones; hacer resaltar el contraste entre el idealismo del Norte, con la menos generosa, menos vasta ambición del Sur, o entre la vida doméstica firme y puritana de los sudamericanos, y cierta licencia moral que existe en Norteamérica. Pero, a pesar de este marcado contraste, hay semejanzas no menos evidentes que los caracteres diferenciales, hay un americanismo que da cierta unidad a todo el Nuevo Mundo. Todo nos hace llegar a la conclusión de que si los Estados Unidos proceden de acuerdo con la América Latina, si la Doctrina Monroe pierde su carácter agresivo, la influencia de estas veinte naciones será una fuerza en el progreso del mundo que no podrá ser despreciada.

Existen ciertos principios generales, como los de democracia y de arbitraje, que apenas son discutidos en América. Dos eminentes profesores, el Sr. W. R. Shepherd y el Sr. L. S. Rowe, han reconocido que la idea del arbitraje, como medio judicial para dirimir las diferencias internacionales, debe su origen a Bolívar, el Libertador del Nuevo Mundo. Este principio se ha hecho americano: todas las repúblicas lo aceptan; y en un magnífico arranque de impulsivo ardor, Mr. Taft quiso imponer el principio a Europa. Las clases engreídas, orgullosas por privilegios de casta, no existen en este joven continente, abierto a todas las influencias mundiales. Ningún prejuicio religioso detiene aquí la mezcla de razas. En Buenos Aires, al igual que en Nueva York, el extranjero que renuncia a su obediencia a España o a la Gran Bretaña, se convierte en un patriota. El continente es el horno en que se funden todas las razas inmigrantes. Intereses intelectuales análogos son preeminentes en el Norte y en el Sur, sin ningún acuerdo preliminar, sin ninguna sujeción de la América Latina a la influencia de los Estados Unidos. La poesía canta la raza y sus hazañas, la libertad y la vida. Nosotros los sudamericanos también tenemos nuestros Walt Whitmans. Las ciencias sociales en todo el Continente han progresado más que la metafísica y la teología. Rivales de Giddings y de Lester Ward, enseñan en las universidades sudamericanas;

y al lado de la obra de Wheaton, podemos colocar la obra de Calvo. El pragmatismo, la filosofía de la América del Norte, es también la filosofía de la América del Sur hispana; y en los libros de Alberdi, un sociólogo argentino, encontramos pensamientos que suscribieron William James y sus discípulos medio siglo más tarde. Forzosamente, pues, tenemos que creer en las relaciones perfectamente bien definidas existentes entre el orden físico y el orden moral. El Nuevo Mundo tiene una geografía y una política que le dan una genuina originalidad cuando se le compara con Europa.

Y el Nuevo Mundo debe darse cuenta de esta individualidad. Debe estar orgulloso de ella. Debe llegar a una completa convicción de la utilidad que le representa una perfecta inteligencia entre los sajones y los latinos de ultramar, como razas complementarias la una de la otra. Los latinos deben aprender a apreciar a los Estados Unidos de manera más completa y a juzgarlos con más justicia. Y a su vez los Estados Unidos deben renunciar a toda política agresiva y deben abandonar un monroísmo a la vez rígido y peligroso. Entonces será posible aplicar al Continente entero los versos de Walt Whitman sobre la democracia, de la cual era el poeta épico, cuando dijo a sus compatriotas:

I will make the most splendid race the sun
ever shone upon.

("Yo haré la más espléndida raza que el sol haya jamás alumbrado.")

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870 Y EL CONFLICTO ACTUAL

Se ha dicho repetidas veces que el triunfo de Alemania sobre Francia en 1870, representaba el triunfo de un pueblo sano en lo moral, y vigoroso físicamente, sobre un pueblo pervertido y débil; se ha dicho también que la Francia de 1870 había llegado al más alto punto de degeneración, y que fué para los prusianos harto fácil victoria la alcanzada sobre las huestes napoleónicas.

Creemos que algo se exagera al hacer tan rotundas afirmaciones. Sería difícil determinar la degeneración que había alcanzado la Francia de 1870, en comparación con la Francia de 1854 que había humillado a Rusia, o con la Francia de 1859, que había triunfado en Solferino. Y algo más difícil aún sería decidir si había más depravación y menos sentido moral en París que en Berlín.

Hubieran tenido los franceses el valor de los espartanos que defendieron las Termópilas, o la devoción de los tiroleses que cayeron en Sadowa, y con Napoleón III al frente del Gobierno, y sus generales de 1870 al mando de las fuerzas, el resultado habría sido igual: los ejércitos franceses no hubieran escapado a la destrucción.

Aun sin la contingencia funesta de la guerra, poca resistencia ofrecía el edificio nacional en 1868. Napoleón III había tenido la triste suerte de colocar a Francia en enemistad con todas las potencias europeas.

Italia se hallaba disgustada con Francia, porque la actitud de esta potencia con respecto a la Santa Sede, hacía difícil la

ocupación de Roma. Prusia había roto sus relaciones con el Imperio, a causa de las tentativas sobre el Luxemburgo. Inglaterra se encontraba distanciada, y Rusia le guardaba rencores por la cuestión de Creta.

En el interior no era más feliz la situación del Gobierno, que habían venido a agravar últimamente la desgraciada expedición a Méjico, el proceso y absolución del príncipe Pedro Bonaparte, asesino de Víctor Noir, y el descontento prevaleciente en el ejército.

En tal momento surgió la cuestión Hohenzollern. Se supo que el general Prim había entablado negociaciones con el príncipe Leopoldo de Hohenzollern para que aceptase la corona de España, y se pretendió que el rey de Prusia prohibiese al príncipe que aceptase esta designación. Se negó el rey Guillermo, manifestando que no siendo él el jefe de la familia, y tratándose de un príncipe independiente, nada podía hacer; y aun cuando el príncipe, por no ser causa de una guerra, declinó el ofrecimiento y se negó a aceptar el trono que se le brindaba, el gobierno francés se empeñó en que el rey Guillermo se excusase, por escrito, de no haber impedido este proyecto y se comprometiese, además, a no consentirlo en lo adelante.

Creyendo humillantes estas peticiones el rey de Prusia, lo manifestó así al embajador francés, conde de Benedetti; y como éste insistiera y no fuera recibido por el rey, se entendió que ello constituía un ultraje a Francia; y el día 19 de julio de 1870 se declaró la guerra a Prusia.

Ollivier, antiguo diputado socialista, que había sucedido a Rouher en el Gobierno, leyó el 20 de julio ante la legislatura la declaración de guerra. El entusiasmo no fué extraordinario. La mayoría de los diputados permaneció en silencio. Por la noche una multitud descendía hacia la plaza de la Bastilla, gritando "Viva la paz", y allí ocurrió un violento choque con otro grupo que en dirección opuesta venía gritando "A Berlín". La policía intervino y se hicieron numerosos arrestos; pero el síntoma quedaba patente: el pueblo no quería tampoco la guerra.

¡Qué contraste con la situación de 1859! Entonces salía el rey de las Tullerías en un carruaje abierto, en medio de una muchedumbre frenética que le aclamaba con un entusiasmo no

igualado. En 1870 salía Napoleón de St.-Cloud, el 28 de julio, y, dando un rodeo para no atravesar París, tomaba el camino de Metz, como si careciera de valor para afrontar a su pueblo, o como si presintiese que jamás había de regresar.

El día 2 de agosto tuvo lugar el primer encuentro en Säarbrucken. Un batallón de fusileros y tres escuadrones de hulanos, se encontraban allí estacionados bajo el mando del teniente coronel Von Pestel; unos 1,000 hombres en total. Ávido de enviar noticias de victorias que reanimaran el decaído espíritu, el emperador ordenó el avance del general Frossard, con 30,000 hombres, y después de una breve lucha la plaza fué tomada. Napoleón en persona, acompañado de su hijo, presenció la desigual batalla, para juzgar de la efectividad de los *chassepots* y de las ametralladoras; y mientras los prusianos se retiraban en orden y con ligeras pérdidas (4 oficiales y 79 hombres), los franceses enviaban a París la noticia de la resonante victoria, en la cual había recibido su bautismo de fuego el príncipe imperial, de quien se contaba el valor y sangre fría extraordinarios.

Dos días solamente duró este fugaz sueño de glorias; el 4 de agosto el príncipe heredero de Prusia cruzaba la frontera francesa y atacaba a Weissenburg, sobre el pequeño río Lauter. Allí se encontraba el general Abel Douay, con 11 batallones y 4 baterías pertenecientes a las fuerzas destacadas del mariscal Mac-Mahon. La población fué tomada por las fuerzas prusianas y bávaras reunidas; el general Douay fué muerto, con 1,200 soldados; otros 1,000 fueron hechos prisioneros, y el resto de las fuerzas francesas se retiró a Worth. Los alemanes perdieron 91 oficiales y 1,460 hombres. Sólo el regimiento de Granaderos Reales perdió 23 oficiales y 329 hombres; prueba evidente de la desesperada resistencia de los franceses.

El 5 de agosto Mac-Mahon ocupaba a Worth y comenzaba a fortificar las alturas al oeste de Säarbrucken y las aldeas de Froschweiller y Elsasshausen, en donde esperaba detener el avance alemán, por lo que se ordenó la reconcentración de las tropas de Félix Douay, estacionadas en Belfort y en Mulhausen, y las del general Failly estacionadas en Bitsch. Pero solamente una división llegó a tiempo; la segunda llegó tarde al campo de batalla, después de la derrota, y sólo sirvió para cubrir parcial-

mente la retirada. Este retraso redujo las fuerzas de Mac-Mahon a 45,000 hombres solamente, con los cuales hubo de hacer frente al victorioso ejército del Kronprinz.

No tenía éste intención de trabar un combate decisivo, por lo menos antes del 7 de agosto, fecha en que hubiera podido combinar el ataque de cinco cuerpos de ejército; pero, al anochecer del día 6, las avanzadas del quinto cuerpo trabaron un violento encuentro con el enemigo, que a poco se hizo general, por haber acudido tropas de uno y otro lado en defensa de los combatientes. Worth y Elsasshausen, fueron prontamente tomados; no así la aldea, bien fortificada, de Froschweiller, en donde tuvo lugar lo más fiero de la pelea. Después que hubo caído esta última plaza, y cuando fueron rechazados los coraceros franceses en su última desesperada carga, las fuerzas de Mac-Mahon huyeron en desorden hacia los Vosgos.

Los fugitivos fueron tenazmente perseguidos aquel día y el siguiente. Los alemanes tomaron 200 oficiales y 9,000 soldados prisioneros, un águila, cuatro banderas, 28 cañones, 5 ametralladoras, 23 vagones de armas, 1,193 caballos y la caja militar, que contenía 222,000 francos en oro; más de 6,000 franceses fueron muertos, mientras las bajas alemanas ascendían a 489 oficiales y 10,153 soldados; entre los heridos figuraba el lugarteniente general Von Bose, comandante del 11.º cuerpo, y el lugarteniente general Von Kirchbach, jefe del quinto cuerpo. Sobre el campo de batalla levantó su vivac el ejército victorioso, que en el silencio de la noche cantaba el himno *Nun danket Alle Gott,* al compás de centenares de instrumentos.

Mientras esto acontecía, el fugitivo Mac-Mahon llegaba con parte de su destrozado ejército a Zabern, en la mañana del 7 de Agosto, de donde se encaminaba a Chalons, para unirse a los cuerpos de Douay y Failly, con objeto de formar un nuevo ejército; pero dejando indefenso el norte de Alsacia. La división de Baden recibió órdenes de tomar a Estrasburgo. Hagenau había caído el 7 de agosto, y del 8 al 9 la división entera acampó bajo los muros de la ciudadela, intimando el general Uhrich de Pfalzburg la rendición de la plaza. Ante la negativa del francés, un cuerpo especial fué formado para el sitio de la ciudad, el cual quedó definitivamente cerrado el 14 de agosto; formaban

este cuerpo la división de Baden, una división de la reserva prusiana y la división Garde-Landwerh. El Kronprinz, con el resto del tercer ejército, entraba en Nancy el 16 de agosto.

Una nueva victoria fué alcanzada por el ejército alemán en Spicheren, el día 6 de agosto, debida también a la suerte que parecía acompañarlo de una manera decisiva. 27,000 alemanes lucharon contra 40,000 franceses, pero no en una acción empeñada de propósito, sino más bien por sorpresa. Los alemanes creyeron al principio que sólo tenían enfrente un pequeño cuerpo de ejército, y es muy probable que de saber que se las habían con la división Frossard en masa, no se hubiera trabado el combate. Sólo el regimiento de granaderos de Brandeburgo perdió 35 oficiales y 775 hombres. La llegada de la división Glumer decidió el pleito en favor de los germanos y sembró el pánico entre los franceses, que se retiraron hacia Metz. Tan rápida fué la acción, que el ejército de Bazaine, separado del sitio en que ésta tenía lugar por sólo 7 u 8 millas, no tuvo tiempo de acudir en socorro de Frossard. Los alemanes perdieron en la acción 223 oficiales y 4,648 soldados, mientras los franceses dejaban en el campo de batalla 249 oficiales y 3,829 soldados, de los cuales unos 2,000 fueron hechos prisioneros.

Estos hechos de armas colocaron a los germanos sobre Metz. Allí se encontraba el mariscal Bazaine empeñado en discutir si convenía abandonar la plaza a sus propias fuerzas y cerrar el paso al enemigo en Verdun, o en Chalons, o presentar batalla desde luego a los victoriosos invasores. El primer plan hubiera sido preferible, en la opinión de autorizados críticos alemanes; pero se optó por el segundo, y esto, después de una discusión que duró del 11 al 13 de agosto, si bien se ha afirmado que Bazaine intentaba pasar el Mosela y reunirse a Mac-Mahon.

No procedían los alemanes con mayor rapidez; más bien lo hacían con extraordinaria prudencia, como si estuvieran asombrados de la facilidad de las victorias anteriores, o tal vez porque el servicio de espías no estaba tan bien organizado como lo estuvo después. Hasta el 13 de agosto no llegó el gran ejército a Herny, en el camino de Falkemberg a Metz. El propio rey y Von Moltke lo mandaban, mientras el príncipe Federico Carlos se disponía a unírseles, dejando a Saargemund. En la ma-

ñana del catorce las avanzadas vieron al ejército francés en la ribera derecha del Mosela y tratando de cruzarlo. Los generales Goltz y Manteuffel atacaron a la división Castagny, y en este combate la victoria se mostró indecisa; unos y otros se la atribuían, aun cuando es lo cierto que los franceses pudieron continuar su marcha.

Toda la preocupación del Mariscal parecía tender a mantener libre el camino que volvía a Metz, manteniendo la Guardia Imperial en Gravelotte, con el general Bourbaki, y así llegó el ejército a Mars-la-Tour, en donde se dispuso un alto para almorzar.

De súbito empezaron a caer granadas entre los mismos hombres, ocasionando en ellos pánico indescriptible, del que se aprovecharon los prusianos para ocupar los dos lados del camino de Verdun. El propio Bazaine estuvo en peligro de ser capturado, debiendo su salvación al intrépido esfuerzo de su estado mayor. La batalla continuaba sin interrupción a las cuatro y media; en este momento hizo su aparición el príncipe Federico Carlos a la cabeza de dos cuerpos de ejército que formaban un frente de asalto de ocho mil hombres, y esto decidió la acción en favor de los prusianos. A las nueve de la noche se dió el alto al fuego, y una magnífica luna se alzó sobre el campo de batalla cubierto por veinte mil cadáveres, en una extensión de diez kilómetros...

Era entonces necesario que un jefe audaz y enérgico hubiera estado al frente de los animosos soldados de Francia; no Bazaine, cuya indecisión e inactividad se reflejaban penosamente sobre sus valientes soldados, que recibieron con visible descontento la orden de regresar a Metz. La inacción del Mariscal hizo que la marcha no se emprendiera hasta el 18 al mediodía; y aun entonces, al recibir la noticia de que los prusianos atacaban al ejército francés desde Gravelotte a Roncourt, se negaba a creer que hubieran podido rehacerse y traer sobre su extrema derecha fuerzas suficientes para obstruir el camino de Montmedy hacia el norte.

Sin embargo, el mariscal Moltke se había reunido al rey en Ste.-Marie-aux-Chênes, y concentraban todas sus energías contra St.-Privat-la-Montagne, defendida por Canrobert. Por dos

horas continuas, de 5 a 7 de la tarde, Canrobert rechazó los furiosos ataques del prusiano, diezmando bajo los propios ojos del rey Guillermo a uno de los regimientos de Guardias de la Reina, y forzando al propio Moltke a tomar el mando, en persona, de los fusileros pomeranos, para evitar el pánico inminente entre ellos. A las siete, Moltke decidió aniquilar a los contrarios y lanzó sobre ellos 90,000 hombres. 240 cañones abrieron entonces un fuego terrible sobre los 25,000 valientes de Canrobert, a quien faltaban ya hasta las municiones. En tal momento aparecieron por el noroeste los sajones, y la derrota fué inevitable, viéndose obligado Canrobert a retirarse.

Aun dudaba Bazaine de lo que acontecía y se negaba a creer las noticias que venían de la acción empeñada. Al fin, se decidió a enviar al frente la brigada Picardía, pero ya era tarde; ni siquiera pudo impedirse que los prusianos pasaran Amanvillers. La batalla costó 20,000 hombres a Prusia y 18,000 hombres a Francia, de los cuales 2,000 fueron hechos prisioneros; mas su resultado principal fué dejar aislado al único ejército organizado de Napoleón, del resto del país, del cual se hallaba separado por una barrera de 250,000 hombres.

Tales noticias causaron en París efecto indescriptible; al asombro de los primeros momentos, siguió un descontento general y acaso una revuelta, que pudo evitar el Gobernador de la ciudad, general Trochu.

Era necesario, ante todo, acudir en auxilio de Bazaine, cuya crítica situación se conocía confusamente; por lo que el Consejo convocado en Rheims acordó ordenar la reunión de Mac-Mahon y Bazaine en Stenay. No pudo Mac-Mahon recibir a tiempo tales órdenes, o se demoró acaso en cumplirlas; es lo cierto que llegó tarde al lugar designado y sólo cuando los alemanes lo habían ocupado ya. Tuvieron lugar entonces las acciones de Buganzy, Novart y Voncq, la sorpresa de Failly en Beaumont y la retirada de Douay ante los Bávaros; todo lo cual llevó al ejército de Mac-Mahon, de retirada en retirada, hasta Sedán.

Allí ordenó sus fuerzas en la siguiente forma; Lebrun mandando la derecha, en Bazeilles; Douay, la izquierda en Illy y Floing; Ducrot, el centro en Moncelle y Daigny; y Wimpffen la reserva en la floresta de Garenne; mientras tanto, bávaros y

prusianos avanzaban pesadamente, llenos de confianza, bajo el mando de sus expertos jefes.

A las seis y media de la mañana del día primero de septiembre de 1870, fué gravemente herido Mac-Mahon en La Moncelle y tuvo necesidad de dejar el mando, el cual fué entregado a Ducroc, que ignoraba las órdenes que se habían conferido a Wimpffen.

Ducrot ha declarado después, que "no había recibido instrucciones de ninguna clase del Mariscal, y que no sabía siquiera si debía mantenerse a la defensiva o tomar la ofensiva". Teniendo necesidad de decidir alguna cosa, ordenó la reconcentración para dirigirse a Mezières.

A las ocho y media de la mañana, cuando el movimiento ordenado por Ducrot se encontraba en vías de ejecución, el general Wimpffen reclamó el mando del ejército y ordenó detener la retirada hacia Mezières. El general Ducrot defendió vanamente la importancia de mantener la fuerte posición de Illy; Wimpffen, que anhelaba, a lo que parece, el mando de una acción de tal importancia, contestó: "El ejército necesita una victoria, no una retirada"; e inmediatamente ordenó a la derecha "avanzar atacando vigorosamente"; esperaba destruir la izquierda alemana, compuesta por dos cuerpos de ejército bávaros, arrojarla sobre Maas, y atacar después la derecha con todo el ejército combinado.

El plan hubiera sido bueno, si la izquierda alemana hubiera sido débil o inferior en número; pero los soldados de Wimpffen tenían ahora que habérselas con un aguerrido contrario, a quien ya animaba el recuerdo de las recientes victorias, y superior en número de cien mil hombres. Con tales elementos en contra ¿qué sorpresa puede causar el resultado de Sedán?

Bazeilles, situada en el cruce de los caminos de Douzy y Sedán, fué el inicio de la batalla. Rechazados los bávaros en el primer asalto, pronto lo intentaron nuevamente con fuerzas superiores; alrededor de la villa Beurmann y en el lado oeste de la población se concentraba la lucha; los franceses se vieron a poco obligados a ceder ante el número creciente de enemigos, huyendo a Balan. No obstante la huída, a cincuenta metros de la villa Beurmann un puñado de hombres, encerrados en una

casa aislada, resistió bravamente el empuje de los bávaros; los mandaba el comandante Lambert, con los capitanes Ortus y Aubert, y pertenecían casi todos al cuerpo de infantería de marina. Agotados los cartuchos, Lambert dispuso abrir las puertas y se presentó ante ellas, reclamando de los enemigos el sacrificio de su vida. Tal rasgo de valor ha inspirado a De Neuville su famoso cuadro *El último cartucho.*

Todo perdido; al mediodía Bazeilles se encontraba envuelto en llamas y en poder de los bávaros. A Bazeilles siguió Balan, de donde fueron desalojados los franceses casi inmediatamente.

Mientras tanto Moncelle era tomado por los sajones; y a las once de la mañana, en los momentos en que Bazeilles caía, la artillería germana coronaba la cresta del Givonne, tras breve lucha. De St.-Menges a Floing, abrieron el fuego sobre los franceses, y, avanzando siempre de posición en posición, ganaban terreno sin cesar.

A las once y media el general Galliffet recibió órdenes del general Margueritte, de cargar con los escuadrones de cazadores de África. Los alemanes fueron momentáneamente detenidos; ni un momento debía ser perdido. El general Ducrot dispuso la concentración de toda la artillería disponible en la planicie, y se volvió en dirección a Fleigneux; colocó las divisiones Pellé y Hériller en las alturas y mandó cargar a la caballería de reserva.

El objeto era arrojar al enemigo hacia la izquierda, y después volver a la derecha y atacarlo por el flanco. Eran las dos de la tarde cuando el general Margueritte, que retrocedía para reconocer mejor el terreno enemigo, fué gravemente herido en la cara; no obstante su grave herida, ordenó el movimiento con un ademán de su brazo; guiada por este ademán, la caballería se lanzó sobre Floing...

"No obstante la desventaja del terreno", dijo un parte prusiano, "los franceses cargaron bravamente". La artillería los destrozaba, pero a una carga sucedía otra más vigorosa. "El honor del ejército reclama este sacrificio", dijo Ducrot; y nuevos escuadrones fueron lanzados a la muerte, inútil, pero gloriosa.

"¡Brava gente!", exclamó el rey Guillermo al contemplar el arrojo de los jinetes de Francia. Y el parte prusiano del combate, comentando esta parte de la batalla, decía: "Los esfuerzos de los bravos escuadrones franceses y sus heroicas tentativas, no pudieron evitar la catástrofe; y su ejército no tiene por cierto menos títulos para mirar con orgullo los campos de Floing y Cazan, en donde sucumbió gloriosamente, que nuestros victoriosos soldados".

A estas gloriosas cargas se encuentra unido por siempre el nombre del comandante d'Alincourt. Cerca de las tres de la tarde trató de abrir un camino a través del enemigo, con un escuadrón del primer regimiento de coraceros. Saliendo de Mezières, estos valientes cargaron sobre los alemanes estacionados en los suburbios de Cazal, haciéndolos retroceder; pero, dada la alarma, acudieron refuerzos de todas partes; se levantó una barricada con carros, escombros y otros materiales, y desde ella fueron barridos los temerarios asaltantes, pereciendo más de las tres cuartas partes.

A esta hora, Napoleón III dispuso levantar la bandera blanca. La desgracia había terminado; Sedán se había cumplido.

Tristes momentos para el Emperador que se veía obligado a humillar las victoriosas armas francesas. ¿Cómo podría creer que así había de ser destrozado el victorioso ejército de Sebastopol y Solforino?

He aquí el texto de la carta que envió al rey de Prusia: "Señor y Hermano: No habiendo tenido la suerte de morir en medio de mis tropas, nada me queda sino entregar mi espada en las manos de Vuestra Majestad".

El rey contestó: "Aunque lamento las circunstancias en que nos encontramos, acepto la espada de Vuestra Majestad y os pido tengáis a bien nombrar a un oficial vuestro con facultades bastantes para concertar los términos de la capitulación del ejército, que tan bravamente ha luchado bajo vuestras órdenes. Por mi parte he nombrado al general Von Moltke, con tal objeto".

El general Wimpffen fué designado por el Emperador para llenar tan triste empeño. La entrevista de los apoderados tuvo lugar en el castillo de Bellevue, cerca de Donchery; por más

de tres horas Wimpffen luchó vanamente por obtener alguna modificación de las condiciones que Moltke tuvo a bien fijar. Este frío e inflexible calculador, que había reducido la guerra a fórmulas matemáticas, era incapaz de generosidad o de odio, y había decidido que el ejército entero, con armas y bagajes, debía quedar prisionero.

Bismarck tomó parte en la conferencia, pero sólo para hacer algunas observaciones; el general Wimpffen las ha anotado en su libro de Sedán: ''Prusia exigirá como condiciones de paz, dijo el Canciller, no solamente una indemnización de cuatro billones de francos, sino la Alsacia y la Lorena; tenemos una buena línea estratégica de avance''. Wimpffen replicó: ''Pedid dinero solamente y tendremos una paz indefinida; si tomáis la Alsacia y la Lorena, sólo conseguiremos una tregua; en Francia todos sus hombres, desde los ancianos hasta los niños, aprenderán el uso de las armas, y llegará un día en que reclamarán lo que toméis''. Históricas palabras, dignas de ser recordadas oportunamente en los momentos actuales.

El día 2 de septiembre, a las siete de la mañana, Wimpffen reunió el Consejo de oficiales, formado por los jefes del ejército y los generales de división. El Consejo reconoció que ''frente a frente con la imposibilidad física de continuar la lucha, se veían forzados a aceptar las condiciones que se les imponían''. Y no quedaba otro remedio; no solamente estaban rodeados por 200,000 prusianos 80,000 hombres del ejército francés, sino que las provisiones sólo durarían un día. En su consecuencia, el general Wimpffen llevó la firma de aceptación al cuartel general germano.

Napoleón III había dejado a Sedán antes de la reunión del Consejo; esperaba ver al rey de Prusia antes de que la capitulación fuera firmada, y conseguir del mismo alguna concesión; pero el Rey esquivó la entrevista, y el derrotado Emperador encontró en su lugar al canciller Bismarck, con quien tuvo una breve conversación en la pequeña casa de un trabajador, cerca de Donchery. ¡Tal fué la conclusión de las entrevistas de Biarritz! Napoleón fué entonces enviado, con una escolta de coraceros de la Guardia, a esperar a su conquistador en un castillo cabe el Maas. Allí le repitió lo que antes había dicho a Bis-

marck: que él no deseaba la guerra; que la opinión pública en Francia le había obligado a emprenderla!...

Jamás monarca alguno de la tierra, ha dado muestras de mayor cobardía y falta de dignidad, tratando de arrojar en circunstancias tales sobre su nación la responsabilidad de una tan gran desgracia. Después de esta escena humillante, el Emperador fué enviado al castillo de Wilhelmshohe, cerca de Cassel, residencia anterior de su tío Jerónimo durante el fugaz reinado de Westfalia.

El ejército entero quedaba prisionero de guerra; mariscales y generales quedaron cautivos junto con sus soldados; allí hubieron de esperar en medio de privaciones, en la península de Iges, el momento de su partida. ¡Con cuánta razón se ha llamado a aquel lugar el Campamento de la Miseria!

Sedán costó en números redondos a Francia, 3,000 muertos, 14,000 heridos, 21,000 prisioneros hechos sobre el campo de batalla, 83,000 prisioneros por capitulación, 3,000 desarmados en Bélgica; en total, 124,000 hombres fuera de combate. Los alemanes capturaron además una bandera, dos insignias, 419 cañones y ametralladoras, 139 cañones de guarnición, 1,072 vagones, 66,000 rifles y 6,000 caballos útiles. Los alemanes perdieron 465 oficiales, de los cuales 189 fueron muertos, y 8,459 soldados. El general Von Gersdorff, fué muerto.

También costó a Francia el Imperio, pérdida infinitamente menor que las vidas de los soldados sacrificadas inútilmente. La noticia llegó a París por conductos ignorados, pero ya se sabía el tres de septiembre; por la tarde, una masa compacta de hombres se agolpaba en la plaza de la Concordia; el puente se hallaba guardado por la policía imperial, que por última vez esgrimía sus armas contra el pueblo; pero la muchedumbre, en parte por la fuerza y en parte por la complicidad de los mismos soldados, logró cruzarlo, entrando por cuarta vez en las Tullerías.

La República fué proclamada en el Hôtel-de-Ville, y también un gobierno provisional bajo el nombre de "Gobierno de la Defensa Nacional"; Jules Simon, Picard, Gambetta, Pelletan, Garnier-Pagès, Cremieux, Arago, Glais-Bizon y Rochefort, con el general Trochu como Presidente, lo formaban. Todos los

grandes hombres a quienes la opresión había lanzado al destierro, volvieron a la ciudad: Víctor Hugo, Louis Blanc, Edgar Quinet y Ledru Rollin entraron en París, en tanto la emperatriz Eugenia huía a Inglaterra y fijaba su residencia en Chiselhurst, en donde Napoleón III había de reunírsele el 20 de marzo de 1871, para morir el 9 de enero de 1873.

El Imperio, al caer, dejaba indefensa a la nación. Uno de los ejércitos había sido destruído en Sedán y el otro quedaba en Metz. Los alemanes podían acercarse a París, sin resistencia, por los caminos de Soissons y de Chalons; no creían a la capital en estado de ofrecer resistencia, y tomarla les parecía el fin de la guerra; en realidad no hacía sino comenzar.

El Gobierno Provisional había resuelto sostener el sitio; la Guardia Nacional fué reorganizada y provista de armas; los restos dispersos del ejército fueron reunidos; las tropas del general Vinoy—que habían llegado tarde a Sedán y se habían retirado—, algunos marinos y algunos soldados de acá y de allá, formaban el ejército de París. Trochu asumió el mando supremo; Ducrot—que había escapado de Sedán—, Vinoy y Frebault le secundaban.

Los preparativos tenían que hacerse con rapidez; el enemigo estaba a la vista y acababa de apoderarse de las alturas de Chatillon, posición favorable para el bombardeo de la ciudad. Jules Favre acudió a Ferrières para conocer las condiciones que imponía el alemán. Bismarck reclamó algunas provincias francesas, y Favre contestó con dignidad: ''Ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas''.

La defensa de la ciudad tropezaba, empero, con graves dificultades de avituallamiento y de organización; no había víveres suficientes y había hombres, pero no soldados; tampoco había armas; los *chassepots* almacenados en Metz, faltaban en París; a todo debía suplir el patriotismo francés.

El día 13 de septiembre había más de 500,000 hombres utilizables para la defensa, entre los cuales se contaban 60,000 soldados de línea y 14,000 marinos; pero sólo en total 250,000 armados.

La ciudad presentaba un aspecto curioso; bajo los árboles de los bulevares, asomaba la negra boca de los cañones arran-

cados a los barcos; patrullas de hombres recorrían las calles al son de trompetas; se improvisaban hospitales de sangre en los teatros y en las fábricas abandonadas, y por todas partes se hacían preparativos de defensa. Por la noche una densa obscuridad cubría a París, la *Ville-Lumière,* a causa de la falta de gas.

Por lo demás, el bloqueo era completo; a algunos centenares de yardas de las fortalezas, se alzaban las invisibles trincheras que encerraban la ciudad en un círculo impenetrable; siendo imposible la comunicación con el exterior, que sólo podía verificarse por medio de palomas mensajeras y por globos.

Los víveres escaseaban; los parisienses fueron puestos a ración y comieron todo lo que podía comerse: desde los caballos de los *cabs,* hasta los animales del Jardín Zoológico. A esto se unía lo crudo del prematuro invierno que un tiempo inclemente arrojó sobre Francia; los ciudadanos, arma al brazo, tiritaban en las trincheras, sin comer, sin dormir, velando siempre...

Los horrores del bombardeo se unían para formar un cuadro desolador; granadas enormes, nunca vistas hasta entonces, venían a caer en la ciudad, sobre los monumentos, en los hospitales, en las escuelas, en las cuales se hallaban, a veces, montones de cadáveres de tiernos niños. Y en medio de la gran obscuridad de la noche, estos extraños fuegos artificiales sembraban por doquiera la muerte, la ruina, el espanto...

El pueblo confiaba; no los generales, que sabían era imposible romper el cerco de muerte cada vez más estrecho.

Fuera de París, Francia entera luchaba desesperadamente, repitiéndose con frecuencia el caso de Chateaudun.

Chateaudun tenía para su defensa, según Girard, solamente 765 franco-tiradores y 300 Guardias Nacionales; ni un cañón, ni un soldado de caballería; y así resistió el ataque de la 22.ª división prusiana, fuerte de 12,000 hombres y 24 piezas de artillería. Cada francés debía luchar contra diez adversarios, sin contar la artillería cuyo fuego mortífero y constante hacía graves estragos. La pequeña población fué tomada después de desesperado combate, y sólo allí perdieron los prusianos 30 oficiales y 2,000 hombres, como prueba palpable y evidente del heroísmo francés.

Gambetta trató de reproducir en Francia el ejemplo de España en 1808; sólo esto podía, a su juicio, salvar al país de una derrota completa. Pero el movimiento no se produjo en las proporciones necesarias; y el mismo día en que la proclama se lanzaba, rendíase Toul, y tres días después Estrasburgo, que había resistido un sitio de seis semanas.

Después de la rendición de Estrasburgo, el general Schmeling, con una división de reserva, tomó las fortalezas de Schlettstadt y Neu Breisach, mientras el general Tresckow rendía a Belfort, la llave sur de los Vosgos. Werder derrotaba a Cambriels el 22 de octubre, obligándole a retirarse a Bensançon; y Beyer hacía capitular a Dijon.

Garibaldi, que había sido nombrado general de los voluntarios de los Vosgos, fué derrotado el 26 y el 27 de noviembre en Pasques; el general Glumer hacía huir a la división Cremer, y Werder derrotaba a Bourbaki.

Nada podía esperar París del exterior, y en su consecuencia era necesario apelar al recurso de realizar salidas atrevidas; pero todas fueran rechazadas.

En tanto, ocurría la capitulación de Bazaine en Metz: para Francia la página más triste de esta terrible guerra. 197,000 prusianos recibieron la rendición de 6,000 oficiales franceses, 187,000 hombres, 56 águilas imperiales, 622 cañones de campaña y 2,876 fijos, 72 ametralladoras y 260,000 armamentos.

Era imposible la continuación de la guerra; Julio Favre celebró con Bismarck dos entrevistas en Versalles, y, al fin, el 28 de enero de 1871 se firmó la convención para la suspensión de hostilidades inmediatamente en París y tres días después en toda Francia, debiendo durar hasta el 19 de febrero y conservando los beligerantes sus respectivas posiciones.

Al propio tiempo celebrábanse las elecciones, para lo cual dió Bismarck todo género de facilidades, pues consintió hasta que Alsacia y Lorena eligieran sus diputados; se reunió la Asamblea Nacional en Burdeos el 12 de febrero, nombrando Presidente a M. Grevy y colocando al frente del Gobierno de la República a M. Thiers.

Fueron acordadas prórrogas del armisticio, y una comisión de 15 diputados, acompañada de Thiers, Favre y Picard, reci-

bió el encargo de concertar con el vencedor el tratado de paz.

En vano la opinión europea aconsejó a Alemania que se mostrase generosa; embriagado por el triunfo e irritado por las pérdidas enormes que había sufrido, el vencedor se mostró inflexible. Francia tuvo que entregar la Alsacia y la Lorena y comprometerse a pagar una indemnización de 5,000 millones de francos: el primer plazo de 1,000 millones durante el año 1871, y los otros en el término de tres años, con un interés del cinco por ciento; aceptar la permanencia de tropas prusianas en algunos lugares, hasta el completo pago, y someterse a que un cuerpo de ejército alemán ocupase por cuarenta y ocho horas el oeste de París, hasta el puente de la Concordia.

El 12 de mayo se firmó en Francfort el tratado de paz, al cual siguieron algunos complementarios; y la tercera República recibía la Francia exhausta, desangrada, rendida; triste legado de un régimen funesto...

***

De nuevo nos hallamos frente a un conflicto entre los antiguos rivales. Las frases proféticas de Wimpffen, en Sedán, se han cumplido; pero, ¡cuán distinta es la situación de Francia!...

Si Napoleón III había logrado enemistarse con todas las potencias de Europa al comenzar la guerra del 70, la soberbia alemana ha realizado en nuestros tiempos una obra semejante.

Se encuentra Alemania, en 1914, en situación análoga a la de Francia en 1870, con respecto al mundo exterior; y este aislamiento ha comenzado a dar sus frutos inevitables. Alemania, sin otro aliado que Austria, hace frente en los momentos actuales a Rusia, Francia, Inglaterra y Bélgica. Antes del fracaso de las armas alemanas, ha visto el mundo el fracaso de su diplomacia. Ni siquiera Italia, ligada a la Tríplice, ha seguido en el conflicto al orgulloso Kaiser, que se ve precisado a atender por todas partes una conflagración general contra su absorbente Pan-germanismo.

¿Ha llegado el "finis Germaniæ"? No es probable; pero son fáciles de prever los resultados de la guerra actual.

Si bien no pueden hacerse conjeturas con respecto a su du-

ración, es probable que sea Alemania la obligada a pedir la paz. Y entonces, ¿en qué condiciones la otorgarán las potencias aliadas? ¿Tiene derecho Alemania a solicitar en 1914, de sus victoriosos enemigos, la clemencia que no tuvo para Francia en 1870?

Y la solución desastrosa de esta guerra, ¿no traerá para el Imperio consecuencias graves en el orden interior? ¿Contemplará el país los espantosos resultados de esta descomunal contienda, sin que sienta hervir en sus senos más recónditos el odio a los hombres que la han provocado?

Son estas cuestiones tan complicadas y trascendentales, que no pueden ser resueltas dentro de los límites de este ligerísimo bosquejo. El tiempo dará a ellas, por otra parte, contestación cumplida.

Hagamos votos por la rápida terminación de la guerra, que es ruina de la civilización y afrenta del hombre.

José Agustín Martínez.

Septiembre 14, 1914.

"CANAÁN"

La lengua de Camoens ocupa hoy día un lugar de preferencia en la literatura. Portugal y el Brasil cuentan con intelectuales como Antero de Quental, Eça de Queiroz, Ramalho Ortigão, Graça Aranha y Fontoura Xavier, que han dejado en la novela y en el verso huella imborrable de belleza delicada.

Al espíritu culto que quiera penetrar en la moderna literatura, le es hoy tan necesario el conocimiento del portugués, como le es indispensable leer el italiano, el francés y el español.

Si merece D'Annunzio que se aprenda la lengua en que cantaron Petrarca y Leopardi, para gozar de la voluptuosidad de conocer en el idioma original *Il Fuocco* y otros poemas del italiano, que acaba de ser consagrado por los insultos de los que le niegan patriotismo, ya que no le pueden negar genio, así también, para gustar exquisiteces deben cuantos sientan el arte aprender el portugués, idioma fácil de traducir para los que posean algún idioma de origen latino, a fin de poder admirar las maravillas que guardan las letras lusitanas.

Si en Europa es difícil encontrar novelistas que resistan un paralelo con Eça de Queiroz, en América resulta que uno de los pocos escritores que han logrado escribir una novela está unido por los vínculos de la sangre al autor del *Epistolario de Fradique Mendes.*

Graça Aranha es el nombre del notable novelista americano que ha trazado en las páginas de *Canaán* cuadros de observación exacta, en estilo correcto y con frecuencia lleno de galanuras.

Graça Aranha, al revés de muchos americanos, novelistas exóticos que desenvuelven el asunto de sus libros en París, desarrolla su novela en América, y sus personajes viven en las selvas del Brasil, en pueblos de escasa importancia; con lo que ha probado que los escritores latinoamericanos que se excusan por escoger de medio ambiente a las capitales europeas, aduciendo el pretexto de que en nuestra vida turbulenta de democracias indígenas no existe aún el medio, no han sabido hacer novelas americanas. Pocos son los que como Carlos Octavio Bunge, Jorge Isaacs y Rufino Blanco Fombona, han puesto en sus libros la nota nacional al escoger para teatro de sus personajes a Buenos Aires, Bogotá y Caracas.

Esos novelistas que niegan que en América haya asuntos para la novela, son inadaptables que en su pobreza de fantasía no saben exaltar las bellezas que hay en el patrio suelo, y van a otros países en busca de lo que sus ojos de miopes no vieron en su patria.

Nadie se atrevería a afirmar que en nuestras luchas por la libertad no abundan episodios novelizables.

Manuel Ugarte, que a pesar de su prolongada residencia en París es escritor americano a quien preocupa el porvenir de nuestras repúblicas, ha publicado los *Cuentos de la Pampa,* páginas en que palpita el espíritu argentino. Pero Bunge, Blanco Fombona, Isaacs y Ugarte forman honrosa minoría. El ejemplo de estos novelistas no influye cual debiera en cuantos intentan triunfar en la novela.

Jesús Castellanos (*) y Luis Rodríguez Embil, en Cuba, son los únicos que han pintado en sus cuentos escenas típicas del país, con éxito. Exceptuando, pues, a ambos jóvenes literatos, ninguno otro de valer reconocido entre nosotros ha desarrollado las escenas de sus libros escogiendo por campo un lugar cualquiera de América, que tan bien ha sabido pintar Graça Aranha en su novela *Canaán,* bella en la forma y en el fondo.

Las selvas brasileñas, con sus ríos magníficos, están des-

(*) Cuando este trabajo fué escrito, vivía aún Jesús Castellanos, el glo ioso triunfador de nuestra literatura.

critas de modo magistral en la novela de Graça Aranha, y la vida penosa del nativo, que en la villa colonizada por inmigrantes alemanes se desliza entre dolores y tristezas, grita su protesta en las páginas del libro que parece escrito para cantar la existencia de sacrificios de María a quien los hombres rubios de Alemania persiguieron sin piedad, en su propia patria, que generosa y rica ofrece al extranjero sus tesoros.

María era hija de un inmigrante alemán, muerto a poco de nacer ésta, la cual, a causa de su orfandad, fué hoja arrastrada por el viento del infortunio. Criada en casa de unos colonos alemanes, es arrojada de allí cuando los señores se convencen de que su hijo ha seducido a María. En este momento empieza la cacería humana. Los lebreles del odio persiguen a la infeliz enamorada, y dondequiera que llama para implorar piedad, encuentra seres mezquinos que la insultan.

Milkau, espíritu romántico que adora la justicia, la belleza y la paz, se propone salvar a María, y apesarado al conocer las tristezas de su vida, la recomienda a los dueños de la finca en que él trabaja. En tanto, la hora en que María ha de ser madre se acerca, y temiendo que conozcan su estado en la casa en que sirve, lo oculta hasta que un día en el cafetal la sorprende la maternidad y da a luz una criatura que cerdos salvajes devoran, mientras la madre exánime no puede impedirlo.

María es acusada de infanticidio y va a la cárcel, de donde Milkau la liberta para en su compañía emprender el camino de la gloria con que sueña. La villa duerme con sus miserias y sus odios plebeyos, y Milkau y María se alejan pensando en la ventura de días felices.

Milkau es el tipo del emigrado que, sin perder el carácter de su nacionalidad, se adapta al país en que vive y a cuyo progreso propende.

Por este libro de Graça Aranha se ve cómo el mal que mina a los pueblos de América es el mismo. La indolencia, la política baja y rastrera, la carencia de ideales, son males que imperan en la culta Argentina y en el Brasil lo mismo que en Centro América, si bien en algunos países adquiere un grado mayor de intensidad. El comercio está en manos de extranjeros, y mientras los nativos se ocupan en hacer política, los hombres llegados

de Europa se apoderan del país que sus hijos no saben defender.

Lentz es el alemán imperialista que llega a América sediento de conquista. Milkau es el soñador que viene al Continente para gozar de la paz y de la tranquilidad que reinan en las comarcas aun no explotadas por la codicia humana. Él no sueña con el despojo y la violencia, como le ocurre a Lentz, que piensa que un día el Brasil ha de ser colonia alemana. Milkau habla de la conquista universal por medio del amor. Sueña con cosas imposibles. No es hombre ni de su época, ni de su país militarizado y que semeja ser un vasto campamento en que se organiza un gran ejército pronto a marchar sobre pueblos indefensos. Milkau es un romántico que pone el derecho por encima de la fuerza, y por este modo peculiar suyo resuelve ser el paladín de María, víctima de una civilización bárbara, incapaz de comprender a Graça Aranha y a cuantos como él aboguen por el bien y piensen como el ilustre novelista brasileño: que "el que vive del ideal contrae un empréstito con la eternidad".

El pesimismo que destila el libro de Graça Aranha, apenas si está dulcificado por el capítulo final, donde triunfa la justicia y los amantes realizan el ideal de libertarse de los prejuicios impuestos por la sociedad, para entregarse al placer de amarse soñando con una humanidad venidera más accesible a la ternura y el perdón.

El problema pavoroso para casi todo el Continente, se plantea en el libro de Graça Aranha tal cual es en la realidad. Frente a una democracia histérica que llama libertad al desenfreno y desgobierno y tiranía al orden, el poder invencible de nacionalidades conquistadoras se contempla imponente y avasallador, en actitud de avance que no habrá de impedir el patriotismo de los literatos latinoamericanos, sino la virtud de los hombres representativos de América. No es anarquizados por bastardos ideales como lograremos afianzar nuestra personalidad comprometida y amenazada por los conquistadores...

La abrumadora influencia extranjera que gravita sobre el Brasil, tiene puntos de contacto con la que compromete la independencia de la América española.

El capital alemán que tuerce los fallos de los tribunales y

hace gobernadores en el Brasil, es el mismo poder invisible que fragua revueltas civiles en otros países americanos.

A los que preocupa nuestro porvenir nacional, les resultará libro provechoso y muy interesante el escrito por Graça Aranha, donde sin eufemismos se plantea el problema americano.

Que la América latina es una patria donde los que en ella hemos nacido somos extranjeros, es lo que se propuso probar al escribir su novela Graça Aranha.

La indolencia que nos mata, ha permitido que se nos impongan usos, costumbres, religiones, odios, prejuicios. Espíritus fáciles de sugestionar, somos juguetes inconscientes de la rapacidad extranjera. Parias en el suelo que nuestros héroes libertaron, empezamos a hallar lógico el que se nos despoje de nuestros territorios. El patriotismo se debilita, los ideales desaparecen; en tanto, en el límite de nuestros campos heroicos, a la luz de un ocaso rojo, el caballo del conquistador corre al Capitolio.

En el siguiente diálogo que sostiene Milkau con un funcionario, se ve el pesimismo que se ha apoderado de nuestros compatriotas:

—Esto que llamamos nación, no es nada, repito; aquí hubo tal vez una apariencia de libertad y de justicia; pero hoy todo ha concluído. Este Brasil desdichado es un cadáver en descomposición. Ahí vienen los "urubues".

—¿De dónde?

—De todas partes, de Europa, de los Estados Unidos. Es la conquista.

—No lo creo, afirmó Milkau.

—Vendrán. ¿Cómo podríamos subsistir en la forma en que vamos? ¿Dónde está la base moral para mantener nuestra independencia en el exterior, si aquí dentro estamos en el desorden y la desesperación? Lo que ocurre en el país es una verdadera crisis del carácter. No hay una virtud fundamental.

Graça Aranha parece haberse dado cuenta de la amargura que hay en su libro, y al final ha dado la nota optimista. Milkau al emprender el viaje con María, le dice poseído de la esperanza:

—Cada uno de nosotros, la suma de todos nosotros, somos la fuerza creadora de la utopia; en nosotros mismos, como un indefinido punto de transición, se hará el tránsito doloroso del sufrimiento. Purifiquemos nuestros cuerpos, nosotros que venimos del mal originario que es la violencia.

Lo que seduce en la vida es el sentimiento de la perpetuidad. Nosotros nos prolongaremos, extenderemos infinitamente nuestra personalidad, iremos a vivir lejos, muy lejos, en el alma de los descendientes. Hagamos de ella el vaso sagrado de nuestra ternura, en que depositaremos todo lo que es puro y santo y divino. Aproximémonos los unos a los otros. Todo el mal está en la fuerza y sólo el amor puede conducir a los hombres.

Con tales palabras Graça Aranha atenúa el pesimismo de su novela, escrita con el amor que su país le inspira.

América necesita de hombres que le señalen el peligro. El arte de estetas que canten la Belleza. Graça Aranha reúne en su personalidad las cualidades del patriota y del artista.

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

Poeta y escritor que ocupa un puesto distinguido entre los de esta nueva generación a la cual toca recoger y conservar el excelente legado literario y patriótico de tantos ilustres cubanos que han dado a la patria días de esplendor, el señor Guerra Núñez nos favorece con estas páginas donde ha sabido expresar sintéticamente su impresión de la lectura de una notable novela brasileña, al propio tiempo que tomar de ella ciertos pasajes apropiados a nuestro medio y hacer atinadas y severas reflexiones.

LOS NUEVOS ESCRITORES CHILENOS

FRANCISCO CONTRERAS

(*Finaliza.*)

III

A partir con el ciclo de las tres novelas rimadas, que forman el volumen de *Romances de hoy,* cambia totalmente la orientación en la obra de este poeta. Por directa reacción contra una estética acrática que todo lo reduce a valores convencionales de mero capricho individual, su poesía se humaniza dentro de una forma más libre y más racional. Contreras intenta restaurar la poesía narrativa, desaparecida casi totalmente de la lírica moderna, tal vez debido a la violenta reacción operada por las escuelas literarias contemporáneas al desterrar la oda clásica y el poema épico. En la vorágine de la catástrofe desaparece la narrativa con los últimos poemas de Campoamor, Coppée y Liliencron. Tan sólo en los postreros años del pasado siglo apenas si quedaban lejanos recuerdos de tal género cuando Núñez de Arce realizó el postrer esfuerzo para darle vida en los cuentos rimados de su *Visión de fray Martín, La Pesca* y *Raimundo Lulio,* y Mistral componía su *Mireya,* aunque concebida a la manera antigua, tal un homérida moderno que pensara, con Andrés Chénier, *faire des vers antiques sur des pensés nouvelles.* En su afán de renovación literaria, Víctor Hugo, como Leconte de Lisle, fueron, en cierta manera, poetas narrativos: ardoroso, desbordante de imaginación, el portalira de la *Leyenda de los siglos;* reflexivo, escultural, el autor de los *Poemas antiguos.* Antes ya de los comienzos de la nueva

centuria sus herencias literarias se habían perdido, y a aquella altisonancia lírica sucedía una poesía más íntima y serena, la de *La bonne chanson,* de Verlaine, y de los poemas bucólicos de Pascoli. En Inglaterra a los esfuerzos lírico-narrativos de un Swinburne sucedían los refinados acentos de un Oscar Wilde, cerebrales, calculados y correctos, como el rostro rasurado de un *snob;* las variaciones de un Sysmonds y de un Kipling y los emotivos cantos del más grande de los poetas jóvenes ingleses, el malogrado Juan Masefield, para quien el verso no reconoce más norma que la emoción ni más norte que la sinceridad profunda. En Alemania Detlev von Liliencron y Otto Julio Bierbaum escribieron numerosos poemas cortos, que pudiendo haber sido modelos de narrativa, no lo fueron, pues estos escritores habían de incurrir en errores análogos a los de ciertos parnasianos franceses que sacrificaron la unidad de la acción a los arranques personales del lirismo más exaltado. Poco antes de 1890 Hauptmann trataba de implantar su manera personal de concebir la poesía, componiendo ese desgraciado *Promethidenlos,* que felizmente permanece ignorado hasta hoy. Años más tarde la influencia francesa formaba una nueva generación de poetas que, como Stephan George, Hofmansthal, Ricardo Dehmel, renuevan las locuras verbales del simbolismo. También en España, América e Italia advenía de lleno la nueva escuela poética, personal y aristocrática en sus gustos, que un Carducci, mucho antes ya, un D'Annunzio y un Rubén Darío prestigiaran con libros primorosos, raros hasta lo insólito y armoniosos hasta la opulencia. Tan sólo en los poemas de Ada Negri y en los de José Santos Chocano se dejaban adivinar seguros intentos narrativos que jamás maduraron en obras definitivas.

¿Cuál era, pues, la causa de este desdén por una forma que en los primeros siglos había alcanzado su más alto apogeo; que en los tiempos modernos se anunció con tan seguro paso en el *Reinecke Fuss,* de Gœthe, y en las leyendas de Zorrilla? El trastorno total iniciado y consumado por Baudelaire, Verlaine y Mallarmé, triunfó en desmedro de la altisonante poesía clásica, como una necesidad del espíritu de la época, más personal y más humano. De este modo, por lógica razón, fueron a caer

en los desvanes del olvido las formas predilectas de nuestros abuelos: elegías y odas, poemas épicos, epitalamios, romances, letrillas y crónicas versificadas, pasaron a vivir tan sólo en los textos de retórica o en los libros de los anticuarios y de los eruditos. Así, la poesía narrativa fué un reo inconsciente sacrificado en holocausto de sus hermanos, los otros géneros poéticos que apestaron la lírica durante más de cuatro siglos consecutivos. Al renacer ahora, como el fénix de sus cenizas, ella ha perdido la rigidez clásica, desechando la evocación lírica y la fuga imaginativa, que hacía del poema una serie de trozos líricos encadenados por una sucesión de hechos tan insignificantes como prosopopéyicos, ganando, en cambio, con una forma más dúctil, como el alejandrino liberado (que es el caso de *Romances de hoy* y de *La piedad sentimental*), altamente preferible a las octavas reales y a las décimas, lo cual ha redundado directamente en provecho de la narrativa pura y realista, que consigna los detalles más ínfimos sin perderse en digresiones más o menos fáciles, interrumpiendo el hilo de la fábula con arranques lírico-romancescos.

En este nuevo aspecto de la poesía de Francisco Contreras se advierte la tendencia del poeta por los asuntos trascendentales, su afán por consagrar una literatura más sólida, fecunda en frescas promesas de claro humanitarismo. El problema social informaba el espíritu de sus poemas, respondiendo a la conciencia de una renovación altamente necesaria. A la virtuosidad puramente estética sucedía el entusiasmo por las ideas, y con él un cambio total en la orientación lírica. Esta su nueva manera parecía confirmar aquello de Maeztu de que en el arte no se puede prescindir ''de la verdad y del bien, porque la conciencia artística es una síntesis del ser en que se nos presentan fundidos en el elemento originario del sentimiento, la intuición y la expresión, fragmentos de las cosas que son y de la idea de cómo deben ser. En el arte se sintetizan la naturaleza y la libertad, la realidad y el ideal''. Así también lo confirma Contreras en el manifiesto que precede a *Romances de hoy* y que por sí solo era ya todo un programa vibrante de empuje y entusiasmo. ''Hace algunos años—escribía—el ambiente de ideas ha sufrido una transformación radical. La conciencia de un re-

finamiento generalmente mórbido o artificioso; la inminencia del problema social, cada día más arduo e interesante, o acaso, sencillamente, el espíritu de reacción contra un orden de ideas que ha hecho su época, ha llevado a la juventud de hoy al amor sano de la Naturaleza, al estudio severo de la humanidad, a la altitud de los sentimientos, al anhelo por la sinceridad, a la vida.'' El autor de *Toisón* renunciaba, pues, desde París, a su amor por el preciosismo para evocar la vida del terruño, no por vías de un regionalismo estrecho, sino que con toda la amplitud de un arte tan humano como comprensivo. ''Conservando las conquistas de la libertad de los géneros y la expresión —agregaba más adelante—y el gusto por la forma nueva y personal, todos deseamos sencillamente *hacer vida o belleza en nuestro medio,* tendiendo a la creación de una literatura propia y genuina que encuadre sólidamente nuestros nobles sentimientos de pueblos jóvenes y nuestros viriles anhelos de progreso y de mejoramiento social.''

En cuanto a los poemas de *Romances de hoy,* el poeta se contentaba, siguiendo una forma asaz simple, con narrar en versos liberados capítulos de vida chilena, ingenua en fuerza de ser sencilla, fresca, romántica. De tal manera, en *Blanca Vargas* presentó un aspecto del hogar chileno, en el cual una dulce muchacha, nacida más para deshojar margaritas que no para sufrir todas las embestidas de los dolores, vive en perpetua agonía entre un padre grosero y atrabiliario y dos hermanos, el uno vicioso hasta la degeneración y el otro idealista, apóstol de ensueño, que se escapa de la escuela para predicar bellas teorías de amor y de justicia, mientras en su propio solar se justifica la expoliación de todas las iniquidades.

El poema es sencillo y pintoresco y hay en él, como con admirable acierto advertía Amado Nervo, ''una melancolía andina y huele a tierra fresca''. A cada instante el poeta evoca paisajes vibrantes de colorido, en los que, como en el siguiente, se refleja un profundo estado de alma:

... Bajo la noche frígida,
al resplandor siniestro de la luna en menguante,
con aspecto de cráneo roído, espeluznante,

aparecía el huerto, el campo solitario
como bajo amarillo, luminoso sudario.
Los árboles tenían gestos desmesurados
de brazos angustiosos contra el cielo crispados,
y la luz descendía desde el ramaje tierno
como trémulas lágrimas de un llanto eterno, eterno...

El poema termina con intensa emoción dramática: mientras Blanca agoniza, víctima de extraño mal, el buen hermano, que dió su vida al apostolado del bien, regresa al hogar, decepcionado, triste, como para confirmar en medio de aquellos despojos que la única ley universal es el dolor, contra cuyo poder sólo triunfa la piedad, santa, única, palabra de Cristo y razón de la vida.

En *Tulio Aguirre* narra también el poeta un conflicto psicológico de alta trascendencia. Tulio es el tipo del aristócrata chileno que, cuando por azar lleva en su cerebro la chispa del ideal, debe renunciar a él o disponerse al fracaso en la vida de los convencionalismos burgueses. Así Tulio Aguirre, al abandonar los estudios, se ve de la noche a la mañana casado por maña y voluntad paternal, haciendo vida de galeote junto a una mujer a quien jamás ha amado, por directa razón de su mismo sacrificio. Empero Tulio se rebela contra la rutina de su destino y busca la vida verdadera lejos de aquel marco estrecho, persiguiendo un instante de ensueño en el amor de una artista que llega, vive y pasa, dejando en su espíritu el recuerdo de horas azules y exaltando la angustia de su opresión estúpida. ¡Ah, pero la sociedad es así! Proporciona goces frívolos a cambio de sacrificios y torturas; mientras él sueña, el espectro de la esposa que trata de endulzar su vida acaba por precipitar en su espíritu la tragedia de su liberación, haciéndole ver claro que aquella cadena echada sobre sus hombros demanda solamente un gesto altivo para caer tronchada a los pies. Y ese gesto al fin llega, se precipita, y es la única redención de aquella existencia fracasada. Tulio Aguirre no vacila, se ha decidido a comprar su libertad a costa del ajeno dolor:

—¡Adiós, adiós! Cruzando el vestíbulo. Y fuera
ya, metiéndose al coche que aguarda ante la cera,
dió al cochero dormido la orden de la partida...
"¡Y á vivir... á vivir... la Verdadera Vida!..."

Esta pequeña novela rimada encierra todo un conflicto psicológico social de la más alta trascendencia. Contreras ha tejido la trama de la fábula con desenfado y valentía, sin reparar en este o aquel convencionalismo que a otro cualquiera hubiera arredrado. En su labor de poeta verista ha querido, ante todo, hacer vibrar la vida allí donde un lírico hubiese hurgado un motivo sentimental. Y éste es el más alto mérito del poema: el escritor no se ha quedado en lo exterior de la maraña puramente dulzona, sino que deseó animar un cuadro de historia social y humana como lo que más.

Contrastando con este capítulo de vida emocionante y rudo, el último romance del libro es una historia azul, delicada y tierna como acaso la hubiese escrito un Daudet poeta. *Margarita Artigas* fué un amor del artista, vivido al calor del Santiago tradicional y característico. El poeta conoció a Margarita, se enamoró de ella, y como buen caballero romántico a lo siglo xx, siguió sus huellas, le dijo sus angustias a la reja, y un buen día huyeron ambos a formar su nido libre, escondido en un hotelito de una calle pintoresca. Así transcurrieron los meses dorados de una luna de miel demasiado breve, hasta que un día la brutal e imperiosa necesidad se llevó lejos al galán y dejó sola a la niña, víctima, en una hora de locura, de la seducción de un poeta:

Historia asaz ingenua, historia asaz sencilla,
como un rayo del alba, como una florecilla
ó como un sueño cándido. Asaz sencilla historia
de insólitos ardores, de dicha transitoria,
en el marco de oro de los días de estío.
Tal una margarita perlada de rocío.

En la ya larga labor literaria de Francisco Contreras, *Romances de hoy* es la obra que presenta unidad y esfuerzo: unidad ideológica en la tetralogía, unidad lírica en el encanto del verso y unidad en el estilo narrativo a través de los tres poemas.

Dos años después de la aparición de *Romances de hoy,* publicó el poeta su poema *La piedad sentimental,* siguiendo la unidad de la misma forma métrica, consistente en el empleo del verso de catorce sílabas, libre de todos sus convencionalismos, como ser la cesura fija y los acentos rítmicos obligados, tornán-

dose así los hemistiquios de una espontaneidad flexible, puesto que violentan la simetría estrófica hasta acercarse a la tonalidad de la prosa. Tal vez para un retórico, el uso y casi lícito abuso de esta forma liberada, que tiene la naturalidad de los antiguos metros, puede no ser aceptable, aunque si bien miraran, encontrarían en ella gran analogía con los antiguos alejandrinos de Gonzalo de Berceo o del Arcipreste. Sirvan de ejemplo los versos siguientes cogidos al azar:

Ascendiendo, ascendiendo á través del ramaje
fino de las encinas, llegamos á un paraje
desde el cual se avistaba, vago en la lejanía,
París, todo París, con su masa sombría
de edificios cuadrados y de cúpulas chatas.
Luego, descendiendo algo, entre arbustos y matas,
llegamos á una honda pradera pintoresca;
rendidos, nos sentamos sobre la hierba fresca,
mirando la pradera á través de las hojas,
cuán verde con sus blancas casas de tejas rojas.

La piedad sentimetal ha venido a confirmar, en este sentido, otro de los fuertes intentos de poesía narrativa realizados por el poeta, sólo que en esta historia a la ideología tendenciosa de *Tulio Aguirre* ha venido a sustiturla la ingenua concepción romancesca de la novela, que se anunciaba en *Margarita Artigas,* vigorosa en fuerza de ser sencilla. *La piedad sentimental* es un trozo de vida, un capítulo hondamente humano de la vida de un suadmericano en París, que comienza por buscar el ideal en un amor fugitivo, nacido en medio de la urbe gigantesca, y que acaba por seducirle como un miraje más distante cuanto más próximo. Burlado por el destino que le arrebató la felicidad en medio de la jornada, el poeta exclamará al comenzar su historia de amor y desencanto:

¡Oh París, yo te amo! Te amo porque en ti he amado,
y más que porque he amado, ¡porque en ti he padecido!

A pesar de sus años de residencia en París, el poeta no ha sido un desarraigado como creía un crítico nuestro; nada más injusto y arbitrario: bastaría el solo caso de *La piedad sentimental* (ya que no su volumen de cuentos chilenos *La montaña*

maravillosa, aun no entregado al editor) para encontrar al escritor amante de su tierra, de sus montañas azules y de su océano infinito, que evoca a cada instante en sus versos, con la nostalgia del desterrado y del peregrino que cruzó luengas regiones para alcanzar la estrella de su quimera. Si un momento el poeta está junto a la amada, recuerda en el cristal de sus ojos el encanto lejano de la patria que besa el mar siempre claro:

> ... Yo le hablaba, á menudo, de mi tierra lejana,
> en que hay montañas de oro y horizontes de grana;
> le pintaba las blancas ciudades tempraneras;
> el mar inmenso y manso, las grandes Cordilleras...

IV

Como prosista Francisco Contreras hizo sus primeras armas en la *Revista de Santiago,* publicando crónicas volanderas e impresiones sobre escritores extranjeros. Su primer ensayo serio fué el manifiesto sobre el arte moderno, inserto a manera de pórtico en su poema *Raúl.* Más tarde dió a la estampa el minucioso estudio en el cual reseña la historia del soneto; algunas crónicas sobre arte francés; el preliminar de *Romances de hoy* y sus libros *Los modernos, Almas y panoramas* y *Tierra de reliquias,* volúmenes estos de crítica, sensaciones de viajes y artículos diferentes.

Como ideólogo con vistas a la crítica de arte no es Contreras un sistematizador ni un dogmático. Lejos de esto, se goza recreándose al glosar los libros más diversos con cierta amable voracidad de bibliófilo, en el bueno y bello sentido de la palabra. De él se podría decir lo que Ruyters de Arthur Symons, que "posee en el más alto grado ese don de animación que hace de la crítica, no una fría policía literaria, sino una viva y ardiente interpretación". De tal modo más que analizar gusta exponer acotando y siguiendo los vuelos del escritor con mariposeos de esteta ducho en cuestiones de arte moderno; todo lo cual no allega nada en contra de sus estudios, escrupulosamente documentados, sino que más bien afirma una manera muy suya de componer. A veces, cuando la reflexión se adentra en su

espíritu, suele ser rápido y seguro para juzgar en pocas líneas el aspecto de una obra o la trascendencia de una escuela; así, si se trata de Verlaine, le bastará una imagen expresiva y fina, para sintetizar todo lo que en sus versos hay de espíritu y de carne atormentada. "Sus versos—escribe—diríanse organismos vivos por el calor sentimental y la palpitación rítmica: de romperlos, saldría de ellos sangre, como de un corazón"; y más adelante: "su temperamento diríase un pájaro primitivo, al cual la jaula, aun siendo de oro, mataría." ¿No es esto expresivo, justo y exacto como lo que más? Difícilmente se podría traducir en imágenes más plásticas juicios de una precisión y elocuencia tales. Lejos de ser estos estudios "artículos de periódicos, hechos para dar a saber al público castellano que tal artista ha muerto"—como creía Fabio Garnier—, la obra de este escritor, si no es por su sistematización la de un crítico completo y uniforme, en cambio debe ser considerada como la de un estudioso muy artista y muy inteligente en lo que trata.

Siguiendo su procedimiento, más adelante, en una exposición sobre la obra de Eugenio Carrière, su técnica y su valor pictórico, apuntará las siguientes anotaciones que dan una idea acabada y justa de su factura: "La sombra es como la materia misma de que está hecha su obra. Ella gira en torno de las masas, haciendo destacar casi esculturalmente las figuras; ella acentúa los planos, dejando vibrar las luces con profunda verdad; ella ahoga los fondos en limbos de ensueño; ella es, en fin, la gama innumerable, la armonía infinita que lo envuelve todo, como una especie de abstracción, dando la impresión de una cadencia musical indefinida." Esto es más de un poeta que de un crítico; el período carece de la sequedad habitual y la frase llega a fundirse con la imagen en un todo armónico digno de un poema. Y es que, en el autor de *Toisón,* a menudo se sobrepone el imaginativo al crítico, sin que por esto se perjudique la obra del segundo con los arranques del primero, ya que Contreras al componer sus estudios se traza para sí un plan de exposición y de razonamiento perfectamente claro; de tal modo sus ensayos tienen el valor de la documentación y del método. El lo ha dicho ya en el propósito que le sirve de introducción a *Los modernos.* "Nosotros pensamos—escribe—que la crítica

debe ser algo más que una impresión de primera vista en frases brillantes.''

Orientado por el gusto moderno de la crítica, que todo lo reduce a valores estéticos, no gusta clasificar, asignándole un casillero a cada artista; lejos de esto, en sus estudios obedece a un método que se podría decir narrativo, valiéndose de un sistema de sucesión cronológica que entraña la mayor parte de las dificultades, pues si permite seguir la evolución ascendente del artista, dificulta también las apreciaciones generales y el análisis sistemático, que en la crítica suelen ser indispensables, como el experimento en la química o las demostraciones en los teoremas geométricos.

Como Barbey d'Aurevilly, Rubén Darío o Teófilo Gautier, Francisco Contreras ha hecho de su obra crítica una especie de poesía sensitiva y vibrante, ajena a toda pedantería más o menos doctoral. Sus cualidades de poeta aplicadas a ella la han hecho ganar altamente, revistiéndola con los esplendores de un estilo armonioso y variado. La manera de tratar la obra de un escritor suele variar según sea el valor y la trascendencia del artista. Si se trata de Rodin intentará exponer en un análisis integral el significado de su estética y de su procedimiento; si el de Huysmans, hará resaltar al crítico de arte, disfrazado de novelista, que encuentra en el gotismo la razón de su vida y de su ideal literario; si de Ibsen, el sentido íntimo de sus dramas, la razón filosófica de su simbolismo y la verdad profunda de su ideología: ''Para el dramaturgo nuevo—dice estudiando al pensador de *Brand*—, el destino son las leyes vitales; la moral, la necesidad del instinto; Dios, el Ideal. De esta manera Ibsen destierra lo sobrenatural, pero confirma el misterio.''

Hay en *Los modernos* tres estudios que podrían ser colocados junto a lo mejor que se ha escrito sobre la materia, y son las páginas consagradas a Yoris-Karl Huysmans, a Eugenio Carrière y a Juan Lorrain. Al estudiar el poeta al sutil artista de *Sonyeuse,* no escatima los elogios para la obra del novelista; pero si se trata de juzgarla en su verdadero valor, apunta ciertas verdades con abierta franqueza de crítico. ''Su mal—escribe—es ciertamente el mismo del héroe de Huysmans. Como él, es un histérico, atormentado por la lujuria y exaltado por la

imaginación. Como él, detesta la naturaleza por su vulgaridad y adora, por su rareza, el artificio. Como él, es un buscador de paraísos artificiales y un coleccionador de flores del mal. Como él, sabe que la carne es triste, y ha leído todos los libros.'' Esto es justo y ajeno a toda redundancia. Lorrain representa el espíritu de toda una época de refinamiento, que conmenzada con Baudelaire, encontró en el autor de *Monsieur de Phocas* y en el de *A Rebours* sus jefes de capillas y pontífices de cenáculos.

Juan Lorrain, a pesar de ser un excelente artista (poeta brillante en su *Sangre de los Dioses,* novelista admirable en sus novelas menores, dramaturgo sutil en *Cuento de bohemio,* crítico y *chroniqueur* en *En el oratorio*), tuvo más importancia de la debida entre la juventud de su tiempo. Tal vez se admiraba en él al orfebre bizarro, cuya vida fué una eterna pantomima de las peores perversiones. El mismo se confiesa en aquella *autognosis* célebre que a otro cualquiera le hubiera puesto rubores en las mejillas. ''Yo soy un anormal y un loco—dice—. Yo no he sido nunca más que la presa de innobles instintos, y todas las inmundicias de las bajas partes de mi ser, magnificadas por la imaginación, han hecho de mi existencia una serie de pesadillas. Yo no he tenido nunca sensibilidad, he ignorado siempre el don de las lágrimas. Es en lo atroz y en lo monstruoso donde siempre he buscado calmar el irreparable vacío que hay en mí. Yo soy un condenado de la lujuria, de la triste y desencantante lujuria.'' Este grito de alarde genial cristaliza su vida. Lorrain fué un porverso delicado, enfermo de *squisiti mali,* que diría Gabriel D'Annunzio, víctima de una naturaleza de degenerado, y más digna de una clínica que no de la crítica en sus intimidades. Su muerte fué la coronación de una existencia de abúlico y el remate lastimoso de todas las perversiones imaginables que hubieran hecho estremecerse al propio Oscar Wilde antes de ingresar en la cárcel de Reading. Al finalizar su estudio, Contreras sanciona con severidad al poeta y al novelista de *Sonyeuse* que, ''deseoso de sensaciones inéditas, ávido de singularidad, se dejó arrastrar a los peores extremos del refinamiento, de la mistificación, del *bluff*''.

Digno de figurar al lado del estudio de Juan Lorrain es el de Yoris-K. Huysmans, que habiendo comenzado junto a Zola

en su carrera literaria, llegó al simbolismo, y luego después a una conversión de artista. Contreras cree ver en esta metamorfosis una natural evolución del alma moderna ante el problema artístico contemporáneo. "Impulsado por su temperamento inquieto y vehemente—apunta el autor de *Los modernos*—, él fué sucesivamente naturalista, simbolista, místico, reflejando así las diversas fases por que ha pasado el pensamiento en el último cuarto de siglo. De manera que su obra, considerada en conjunto, adquiere proporciones trascendentales: ella simboliza la carrera inquieta y atormentada del alma moderna." Huysmans fué un inquieto, sediento de ideal y que vivió asqueado por la invasión de la democracia. Su temperamento refinado rechazaba la vulgaridad de la época en que desgraciadamente le tocó nacer; así, al evocar el motivo de su conversión, Contreras recuerda el caso de Barbey d'Aurevilly, que exclamaba a menudo: "¡Si no fuera católico por convicción, lo sería por desprecio de esta época, para tener un balcón desde donde escupir a esa plebe!..." Es el propio caso de ese blasfemo extraordinario: León Bloy.

Huysmans vivió siempre recluído, lejos de todo el mundo, hasta en sus postreros días de oblato. Con razón sobrada decía de él Max Nordau: "El amor y la amistad le son desconocidos. Su sentido artístico consiste en acechar la actitud del público ante una obra para tomar inmediatamente la actitud opuesta." Cuando Huysmans piensa en la sociedad, exclama: "¡Revienta, pues, sociedad; muere, pues, mundo caduco!" Sus libros en total vienen a confirmar la más feroz de las teorías egotistas, la exaltación morbosa del yoísmo, que acaso en el propio Baudelaire no alcanzó un dandismo semejante. A lo cual se puede agregar el juicio del crítico de *Los modernos* para tener la fisonomía completa del artista de *Là bas*: "Al escribir *Al revés* —dice Contreras—, el escritor se propuso, según parece, invertir la teoría de Taine, mostrando al hombre superior influído al revés por su medio; esto es, obligado, por reacción, a marchar en sentido contrario a su época."

El estudio que el crítico le dedica a Ibsen, es, como los anteriores, altamente interesante. Ante todo comienza viendo en los tipos del dramaturgo noruego seres anormales. Ya Nor-

dau se había encargado de decir otro tanto; pero el autor de *Los modernos,* si estampa este juicio, no estima que esa anormalidad sea otra que el desequilibrio superior, propio de la genialidad; lo cual, a vuelta de paradojas, vendría a justificar la ya conocida opinión de Guyau sobre el sentido psicológico del genio. Ibsen jamás fué un idealista *a priori,* un loco sin rumbos que diría el fisiólogo dinamarqués. Lo abstracto de su obra depende de la fenomenalidad consciente del mundo exterior; recordemos tan sólo, a este respecto, aquello de Passarge al referirse a la moral ibseniana. ''Ibsen aprendió en Roma—apunta—cuál era la verdadera misión del poeta: consiste ésta en reproducir con originalidad las pasiones y los sentimientos de los hombres, ajustándose a lo que nos dicen la ciencia y la experimentación, y libres de toda tendencia ideal, presentando de este modo a los lectores una especie de espejo fiel de la vida de su tiempo. Brandès ha comprendido esto último en las siguientes palabras: *At skamme Tiden ud* (avergonzar al tiempo); pero esto no pasa de ser una especialidad suya o un género de literatura, pero de ningún modo constituye la verdadera poesía.'' ¿Tal vez explica este juicio el espíritu individualista de Ibsen y su horror al no yo? Al menos así lo deja entrever en una de sus cartas escritas a Jorge Brandès, el ya conocido autor de *Die Litteratur des neunzenhnten Jahrhunderts in ihren Hauptströmungen,* desde Dresde en 1877: ''¿Cada uno de nosotros no aporta al nacer el espíritu de su época? ¿No os ha llamado nunca la atención, al contemplar una colección de retratos del siglo pasado, el aire de familia común a todas las personas pertenecientes a un mismo período? Lo mismo pasa en el dominio de la inteligencia. La ciencia que nosotros profanos no poseemos, se nos da, hasta cierto punto, al estado de adivinación o de instinto. El escritor debe ser, sobre todo, vidente. El don de reflexión es menos esencial; hasta veo un peligro en ello.'' Sin embargo, todo esto en Ibsen puede ser apreciado según el entender de cada cual, ya que el autor de *Peer Gynt* no se entendía a sí mismo en su ideología y cambiaba a menudo, según fueran las circunstancias. ''Tenemos, pues, que en Ibsen—dice uno de sus mejores críticos—sin él darse cuenta todo es contradicción. Sin sospecharlo, pasa de uno a otro campo con

una extrema facilidad.'' Lo cual, por cierto, nada allega en contra de los principios suyos que, en el fondo, permanecen inmutables. Los personajes de Ibsen pueden ser contradictorios, extravagantes y anómalos, pero sin ser degenerados en el sentido patológico, como apuntan ciertos doctores tan sabios como olímpicos. El idealismo del gran poeta noruego ha burlado a no pocos, como ya perdieron a muchos las abstracciones desaforadas de Nietzsche.

V

Como todo poeta amante de su arte, Contreras trabaja la prosa con amor de artífice y conciencia de estudioso. Sacrifica en ella a veces, la austera severidad de la gramática y la tiranía de la Real Academia en provecho de la mayor plasticidad y colorido de sus períodos y vocablos. Comprendiendo con cierto crítico que ''las lenguas, como las religiones, viven de herejías'', se anticipa a los diccionarios, empleando palabras que apenas si hace pocos años fueron admitidas por lingüistas conocidos; tales, por ejemplo, *magnificente, filigránica,* y otros adjetivos y derivados verbales. En otros casos, el poeta ha innovado introduciendo vocablos necesarios, como *tradicionalidad, imaginista, hidalguesco, vitrial* y *luisquincesco;* la penúltima palabra usada por Lugones (*vidrial*) y por Amado Nervo (*vitral*), y el último, en cierto sentido, por Flaubert, lo cual acredita su más preclara prosapia latina. Por cierto que tales palabras no las consulta el diccionario deficientísimo de la Academia, a pesar de que algunas de ellas, como *tradicionalidad,* es un modo adverbial necesario, digno de figurar junto al substantivo masculino *tradicionario.* Acaso tuvo o tuvieron la culpa de esto los malhadados galicismos, que tantas canas les han hecho aparecer a los académicos españoles, con las excepciones honrosas, de paso sea dicho, de don Ramón de Campoamor y de don Benito Pérez Galdós.

Tales avanzadas verbológicas demuestran, a vuelta de argumentaciones, el muy noble afán del escritor por crearse una prosa rica, expresiva y delicada hasta en sus matices más íntimos, aunque un tal esfuerzo filológico-estilístico vaya en des-

medro de la tan decantada espontaneidad clásica; porque el estilo en el autor de *Los modernos* está en correlación directa con un temperamento complicado y sutilizador, enemigo de lo vulgar y de las frases consagradas que exaltan los clisés de ciertos retóricos gruñones y pedestres. Su prosa es suya, única y personal hasta en sus defectos; rara y armoniosa de factura; es su mejor recurso, como sabiamente decía Mallarmé, *l'image marquée d'un sceau mysterieux de modernité à la fois baroque et belle;* pero sin caer jamás en los conceptismos que este *sello misterioso* puede ocasionar, como a menudo le sucedía al poeta de *L'après midi d'un Faune.*

En sus dos libros de viajes e impresiones, *Almas y panoramas* y *Tierra de reliquias,* es donde Contreras cultiva hasta el más alto grado la valorización del estilo por la mayor plasticidad y el más franco colorido. Ciertamente que para tal fin se prestaban admirablemente los motivos escogidos en sus libros, como ser escribir sensaciones de viajes, que exigen de parte del artista un altísimo esfuerzo reconstructivo y armónico. Su maestro único en este sentido podría ser el admirable Rubén Darío de *Peregrinaciones* y *Tierras solares.*

Comienza su viaje artístico el poeta en Italia, recorriendo sus ciudades, Génova y Roma, Nápoles y Bolonia, Venecia y Milán, sus museos, sus catedrales, sus teatros, y para rematar dignamente el aspecto de cada una de ellas, comenta la obra de de alguno de sus artistas representativos: D'Annunzio, la Serao, Carducci, Fogazzaro y Bracco, y estampa un soneto inicial como un blasón poético.

Todos estos recursos estéticos contribuyen a dar al libro una unidad encantadora: el aspecto de una ciudad vista a través de sus monumentos y del alma de algunos de sus poetas o novelistas es cosa interesante y compleja. Así, Nápoles, con su golfo siempre azul, sus barrios pintorescos, donde

Desde los verdiclaros jardines de la playa
y el pintoresco y loco viejo barrio de Chiaya
con sus rejas floridas que el aire azul engríe,

hasta el monte en que albea su vetusto castillo
y sus cincuenta iglesias llenas de falso brillo,
Nápoles danza, Nápoles grita, Nápoles ríe,

que sentimos sacudirse como un cascabel de pandereta a través de estos versos deliciosos, se completa en las páginas graves sobre la Serao, escritora que en su extraño misticismo algo tiene de esa ciudad comercial y artista, donde cada hombre es una garganta: ciudad amiga de las juergas populares y de las tenebrosas tragedias de la *Maffia.*

De la Serao dice Contreras: "Intérprete fiel de la vida, Matilde Serao despliega en sus obras una amplitud de ideas rara en un escritor femenino. Amante de la verdad minuciosa, consigna hasta los detalles más secretos e íntimos. Enemiga de sutiles filosofías, razona con una cordura natural libre de toda imposición dogmática. Mas he ahí que un buen día la escritora zarpa hacia Oriente, rumbo a Palestina. Y a poco publica un libro, *En el país de Jesús,* en que abiertamente se confiesa mística creyente y militante." Este juicio es acertado y caracteriza un aspecto del alma napolitana en su escritora predilecta; solamente que Contreras se ha equivocado al creer que la Serao hizo un viaje a Palestina, siendo así que no abandonó Italia para componer ese libro, escrito de memoria, según propia confesión.

En Bolonia, "ciudad sabia de estetas y doctores", el poeta se funde en su silencio grave y doctoral, y en sus torres enormes cree ver escalpelos colosales,

> enarbolados para escrutar de los cielos
> las vísceras de astros, la sangre de fulgores...

Luego, después de recorrer sus calles, sus plazas y monumentos, Contreras escribe: "En ella se aduna a la pesadez y gravedad del arte romántico la ligereza y prolijidad del estilo gótico. El Renacimiento, si reinó brillantemente en su escuela de pintura, en su arquitectura no se impuso en exclusivo. Y la edificación moderna, si la ha cercado por sus afueras y la ha penetrado por ciertas arterias, no ha llegado a sofocar el gran núcleo antiguo de su parte céntrica, así un engaste nuevo soportando un viejo camafeo." Su poeta, Carducci, la amaba y se fundía en ella ajeno a su tradición señorial, perdido en el sueño de la ciudad apacible:

O terre in torno o gli alti argini sole,
ore pianser l'Eliadi; a voi discendi
la tenebra odiata, e a men non duole...

Después de recorrer Venecia, el poeta de *Toisón,* experimentando una ''revelación más en la serie continuada de revelaciones, que es esta ciudad feérica de las calles azules y las embarcaciones fúnebres con aspecto de cisnes negros'', analiza la obra de su escritor, Antonio Fogazzaro, el ideólogo de *Il santo.*

Finaliza este viaje ideal de aeda en la ciudad del Duomo: Milán, urbe moderna, fuerte e higiénica, que parece desmentir su tradición artística secular.

Almas y panoramas es, si no el libro más reposado, uno de los más bellos de Francisco Contreras; de sus páginas se desprende un perfume parecido al de ciertos jardines por el otoño que, con durar en su floración el espacio de una mañana, dejan el recuerdo de una embriaguez penetrante. Al enderezar sus pasos hacia el país del arte, este poeta no se extasió ante sus monumentos con el afán del arqueólogo o del profesor, prefiriendo verlo todo con simple recreo de poeta; buscando gestos extraños en la piedra festoneada por la pátina de los siglos, o encantos de sensaciones nuevas en el oro secular de los santos de Bellini y en las manos liliales de las figuras de Luini o del Tintoreto. Al llegar a España hará otro tanto, prosiguiendo su labor, como un peregrino ilusionado que arriba a una nueva Jerusalén ideal.

Su España es, en realidad, la *Tierra de reliquias* soñada por todo artista. Contreras no llega al solar del Cid en busca de chulas, toreros y mendigos, como Teófilo Gautier o Hugo; su España es la de Barrés y la de Rubén Darío, cuna de Zurbarán y de Goya, patria de don Luis de Góngora y Argote, de Santa Teresa y Quevedo; es decir, tierra de misticismo y de energía, de ciudades viejas y caserones polvorientos. Sus rincones predilectos se llaman Burgos, con sus crepúsculos enormes y sus campanas que añoran épocas delicadas; Toledo, ciudad muzárabe, mitad España musulmana y mitad España goda, paseando por cuya plaza, el Zocodover, habría podido decir el poeta con los versos de Francisco Villaespesa:

Bajo los soportales de esta plaza,
há tres siglos, hubiera paseado,
con la altivez hidalga de mi raza,
mis fanfarronerías de soldado.

Valencia, la bella, que en un tiempo fué la capital de Europa, cuando la cultura y la actividad de los sarracenos hicieron de sus mercados y de sus palacios los primeros del orbe, y que ahora vive de un comercio relativamente escaso, pero transformada en un verjel de verdura y aromas. "Valencia, engastada en la esmeralda riente de su vegetación—escribe Contreras—, da la impresión de una cosa viva y sensitiva. Contribuye a reforzar esta impresión el carácter de sus habitantes, inteligentes e industriosos. La desconfianza y el recelo con que les miran las gentes de las otras provincias, están formados en gran parte de emulación. Ellos han hecho de la campiña un jardín perpetuo." Un jardín y una huerta, frescos, rientes, como les ha dado animación la pluma maravillosa de Blasco Ibáñez.

Después de recorrer media España, Contreras se refugia en la corte, a vivir la vida en la cual los españoles cifran todo su orgullo. Madrid es España, o más bien dicho, el alma de la Península. Quienquiera que haya vivido en la metrópoli no tiene más que haber observado el ajetreo diario en sus cafés o en la Puerta del Sol, para recordar su espíritu vario, proteiforme: ora gallego, ora toledano, ora granadino o ya catalán y hasta bizkaitarra. Una España cinematográfica, variada y pintoresca hasta el más curioso exotismo.

En Madrid Contreras tiene ocasión de apuntar sobre lo vivo observaciones detenidas sobre las costumbres y la vida española que en la corte se mantiene entre estudiantes, profesionales, artistas o clérigos. En esta parte, *Tierra de reliquias* cobra cierto carácter de amenidad y encanto muy especiales. El poeta ve y siente en medio de un mundo cuya idiosincrasia es única e inconfundible. Así, en cierta casa de huéspedes, hace vida de fonda en compañía de... "un canónigo joven de la catedral de cierto pueblo de dos mil habitantes, venido a Madrid a consultar médico; un abogado catalán aspirante a un juzgado; un belga esgrimista, gran aficionado a las corridas de toros; un viejo militar retirado y dos estudiantes andaluces"; y a través

de sus pensares y sentires hurga buscando rasgos originales y anotaciones curiosas sobre la psicología de la vida peninsular tal como es y no tal como la han pretendido ver ciertos españolizantes de buen humor desde el buen padre Hugo a esta parte.

Completan esta visión de la España actual, tierra de reliquias y de poetas, una serie de estudios sobre los escritores que Contreras estima representativos del resurgimiento literario de la Península: Valle Inclán, Villaespesa y Díez Canedo.

Después de visitar Toledo y Burgos, la figura lírica del autor de *Romance de lobos* era indispensable para completar el aspecto romántico del alma española que prolonga en nuestro siglo el gesto altivo de la raza. Valle Inclán es un evocador de la primitiva sociedad española vista a través de un cerebro moderno y de un temperamento místico en el cual hay ''un hidalgo aventurero y un monje asceta''. Además, Valle Inclán ha hecho por la renovación de la moderna literatura tal vez más que lo realizado por ningún otro escritor español.

Así, pues, Contreras le ha estudiado con amor de artista y honradez de crítico al adivinar en él a un novelista personalísimo, encarnación del alma de su pueblo. ''Temperamento altanero y místico—dice—, Valle Inclán es la encarnación más genuina del espíritu de su raza. Sus libros son la evocación más fiel y viva del alma española, guerrera y fanática, heroica y supersticiosa.''

De menos trascendencia que Valle Inclán, aunque tan artista como él, es Enríquez Díez Canedo, ''poeta delicado y culto en que predomina ese elemento infantil o más bien femenino, que existe en todo artista''. Su obra, como la de Villaespesa, representa el fruto de temperamentos esencialmente aristocráticos que prolongan hacia el futuro la obra de renovación lírica iniciada por Rubén Darío.

En la España actual la obra de estos tres selectos poetas tiene el gran significado de un progreso feliz que viene a desmentir la leyenda de cierto tradicionalismo tan retórico como antojadizo. Así lo reconoce también Francisco Contreras, y de aquí que en su libro aparezcan estos escritores formando la trilogía espiritual de la moderna literatura.

VI

Fácilmente se advierten en la obra de Francisco Contreras dos corrientes paralelas: una que comenzó con *Esmaltines,* allá por sus años de adolescencia, y que fué acentuándose más y más con las influencias de Baudelaire, Verlaine y Mallarmé; y la otra, que data de *Romances de hoy,* empeño fecundo por volver a la espontaneidad artística, fuerte y vigorosa, y al sentimiento de la tierra.

La primera corriente en el sentido de sutuosidad lírica se cristaliza día a día en su obra de última data, ya sea en los sonetos de *Almas y panoramas,* ya en los elogios críticos de *Los modernos* o de *Tierra de reliquias,* y en ciertos versos inéditos del poeta que formarán un volumen próximo, *Vaso de dulzura.* Pero es a la segunda a la que pertenece la obra del porvenir: la tetralogía vibrante de cuentos autóctonos de sus *Novelas Míticas* (1), su trilogía *El romance de Chile* y otro libro de versos autóctonos, *Poemas de la Tierra y del Cielo.*

Continuando la labor iniciada con sus *Romances de hoy,* el poeta se ha dado por entero al ensueño altísimo de vaciar el alma de su pueblo en moldes de oro. Y esta ha de ser la obra del porvenir en el escritor; la obra definitiva, acariciada día a día en su desvelo de perfección ideal.

ARMANDO DONOSO.

(1) De éstas han aparecido algunas en la revista *Mundial*, de París.

BIBLIOGRAFÍA (*)

El Imperialismo Norte-americano. Por el Dr. F. Caraballo Sotolongo. Con un prólogo del Dr. A. Sánchez de Bustamante, Catedrático de Derecho Internacional de la Universidad de la Habana. 1914. Imp. "El Siglo XX", Teniente Rey 27, Habana.—8.°, 233 p. y un retr.

Como muy bien dice el Dr. Sánchez de Bustamante en los cortos párrafos que sirven de proemio a este libro sobre el imperialismo norteamericano, en él su joven autor ha "estudiado seriamente la cuestión en sus precedentes científicos y en su origen histórico". Los cinco interesantes capítulos que comprende, respectivamente se titulan así: el primero, "Estudio científico del Imperialismo"; el segundo, "¿Existe el Imperialismo norteamericano?" (el Dr. Caraballo afirma que "no existe en la política exterior de los Estados Unidos", sino que lo "preconizan los escritores europeos influidos por la contrariedad sentida al pensar sobre las posesiones adquiridas por los Estados Unidos tras la vertiginosa guerra Hispano-americana, pues truecan más cruda la competencia en el mercado colonial"); el tercero, "Fases del expansionismo yankee hasta 1914.—Pretensas fases que se le desea dar.—Probables remedios"; el cuarto, "Aspecto importante del expansionismo norte-americano: La Doctrina de Monroe.—Vasto campo que posee la política exterior de los Estados Unidos, sin necesidad de abrazar el Imperialismo", y quinto—el mejor de la obra, a nuestro juicio—, "El Imperialismo económico de los Estados Unidos: El Pan-americanismo.—La política exterior norte-americana.—Labor de alientos". Después hay un brevísimo epílogo titulado "El porvenir de la América Latina" y una lista de las obras consultadas por el

(*) Debemos recordar que en esta sección serán analizadas, únicamente, aquellas obras recientes de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores; de las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

Dr. Caraballo para preparar este libro, que, si bien en ciertos aspectos es un poco lírico, revela estudio y está serenamente pensado, aunque no bien escrito en general, pues el estilo es premioso y obscuro en ocasiones, notándose a veces el mal uso de vocablos cuyo significado no es el que se les da: ''connotado'' por *notable*, ''transcripta'' por *antedicha* o *expuesta*, etc.

Pero, en rigor, estos detalles no quitan su mérito a la obra del señor Caraballo, quien no se propuso hacer un trabajo literario; ni obstan para que saludemos en él a un joven compatriota que demuestra talento y dedicación a esta clase de estudios de innegable importancia, que fija con personal criterio sus puntos de vista en materia tan discutida como la del imperialismo angloamericano, y que después de analizar y comparar los distintos pareceres emitidos por eminentes publicistas, aconseja a los latinoamericanos cordura, paz, aplicarse al trabajo fecundo, menos politiqueo y una más alta concepción de la vida nacional y de las relaciones entre pueblos llamados a vivir estrechamente unidos en una sola aspiración común: América para todos los americanos—latinos y anglosajones—, ya que, a su juicio, el temor al imperialismo atribuído a los Estados Unidos es más bien producto de la constante prédica de ciertos escritores europeos, a cuyos gobiernos entorpece en sus aspiraciones coloniales la actitud del de Washington manteniendo la Doctrina Monroe.

En homenaje al buen gusto, el Dr. Caraballo debió prescindir de la especie de alegoría que aparece en la cubierta de su libro, dedicado al Ldo. Raimundo Cabrera e impreso a expensas de éste. El autor de estas líneas se complace en celebrar tan generoso rasgo, poco frecuente entre nosotros, felicitándose por haber contribuído a la publicación de la obra cuando hace cosa de un año presentó al señor Caraballo a su Mecenas de hoy y pidió al director de *Cuba y América* que costease la edición.

Fervorosamente aplaudimos el optimismo sano y hondo que se desprende de algunas de las mejores páginas de este libro, las cuales debieran ser constantemente repetidas a nuestros pesimistas, a nuestros recalcitrantes hombres de poca fe.

Escritos de Aurelia Castillo de González, de la Academia Nacional de Artes y Letras, y algunos de Francisco González del Hoyo... Habana, Imp. ''El Siglo XX'', de Aurelio Miranda, Teniente Rey 27. 1913-14.—5 vols., 4.º; VI-465, VII-379, VIII-446, XI-430 y VIII-368 p.

Ahora, al aparecer reunida en estos cinco hermosos volúmenes, es como puede ser debidamente apreciada la admirable labor de esta admirable mujer. Tanto en prosa como en verso, ha puesto siempre sus aptitudes al servicio de la belleza, de la virtud, de la verdad, y de la constancia en el amor inextinguible que su pecho guarda para el que fué su compañero en la vida, el señor González del Hoyo, de quien hasta la página 109

del primer volumen aparecen algunos escritos en esta obra dedicada por la autora a los que llama sus grandes amores: "Mi patria, mis padres (muertos ya) y hermana, mi marido (muerto también)".

En el prólogo, aunque se dice que de ella sólo han sido impresos sesenta ejemplares, ocho más fueron tirados; y este corto número da gran valor bibliográfico a cada uno de ellos, a más del mérito intrínseco y el de no haber sido puestos a la venta, sino distribuídos gratuitamente por la autora "entre sus deudos más próximos", "un reducido número de íntimos amigos" y "otros que, sin serlo tanto, lo son también de las letras", y "a las principales bibliotecas públicas de la Isla".

Ordenados cronológicamente los trabajos de la señora Castillo, el volumen I está dividido en tres grupos o libros que comprenden, respectivamente, los ya dichos escritos de su esposo, Cartas, artículos y pensamientos y Estudios históricos y biográficos, así como el apéndice primero, que es una carta de D. Rafael Montoro; el II, en dos: la continuación de los Estudios históricos y biográficos (entre éstos los muy importantes sobre la Avellaneda y el inmortal Ignacio Agramonte) y Cartas de viajes (interesantísimas), a más del segundo apéndice, formado con datos relativos a los familiares de Agramonte y trece cartas de éste a su esposa; finalizando el volumen con el valiente y enérgico artículo titulado *De regreso,* escrito en 1891 y reproducido entonces por gran parte de la prensa de Cuba, en el cual sintetizó esta vibrante escritora, con inequívocas frases y entereza y brío singulares, su deplorable visión de nuestra patria en aquella fecha; el III, en dos libros: Elogios literarios y Cuentos, además de la continuación de las Cartas de viajes y el tercer apéndice, que es una carta de Manuel de la Cruz, el inolvidable autor de los *Episodios de la Revolución Cubana;* el IV, en cuatro libros y dos apéndices (cuarto y quinto), contentivos éstos del prólogo de la primera edición de las lindas *Fábulas* de la autora y una carta de Manuel Sanguily, y aquéllos respectivamente titulados así: Fábulas, máximas, etc., Composiciones extensas, Trozos guerreros y apoteosis, y Otras poesías; y el tomo V en un libro: *La hija de Iorio,* bella traducción castellana de la hermosa tragedia pastoral de D'Annunzio, la continuación del titulado Otras poesías y los apéndices sexto y séptimo, formados, el séptimo, con el soneto *Una maja,* de nuestro grande y malogrado Julián del Casal, una décima de Mercedes Matamoros, párrafos de una carta de Dulce María Borrero de Luján y un soneto de M. Rodríguez Rendueles, y el octavo con una carta de Max Henríquez Ureña, referente a la traducción de la mencionada obra de D'Annunzio.

Hemos procurado dar una idea del variado texto de los once libros en que están divididos los cinco volúmenes modestamente titulados *Escritos de Aurelia Castillo de González;* y aunque la necesaria brevedad de una nota bibliográfica nos impide juzgar en detalle tan vasta obra—que, por otra parte, mereció siempre públicos elogios a medida que fué apareciendo en diarios, revistas y folletos—, queremos, sin embargo, señalarla a la consideración de no pocos de nuestros "intelectuales", a fin de que les sirva

de estímulo y les haga pensar en su deber de producir, dando así a la patria lo mejor, lo más noble de su ser, que son los frutos del entendimiento.

No hay empeño más levantado que el de inspirarse en las necesidades nacionales, para tratar de remediarlas exponiendo cuanto acerca de ellas se piensa; y si no lo hacen quienes a ello están principalmente obligados por su preparación y el puesto que ocupan entre sus conciudadanos, ¿quién lo ha de hacer? Cuantos—libres de prejuicios y ambiciones—honradamente crean que pueden aportar con su pluma una solución favorable a algún problema cubano; que pueden contribuir a extender la cultura y el amor a las letras y a toda elevada manifestación del espíritu, deben hacerlo sin vacilar, como lo ha hecho la muy notable escritora en cuya obra nos ocupamos.

¿Qué hombre no podría envanecerse de haber dado tan copiosa contribución como ella al acervo literario de su patria? Poetisa, sus sencillos y hermosos versos se han inspirado siempre en altos motivos, dedicando sus bellas fábulas y máximas morales a los niños de Cuba. Prosista, a ellos también van encaminados sus amenos cuentos, y todas sus obras a despertar en los cubanos el amor a la verdad, al bien, a la belleza y a la patria. En estilo fácil, al par que vigoroso, ha expuesto las sensaciones de su espíritu a un tiempo mismo fuerte y lleno de bondad. Quienes la conocieron en sus años de juventud, recuerdan la gran belleza física de esta mujer rara en nuestro medio; belleza que conserva en las rosas de su tez y en el brillo de sus ojos azules, nimbada por la albura de sus cabellos y acrecentada por la más duradera de todas, por la que acompaña desde la cuna hasta el sepulcro: la belleza moral, que se refleja en todos sus actos y en toda su obra literaria. No es creyente, y no ha necesitado de ninguna religión para estar en paz con su conciencia, para ser buena y vivir una vida útil y noble. Alma perennemente joven, su cuerpo resistió no ha mucho la dura prueba de actividad a que fué sometido al conferírsele a ella la presidencia del Comité Avellaneda, que organizó las fiestas conmemorativas del centenario del nacimiento de su comprovinciana la insigne poetisa hija de Camagüey, Gertrudis Gómez de Avellaneda; Comité en el cual compartimos con la Sra Castillo de González sinsabores y satisfacciones y en donde tuvimos oportunidad de conocer mejor el temple de esta ejemplar dama a quien rendimos homenaje merecido, aunque pequeño, por la publicación de sus valiosas obras, que reafirman su bien adquirida fama de escritora ilustre por su talento, su cultura y su fervorosa dedicación a una de las más encomiables finalidades: difundir desinteresadamente el gusto por las bellas letras, acrecentando el caudal de las de la patria.

Carlos de Velasco.

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY 27, HABANA

Cuba Contemporánea

AÑO II

Tomo VI. Habana, noviembre de 1914. Núm. 3.

EL SENTIMIENTO DE LA RESPONSABILIDAD

Es base de toda buena organización social, el sentimiento, en los ciudadanos, de la propia responsabilidad y de la responsabilidad ajena. Mediante el primero, garantízase el respeto al derecho de los demás; mediante el último, se adquiere la garantía del respeto al propio derecho, y con ambos obtiénese el equilibrio social.

El ciudadano debe llegar, en su actuación dentro de la sociedad, hasta donde la actuación de otro ciudadano comience. Para que en la serie de círculos excéntricos, que suponemos como medio más propio de determinar el derecho de cada ciudadano, no haya interferencias, es absolutamente indispensable no sólo la noción del derecho de cada uno, sino el sentimiento de la propia responsabilidad en caso de violación del ajeno derecho, y el sentimiento de la responsabilidad ajena cuando el derecho desconocido o violado sea el propio derecho.

Explícase, por tanto, y de este modo, el hecho del equilibrio que se observa en los agregados sociales en que este sentimiento encuéntrase arraigado en los ciudadanos, y el desequilibrio que se nota en los grupos sociales en que tal sentimiento no existe o en los cuales se tiene del mismo un concepto borroso o poco claro.

Es deber imperioso de todo Gobierno, y fundamentalmente de

los Tribunales de Justicia, velar en todo caso por que el sentimiento de la responsabilidad, como elemento básico de la sociedad, sea robustecido, y tender constantemente, mediante la aplicación—sin distingos ni consideraciones—de la pena correspondiente, a la represión de todo acto que desconozca, olvide o menoscabe aquel sentimiento.

Este deber, de necesario cumplimiento en todas las sociedades, es de imprescindible cumplimiento en la nuestra, porque en ella y a virtud de causas de todos conocidas, entre las que figura—y no como menos importante, por cierto—el abuso que se ha hecho de indultos y amnistías en unos casos, y de la llamada *vista gorda* en otros, se ha llegado al olvido de las leyes de carácter penal o han sido desdeñosamente miradas, en razón a que han perdido, por el abuso señalado, los efectos represivo e intimidativo que de antiguo se les atribuye.

Cada cual, ante el indulto, la amnistía o la tolerancia aplicados al caso precedente, ha creído, *bona fide,* que al hallarse en caso análogo o semejante le alcanzaría igual suerte.

Y como se ha usado y abusado de estos procedimientos, el sentimiento de la irresponsabilidad, como antitético del de la responsabilidad, ha cundido entre nosotros y en términos tales, que ha llegado a los propios funcionarios del orden judicial.

Con frecuencia vense en los periódicos de la capital y de provincias artículos extensísimos en los que se narran actos por aquéllos realizados, reveladores del desconocimiento del sentimiento de la responsabilidad.

No han trascurrido muchos días desde que el periódico *El Día* dedicó un editorial, con el título de *Jueces politicastros,* a señalar actos que, de ser ciertos, llevaban aparejada responsabilidad criminal para quienes los ejercitaron; poco tiempo antes, el diario *El Mundo,* en información extensa, nos hizo el relato de otros hechos, varios por cierto, de un funcionario del orden judicial, constitutivos de delito; recientemente, quien esto escribe, tuvo necesidad de acudir ante el Tribunal Supremo en escrito—publicado también en el periódico *El Día*—para poner en conocimiento de aquel alto tribunal actos de una arbitrariedad desmedida, realizados por un Juez ayuno en absoluto de conocimientos o harto de mala fe, y en ambos casos pre-

varicador; no hace mucho tampoco que un respetable Procurador Público de cierta ciudad próxima a una capital de provincia, acudió al Fiscal del Tribunal Supremo dándole cuenta de otros actos, también constitutivos del delito de prevaricación, realizados por funcionario judicial; y en estos días los periódicos se han hecho eco de la denuncia formulada, también ante el Supremo Tribunal, por un Representante de la nación contra un Gobernador Provincial, un Fiscal de Audiencia y un Juez de Instrucción.

Y ante estos hechos, que no son por cierto esporádicos, sino que revelan un estado social, alármase con justicia notoria nuestra desquiciada sociedad, presintiendo todo el mal que se le viene encima cuando los guardadores de la ley y los más obligados, por ello, a su respeto, la miran desdeñosamente, seguros, tal vez, de que no ha de alcanzarles responsabilidad alguna.

Cuba Contemporánea, que es optimista, que abriga la esperanza de que es posible conseguir una reacción que acabe con las tolerancias, con las injusticias y con los abusos; que espera, confiada en las virtudes de una parte del pueblo cubano, esa vigorosa reacción que modifique su actual *status,* y que aspira, por otra parte, a poner de manifiesto los males de carácter social y a procurar su remedio, no puede permanecer silenciosa ante hechos que afectan de modo vital a la sociedad y respecto de los cuales estima que existen medios sobrados para evitarlos, o, cuando menos, para modificarlos.

No hablemos de la supresión de indultos y amnistías, como medio de robustecer el sentimiento a que venimos refiriéndonos; porque, aparte de que es este tema alrededor del cual se ha hecho todo género de consideraciones, actualmente, y a pesar de cuanto se ha dicho y escrito, nuestra Cámara de Representantes ha acordado una amnistía, con el voto favorable de algún catedrático de Derecho y de muchos abogados, que es improcedente no sólo porque trata de aplicarse a delitos comunes, sino porque establece una desigualdad que, aun cuando no fuera inconstitucional, sería irritante porque divide en castas a los hijos de esta tierra; no nos ocupemos de la ciencia y experiencia de las personas a quienes elijamos para el desempeño de cargos judiciales, porque, desgraciadamente y dada la

forma en que muchos nombramientos se hacen, la selección es imposible y se da el caso—que todos estamos presenciando—de que la administración de justicia se halle frecuentemente en manos inexpertas. Hemos sido partidarios decididos de la juventud para el desempeño de cargos, cuando los cargos han estado al alcance de la juventud, y siempre con reservas cuando se ha tratado de los del orden judicial; porque hemos entendido que para éstos, más que para otros, son absolutamente necesarios conocimientos y experiencia. Y aun partiendo del supuesto, muy discutible, de que de la Universidad salgan abogados—supuesto que no aceptamos, pues entendemos que, cuando más, se sale de ella con ideas generales de las materias propias de la carrera—, faltaría el otro elemento, la experiencia, del cual es imposible prescindir; no contemos con aquellos otros a quienes los años o los desengaños les aconsejan un buen vivir, con la menor cantidad de esfuerzo, porque éstos, en el ocaso de la vida, resultan indiferentes, y es humanamente disculpable su indiferencia cuando han recorrido ya casi totalmente el áspero camino de la vida y los entusiasmos y arrestos han caído con las últimas ilusiones.

Prescindamos, por tanto, de las amnistías y de los indultos, y aceptémoslos como una necesidad, si se quiere; congratulémonos ante la extremada juventud o ante la extremada escasez de conocimientos de quienes sean designados para el desempeño de cargos en la administración de justicia, pensando que, al rodar del tiempo, se harán hombres maduros y que el estudio y la práctica les darán aquellos conocimientos, y resignémonos, por último, ante la pasividad de los ancianos que tienen derecho a un buen vivir, con la esperanza de que es corto el tramo que les queda por recorrer. Pero a unos y a otros, a jóvenes y a viejos, a sabios y a ignorantes, exijámosles la responsabilidad correspondiente cuando sus actos se separen de los cánones legales.

¿Cómo? La tarea, a nuestro juicio, es fácil. Dependería de que los tribunales superiores actuaran, en cada caso, conforme a las facultades que les da la legislación vigente, sin esperar la actuación de los ciudadanos.

A este respecto creemos, en divergencia con nuestro Tribu-

nal Supremo, que éste tiene un campo muy amplio en el artículo 107 de la *Ley Orgánica del Poder Judicial.* Según este artículo,

cuando el Tribunal Supremo o cualquiera de sus Salas, por razón de los *pleitos o causas* de que *conozca* o de la *inspección* y *vigilancia* que sobre sus inferiores *ejerza* o POR CUALQUIER OTRO MEDIO, tuviere noticia de algún acto de funcionario del Orden Judicial que *pueda* calificarse de delito, MANDARÁ formar causa para su *averiguación* y *comprobación,* oyendo previamente al Ministerio Fiscal.

En primer lugar, y según se ve, la disposición contenida en el artículo transcrito es preceptiva: *mandará* formar causa para su averiguación y comprobación,—dice. No deja, pues, al arbitrio de tan alto tribunal la actuación en los supuestos que el artículo comprende. Exige, después, para la actuación, únicamente que el Tribunal o cualquiera de sus Salas tenga *noticia* del acto que pueda calificarse de delito, con lo cual quiere indicar que no es necesario que tenga la convicción de que el acto ha sido realizado, sino que basta una simple noticia llegada a él por razón de los pleitos o causas de que conozca, por razón de la inspección o vigilancia que sobre sus inferiores ejerza, o por *cualquier otro medio.*

No ha entendido esto así, sin embargo, el Tribunal Supremo. En los casos citados al comienzo de este trabajo, cuando la *noticia* que exige el artículo 107 de la Ley Orgánica ha llegado a él por conducto de particulares—que es, indiscutiblemente, un medio comprendido dentro de la frase "*cualquier otro medio*" contenida en el artículo—, se ha excusado de actuar, por entender que en casos tales el particular debe acudir, mediante la querella, al Juez o Tribunal competente para conocer del hecho que se estima constitutivo de delito; y así, en el caso nuestro y al cual nos hemos referido antes, como en el caso del Representante señor Nieto, declaró no haber lugar a proceder conforme a lo interesado. Del auto de 19 de agosto último, dictado con motivo del escrito del señor Nieto, es el considerando siguiente:

Considerando: que tampoco procede aplicar separadamente el artículo ciento siete de la citada Ley Orgánica a los hechos concernientes al Fiscal y al Juez de Instrucción mencionados, porque con arreglo al artículo

ciento seis, número tercero, y al doscientos noventa y siete de la misma Ley Orgánica, el juicio de responsabilidad criminal contra los Funcionarios del Orden Judicial y del Ministerio Fiscal no puede incoarse por iniciativa de particulares sino a instancia de persona hábil para comparecer en juicio, o sea por medio de querella.

Entendiendo, como entendemos, que la Ley Orgánica citada no sólo autoriza, sino que impone el deber de actuar cuando el Tribunal Supremo o cualquiera de sus Salas tuviere noticia, *por cualquier medio, de acto de funcionario judicial que pueda calificarse de delito;* estimando que tal actuación por parte del Tribunal Supremo sería beneficiosa en alto grado para nuestra sociedad, y muy especialmente por el estado de desequilibrio en que se halla, porque robusteciendo en los funcionarios del orden judicial el sentimiento cabal que deben tener de la responsabilidad de sus actos—aparte de la labor de saneamiento que realizaría en la Administración de Justicia, separando en los casos procedentes a quienes no fueran dignos de figurar en ella—, daría una garantía, que es necesarísima, a los ciudadanos, en quienes renacería la casi perdida fe en la administración de justicia, vamos a estudiar en conjunto, tan someramente como nos lo permita la natural extensión del asunto, las disposiciones de la Ley Orgánica vigente y las que le han servido de precedente, o sean las contenidas en la *Compilación de las disposiciones orgánicas de la administración de justicia,* que estuvieron en vigor hasta la promulgación de la citada Ley Orgánica del Poder Judicial.

La Real Orden de 1.° de abril de 1890, que dispuso que la Comisión de Códigos de Ultramar formulara un proyecto de organización provisional de los tribunales en aquellas provincias, dice:

Al lado del principio de la independencia del poder judicial deben figurar las bases y reglas que hagan eficaz la responsabilidad de los funcionarios a quienes la sociedad confía la sagrada misión de administrar justicia. Es este uno de los puntos en que el poder legislativo ha de tener que dar en breve plazo satisfacción forzosa a los requerimientos de la ciencia y a las reclamaciones de la opinión pública, definiendo y reglamentando aquella responsabilidad, bien dentro de la ley de organización del poder judicial, bien acogiendo en todo o en parte la proposición que uno de los más ilustrados miembros de la Comisión Codificadora que V. E.

tan dignamente preside, tiene presentada al Senado. No debe, sin embargo, quedar desatendido entre tanto problema tan importante; y si dentro de los elementos actuales la perfección no pudiere lograrse, se deberán buscar cuando menos las soluciones interinas que más a ella se aproximen.

Consecuente con estas ideas, que demuestran hasta la evidencia el deseo de la Administración española "de hacer eficaz la responsabilidad de los funcionarios a quienes la sociedad confía la sagrada misión de administrar justicia", estableció la *Compilación de las disposiciones orgánicas* en su artículo 164, que

el juicio de responsabilidad criminal contra los funcionarios del orden judicial *sólo podrá* incoarse: primero: en virtud de providencia del Tribunal competente; segundo: a instancia del Ministerio Fiscal, y tercero: a instancia de persona hábil para comparecer en juicio.

Nuestra vigente *Ley Orgánica* nos dice, en relación con este particular, en su exposición de motivos:

Título VII.—Responsabilidad judicial.—Se reproducen las disposiciones españolas sobre la responsabilidad judicial, con la distinción de suprimir el antejuicio preliminar exigido por las leyes anteriores, haciéndose así más fácil para cualquier ciudadano al [*sic*] acusar a los funcionarios del cuerpo judicial.

Y, al desenvolver estas ideas en el correspondiente articulado, dice en el artículo 106:

El juicio de responsabilidad criminal contra los funcionarios del Orden Judicial *sólo* podrá incoarse: (1) En virtud de auto de Tribunal competente. (2) A instancia del Ministerio Fiscal. (3) A instancia de persona hábil para comparecer en juicio.

Cotejadas ambas disposiciones de la *Compilación* y de la *Ley Orgánica,* obsérvase, en cuanto a la redacción, la única diferencia de que en el apartado primero del artículo 164 de la *Compilación* se emplea el vocablo "providencia", y en el 106 de la *Ley Orgánica* se emplea el de "auto"; diferencia ésta que no modifica el contenido del artículo en cuanto al fondo.

El artículo 164 de la *Compilación,* tiene su desenvolvimiento en los artículos del 165 al 176, ambos inclusive; y el 106 de

la *Ley Orgánica* lo tiene en los artículos del 107 al 113, también ambos inclusive.

Entre los primeros, los de la *Compilación,* que guardan estrecha analogía con los de la *Ley Orgánica*—pues que éstos son copia de aquéllos, con las modificaciones recomendadas por el nuevo régimen y por la nueva organización judicial—el número 175, a nuestro juicio, explica la radical diferencia que existe en cuanto al *modus operandi* entre uno y otro cuerpo legal.

Para que pueda incoarse causa—dice este último artículo—con el objeto de exigir la responsabilidad criminal a funcionarios del orden judicial en el caso tercero del artículo ciento sesenta y cuatro, deberá preceder un antejuicio con arreglo a los trámites que establezca la Ley de Enjuiciamiento criminal y la declaración de haber lugar a proceder contra ellos.

Nos encontramos, en primer término, con una sustancial diferencia entre los artículos que regulan esta materia en la *Compilación* y en la *Ley Orgánica,* pues siendo igual el contenido de los artículos 164 de la Compilación y 106 de la Ley Orgánica, la primera contiene, además, una disposición complementaria que es precisa y clara: la del artículo 175. Era, conforme al artículo 164 de la *Compilación,* uno de los medios para proceder criminalmente contra los funcionarios del orden judicial, ''la instancia de persona hábil para comparecer en juicio'', y el 175 exigía para alcanzar tal finalidad que precediera el antejuicio con arreglo a los trámites establecidos en la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

Tal disposición, es claro que no podía tener otra correspondiente en la Ley Orgánica, porque ya hemos visto en el párrafo de la Exposición de motivos de ésta, que hemos copiado anteriormente, que fué propósito de la Comisión Consultiva reproducir, en cuanto a la responsabilidad de los funcionarios del orden judicial, las disposiciones españolas, ''con la distinción de suprimir el antejuicio preliminar exigido por las leyes anteriores''.

Nosotros creemos que no es indispensable en *todo caso* la querella para proceder contra los funcionarios del orden judicial, a ''instancia de persona hábil para comparecer en juicio''. Este es uno de los modos para proceder conforme al artículo

164 de la *Compilación* y al 106 de la *Ley Orgánica;* pero no es el único, porque, dentro de este criterio, habría que llegar a la conclusión—absurda—de que lo mismo el artículo 107 en cuanto impone al Tribunal Supremo y a cualquiera de sus Salas el deber de mandar formar causa cuando tenga *noticia por cualquier medio,* de acto de funcionario judicial que *pueda* calificarse de delito, que el artículo 108 en cuanto dispone que "lo ordenado en el artículo anterior será extensivo a las Audiencias, en el caso de que sea de su competencia conocer de los hechos que puedan calificarse de delitos" y ordena que cuando no sea de su competencia conocer de tales hechos, los pongan en conocimiento del Tribunal que la tenga, con los antecedentes que puedan ser útiles, como también todos aquellos que imponen al Fiscal del Supremo y a los demás representantes del Ministerio Fiscal análogo deber, no tienen razón de ser porque no son de aplicación en ningún caso.

El título II del libro IV de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, cuyo epígrafe es: *Del antejuicio necesario para exigir la responsabilidad criminal a los Jueces y Magistrados,* contiene estas disposiciones:

Artículo 757.—Todo español que no esté incapacitado para el ejercicio de la acción penal, podrá promover el antejuicio necesario para exigir la responsabilidad criminal a los Jueces y Magistrados por delitos cometidos en el ejercicio de sus funciones.

Artículo 764.—El antejuicio se promoverá por escrito redactado en forma de *querella,* que firmará un Letrado.

Artículo 775.—Si se admitiere la *querella* mandará (el Tribunal) proceder a la instrucción del sumario con arreglo al procedimiento establecido en esta ley...

Artículo 776.—Si no se admitiere la *querella,* el Tribunal impondrá las costas...

Del contexto de los artículos copiados resulta que la *querella* era necesaria, según la *Compilación,* para el antejuicio en el cual habría de determinarse si debía o no procederse contra el funcionario al cual la querella afectare. La *Compilación,* por tanto, de modo expreso exigía la *querella* para entrar en el antejuicio, que era el vehículo necesario entonces para entrar en el sumario. En el antejuicio se comprobaba la reali-

zación del hecho que se estimaba delictivo, y, una vez comprobado, venía como secuela obligada el sumario en el cual la actuación era de oficio, porque los delitos a que se refieren estos artículos—que son los cometidos por los funcionarios del orden judicial en el ejercicio de sus funciones—, son públicos, y por ello los tribunales tienen el deber de actuar de oficio.

Pero, ¿quiere esto decir que conforme a la *Compilación* la querella fuera siempre necesaria cuando el acto de funcionario judicial, que pudiera estimarse constitutivo de delito, afectara a particulares? No: porque el artículo 164 de la *Compilación* establecía tres modos distintos para proceder criminalmente contra funcionarios del orden judicial: la providencia de Tribunal competente, la instancia del Ministerio Fiscal y la instancia de persona hábil; y de sabido es olvidado que son dos las maneras o los modos que en casos generales tienen los ciudadanos de hacer que los Tribunales procedan a la averiguación y al castigo de los delitos: la denuncia y la querella. La primera la impone la Ley de Enjuiciamiento Criminal a todos los ciudadanos, con las justificadas excepciones que comprende; la última la utiliza el ciudadano cuando quiere, y, especial y señaladamente, cuando se trata de delitos privados respecto de los cuales los Tribunales no pueden actuar si no precede la instancia de parte legítima. De manera, pues, que si no existiera otra razón para mantener nuestro criterio, sería a nuestro juicio una, y muy fundamental, la de que tratándose de delitos públicos—carácter que tienen todos los cometidos por los funcionarios del orden judicial en el ejercicio de sus funciones—, bastaríale al ciudadano poner en conocimiento de la autoridad judicial, cualquiera que ella sea, el hecho constitutivo de delito, mediante la denuncia, para que aquélla se viera en la obligación de proceder. Y no nos hallaríamos en este caso ante la "instancia de persona hábil" del número tercero de los artículos 164 de la *Compilación* y 106 de la *Ley Orgánica,* sino ante un caso de denuncia, respecto del cual el artículo 269 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, que es preceptivo, establece que,

formalizada que sea la denuncia, *se procederá o mandará proceder inmediatamente* por el Juez o funcionario a quien se hiciese, a la comprobación

del hecho denunciado, *salvo que éste no revistiere carácter de delito, o que la denuncia fuere manifiestamente falsa.*

Y no se nos arguya que no se puede proceder contra los funcionarios del orden judicial a virtud de denuncia, porque, si este argumento pudo ofrecerse, aunque sin eficacia por las razones expuestas, durante la vigencia de la Compilación, porque el artículo 175 de ésta estableció la necesidad del antejuicio, promovido precisamente a virtud de querella, cuando debiera procederse contra funcionario del orden judicial ''a instancia de persona hábil para comparecer en juicio'' (número tercero del artículo 164), es absolutamente inaceptable hoy, cuando el antejuicio ha sido expresamente suprimido por la Ley Orgánica y cuando no existe disposición alguna, ni en esta Ley ni en ninguna otra, que exija la querella. Las disposiciones de la Ley de Enjuiciamiento Criminal en relación con la *denuncia,* tienen carácter general y son de aplicarse, cuando no se trate de delitos privados, lo mismo a los particulares que a los funcionarios del orden judicial. Es claro que esto no es óbice para que pueda el ciudadano que así lo desee, lo mismo cuando se trate de funcionario del orden judicial que cuando se trate de particulares, utilizar la querella, pues si el vocablo ''instancia'', que emplea el artículo 106 de la *Ley Orgánica* en su número tercero, hubiera de tomarse como sinónimo de ''solicitud'', exigiendo una actuación por parte del solicitante, daría un derecho al ciudadano, ejercitable o no, a voluntad; pero nunca podría confundirse con un deber, según se ha pretendido.

Como se habrá visto leyendo los precedentes párrafos, en ellos nos hemos concretado al número tercero del artículo 106 de la *Ley Orgánica.* Hemos discurrido respecto del mismo como si existiera aislado, y creemos que ha quedado demostrado que, aun en este supuesto, no existe razón alguna hoy para entender que contra los funcionarios del orden judicial sólo se pueda proceder criminalmente a virtud de querella.

Si estudiamos el artículo citado en su totalidad y, al propio tiempo, relacionándolo con los artículos del 107 al 113, ambos inclusive, que integran el capítulo I del título VII de dicha *Ley Orgánica,* resultará absolutamente inconsistente la opi-

nión según la cual "es necesaria la querella para proceder criminalmente contra funcionarios del orden judicial", pues que tan pronto como se leen dichos artículos, ocurre preguntar: ¿en qué caso se aplican los números primero y segundo del artículo 106?, esto es, ¿cuándo se procede a virtud de auto de Tribunal competente y cuándo a instancia del Ministerio Fiscal?

Respecto del número primero, son suficientemente explícitos los artículos 107, 108 y 109. Siempre que tengan conocimiento, lo mismo el Tribunal Supremo que las Audiencias y los funcionarios del Orden Judicial, competentes los últimos por razón de la jurisdicción que ejerzan, y en todo caso el primero, de acto de funcionario judicial que pueda calificarse de delito, *"mandará formar causa"*, etc., haya o no precedido querella o denuncia, pues que el artículo 107 expresa, refiriéndose al Tribunal Supremo y a sus Salas, que cuando tuvieren noticia por *cualquier medio,* mandarán a formar causa, y los dos siguientes—108 y 109—se refieren a iguales casos de los comprendidos en aquél.

Si no se llegare a esta conclusión, que justifican de consuno la lógica, el buen sentido y el precepto claro de dichos artículos, ¿en qué casos se aplica el artículo 107 de la *Ley Orgánica?* Si basta que el Tribunal Supremo o cualquiera de sus Salas tengan simple noticia, y por cualquier medio, de la realización por funcionario del Orden Judicial de un acto que *pueda* calificarse de delito, para que surja—según este artículo—el deber de "mandar formar causa para su averiguación y castigo", ¿no es claro como la luz que cuando un ciudadano ponga en conocimiento del Tribunal Supremo que un determinado funcionario del Orden Judicial ha realizado un determinado acto que *pueda* calificarse de delito, *aquél debe mandar a formar la causa* para su averiguación y castigo?

¿No se ve en esta disposición, así interpretada, el propósito del legislador de velar por el estricto cumplimiento del deber de aquellos funcionarios a quienes, según la Real Orden de 1.º de abril de 1890, que hemos citado, *"la sociedad ha confiado la sagrada misión de administrar justicia"?*

¿Por qué, pues, hemos de desnaturalizarla?

Que a los ciudadanos será más cómodo acudir con la *noticia* al

Tribunal Supremo que con la *querella* al Juez o Tribunal competente, y que esto supondrá un mayor trabajo para aquél, nadie lo pone en duda; pero como se trata de un derecho del ciudadano, supone un deber del Tribunal, que no puede ni debe rehuirse en caso alguno.

Con respecto al Ministerio Fiscal, es aún más precisa la *Ley Orgánica.* El artículo 168 de la *Compilación,* que disponía que

el Ministerio Fiscal *podrá* promover procedimientos criminales: primero: en cumplimiento de una Real Orden; segundo: en virtud del deber que tiene de promover el descubrimiento y el castigo de los delitos,

ha sido sustituído en la *Ley Orgánica* con el 110, conforme al cual,

el Fiscal del Tribunal Supremo, *cuando tuviere conocimiento* de algún hecho que dé lugar a exigir responsabilidad criminal *a algún funcionario, mandará* a investigarlo, dirigiéndose, en su caso, al Fiscal de la Audiencia respectiva, con las instrucciones que estime convenientes.

Los artículos 172, 173 y 174 de la *Compilación,* en cuanto imponen igual deber a los Fiscales de las Audiencias y a los demás representantes del Ministerio Fiscal, han sido literalmente copiados en la *Ley Orgánica,* salvo en la parte absolutamente indispensable de acuerdo con la nueva organización; y ni la *Compilación* ni la *Ley Orgánica* exigían para su actuación requisito alguno, pues que la primera le *facultaba* para promover procedimientos judiciales *siempre y en todo caso,* ''en virtud del deber que tiene de promover el descubrimiento y el castigo de los delitos'', y la última *le impone la obligación* de actuar siempre ''que tuviere conocimiento de algún hecho que dé lugar a exigir responsabilidad a algún funcionario'', etc.

A pesar del deber que la *Compilación* reconocía en el Ministerio Fiscal para promover el descubrimiento y el castigo de los delitos, usaba un vocablo que le facultaba para promover procedimientos judiciales. ''Podrá''—dice el artículo de la *Compilación,* a que nos referimos; pero el correspondiente de la *Ley Orgánica* usa imperativamente el imperativo *mandar*: ''*Mandará*'',—dice. Aquella disposición, facultativa hasta cierto punto, puesto que era *deber* del Ministerio Fiscal promover

el descubrimiento y el castigo de los delitos, es preceptiva en la *Ley Orgánica.* Si en aquélla podía haber disculpa cuando quedara incumplida, en ésta no es posible.

Ni en aquella ni en esta ley se ha exigido para la actuación del Ministerio Fiscal ningún requisito que no fuera el conocimiento del hecho que dé lugar a la responsabilidad. Esto parece claro, y, a su pesar, cuando se ha ocurrido al Fiscal del Supremo poniendo en su conocimiento hechos de funcionario judicial, constitutivos de delito, ha venido, como en todos los casos en que con igual pretensión se ha ocurrido al Tribunal Supremo al amparo del artículo 107 de la Ley Orgánica, la providencia expresiva de que

los procedimientos judiciales contra los funcionarios del orden judicial a instancia de particulares, sólo pueden promoverse mediante querella, a virtud de lo dispuesto en el número tercero del artículo ciento seis de la *Ley Orgánica.*

¿Cuál es la razón determinante de esta providencia en el caso del Ministerio Fiscal, habida cuenta del deber que tiene de promover de oficio el descubrimiento y castigo de los delitos, cuando ni la *Compilación* ni la *Ley Orgánica* le han puesto trabas en el ejercicio de la elevada función de carácter social que desempeña?

Dennos la contestación quienes crean que existen razones legales o de otra índole que autoricen la negativa a proceder, a que venimos refiriéndonos.

Y en último caso, y cuando se crea que hay causa, razón, precepto o práctica que la autorice, piénsese que es labor de defensa social importantísima la que viene encomendada a los funcionarios del orden judicial y fiscal; que nuestra sociedad, en estado de descomposición por la maléfica influencia que en ella han ejercido factores diferentes, está necesitada y reclama la labor diaria, sin desfallecimientos ni cobardías, de quienes tienen el deber de velar por ella para lograr el equilibrio indispensable, que sólo se conseguirá cuando cada cual se compenetre de que el estado de sociedad crea derechos, pero impone deberes; en una palabra: cuando cada ciudadano tenga la noción exacta del sentimiento de la propia responsabilidad y

de la responsabilidad ajena, a adquirir la cual, puesto que parece que la hemos perdido, debemos tender todos sin vacilaciones ni distingos; pero especialmente, por la función que desempeñan, los funcionarios del Orden Judicial.

R. Sarabasa.

Octubre, 1914.

UN INFORME DE ESTRADA PALMA (*)

Delegación de la República de Cuba

New York 27 de Enero de 1897.

Ciudadano Secretario de Relaciones Exteriores.

Cuba.

C. Secretario.

Cumplo el deber de informar al Supremo Consejo de Gobierno, por el autorizado conducto de U., sobre el estado de nuestros asuntos ante el Poder Ejecutivo y el Congreso de los Estados Unidos.

Pudiera ser que la política del Presidente Cleveland con

(*) Con este documento inicia CUBA CONTEMPORÁNEA la publicación de algunos que obran en poder de su Director, papeles de gran interés para la historia política de Cuba en el último período de sus cruentas y heroicas luchas por la independencia, y los cuales le fueron entregados por el señor Manuel Ros y Torres, uno de los secretarios privados que en más estima tuvo el ilustre compatriota a quien cupo la honra altísima de inaugurar el régimen republicano en esta tierra por cuyas libertades luchó siempre con indomable tesón y a la que amó intensamente: D. Tomás Estrada Palma, primer Presidente de Cuba, de cuya muerte se cumplen seis años en este mes de noviembre. De su autenticidad no cabe dudar, porque, fuera de la procedencia de ellos, son copia directa (copias de prensa de mano) de los originales, muchos de puño y letra del dicho secretario privado y algunos con la firma indubitable del señor Estrada Palma.

En el archivo de la Delegación Cubana en Nueva York, que está depositado y ordenado en nuestro Archivo Nacional, deben existir estos mismos documentos a que nos referimos; y como sabemos que no sería oportuna ni conveniente la publicación de varios de los papeles de él, y que por ello se veda al público la investigación y saca de copias del mismo (pues a tanto equivalen los requisitos exigidos por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes para examinar aquel archivo, aun a personas que realizan estudios especiales y tienen noción de las cosas que no deben ser divulgadas); como sabemos todo eso, repetimos, sólo iremos dando publicidad a una pequeña parte de los varios documentos que están en nuestras manos, sin suprimir nada de lo que en ellos aparece, dejando inéditos algunos cuya divulgación estimamos improcedente por ahora y que tal vez no vean la luz pública en muchos años.

relación a Cuba, haya sido estrechar a España en la disyuntiva de prometer y dar genuina autonomía, como la del Canadá, o declarar oficial y terminantemente que no accedía a ese medio de transacción. En este caso último, los Estados Unidos quedarían en libertad de escoger el medio que mejor les pareciera para poner término a la guerra bajo la base de independencia. Pudiera ser también que la política dilatoria y artera de España lograra ganar tiempo, después de la primera intimación de Mr. Cleveland: de todos modos, éste se encuentra hoy al término de su administración, sin haber conseguido realizar su pensamiento. Por su parte el Congreso, es decir, el Senado y la Cámara, promovieron en las sesiones del año pasado una grande agitación; se pronunciaron muchos discursos de simpatía por Cuba, de recriminaciones contra España, y se votó, casi por unanimidad, en ambos cuerpos legislativos, una resolución recomendando al Ejecutivo el reconocimiento de la independencia de la Isla y que interpusiera sus buenos oficios para poner fin a la guerra. La resolución votada era de las que no obligan al Presidente a que las sancione o las vete; venía a ser una especie de parecer emitido por el Congreso, sin fuerza ninguna para compeler al Ejecutivo de la Nación a aceptar el acuerdo como ley. Mr. Cleveland no hizo el menor caso de la resolución del Congreso, éste en sus últimas sesiones trató de pasar otro acuerdo de los que tienen fuerza legislativa, pero antes de verificarlo, envió el Senado una comisión a conferenciar con Mr. Cleveland a fin de conocer sus intenciones respecto a la guerra de Cuba. Los comisionados, entre ellos Sherman, Lodge, Gray, amigos nuestros, salieron satisfechos de la entrevista, y se creyó que, tan pronto como terminase el período de sesiones del Congreso, el Ejecutivo tomaría a su cargo la cuestión cubana con la firme determinación de intervenir, no ya por americanismo ni simpatías a favor de un pueblo que pelea heroicamente por sus derechos, a las puertas mismas de los Estados Unidos, sino por los daños que sufre el comercio americano y la pérdida de los capitales de este país invertidos en Cuba. Pero el tiempo transcurrió sin que viniera acto alguno del Presidente a confirmar las esperanzas que por un momento se habían concebido. Es verdad que su Mensaje del 7 de Diciembre contiene de-

claraciones muy importantes, ya poniendo de manifiesto que habían sido inútiles los esfuerzos hechos por España para sofocar la revolución, ya anunciando que tenía su límite la actitud expectante de los Estados Unidos y que éstos se verían, al cabo, en la necesidad de intervenir. Sin embargo, hemos llegado a fines de Enero y lejos de dar Mr. Cleveland la menor señal de enterarse a favor de la causa de Cuba, los periódicos han insistido por unos cuantos días en decir que había cierta inteligencia entre el Gobierno Americano y el de España, en el sentido de que esta última plantease algunas reformas en Cuba como medio de dar satisfacción a las exigencias de aquél. No parece cierto que haya habido semejante acuerdo entre ambos Gobiernos, tanto más cuanto que se dice últimamente que Mr. Olney ha comunicado al Gobierno de Madrid, haber resuelto el Presidente suspender las negociaciones en el estado en que se hallan, para que la próxima administración las continúe o no, según lo tenga a bien. Todo hace creer que los españoles promovieron intencionalmente la agitación de que fueron instrumento, en los días anteriores, los periódicos americanos, sobre reformas. No admite duda de que ellos están haciendo todo lo posible para extraviar la opinión pública, apelando hasta a la farsa más ridícula, como es la de dar por pacificadas las provincias de Pinar del Río, Habana y Matanzas, y propalando la calumniosa falsedad de haber escrito el General Gómez a esta Delegación y al mismo tiempo a Sagasta, declarando que los cubanos depondrían las armas si las reformas se implantaban en la Isla.

No contentos con estos ardides, ha tratado el Ministro Español en Washington de sondear mi opinión, por medio de un comerciante rico de esta plaza, que es, junto a Dupuy de Lome, adorador de España, junto a mí, simpatizador sincero de la causa de Cuba, y entre los hijos de esta tierra, ciudadano americano y admirador entusiasta del país. Yo tenía curiosidad de saber de qué clase de autonomía me hablaba el comerciante aludido en la entrevista a que me convocó, pero no pude conseguir que entrase en detalles concretos ni que me contestase de otra manera sino con la fórmula *"equivalente"*, cuando yo le explicaba lo que una genuina autonomía, como la del Canadá, quería decir. Tuvimos la entrevista el jueves 21 de 11 a 12; por

la tarde de ese día mismo dí a los periódicos el artículo que desde el día anterior tenía preparado, y que se publicó en la mañana del 22 en casi todos los diarios de New York. Incluyo recorte del ''Herald''. Se había anunciado que el Ministro Español en Washington daría el 23 un banquete al Cuerpo Diplomático, y que en él hablaría de la pacificación de Cuba y de las reformas que España estaba pronta a introducir; por eso quise que la víspera saliesen mis declaraciones en la prensa de esta ciudad, y con más razón después de la conferencia a que había sido provocado. Dupuy de Lome dió el banquete en efecto, pero no hubo anuncios de pacificación, ni de reformas o autonomía.

Debo referirme ahora al Congreso y a la administración que se inaugurará en Marzo. Los actuales Senadores y Diputados son los mismos del año pasado, y tenemos, por consiguiente, muchos amigos en ambos cuerpos legisladores. No es, pues, de extrañar que ya, a la fecha, se hayan presentado varias resoluciones en el Senado y la Cámara, reconociendo la independencia de Cuba en esta forma o la otra. No es probable que pase ninguna en la presente legislatura que durará hasta el 4 de Marzo, día en que el nuevo Congreso inaugura sus sesiones. No podemos seguir tampoco si pasarán en la próxima legislatura, porque eso dependería de la política que intente seguir el Presidente Mc.Kinley. ¿Cuál será ésta? No podemos predecirlo. Sin embargo, consultando varias circunstancias, vemos que hay probabilidades de que la nueva administración nos sea menos adversa, si no es decididamente favorable. El programa republicano bajo el cual se designó a Mc.Kinley como candidato para la Presidencia, contenía la cláusula de reconocer los derechos de los cubanos; amigos íntimos de Mc.Kinley, como Lodge, Davis, Adams, Hay, son amigos leales de Cuba. Sherman, que ha sido siempre campeón de nuestra independencia, sustituirá a Mr. Olney en la Secretaría de Estado, y el mismo Mc.Kinley parece que ha dejado entrever alguna señal de buen agüero para nosotros. Hay, pues, fundamento para alimentar la esperanza de que el Congreso y el Ejecutivo se pongan de acuerdo para adoptar una política resuelta en la cuestión cubana, la cual será tanto más enérgica y decisiva, cuanto más resis-

tencia puedan oponer nuestras armas a las tropas españolas, a fin de que las fuerzas nuestras continúen ocupando las mismas posiciones que ocupan hoy. Al efecto, esta Delegación está haciendo todos los esfuerzos posibles para auxiliar muy pronto, en gran escala y por diferentes puntos, al Ejército Libertador.

Termino reiterando al C. Secretario el testimonio de respeto y alta consideración.

T. Estrada Palma.

DOS ROMANCES TRADICIONALES

> ... y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos, por esas calles.
>
> CERVANTES.
>
> (*Quijote.* Parte Segunda, cap. XXVI.)

Sólo Méjico, de los países hispanoamericanos de primer orden, no ha dado muestras de su tesoro poético tradicional, que acaso sea tan interesante y tan vasto como el de ninguno; porque guardamos notablemente la tradición: la clásica en nuestras letras; la castiza en nuestras costumbres.

De la tradición clásica hay pruebas para convencer ampliamente: desde Francisco de Terrazas, que "fué un excelentísimo poeta toscano, latino y castellano" (1), hasta D. Joaquín Arcadio Pagaza, en quien la musa de Virgilio suele cantar los sitios de Jalapa y Valle del Bravo.

De la tradición castiza en nuestra poesía popular aún no damos pruebas, y si más tardamos no tendremos cabida en el Romancero que vienen formando hace años D. Ramón Menéndez Pidal y su esposa; pero el doctor Max Leopold Wagner, hoy entre nosotros, encontrará la vena escondida donde corre el canto español. Conservamos también de España el primitivo teatro, las sencillas representaciones que con el fin cristiano de convertir, más que con ninguno artístico, difundieron los religiosos en tiempos de la Conquista. Las farsas, las pastorelas, los coloquios, se representan en los pueblos (hasta en los muy cer-

---

(1) *Sumaria Relación de las Cosas de la Nueva España,* por Baltasar Dorantes de Carranza, México, 1902, p. 178.

canos a la capital) cada año y por Navidad (2). Y en las fiestas sale todavía *Don* Santiago de Galicia, en su caballo blanco y con sus cristianos, a pelear contra los moros; y también pasean su garbo los *veinticuatro* individuos que forman los *Doce Pares de Francia.* Además de otras diversiones de menor interés dramático y quizá derivadas de alguna costumbre religiosa indígena, como la lucha de los *tlacololeros* (3).

El caudal de romances que Méjico puede presentar en este momento, es demasiado corto si se le compara con el que ha logrado reunir D. Julio Vicuña Cifuentes, por ejemplo, en Chile; pero es más o menos igual al de los otros pueblos americanos en donde las investigaciones principiaron hace un lustro. Las que aquí se han llevado a cabo son recientes, intermitentes y sin ningún carácter de dedicación especial y única, excepto la del doctor Wagner, la cual fué interrumpida, acaso para siempre, por los acontecimientos militares últimos. Mi amigo Manuel Toussaint y yo hemos recogido romances en la ciudad de Méjico, que puede haber perdido algunos por su *europeización,* pero que conserva otros interesantes: prueba contra la teoría de que no se encuentran ya romances en las ciudades.

Y a pesar de la carencia de investigaciones sistemáticas (que se hace imposible por el estado en que se halla la República), nuestra colección de romances tiene joyas peregrinas y raras en América. El fruto que daría un viaje por las ciudades que son acervos de tradiciones (Querétaro, Guadalajara, Puebla, Morelia) y por los pueblos del Estado de Veracruz, que tienen fama de conservar insólitamente los cantos, podría enriquecer de modo notable nuestro romancero.

---

(2) El doctor alemán Max Leopold Wagner, que vino a estudiar el *folk-lore* mejicano, me escribía de Córdoba en el mes de abril: "En mi viaje a Tlacotalpam me encontré con un libro viejo sin portada, pero evidentemente del siglo XVI, que contiene una serie de diez *Coloquios* intitulados *La Infancia de Nuestro Señor Jesu-Cristo,* y que me parece ser muy interesante desde el punto de vista literario y lingüístico, porque muchas escenas pastoriles de estas representaciones sacras están compuestas en el antiguo dialecto andaluz". El folk-lorista alemán copió el libro; no lo pudo adquirir porque es el texto de los *Coloquios* que en Tlacotalpam y sus alrededores se representan.

(3) Esperamos sobre estas manifestaciones dramáticas, en su mayor parte de evidente origen español, un libro de D. Alberto Vásquez del Mercado, que será parte de la Biblioteca de la Sociedad Hispánica de Méjico.

I

El romance de *Gerineldo,* tan popular en la península ibérica, en las islas Azores y Madeira, tan raro entre los judíos, no es común en América, a lo que parece, fuera de Méjico y del Estado norteamericano de Nuevo Méjico (4).

Es decir: no abunda fuera de Méjico, porque el *folk-lore* de Nuevo Méjico no me parece sino una rama del mejicano y creo que debe considerarse dentro de éste y como parte de él. Si pudiera de algún modo formarse un mapa de las *invasiones* de romances en América, con anotaciones cronológicas, seguramente resultaría el *folk-lore* nuevo-mejicano como una prolongación del mejicano.

En Nuevo Méjico el romance de *Gerineldo* es tan corriente que ha contribuído de seguro a la difusión del proverbio y la comparación popular: "Está hecho un Gerineldo", "Mas galán que Gerineldo" (5).

El docto profesor de Leland Stanford University, D. Aurelio M. Espinosa, posee cuatro versiones recogidas en la región de Nuevo Méjico y el Sur del Colorado, que podremos leer dentro de poco tiempo en la *Revue Hispanique* (6).

En Chile se refiere un cuentecillo que proviene directamente, según afirma D. Julio Vicuña Cifuentes (7), de una prosificación del romance.

La versión que publico la recogí en la ciudad de Méjico a fines de 1913; se recita con tonada monótona como con resabios de viejo canto.

(4) No obstante, mi amigo D. José M.ª Chacón y Calvo acaba de recoger este romance en Cuba y me remite la versión. Está muy *deturpada.* Al final de ella se narran en prosa varios romances. Unas veces el del *Conde Sol,* otras uno de Bernaldo del Carpio, y aun en ocasiones otro muy diverso, quizá alguno de *El Conde Vélez,* que "se enlaza por comunidad de asunto con los del Conde Claros, Gerineldo, Vergilios y otros"... (Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas líricos Castellanos,* t. XII, p. 86.)

(5) Cf. *New Mexican Spanish Folk-Lore,* de D. Aurelio M. Espinosa, publicado en varios números de *The Journal of American Folk-Lore.* Para los *Proverbs* y *Popular Comparisons* véase el número de abril-junio de 1913, p. 106, 122 La comparación (p. 115): "es el Ci Campiador", ¿no podrá indicar que en esa región existe algún romance del Cid?

(6) *Proceedings of the American Philological Association.* Vol. XLII, 1912.

(7) *Romances populares y vulgares, recogidos de la tradición oral chilena,* por Don Julio Vicuña Cifuentes. Santiago de Chile, 1912. Introducción, p. XXV.

Recitante: Altagracia Parada, de veinticinco años de edad; lo aprendió cuando tenía diez, en Guadalajara:

—Gerineldo, Gerineldo,
mi camarero pulido,
¡quién estuviera tres horas
en tu albedrío!
—Señora, como soy vuestro criado,
queréis burlaros conmigo.
—No me burlo, Gerineldo,
que de veras te lo digo.—
Han pasado las once y media
y Gerineldo v'ir al castillo,
con zapatillas de seda
para no ser sentidillo.
Cada escalón que subía
le costaba un suspirillo.
Cuando traspuso el último
la Princesa lo ha sentido.
—¡Oh! ¿quién es este alevoso?
¡oh! ¿quién es este atrevido?
—Señora, soy Gerineldo
que vengo a lo prometido.—
Lo h'agarrado de la mano
y a su cama lo ha metido,
y entre caricias y juegos
los dos se quedan dormidos.
Despierta el buen rey
dos horas del sol salido:
ha ido al castillo
y los ha encontrado dormidos.
—No te mato, Gerineldo,
que te crié desde niño,
pondré mi espada por medio
pa que sirva de testigo.—
Despierta la Princesina
tres horas del sol salido:
—Levántate, dueño mío,
mira que somos perdidos,
que la espada de mi padre
entre los dos ha dormido.
—¿Ora por dónde me iré
para no ser sentidillo?
—Por los jardines del Rey
cogiendo rosas y lirios.—
El Rey que lo sabía

al encuentro le ha salido:
—¿Dónde vienes, Gerineldo,
tan triste y tan abatido?
—Vengo, buen Rey, de coger
rosas y lirios;
la fragancia de una flor
la color se me ha comido.
—Es mentira, Gerineldo,
con la Princesa has dormido.
—¡Oh! mátame, buen Rey,
que bien me lo he merecido.
—No te mato, Gerineldo,
que te crié desde niño.

Como puede notarse, nuestra versión tiene evidentes semejanzas con las versiones andaluzas y especialmente con la recogida por J. A. de la Torre y reproducida por D. Marcelino Menéndez y Pelayo en el tomo X de su *Antología de poetas líricos castellanos.*

El Estado de Jalisco conserva en su vida vestigios de tradición andaluza; donde más fuertemente se arraigó este romance de Gerineldo fué en Andalucía (8); es donde más y mejor se conserva y parece ser de aquellos que por una circunstancia desconocida o por su origen logran carta de nacionalidad en un lugar especialmente. Todo esto puede explicar, acaso no por completo, la dependencia de la versión americana respecto de la andaluza.

Hecho no explicado aún y problema interesante del *folklore* americano es la igualdad que en general presentan las versiones americanas con las andaluzas (9).

Si los diminutivos de nuestro romance no le viniesen de su original (que evidentemente es la versión andaluza), bien podríamos pensar que fué transformación mejicana. Y dos razones habría para creerlo así. La primera, que Méjico es uno de

(8) En Andalucía, con el nombre de *corrío* o *corrido* o *carrerilla,* informa D. Agustín Durán, se recita o cuenta el que trata de Gerineldo. (*Romancero General,* t. I, p. 177). *Corridos,* en América, son los romances nacionales hechos sobre algún acontecimiento real. Corridos son, por ejemplo, los romances de *Macario Romero* y de *Chico Pérez,* de Méjico.

(9) Sobre la influencia andaluza en América falta una monografía. D. Joaquín García Icazbalceta pensaba que algunos defectos de la pronunciación mejicana (dar sonido igual a *s* y *z;* a *ll* y *y*) los debíamos a los andaluces que vinieron en gran número. (*Vocabulario de Mexicanismos,* p. XI.)

los pueblos americanos que más gusta de los diminutivos, quizá por su mismo carácter cortés y zalamero. La segunda, porque aquí el afán de aconsonantar es completamente popular y puede llevar al uso de los diminutivos como consonantes fáciles.

La consonancia, que se busca siempre, aunque no sea al final del verso, trae como consecuencia inmediata la división del romance en coplas. Véase un ejemplo elocuente en esta *Canción de la viuda,* versión tornadísima de *Las señas del marido*:

—Yo soy una pobre viuda
que nadie me gozará;
me abandonó mi marido
por amar la libertá.
—Pues óigame usté, señor,
¿no me ha visto a mi marido?
—Señora, no lo conozco,
déme las señas que pido.
—Mi marido es blanco y rojo
y algo tiene de cortés
y en el puño de su daga
tiene un letrero francés.
—Por las señas que usté da
su marido muerto ya es,
y en ese sitio de Puebla
lo mató un traidor francés.
—Señora, si usté quisiera
nos casaríamos los dos:
su personita y la mía
con la voluntá de Dios.
—Tres años que lo h'esperado
y cuatro lo esperaré
y si a los siete no viene
¿qu'he de hacer? me casaré.—
Con mi túnico negro
y mi tápalo café
en un espejo me vide,
¡qué buena viuda quedé!

Y la división en coplas se acentúa por la repetición del verso final en algunas de ellas.

Creo que ya el romance se transformó de tal modo, que debe considerársele como canción mejicana hecha sobre un romance.

II

El otro romance es el *Conde Sol.* No sabemos que se conozca en América fuera de Méjico. La recitante del romance de Gerineldo lo recitó a continuación de él y como si los dos fueran uno mismo. Ejemplo de *contaminación* notada ya en el romance español y en el cubano; pero que aquí es, podríamos decir, perfecta y ha hecho que los romances se suelden. Por más que a veces el Paje del Rey recibe el título de *Conde* (versos 19, 31).

He aquí el romance, que no copié en seguida del de Gerineldo por razón de orden y porque su unión con él pudiera no ser sino un caso particular, y además porque la *contaminación* no ha llegado al grado de fundir en uno los dos romances:

Han principiado unas guerras
entre España y Portugal,
y nombran a Gerineldo
de Capitán general.
La Princesa que lo supo
se ha puestecillo a llorar.
—Si a los seis años no vengo,
ya tú te podrás casar.—
Han pasado los seis años
y otra cosita más.
La Princesa se ha vestido de romera
y le ha salido a buscar.
Al subir por un cerrito
y bajar una cañada
se encuentra un vaquerito
que le quiere preguntar:
—¿De quién es tanta vacada
con tanto perro y señal?
—Son del Conde Gerineldo
que está ya por casar.
—Toma un doblón de a ocho
y llévame a dond'está.—
L'agarrado de la mano
y l'ha llevado al portal,
ha pedido una limosna
y él se l'ha salido a dar.
L'echó los brazos al cuello
y se ha puestecillo a llorar:

—¿Eres el diablo, romera,
que me vienes a tentar?
—No soy el diablo, buen Conde,
soy tu mujer natural.
Las bodas y los torneos
por doña *Elóisa* serán;
la Princesa su vida
en un convento rematará.
—Es mentira, Princesina,
contigo me quiero casar.—
Ya se mandan los criados
los coches aparejar;
desde que aparejados fueron
ya se parten, ya se van,
para celebrarse las bodas
en Francia la natural.

ANTONIO CASTRO LEAL.

Mucho agradecemos al joven escritor mejicano don Antonio Castro Leal, profesor de la Escuela Preparatoria y miembro fundador de la Sociedad Hispánica de Méjico, el envío de este interesante y erudito trabajo con que nos ha distinguido. Espíritu amplio y sereno, educado en una severa disciplina literaria, interviene en las más importantes empresas de cultura que realiza la nueva generación mejicana. Fué conferencista en la Universidad Popular, y con los señores Manuel Toussaint y Alberto Vásquez del Mercado ha publicado la bella colección de *Las cien mejores poesías (líricas) mejicanas.*

EL PODERÍO NAVAL ALEMÁN

Una de las preguntas que con mayor ansiedad se formulan todos los que siguen el desarrollo de la conflagración europea, es la siguiente: ¿Saldrá la escuadra alemana de su refugio de Kiel y presentará combate a la flota británica, su formidable rival?

Nuestra opinión es que la marina germánica, que tanto ha luchado en los últimos años por adquirir el rango que hoy ocupa (el segundo, según el decir de todos los publicistas), está aguardando la oportunidad propicia para realizar una salida y dar una de las más sangrientas y memorables batallas navales que registrarán los anales de la Historia.

Cuando, a mediados del mes de agosto último, los ejércitos alemanes tomaban a Lieja, a Namur y a Bruselas; destrozaban con el fuego de sus poderosos cañones multitud de indefensas aldeas belgas y llegaban a la vista de Ostende y Gante, fué la opinión de quien estas líneas escribe, que los germanos se preparaban a realizar una arriesgadísima y audaz operación sobre las costas de Inglaterra, tan pronto como las circunstancias les fueran favorables.

Las operaciones tomaron otro curso: a los fieros combates de Dinant, Charleroi y Mons, siguió la invasión del territorio francés por la frontera belga, y también la famosa retirada de los ejércitos aliados hasta las puertas de París; los alemanes fueron rechazados y desastrosamente derrotados a orillas del río Marne, y, replegándose sobre el río Aisne, en donde se han atrincherado fuertemente, resisten el embate de las fuerzas aliadas que tratan de flanquear su ala derecha.

El asedio y el bombardeo de Amberes, la nueva capital del glorioso y agonizante reino de Bélgica, demuestran que los alemanes no abandonan su primitivo plan de amenazar de cerca las costas de la Gran Bretaña.

***

Estudiando el desenvolvimiento del poderío germano en estos últimos cuarenta y cuatro años, nada ofrece un ejemplo más admirable que el desarrollo de su poder naval.

Alemania tenía desde el siglo XVIII una brillante tradición militar: el llamado "Rey Sargento" y su hijo Federico el Grande, formaron la base de ese ejército prusiano que tan sabiamente dirigieron, años más tarde, Bismarck y Moltke. Pero ni Prusia, ni después el Imperio Alemán, tenían tradiciones navales.

En la guerra de 1864 contra Dinamarca, Prusia sufrió algunos reveses por mar; en la guerra franco-prusiana, las escuadras no jugaron papel alguno, salvo un ligero combate sostenido en las afueras de las aguas jurisdiccionales de la Habana, entre un buque de guerra germano y otro francés (el *Meteor* y el *Bouvet*), siendo dudoso el resultado del mencionado combate.

La escuadra francesa, muy superior en número y con una tradición brillante, nada puso de su parte para atacar los puertos alemanes, ni para tratar de destruir la flota refugiada en esos puertos.

Terminada la guerra de 1870-71, Alemania se propuso reorganizar su escuadra, pesarosa como estaba del papel tan pobre que había desempeñado durante su gloriosa campaña terrestre.

"Las deficiencias", según un autor, "eran de todo género y lo mismo se manifestaban en los barcos que en los astilleros oficiales".

Ahora bien: a pesar de esas deficiencias, la opinión pública germana era contraria al desenvolvimiento de la marina de guerra. En 1872, es decir, un año después de la terminación de la guerra, Von Stosch, en aquel entonces Ministro de Marina, presentó el primer proyecto de reorganización de la marina de gue-

rra; pero tan corto y limitado, que sólo se circunscribía a la defensa de las costas y a impedir, en lo posible, el bloqueo de las puertos comerciales.

En aquella época el Ministro se limitó a pedir la construcción de las siguientes unidades de combate: ocho fragatas, seis corbetas acorazadas, siete monitores, dos baterías blindadas, veinte cruceros, veintiocho torpederos y algunos cañoneros y avisos.



La primera revista de la Armada Imperial alemana se verificó el año 1875, en Warnemunde. En 1882 logró Alemania emanciparse de los astilleros navales ingleses, leyéndose un año después, en 1883, en el Reichstag, la primera Memoria referente a la ejecución del plan propuesto once años antes. El pueblo, sin embargo, persistía en su indiferencia acerca de estas cuestiones.

Por esa época desaparecía de las marinas de las principales naciones del mundo el tipo de la fragata como unidad de combate, substituyéndose con los llamados acorazados.

Von Stosch, por su parte, no era partidario de programas navales que abarcasen largos períodos; tenía poca fe en el resultado de los combates marítimos como medio de decidir una campaña, creyendo más en la eficacia de los grandes ejércitos bien armados y disciplinados. Y en cuanto al material naval, tenía más confianza en los torpederos para defender las costas, que en los acorazados de reciente creación.



Dos cosas han influído notablemente en el desarrollo de la marina de guerra germana: *la adquisición de las primeras colonias y la subida de Guillermo II al trono alemán.*

En 1884 adquirió Alemania una buena parte de sus colonias en el sudoeste de Africa: Togo, los Cameroons, la Nueva Guinea alemana, el Archipiélago de Bismarck y las Islas Marshall.

Ya en las postrimerías del reinado de Guillermo I se había dado comienzo a las obras del famoso canal de Kiel, de ese formidable canal que une los mares Báltico y del Norte y que tantos quebraderos de cabeza viene dando al gobierno inglés en la presente campaña.

En cuanto al advenimiento del Kaiser Guillermo II al trono, estas frases pronunciadas en distintos discursos, son todo un programa naval: ''Poder imperial significa poder marítimo; y poder naval y poder imperial dependen uno del otro''; ''Nuestro porvenir está en el mar''; ''El tridente debe estar en nuestras manos''; ''Pedimos nuestro lugar al sol''; ''La estrella del comercio nos alumbra''.

Guillermo II, hijo de una inglesa, acompañó a sus padres en muchas ocasiones a Inglaterra, durante las visitas que éstos hacían a la reina Victoria, su abuela. En la real residencia de Osborne, muy próxima a Portsmouth, el joven príncipe se extasiaba contemplando el grandioso espectáculo del poderío naval británico.

A este respecto dijo un publicista:

> Y esta lección de su niñez y juventud, le hizo sin duda adquirir ideas muy distintas de las que expresaba el ministro Von Stosch...
>
> Y es de creer que en su alma juvenil se despertasen los deseos de que su país, cuando fuese regido por él, poseyese una Marina tan bien organizada y tan poderosa como lo era la inglesa y con el mismo grado de eficiencia que el ejército alemán.

Siendo ya Emperador, no desperdició la oportunidad que su grado de Almirante honorario de la marina inglesa le proporнaba para estudiar a fondo la organización de la flota británica.



En los dos primeros años de su ascensión al trono, Guiller- II tuvo que luchar contra los prejuicios del Parlamento alemán, imbuído aún en las teorías de Von Stosch. Su sucesor Von Hollmann, almirante de la Marina imperial, ocupó el Ministerio durante siete años, es decir, desde 1890 a 1897. Hombre de pocos hábitos parlamentarios, no tuvo ni el tino ni la habilidad necesarios para sortear la oposición del Parlamento, en donde sus planes fueron rechazados, viéndose obligado a dimitir.

Le sucedió el almirante Von Tirpitz, que en la actualidad desempeña el puesto, y a quien se considera por todos como el creador y organizador de la poderosa flota germánica, que, encerrada en las estaciones navales de los mares del Norte y Báltico, espera el momento propicio de escribir una página gloriosa luchando contra la escuadra inglesa, o de ser destruída llevándose al fondo de las salobres ondas las esperanzas y las ansias de dominio universal del ambicioso y temerario Guillermo II.

A nuestro juicio, las causas de la presente conflagración radican más en la rivalidad mercantil entre Alemania e Inglaterra, que en las luchas de razas de teutones y eslavos; siendo, por tanto, de más trascendencia para el porvenir de Alemania su derrota a manos de la flota inglesa, que cualquier descalabro terrestre que experimente en alguna de sus fronteras.

Hundidas o maltrechas sus escuadras, los ensueños de imperialismo de Guillermo II se esfumarían, y su codiciado puesto "al sol" se convertiría en una larga obscuridad entre las brumas que envuelven las costas de su patria.

Von Tirpitz, al ocupar la cartera de Marina, era un hombre relativamente poco conocido. Profesor de la Academia Naval, inspector y jefe de la flotilla de torpederos, después jefe del Estado Mayor de la Estación del Báltico, fué ascendido a contralmirante en 1895, y a vicealmirante un año después de su nombramiento de ministro en 1898.

Desde el primer momento el nuevo ministro procedió de manera distinta a su antecesor. Comprendiendo la fuerza incontrastable de la Prensa y su poder de propaganda y difusión de las ideas, creó un negociado especial con el fin de facilitar noticias de sus planes y proyectos a los periódicos, a los cuales encomendó la tarea de formar la opinión pública germana en favor del engrandecimiento y desarrollo de la marina de guerra. Después procuró ganarse el Poder Legislativo; halagó a los diputados jóvenes, les confió sus planes y proyectos y les comunicó sus entusiasmos y aspiraciones, invitándoles con frecuencia a visitar astilleros y barcos, encendiendo, de este modo, su espíritu nacionalista.

En las sesiones de la Cámara, lejos de poner cara fosca,

como su antecesor, oía con la sonrisa en los labios los denuestos de los socialistas y demás adversarios de sus programas navales.

Su primer proyecto lo presentó en 1898. El programa del Almirante Von Tirpitz fué el siguiente:

Construcción de diez y nueve acorazados de combate, dos de ellos de reserva; ocho buques acorazados para defender las costas; seis cruceros de primera y diez y seis de segunda.

Barcos para el servicio extranjero: dos grandes cruceros para el Asia; uno para la América Central y del Sur; tres cruceros de reserva. Pedía, además, tres cruceros pequeños para la América del Sur y Central; otros tres para el Asia; dos para el Africa Oriental; dos para los mares del sur y cuatro buques de esta clase como reserva, y un barco estación.



La guerra angloboer, que tantos rozamientos produjo entre Alemania e Inglaterra, debido a la abierta simpatía de los germanos por los boers y al apresamiento de algunos buques alemanes por los cruceros británicos, fué una oportunidad que no dejaron de aprovechar el Kaiser y su perspicaz Ministro de Marina, ayudados por la Liga Naval y el Negociado de la Prensa.

En 1900, Von Tirpitz presentó en el Reichstag la ley conocida con el nombre del "Septenado", la cual, una vez cumplidos todos los trámites reglamentarios, fué aprobada con la mayor facilidad. Por lo visto, la opinión pública había reaccionado favorablemente: la principal batalla estaba ganada por el astuto y hábil funcionario.

En el plazo de siete años debían construirse los siguientes buques:

Dos barcos insignias; cuatro escuadras, contando cada una con ocho acorazados; ocho grandes cruceros exploradores y veinticuatro cruceros más pequeños, con igual fin. En cuanto a la flota dedicada al servicio extranjero, quedaba aumentada en la siguiente forma: tres grandes cruceros y diez más pequeños.

Reserva: cuatro acorazados; tres grandes cruceros y cuatro pequeños.

En el preámbulo de esa ley pudo verse el cambio tan radical que venía operándose en la política naval alemana: ya esta potencia no se limitaba a defender sus costas; sus miras eran más agresivas: su propósito era ''poseer una flota tan fuerte, que aun la nación más poderosa sobre los mares, se mire mucho antes de emprender una acción agresiva contra Alemania''...



De la promulgación de esta ley data la rivalidad entre Inglaterra y Alemania y la pavorosa competencia que emprenden ambas naciones. Este pugilato es, a nuestro juicio, la causa inicial, el verdadero motivo de la conflagración europea que asola a una de las porciones más civilizadas del Universo.

Inglaterra, la señora del mar, que desde la famosa batalla de Trafalgar gozaba de su indisputada supremacía marítima, empieza a sentirse alarmada: ya no tan sólo Alemania osa disputarle y aun quitarle sus mercados comerciales e industriales, sino que en sus mismas puertas, a la vista de sus costas, levanta una formidable flota y osa pensar en futuros ataques sobre el litoral de la soberbia e invencible Albión. Y es tanta su alarma, que raya en la candidez, por no decir en el ridículo: por boca del primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill, llega a proponer a Alemania (1912) la reducción de su flota. El Kaiser ríe y lanza al agua seis enormes acorazados.

Después de la guerra ruso-japonesa, que tantas enseñanzas proporcionó así por tierra como por mar, los astilleros ingleses lanzan el primer *dreadnought,* y poco después los cruceros acorazados. Se produce una revolución en las construcciones navales, y Alemania, siempre alerta, paraliza la construcción de sus barcos. Cuando apareció ese primer *dreadnought,* el barco más potente construído en los astilleros alemanes era el *Deutschland,* con un desplazamiento de 13,000 toneladas.

Los dos nuevos tipos de barcos lanzados por Inglaterra, modificaron un tanto el programa naval germánico de 1900.

Alemania no se arredró; y con su gran poder de asimilación

y su gran cultura científica, siguió a Inglaterra en sus nuevas construcciones navales y, según el decir de algunos técnicos, el tipo del *dreadnought* alemán es superior al británico en ciertos aspectos.

En la nueva ley de 1908, se disponía que todos los años comprendidos entre 1908 y 1911, ambos inclusive, se diera comienzo a la construcción de cuatro grandes cruceros acorazados, y de 1911 a 1917 se colocasen dos quillas. Al llegar el año 1911, Alemania aumenta su anterior proyecto y acuerda la construcción de tres nuevos acorazados de combate y dos cruceros protegidos, además de la de setenta y dos submarinos.

Por la ley de 1912 se determina el número total de acorazados, cruceros acorazados y protegidos. Y para que nuestros lectores puedan darse cabal cuenta del poderío naval de Alemania, vamos a ofrecerles una detallada relación de su actual marina de guerra:

Acorazados.	36
Cruceros acorazados.	5
Cruceros protegidos.	9
Cruceros.	43
Torpederos.	16
Cazatorpederos.	130
Submarinos (construídos).	27

He aquí la lista de sus acorazados:

Kaiser Friedrich III (1898), *Kaiser Wilhelm II* (1900), *Kaiser Wilhelm der Grosse* (1901), *Kaiser Karl der Grosse* (1901); estos barcos forman el primer tipo de acorazados. Tienen un desplazamiento de 10,614 toneladas, 13,000 caballos de fuerza y una cabida de 1,050 toneladas de carbón. Su marcha es de 18 nudos por hora; su coraza de 12 pulgadas y la protección de sus grandes cañones es de 10 pulgadas. Su armamento consiste en 4 cañones de 9.4 pulgadas, 14 cañones de tiro rápido de 5.9 pulgadas, 12 cañones de tiro rápido de 3.4 pulgadas y 20 cañones de menor calibre. Tienen 5 tubos lanzatorpedos.

El segundo tipo comprende los acorazados *Wittelsbach, Wettin* y *Zähringen,* lanzados al agua en 1912; y los denominados

Schwaben y *Mecklemburg,* lanzados en 1903. Tienen 11,643 toneladas de desplazamiento, 14,000 caballos de fuerza, y una cabida de 1,450 toneladas de carbón. Su marcha es de 18 nudos por hora, su coraza de 9 pulgadas y la protección de sus grandes cañones es de 10 pulgadas. Su armamento consiste en 4 cañones de 9.4 pulgadas, 18 cañones de tiro rápido de 5.9 pulgadas, 12 cañones de tiro rápido de 3.4 pulgadas y 20 cañones más pequeños. Tienen un tubo lanzatorpedos sobre la línea de flotación y cinco debajo.

Durante el año 1904 se lanzó al agua el *Braunscheig,* y un año después los acorazados *Elsass, Hessen* y *Preussen;* en 1906 se botó al agua el *Lohringen.* Todos estos barcos desplazan 12,997 toneladas, tienen 16,000 caballos de fuerza y una cabida de 1,800 toneladas de carbón. Su velocidad es de 18 nudos por hora, su coraza de 9.75 pulgadas y la protección de sus grandes cañones es de 11 pulgadas. Su armamento consiste en cuatro cañones de 11 pulgadas, 14 cañones de tiro rápido de 6.7 pulgadas, 12 cañones de tiro rápido de 3.4 pulgadas y 20 cañones de menor calibre. Tienen un tubo lanzatorpedos sobre la línea de flotación y dos debajo.

Durante los años de 1906 y 1907, Alemania construyó los acorazados *Deutschland, Hannover, Pommern, Schlesien* y *Schleswig-Holstein.* Todos desplazan 12,997 toneladas, tienen 16,000 caballos de fuerza y 1,800 toneladas de carbón. Su marcha es de 18 nudos por hora, su coraza de 9.75 pulgadas y la protección de sus grandes cañones es de 11 pulgadas. Su armamento consiste en 4 cañones de 11 pulgadas, 14 cañones de tiro rápido de 6.7 pulgadas, 22 cañones de tiro rápido de 3.4 pulgadas y 8 cañones de pequeño calibre. Tienen seis tubos lanzatorpedos.

En 1909 Alemania construyó los acorazados *Nassau* y *Westfälen,* y en 1910 el *Rheinland* y el *Posen.* Estos barcos desplazan 18,600 toneladas, tienen 20,000 caballos de fuerza y capacidad para 2,700 toneladas de carbón. Tienen una velocidad de 19.5 nudos por hora, una coraza de 9.75 pulgadas y una protección de 11 pulgadas para sus grandes cañones. Su armamento está formado por 12 cañones de 11 pulgadas, 12 cañones de tiro rápido de 5.9 pulgadas, 16 cañones de tiro rápido de 3.4 pul-

gadas y 2 cañones de menor calibre. Tienen seis tubos lanzatorpedos.

En 1911 se lanzaron al agua tres acorazados más: el *Ostfriesland,* el *Heligoland* y el *Thuringen.* En 1912 sólo fué lanzado el acorazado *Oldenburg.* Todos estos buques desplazan 22,440 toneladas, tienen 25,000 caballos de fuerza, y capacidad para 3,000 toneladas de carbón. Tienen una velocidad de 20.5 nudos, una coraza de 11 pulgadas e igual protección para sus gruesos cañones.

Su artillería se compone de 12 poderosos cañones de 12 pulgadas, 14 cañones de tiro rápido de 5.9 pulgadas, 14 cañones de tiro rápido de 3.4 pulgadas y 2 cañones de menor calibre. Tienen seis tubos lanzatorpedos.

Llegamos a 1913, año en que el Kaiser, como respuesta a Inglaterra que le había pedido que redujera su presupuesto de marina, lanza al agua cinco enormes acorazados: el *Friedrich der Grosse, Kaiser, Kaiserin, Köning Albert, Prinz Regent Luitpold.*

Estos barcos desplazan 24,300 toneladas, tienen 28,000 caballos de fuerza (turbinas) y una capacidad de 3,600 toneladas de carbón. Su velocidad es de 21 nudos por hora y su coraza de 13 pulgadas, siendo de 11 para la protección de sus cañones. Su artillado consiste en 10 cañones de 12 pulgadas, 14 cañones de tiro rápido de 5.9 pulgadas, 12 de cañones de tiro rápido de 3.4 pulgadas y 2 cañones de menor calibre. Tienen cinco tubos lanzatorpedos.

Y entramos en 1914, año en el cual los acorazados alemanes alcanzan un enorme tamaño y un estupendo artillado: el *Morkgraf,* el *Grosser Kürfurst* y el *Köning.* Su desplazamiento es de 26,575 toneladas y su fuerza motriz 35,000 caballos de fuerza (turbinas). Su velocidad es de 22 nudos por hora, su coraza y protección de los grandes cañones, de 13 pulgadas. Su armamento consiste en 10 cañones de *14 pulgadas,* 14 cañones de tiro rápido de 5.9 pulgadas, 12 cañones de tiro rápido de 3.4 pulgadas y 2 cañones de menor calibre. Tienen cinco tubos lanzatorpedos.

Hasta aquí los acorazados: los cinco cruceros acorazados son el *Von der Tann* (1910), el *Moltke* (1911), el *Goeben* (1912), el

Seydlitz (1913) y el *Derflinger* (1914), enorme barco de 28,000 toneladas, 100,000 caballos de fuerza (turbinas) y la estupenda velocidad de 30 nudos por hora.

Entre los cruceros protegidos figuran: el *Fürst Bismarck* (1900), *Prinz Heinrich* (1902), *Prinz Adalbert* (1903), *Friedrich Karl* (1904), *Roon* (1905), *Yorck* (1905), *Scharnhorst* (1907), *Gneisenau* (1908) y *Blücher* (1909).

Entre los mejores cruceros figuran los denominados *Magdeburg, Breslau, Strassburg,* y *Stralsund* (1912); el *Karlsruhe* y el *Rostock* (1913).



Hecha esta exposición, cabe preguntar: Alemania, que tanto sacrificio ha hecho para organizar esta flota, ¿la entregará sin combatir a sus vencedores?

En la armada germánica existe un brindis llamado "el día", es decir, la fecha en que la escuadra alemana éntre en combate contra la flota inglesa y la venza.

El combate de Heligoland, ganado por los ingleses, no hace presumir esta fácil victoria; pero el hundimiento de tres cruceros ingleses, de 12,000 toneladas (el *Aboukir*, el *Hogue* y el *Cressy*), por un submarino alemán, obliga a la Gran Bretaña a proceder con suma cautela. Por lo visto la altiva orden del día de la declaración de guerra: "capturad o destruid al enemigo", ha sido más fácil darla que ponerla en práctica.

Inglaterra, según el parecer de los publicistas, tiene una superioridad marítima de un 60 % sobre Alemania, a más de su gloriosa y brillante tradición naval; pero no hay que olvidar que en la actual contienda existe un nuevo factor, cuyo ensayo sobre Amberes no ha podido ser más terrible: los "Zeppelin" o globos dirigibles. Además, en todo combate marítimo hay infinidad de pequeños detalles, de circunstancias fortuitas que a veces deciden el éxito de la acción.

Y no hay que olvidar que Alemania, al emprender su política naval, ha perseguido el fin de que aun siendo derrotada, "su rival quede tan quebrantada que casi le sea imposible recobrar su antigua posición o rango de superioridad".

Y que 36 acorazados puedan conseguir este resultado contra 60, no es tan imposible, teniendo en cuenta la eficiencia, el valor y la disciplina de la armada germana; a pesar de que son los deseos del autor de estas líneas, que reverdezcan los laureles de los vencedores de la "Armada Invencible" y de Trafalgar...

Luis Bertrán.

Habana, 10 de octubre.

LA MÚSICA EN EL VERSO (*)

I

Todas las emociones que crea, en las almas, la naturaleza por sí, o transubstanciada por cualquiera de las artes, son en lo íntimo un Canto. Este conciso efecto común es el que ha dado origen a la creencia de que sería posible hacer, en lo artístico, de las diversas fuentes una sola. Línea, color, sonido, y palabra, que además de palabra es todo lo otro, forman la melodía interior. Procedan de los altos centros psíquicos, o sean rudimentarios choques sensoriales, para la emoción se convierten en un vago lenguaje sin palabras, que la hiere en lo vivo, inefablemente, ya sin explicación y sin límites: una sencilla música. Todo el objeto de la belleza no es sino producir el pequeño pasmo, hacer vibrar la cuerda hermética, urdir el canto cuya leve resonancia tiene, sin embargo, fuerzas para levantar un mundo. En la contemplación de la naturaleza o de la obra de arte—horas espectaculares de la tarde, recogimiento infinito de la medianoche, cruce tropeloso de pasiones o marcha solemne de ideologías—, nosotros no percibimos en realidad sino la música, tal una sucesión de cadencias, lentos o bruscos compases, un lenguaje rítmico cuyas alas invisibles nos exaltan. Todas las cosas mudas encuentran así su expresión, y los grandes lenguajes callan para que los sustituya el idioma íntimo. Armonía, eufo-

Del libro, listo para las prensas, *Discursos preliminares,* que comprende además cuatro "Pequeños premios de cenáculo" y los estudios intitulados "Regino E. Boti y la lírica actual", "El misterio en el arte", "Para una explicación de mí mismo".— *N. del A.*

nía, consonancias y correspondencias, sueños y recuerdos, remordimientos y presentimientos, reflejos y matices, son cadencias de esa música interna; y el más puro poema es el que ha logrado registrar las palpitaciones más íntimas. Sometidos al ritmo profundo, la naturaleza y los hombres van dejando de sí la suprema esencia sonora, que el ritmo conduce a través del tiempo, trenos de muerte o epinicios, por el impulso terco de una ley cósmica. La escuela de los estetas fué sugestionada por este papel elemental de la melodía, cuando señaló, por boca de su jefe, la preeminencia de la música sobre las demás artes: ella es la que parece expresarse en el verdadero lenguaje de la emoción, sin decir otra cosa que los sonidos, sin que dé más que notas su elocuencia, sin entregar sus secretos, sugerente y escondida, tal como una voz interior ella misma, exultadora aun sin ser comprendida. El genio del hombre sintió comunicarse con él musicalmente las fuerzas naturales, los impulsos instintivos, el torrente de la sangre y las explosiones de la savia, todo cuanto era la vida exterior como la propia vida, placer o dolor, luz o sombra; y cuando el terror de su soledad y el de su impotencia le llevaron a crear los dioses, el canto fué el lenguaje escogido por el hombre para comunicarse con la divinidad. Y así es como el primer oficiante heliosístico, tuvo que ser también, necesariamente, el primer poeta.

II

Profirieron largos alaridos las bocas ancestrales. Aquel primer arte bárbaro no fué durante largo tiempo, como no es hoy entre las hordas salvajes, sino un grito continuado cuyo ritmo marcaron los hombres a saltos. En la epilepsia de las danzas sagradas, las interminables voces guturales fueron la expresión de los paisajes, de los cataclismos y de los misterios, y toda la emoción de aquellos pueblos palpitó en las notas largas y monorrítmicas, de lentas medidas. Vendría después el verso, como un comentario a la melodía, esclavo del curso de ésta, monosilábico e indeciso, mal avenido con el coro, doblándose sobre sí mismo y retorciéndose como una serpiente. Tenían poco que decir, porque nada comprendían, los seres instintivos, y palpi-

taba en sus bramidos primordiales la ingenuidad de un grito de asombro, de alarma o de espanto. En las exaltaciones del hombre primitivo, en medio de los clamores corales, el verso no hizo sino murmurar palabras innecesarias, dichas con timidez e incongruencia, y sólo para auxiliar fonéticamente al canto. Mientras faltó a las hordas el pasado, mientras las tribus no tuvieron recuerdos, mientras la aventura dispersa no reconoció a los héroes, mientras carecieron de hogar los nómadas, no hacía falta la palabra, y al dolor como al placer les bastaba con el grito. La tierra demasiado joven podía expresar su alma entera mediante una cadencia, verter en dos notas sus quejas o sus himnos. Pero a través de largos tiempos, en el seno de un pueblo sedentario, pudo aparecer al cabo la leyenda. Los dioses inmensos y los hombres valerosos que protegieron al agregado o lo persiguieron, comenzaron a ser recordados; y en derredor de las hogueras, mientras los danzantes proferían sus cantatas, el verso empezó a urdir la trama del relato. El día en que nacen los poemas narrativos, ya el hijo mezquino ha cobrado estatura y dignidad, y marcha al lado de la madre lírica como un compañero. Los rapsodas llevarán a lo largo de las rutas el cuento heroico, y por primera vez, al saltar de las cuerdas los sonidos, las palabras dichas al unísono tendrán la majestad de una propia virtud. Ya entonces ha de ser el instante en que, lejos de la lira y la flauta, la maravilla del poema pueda levantar a solas su cadencia, y las almas descubran absortas que positivamente "hay un nuevo canto en él".

III

Semejante organismo sonoro, que es ya por sí mismo una manifestación de arte distinta de la música, destinada a superarla y sobrevivirla, sufre, sin embargo, durante todo el clasicismo, de un vicio de origen. Hijo unilateral de la música, producido en su seno y desarrollado plenamente a su amparo; ritmado, no para sus propias necesidades, sino para las necesidades de ella, quedó estrechamente moldeado en los moldes de la otra arte más simple. Era un ritmo más complejo el del verso, puesto que iba a trasmitir una música de especie más noble; no

la sensorial de las notas, sino la ideal de las pasiones y los deseos; y sin embargo, adopta los compases regulares, las bases rítmicas de las primeras melodías. Pesadas medidas o metros ligeros, exámetros o anacreónticas, pueden ser guiados por la batuta mediocre que dirigiera el himno órfico. Así la paupérrima música antigua, llena de gemidos iguales o de sacudidas hipeantes, trasmitió su monotonía al verso, y la palabra no supo cantar sino dentro de los golpes iguales de un ritmo aritmético. Una edad más sombría sucedió a la edad pagana; triunfó sobre los dioses alegres y normales de la Hélade el dios más sombrío y anormal del cristianismo, y sobrevivieron, con los clásicos medioevales, la pesada literatura de los claustros, los cánticos religiosos, las interminables letanías místicas, estancamiento para el ritmo, ritornelo, asfixiante monotonía de los poemas en tercetos, toda una procesión de sonoridades isócronas y monacales. Que la sátira, que las pastorales, que los romances dieran con metros más ágiles, no quiere decir que fueran más libres. Las pequeñas pautas no fueron menos regulares, y fatigó la letrilla, como fatigaría el endecasílabo, por daño de los dogmas que consagraban la uniformidad, los acentos distribuídos según ley y las sonoridades rigurosamente prescritas. Era con frecuencia el verso un escollo para los cantos del espíritu, y ha estado largamente sin que pudiera llenar plenamente sus fines. El cantar trillado debía ser muchas veces ajeno a la melodía pura de los motivos, nada adaptable a temas pasionales, mecanismo rítmico que se mantenía reacio a acompañar el vuelo psíquico. Tal despotismo de la técnica hizo, en nuestra edad, que un tetrarca del Parnaso, Baudelaire, pensara en la prosa como en la liberación, y que bien pronto toda una disnatía de grandes poetas sometiera al verso mismo a las exigencias de un nuevo Ritmo que aspiraba a ser expresado ''en sí''.

IV

Los más perfectos trabajos se han efectuado sobre la trama de los organismos clásicos. Durante nuestro ciclo revolucionario, abierto por Hugo, ése ha sido el empeño mejor acabado. Etapas señaladas por grandes artífices, se reconoció que era

la forma la razón de ser del arte, y que el verso debía reconocer en su música el elemento formal más noble. Hallaron pobres las gamas y se dedicaron a enriquecerlas. Analizaron el valor tónico de las sílabas, compusieron frases por sí mismas musicales, organizaron tareas instrumentales con los elementos del vocabulario, y de ese modo lograron notables éxitos. En contra de las normas clásicas, iniciaron las dislocaciones de hemistiquios, recompusieron sistemas rítmicos, rebuscaron y trasegaron palabras en los grandes almacenes del léxico, ensayaron los sonetos libertinos que inquietaban a Gautier. Así el antiguo respeto de los cánones dejó plaza a una legítima ansiedad de sonoridades difíciles y de cadencias raras. Musitando los motivos, los recientes maestros del ritmo aprendieron a ajustar los tonos, ensayando cada tema sobre cada metro, hasta hallar el más justo; eligieron los compases, los silencios, duraciones e intensidades, al elegir los elementos del verso, un pie fijo o una combinación de pies diversos, un ingenioso juego de acentos o una irregularidad premeditada. Fué sin duda una conquista, y hoy que la hemos perfeccionado debemos sentirnos orgullosos. Se ha ampliado notablemente el número de las fórmulas, y dentro de ese número se ha hecho infinito el de los recursos a que puede recurrir el poeta para darle personalidad, variedad, propiedad al canto de sus palabras: es un caudal polifónico que satisface muchas necesidades, y significa el acervo rítmico más completo a que era posible llegar, siguiendo los viejos caminos. Sin embargo, tal conquista no podía satisfacer a la suprema independencia de un creador actual. Cualquiera que fuera el bien adquirido, persistía el vicio de origen, y la batuta clásica dominaba donde no se la quería tolerar sino como subalterna. Por prestigiosa que sea la estrofa compuesta a la nueva manera, la regularidad conservada a sus metros la haría todavía monótona, respecto de la proteica musa actual. Podemos, los iniciados en las capillas "del arte severo y del silencio", desgranar las estrofas ricas en que reciten nuestras almas sus ideologías, con la lentitud y la regularidad de un salterio. Pero al descender a la naturaleza y a los hombres, en el seno de almas y paisajes, nos humillará la pobreza de esos mismos medios de expresión, sentiremos siempre la necesidad de nuevas voces,

comprenderemos la impotencia de las fórmulas conocidas para transfundir el Canto. En pos de la fórmula potente vamos a lanzarnos por otros caminos, y ha de ser entonces cuando daremos con un secreto distinto.

V

La música está "por encima" de la sola distribución matemática de las sílabas. Por complicada que sea una combinación numeral de sonidos regulares, ha de quedar irremediablemente "por debajo" del Canto. Toda suerte de medidas isócronas es ajena a las genuinas medidas del Canto psíquico. El motivo, la emoción que el artista transubstancia de su alma a su obra, lleva en sí los legítimos elementos musicales del poema. Cadencias lánguidas o sones agitados, ellos están contenidos en los movimientos de alma iniciales, y deben ser vertidos con las palabras reproductoras, registradas por el verso con pulcritud. No son cosas diversas, sino muy sutilmente, el fondo y la forma, ya que ésta no es más que el elemento verbal que "significa" el elemento psíquico. La naturaleza rítmica de la emoción estética deberá buscar expresión en ritmos verbales, y no precisamente llenando una pauta escogida *a priori*. Ella querrá la adaptación directa, inmediata, del ritmo interior al ritmo externo, haciendo de éste una estricta representación del Canto íntimo. Aparte de otros precursores, tan geniales como no conscientes, Paul Verlaine supo presentir más profundamente el secreto. Aun el pobre Lelián, que proclamó gran ley rítmica la del ritmo interior, no pudo someter a ella su verso. Sin embargo, bastaba la rebeldía contra todas las leyes de la métrica y la proclamación de la estética de la música, para que mereciera el decadente, de las escuelas antidecadentes, el nombre de Liberador, Frente a los trofeos parnasianos, rígidos de riquezas, y a los complicados arabescos mallarmeanos, después hubo poetas que tendieron a un verso de unidad psíquica más que silábica, controlado por ritmos interiores, tan ligero y sin frenos como los motivos mismos. Del ideal nuevo fué un impulso el cansancio de las emociones, que trajo, sobre el tedio del largo clasicismo, una época de neurosis y de ideologías morbosas. Era necesario

recobrar la pureza del poema, su frescor potente; hacer accesibles a las emociones los espíritus fatigados e indiferentes; volver a la naturaleza y a la salud, aun cuando se persistiera en las conquistas del símbolo. E indudablemente el lugar común rítmico, tanto como el léxico clásico, eran un obstáculo. Cadencias tan repetidas no eran ya capaces de interesar la emoción; imágenes, figuras tropológicas, clisés aprendidos de memoria, carecían de energía para trasmitir el choque emotivo. Era preciso, no sólo modificar algunas fórmulas y renovar el léxico, sino descubrir un procedimiento que, expresando con pureza los dramas íntimos, tuviera en sí bastante novedad, sorpresa y rareza, para devolver al verso la virtualidad imaginífica de las lenguas vírgenes. Y a tal fin surgió el metrolibrismo.

VI

Sé que presentíais la palabra, y que ahora que os la he dado revestida de tal prestigio, teméis que os defraude excesivamente. No confiáis, sino por intuición, por respeto a grandes nombres, en esa milagrosa música. Y los teorizantes que os invitaron a concebirla, os convencieron de su inexistencia. Pero yo os he venido preparando para que comprendáis cuán absolutamente es musical ese verso, en que vosotros no lográbais ver más que la prosa. Hasta hoy mismo, si todos nuestros técnicos han aceptado la nueva fórmula, pocos la han utilizado, ninguno se la ha explicado. La procesión de sílabas, de cuatro en fondo, puesta en marcha por Silva, ha servido para que "se transija" con el metro libre, por la gracia de ese *Nocturno* que es su más radical negación. Quiere decir que no ha perdido en autoridad la batuta clásica, que los oídos no conciben otro ritmo sino el que ella ha venido dictando. En nuestra métrica, los esfuerzos no han excedido de los que señalé en la cuarta parte de este discurso. En esa labor ya estéril, sobre todo para la crítica, porque nada nuevo puede decir, están puestas las mejores manos. Reconozcamos que cualquiera de ellas careció de razones para clasificar verso, y no prosa, al de metro libre. Puesto que no son apreciables en él las simetrías tónicas, las medidas paralelas que han hecho su concepto del ritmo, ellos lo califican de *arrit-*

mo, y ya no sabrían decirnos qué lo distingue de la prosa, ni qué puede distinguirlo que no sea *"el ritmo precisamente"*. Porque, en realidad, sólo la prosa es arrítmica; deja de ser prosa si se la combina en sentido rítmico, si se la metrifica. Proveerla de medidas y pretender que continúe siendo prosa, es como suprimir medidas al verso y pretender que siga siendo tal. En no haber comprendido el ritmo del nuevo verso consiste la perplejidad de la crítica ante él. Por incomprensión parecieron arbitrarios el *Nocturno* de Silva y la *Marcha triunfal* de Darío, no obstante ser mecanismos rítmicos perfectamente disciplinados, cuando en realidad son fórmulas de mucho menores recursos que la del endecasílabo, por ejemplo. Por incomprensión parece arbitrario el metrolibrismo, y en los treinta años que nos separan de Jules Laforgue y Gustave Khan, su sencillo secreto no ha sido descubierto. De la pura estrofa clásica a la estrofa metrolibrista, no hay, sin embargo, más que una gradación perfectamente equilibrada, y la misma virtud armoniosa sin la cual la poesía no existe. La libertad del ritmo, que ya hoy tantos oídos comprenden, no produjo otro desconcierto a los partidarios de la vieja monorritmia, que el que hoy produce la libertad de metros, y del mismo modo severo se ha llegado a ambas libertades: como se descartó el acento obligado, se descartó el número obligado; como se rechazó el tiempo *a priori*, la medida *a priori;* como se renunció a distribuir las sílabas en pies iguales para cada verso, los pies en los mismos metros. Si el alma clásica compuso sus estancias, señalando de antemano su compás y su límite a cada verso, y el alma romántica les fijó el límite y se reservó el ritmo, nuestras almas se han reservado ritmos y lindes. Así el verso de metro libre "no se cuida en realidad del metro", sino exclusivamente del ritmo, combinando, en acuerdo directo con las palpitaciones íntimas, las bases conocidas: bi, tri, tetra, penta y eptasílabas. Por inarmoniosa que la polifonía verbal parezca a los ineducados, el canto es en ella rico, lleno de imprevistas cadencias, ajustado a cada sinuosidad del pensamiento, acorde con cada estremecimiento emotivo, una voz insuperable y profunda, ya sin la menor traba impuesta por los antiguos modos de expresión.

VII

Soberbiamente ahora, libremente, suenan las voces auténticas. No son ya la trama familiar de eufonías de retórica, el canto llano y tedioso, los efectos esperados. Es ahora una nueva y robusta música, que procede directamente de las fuentes ocultas, cuyas vibraciones son las mismas de la emoción, cuyos ritmos son los del "Canto". Ligero y proteico, el nuevo verso se desborda en torrente. Se encrespa o languidece en consorcio con los motivos, se desliza sin frenos y sin férulas. Expresión de las melodías subjetivas, el verso es como ellas irregular y voluble. Su música, caprichosamente modulada, es, por ello, una música autóctona: cada poema trae consigo la que le pertenece, estrictamente. Todos los ritmos caben en el metro libre. Puede cantar en todas las medidas, los tonos, adoptando, un instante, pasos iguales si le place, desordenándose, complicándose cuando es preciso, sin dejar de ser por eso perfectamente armonioso. Dispone a su antojo de la rima como dispone del ritmo; la desecha en el momento en que le estorba, la conserva cuando necesita de las resonancias, de los paralelismos, de los ajustes tónicos. Se reviste así el nuevo verso de todos los aspectos, fulge de todas sus facetas, se transforma sin tregua. Hace posible, dentro del poema, el milagro que las antiguas formas rigurosas no hubieran consentido: el de fijar cada matiz del pensamiento en un ritmo diverso, reducir o acrecer los tonos de acuerdo con las emociones. Y esto sin duros tránsitos, sin artificios, sin los ridículos *obeliscos* que se hicieron en días infortunados. Conduce las nuevas fiestas orquestales del verbo nuestro profundo sentimiento del canto; guía el sonoro tropel de las sílabas, musicales por sí mismas, el don melódico que nos es característico. Logramos al cabo las polifonías superiores de una música sin límites. La naturaleza entera se expresa por nuestras bocas, en un hálito, con pureza, y nuestros versos son ese hálito puro. Sueños, ideas, visiones, extrañas y escondidas voces interiores, desfilan igualmente perfectas y rítmicas; y nuestros versos son ese desfile rítmico. Tenemos ya en nuestras manos, ajustada, perfecta, la nueva siringa para el nuevo soliloquio. De noche

aún, por los caminos secretos, hemos escalado la altura desde la cual hablaremos a la tierra. Divinos y eternos como dioses, puesto que somos hombres, cantaremos un canto de eternidad. Vamos a exhalar la voz de nuestra hora, y, con el brazo de la melodía, clavaremos sobre el monte lejano, como una antorcha, "nuestro" sol.

José Manuel Poveda.

Habana, 1914.

En gran aprecio tenemos el excelente regalo que con este bello estudio nos hace el refinado escritor y poeta oriental señor Poveda, quien admirablemente desarrolla en él su teoría sobre el metro libre y una vez más demuestra la elegancia inconfundible de su arte de prosador original. Estas páginas sonoras y harmoniosas, donde hace gala de un estilo brillante y límpido, son nueva gallarda prueba de su cultura literaria y ostentan, como todos los trabajos por él publicados en principales revistas y diarios cubanos, el sello personal de una concepción artística vigorosa y sinceramente mantenida, digna por lo tanto, y aunque sólo atendiésemos a ambas circunstancias, de respeto y examen.

SU MAJESTAD IMPERIAL Y REAL APOSTÓLICA (*)

El Conde de Alsacia, el primero de los Habsbourg y conocido con el nombre de Gontram; el Conde de Habsbourg, biznieto de aquél; Adalberto III, biznieto de Werner II, y Alberto II que dominó sobre Alemania hasta 1740, parece que fueron los más antiguos personajes de la *Muy Serena Casa* de Austria. También el abuelo de Alberto II tomó posesión del Condado de Zurich, y se tituló desde entonces *Landgrave* de Alsacia.... Todos fueron guerreros, en Suiza unos, y en Alemania y Palestina los otros... Aun se conservan en el pueblujo de Habsbourg, en Suiza, las ruinas del castillo que fabricara el Obispo de Estrasburgo, según algunos historiadores, o el Conde d'Altembourg, según otros.

María Teresa, la tremenda Emperatriz, madre de María Antonieta y de José II, es de los vástagos más célebres de aquella familia, cuyo representante actual es Francisco José de Habsbourg-Lorena.

No sólo es de la Historia la celebridad de los descendientes de Gontram: la Medicina filosófica pudo sorprender en ellos que la fisonomía es característica en todos los Habsbourg, y que ciertos detalles faciales serían signos indelebles de una degeneración especial: sus cráneos son chatos en el sentido lateral, y por consiguiente la altura de sus frentes es exagerada. Los ojos son prominentes, la mandíbula inferior es deforme, la nariz aparece voluminosa y al prognatismo de aquel maxilar se

(*) Capítulo de un libro en preparación titulado *¡La Guerra!* (*Impresiones telescópicas*), formado por notas históricas y de actualidad.

añade el labio, que excede al superior en límites nada comunes. En suma, hay en los Habsbourg muchos de aquellos caracteres que Moreau de Tours y Césare Lombroso han señalado como formas de la degeneración. Y muchos de esos caracteres son los que corresponden a la predisposición hereditaria hacia la criminalidad... Esas particularidades morfológicas persisten más bien como caracteres hereditarios que como cualidades de raza. Para no referirme sino a la familia de los Habsbourg en España, baste saber que el cruzamiento no pudo modificar gran cosa aquellos caracteres, que como una fuerte dolencia espiritual se intensificaron en el alma del Emperador Carlos V, hijo de Juana la Loca y místico vehemente del Monasterio de Yuste en Extremadura. El maxilar inferior de Carlos V, era un colosal maxilar de hombre!...

El cuadro que el doctor Luis Comenge copia de Ireland, es muy sugerente: Juan II era un imbécil e Isabel de Portugal estuvo loca en Arévalo; Carlos el Temerario fué un sanguinario-impulsivo, y María de Borgoña fué devotísima; Fernando el Católico fué un Rey melancólico y María Tudor fué histérica; Carlos I fué gotoso-epiléptico y era notorio por su enorme mandíbula; Felipe III fué indolente y alienado después; el Príncipe D. Carlos murió loco; fué excesivamente voluptuoso el Rey Felipe IV, y su hijo Próspero padeció de convulsiones antes de su muerte...

En el Emperador Francisco José aparecen algunos de aquellos caracteres faciales de sus abuelos: su imperial cabeza pertenece al tipo de las cabezas pirgocéfalas; sus orejas son anormales por su excesiva longitud; el labio inferior suyo, acompaña hacia adelante a la mandíbula que es el tipo del maxilar Habsbourg...

¿Habrán influído estos escasos rasgos de Gontram sobre el alma de Su Majestad Imperial y Real Apostólica? Yo no le doy la mayor importancia en la formación de la personalidad a tales carecteres anatómicos; pero Francisco José no ha sabido gobernar ni en su casa íntima; él ha sido un desastre en la vida del hogar: por su alma han pasado impresiones horripilantes; y alguien diría que el viejo Emperador es una constitución de hierro, que bebe sus lágrimas. En general, se dice que es indife-

rente y que nada podría avasallar sus apetitos... Parece que su corazón ha sido extraño a los accidentes sentimentales con que Dios ha querido azotar a su recia alma de monarca... Acaso se pregunte el lector, por qué si el Rey de Hungría es olvidadizo con la Moral, ha podido gobernar desde diciembre de 1848. La respuesta se me antoja bastante fácil: la política de los Habsbourg, como si hubiera sido en todo tiempo una tendencia tumultuosa contra la cristalización de elementos étnicos definidos en las tierras del Imperio; ellos no han gobernado sobre una raza, sino que han imperado grotescamente sobre elementos difusos cuya falta de cohesión los aleja de la dignidad nacional, y pone en sus espíritus la indiferencia de los que no saben lo que patria significa. De esa manera, y en esas condiciones de la psiquis popular, no es tan difícil dirigir a las muchedumbres de ciegos... Y es que en Austria no hay el alma nacional: Palacky no pudo negar más categóricamente su existencia, cuando dijo: ¡Si Austria no existiera, sería necesario inventarla!... El mismo Metternich repetía a menudo: ¡El Asia comienza en la Landstrasse!, es decir, al Este de Viena... Y Lagarde, exclamó en alguna ocasión: ¡Austria no tiene alma para cuerpo tan vasto!...

Y desde el punto de vista político, tampoco resulta noble la figura del Emperador Francisco José: el escritor Henry Wickham Steed dice, al referirse a la Monarquía de los Habsbourg, que no existe un pueblo austriaco, ni mucho menos un pueblo austro-húngaro. No hay tampoco un pueblo de los Habsbourg: Su Majestad no se ha dirigido nunca a su pueblo, sino a "sus pueblos"... Tal vez exista el alma nacional bohemiana, croata, rutena o bukovina, pero propiamente no existiría el *alma nacional austriaca.* La delicada labor de la Monarquía ha consistido en anestesiar el sentimiento de patria; en tratar de que no exista la patria en los corazones, sino como un concepto geográfico y no como una fuente de amor eterno... Así es como triunfa el anciano Emperador, cuyo retrato político ha delineado el mismo Henry Wickham Steed: Es una historia abigarrada —dice— esta del reinado de Francisco José, y hasta cierto punto un reflejo de su propia personalidad. Sería necesario que pasasen muchos años para que su figura política pueda ser fiel-

mente trazada, y para que su acción personal, durante las grandes crisis de su reinado, pueda ser determinada con exactitud. Ningún soberano moderno ha visto en su vida tantos cambios, y ninguno ha atravesado por pruebas tan crueles. Históricamente, en Francisco José hay varias personalidades psicológicas combinadas: el joven educado en un ambiente de relativa liberalidad, sube en 1848 al trono de un Imperio en rebelión y aprende a desconfiar de los principios constitucionales, liberales y de todas las formas de aspiración política que tendieran hacia el progreso; el monarca absoluto es conducido por la fuerza de las circunstancias y por consejeros reaccionarios a aceptar como únicas columnas sólidas de su trono al Ejército, la Iglesia, la Policía y la Burocracia, y cuando cumple veinticinco años, ofrece a sus pueblos un Concordato que no era sino una vil capitulación del Estado en presencia de la Iglesia; el comandante en jefe, vencido en Solferino, perdió la Lombardía y vió amenazado de bancarrota al Imperio, a causa de la sospechosa prudencia de aquellos mismos consejeros reaccionarios; el Emperador semiconstitucional de 1860-65, ansioso de salvar su situación, colócase al lado de los príncipes alemanes, y sus planes son descubiertos por Bismarck en Francfort, durante la Dieta de los Príncipes en 1863, y por Moltke, en 1866, en Sadowa: se vió obligado a cambiar de planes, a negociar con la Hungría y adornar al Austria con el manto constitucional, en la esperanza de adquirir nuevamente lo que parecía irremediablemente perdido; el Monarca del *Dualismo* de 1870-71, se convence al fin de que Austria y Hungría sólo tenían garantías de un porvenir dinástico próspero, y, finalmente, el Rey constitucional de Hungría y el Emperador absolutista de Austria, trabaja día y noche como jefe de una dinastía para realizar una política dinástica siempre palpitante, persuadido como ha estado, por convicción innata, por sentimientos religiosos y tradición de familia, de que a despecho de los disgustos, luchas, querellas de razas y rivalidades étnicas, la potencia de la función monárquica y el prestigio de la dinastía los llevarían a él y a su Casa, triunfalmente, a un porvenir más trascendental: ésa es la personalidad múltiple de Francisco José Habsbourg-Lorena...

Él no ha querido que cristalice el fuerte sedimento de amor patrio que bulle en los pueblos de Hungría, *en perpetua querella de razas y rivalidades étnicas,*—como apunta a cabalidad el biógrafo; él aspiró en sus mejores días a que Babel cundiese en sus pueblos, a fin de que los sentimientos y la nobleza del patriotismo no tuviesen el vehículo de una *lengua nacional* para difundirse en todo el territorio del Imperio-Reino... Y es que Francisco José ha sentido horror de ese día en que sus pueblos sepan que no hay entre ellos ni la fraternidad de las creencias, ni mucho menos de la expresión verbal... Sólo es lamentable que él no asista a la solemne desnacionalización de los *nacionales austriacos.* Y digo que no asistirá, porque parece que aumentan los achaques bronquiales del Patriarca de las monarquías europeas: en mayo último padeció una recaída de su mal respiratorio, y mucho se habló entonces del estado deplorable de su corazón y de sus pulmones; también se dió noticias de las costumbres del *vieillard*: por aquellos días se acostaba a las ocho y media y se levantaba a las cuatro de la mañana. En seguida se hacía dar un baño tibio, un masaje y después lo afeitaban; a las cinco iba a su mesa de trabajo; a las seis se le servía el desayuno, que en general se componía de caldo o *roastbeef* frío y de leche o cacao, que últimamente reemplazara con thé ruso. A las siete lo veía su médico particular... En el curso de la mañana se hacía servir leche hervida y pan negro; a las once y media era la hora del almuerzo, compuesto por sopa, carne y legumbres. A las doce gustaba un fortificante. Por la tarde, el *menu* lo constituía un *consommé,* una combinación de pescado y un pedazo de cacería caliente, y además un *dessert*... Así se alimentaba el Emperador en el mes de mayo; y ciertamente no estaba inapetente el anciano Habsbourg, a pesar de su enfermedad... Ahora comienzan a variar las costumbres del octogenario: vive en la más serena de las inconsciencias, porque el Príncipe heredero, el Archiduque Carlos Francisco, hurgando los papeles del Archiduque Francisco-Fernando-Carlos-Luis-José-María de Austria, Este, etc., comprobara en un documento que este *noble* asesinado en *Sarajevo,* y que de haber vivido habría ocupado el trono, conspiró contra la vida del Archiduque Rodolfo y fué culpable en el drama de *Meyerlin,* donde Rodolfo perdió la

vida... En sabiendo la espantosa verdad, sobre el corazón de Francisco José agolpáronse todos sus amores de padre y todos sus rencores de tío: se dice que está paralítico y que ha perdido toda noción de conciencia y de sentimiento... Acaso haya muerto el Emperador cuando vean la pública luz estas escrituras... ¡Demasiado ha vivido este feliz comilón, que siendo La Majestad Imperial y Real Apostólica de los pueblos de Austria-Hungría, ha sido también el instrumento senil encontrado por Guillermo II para hacer que la guerra cundiese en Europa!...

DIEGO CARBONELL.

París, septiembre de 1914.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA (*)

LAS INFLUENCIAS CASTELLANAS: EXAMEN NEGATIVO

(Conferencia leída el 19 de abril de 1914, en la Sociedad de Conferencias, por el Dr. José María Chacón y Calvo.)

Señoras y señores:

No vacilé un momento en aceptar el honroso encargo que me confiara mi distinguido amigo Max Henríquez Ureña—fundador con Jesús Castellanos, que parece presidir en espíritu estas amables fiestas, y continuador, con el Dr. Lendián, de la Sociedad de Conferencias—de disertar, por algunos momentos, ante vosotros, sobre la incomparable mujer camagüeyana cuyo primer centenario acabamos de celebrar. No pensé nunca en la transcendencia del tema, en lo trillado que está, en la dificilísima empresa para todos—imposible para mí—de concretar

(*) El título de este trabajo no responde exactamente a su contenido. Fué mi primer propósito que el sumario examen de las influencias castellanas en la Avellaneda, sirviera de introducción al estudio más detenido de los caracteres predominantes de su lírica. El punto fundamental de la conferencia pensé que fuera la discusión de su misticismo: el análisis del *Devocionario poético*, de algunos fragmentos de las *Cartas Amatorias* y de las *Memorias inéditas*, de composiciones dramáticas, como el *Saúl* y el *Baltasar* (donde aparecen largas estrofas, utilizadas después en el Devocionario) (*a*), serían los elementos que me hubieran permitido afirmar su

(*a*) Esta afirmación debo comprobarla aunque sea con un ejemplo:

Es ¡oh señor! la inmensidad tu asiento,
la luz tu vestidura;
tarima de tus pies el firmamento...
Las brillantes estrellas
son de tus pasos luminosas huellas;
tus ministros los fúlgidos querubes;
tus agentes los puros elementos;
tus carrozas las nubes;
tus corceles los vientos.

(*Grandeza de Dios en sí mismo y en sus obras.*)

en pocas palabras los caracteres distintivos de su obra, señalar su elaboración, juzgar de las influencias extrañas que en ella intervienen, para llegar, por último, al gran problema estético que presenta su misticismo; misticismo sin antecedentes en la literatura castellana de su época, misticismo de fases muy diversas, que no se siente, con frecuencia, en las propias poesías religiosas de la autora, sino que con asombro venimos a encontrarle en composiciones estrictamente líricas, infiltradas de amorosa pasión; misticismo, en fin, que no llegó a ser definitivo, que no llegó a desenvolverse por completo, pero cuyo espíritu sentimos como flotar en el cuerpo entero de sus obras.

En nada de esto pensé cuando se me hizo el amable ofrecimiento. Se agruparon entonces en mi mente los recuerdos más caros de la infancia, y las dificultades de la empresa cedieron el paso a la evocación de las más dulces y gratas memorias. Aquella escuela de mi niñez surgió a mis ojos, y volví a vivir aquellos días en que mi espíritu tranquilo, sin incertidumbres, lleno de mansa paz, recibió la primera emoción bella de la vida. La primera poesía que leí, la primera que aprendí de memoria, fué el soneto que empieza:

Perla del mar, estrella de Occidente

Rebelde la memoria a otros ejercicios, se sometió blanda-

---

existencia, probar cómo es en gran parte original y cómo tiene su asiento en una pasión humana, sin término y avasalladora. Por las razones que doy en el texto, no me fué posible realizar mis deseos, y sale hoy a luz esta conferencia tal como la dije, es decir, no siendo sino una mera exposición de antecedentes con algunas rápidas indicaciones sobre las fases de ese misticismo. No desisto, sin embargo, de mi primera idea: en la próxima serie de la Sociedad de Conferencias, esta modesta disertación tendrá su complemento. Pero ahora me encuentro obligado a estas aclaraciones previas.

CANTO DE DAVID, COREADO

(Voz que se supone de David.)

Gloria al rey sacrosanto
que tiene las estrellas por alfombra,
la inmensidad por manto,
la luz del sol por sombra.
... ...
Le sirven los querubes,
y sus agentes son los elementos,
sus carrozas las nubes,
sus corceles los vientos.

(*Saúl, Acto I, Escena II.*)

El Salmo CIII es la fuente de inspiración de ambos pasajes.

mente al principio, blanda y regocijadamente después, a éste, tan distinto a los demás, que llevaba al espíritu goces no sentidos hasta aquí. Desde aquel momento, sin que supiera razonarlo, mi entusiasmo hacia Gertrudis Gómez de Avellaneda, me hacía robar el tiempo a todas las obligaciones escolares, para consagrárselo a sus versos, que sabían recompensarme mejor que ninguna de las otras tareas, necesarias, pero fatigosas.

Así comenzó mi culto por esta egregia mujer: ved cómo ha sido un motivo sentimental lo que ha echado sobre mis hombros la responsabilidad de esta conferencia.

Desenvolviéndose de un modo variado y diverso la actividad de la Avellaneda, es empeño vano querer tratar en una disertación académica de todos los aspectos de su labor literaria. Es más disciplinado y racional juzgar de uno de aquéllos tan sólo, o procurar, en forma sintética, distinguir los caracteres principales de su obra entera. Este último procedimiento es mucho más atractivo, pero mucho más peligroso. Tiene el peligro de todas las generalizaciones: no puede concretarse; y el espíritu, en vez de andar con paso firme, vaga por esta o aquella región. Seguiré el primer camino, exponiendo las dos tendencias críticas fundamentales sobre la Avellaneda, planteando el problema de las influencias castellanas en su obra, y fijando, por algunas cualidades formales de su arte, el verdadero lugar que ocupa en la poesía española del último siglo (1).

La bibliografía de la Avellaneda es extraordinariamente rica; no obstante esto, pueden distinguirse de una manera clara en la misma dos tendencias críticas fundamentales: una, que pudiéramos llamar tradicional; otra, que ha venido a generalizarse, a ser aceptada por casi todos en nuestros días en virtud de la publicación de documentos interesantísmos. La primera hace de la Avellaneda un ser antifemenino, insensible, frío por esencia y ajeno en todo momento a los goces suaves y apacibles de la vida íntima. Una pasión sola, según esta tendencia, parece darse en la Avellaneda: la pasión de sí misma, el sentimiento de la dignidad junto, muchas veces, al sentimiento del orgullo. No la inspiran sino los grandes hechos, no la im-

(1) Véase la nota anterior.

presiona sino lo que sobresale en la naturaleza: su lira no tiene acentos blandos, sino graves y robustas notas. Todo es en ella *nervioso y varonil.* Este criterio psicológico ha tenido que rectificarse. La frase famosa (de dudoso gusto, como decía el inolvidable Piñeyro): "Es mucho hombre esta mujer", atribuída al gran poeta civil del Dos de Mayo, ha sido calificada por alguno de apotegma absurdo. Con excepciones notorias, como el estudio de Valera, esta tendencia siguió siendo la generalmente aceptada. En 1883, en ocasión de conmemorarse en Cuba el primer decenario de la muerte de la poetisa, Enrique José Varona publicaba en un periódico diario de esta capital, *La Lucha,* un artículo, verdadera maravilla de síntesis, en donde, aunque con ciertas atenuaciones, vemos predominar ese mismo criterio. Se reconoce en la obra de la Avellaneda un carácter fluctuante y contradictorio, pero no se le juzga como atributo propio del alma femenina, sino como manifestación de la lucha en que debió vivir aquel espíritu sometido a las vicisitudes más diversas, envuelto en una atmósfera poco favorable para su libre y cabal desarrollo. El carácter de la Avellaneda, se repite a menudo en ese magistral artículo, era muy próximo a la energía varonil. Acepta Varona la nota mística en la poetisa; pero no encuentra su origen en ninguna pasión humana, sino que va a buscarlo en hechos puramente circunstanciales, en la caída de Isabel II, v. gr. Por último, este misticismo no eleva más y más las facultades espirituales de la Avellaneda, sino que, devorador e infecundo, amenguan éstas y precipita al poeta en una región fantástica y misteriosa, donde no encuentra sino desesperada incertidumbre y mortal desasosiego. Todo esto dicho es un estilo majestuoso, lleno de vigor, sin una frase de más ni una de menos, con ese raro dominio que tiene el Sr. Varona de nuestra lengua. Estas son las ideas fundamentales del artículo: ellas prueban cómo Varona seguía en aquellos años la opinión tradicional sobre la poesía de la Avellaneda (2). Para llevar el convencimiento al ánimo de todos—y ya que este artículo es una rareza bibliográfica por no haberse reproducido, según entiendo,

(2) Totalmente ha rectificado este criterio el Sr. Varona en el discurso que pronunció en el teatro Payret cuando las fiestas del Centenario. (Véase el número de mayo, 1914, pp. 99-105, de CUBA CONTEMPORÁNEA.)

en ninguno de los libros del autor, trasladaré varias frases textuales del mismo:

Le oiréis cantar... las revoluciones de los imperios, el triunfo del cristianismo, las fuerzas prepotentes y misteriosas de la naturaleza... Nada le mueve sino lo que sobresale, lo que le impone.

Estos conceptos revelan cómo se consideraba el arte de la Avellaneda, arte de majestad y fuerza, poesía grandilocuente y robusta; pero ni íntima, ni puramente amorosa, y sin verdadera pasión personal. El ejemplo de Varona, que ya estaba en la plenitud de su talento, vale por todo; y sería inútil seguir citando otros y otros estudios donde se observa idéntica tendencia.

La segunda tendencia (3) ve en esta poetisa todo lo contrario. La sensibilidad femenina encuentra en la Avellaneda una manifestación perfecta. Aquellas contradicciones, esos vagos anhelos, aquellos lamentos de su espíritu, desgarrado por todas las amarguras; aquella fe y aquel optimismo juntos al más atroz de los desalientos, esa preocupación por lo pequeño de la vida y al mismo tiempo esa robusta, clarísima visión de las verdades primeras; esas victorias y derrotas de su alma, esa ardiente pasión humana, mansa y recogida un tiempo, desatada después, son cualidades que prueban la sensibilidad de un espíritu, la ininfluencia avasalladora del sentimiento sobre la voluntad, el triunfo definitivo del amor, sea o no humano, sobre todas las demás pasiones que pueden abatir o fortalecer la humana naturaleza.

Estas afirmaciones pudieran haber parecido algo temerarias cuando no se tenían a la vista sino las poesías de la Avellaneda. Con ellas no podía negarse toda nota sensible en su obra; pero ésta no era la predominante. El fuego de la pasión amorosa, más que en sus versos, debemos buscarlo en su autobiografía y en sus cartas amatorias dadas a luz en 1907 en Huelva, y reimpresas recientemente, con una elegante y erudita introducción, por Carlos de Velasco, director de CUBA CONTEMPORÁNEA (4). No

(3) D. Mariano Aramburo, en sus conferencias del Ateneo de Madrid, procura con fino ingenio conciliar ambos criterios. (*Personalidad literaria de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Madrid, 1898.)

(4) *Cartas Amatorias de la Avellaneda*, con su Autobiografía... reimpresas en CUBA CONTEMPORÁNEA... Habana, 1914. [Edición especial de veinticinco ejemplares numerados y no puestos a la venta.]

es el momento, ahora, de analizar esas cartas: baste decir que ellas han confirmado las frases que vais a escuchar, de Menéndez y Pelayo, que fueron, al escribirse en 1893, una verdadera profecía:

> Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte, y... lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente e impetuosa, ya mística y profunda, de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina.

Estas palabras elocuentes de Menéndez y Pelayo, parecen de innegable certeza cuando junto a las poesías se leen esas ardientes cartas, comentario perpetuo de los versos de la Avellaneda.

Estos son los dos criterios fundamentales que se han sostenido sobre la obra poética de esta egregia mujer. Expuestos con brevedad, procuremos ahora penetrarnos de su espíritu, y nos será más fácil examinar los caracteres de esta poesía.



En una época de transición literaria, en el crepúsculo del falso clasicismo y no muy lejano el día de la revolución romántica, surge la Avellaneda. Cuba, once años antes, había producido el más nacional de sus poetas; y él, clásico por la forma, romántico por el espíritu, junto con Quintana, va a impresionar por primera vez la imaginación poética de la Avellaneda. Heredia, poeta descriptivo y civil, que recoge e interpreta todas las ansias libertarias del pasado siglo, de sentimientos ardientes, de imaginación viva aunque desordenada, grandilocuente en la expresión, incorrecto, a veces, en la forma, debía por sus extraordinarias cualidades avasallar el espíritu infantil de la poetisa, guiar sus primeros pasos, intervenir de un modo principal en la elaboración de su lírica.

Ella confiesa siempre estas lecturas de Heredia, y en las citaciones de sus *Memorias inéditas* (5); y en estrofas inmortales

---

(5) Véase pp. 2, 4, 11... en la excelente edición de D. Domingo Figarola-Caneda: *Memorias inéditas de la Avellaneda*. Anotadas por Domingo Figarola-Caneda... Habana, MCMXIV.

dejó estampada su admiración por el austero poeta del Teocalli de Cholula. Sin embargo, analizados los rasgos característicos de la poesía de Heredia, se observa una diferencia completa entre éstos y los que distinguen a la Avellaneda.

La generalidad de los críticos que se han ocupado en el poeta cubano, discrepando en muchas otras cosas, coinciden en señalar a Heredia estas dos notas esenciales: la nota patriótica y la descriptiva. Estas cualidades no se dan separadas, sino que se confunden, viniendo a ser la una respecto de la otra como su natural complemento. El patriotismo de Heredia le lleva, con frecuencia, a la robusta entonación de sus cantos civiles; pero en muchas otras ocasiones le conduce a la poesía descriptiva, de opulencia admirable, donde el paisaje vibra de un modo harmónico con su ser interior y animada siempre de un ardor y entusiasmo más asombrosos aún que su misma opulencia (6). El filosofismo, la tendencia humanitarista que dió vida a tantas composiciones de a principios de aquel siglo, viene a completar el cuadro de la poesía de Heredia, la cual, sin que empezca a su grande originalidad, se desenvuelve dentro de los límites de la escuela salmantina, último baluarte del clasicismo español. En la Avellaneda, ni hay una pasión patriótica intensa (por lo menos, expresada en forma poética, pues en prosa nos aguardan muchas sorpresas), ni descripciones propias, profundamente personales.

La naturaleza la sirve más para hacer elegantes razonamientos poéticos, que cantos donde se pinten sus grandezas y maravillas. Falta, sobre todo, la nota nacional en sus poesías descriptivas, que es, por el contrario, como el distintivo de las de Heredia. Su oda *Al Mar* es la más completa confirmación de lo que aquí se dice. Que hubiera influencia formal, es cosa bien distinta. Pudo venir lo mismo de Quintana que de Heredia. Lo esencial es señalar que la Avellaneda, por su ardiente pasión amorosa, que va a terminar en verdadera exaltación mística, pertenece a otra raza de poetas.

El otro gran poeta (entre los que escribieron en lengua cas-

---

(6) En muchas de las composiciones descriptivas de Heredia se da lo que he llamado la *poesía civil interna*. Esta idea será desenvuelta en mi estudio: *Heredia y la Escuela Salmantina*. Baste ahora esta mera indicación

tellana) que leyó la Avellaneda en su niñez, fué un continuador de la escuela salmantina, el último de sus maestros, el hombre de más vigoroso temple moral entre los liberales españoles de su tiempo. Manuel José Quintana es la encarnación más genuina de las tendencias del siglo XVIII. Nadie como él supo compenetrarse con el panfilismo, filosofismo y todos los *ismos* de aquel siglo tumultuoso, de iniciaciones continuas en todas las esferas de la actividad humana, de tanteos y ensayos sin cuento. Las notas de Quintana son las notas de aquel siglo. Uno de sus más excelentes jueces ha dicho que, a pesar de haber vivido mucho más tiempo en el siglo XIX que en el XVIII, se mantuvo de lleno dentro de las corrientes de éste.

La pasión patriótica, primero, la pasión por la humanidad, después, dijo Menéndez y Pelayo (7), son las notas más salientes de la obra de Quintana. Es en todo momento el poeta civil. Llega a las cumbres de la sublimidad poética, pero es uniforme en sus sentimientos y en las expresiones de los mismos. Ni la pasión humana, ni la pasión divina, ni la naturaleza, tienen un eco en su poesía. Es la suya, poesía de renovación política, nacional y humana.

Estas cualidades faltan por completo en la Avellaneda. Momentos hay en que canta asuntos parecidos, pero son entonces los suyos versos meramente ocasionales. Así sus dos composiciones dedicadas a Isabel II.

Es menester que se repita mucho todo esto, para que no haya inconveniente en aceptar el carácter personalísimo de la lírica de la Avellaneda. Sus primeros maestros no le dieron ninguno de los elementos sustanciales de su arte. En su propia vida, llena de incertidumbre, es donde debemos buscarlos. Ella nos dará, mejor que ningún otro poeta, la explicación de las grandes contradicciones, de los anhelos indefinidos de la poesía de la Avellaneda.

No hemos hecho sino indicar levemente por qué estas influencias no pueden ser nunca esenciales. Quede para otro el escrupuloso estudio comparativo entre la lírica de la Avellaneda y la

---

(7) Véanse, principalmente, su conferencia sobre Quintana (*Estudios de Crítica Literaria*, tomo V), y la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, tomo VI, 2.ª edición), pp. 110-124.

de los poetas citados, a fin de ver ciertas semejanzas de forma y precisar así algunas influencias incidentales.

Si esto ocurre con los poetas que hicieron las delicias de su infancia (8), otro tanto ocurrirá, aunque de modo más acentuado, con aquellos que vino a conocer más tarde. Cuando la Avellaneda abandonó su país natal, su espíritu poético había adquirido un pleno desarrollo. Las tendencias definitivas de su lírica ya estaban delineadas, según nos prueba la Autobiografía dirigida a Cepeda y de cuya sinceridad no puede dudarse. Por otra parte, aquel soneto que escribió de pie sobre la cubierta de la fragata "Bellochan", en los momentos en que zarpaba para Europa—que improvisó, según ella dice—, prueba cómo el dominio de la forma era admirable y que sus sentimientos habían encontrado ya una manera adecuada de expresión. Así es que la otra gran influencia, la de Juan Nicasio Gallego, de que se ha hablado tanto, tampoco puede traspasar los límites de la influencia formal. Conoció la Avellaneda a Gallego en Madrid y por el año de 1840. Era el poeta zamorano, de natural amable, franco y expansivo, de acendrado buen gusto, aunque no admitiera sino muy a duras penas cualquiera manifestación ajena al

---

(8) Además de los poetas mencionados, debió leer en su niñez a D. Juan Bautista Arriaza, uno de los más populares en América durante los primeros años del siglo XIX. De esta popularidad dan muestras evidentes los periódicos de la época: así el *Aviso de la Havana,* continuador del célebre *Papel Periódico,* recopiló una buena parte de la producción poética de Arriaza, que había estado en Caracas, siendo oficial de la armada, por 1806.

Arriaza es un poeta de cualidades exteriores: su dicción es clara y precisa; su versificación, corriendo por los antiguos cauces, es variada y abundante. El lenguaje de los afectos lo desconoce: no hay el eco de una pasión en sus versos. En las elegías (*Canto a la muerte del Duque de Alba*), en las composiciones amorosas (*La Silvia*), en las odas civiles (*Al Dos de Mayo*) y en la poesía didáctica (*Emilia*), es de escasa invención y de ideas pobres y comunes, aunque su ingenio, lozano y ameno, encubra la carencia de cualidades positivas.

El Arriaza más original es el satírico. Aquí su ingenio se dilataba por regiones más asequibles. No debe buscarse en estas fáciles composiciones, ni el humorismo concentrado, ni la honda ironía, ni un elevado concepto del mundo y de los hombres. Hallaremos, en cambio, a cada momento, el chiste espontáneo o la frase aguda y mordaz. Para corresponder mejor a sus cualidades exteriores, no produce—pase la expresión—sino lo *cómico objetivo.*

Estas cualidades de la poesía de Arriaza, prueban cómo no pudo dejar el más leve rastro en la Avellaneda. Creo, por tanto, inútil todo intento de comparación. Hasta en la forma son antitéticos: Arriaza odiaba el verso suelto; la Avellaneda lo cultiva; Arriaza atacaba la pompa y el énfasis de las escuelas de su tiempo; la Avellaneda, como veremos más tarde, pagó tributo a esas formas, no las más altas, de la elocuencia poética.

arte en que se había educado y en el que llegó a tener espléndido señorío. Su influencia fué notoria entre sus contemporáneos: su magisterio era carga suave que aceptaban los jóvenes de la época. Así, en 1845, escribía uno de éstos: "es el protector nato, el amigo de confianza de todos los jóvenes: él los aconseja, los anima, les corrige sus obras, y a todas horas están abiertas su puerta y su benevolencia para cuantos de buena fe van a reclamar el auxilio de sus luces y larga práctica en el arte" (9).

La elocuencia poética no ha tenido nunca, después de Herrera, un cultivador más brillante. El habla castellana, ágil y ligera unas veces, grave y robusta otras, adquiere en Gallego los más variados matices. De riguroso criterio clásico—siendo el suyo, como no podía menos de serlo en aquel tiempo, un clasicismo formal—, cada oda, cada elegía que brotaba de su ingenio, no muy fecundo, pero siempre sereno y harmónico, venía a constituir un ejemplo vivo de corrección y compostura, de inspiración y orden académicos. Tiene calor de afectos, no desconoce la sensibilidad; momentos hay en que llega a lo patético, v. g., en algunas estrofas de sus dos inmortales composiciones *Al Dos de Mayo* y *A la Muerte de la Duquesa de Frías;* mas ese cúmulo de figuras, el empleo abusivo de símiles mitológicos, la perífrasis continuada, nos impiden ver en toda plenitud el alma del poeta. El período se desenvuelve harmónicamente, es arrogante desde el principio hasta el fin; pero este afán por conseguir la harmonía formal, estorba la expresión directa de los sentimientos. No puedo resistir al deseo de ilustrar estas afirmaciones con un ejemplo: voy a escogerle precisamente de unas de sus más célebres elegías. Sea el principio de la compuesta *A la muerte de la Duquesa de Frías*:

Al sonante bramido
del piélago feroz que el viento ensaña
lanzando atrás del Turia la corriente;
en medio al denegrido
cerco de nubes que de Sirio empaña
cual velo funeral la roja fuente;
cuando el cárabo oscuro
ayes despide entre la breña inculta,

(9) Prólogo de la edición académica de las poesías de Gallego.

y a tardo paso soñoliento Arturo
en el mar de occidente se sepulta;
a los mustios reflejos
con que en las ondas alteradas tiembla
de moribunda luna el rayo frío,
daré del mundo y de los hombres lejos
libre rienda al dolor del pecho mío.

No hay duda de que la sinceridad poética requiere una forma distinta. La pompa misma del epíteto pugna con el principio de la sencillez, el principal atributo de aquélla.

He querido caracterizar la parte formal de la poesía de Gallego: no debemos un solo momento perder de vista los elementos que la informan, pues ellos explican grandemente ciertas cualidades formales de nuestra autora. Entiéndase bien que me he referido a cualidades formales tan sólo: la parte interna está libre, absolutamente libre, de esta como de las otras influencias.

La fuente de inspiración de Gallego no es tan sencilla como la de Quintana, pero tampoco es muy compleja. Él mismo, en versos sobrios y llenos de majestad, va a declararnos cuál es:

Oh, patria, deidad augusta,
mi numen, es tu amor.

Así dice en el principio de su oda a la *Defensa de Buenos Aires*. Fué, por tanto, la pasión patriótica, grande parte en sus versos. No era, como en Quintana, un amor patriótico que se explayaba hasta llegar a ser amplio y generoso humanitarismo. La patria por la patria misma, la patria cantada en sus héroes y sus hazañas, la patria identificada con el primario sentimiento de la raza, base de todo nacionalismo: así era la pasión patriótica de Gallego.

Junto al sentimiento patriótico late otro tan noble y humano como aquél: el sentimiento de la amistad. Es fuerte y enérgico, no se identifica, no llega jamás a los lindes de la pasión amorosa; mas hay un fuego, una animación, una vida interna tan poderosa y prolífica en sentimientos derivados, que el efecto poético que produce casi es el mismo. Recuérdese su elegía al Duque de Fernandina, evóquese aquel vigoroso pasaje de *A la muerte de la Duquesa de Frías,* donde aparece *la dulce, buena,*

incomparable amiga, llevando a la prisión solitaria en que se consumía Gallego el blando consuelo de su amistad:

Mas ¡cuál mi asombro fué cuando imperiosa
a la pálida luz mi vista errante
los bellos rasgos de Piedad divisa
entre los pliegues del cendal flotante!
¿Por qué, por qué benigna,
clamé bañado en llanto de alborozo,
osas pisar, Señora,
esta morada indigna
que tu respeto y tu virtud desdora?
¡Ah! si a la fuerza del inmenso gozo
del placer celestial que el alma oprime
hoy a tus plantas expirar consigo,
mi fiebre, mi prisión, mi fin bendigo.

Todo Gallego está en estos versos. Hemos de llegar *Al Dos de Mayo* para encontrar estrofas de ese temple. Otra nota hay en Gallego, que por parecerme secundaria no debo tomar en cuenta en este rapidísimo bosquejo: es la nota cortesana, la nota palaciega. Por su academicismo, tenía cualidades de poeta de Corte. Recórrase su breve y pulida colección de poesías, y se verá cómo casi todos los acontecimientos regios son cantados por él. Sin embargo, esta nota es meramente ocasional: composiciones tiene en este género, de elevación poética; pero entonces detrás del poeta cortesano aparece el poeta civil: así en la elegía a la muerte de la reina doña Isabel de Braganza. Los males de España inspiran al poeta tanto como la muerte misma de la reina (10).

No son estas fuentes las originarias del arte de la Avellaneda. Quizá se haga alguna excepción en cuanto a la parte corte-

(10) Estos tercetos lo prueban con evidencia:

¿Ves, oh patria infeliz, de sangre llenas
tus hazas al furor de Marte crudo
y a tu adorado rey entre cadenas?
¿Será forzoso que el potente escudo
de nuevo embraces y la lanza fuerte
que los grillos romper del orbe pudo?

Esta nota civil asoma en las poesías de Gallego más apartadas del género. En la oda leída en la Academia de San Fernando—*A la influencia del entusiasmo público en las Artes*—de noble y sostenida inspiración, leemos al final estrofas de este temple:

... Sobre el glorioso
montón de escombros de la antigua torre,
que a la horrísona bomba se desploma,
allí el aragonés su frente asoma
indómita y serena,
y al terco sitiador de espanto llena.

sana: también nuestra poetisa, llevada de sus sentimientos monárquicos y de su amistad con Isabel II, hizo versos de este género. No son escasos en su colección, pero no expresan nada del espíritu de la Avellaneda. Son versos de certámenes, y con eso está dicho todo. Es menester que se diga de una vez y con voz alta: la verdadera Avellaneda, la Avellaneda de la posteridad, está reducida a una corta serie de composiciones: las dos elegías en la muerta de su primer esposo, la segunda composición dedicada *A Él,* la *Dedicación de la Lira a Dios,* el *Cántico* (imitación de varios salmos), el *Miserere*... Esto es lo que nos importa conocer: si suprimís lo demás de su obra, no padecerá nada la integridad de su arte. En cambio, cercenad una sola poesía de la colección académica de Gallego—aun aquella dedicada a la Virgen, y en la que implora misericordia para su reina, que atravesaba por un duro trance—, y tendréis entonces a un Gallego incompleto. En esa verdadera Avellaneda no interviene Gallego (11). Son dos psicologías muy distintas las de estos poetas, para que pueda haber influencia de fondo. Hemos visto el alma de Gallego: alma buena, serenamente académica, amante de la perfección de los detalles, que no llega al amor humano ni asciende a las excelsitudes del amor divino, aunque hiciera en su juventud versos amorosos y en su edad madura cantara la última cena y describiera con vivos colores la muerte del apóstol traidor. Pronto veremos cómo es la de la Avellaneda (12): es contradictoria y pasional; alma llena de *tumultos,* que vino a la vida en medio del dolor (véase una de sus canciones a la Virgen) y se fué abrasada por la llama divina (véase su *Dedicación de la Lira a Dios*). Por eso afirmo de un modo absoluto, que sin haberle leído, que sin haber recibido los beneficios de la enseñanza del poeta del *Dos de Mayo,* quizá no hubiera llegado a ciertas virtudes formales; pero hubiera sido siempre la Avellaneda apasionada e impetuosa, inflamada ora por el amor humano, ora por la pasión mística.



(11) Hacemos, como antes, abstención de toda influencia de procedimiento, de técnica.

(12) Véase la primera nota.

Heredia, Quintana, Gallego, ofrecen, pues, sustanciales diferencias con la Avellaneda; hay, no obstante, entre ésta y aquéllos una nota común, una verdadera tradición estética que los afilia, en cuanto a la parte técnica se refiere, a una misma escuela. Me explicaré. Durante gran parte del siglo XVIII, fué el prosaísmo mal muy generalizado en la literatura española. El lenguaje poético había perdido sus propios atributos, e inspirado por un sentido utilitario, llegó a confundirse con la prosa. Tomás de Iriarte es un ejemplo insigne de esta tendencia. Contra este mal se produjeron dos reacciones distintas y simultáneas. El grupo de los poetas salmantinos (Meléndez y Cienfuegos, más tarde Quintana y Gallego) "comprendió que el verdadero lenguaje poético se diferencia y aparta del común, por la majestad, la novedad y la belleza". y que para ser verdaderamente tal, requiere un léxico propio. No se propuso por modelo, a pesar de llamarse escuela salmantina, al más clásico y sereno de los poetas españoles; no se fijó tanto en el ritmo interior de las palabras, ni aspiró a una visión completa de la vida, ascendiendo, por virtud maravillosa del espíritu, desde las verdades últimas hasta la verdad primera, comprensiva de todas; pero amplió el caudal poético, aunque adulterara la lengua con la introducción de voces bárbaras; renovó el prestigio del verso suelto, las formas retóricas se ampliaron, y, lo que fué más importante, a la trivialidad del asunto sustituyó un noble y levantado entusiasmo por los grandes hechos de la vida. Amó, con algún exceso, las pompas del lenguaje y gustó demasiado de las dificultades técnicas. Estos dos fueron sus principales defectos; pero ¡qué paso tan gigantesco no se había dado! ¡Cómo se columbraban ya en el horizonte los signos de la revolución romántica!

La otra reacción vino del grupo de los poetas sevillanos: Arjona, Reinoso, Blanco, Roldán... El fin fué análogo al grupo de Quintana. Fernando de Herrera fué el modelo común de estos poetas. "Hubo mucho de artificial"—ha dicho Menéndez y Pelayo—"en aquella poesía; pero había elevación y dignidad en los asuntos y en los pensamientos, con jugo de doctrina, esplendor y lumbre de estilo poético". (13)

(13) *Historia de las Ideas Estéticas en España*, t. VI, p. 153.

En esta tendencia formal encaja la poesía de la Avellaneda. Tiene una noción clara del lenguaje poético, una aristocracia de estilo, una fuerza sostenida en la expresión, que la colocan al lado de los discípulos de Quintana y de Gallego. La opulencia del lenguaje se detiene, a veces, en los justos límites del énfasis; pero, a veces también, como Gallego y Quintana, rinde tributo a la elocuencia poética. Oid cómo se dirige a Francia, al tratarse de la traslación de los restos de Napoleón:

Bástete ¡oh Francia! la atronante gloria
con que llenó tus ámbitos *el hombre*:
bástete ver en inmortal historia
unido al tuyo su preclaro nombre.
Bástete la memoria
de aquellos grandes días
en que a su voz la Europa (14) estremecías,
y deja al mundo ese sepulcro austero
donde el hado sereno
guarda al gigante de ambición y orgullo,
entre esas peñas, áridas y solas;
mientras el mar, con turbulento arrullo
quiebra a sus pies las espumantes olas.

Me diréis que es ésta una composición endeble, que no es ésta la habitual manera de la autora. Os leeré el comienzo de una de sus más serenas odas:

¡Oh tú, del alto cielo
precioso dón, al hombre concedido!
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,
de mis placeres manantial querido!
¡Alma del orbe, ardiente poesía,
dicta el acento de la lira mía!

(*A la Poesía.*)

Su elegía en la muerte de Heredia, comienza con esta estrofa de sabor herreriano:

Voz pavorosa en funeral lamento
desde los mares de mi patria vuela
a las playas de Iberia; tristemente
en son confuso la dilata el viento;
el dulce canto en mi garganta hiela

(14) Uno de los pocos galicismos que enturbian las claras fuentes del estilo de la Avellaneda.

y sombras de dolor viste a mi mente.
¡Ay! que esa voz doliente,
con que su pena América denota
y en estas playas lanza el Océano,
"Murió, pronuncia, el férvido patriota"...
"Murió, repite, el trovador cubano";
y un eco triste en lontananza gime,
"Murió el cantor del Niágara sublime!"

Un ejemplo más decisivo acabará de convencernos: el principio de su canto *A la Cruz,* verdadero canto civil cristiano, demasiado estruendoso para ser leve trasunto del misticismo del poeta:

¡Canto a la cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo a mis acentos
con silencio profundo!
¡Y tú, supremo Autor de la armonía,
que prestas voz al mar, al viento, al ave,
resonancia concede al arpa mía,
y en conceptos de austera poesía
el poder de la Cruz deja que alabe!

No obstante la opulencia, su estilo es claro (14 bis), perfectamente comprensible para todos. La cláusula poética se desarrolla clara y harmoniosamente, y ni la perífrasis ni el hipérbaton violento vienen a descoyuntar sus miembros. La corrección no se pierde un solo momento, dando un tono discreto a sus composiciones más pobres. Desde el punto de vista de la forma, nadie puede considerar a la Avellaneda como un poeta de grandes desigualdades. Hay una perfecta compenetración entre el pensamiento y la palabra.

Yo quisiera detenerme en el análisis de las cualidades formales; pero este estudio requiere una conferencia entera. En este análisis había que tratar de la métrica de la Avellaneda, tan rica y compleja, tan llena de creaciones personales (15);

(14 bis) Sobre la claridad de estilo en la Avellaneda, relacionándola con los caracteres de nuestra psicología, hace sutiles observaciones el insigne orador don Antonio Sánchez de Bustamante en el discurso leído ante la Academia Nacional de Artes y Letras la noche del 25 de noviembre de 1912. (Vid. el volumen de los trabajos de la Corporación, Habana, 1912, p. 88 y siguientes.)

(15) Véase el discreto estudio (*La Avellaneda como metrificadora*) del Sr. Regino E. Boti, en CUBA CONTEMPORÁNEA, núm. de diciembre, 1913.

había que tratar, también, de su gramática, y sería fundamental, sobre todo, hacer un estudio detenido de su léxico, para llegar a la conclusión de que ella, en medio de la anarquía romántica, supo mantenerse libre de toda influencia bárbara, ofreciéndonos el caso singular de que, sin alardear de purismo y a pesar de la poco limpia ortografía de sus cartas, apenas un galicismo viene a inficionar sus versos.



Al llegar a este punto, debo una satisfacción a mi auditorio. Esta conferencia no debía haberse dado sino hasta el próximo domingo, según acuerdo de los propios directores de esta Sociedad. Pero ayer recibí la orden—que así es para mí toda súplica de mi sabio amigo el Dr. Lendián—de sustituir hoy en esta tribuna al Dr. Alfredo Zayas, a quien correspondía el turno. No había escrito sino hasta aquí, pero no podía desobedecer el amable mandato. Por eso yo os suplico que consideréis esta conferencia como una exposición de antecedentes, nada más. Tendría que abandonar el procedimiento que he querido seguir, si pretendiera darla término hoy, y precisamente cuando llegaba a su punto capital. Porque la médula de la poesía de la Avellaneda está en sus cualidades internas, que debía examinar ahora (16), y sobre todo en su misticismo, nota personalísima de su arte, verdadero y nuevo valor estético que lleva a la literatura española de su época. Como todo misticismo, es sumamente complejo y no puede explicarse con unas cuantas poesías religiosas, sino con el análisis de libros enteros, como el *Devocionario;* con el examen de obras dramáticas, como el *Baltasar* y el *Saúl;* con los datos psicológicos que nos suministran sus *Cartas Amatorias* a Cepeda, su Autobiografía, sus *Memorias Inéditas* (dirigidas éstas a su prima doña Eloisa de Arteaga y Loinaz). Todo

(16) Después de haber hablado de sus relaciones con el romanticismo. La Avellaneda tendía a la nueva escuela, aunque los principios formales que recibiera de los grandes maestros del clasicismo español (Quintana y Gallego), pusieron fuertes trabas a esta predisposición de su espíritu. Por eso es el suyo un romanticismo *sui generis,* que la coloca en distinta línea de la opulencia descriptiva de Zorrilla, del escepticismo humano y fecundo de Espronceda (el más grande poeta de los de aquel grupo y de todos los que produjo España en el pasado siglo) y de la declamación sentimental de García Tassara.

esto es necesario para fijar sus caracteres, para llegar a la convicción de que tiene varios momentos, varias fases, comenzando primero por una indefinible pasión amorosa, que no encuentra un objeto digno en que fijarse:

Y tú sin nombre en la terrestre vida
Bien ideal, objeto de mis votos,
que prometes al alma enardecida
goces divinos para el alma ignotos

continuando después en una suave resignación, cuando, sufridos los primeros desdenes de ese *bien ideal* encarnado ahora en un hombre, busca al unirse con D. Pedro Sabater el apoyo de la amistad, y sintiendo nuevo desfallecimiento, exclama:

Tú eres, Señor, belleza y poesía,
Tú sólo amor, verdad, ventura y gloria;
todo es mirado en ti, luz y armonía,
todo es fuera de ti, sombra y escoria,

estallando, por último, en estrofas impetuosas llenas de vida y luz en su *Dedicación de la Lira a Dios*:

Soy un gusano del suelo
cuyo anhelo
se alza a tu eterna beldad;
soy una sombra que pasa,
mas se abrasa
ardiendo en sed de verdad.
Soy hoja que el viento lleva,
pero eleva
a Ti un susurro de amor...
Soy una vida prestada
que, en su nada,
tu *infinito* ama, Señor!
Soy un perenne deseo,
y en Ti veo
mi objeto digno, inmortal:
soy una inquieta esperanza
que en Ti alcanza
su complemento final.

Todavía quedan nuevos valores por examinar: paralela a la poesía mística—que es aspiración del alma *a la posesión de Dios por unión de amor*—, corre por las páginas de su *Devocio-*

nario y del primer tomo de la edición completa de sus obras, la inspiración religiosa. Una nueva y positiva influencia representa esta parte de su obra: la influencia bíblica. Para aquilatarla debiérase comparar sus traducciones de los salmos (llegan a unas veinte) con las principales hechas en lengua castellana. Se vería entonces cómo llega a apoderarse del giro de la oda bíblica (tan grato siempre a los poetas de la escuela sevillana) y de su grave opulencia, si es que puede hablarse así. Recuérdese el comienzo del *Miserere,* paráfrasis de varios salmos:

Misericordia, oh Dios, de ti demando!
Misericordia ten del alma mía!
Líbrala ya del opresor infando,
cuya audaz tiranía pretendió hacerla esclava:
que su yugo destruya
tu fuerte diestra, que el empireo alaba,
y el rastro vil de mi deshonra lava
según la gran misericordia tuya.

Fijaos también en la concentrada energía de esta traducción en prosa (por pocos conocida) del salmo 70:

En ti, Señor, he esperado: no sea yo confundido para siempre; líbrame y sálvame con tu justicia.

Sé para mí Dios protector, y lugar de fortaleza para salvarme.

Porque tú eres mi fuerza y mi refugio.

Dios mío, líbrame de las manos de los pecadores: de los impíos que desprecian tu ley y que se han vendido a la iniquidad.

Apenas salí del vientre de mi madre tú fuiste mi apoyo; desde que respiré a la luz me tomaste bajo tu protección.

No me deseches en el tiempo de la vejez: cuando desfallecieren mis fuerzas no me desampares. Porque mis enemigos se han levantado contra mí y los que debían velar por mi vida conspiran contra ella...

La inspiración religiosa no tiene sólo estas notas robustas, sino también notas suaves, lánguidas, profundamente femeninas. ¿Cómo no calificar así sus cánticos a la Virgen? Ved la dulzura de esta estrofa:

Mientras que todo en la natura inmensa,
vida y belleza de la luz recibe,
tú, luz del alma, gracia de la aurora,
séme propicia.

Aun no se agotaría el análisis de los valores estéticos de la

obra de la Avellaneda. Hasta ahora hemos visto el amor divino avasallando su espíritu; antes el amor humano la había absorbido y subyugado por completo. La vida de la Avellenada es una pasión sin término: deja de ser humana sólo para trocarse en divina. Los documentos sobre su vida, inéditos unos, otros recientemente publicados, exponen admirablemente este proceso psicológico.

El tránsito al misticismo comienza por un despego inmenso de las cosas terrenas, por una desilusión constante. Hay un párrafo en sus *Memorias Inéditas* (cuya publicación será un nuevo servicio que prestará en breve a nuestras letras mi generoso amigo D. Domingo Figarola-Caneda, doctísimo director de la Biblioteca Nacional (17), que expresa este estado con singular viveza. Nótese su importancia, por ser un documento del carácter más íntimo:

> Salí llena de ilusiones a *ver mundo* (18). Ya he visto bastante,... pues he perdido todas mis ilusiones. En aquellos tiempos en que nada había visto fuera de mi país natal, yo creaba otros mundos con mi imaginación; ahora no tengo más que uno,... está delante de mi, lo veo con todos sus prestigios, con todas sus brillantes miserias, y, sin embargo, el vacío del corazón está todavía. No le llenan ahora, ni aun las ilusiones... siempre este vacío!, siempre!... (19).

Ved qué campo tan vasto queda por recorrer. He querido indicar sus puntos más importantes. Todo ello debe ser materia de una conferencia más detenida. La obra de la Avellaneda requiere un estudio de esa índole, inspirado en los principios de la crítica comparada, sin abandonar, por ello, el criterio psicológico al examinar las notas individuales. Nadie menos apto que yo para hacerlo. Es menester, sin embargo, que se haga, para cumplir con nuestras conciencias. Es menester que se haga, para que hagamos ver, también, cómo es un absurdo discutir sobre el nacionalismo (19 bis) de la Avellaneda, cuando ella es

---

(17) Aparecieron poco tiempo después de haber dado yo esta conferencia.

(18) Las palabras subrayadas están así en el original.

(19) *Memorias Inéditas.* 2.º Cuadernillo. Página 10 en la edición de Figarola-Caneda.

(19 bis) Sobre el nacionalismo de la Avellaneda ha dicho la palabra definitiva el eminente crítico D. José de Armas y Cárdenas (*Justo de Lara*). Véase su notable artículo inserto en el periódico *La Discusión,* núm. de 13 de julio de 1913.

profundamente individual. El genio individual es el que ha puesto en ella su sello eterno; no el de nuestro pueblo, no el de nuestra raza. Si se quiere ahora negar su nacionalismo para negar también su amor patriótico, y arrebatar así esa insigne figura a nuestras letras, se vuelve entonces la espalda a la verdad histórica. Siendo su medio francamente español, tuvo en todo momento de su vida un recuerdo para la patria ausente. Cuando su alma había muerto para el mundo, puso sus ojos en nuestra patria al dedicarla la edición completa de sus obras; en épocas de paz relativa, al visitar el jardín botánico de Lisboa, las plantas tropicales avivaban en su alma el no entibiado recuerdo de nuestro país (20), haciéndola decir con Heredia:

> No me condenéis a q.e gima
> como en huerta de escarchas abrasada,
> se marchita entre vidrios encerrada,
> la estéril planta de distinto clima.

Y más tarde, al ponderar las bellezas de Sevilla, encuentra más necesario a su espíritu la tierra cubana, y en un arranque dice a quien dirigía las *Memorias*:

> Feliz Cuba, nuestra cara patria, y feliz tú que no has conocido otro cielo que el suyo...

Y continúa, repitiendo palabras de Delavigne:

> Oh patria, oh dulce nombre que el destino solo enseña a apreciar! oh tesoro que ningún tesoro puede reemplazar... Yo he visto los trémulos rayos del sol reflejar en su golfo, yo he paseado su margen encantadora, yo he respirado su ambiente puro...
> Y el cielo de otros países no es cielo para mí (21).

Nada de esto se tiene en cuenta por los enemigos eternos de nuestra historia o por los apologistas ciegos de un limitado nacionalismo, que quisieran ver—los primeros—a nuestra nacionalidad sin un solo cimiento en la tradición. Habéis visto cómo se expresaba de su patria. ¿Qué hemos hecho por ella? ¿Pueden las fiestas oficiales celebradas en medio de una casi completa indiferencia de nuestro pueblo, a pesar de los esfuerzos, el celo

(20) *Memorias*, p. 20.
(21) *Memorias*, p. 24-25.

y la inteligencia de una comisión dignísima, satisfacer la deuda que tenemos contraída con su nombre? ¿Por qué no realizar ahora sus deseos (bien expresados en la anterior cita de Heredia), y ya que no pudo morir entre nosotros pueda nuestra tierra generosa guardar sus restos? Acordémonos de esas frases de simpático patriotismo y llevemos sus cenizas a la región camagüeyana, para que descansen muy cerca de la que fué su casa solariega, del antiguo solar de los Arteaga, cubriéndolas para siempre con aquella tierra, más cálida a nuestro espíritu que ninguna del mundo!

BIBLIOGRAFÍA (*)

Blanca Z. de Baralt, Doctora en Filosofía y Letras. ESTUDIOS DE ARTE Y DE VIDA. Prólogo de Américo Lugo. París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorff, 50, Chaussée d'Antin, 50. [1914].—8.°, X-340 p.

En el número de agosto de 1913, CUBA CONTEMPORÁNEA dió a conocer el bello prólogo que el notable escritor dominicano Américo Lugo ha puesto a este libro de la señora Blanche Z. de Baralt, prólogo que su autor amablemente nos envió y el cual nos hizo esperar día tras día el anunciado volumen. Al fin, ha satisfecho la casa editora la natural curiosidad que despertara en el público la lectura de los párrafos del prologuista; y en verdad que muchos de los trabajos contenidos en este libro, no sólo merecen las calurosas palabras del señor Lugo, sino los aplausos de cuantos gustan de buenos ''estudios de arte y de vida'', como afortunadamente titula su culta y amable autora esta recopilación de sus más valiosos escritos y conferencias. Conocíamos algunos de ellos por haberlos leído, o por habérselos oído pronunciar a la señora de Baralt, y ahora los hemos gustado nuevamente.

El volumen está dividido en cinco partes: la primera (Crítica literaria) trata, respectivamente, del decadentismo en las letras francesas, desde el punto de vista psicológico y social, afirmándose en este estudio que la literatura decadente *''no es un producto normal, sino una afección morbosa'';* de dos célebres ''mujeres que han elevado muy alto, en la esfera del arte, la antorcha intelectual'' del sexo femenino: *George Sand* y *George Eliot,* elegante conferencia titulada *Los dos Jorges* y pronunciada en nuestro Ateneo hace once años; del renombrado poeta Edgar Allan Poe y su influencia en la literatura norteamericana; de los dos Heredia, el

(*) Debemos recordar que en esta sección serán analizadas, únicamente, aquellas obras recientes de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores; de las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

cubano y el francocubano, interesante conferencia dada en francés, hace seis años, en el Colegio Libre de Ciencias Sociales de París, en la cual sintetiza la autora con estas palabras su criterio sobre ambos: ''El cubano es el inspirado, el lírico, el inconsciente, si queréis''; el francés ''es la ciencia unida al arte; es el moderno que duda de lo desconocido, que sólo se fía de los estudios sólidos, que protesta contra el lirismo personal y que mira al mundo con la impasibilidad de un estoico''. Finaliza esta primera parte con un estudio sobre la tendencia moral del *Quijote* y su influjo en las sociedades contemporáneas. La segunda (Pintura), contiene tres trabajos titulados *El arte de hoy y mañana,* conferencia pronunciada en francés en el Ateneo de la Habana, en 1909; *Los pintores divisionistas italianos* y *La colección de Stewart.* La tercera parte (Música), comprende seis: sobre el modernismo en la música, las canciones de Hugo Wolff, el matrimonio y la música, el concierto y la ópera, la serenata de Schubert y la sonata ''Claro de Luna''. La cuarta (Teatro), encierra también seis pequeños artículos acerca de actores y obras teatrales; y la quinta (Bocetos), catorce sobre asuntos de varia materia.

Totalmente, no compartimos con la autora ciertos severos y acaso un tanto duros juicios por ella formulados respecto a los representantes del llamado decadentismo francés, porque hay en las obras de muchos de ellos indudables bellezas; pero respetamos la franca decisión con que los expone su delicado espíritu femenil. Y sin rebajar el mérito de la tercera, cuarta y quinta partes de su obra, séanos permitido declarar nuestra preferencia por la primera y la segunda, donde figuran los más extensos y meditados ensayos de la muy distinguida escritora a quien debemos este nuevo libro que enriquece la bibliografía cubana y confirma el alto concepto de que goza la inteligente y espiritual dama que lo autoriza con su nombre.

Billiken [Félix Callejas]. ARREGLANDO EL MUNDO. Habana, Imp. Artística Comedia, Campanario y Concordia, 1914.—8.°, 320 p.

Serán pocos en la Habana los que ignoren que tras el popular seudónimo de *Billiken,* ya sinónimo de chiste y desenfado, ha pretendido ocultarse uno de los escritores que más se ha hecho notar en el manejo de la sátira política, de algunos años a esta parte (recuérdense aquella comentadísima sección *Oro y Arcilla,* de la revista *Letras,* y la titulada *Lapislázuli,* en el diario *La Discusión*); uno de los más celebrados poetas de la generación a que pertenecen Federico Uhrbach, José Manuel Carbonell, Fernando Zayas y otros. Su pluma fácil, a ratos mordaz y a ratos juguetona, pero siempre chispeante y segura del efecto (como que quien la maneja conoce los resortes del idioma y observa todo cuanto pasa en su derredor), traza diariamente en el periódico *La Prensa,* bajo el título que da nombre a este volumen, regocijados cuadros de vida y color locales, unas veces callejeros, otras domésticos—ajenos—y otras del mundo social, intelectual y político habanero. Entre estos cuadros ha escogido su autor aquellos que consideró

más apropiados para constituir una colección, y formó este libro ameno donde hemos releído muchos de los mejores artículos humorísticos escritos por Félix Callejas.

Sostienen algunos que no es la burla el medio más a propósito para corregir los defectos de una sociedad, y mucho se ha escrito acerca de ello. Acaso tengan razón quienes así piensan: nosotros creemos que no siempre un escritor humorístico se propone señalar los defectos ajenos con el propósito de corregirlos, ni siempre, aunque se lo proponga, logra ese fin que a veces es posible obtener con el ataque severo y bien intencionado; mas, fuerza es convenir en que el ridículo es entre nosotros un arma poderosa para la minoración u ocultación de ciertos defectos, ya que no para su total desaparecimiento. Y por ello la labor de Callejas, aunque a muchos parezca disolvente, la estimamos depurativa en determinados aspectos, y hasta necesaria en un medio que teme, sobre todo, al ridículo. Claro es que no en todos los casos estamos de acuerdo con sus juicios y opiniones; pero no puede negarse que cuando él ha visto algo digno de aplauso, lo ha aplaudido sin reservas, como también, cuando ha notado algo que en su concepto merece censura—y por desgracia esto ha ocurrido con más frecuencia y más fundamento—, los puntos de su pluma no dejaron nunca de señalarlo a la expectación pública.

Hay en este libro trabajos que debieran ser a menudo reproducidos por los diarios, con la intención laudable de obtener el cese de los abusos o males denunciados en ellos (como, por ejemplo, el titulado *Vendedores ambulantes*, donde se hace una exacta pintura de los insoportables ruidos de todas clases que diariamente dañan los oídos y constantemente mantienen en tensión los nervios de los habitantes de la Habana); pero como no sería posible citar aquí todos los que a nuestro juicio lo merecen, demos fin a esta nota transcribiendo las siguientes palabras del prefacio, relativas a la intención que ha guiado al autor: "ir sólo contra lo censurable, contra lo mezquino, contra lo ridículo, contra lo tortuoso, contra lo mal oliente, contra lo estúpido, contra lo antiestético, contra lo bajuno, ¡jamás contra ninguna cosa noble y levantada!"

Autores Cubanos. Colección Popular. Volumen 2. ARTÍCULOS Y DISCURSOS, por Wifredo Fernández. Prólogo del Dr. Rafael Montoro. Jesús Montero, editor. Librería "Studium", Neptuno núm. 35, Habana, 1914.—8.°, 125 p.

Si no fuera porque ya el ilustre prologuista dice del autor de este volumen cuanto nosotros pudiéramos expresar en esta nota bibliográfica —pues en todas sus partes hacemos nuestro el hermoso y ajustado prólogo del Dr. Montoro sobre la obra y la personalidad del señor Wifredo Fernández, miembro de la Cámara de Representantes por la provincia de Pinar del Río—, expondríamos aquí la alta opinión que tenemos del orador sereno y conciso, del periodista vigoroso y hábil, irónico a veces y

siempre valiente, que dirige el diario habanero *El Comercio,* donde han sido publicados casi todos los trabajos reunidos en este muy recomendable libro, y algunos de los cuales aparecieron también en folletos. De estos últimos trabajos vemos en *Artículos y Discursos* los titulados *El pueblo cubano es virtuoso. La responsabilidad de sus clases directoras,* patriótica y saludable conferencia pronunciada por el señor Fernández en 1908, en la Asociación de Estudiantes Vueltabajeros, y que por desdicha es todavía de actualidad absoluta; *Cuba: cielo, dicha y esperanza de todos,* que, aunque no de muy buen gusto el rótulo que lo ampara, es uno de los más levantados y viriles artículos salidos de la pluma certera de este periodista *per se; Cuba, ¿es la patria del poco más o menos?,* reposado y enérgico estudio sobre la ingerencia norteamericana en asuntos cubanos puramente domésticos. Y de aquellos que recordamos haber leído solamente en *El Comercio* o en otros diarios, aparecen en este libro los titulados *Los delirios de un grande. Confidencias de Don Tomás,* amarga sátira contra los que abandonaron en su caída al inolvidable primer Presidente de nuestra República, célebre ficción periodística muchas veces reproducida por gran número de periódicos de Cuba y calurosamente comentada en los tristes días en que vió la luz (los de la muerte del austero cubano); pero con todos cuyos conceptos no estamos de acuerdo, como tampoco Montoro, ya que, aunque pocos y tal vez no los más llamados a ello, fuimos algunos los que no abandonamos a Estrada Palma y le defendimos y le defendemos públicamente de las calumnias lanzadas contra él, contra el insigne patricio muerto el 4 de noviembre de 1908 en su finca La Punta, poco menos que de miseria... Aparecen también *Los evangelios de un libelista,* dolorosas reflexiones de un espíritu escéptico a quien de cuando en cuando sacude una ráfaga de optimismo, y *El presupuesto cubano. Voto particular,* sólido discurso parlamentario pronunciado el 23 de mayo de este año, al discutirse en la Cámara baja la ley presupuestal de la nación.

La ya acreditada biblioteca ''Studium'' ha hecho bien recogiendo en este volumen esos brillantes trabajos del señor Fernández, porque es obra digna de ser difundida por el país casi toda la que viene realizando el celebradísimo periodista y orador, figura de gran relieve entre los legisladores cubanos y hombre formado en el estudio y la lucha constantes, elevado por sus méritos y no por la violencia ni la estulticia, por el miedo o por el favor; sino porque realmente lo merece, porque realmente vale, porque realmente hay en él la contextura de lo que puede con toda propiedad llamarse ''un hombre público''.

Max Henríquez Ureña. ÁNFORAS. Poesías. Biblioteca Studium, Valladolid, B. de Ferrari, 4 & 6; Habana, Neptuno, 35 & 37 [1914].—8.º, 253 p.

Es éste el primer libro del Dr. Max Henríquez Ureña, literato de vasta cultura y vigoroso talento. De la una y del otro, buena prueba es el gran número de valiosos trabajos de índole diversa publicados por él en los dia-

rios y revistas principales de Cuba, Méjico y Santo Domingo, que le han dado el sólido y justo renombre de que goza no sólo en nuestro país, sino también en el resto de la América de habla castellana. Y cuando casi todos esperaban que el primer volumen suyo fuese uno de prosa, de la prosa fuerte y elegante que le distingue, da a sus muchos admiradores la grata sorpresa de este bello tomo de versos en donde él mismo dice que sólo está una parte de su labor poética, pero donde también se ''sintetiza el esfuerzo de quien cree tener ya su orientación precisa, su credo, y hace, de esta suerte, su profesión de fe''.

Hemos dicho que *Ánforas* es una sorpresa, porque la obra múltiple de este literato ha sido más en prosa que en verso: sus celebradas conferencias, sus notables artículos de crítica literaria, teatral y musical, llegaron casi a eclipsar su labor poética; pero este libro la pone brillantemente de manifiesto y recuerda, a quienes pudieron haberla olvidado, que el intenso prosista es también un delicado y sobrio poeta, que el aplaudido conferenciante es, asimismo, un exquisito rimador a quien Naturaleza quiso transmitir muchos de los más eminentes dones con que se complació en dotar a la ilustre hija de Santo Domingo, doña Salomé Ureña de Henríquez, la más alta poetisa de aquella noble tierra de hermanos.

La circunstancia de ser el Dr. Henríquez Ureña redactor de CUBA CONTEMPORÁNEA, nos impide decir de *Ánforas* todo cuanto quisiéramos en su elogio estampar; mas, ya que se trata del primer libro de él, al dar cuenta de su aparición expresamos aquí nuestro juicio acerca del alto valer intelectual del autor, que en la historia literaria de Cuba ocupa uno de los principales puestos por sus constantes y generosos esfuerzos en pro de la difusión de la cultura: ya organizando con el inolvidable camarada Jesús Castellanos la meritísima Sociedad de Conferencias de la Habana, ya prestando siempre su concurso a todo empeño tendiente a elevar el nivel de las artes y las letras nacionales; ora colaborando en las primeras publicaciones cubanas, ora iniciando en la culta ciudad capital de la provincia de Oriente la constitución del Ateneo de Santiago de Cuba, inaugurado poco há con una brillante conferencia suya sobre Schumann.

No es él de los que se pasan la vida pidiendo que otros hagan, y censurando casi siempre con acritud, a veces con razón y a veces sin ella, cuanto se hace en Cuba; sino que al propio tiempo que indica la necesidad o la conveniencia de ejecutar, pone en seguida en movimiento los medios indispensables para obtener el provechoso fin acariciado. Crítico, sabe ver los defectos de una obra y ponderar sus aciertos, al propio tiempo que sugerir amablemente por lo común, rara vez con aspereza (y no es otra, bien entendida, la misión del crítico cuando éste quiera ser considerado como cooperador y no como destructor del noble ideal de belleza que siempre, o casi siempre, anima a cuantos llevan a cabo una obra), sabe sugerir, repetimos, ideas de mejoramiento, de perfección; porque conoce que por lo general valen más una advertencia discreta, un suave y sano consejo, que los mayores ataques.

Volvamos al libro, que está dividido en tres partes denominadas Poe-

sías varias, Noctámbulas y Traducciones. De estos bellos versos, ¿qué decir? Mejor de lo que nosotros pudiéramos hacerlo, han expuesto ya su juicio, halagüeño en alto grado y merecido en verdad, plumas autorizadísimas: todas convienen en saludar a un poeta en el autor de *Ánforas,* a un poeta original y refinado, cuyas traducciones de otros extranjeros llevan el sello de su personalidad artística y reafirman su envidiable reputación de afortunado asimilador del espíritu inmortal de la belleza, que es poesía.

Nuestro aplauso, pues, el aplauso entusiástico de CUBA CONTEMPORÁNEA por el éxito del libro del compañero Henríquez Ureña, a quien alentamos para que en breve dé publicidad a los otros interesantes volúmenes anunciados en éste que tan cuidadosamente ha editado la importante biblioteca "Studium".

EL ROMANCE EN CUBA. Por Carolina Poncet y de Cárdenas. Estudio leído en la Universidad de la Habana, en los ejercicios de grado de Doctor en Filosofía y Letras, y premiado en el Concurso de la Academia Nacional de Artes y Letras en 1913... Habana, Imp. "El Siglo XX", de Aurelio Miranda, Teniente Rey 27. 1914.—4.°, 131 p.

Publicado no hace mucho en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de nuestra Universidad, por recomendación del Presidente del Tribunal ante el cual sostuvo en enero de 1913 la señorita Carolina Poncet esta tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía y Letras, aparece ahora elegantemente impreso en volumen. Su erudito trabajo alcanzó en noviembre de dicho año el primer premio de Literatura en el Concurso abierto por la Academia Nacional de Artes y Letras. Juzgado, pues, el mérito de este estudio, por personas en quienes debemos reconocer títulos bastantes para otorgarle tan alta distinción, nos limitaremos a dar una idea del ameno libro que nos ofrece la señorita Poncet y de Cárdenas.

Está dividido en tres partes: en la primera expone interesantes consideraciones sobre la poesía popular cubana, comenzando por afirmar que "los romances no han constituído nunca en Cuba un género literario popular"; en la segunda, trata del romance como producción artística en nuestra patria, concediendo que son artísticos los producidos con el fin de "pintar la vida y costumbres del *guajiro,* describir fingidas escenas de los siboneyes, narrar algunos acontecimientos de nuestra entonces breve historia, o cuentos y leyendas más o menos verídicos sobre determinados tipos populares"; y en la tercera parte, subdividida en romances que relatan escenas o tragedias de familia, romances de asunto religioso y romances de personajes históricos, enumera los conservados en Cuba por tradición popular; finalizando con un apéndice en que complementa su estudio sobre el romance llamado de *Isabel,* y con una trova del de la *Pasión.* En esta última parte, o sea, en lo tocante a los romances conser-

vados aquí por la tradición popular, varias apreciaciones de la autora coinciden con las expuestas por el señor José María Chacón y Calvo en el apéndice I a su estudio sobre *Los orígenes de la Poesía en Cuba,* que apareció en 1913 en CUBA CONTEMPORÁNEA y luego en un volumen de 84 páginas, y en otro estudio del mismo autor (*Romances tradicionales en Cuba*), publicado primeramente en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* y después, también, en un volumen de 85 páginas.

El estudio de la señorita Poncet está fácilmente escrito, y en la parte segunda varios de los ejemplos de romances cubanos están bien elegidos; y aunque pudiera decirse que no hay en él gran suma de investigación propia, esto es, de datos nuevos que añadir a los consignados en las obras generales sobre nuestra literatura (las de Bachiller y Morales, López Prieto, Mitjans, etc.), contiene muy apreciables observaciones personales y deducciones curiosas, sobre todo en la tercera parte. Es una labor altamente plausible, no sólo por lo que representa de esfuerzo en el acopio y selección de materiales, sino porque será útil para el más detallado conocimiento de una parte de la historia de las letras cubanas.

Vayan nuestros plácemes a la inteligente autora de este libro, y ojalá sirvan ellos para animarla a publicar su otro estudio sobre el gran poeta cubano Joaquín Lorenzo Luaces; pues de cuidadosos y serios trabajos de esta índole es de lo que necesitan nuestras letras para ser mejor conocidas y debidamente apreciadas en Cuba y fuera de Cuba.

CARLOS DE VELASCO.

NOTAS EDITORIALES

LA INDISCIPLINA, LOS ESTUDIANTES, LA AMNISTÍA Y LA CÁMARA BAJA

CUBA CONTEMPORÁNEA se honró publicando en el número de enero de este año la importante y comentadísima carta que a su Director enviara el Dr. Enrique José Varona, ilustre colaborador de ella y Vicepresidente de la República, originada por la lectura del notable artículo *El pesimismo cubano,* publicado en el número de diciembre, 1913, por nuestro redactor el Dr. José Sixto de Sola. *Nuestra indisciplina,* tal fué el título que el Dr. Varona puso a su memorable carta-artículo, donde trataba, principalmente, de dos casos graves de indisciplina colectiva: uno, relacionado con particularidades de la causa criminal seguida entonces contra los procesados por el homicidio del Jefe de Policía de la Habana, general Armando de J. Riva; otro, referente a los estudiantes de nuestra Universidad.

No serán muchos los que desconozcan aquella carta, porque fué reproducida por los principales diarios del país y comentada durante algunos días, siendo objeto de ataques y defensas en varios artículos, en más de un discurso y en conversaciones privadas; pero sí se ignora en Cuba la impresión que han causado fuera de ella los conceptos del señor Varona. Nuestros canjes del extranjero han venido trayéndonos nuevas de esa impresión: no sólo la importante *Revista Argentina de Ciencias Políticas,* dirigida en Buenos Aires por el Dr. Rodolfo Rivarola, dedicó al trabajo de nuestro Vicepresidente un expresivo

comentario en el número de febrero, sino que otras publicaciones se han ocupado en él; y ahora el prominente hombre público don Rafael Uribe Uribe, general y senador de la República de Colombia y fundador del importante diario *El Liberal,* de Bogotá (*), acaba de dar a la estampa un estudio de gran interés, basado en el del insigne pensador cubano y en los valiosos trabajos titulados *Raíces del mal,* de nuestro redactor el Dr. Julio Villoldo; estudio del que vamos a tomar los fragmentos más salientes y más adecuados a las circunstancias por que atraviesa hoy la patria cubana, donde vuelven a estar de actualidad, y por causas parecidas, los conceptos del Dr. Varona, así como también lo está una gran parte de los del brioso escritor de Colombia, especialmente los relativos al carácter nacional, a la educación familiar y cívica y a las divisiones entre los bandos políticos que se disputan el poder.

He aquí los fragmentos pertinentes del trabajo del señor Uribe, quien lo firma con las iniciales R. U. U. y lo intitula *Fuentes históricas y sociales del espíritu de indisciplina en Colombia,* publicado en el número del 4 de septiembre último del diario dicho:

(*) Cuando escribíamos estas líneas, estábamos muy lejos de pensar que algunos días después, al corregir las pruebas, tendríamos que añadir esta nota para deplorar la terrible muerte del general Uribe, quien, según los distintos telegramas publicados el día 18 de octubre por la prensa de la Habana, fué herido a hachazos el día 15 y falleció el 17. Del triste suceso dió cuenta *El Mundo* de esta ciudad en el telegrama siguiente:

"Bogotá, octubre 17.—Hoy ha fallecido a consecuencia de las heridas que recibió el pasado jueves, el señor Rafael Uribe Uribe, senador de esta República y hombre muy prominente de la nación.

"El señor Uribe fué herido el jueves, por un grupo de sujetos que habían pretendido destinos y salieron defraudados en sus aspiraciones, y enfurecidos por ello le acometieron" (*a hachazos,* decía el subtítulo del telegrama).

Cuba Contemporánea deplora la violenta y brutal desaparición del ilustre hijo de Colombia, y señala a los políticos cubanos la causa de su muerte como una de las consecuencias fatales de la ambición desmedida por los destinos públicos; al propio tiempo que recuerda las ardientes pruebas de simpatía dadas en todo tiempo por el senador Uribe en pro de la independencia nuestra, no sólo atendiendo a los cubanos allá y auxiliándoles en sus altos empeños de liberación, sino pidiendo al Congreso de su patria que reconociera la beligerancia de Cuba o que, de no hacerlo así, volviese Colombia a la servidumbre colonial y diese a España humildes explicaciones por haberse emancipado de ella y no haber comprendido el inmensurable valor de la libertad, puesto que no reconocía en nuestros compatriotas el mismo derecho invocado por los colombianos para empuñar las armas y sacudir el vejaminoso yugo español.

Evidentemente, uno de los defectos principales de nuestro carácter nacional es la indisciplina, mal tanto más profundo e incurable, cuanto, de ordinario, se le encubre o disfraza dándole nombres de cosa buena, de cualidad, de virtud, de perfección, tales como *independencia de carácter, altivez republicana, individualismo,* etc...

Vienen desde fuente muy remota las causas de este fenómeno social. Sin rastrearlas en la historia de España, podemos hallarlas en plena acción durante el período de la Colonia, de la Independencia y de la República.

Venía el español, como empleado o como colono, a establecerse en Nueva Granada, y a falta o por escasez de mujeres de pura raza blanca, casábase o, con más frecuencia, simplemente ayuntábase con la criolla, india pura o cruzada. Crecidos los hijos, planteábase *ipso facto* la oposición de las ideas y sentimientos de ellos con los del padre forastero; en la inevitable disputa, terciaba naturalmente la madre en favor de los hijos, nacidos en la tierra y con quienes se sentía más estrechamente ligada; y de esa alianza contra la potestad marital y paterna, salía, por fuerza, quebrantada la disciplina del hogar y socavado el principio de autoridad.

Desacreditábalo, a su turno, el español, ya como gobernante, ya como particular; cuanto a lo primero, ejerciendo el despotismo en sus formas más odiosas: la crueldad y la venalidad de la justicia, la exageración en los impuestos, el monopolio de las mercaderías de Castilla y el ningún cuidado por el progreso del país; cuanto a lo segundo, cebándose en la raza indígena, por el exterminio en la explotación de las minas o por la sujeción a una no disimulada servidumbre agrícola en ''las encomiendas'' y en las ''mitas''; y cuando la destrucción del elemento autóctono, por esos sistemas tan bárbaros como mal calculados—aun en el punto de vista de los bien entendidos intereses de los peninsulares—hubo disminuído y, en partes, totalmente acabado con el trabajador americano, los españoles —Gobierno y colonos—se entregaron tranquilamente al tráfico de carne humana, en forma de negros africanos, importados—¡quién lo creyera!—por consejo del santo Padre Las Casas, con el pensamiento caritativo de aliviar la suerte del indio, como si la moral cristiana igualitaria, cuya implantación en el Nuevo Mundo era el pretexto para la conquista—con todos sus horrores de codicia y de sangre—no fuera incompatible con la esclavitud, cuya redención, según la recia palabra de Lincoln, debía, por ley de castigo, costar más tarde diez gotas de sangre libre, derramada en las guerras, por cada gota de sangre esclava, arrancada a los siervos por el látigo de los amos.

Una factoría para el expendio de los artículos de la Metrópoli, con exclusión de todos los demás, entre ellos los productos de las industrias del suelo, que expresamente se prohibían; una proscripción casi absoluta de los hijos del país en las tareas del Gobierno, así eclesiástico como civil, aunque sus capacidades fuesen reconocidamente superiores a las de los funcionarios que venían de Ultramar; una explotación rígida de las colonias, para sacar lo más posible de ellas y enviar a España los gruesos cau-

dales que necesitaba para el fausto de su Corte o para sus guerras; y la servidumbre del indio y la esclavitud del negro como bases primordiales de la organización social: sobre esos cimientos se asentaban la autoridad pública y la privada en la Colonia.

De esas formas inicuas ¿cómo podía esperarse hacerla amable o tolerable siquiera? Al contrario: del fermento silencioso de odios y venganzas que produce toda opresión, por abyecta y degradante que sea para quien la padece, había necesariamente de salir el anhelo de reivindicaciones que determinó el movimiento de independencia.

Cuando ya fueron muchos los criollos en sorda oposición contra los peninsulares, y cuando esos criollos se entendieron, la revolución estuvo hecha.

No puede negarse que, en el fondo, fué un acto de insurrección, aunque loable y plenamente justificado, por ser tiránica la autoridad cuyo peso se trataba de aliviar. Sólo sí que quienes lo realizaron hubieran debido poner sumo cuidado en dos cosas: en quitarle a la nueva autoridad que fundaban, todo carácter despótico, para no incurrir en la misma tacha contra la cual se habían rebelado; y en no tomar como ejemplo una primera insurrección justa, para repetirla luego sin motivos suficientes. Por desgracia, ni lo uno ni lo otro hicieron: hubo quienes entendieran—y a caso entienden aún—que toda la revolución consistió en reemplazar el poder autocrático español por otro igual de alguna casta criolla, en provecho suyo exclusivo; y hubo quienes creyeran también—y quizá todavía lo creen—que toda la libertad consistía en no soportar autoridad alguna, y así adquirieron la costumbre de alzarse contra todas las que sucesivamente surgían, por buenas y moderadas que fuesen. Tan censurables los que desacreditaron el orden, tornándolo en cesarismo, como los que desacreditaron la libertad, convirtiéndola en licencia. Entre esos dos extremos, igualmente viciosos, ha oscilado nuestra historia de un siglo: ejercicio excesivo del Poder, que provoca la reacción revolucionaria; e intemperancia del espíritu de rebelión, que provoca el refuerzo, fuera de medida, de los elementos conservadores de la sociedad. Ni libertad unas veces, ni orden otras. ¿Habremos llegado, o estaremos llegando, al dichoso justo medio en que ambas reinen simultáneamente, como lo quiere el lema de nuestro escudo? (1).

... ...

Todos nuestros males son una continua sucesión de hombres que, estando abajo, luchan contra el gobierno de los que están arriba, calificándolo de

---

(1) Nuestra organización social descansa en la compresión férrea de la gran masa de la población por los pocos que estaban encima. El esfuerzo gigantesco del pueblo cubano para derrocar ese sistema, no pudo llevarse a cabo sin sacudidas tremendas que dejaron sembrado de ruinas su camino. La autoridad pública y hasta la privada fueron, durante siglos, instrumento permanente de opresión; la tendencia natural de los que sacudieron el yugo fué a creer que la libertad civil y política significaban ausencia completa de toda sujeción y todo límite. El espíritu de despotismo condujo naturalmente al espíritu de anarquía.

Enrique José Varona, CUBA CONTEMPORÁNEA. [*N. de R. U. U.*]

despótico; y que cuando consiguen suplantarlo, ejercen el mando a la manera tiránica que criticaban; o que, aun no siendo así, se ven acusados de ello y tienen que precautelarse, por procedimientos omnímodos, contra la insurrección, o luchar contra ella cuando, a pesar de todo, estalla.

A la escuela oficial de indisciplina que hemos mantenido montada y en constante funcionamiento, se agrega una de carácter privado, pero no por eso de menos eficacia, casi en cada uno de los hogares colombianos.

Con la precocidad del desarrollo tropical, nuestras mujeres se casan demasiado jóvenes, sucediendo no pocas veces que pasen directamente de jugar con muñecas a criar niños; y como en la educación que se les da, nunca se les habla de los deberes de madre, porque eso sería ''abrirles los ojos'', cuando la hora de la maternidad llega, las encuentra desarmadas e ignorantes sobre el modo de desempeñar esa altísima, esa sagrada función.

Contemplar y consentir son los verbos que expresan las formas de su cariño semimorboso por los frutos de su amor; y *cosas de niños* la locución favorita con que a un tiempo bautizan, encubren y absuelven los caprichos y desmanes de los muchachos que comienzan a crecer. Si el padre quiere reprimirlos, corren a refugiarse en el regazo de la madre, que los ampara, los defiende y aboga por ellos, sin percatarse de que ese contraste entre la justicia que quiere castigar y el amor indiscreto que otorga perdón, es semilla funesta sembrada en el tierno corazón del párvulo, que a su tiempo germinará para hacerle aborrecibles la autoridad y la virtud. Andando el tiempo, la propia madre comenzará a sufrir las consecuencias de su imprevisión: el hijo voluntarioso hará de las suyas más en grande, y ella carecerá de todo imperio para detenerlo en la pendiente de las inclinaciones perversas que fatalmente lo conducirán a la depravación, muchas veces al crimen, y casi siempre a una muerte prematura, sin haber servido a sus padres de otra cosa que de tormento, después de derrocharles la fortuna que acaso tuvieran.

Por todo esto ya casi no quedan en Colombia nociones de respeto por la jerarquía ni por el mérito...

... ...

Así arrastradas las generaciones nuevas por el declive de la indisciplina, se sublevan contra toda superioridad...

... ...

Honda causa de preocupación debe de ser para todo pensador colombiano la funesta inclinación de nuestro pueblo a la indisciplina; ése no es peligro que amenace únicamente el movimiento de nuestro progreso interno, sino la existencia nacional misma. El deber del patriota ilustrado no consiste en disimular los riesgos que el país corre, sino en dar, con valor, el alerta sobre ellos.

Lo que nosotros sabemos es que la experiencia universal enseña que la verdadera libertad no consiste en hacer cada cual lo que le dé la gana,

sino la que resulta de una transacción constante entre la aspiración del individuo al pleno desarrollo propio y la necesidad de hacerlo concurrir a una acción colectiva, sin la cual no hay sociedad, ni gobierno, ni lucha posible contra las fuerzas hostiles de la naturaleza o de otros grupos humanos; y que nuestra particular experiencia en Colombia, como país apenas en vía de formación, nos enseña que en cualquier conflicto entre los dos factores, individuo y colectividad—sea ésta la que fuere—debemos optar por la segunda, si queremos llegar a organizaciones fuertes y durables. Romper, en esos casos, el equilibrio en favor del individuo, otorgándole especiales privilegios, es ir derecho a la anarquía. Si un sacrificio se impone, debe ser del uno para con los muchos, no de los muchos para con el uno.

Todo lo dicho en este escrito es particularmente cierto respecto del liberalismo. Los conservadores, al fin, han aprendido a ser reservados y discretos y a callar sus resentimientos, o si acaso los exteriorizan es en el seno de la intimidad con sus propios amigos, en tanto que los liberales no están contentos sino cuando los gritan públicamente o cuando, dándolos a la Prensa, extienden, irritan y hacen incurable la herida. Siempre que dos liberales están en presencia uno de otro, en vez de ocurrírseles, como parece natural, sumar sus fuerzas para la defensa, las restan y eliminan, yéndose el uno sobre el otro, con ímpetu insensato. En desacreditarse recíprocamente pasan la vida; en contraponer sus pretensiones, haciéndolas incompatibles, invierten el tiempo; en combatirse como rivales, emplean sus facultades. La indisciplina y la discordia liberales son el mejor agente de prolongación de los conservadores en el Poder.



En el trabajo del señor Uribe, que hemos transcripto casi totalmente, se hace referencia también a la juventud colombiana en términos absolutos y con cierta dolorosa dureza; pero, por no ser sus conceptos del todo aplicables a la nuestra, que no es elemento de discordia en los partidos, sino nervio principal de ellos en muchos casos; que no funda periódicos para demoler, sino para procurar construir; que en discursos, artículos y conferencias, manifiesta siempre su amor y su respeto a los hombres de verdadero mérito, muertos ya o encanecidos en el servicio de la patria, y que recia y razonadamente combate a quienes hacen de ésta sólo el teatro de su medro y de sus concupiscencias, hemos preferido no reproducir las palabras que a aquella juventud enrostra el ilustrado senador colombiano, y hacer por nuestra cuenta un breve comentario sobre la irreflexiva y censurable actitud asumida últimamente contra el Se-

cretario de Instrucción Pública y Bellas Artes por los estudiantes universitarios de Cuba, parte principal de la juventud del país, que serán mañana los hombres llamados a regir los destinos de la patria y a mantener la honrosísima tradición de tantos como nos han precedido en el servicio de ella, cuyo buen nombre sufre cuando los que deben ser conceptuados como los más cultos entre sus hijos, se dejan arrastrar por la violencia, por la pendiente de la indisciplina, en aparente consorcio con ocultos e interesados manejos de mercaderes a quienes perjudica en sus negocios la rectitud administrativa de algún alto funcionario que tiene el deber de velar por los intereses de la nación, más de una vez burlados por quien ahora parece no poder repetir sus hazañas de otros tiempos...

Expresemos, en este punto, que en ninguno sentido somos deudores del actual Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Y en cuanto al Dr. Ezequiel García Enseñat, que ocupa ese alto cargo, podemos decir que no obstante nuestras corteses relaciones, la posición de él y su conocido parecer sobre la penuria de exponentes de verdadera cultura en nuestro país, no hemos tenido la suerte de que, considerando como uno de ellos a CUBA CONTEMPORÁNEA, nos prestara su concurso moral o material, a pesar de haberle sido remitidos, por los tres motivos expresados, números de esta publicación que no puede ni debe —precisamente porque es un vehículo de cultura y porque aspira a representar la de los cubanos—permanecer en silencio ni ponerse de parte de los estudiantes, cuando éstos olvidan la noción del respeto que deben al Secretario de Instrucción Pública, al profesor de la Universidad, al caballero y al funcionario que llevaba el día 1.° de octubre, en el acto de la solemne apertura del curso académico de 1914-15 en nuestro primer centro educativo, la honorable y altísima representación del Presidente de la República.

No; cuando nuestros amigos los estudiantes olvidan todo eso, y olvidan también que la Universidad era en aquellos momentos su casa visitada por damas y caballeros distinguidos de nuestra sociedad; que estaban obligados a ser aún más corteses y respetuosos con todos y a guardar la debida compostura; que no es con ruidosas manifestaciones de violenta protesta como

se obtiene la debida satisfacción por reales o supuestos agravios, sino con reposado y firme alegato, o con silenciosa y pacífica abstención de concurrir al acto donde iban a encontrarse con quien dicen que de ellos se expresó en términos despectivos, tratándolos de "chiquillos" porque reclamaban el crédito necesario para que uno de sus compañeros pudiera trasladarse a Santiago de Chile y representarlos allá en el Congreso de Estudiantes, cumpliéndose así el acuerdo tomado y haciendo valer la designación hecha como en años anteriores; no, repetimos: cuando los estudiantes olvidan todo eso, por mucho que nos duela y mucha sea la simpatía que por ellos sintamos, no podemos darles la razón.

Si fué cierto que el Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes empleó tales términos impropios al hablar de los estudiantes, no vamos nosotros a disculparle, ni él ha menester de nuestra defensa; pero, con los procedimientos contra él usados por ellos, ¿no le han dado casi la razón? Serenamente juzgando los sucesos ocurridos en la Universidad aquel día, y dejando a un lado, como exageradas, la mitad de las informaciones servidas al público por algunos diarios habaneros, quedan como hechos ciertos y condenables los silbidos al Secretario que ostentaba el doble carácter de tal y de representante del Presidente de la República, el tumulto formado por los estudiantes al retirarse, introduciendo el desorden en un acto solemne al cual asistían autoridades, el Claustro, otras personas de elevada significación, e invitados; la desobediencia al Rector—cuya vacilante autoridad es casi siempre desconocida—y a los profesores que les aconsejaban orden y respeto, y, en resumen, todo el conjunto de tan lamentable espectáculo de indisciplina.

Cuba Contemporánea, que pregona las virtudes y los entusiasmos, el optimismo y la fe de la juventud cubana, hace fervientes votos por que no se repitan hechos de esta naturaleza, y por que tanto la severidad en las palabras y en los actos de quienes ocupan ciertos cargos, como los naturales bríos de quienes se sienten llenos de fuego en los verdes años de nobles arrestos, produzcan en lo sucesivo frutos de paz y redunden en el constante mejoramiento de la enseñanza pública en todos los órdenes , y especialmente de esa Universidad a la que amamos

cual si en ella nos hubiera sido dado beber el manantial refrigerante que brota, inexhausto, de su fecundo seno.

***

Mientras los estudiantes universitarios protestaban contra el Secretario de Instrucción Pública y los periódicos de la tarde del 1.º de octubre informaban de aquellos sucesos, los de la mañana de ese día, y los de la noche del anterior, habían lanzado a los vientos de la publicidad la inesperada y estupenda noticia de que en la Cámara de Representantes, por una votación de 44 contra 5, quedó aprobado por sorpresa y con rapidez increíble, en la sesión del 30 de septiembre, un proyecto de ley de amnistía cuyos artículos primero y segundo dicen así:

ARTÍCULO I.—Se concede amnistía a los acusados, procesados, o condenados en concepto de autores, cómplices o encubridores, por los delitos siguientes, ya sean consumados, frustrados o en grado de tentativa: Homicidio, lesiones, disparo de arma de fuego, disparo de arma de fuego y lesiones, y duelo.

ARTÍCULO II.—Para alcanzar los beneficios de esta amnistía serán condiciones indispensables, que el delito perseguido haya sido cometido antes del día treinta de septiembre del presente año de mil novecientos catorce; que los acusados, procesados, o condenados, por tales delitos, no sean reincidentes y que concurra en ellos la condición de veteranos de las guerras de independencia.

Se considerarán igualmente comprendidos en los beneficios que otorga esta Ley, los correos de los acusados, procesados o condenados a quienes se refiere el párrafo anterior, no siendo necesario en cuanto a dichos correos, que concurra en ellos la condición de veteranos de las guerras de independencia, bastando tan sólo que no sean reincidentes.

No vamos a comentar aquí la aprobación de esa amnistía, inexplicable en los precisos momentos en que el Jefe del Estado urgía la votación de leyes económicas por él recomendadas con insistencia, e inexplicable también desde el punto de vista de la moral pública y del respeto que merecen una sociedad civilizada y el fallo de los tribunales de justicia; porque demasiado sabemos todos que la enormidad que ella representa, es de poca monta para el interés partidario del grupo adicto a los matadores del general Armando de J. Riva, en favor de los cuales, evidentemente, fué presentado ese proyecto de ley. Pero, además,

no la comentamos porque nuestro redactor el Dr. Ricardo Sarabasa trata de las amnistías en el vibrante artículo *El sentimiento de la responsabilidad,* que publicamos al principio de este número de CUBA CONTEMPORÁNEA, y también porque ya lo hizo tal como nosotros lo hubiéramos hecho, salvo algunos detalles meramente formales que después diremos, el periódico *El Día* en su editorial del 7 de octubre, titulado *Antipatriótico proceder,* que dice así:

En tanto que el Presidente de la República, velando por altos e importantes intereses del país, pedía y reiteraba al Congreso la adopción de medidas tendientes a evitar en lo posible la grave crisis que nos amenaza con la merma constante y creciente de la renta de Aduanas, causada por la guerra europea; en tanto que así cumplía el Jefe del Estado con su deber exponiendo ante los representantes del pueblo sus temores y las necesidades urgentes a que de un modo rápido y eficaz era preciso acudir con los adecuados remedios, los señores Representantes liberales, desatendiendo su primordial función y menospreciando al propio pueblo que les eligió para que lo representaran y defendieran, lo abandonan a su suerte y se entretienen en discutir si el Gobierno y sus amigos están o no de acuerdo, si llevan o no razón quienes estiman que sus querellas electorales ha de pagarlas el país, negándose a integrar el quórum porque determinadas juntas electorales no les reconocen representación electoral.

Y mientras el pueblo de Cuba, confiado en que serían atendidas las reiteradas excitaciones del Ejecutivo, esperaba que la Cámara de Representantes aceptara la obra laboriosa donde aparecían varios proyectos estableciendo beneficiosos arbitrios comprendidos en la llamada ''ley de defensa económica'', ve que en primer término se desechan los únicos viables por el momento, sin buscarles sustitución adecuada, y que en la misma sesión —que tal parece que sólo fué celebrada con este objeto—se aprueba, con general sorpresa, una ley de amnistía inesperada y recibida con sorda hostilidad por los elementos sensatos de Cuba.

En efecto: la amnistía votada por la Cámara, ¿contribuye a mejorar la situación por que atraviesa el país? ¿Es una medida que responde al clamor público y a la salvaguardia de los intereses generales de la nación? No; de ninguna manera. Empeoraría la situación, si en definitiva resultase aprobada, lanzando fuera de las cárceles a quienes muy bien se están en ellas purgando los delitos por los cuales la sociedad les rechazó de su seno; no responde al clamor público, porque el país no la esperaba, ni la ha pedido, ni la desea; y no redunda en beneficio de los intereses generales, porque sólo beneficia a los personales y pequeños de una exigua bandería política que se ampara bajo cierta denominación fulanista de las tantas que atomizan nuestra vida en todos los órdenes.

Y como si todo ello fuera poco, esa amnistía votada irreflexivamente

por la Cámara, establece privilegios irritantes y no consentidos por nuestra Constitución. Únicamente gozarían de sus beneficios los miembros delincuentes del Ejército Libertador, que de hecho y de derecho, por esa ley, quedarían convertidos en casta favorecida y tendrían un privilegio personal en pugna con la letra y el espíritu del artículo décimoprimero de nuestra Carta Fundamental. ¡Cuánta irreflexión revela y en qué poco se tiene, por lo visto, a los libertadores de Cuba, cuando se atreven a ponerlos en abierto desacuerdo con el democrático y nivelador espíritu que puso las armas en sus manos para romper, de una vez y para siempre, con los privilegios de la colonia y los especiales de que gozaban los cuerpos de Voluntarios españoles!

Mas, fuera de estas consideraciones, ¡cuán inconcebible mofa de los tribunales de justicia representan tales amnistías, que solamente son admisibles cuando se trata de delitos políticos y no de delitos comunes! ¿Cómo se querrá, después, que los jueces y magistrados apliquen rectamente la Ley, si saben que los delincuentes tienen casi garantizada la impunidad, porque una, y otra, y cien veces han de ser burlados los fallos de los tribunales con leyes que impiden toda sanción y borran la huella del delito?

La piedad es un noble sentimiento, al que no somos en modo alguno ajenos; pero se convierte en insoportable y maléfico cuando sólo se invoca para quienes se han hecho merecedores del castigo y no para quienes de ella han menester y la merecen. ¿Y no merece piedad, acaso, el pueblo cubano, ávido de soluciones que aclaren el horizonte de penurias que vislumbramos todos, excepto, quizás, con gran placer de todos, nuestros sufridos hacendados? ¿No la merecen los muy laboriosos y meritísimos obreros que carecen de trabajo por el paro forzoso? ¿No la merece el mismo Estado cubano, que por causas que nadie pudo prever contempla hoy exhausto su tesoro, sin que haya medios de hacer frente a las necesidades del país?

Antipatriótica conducta la de los que así proceden; y más antipatriótica aún desde el momento en que con esa amnistía se ha provocado la primera indicación amistosa del Presidente Wilson al actual Gobierno cubano, por estimar que no parece propia de una "adecuada protección de la vida, la propiedad y la libertad individual", según el precepto del artículo tercero de la Ley Platt. Sonrojo produce este recordatorio de nuestro deber; y ya que se ha llegado a tanto, contra los verdaderos intereses del pueblo de Cuba, esperemos que en primer término el Senado, y en su defecto el señor Presidente de la República, sabrán impedir que se reproduzca, con mayor intensidad, la elocuente advertencia de los Estados Unidos, no por amistosa menos mortificante para el sentimiento nacional de los cubanos.

¿Qué agregar después de este enérgico artículo, por el cual hubo de recibir el diario que lo publicó varios telegramas de felicitación dados a conocer en su número del día siguiente? Sólo algunas alteraciones hubiésemos hecho nosotros en él, relativas a los detalles de forma que antes dijimos.

En el segundo párrafo, después de las palabras ''ley de defensa económica'', hubiéramos puesto en lo referente a los arbitrios: ''ve que en primer término'' *se desecha el único viable y razonable por el momento: el moderado y transitorio impuesto sobre el azúcar;* para substituir así, conforme a nuestro criterio de que debe imponerse tributo a los azúcares cuando los precios pasen de un tipo alzado y mientras duren las actuales circunstancias, las palabras generalizadoras de que ''se desechan los únicos viables por el momento, sin buscarles sustitución adecuada''.

Donde dice (párrafo penúltimo): ''soluciones que aclaren el horizonte de penurias que vislumbramos todos'', hubiéramos agregado seguidamente: *menos nuestros hacendados;* eliminando así las palabras ''excepto, quizás, con gran placer de todos, nuestros sufridos hacendados'', porque no están de acuerdo con nuestra personal apreciación del punto.

Y en cuanto al último párrafo, hubiéramos modificado todo el final en esta forma: ''Sonrojo produce este recordatorio de nuestro deber''; *pero la vergüenza cae directamente sobre la Cámara, que lo ha provocado con su incalificable acuerdo de pretender echar a la calle, como también se trató no ha mucho por el Congreso, a los homicidas y a sus cómplices y encubridores, es decir, a quienes precisamente atentan—¡y en plena ciudad!—contra la vida y la libertad individual.*

Abriguemos la esperanza de que el Senado no imparta su aprobación a ese proyecto de ley vejatorio de toda una sociedad civilizada, e inconstitucional además; y si ni aun el Senado quisiera velar por los altos intereses morales de ella, confiemos en que el Presidente de la República, que ha sabido demostrar muy plausible celo por los intereses materiales, sabrá ser fiel defensor de aquellos más elevados y de más transcendencia, oponiendo su veto a ese proyecto de ley aprobado por la Cámara a hurto de los que debió aprobar con el fin de responder a las verdaderas necesidades nacionales y a sus funciones de representante de la voluntad popular.

Posteriormente, en su prolongada sesión del 12 de octubre, la Cámara de Representantes atendió al Ejecutivo Nacional y aprobó algunas de las recomendaciones que hubo éste de hacerle

por estimarlas necesarias para conjurar la situación difícil del tesoro público; y aunque entendemos que no todo lo acordado concurre a tan patriótico fin en la forma en que lo ha sido, y a pesar de que los representantes dejaron en pie su anterior decisión de no imponer un transitorio y prudencial tributo al azúcar mientras los precios de este producto sean muy superiores a los normales, aplaudimos la labor realizada por ellos en esta oportunidad, tanto como censuramos la votación de la ley de amnistía y la conducta de varios miembros de dicho cuerpo colegislador, pertenecientes al grupo de liberales llamado unionista, por sus violentas manifestaciones públicas al conocer el fallo de algunas de nuestras Audiencias, en materia de representación electoral, favorable a sus contrarios los liberales denominados zayistas; porque fuera de ser antipatriótico anunciar el retraimiento de los comicios (como lo realizaron en todos los cuerpos deliberantes de la nación los liberales zayistas, mientras creyeron que la sentencia les iba a ser adversa) y amenazar con agitaciones revolucionarias por aquel fallo—dando así muestras evidentes de reprobable indisciplina y profiriendo airados conceptos contra los tribunales de justicia porque administraron ésta según su leal criterio—, de tales pleitos entre la dividida familia liberal no es responsable el país, que anhela paz y la tendrá, ni habría motivos bastantes para ponerse fuera de la ley e ir contra la patria y su Gobierno presente, el cual, reconociendo un fondo de equidad en las reclamaciones ante él formuladas por los unionistas, ha hecho lo único que dentro de sus facultades podía: indicar privadamente a los propios legisladores las reformas necesarias en nuestra rígida y por más de un concepto inadecuada ley electoral, a fin de que todos, liberales y conservadores cubanos, vayan pacíficamente a las urnas a ejercitar el derecho de voto y a cumplir, así, con el deber cívico de contribuir a la elección de quienes consideren más preparados para representarlos y para propender a la mejor marcha de los asuntos públicos, que es propender a elevar a Cuba y a mantenerla en el rango que le corresponde entre las naciones cultas y ordenadas.

EL ATENEO DE SANTIAGO DE CUBA

El día 6 de septiembre último, con un entusiasmo que ya quisiéramos ver entre los primates del intelectualismo habanero, se constituyó el Ateneo de Santiago de Cuba en la culta ciudad de su nombre, siendo electos: Presidente, el Ldo. Eduardo González Manet; Director, el Dr. Max Henríquez Ureña; Tesorero, el Sr. Carlos E. Forment; Secretario General, el Sr. Pascual Guerrero; Vocales, los señores Dr. Manuel Rodríguez Fuentes, Dr. Miguel Balanzó, Rafael Manduley del Río, Dr. Francisco Chávez Milanés, Dr. Alfonso Duque de Heredia, Manuel J. Rodríguez, Dr. Luis de la Torre, Antonio Vallejo, Dr. Urbano Somodevilla y Dr. Luis Rovira; Presidente de la Sección de Literatura, el Sr. Joaquín Navarro Riera; de la de Filosofía, el Ldo. Eudaldo Tamayo Pavón; de la de Ciencias Históricas, el Sr. Emilio Bacardí Moreau; de la de Ciencias Físico-Químicas, el Dr. Ricardo Navarro; de la de Ciencias Físico-Matemáticas, el Ldo. Faustino Manduley; de la de Ciencias Sociales, el Ldo. Manuel Yero Sagol; de la de Ciencias Jurídicas, el Ldo. Antonio Bravo Correoso; de la de Música, el Sr. Rafael Salcedo; de la de Artes Plásticas, el Sr. José Joaquín Tejada; de la de Declamación, el Sr. Fernando Ibarra; de la de Pedagogía, el Dr. José R. Villalón, y de la de Ciencias Naturales, el Dr. José A. Ortíz.

Tales nombres dicen muy alto que Santiago de Cuba quiso escoger, entre los miembros más distinguidos de aquella sociedad, a los llamados a dirigir la nueva institución de cultura por el camino del éxito; y entre esos nombres encontramos no solamente los de personas de toda nuestra estimación, sino los de amigos y compañeros tan queridos como el Dr. Max Henríquez Ureña, redactor de CUBA CONTEMPORÁNEA, y Joaquín Navarro Riera (*Ducazcal*), Jefe de Redacción del diario *El Cubano Libre,* a quienes en no pequeña parte se debe la constitución del Ateneo de Santiago de Cuba, brillantemente inaugurado la noche del 28 de septiembre, en el teatro Oriente, con una velada en la que estuvo a cargo del Dr. González Manet el discurso de apertura y nuestro compañero el Dr. Henríquez Ureña pronunció una celebradísima conferencia sobre la vida y las obras

del gran músico Roberto Schumann, con la excelente cooperación artística de las señoritas Delia Hechavarría y María Josefa Boudet, así como de otras personas, ante una concurrencia escogidísima que colmaba el teatro mencionado. Con esa fiesta, dice *Ducazcàl* en la hermosa reseña que de ella hizo, "se ha reanudado en Santiago la obra de cultura y progreso emprendida y consumada, hasta donde pudieron, por aquellas beneméritas e inolvidables instituciones que se llamaron Sociedad Filarmónica Cubana (1846-1895), Ateneo La Luz (1879) y Liceo de Santiago de Cuba (1883-1886)".

Después del citado acto inaugural, y prosiguiendo activamente la labor emprendida para honra y gloria de la sociedad santiaguense, el Ldo. Antonio Bravo Correoso disertó con gran elocuencia sobre la guerra europea ante el derecho internacional, el 16 de octubre y en el mismo teatro Oriente, consumiendo así el segundo turno de los señalados por la Directiva del Ateneo de Santiago. Un extracto de su interesantísima conferencia se publicó el día 17 en *El Cubano Libre*.

CUBA CONTEMPORÁNEA recoge con entusiasmo la noticia de esas levantadas manifestaciones de vida intelectual, tributa su más caluroso aplauso a los fundadores del Ateneo de Santiago de Cuba y le desea una larga vida y una serie no interrumpida de triunfos, al propio tiempo que envía sus felicitaciones a la Directiva y hace votos por que en breve recobre el Ateneo de la Habana su esplendor de otros tiempos y coopere, con el recientemente fundado en la ciudad oriental, a la difusión de la cultura y a extender el amor por todo aquello que eleva el espíritu y contribuye a fortalecer el sentimiento nacional. Y esta labor, encomendada a los hombres de pensamiento, a los de mayor cultura, es menester hacerla constantemente desde la tribuna docta, en el libro, en la revista, en el diario, en la cátedra, en la escuela: en todas partes donde haya un hombre de buena voluntad y que ame a la patria; en todas partes donde haya otros hombres que la amen también.

AGRICULTORES BELGAS

Si bien no estamos de acuerdo con la afirmación absoluta de que la iniciativa individual es nula en Cuba, cuando lo cierto es que entre nosotros muchas cosas—buenas y malas—se deben a ella y a las indicaciones hechas por particulares a los gobernantes, como no se nos oculta la necesidad de atraer a núcleos de inmigrantes convenientes y útiles en todos sentidos, no sólo desde el punto de vista étnico, sino atendiendo a los adelantos alcanzados en los métodos para el desarrollo de la agricultura en su país de origen, recogemos y apoyamos la idea de traer a Cuba familias de agricultores belgas, expuesta por el diario *Heraldo de Cuba* en su editorial del 15 de octubre, en la parte titulada *Una oportunidad,* que dice así:

En los Estados Unidos se ha constituído una sociedad de hombres de negocios que se dedicará a traer y establecer en aquel país el mayor número posible de familias belgas, de las que han tenido que abandonar el territorio patrio huyendo de los horrores de la guerra. Esas familias lo han perdido todo, se han quedado en la mayor indigencia y han buscado refugio en los países vecinos, especialmente en Holanda, donde se han convertido en una verdadera carga pública. Pues esa sociedad americana se propone proporcionarles las tierras necesarias para que las cultiven en provecho propio y de los que contribuyan a los gastos de fundación y sostenimiento de esa nueva colonia agrícola, que como otras muchas, también procedentes de Europa, tan excelentes resultados han dado en los Estados Unidos. Como en Cuba la iniciativa individual es completamente nula, en ese y en otros muchos sentidos, nada debemos esperar de ella en el caso de que tratamos; pero en cambio el gobierno, que cuenta con bastantes elementos para ello, podría esta vez realizar una buena obra, de indiscutibles beneficios para el país, trayendo unas cuantas de esas familias belgas para que se establezcan aquí y se dediquen al cultivo de la tierra por los procedimientos realmente admirables que ponen en práctica en su país. Nadie ignora que los belgas son los agricultores más inteligentes de Europa. En Bélgica existían antes de la guerra las mejores escuelas agronómicas del mundo. Allí iban de todas partes a estudiar los más modernos sistemas agrícolas, los alumnos que en sus países respectivos carecían de los elementos necesarios para adquirir una completa educación sobre la materia. Lo que esa sociedad americana va a hacer en grande escala, podría realizarlo, algo más modestamente, nuestro gobierno, trayendo aunque sólo sean cien familias belgas y estableciéndolas convenientemente en distintos lugares de la República, a fin de que nuestros modestos agricultores tengan ocasión de observar y aprender cómo se

cultiva la tierra por procedimientos hasta ahora absolutamente desconocidos para ellos. Ese sistema de enseñanza objetiva ha dado siempre mucho mejor resultado que la que se proporciona en las escuelas y granjas agrícolas. El sacrificio no será muy grande, y en cambio serían incalculables los beneficios reportados al país por la importación de esas familias de agricultores. Esa es la inmigración que más conviene a Cuba. Siempre sería algo más útil que la que viene a dedicarse a la venta de billetes de lotería o varas de cintas en las tiendas. Ya que hemos imitado tantas cosas de los Estados Unidos, tratemos de hacer lo que ellos han hecho en materia de inmigración. Dejemos que venga a Cuba todo el que lo desee, pero protejamos con especial empeño a los que vengan a enseñarnos cosas útiles que ignoramos. Sobre todo, los que vengan a enseñar a nuestros campesinos cómo se resuelve el problema de extraerle a la tierra en el menor espacio el mayor producto posible. Y en este punto son los belgas los más hábiles del mundo. Tome nota, de lo dicho, el señor Secretario de Agricultura y vea si esta vez es posible hacer algo positivo en beneficio de Cuba.

La oportunidad es, realmente, de las mejores para intentar con éxito el desarrollo de un plan de inmigración favorable al país: la terrible guerra que ha devastado a Bélgica y ha puesto a prueba el valor admirable de los bravos patriotas de aquella tierra donde ellos practicaron a maravilla los métodos del cultivo intensivo, y el éxodo lamentable de gran número de sus hijos que no han podido tomar las armas para defenderla de la brutal invasión alemana, son circunstancias que favorecerían el plan en buena hora indicado por el diario de referencia. Cuba necesita labradores que prácticamente, al implantar aquí nuevos métodos de cultivo, enseñen a los nuestros cómo se obtiene el mayor rendimiento en la menor cantidad de tierra laborable, cómo se puede ser campesino y tener un hogar higiénico y alegre, cómo se puede ser agricultor y no carecer de instrucción, ni de los conocimientos indispensables para emplear con menos esfuerzo y más provecho las energías y la inteligencia.

Cuba Contemporánea, que quiere recoger siempre en sus páginas todas aquellas manifestaciones que redunden o puedan redundar en el adelanto de la patria en todos los órdenes, acoge calurosamente la idea de traer familias de agricultores belgas a Cuba y la recomienda al estudio y rápida decisión de quienes pueden convertirla en realidad.

PERIÓDICOS RECIBIDOS

Agradecemos y estimamos el envío de las publicaciones siguientes, a las cuales correspondemos con la remisión de CUBA CONTEMPORÁNEA:

Nacionales:

Bohemia.
Boletín del Archivo Nacional.
Cuba Intelectual.
Cuba y América.
El Comercio (Cienfuegos).
El Cubano Libre (Santiago de Cuba).
El Diario (Cienfuegos).
El Fígaro.
El Resumen (Guantánamo).
Gráfico.
Halma (Santa Clara).
Heraldo de Cuba.
La Correspondencia (Cienfuegos).
La Discusión.
La Jurisprudencia al día.
La Reforma Social.
Letras.
Redención.
Revista Bimestre Cubana.
Revista de la Biblioteca Nacional.
Revista de la Facultad de Letras y Ciencias.
Revista de la Sociedad Cubana de Ingenieros.
Revista Municipal y de Intereses Económicos.

Extranjeros:

A Illustraçao Brazileira (Rio de Janeiro).
A Leitura para Todos (Rio de Janeiro).
Ateneo de El Salvador (San Salvador).
Boletín de la Biblioteca Municipal de Guayaquil (Ecuador).
Boletín de la Biblioteca Nacional de México.
Boletín de la Unión Panamericana (Washington).
Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores (San Salvador).
Boletín Histórico de Puerto Rico. (San Juan).
Bulletin de la Bibliothèque Américaine (París).
Centro América (Guatemala).

Colección "Ariel" (San José de Costa Rica).
Colorado (Asunción, Paraguay).
Crónica (Asunción, Paraguay).
Cuba en Europa (Barcelona).
El Estudiante (Méjico).
El Foro (San José de Costa Rica).
El Liberal (Bogotá, Colombia).
El Liberal Ilustrado (Bogotá).
El Mundo Ilustrado (Méjico).
El Universal (Caracas, Venezuela).
Esto y Aquello (Panamá).
Foro y Notariado (Bahía Blanca, Argentina).
France-Amérique (París).
Hispania (Londres).
La Enseñanza Primaria (Tegucigalpa, Honduras).
La Lectura (Madrid).
La Revista de América (París).
La Vie des Lettres (París).
Las Novedades (Nueva York).
Letras (Managua, Nicaragua).
Letras (Quito, Ecuador).
Mercurio (Nueva Orleans).
Nosotros (Buenos Aires).
Noticias (Lima, Perú).
Nuestro Tiempo (Madrid).
Pandemonium (San José de Costa Rica).
Revista Argentina de Ciencias Políticas (Buenos Aires).
Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera (Santiago de Chile).
Revista de Ciencias Económicas (Buenos Aires).
Revista de Educación Nacional (Santiago de Chile).
Revista de Filología Española (Madrid).
Revista de la Academia Colombiana de Jurisprudencia (Bogotá).
Revista de la Sociedad Jurídico Literaria (Quito, Ecuador).
Revista de las Antillas (San Juan, Puerto Rico).
Revista de Legislación y Jurisprudencia (San Juan, Puerto Rico).
Revista de Libros (Madrid).
Revista Jurídica (Bogotá, Colombia).
Revista Nacional (Quito, Ecuador).
Revista Positiva (Méjico).
Revue Hispanique (París).
Sur América (Bogotá, Colombia).
Tabaré (Montevideo, Uruguay).
The Louisiana Planter (Nueva Orleans).

IMPRENTA DE AURELIO MIRANDA, TENIENTE-REY, 27, HABANA

Cuba Contemporánea

AÑO II

Tomo VI. Habana, diciembre de 1914. Núm. 4.

JOSÉ ANTONIO SACO, SU ESTATUA Y LOS CUBANOS

> ...y entre los muchos hombres que sirvieron a la patria en el siglo XIX, entre esa pléyade de cubanos ilustres que honraron a su país en esos años de su vida colonial, descuella como astro hermoso de primera magnitud, por la fuerza y el vigor de su talento, por su espíritu prudente y previsor, por su ardiente y nunca entibiado amor a Cuba, por la pureza inmaculada de su vida, José Antonio Saco, que, sin más armas que su pluma, combatió incesantemente, ya en la patria, ya proscripto, contra la tiranía y la iniquidad, y cuyo nombre, al través de los tiempos, fulge esplendente en la cumbre gloriosa de donde irradia un torrente de luz sobre la patria...
>
> *José Antonio Saco*, por Evelio Rodríguez Lendián.

Si Cuba, independiente y constituída en república, quiere ser consistente consigo misma, forzoso es que se sienta agradecida a las grandes figuras de la historia de su vida en sus diversas esferas de actividad, que engrandeciéndola, elevándola y luchando por ella, han hecho posible su actual existencia en el concierto mundial de las naciones.

Si ese agradecimiento es sentido, lógico es que se manifieste, que se exteriorice por los medios que tienen a su disposición las colectividades humanas para tales manifestaciones o exteriorizaciones.

Esos medios consisten, principalmente, en las expresiones de veneración y de amor del pueblo por esas personalidades que así han merecido el agradecimiento de sus conciudadanos; en el sentimiento de compenetración, de simpatía y de admiración por las obras que han realizado; en el recuerdo amoroso o solemnizado de sus nombres y sus vidas en los aniversarios de los hechos salientes de su existencia, o en los aniversarios de su muerte; en la cita de sus ideas, doctrinas y obras, en la labor de educadores, de conferencistas y de escritores de libros, revistas y periódicos; en su presentación, como modelo, a las generaciones contemporáneas; en la reimpresión total o parcial de sus escritos; en la erección de monumentos y estatuas en su honor; en la conservación de los objetos de su uso o de su pertenencia, como reliquias sagradas; en la colocación de lápidas conmemorativas en los lugares de su nacimiento, de sus hechos principales, o de su muerte, etc., etc.

Seguir o no seguir sus ejemplos de manera práctica, no es cuestión de agradecimiento, sino de capacidad, de morfología mental y moral.

Cuba, si bien no en la medida de sus grandes deberes, ha mostrado su agradecimiento a varias de las principales figuras de su historia; pero con todas aquellas de relieve sobresaliente, de actuación nacional intensa, beneficiosa, fecunda en resultados históricos positivos, en relación con las cuales su agradecimiento no se ha materializado todavía de manera organizada, de manera revelante de la acción de consuno y consciente de un pueblo, Cuba está en deuda.

Natural era que los cubanos, al obtener su libertad, quisiesen mostrar su agradecimiento en primer término a los hombres que por haber tenido la gloria y la dicha de realizar el último esfuerzo, el generador más inmediato del éxito, estaban más presentes en sus cerebros y en sus corazones. Por eso la primera estatua que levantó Cuba después de su seperación de España, fué a José Martí, el hombre-símbolo inmortal de la libertad cubana y del procedimiento revolucionario para obtenerla, como contrapuesto al procedimiento evolutivo para llegar al propio resultado, y factor principalísimo, primordial, en la organización de la Guerra de Independencia de 1895, que fué la causa

cubana más inmediata de la emancipación política de la Isla.

No está en mi ánimo hacer un estudio de esas diversas manifestaciones del agradecimiento cubano por los grandes hombres de esta tierra; pero sí quiero hacer notar que a los doce años de vida republicana, ya Cuba ha levantado estatuas no solamente a Martí, a Agramonte, a Aguilera, a Maceo (cuya soberbia estatua estará terminada en el año próximo), etc., y tiene acordada la de Máximo Gómez—todos como legítimos representantes de ese procedimiento revolucionario productor inmediato de la república—, sino que también ha erigido una en Cárdenas y reunido los fondos necesarios para levantar otra en la Habana a don Tomás Estrada Palma, no sólo como revolucionario y como hombre que dedicó su larga vida al servicio de Cuba, sino como primer Presidente de la República, como magistrado inmaculado y como mártir que fué en la república víctima de las tendencias y de los hombres más funestos que la república abrigaba y abriga en su seno, encumbrados en la temida y anunciada revolución social; y también ha levantado una estatua a don José de la Luz y Caballero, que no fué revolucionario, sino uno de los grandes precursores, uno de los fundadores de la nacionalidad, uno de los iluminados cuando todo era obscuridad, y en todo tiempo uno de los cubanos más sabios, mejores y más grandes que han existido; otra a Joaquín Albarrán, en Sagua, quien no fué político, ni propagandista, ni revolucionario, sino un gran médico cubano de fama mundial; y ha acordado, por leyes del Congreso ya sancionadas, la erección de una estatua a la Avellaneda en Camagüey y otra a Milanés en Matanzas, "la más grande poetisa de todos los tiempos" la primera, y uno de los más dulces poetas de nuestro Parnaso el segundo. Y en conferencias, en escritos de revistas y periódicos, en libros, en fiestas oficiales y particulares, se ha honrado repetidas y reiteradas veces la memoria de los que han sido grandes en esta tierra en todos los terrenos de la actividad humana.

Es evidente, pues, que reposado ya el espíritu cubano, pasados los exclusivismos de los primeros entusiasmos, abarca la mirada la verdadera obra de los hombres del pasado y la puede apreciar en lo que vale, y hay lugar ahora para testimoniar el agradecimiento nuestro a todos aquellos con quienes Cuba está

en deuda, según decíamos antes, sin exigir que se trate precisamente de prestigios revolucionarios.



Uno de esos hombres grandes con quienes Cuba está realmente en deuda, quizás el hombre con quien más en deuda esté, a pesar de no haberse olvidado su nombre, es José Antonio Saco.

En un corto artículo publicado en *El Fígaro* de esta capital (número correspondiente a los días 4 y 11 de octubre último) por el Sr. Arturo R. de Carricarte, con motivo de cumplirse en 26 de septiembre pasado treinta y cinco años de la muerte de Saco, se estampan estas palabras:

> Ilustre entre los más ilustres, sabio entre los sabios, el historiador de la esclavitud dejó enseñanzas que no hemos aprovechado: con él hemos contraído una deuda que no hemos pensado en pagar.
>
> Algún gesto aislado, una calle con su nombre, un artículo volandero en la revista o en el diario, tales son los únicos homenajes que ha recibido y que recibe Saco. En 1908 en los Juegos Florales del Ateneo, se propuso como uno de los temas un estudio sobre las ideas políticas de Saco: concurrieron dos escritores: el Dr. Ferrara y Luis Marino Pérez.
>
> Han transcurrido seis años y el nombre de Saco no ha vuelto a pronunciarse.

Y haciendo el mencionado articulista algunas atinadas consideraciones, pide que la patria, como homenaje en honor de Saco, haga una edición de sus obras.

Estoy de acuerdo, ya lo he dicho, en que Cuba está en deuda con Saco; pero no con la afirmación rotunda que el Sr. Carricarte hace sobre los escasísimos homenajes que, según él, se le han ofrecido a aquel ilustre compatriota.

No; el nombre de Saco no se ha olvidado, como jamás podrá olvidarse mientras haya cubanos en Cuba y "Cuba sea Cuba", como él dijo. Pero, a pesar de ello, la deuda existe porque los merecimientos son inmensos.

Desde 1908, año en que se celebraron los Juegos Florales del Ateneo y se escribieron los trabajos de Orestes Ferrara y de Luis Marino Pérez, hasta esta fecha, sí se ha mencionado el nombre de Saco, y se ha hecho como lo merece su nombre.

Si el Sr. Carricarte examinase detenidamente la colección de los seis tomos de CUBA CONTEMPORÁNEA, vería que en el número de septiembre de 1914 apareció un brillante trabajo de Domingo Figarola-Caneda, que fué el prólogo que escribió para la colección de cartas que posee la Biblioteca Nacional, escritas por Saco a José Luis Alfonso, Marqués de Montelo, prólogo que se publicó posteriormente, con las primeras veintidós de las interesantísimas y preciosas cartas de Saco, en el tomo VI de la *Revista de la Biblioteca Nacional,* que dirige el propio Figarola-Caneda; vería que en el número de junio, 1914, de CUBA CONTEMPORÁNEA, se publicó la admirable conferencia sobre Saco, pronunciada por el Dr. Evelio Rodríguez Lendián en la Sociedad de Conferencias, ante numeroso público, en 10 de mayo del propio año, y la cual, reimpresa posteriormente en un folleto que ha alcanzado dos ediciones, es sin disputa alguna lo mejor que se ha hecho sobre la vida y las obras del gran patricio cubano; vería que en el número de febrero, 1913, de CUBA CONTEMPORÁNEA, apareció un trabajo de Carlos de Velasco, titulado *El Problema Negro,* que no es más que el cívico desarrollo de una de las ideas fundamentales de Saco: la necesidad de la colonización blanca para salvar la causa de la civilización en Cuba, idea expuesta en las palabras de Saco que sirven de epígrafe al trabajo; y que en el número de diciembre del propio año, de esta misma revista, el que estas líneas escribe publicó un estudio sobre *El Pesimismo Cubano,* en el que, en la medida de sus fuerzas, trató de reafirmar en la mente de sus contemporáneos, tomando en consideración el estado actual de la sociedad cubana, otra de las grandes ideas fundamentales de Saco: la absoluta necesidad de conservar y fortalecer, por encima de todo lo demás, la nacionalidad cubana; y vería, también, que en otros artículos publicados en CUBA CONTEMPORÁNEA, como en la magistral conferencia de Rafael Montoro sobre la Junta de Información de 1866, se hacen referencias numerosas a Saco y a su obra.

No solamente el nombre de Saco no ha sido olvidado ahora ni nunca, sino que, por el contrario, ha sido uno de los cubanos que ha tenido más extendida fama, que ha gozado de más autoridad entre sus conciudadanos, que ha sido más citado, más

copiado, que ha disfrutado más, en muchos períodos de su vida y siempre después de su muerte, de la admiración y del respeto de todos los cubanos y cuyo nombre ha sido necesario mencionar, y cuya obra ha sido necesario apreciar y discutir, cada vez que se ha tratado de la historia de Cuba y de sus porfiadas luchas por alcanzar su ideal de progreso.

Voy a permitirme, para comprobar esta afirmación, enumerar los trabajos escritos exclusivamente sobre Saco o sobre su obra, de 1852 a la fecha, que conozco personalmente, y cuya enumeración quizás pueda ser de provecho para quien, sin conocimientos especiales sobre nuestra historia, quiera apreciar la vida de este ilustre cubano:

1.—*El Sr. Saco con respecto a la Revolución de Cuba,* por C. V. [Cirilo Villaverde.] Nueva York, 1852.
2.—*Biografías de cubanos distinguidos. I. Don José Antonio Saco,* por P. de Agüero. Londres, 1858.
3.—*Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la Isla de de Cuba. Saco (Don José Antonio),* por Jacobo de la Pezuela. Madrid, 1866.
4.—*Diccionario Biográfico Cubano. Saco (José Antonio),* por Francisco Calcagno. New York, 1878.
5.—*Don José Antonio Saco.* Artículo en la edición de la tarde de *La Correspondencia de Cuba,* del 18 de agosto de 1880. Director: Dn. Vicente Díaz.
6.—*El cadáver de Saco.* Artículo publicado en *El Triunfo,* número de 18 de agosto de 1880. Director: Dn. Ricardo del Monte.
7.—*Apoteosis de Dn. José A. Saco.* Elegía, por Ramón Vélez Herrera. Publicada en *El Triunfo,* número de 2 de julio de 1881.
8.—*Cartas del Dr. José Manuel Mestre al Sr. Don José Antonio Saco. Revista Cubana*: Director: Dn. Enrique José Varona. Tomo IV, año de 1886. (Nueve cartas: la primera, de 6 de julio de 1862; la última, de 17 de septiembre de 1869).
9.—*Cartas de la correspondencia del Sr. Dn. José Valdés Fauly. De Valdés Fauly a Saco. Revista Cubana,* tomo V, año

de 1887. (Seis cartas: la primera, de 6 de enero de 1853; la última, de 15 de marzo de 1863).

10.—Real Sociedad Económica de la Habana. Conferencia Pública. Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, por Dn. José Antonio Saco. Seis volúmenes en cuarto. Ensayo crítico, por Dn. José Silverio Jorrín. Publicado como introducción al volumen de la *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países hispano-americanos,* por Don José Antonio Saco. Habana, 1893.

11.—*Un libro de Saco. Historia de la Esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo,* por Don José Antonio Saco. Por Don Rafael Montoro, *Discursos políticos y parlamentarios, informes y disertaciones.* Filadelfia 1894 (p. 397).

12.—*Otro volumen de Saco,* por Manuel Sanguily. *Hojas Literarias,* tomo IV, p. 301. Habana, 1894.

13.—*Vida de Don José Antonio Saco.* Escrita por él mismo en los primeros meses del año de 1878. *Revista Cubana,* tomo XX, p. 309 (incompleta). Habana, 1894.

14.—*Estudio sobre las ideas políticas de José Antonio Saco,* por Dn. Luis Marino Pérez. Habana, 1908.

15.—*Introducción a un epistolario de Saco,* por Dn. Domingo Figarola-Caneda. CUBA CONTEMPORÁNEA: Director: Carlos de Velasco. Número de octubre de 1913; tomo III, p. 125.

16.—*Colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional. Epistolario del Sr. José Luis Alfonso, Marqués de Montelo. Cartas de José Antonio Saco. 1836-1871.* Con una introducción por Domingo Figarola-Caneda. *Revista de la Biblioteca Nacional*: Director: Domingo Figarola-Caneda. Tomo VI, Habana, 1912. (Circuló al fin de 1913.) Publicadas hasta ahora, la introducción y las primeras 22 cartas.

17.—*José Antonio Saco.* Conferencia pronunciada en la Sociedad de Conferencias en 10 de mayo de 1914 por el Dr. Evelio Rodríguez Lendián. Publicada en CUBA CONTEMPORÁNEA, número de junio de 1914, tomo V. Y publicada también en folleto. Habana, 1914.

18.—*José Antonio Saco,* por Dn. Arturo R. de Carricarte. *El*

Fígaro: Director literario: Dn. Manuel S. Pichardo. Número de 4 y 11 de octubre de 1914.

Tenemos, además, los otros trabajos que yo no conozco. Y también no hay libro que trate en general de historia de Cuba, de política o de literatura de Cuba, o de sus hombres famosos, que no hable de Saco, que no comente ampliamente su obra en un sentido o en otro.

Y así tiene que ser, porque el nombre de Saco es la evocación de un largo período de nuestra historia; él representa las aspiraciones más puras, las luchas más nobles, los anhelos más elevados de este pueblo por espacio de cerca de cincuenta años, de casi los primeros cincuenta años de su historia como nacionalidad distinta de la metrópoli.



Pero el homenaje de Cuba a José Antonio Saco, debe concretarse en una demostración más material, más visible, más conocida de todos; y por eso CUBA CONTEMPORÁNEA, en su deseo de servir a la patria en la medida de sus fuerzas, en su deseo de coadyuvar a la labor constructiva que muchos se han impuesto y que es lo que necesitamos, en vez de esgrimir la piqueta demoledora como hacen otros muchos; en su resolución de volver la vista siempre hacia lo que nos eleve y dignifique, y no hacia lo que nos empequeñezca y atrase, tenía decidido desde hace varios meses, y ahora lo hace público, tomar la iniciativa para que Cuba rinda a la preclara memoria de su ilustre hijo un homenaje permanente y valioso.

Ese homenaje ha de consistir: primero: en la erección de una estatua a Saco en la capital de la República; segundo: en hacer una edición de sus obras completas, y tercero: en las fiestas solemnes que se celebrarán con motivo de la inauguración del monumento.

Y como todos en esta Revista somos jóvenes, y nos sobran fe, alientos y energías, y nos daría vergüenza sentir a nuestra edad el desfallecimiento de los agotados (en lo cual no hacemos sino estar animados del mismo espíritu que con diversas varian-

tes anima a la mayoría de la juventud cubana), no concebimos el fracaso de las obras que emprendemos, antes de hacer nuestro mejor esfuerzo. Lo concebiríamos después que nos hubiese aplastado con su peso; jamás antes de comenzar la obra.

Por ello, al decidirnos a tomar la iniciativa del homenaje a Saco, no la hemos limitado a exponer nuestra idea y a excitar simplemente ajenas actividades, sino que inmediatamente hemos puesto nuestro pensamiento en práctico ejercicio.

De los tres extremos que abarca, para uno solo impetraremos ahora la cooperación de los cubanos y habitantes de Cuba en general: el de levantar fondos para la estatua.

En cuanto a la edición de las obras completas de Saco, CUBA CONTEMPORÁNEA tiene ya asegurada la edición sin auxilio de nadie, y esa edición circulará en Cuba el día mismo en que se inaugure el monumento: ésa es la contribución de los iniciadores de la idea.

Además, tiene ya reunida y depositada en un Banco de esta capital, como primeros fondos que se reúnen con este objeto, una suma que excede de doscientos pesos, y ha logrado que varias personalidades representativas de nuestra sociedad acepten el encargo de llevar adelante la obra y conducirla a feliz término.

La idea, pues, no puede fracasar; y no puede fracasar, porque la parte de la reimpresión de las obras es un hecho ya asegurado, para cuya realización el único elemento que falta es el transcurso del tiempo necesario, y porque si no se puede levantar el monumento del costo que se proyecta, se levantará de un costo menor; y aun en el último y peor supuesto que podemos hacer sin caer en el imposible metafísico, en el caso de que no se pudiese añadir ni un solo centavo a lo ya reunido y depositado, con el dinero que hay en el Banco se haría entonces, hasta mejor oportunidad, un busto de Saco que sería emplazado en un parque pequeño de la Habana.

La estatua será de un costo de veinte mil pesos, que se reunirán en un plazo de dos años prorrogables a dos años más, plazo que se señala de larga duración atendiendo al actual malestar producido por la guerra europea, a la incertidumbre de nuestro inmediato porvenir económico, y a los pretextos que la

guerra europea suministra a no pocos para esconder sus dineros.

Las demás bases y condiciones aparecerán publicadas en esta revista y en otras publicaciones periódicas de esta capital y de la república toda, con cuya cooperación decidida contamos porque, a pesar de las máculas que existen en parte de nuestra prensa, toda ella, salvo contadas excepciones, siempre ha prestado su desinteresado, entusiástico y eficaz apoyo a todo esfuerzo de buena fe, que, sin carácter político alguno, tenga por finalidad la más permanente consagración de la nacionalidad cubana.



Con este homenaje el pueblo de Cuba pagará en parte, nada más que en parte, la deuda inmensa de gratitud que tiene contraída con el excelso varón, y realizará una obra beneficiosa y útil para la causa de nuestra nacionalidad.

Mucho debemos a los que con su esfuerzo produjeron como inmediata consecuencia la libertad de la patria; pero mucho, muchísimo, debemos también a los que contribuyeron principalmente a la formación de la patria misma, porque sin ella la libertad jamás hubiese llegado.

En términos generales se puede decir que desde el descubrimiento hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX. Cuba fué no sólo políticamente, sino en la mente de sus moradores, una provincia de España; sumida en el atraso, en la ignorancia y en el abandono, pero sumida como tal provincia española y al igual que las demás; no por ser región aparte de la madre patria. Y natural era que así fuese, pues España, alucinada con las minas y riquezas del Perú, de Méjico y del Continente todo; obsedidas las legiones de aventureros con el logro rápido de la riqueza, consideraban a Cuba como insignificante y sin valor, como mero punto de parada en la travesía: no le prestaban atención. Y de esta ausencia de atención nacía el hecho de que en aquellos tiempos, en aquellos tres primeros vegetativos siglos, tanto los llegados de España como los nacidos en Cuba, se considerasen igualmente españoles: la patria común era España.

Criollos y españoles unidos, fueron los que combatieron con

igual denuedo contra Sores, Richard, Drake, Girón, el Olonés, Morgan, Grammont, Lorencillo, y contra la infinidad de otros piratas, corsarios, filibusteros y bucaneros franceses, ingleses y holandeses, en los innumerables asaltos y ataques que en sus correrías dirigieron contra diversos lugares de la Isla hasta fines del siglo XVII.

Hispanos y criollos combatieron unidos contra los ingleses en 1762, y en la defensa de la plaza de la Habana dos hombres inmortalizaron sus nombres, uno, español: Luis de Velasco, Comandante del Morro; otro, cubano: José Antonio Gómez, llamado *Pepe Antonio,* regidor de Guanabacoa y organizador y jefe de una numerosa guerrilla de naturales del país.

Pero, perdido el inmenso imperio colonial español del Continente, se enfocó la hispana atención sobre lo poco que le quedaba: sobre Cuba y Puerto Rico. Y entonces comenzó la evolución; Cuba empezó a dejar de ser provincia para convertirse en colonia.

No poco influyó en ello el natural resentimiento de los vencidos en el Continente, la clásica intransigencia de nuestros antepasados y la peregrina doctrina de que las colonias se habían perdido por la concesión de las excesivas libertades de la Constitución de 1812.

Y empezó, naturalmente, a marcarse la línea divisoria entre cubanos y españoles. Aquellos hispanos venidos del Continente en donde el natural era su enemigo, no podían creer que en Cuba no fuese lo mismo.

Y aquel cambio, si funesto e insoportable en sus resultados inmediatos, ha sido una bendición de la providencia en sus resultados últimos, porque a él y a otros factores se debe que no se perpetuase en Cuba la dominación española.

Buena prueba y buen exponente de este cambio, son la Real Orden de 28 de Mayo de 1825 concediendo a los Capitanes Generales las facultades de los Gobernadores de plazas sitiadas, el despótico gobierno de D. Miguel Tacón, de 1834 a 1838, y el despotismo de la mayoría de los gobiernos que le sucedieron, y la inicua expulsión de los diputados cubanos, uno de los cuales era el propio Saco, del Parlamento Español en 1837.

Y ese cambio se verifica al propio tiempo que a fines del

siglo XVIII y a principios del XIX, favorecido por circunstancias especiales, empieza a surgir, como por designio especial de la Providencia para el cumplimiento de los destinos históricos de esta tierra, una pléyade de cubanos de vasto talento, que se ilustran, que propagan la cultura, que se desviven por hacer que el pueblo de Cuba salga del letargo de la ignorancia, que introducen las nuevas ideas y las nuevas orientaciones.

Del doloroso contraste que a poco se impuso entre el estado político de Cuba y las ideas de aquellos hombres, surgió necesaria e inconscientemente la idea de la patria cubana.

Con Arango y Parreño, Romay, José Agustín Caballero, bajo la decidida protección del mejor gobernante que jamás nos mandara España, el benemérito D. Luis de las Casas, más tarde con Félix Varela, José de la Luz Caballero, José Antonio Saco, Domingo del Monte, José María Heredia, Gaspar Betancourt Cisneros (*El Lugareño*), etc., con todos aquellos hombres ilustres, se formó verdaderamente la patria cubana; todos ellos fueron los precursores, los sembradores de ideas, los que despertaron las almas, los que, en fin, hicieron posible las luchas por la libertad en 1868 y en 1895 y la actual República de Cuba.

Y el campeón más formidable que en todo tiempo tuvo la causa de la nacionalidad cubana, fué José Antonio Saco; ése es su primer timbre de gloria. Cuba era su adoración, a ella dedicó por entero su larga y fecunda vida; pero lo fué dentro del marco de su nacionalidad.

Desde 1821, en que sustituyó al Padre Varela en la Cátedra de Filosofía del Colegio Seminario San Carlos, hasta 1879, año en que murió, por cerca de sesenta años luchó el cubano sin igual por el bien de Cuba, y defendió siempre con indomable tesón la causa de la nacionalidad cubana y de todo lo que podría fortalecerla y elevarla.

Por ella combatió el tráfico de esclavos africanos, por ella abogó por la colonización blanca; por ella era evolucionista y no revolucionario, por ella libró gigantesca batalla por las libertades de Cuba, por ella aplastó con sus argumentos-arietes la idea de la anexión de Cuba a los Estados Unidos.

¡Ah! y hoy, en plena república, los cubanos buenos se ven empeñados en la misma lucha, con la misma finalidad que per-

seguía Saco: la consagración y el afianzamiento del concepto de la nacionalidad!

También hoy en día vemos la necesidad de la colonización blanca, también hoy en día rechazamos todos la idea de la anexión a los Estados Unidos, por la misma razón básica en que él se fundaba para rechazarla; porque Cuba sería próspera materialmente, sí, pero próspera para los norteamericanos, no para nosotros: Cuba no sería cubana; por la misma razón básica que palpita en estos soberbios párrafos de su célebre folleto titulado *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, escrito en 1848:

Por lo que a mí toca, y sin que se crea que pretendo convertir ningún cubano a mi opinión particular, debo decir francamente que, a pesar de que reconozco las ventajas que Cuba alcanzaría formando parte de aquellos Estados, me quedaría en el fondo del corazón un sentimiento secreto por la pérdida de la *nacionalidad cubana.* Apenas somos en Cuba 500,000 blancos, que en la superficie que ella contiene, bien pueden alimentarse algunos millones de hombres. Reunida que fuese al Norte de América, muchos de los peninsulares que hoy la habitan, mal avenidos con su nueva posición, la abandonarían para siempre; y como la feracidad de su suelo, sus puertos magníficos y los demás elementos de riqueza que con tan larga mano derramó sobre ella la Providencia, llamarían a su seno una inmigración prodigiosa, los Norte-americanos dentro de poco tiempo, nos superarían en número, y la anexión, en último resultado, no sería *anexión,* sino *absorción* de Cuba por los Estados Unidos. Verdad es, que la isla, geográficamente considerada, no desaparecería del grupo de las Antillas; pero yo quisiera que, si Cuba se separase, por cualquier evento, del tronco a que pertenece, siempre quedase para los Cubanos, y no para una raza estrangera. Nunca olvidemos (así escribía yo hace algunos meses a uno de mis más caros amigos) que la raza anglo-sajona difiere mucho de la nuestra por su origen, por su lengua, su religión, sus usos y costumbres; y que, desde que se sienta con fuerzas para balancear el número de Cubanos, aspirará a la dirección política de los negocios de Cuba; y la conseguirá, no sólo por su fuerza numérica, sino porque se considerará como nuestra tutora o protectora, y mucho más adelantada que nosotros en materias de gobierno. La conseguirá, repito, pero sin hacernos ninguna violencia, y usando de los mismos derechos que nosotros. Los Norte-americanos se presentarán ante las urnas electorales; nosotros también nos presentaremos; ellos votarán por los suyos, y nosotros por los nuestros; pero como ya estarán en mayoría, los Cubanos serán excluídos, según la misma ley, de todos o casi todos los empleos: y doloroso espectáculo es por cierto, que los hijos, que los amos verdaderos del país, se encuentren en él postergados por una raza advenediza. Yo he visto esto

en otras partes, y sé que en mi patria también lo vería; y quizá también vería, que los Cubanos, entregados al dolor y a la desesperación, acudiesen a las armas, y provocasen una guerra civil. Muchos tacharán estas ideas de exageradas, y aun las tendrán por un delirio. Bien podrán ser cuanto se quiera; pero yo desearía que Cuba no sólo fuese rica, ilustrada, moral y poderosa, sino que fuese Cuba *cubana* y no *anglo-americana*. La idea de la inmortalidad es sublime, porque prolonga la existencia en los individuos más allá del sepulcro; y la nacionalidad es la inmortalidad de los pueblos, y el origen más puro del patriotismo.

Y así hablaba Saco, no sólo por convicción, por raciocinio, sino también en gran parte por su experiencia personal. Él vivió varios años en los Estados Unidos y conocía bien las tendencias de aquel inmenso crisol. Y mucho contribuyó a formar su opinión lo que vió en 1832 en Nueva Orleans, en donde, estando de paso para la Habana, presenció la elección de un diputado para la legislatura de Louisiana. Disputaban la elección un criollo francés, M. Marigni, suegro del habanero D. Francisco Sentmanat, y otro americano, anglosajón. Ningún americano votaba por el francés; ningún francés por el americano; triunfó por unos pocos votos el francés, y cuando Saco fué a felicitar al electo y a su esposa, ésta lo recibió con los ojos llenos de lágrimas y suspirando. ''¡Ah, Mr. Saco!, le dijo, éstos son los últimos esfuerzos del partido criollo; ya estamos en las últimas agonías, y dentro de poco seremos devorados por la raza que es dueña de nuestro país''. ''Estas palabras'', dijo Saco, ''hicieron en mí una impresión muy profunda, y cuando dejé las márgenes del Mississipi, si bien llevaba en mi pecho la libertad, no me acompañaba por cierto la anexión''. (*Cuba. Estudios Políticos,* por Carlos Sedano, Madrid 1872.)

Y cuando los anexionistas, despechados e iracundos por el formidable e inesperado escollo que encontraron en la oposición de Saco, se desataron en dicterios e injurias contra él, tomó las cuatro principales impugnaciones que le dirigieron y que llegaron a sus manos, y escribió en septiembre de 1849, y lanzó al público en 1850, su famosa *Réplica de Don José Antonio Saco a los anexionistas que han impugnado sus ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos,* trabajo extenso y admirable por su estilo, por la fuerza de sus argumentos, por lo irresistible de su lógica, por su gran acumulación de datos, que

aplastó de una vez y para siempre a sus impugnadores. ¡No en vano ha sido y es aún Saco el primer polemista que ha producido Cuba!

Y en esa Réplica (1) se estampan estos párrafos que quiero copiar, aunque no sea más que para hacer oir esa magnífica voz del pasado a los que constantemente nos abruman con sus estériles lamentos, con sus continuas invocaciones a los vecinos poderosos, hasta para lo más pequeño de la vida nacional, con sus continuos y aviesos esfuerzos por inculcar cada vez más en la mente del pueblo el concepto de nuestra pequeñez, de nuestra infelicidad y de nuestra perdición, que juzgan irremediable:

Sin que se entienda que yo apruebo los esfuerzos que hagan todas las nacionalidades por recobrar una existencia aislada, pues la conservación y prosperidad de algunas, depende de estar enlazadas con otras, tampoco apruebo el empeño de destruir aquellas que pueden mantenerse y vivir por sí solas en ciertas eventualidades. Digo esto con referencia a Cuba. Si ella fuera una de las muchas islas que por su pequeñez, esterilidad e insignificancia, jamás pudiesen figurar en el mapa geográfico, entonces sin atender a lo pasado ni a lo futuro, y consultando sólo a ciertas ideas y ciertos intereses, yo sería el primero en pedir su agregación *pacífica* a los Estados Unidos. Pero una isla, que es de las más grandes del globo, y que encierra tantos elementos de poder y de grandeza es una isla que puede tener un brillante porvenir. Cuando contemplo que Fenicia, faja de tierra de pocas leguas, sobre las costas de Siria, fué la nación más comerciante de la antigüedad; cuando contemplo que en el árido y pequeño suelo del Ática nació la gloriosa república de Atenas; cuando contemplo que la inmortal Venecia, saliendo del fango de sus lagunas, dominó pueblos y mares; cuando contemplo que Génova, su rival, extendió sus conquistas y su nombre hasta el fondo del Mar Negro; cuando contemplo, en fin, que otros países muy inferiores a Cuba, ocupan un lugar muy respetable en la escala de los pueblos, ¿Porqué he de cerrar mi corazón a toda esperanza, y convertirme en verdugo de la nacionalidad de mi patria? Quince años ha que suspiro por ella: resignado estoy a no verla nunca más; pero menos me parece que la vería si tremolase sobre sus castillos y sus torres el pabellón americano. Yo creo que no inclinaría mi frente ante sus rutilantes estrellas; porque si he podido soportar mi existencia siendo extrangero *en el extrangero,* vivir extrangero *en mi propia tierra,* sería para mí el más terrible sacrificio.

¿Quién duda que estos párrafos de Saco, que siempre tendrán que copiarse cada vez que de él se hable, tendrían cabal

(1) Está reimprimiéndola el Dr. José A. Rodríguez García en *Cuba Intelectual.*

aplicación si uniésemos nuestros destinos, corriendo tras el vellocino de oro, a la colosal federación septentrional?

¿No hemos visto en pequeño, en la Isla de Pinos, que habiendo adquirido los norteamericanos cierta preponderancia, han convertido allí al cubano en extranjero en su propia patria, tal como decía Saco? ¿No son aquellos habitantes tan extranjeros como el primer día que llegaron? ¿No han sido absolutamente refractarios a la asimilación a los cubanos? ¿No hacen todos los esfuerzos imaginables para sustraer a la Isla de la soberanía de nuestra República?

Pero, ¿quiso Saco una patria que jamás alcanzase su nacionalidad independiente?

Hemos dicho que fué un evolucionista. Esto quiere decir que quería la libertad para su patria; pero veía en la composición de su pueblo tantos factores de futuros peligros, que consideraba la revolución como medida prematura, como perjudicial a los cubanos mismos.

Mas, no fué contrario a la idea de la independencia, ni la combatió como principio: estimaba que no había todavía sonado la hora oportuna.

Así opina Rodríguez Lendián, quien comprueba la solidez de su opinión en estos párrafos:

¿Fué Saco, como algunos han creído, contrario al ideal sagrado de independencia? Creemos sinceramente que no. A lo que siempre se opuso fué a las medidas violentas. Condenó la Revolución como medio para llegar a aquel fin, que él creyó posible realizar por la evolución gradual. Pero amó la independencia, y prueba de ello la tenemos en sus propias manifestaciones consignadas en dos documentos suyos; es el uno el famoso *Paralelo entre la Isla de Cuba y algunas colonias inglesas;* es el otro la carta que dirigió a su amigo Echeverría con motivo de algunas observaciones que éste le hizo respecto a uno de sus artículos publicados en *La América*, de Asquerino, y fechada en Tolouse en 4 de enero de 1863. Dice en el primero: "Antes de levantar la pluma debo prevenir una acusación que algunos podrán hacerme. Dirán que soy partidario de la nación inglesa y que bien a las claras manifiesto los deseos de que Cuba empiece a girar entre los satélites de aquel planeta. Se equivocan los que así hablan y no me conocen los que así me juzgan. Si el Gobierno Español llegase a cortar alguna vez los lazos políticos que unen a Cuba con España, no sería yo tan criminal que propusiera uncir mi patria al carro de la Gran Bretaña. *Darle entonces una existencia propia, una existencia independiente y si posible fuera tan aislada en lo político como lo está en la naturaleza,* he

aquí cual sería en mi humilde opinión el blanco donde debieran dirigirse los esfuerzos de todo buen cubano.'' No puede estar expuesto con mayor claridad y precisión el pensamiento de una completa emancipación política, de la constitución de Cuba en nación independiente.

Y dice en la carta: ''yo no dije, ni menos he podido pensar, que la Isla de Cuba no podrá ser nunca independiente; pero este pensamiento no he debido manifestarlo, sino dejarlo en mi pecho''...

''Jamás he abrigado el disparate de cerrar y poner un veto al porvenir de Cuba. ¿Pero cree Vd. que en un papel destinado a destruir o embotar los filos de esa acusación de independencia, hubiera yo dejado indicar o asomar siquiera todos los medios o combinaciones de que Cuba podrá valerse en el porvenir para alcanzar su independencia? Todo esto hubiera sido contraproducente... Permítaseme decir en defensa de mis principios, que cuando en 1848 y 1849 me separé con harto dolor de la opinión de muchos cubanos, fué tan sólo para defender esa misma independencia que hoy se supone combato.''

Yo no puedo hablar aquí, ni he de intentarlo, de la obra de Saco y examinar esa obra. Ello no cabe dentro de los límites de este trabajo. Pero, para dar al lector una idea de cuáles fueron las ideas fundamentales, básicas, que en política sostuvo siempre en relación con Cuba, a cuya defensa y en cuyo bien aplicó por tantos años, por más de medio siglo, su talento inmenso, su erudición sorprendente, su prosa de catapulta, expondré aquí, con las mismas palabras de Luis Marino Pérez, el somero y bien hecho resumen de las ideas políticas de Saco, con que termina su libro sobre las mismas. Estas ideas políticas fundamentales son:

I.—Que los más altos intereses de Cuba reclamaban, no tan sólo la supresión del tráfico de esclavos, sino el fomento de su población blanca, para que su civilización fuese europea y no africana.

II.—Que el régimen político de la Isla de Cuba debía fundarse sobre las más amplias libertades, para asegurar a la Gran Antilla su felicidad, su sosiego, su unión a España y su prosperidad material.

III.—Que a no concedérsele derechos políticos, Cuba se perdería irremisiblemente para España por el camino de la violencia.

IV.—Que la incorporación de Cuba a los Estados Unidos traería consigo la pérdida de la nacionalidad cubana y la ex-

tinción de la raza misma, y no había, pues, lógicamente, para el cubano más que dos aspiraciones: o la unión de Cuba a España bajo un régimen liberal y autónomo, o su existencia como una nación independiente.

V.—Que las reformas políticas debían subordinarse a la conservación de la nacionalidad cubana, que era cosa demasiado sagrada para que se sacrificara a cambio de lograr reformas inmediatas en el régimen de la isla.

VI.—Que la independencia era un legítimo ideal, pero no siendo realizable, sino por medio de una lucha civil y sangrienta que sería funesta para los cubanos, debía condenarse toda propaganda en ese sentido, siendo, además, improbable que en caso de alcanzar su independencia, pudiese Cuba conservarla contra las tendencias expansionistas de los Estados Unidos; y

VII.—Que en cuanto a la forma de gobierno, la única que podía satisfacer las condiciones especiales y legítimas aspiraciones de Cuba era la de un régimen autónomo, con un Consejo o Legislatura Colonial, de carácter representativo e investido de amplias facultades.

Y además de sus luchas por las libertades y el destino político de Cuba, siempre luchó con ardor, como nadie lo ha hecho en este país, contra todas las plagas y los males sociales, contra la ignorancia, contra el juego, contra la inmoralidad gubernativa, contra el atraso en todos sentidos.

Saco fué y ha sido en todo tiempo el primer reformador de Cuba, su primer liberal. Y liberal en el verdadero sentido de la palabra, en el sentido que significa progreso, avance incesante, mejoramiento, destrucción de lo caduco y corrompido. No liberal en el sentido que se da algunas veces en esta tierra a esa palabra: sentido de implantar bajunas fiestas de gallos, la inmoralidad de la lotería, las abominaciones gubernamentales de la colonia y todo cuanto signifique retroceso y oscuridad, con ausencia total de reformas fundamentales y beneficiosas.

Léanse, léanse los escritos de Saco en los tres tomos de su *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba,* y en el tomo de su *Colección Póstuma,* y en las mil ochocientas sesenta y seis páginas de ellos encontrará el cubano de buena fe y recta intención, un manan-

tial inagotable de sabias y acertadísimas indicaciones sobre lo que se debe hacer en Cuba, indicaciones que parecen muchas de ellas haberse escrito para solucionar situaciones y conflictos de la época presente.

***

Si a Saco debe Cuba inmensa gratitud por sus esfuerzos titánicos en pro de su bienestar; por haber adorado a Cuba con toda la intensidad de su alma; por haber sufrido la vida del desterrado y miserias de todas clases—precisamente por su amor a Cuba y por la grandeza de aquella alma y de aquel talento, que tan grandes eran que no cabían dentro de la colonia—, no es menor la deuda que tiene contraída con él, no ya como cubano y como patriota, sino como historiador y como sabio.

Su obra maestra, que es en sí un monumento, que por sí sola "lo coloca a la cabeza de cuantos historiadores han escrito en la lengua de Cervantes y al par de los más renombrados en las naciones extranjeras", según frases del Dr. Rodríguez Lendián, es su famosa *Historia de la Esclavitud.*

Esa obra, que revela una erudición pasmosa, que es el producto de treinta años de estudios e investigaciones en las principales bibliotecas de Europa, en la que cada afirmación de un hecho histórico va apoyada en la referencia de la fuente directa de donde se ha tomado, con la franqueza absoluta del que sabe de verdad, es una narración serena, reposada, clara, interesantísima, de la institución de la esclavitud desde los primeros tiempos históricos, desde el primero de los Faraones egipcios hasta fines de la Edad Media, en Africa, Asia y Europa, y de la esclavitud de los indios y de la raza africana en el Nuevo Mundo.

Esta obra, en conjunto, quedó incompleta; pero los primeros tres tomos de los seis de que se compone, que tratan de la historia de la esclavitud en Asia, Africa y Europa, forman una historia completa de por sí. Según dijo el mismo Saco, él tuvo la intensión de que a voluntad pudiese leerse esa historia por sí sola como completa, o relacionarla con los restantes volúmenes. De la historia de la esclavitud de la raza africana en el

Nuevo Mundo, solamente publicó Saco el primer tomo, que abarca hasta 1786. Los otros dos los publicó, después de la muerte del autor, D. Vidal Morales, a quien tan grandes beneficios deben las letras cubanas. El primero, sobre la historia de la esclavitud de los indios en América, se publicó en la *Revista de Cuba* y después en tomo aparte, y el segundo, publicado también primero en la *Revista Cubana,* continúa la historia de la esclavitud de la raza africana en América y llega hasta 1837.

Basta esta sola obra para que el nombre de Saco sea inmortal, como dijo Menéndez y Pelayo.

¡Increíble parece que la inmensa mayoría de los cubanos que tienen ilustración, sobre todo los de las actuales generaciones, conozcan las principales obras extranjeras de historia, y no hayan ni siquiera hojeado la *Historia de la Esclavitud,* de José Antonio Saco!

Para Pedro de Agüero, su primer biógrafo, Saco es el príncipe de los escritores cubanos, y refiriéndose a su vida y a sus dotes, dice:

Más de una generación se ha alzado en Cuba desde que Saco vaga inquieto por la Europa, como el enfermo que se revuelve en su lecho sin encontrar alivio de ningún lado; y tan largo tiempo lo ha empleado sólo en estudiar alternativamente en el gran libro de los pueblos, y en los que atestan sus numerosas bibliotecas. Todo lo ha visto: todo lo ha tocado: todo lo ha aprendido; y dotado por la naturaleza de una facultad analítica que asombra, y una memoria que sorprende, lo tiene todo como estereotipado en la mente, y más que un hombre es un archivo, donde se encuentran acumulados, ideas, fechas, pensamientos, hechos y sus mutuas y diversas relaciones, siempre a su disposición y perfectamente deslindados. Refiérase un suceso, y citará ciento que se le parezcan o tengan alguna relación con él: désele el nombre de un pueblo y contará su historia: háblese de un hombre público cualquiera y dirá su vida en el instante. Vivo de genio, impresionable y afluente de palabras, da fácil salida a su saber inmenso: gústale hacer ostentación de su facundia; y apasionado corre y se desborda como el torrente. A él, mejor que a nadie, podía aplicarse lo que dijo Larra de Alcalá Galiano: ''es el hombre de España que habla más y oyéndole quisiéramos que hablase más todavía; con todo, sería difícil''.

Para Menéndez y Pelayo, Saco es uno de los hombres de más talento y ''el más vigoroso prosista que ha nacido en Cuba''.

Y el Dr. Rodríguez Lendián nos dice;

Como escritor, ¿qué os diré? Que su estilo es enérgico y brillante al par que claro y vigoroso; su lenguaje propio y preciso, al mismo tiempo que correcto y puro; su frase sonora y elegante; su argumentación nerviosa y su lógica inflexible. En sus escritos nada falta ni nada sobra; nadie como él para trasladar con orden y el mejor enlace sus pensamientos al lector, ni nadie, tampoco, para comunicarle sus convicciones con más fuerza; tremendo en la réplica, insuperable como polemista. Con tan excepcionales dotes, un libro de Saco no cae fácilmente de las manos.

Y téngase en cuenta que esta es la opinión del Presidente de la Academia de la Historia de Cuba, del catedrático de Historia en la Universidad Nacional, autor de sólidos trabajos, y en todo momento una de las más autorizadas opiniones de Cuba.

En la mía, que aunque modesta, es absolutamente sincera, Saco no solamente es "el primer pensador político de Cuba", "nuestro más vigoroso prosista", el maestro de la polémica, el de más erudita sabiduría y uno de nuestros más grandes patriotas, sino que es el más grande hombre que ha producido mi patria.



¿Y cómo no va a ser útil presentar lo más posible, y de la manera más permanente, al pueblo cubano este ejemplo tan noble y tan elevado?

Hoy estamos aún en la ola de la revolución social que predijo Saco con su admirable visión del futuro, como secuela necesaria de la revolución política; revolución social que ha tenido su punto crítico en la revuelta de agosto de 1906 y en lo que ha venido después: la aparente bancarrota del patriotismo y de la moral pública, el encumbramiento de los audaces, la lucha racista, la inconciencia en los gobernantes; la invasión, en la mayor parte de los cuerpos legislativos, de las nulidades y los trepadores; el ansia de lujo de los advenedizos, la indigna mistificación del sufragio, el desaliento de los que no se dan cuenta de la ola que está pasando por encima de Cuba y de que, si bien nos ha inundado, no ha tenido fuerza bastante, ni la habrá ya de tener, para llegar a la destrucción de nuestra nacionalidad; la desconfianza y el recelo en todo y en todos.

Y hoy, que todo eso pasa; hoy, que parecen triunfar en

Cuba—¡dolor da decirlo!—la ignorancia, la estulticia, la ausencia de pudor, el caciquismo, la audacia desenfrenada y el servilismo rastrero; hoy que tenemos al frente de la República a un cubano sin tacha y lleno de buenas intenciones, pero que ha tropezado con grandes dificultades y parece no ser el timonel enérgico y hábil que todos esperábamos para que dirigiera nuestra nave en el temporal político y social por que atraviesa, y que, por lo tanto, hay el temor de que el pueblo, desalentado, desorientado y escéptico, se arroje en brazos de sus elementos más perversos y funestos; hoy, repito, levantemos una estatua y rindamos un homenaje a José Antonio Saco, que fué un sabio, que jamás aduló a nadie: ni a los poderosos, ni a las masas populares, ni a blancos ni a negros, ni a amigos ni a enemigos; que fué un ardiente y verdadero patriota; que fué un cubano austero en su vida pública y austero en su vida privada; que adquirió su fama y logró su autoridad dedicando una vida entera en pro de Cuba y en pro de la ciencia; que fué cívico hasta el sacrificio; que concibió desde principios del siglo XIX el cabal concepto de la nacionalidad cubana y tuvo fe ciega en ella; que dió a Cuba todo su inmenso saber, todas sus energías inagotables, y que nada, nada, jamás pidió a Cuba, ni nada de ella obtuvo; que representa, en fin, todo lo contrario a lo malo que nos abruma hoy en día.

Al lado de ese hombre, de ese cubano, al lado de José Antonio Saco, ¿qué tamaño, qué configuración tienen los que han aprovechado la existencia de la patria libre, de la patria que él amó más que todo en este mundo, para instalar en el altar de su templo un bolsín de cotización?

El lector formará su idea; la mía es que tienen el tamaño y la contextura moral de los escarabajos.

Y la presentación de ese contraste al pueblo, para estímulo y acicate de los buenos y confusión de los malos, tiene que proporcionarnos, forzosamente, una positiva utilidad social.

Honremos, pues, a nuestros grandes; prodiguemos sus enseñanzas, esculpamos sus figuras, para que en todo tiempo estén presentes en la mente de los cubanos.

Así, cuando en la lucha incesante contra las dificultades de todo género que se presenten, sintamos desfallecer nuestras

fuerzas; cuando, en las crisis morales que atraviese nuestro pueblo, nos dejemos alucinar y creamos no hallarnos ante peligros y escollos pasajeros, sino ante un estado de última disolución, podremos evocar la memoria de esas austeras figuras de nuestra historia y pensaremos que el mero hecho de haber producido tales hombres, es una cierta y beneficiosa fuente de esperanzas.

Y en el caso extraño de que el destino, como obedeciendo a fatal consigna, nos deparase la suerte atroz de ver que es cierto lo que dejan entrever en escritos y conversaciones nuestras modernas y funestas Casandras: que en Cuba ha terminado el imperio del patriotismo, del mérito y de la dignidad, y viniese alguien de extrañas playas a lanzarnos con la catapulta de su desprecio la frase aplastante de que ''en Cuba no hay dignidad'', tendríamos, sí, que bajar el rostro angustiado y decir: ''es cierto''; pero, podría entonces cruzar una idea por nuestra mente afligida y, tomando del brazo al duro extranjero, llevaríamoslo a recorrer nuestros mármoles y nuestros bronces, y siempre estaríamos en oportunidad de decirle: Mira, hombre sin compasión: esas estatuas son de cubanos que se llamaron Martí, Agramonte, La Luz, Maceo, Saco, Aguilera, Máximo Gómez, Estrada Palma; es cierto que estamos degradados, que grandes amorales actúan decisivamente como jamás debieron actuar; pero, de esos hombres, que no profiera tu labio blasfemia alguna, porque son inmaculados; y has de saber que para el pueblo que tales hombres ha producido, no puede, no, haber sonado la hora de su final aniquilamiento moral sin esperanzas de redención.

José Sixto de Sola.

Habana, noviembre de 1914.

RESPONSABILIDADES, CAUSAS Y PROBABLES EFECTOS DE LA GUERRA EUROPEA

(Conferencia leída por el Sr. Jacinto López en el Centro Ariél, en San José de Costa Rica, la noche del 19 de octubre de 1914.)

Nada menos que a mediados de julio, el mes fatal de este nuevo año terrible de 1914, el año más terrible en la historia del mundo, Ives Guyot, antiguo Ministro del Gabinete francés, y economista político de gran autoridad y gran renombre, estudiando la situación de Europa desde el punto de vista de los armamentos en relación con las probabilidades de la guerra, encontraba esta relación desproporcional y paradójica, porque, a su juicio, las causas de la guerra disminuían mientras que los armamentos aumentaban. Este gran pensador no veía, a tales horas, en el horizonte de Europa, sino un solo punto negro: el deseo de venganza de Turquía contra Grecia, victoriosa en las dos últimas guerras balcánicas; pero esta misma amenaza la consideraba el gran publicista como desatendible y en conclusión creía que se podía razonablemente ignorar a los Balcanes entre las causas posibles de una guerra europea. El gran publicista escribió también, empero, al mismo tiempo, estas palabras: ''La aberración de un Jefe de Estado, o de un grupo político, pueden sin duda acarrear las peores catástrofes''.

Había ya acontecido la tragedia de Sarajevo. El 28 de junio, en el ruido y la pompa de grandes fiestas triunfales, los príncipes austriacos, el heredero del trono y su consorte, fueron asesinados por manos vengadoras de la subyugación y la conquista, manos que el patriotismo armó y que soñaron cambiar con un

golpe de muerte el porvenir. El cielo político de Europa, de suyo obscuro y anútebo, no pareció más nublado por aquel crimen. El mundo continuó durmiendo a la sombra de la gran paz armada, sin el más vago indicio de que la sangre de aquellos dos cuerpos reales, derramada en holocausto de dioses implacables, crecería como un río fabuloso, se haría mar, y lo despertaría en la más espantosa inundación de sangre que jamás vieron los siglos. Los pensadores continuaron predicando su fe en la paz y su deprecación de la paz armada; los jefes de Estado continuaron sus respectivos programas de funciones oficiales internacionales, o de actos consuetudinarios de su vida regular; el Emperador Francisco José veraneaba en Ischl cazando gamuzas; y el primer Ministro de Austria y el primer Ministro de Hungría pronunciaban discursos encaminados a disipar toda aprehensión de guerra. Improviso, del cielo familiarmente presagiador y tempestuoso, cayó el rayo, y una gran fulguración enrojeció la negrura del horizonte.

El rayo fué la nota del Gobierno de Austria-Hungría para el Gobierno de Servia, fechada el 23 de julio, y de la cual Sir Edward Grey, Secretario de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, dijo a Sir Bunsen, Embajador en Viena, en telegrama del 24, que nunca antes había visto a un Estado dirigir a otro Estado independiente un documento de carácter tan formidable. Esta terrífica nota denunciaba la existencia en Servia de un movimiento subversivo cuyo objeto era la ruptura de la unidad del imperio por la segregación de una parte del territorio austrohúngaro: atribuía a este movimiento la tragedia de Sarajevo: aseguraba que el movimiento había tenido su origen bajo los ojos del Gobierno servio, y que había ido tan lejos hasta hacerse manifiesto en ambos lados de la frontera de Servia en la forma de actos de terrorismo y en una serie de asesinatos y de violencias. El Gobierno de Servia era absolutamente responsable de este movimiento y sus consecuencias, puesto que lo había tolerado y su responsabilidad no había cesado con los asesinatos del 28 de junio, los cuales habían sido tramados en Belgrado. Las armas y las bombas usadas por los asesinos les habían sido dadas por oficiales servios y funcionarios pertenecientes a la Narodna Odbrana, y, finalmente, que el traspaso de la frontera

por los criminales y sus armas había sido organizado y efectuado por los jefes servios del servicio fronterizo. El Gobierno de Austria-Hungría presentó, en consecuencia, al de Servia en la nota mencionada, una serie de imperativas demandas, en número de diez, cuya tremenda dureza culmina en la siguiente, marcada con el número 5:

Aceptar la colaboración en Servia de representantes del Gobierno Austro-Húngaro para la supresión del movimiento subversivo contra la integridad territorial de la monarquía.

De esta exigencia dijo Sir Edward Grey que era incompatible con el mantenimiento de la independencia y la soberanía de Servia.

A este punto contestó, sin embargo, el Gobierno servio que admitiría cualquiera colobaración que estuviera de acuerdo con los principios de derecho internacional y de procedimiento criminal.

La demanda número 6 de la nota austriaca imponía que se tomaran procedimientos judiciales contra los cómplices del doble asesinato del 28 de junio, que se encontraban en territorio servio, y que delegados del Gobierno austrohúngaro tomaran parte en la investigación.

Y ésta fué la sola demanda que Servia no aceptó, fundándose en que ella violaba la constitución y la ley de procedimiento criminal. Ofrecía, sin embargo, el Gobierno servio comunicar, en casos concretos, los resultados de la investigación a los representantes de Austria-Hungría.

La respuesta de Servia concluía así:

En el evento de que el Gobierno Imperial no encuentre satisfactoria esta respuesta, el Gobierno Real de Servia, considerando que es de interés común no precipitar la solución de esta cuestión, está dispuesto como siempre a aceptar una inteligencia pacífica, ya sea refiriendo la cuestión a la decisión del Tribunal Internacional de la Haya, o a las grandes potencias que tomaron parte en la formación de la declaración hecha por el Gobierno Servio en Marzo de 1909.

La contestación del Gobierno de Servia debía ser presentada al Ministro austriaco en Belgrado a las 6 de la tarde del 25 de julio, o sea veinticuatro horas después de presentado el ultimátum austrohúngaro. Así lo fué.

Sin pérdida de tiempo, esa misma tarde, el Ministro austrohúngaro salió de Belgrado.

El 27, el Gobierno austrohúngaro denunció la contestación de Servia como ''llena del espíritu de improbidad que claramente deja ver que el Gobierno servio no está seriamente decidido a poner fin a la culpable tolerancia que hasta ahora ha amparado las intrigas contra la monarquía austrohúngara''.

La opinión de Sir Edward Grey, sobre la nota de Servia, expresada en una entrevista con el Embajador alemán el 27 de julio, fué que ''la respuesta servia había ido más lejos de lo que hubiera podido esperarse en el propósito de satisfacer las demandas austriacas''. En el parecer de Sir Edward Grey, ''la respuesta de Servia no habría ido tan lejos si Rusia no hubiera ejercido influencia conciliatoria en Belgrado''. Sir Edward Grey dijo en esta conferencia al Embajador alemán: ''Es realmente en Viena donde ahora se requiere influencia moderadora''. Y agregó con la más decisiva franqueza: ''Si Austria pone la respuesta de Servia a un lado, cual si nada valiera, y marcha contra Servia, ello significará que Austria estaba resuelta a aplastar a Servia a todo trance, sin reparo alguno por las consecuencias que puedan sobrevenir''.

En el concepto de Sir Edward Grey, la respuesta de Servia debía ser tratada por lo menos como base de discusión y tregua.

Nada más importante que esta entrevista del Secretario de Relaciones Exteriores de Inglaterra con el embajador alemán el 27 de julio. Sin poner límites a su honrada franqueza, Sir Edward Grey dijo al Príncipe Lichnowsky, después de recordarle lo que el Gobierno alemán había manifestado acerca de la gravedad de la situación si la guerra no podía ser localizada: ''Si Alemania apoya a Austria contra Rusia, será porque, sin referencia alguna a los méritos de la disputa, Alemania no puede permitir que Austria sea aniquilada. De la misma manera, otras cuestiones pueden surgir que se sobrepongan a la disputa entre Austria y Servia y comprometan otras potencias, con el resultado de que la guerra sería la mayor jamás conocida''.

***

Desde el 23, Sir Edward Grey, al saber que en la nota de Austria había un término perentorio de tiempo, expresó su pesar al Embajador austriaco, observándole que ello podría influir la opinión en Rusia, y haría difícil, si no imposible, una concesión posterior de tiempo, aun cuando tras algunos días apareciera que una extensión de tiempo presentaría la perspectiva de llegar a un arreglo pacífico, obteniendo de Servia una respuesta satisfactoria. El límite de tiempo podía introducirse después, si fuere necesario. ''Las consecuencias posibles de la actual situación, declaró Sir Edward al Conde Mensdorff, son terribles. Si tantos como cuatro de los grandes poderes de Europa—digamos Austria, Francia, Rusia y Alemania—se lanzaran a la guerra, ello envolvería el gasto de una cantidad de dinero tan grande, y una perturbación tan grave del comercio, que a la guerra acompañaría o seguiría un completo derrumbamiento del crédito y la industria europeos. En estos días de grandes Estados industriales, esto significaría un estado de cosas peor que el de 1848, y, de quienquiera que sea la victoria, muchas cosas serían totalmente destruídas''.

El 24, ya conocida la nota de Austria, Sir Edward insistió con el Conde Mensdorff en cuanto al límite de tiempo, y de nuevo le expresó el profundo pesar que esta circunstancia le causaba.

El 24, en una nota dirigida a las potencias, el Gobierno alemán aprobó la nota y la actitud general de Austria contra Servia, y declaró que la cuestión debía ser decidida exclusivamente entre Servia y Austria, lo cual era negar a Rusia, en absoluto, toda participación en la cuestión. En lo sucesivo, y hasta el fin, ésta será la teoría de Alemania, que debe dejarse a Austria disponer por sí sola y a su antojo de la suerte de Servia; y Austria sostendrá que Servia queda en su esfera de acción, y no verá derecho ni razón alguna en Rusia para intervenir. Ambas naciones procederán conforme a esta teoría hasta causar la guerra, mientras la Gran Bretaña, atenta a los hechos, con la clara visión de las posibilidades del conflicto, extraña a los intereses, las pasiones y las ambiciones que en el fondo de éste se ocultaban y eran su verdadero origen, empeñada únicamente, y por sobre todas las cosas, en la conservación de la paz de Eu-

ropa, trabajará con la mayor diligencia y con la mayor inteligencia, pero en vano, por una fórmula que contente a Rusia, satisfaga a Austria y salve a Servia.

El mismo 24, Sir Edward Grey, distante de esperar que Servia accediera, como accedió, a la casi totalidad de las demandas de Austria, dijo al Embajador alemán que en vista del extraordinario carácter de la nota austriaca, de la brevedad del tiempo concedido y del alcance de las demandas hechas a Servia, se sentía impotente para trabajar sobre Rusia; y propuso al Embajador, como el solo recurso que ofrecía alguna esperanza, que las cuatro potencias, Francia, Alemania, Italia e Inglaterra, hicieran conjunto esfuerzo en Viena y San Petersburgo en favor de la moderación en el caso de que las relaciones entre Austria y Rusia se hicieran amenazantes.

El 25, Sir Edward Grey dijo a Sir Buchanan, Embajador británico en San Petersburgo: "El repentino, brusco y perentorio carácter de las demandas austriacas, hace casi inevitable que en muy breve tiempo, tanto Rusia como Austria, hayan movilizado la una contra la otra. En tal caso, la única esperanza de paz, en mi opinión, es que los otros cuatro poderes obren de consuno en Viena y San Petersburgo, en el empeño de arreglar el conflicto. Si Alemania adopta este parecer, estoy seguro de que Francia y nosotros actuaremos en el mismo sentido. Sin duda alguna, Italia cooperará con mucho gusto". Sir Edward consideraba esencial la cooperación de Alemania. Francia e Italia ofrecieron la suya, pero Alemania no hizo nada para poner en práctica este plan, que sin embargo consideró favorablemente. Todo lo que hizo hasta esta fecha fué consentir en trasmitir a Viena la indicación de Sir Edward Grey respecto a una extensión de tiempo.

En conferencia con el Embajador británico, el mismo 25, el Secretario de Relaciones Exteriores de Alemania, admitió francamente los siguientes hechos: que la nota de Austria dejaba mucho que desear como un documento diplomático: que el Gobierno de Servia no podía "tragar" algunas de las demandas austriacas; que el Gobierno austrohúngaro estaba decidido a una acción militar contra Servia.

Al mismo tiempo que el Secretario de Relaciones Exteriores

de Alemania hacía estas confesiones en Berlín al Embajador británico, Sir Bunsen, Embajador de Inglaterra en Viena, telegrafiaba a Sir Edward (25 de julio):

> El lenguaje de la prensa esta mañana deja la impresión de que la rendición de Servia ni se espera, ni realmente se desea.

Austria sabía, sin embargo, por expresa declaración de Rusia, desde la guerra balcánica contra Turquía, que la invasión militar de Servia por Austria inevitablemente significaría guerra entre Austria y Rusia.

En este punto de las negociaciones, Rusia manifestó que estaba dispuesta a poner la cuestión en manos de Alemania, Italia, Inglaterra y Francia, y dió seguridades de que no tenía intenciones agresivas, y de que no tomaría acción alguna hasta que no se la forzara a tomarla. Rusia miraba la conducta de Austria como dirigida en realidad contra ella, y sostenía que el propósito de Austria era romper el *statu quo* en los Balcanes y establecer allí su hegemonía. Estaba decidida a la guerra, declaró, para evitar que Austria aplastara a Servia y se convirtiera en el poder dominante en los Balcanes. No quería precipitar un conflicto, pero pensaba que si Alemania no contenía a Austria, la situación sería desesperada.

El 26, después de rechazada por Viena la contestación de Servia, que Sir Edward Grey había encontrado, sin embargo, más que satisfactoria, y para la cual había pedido a Viena favorable acogida, Sir Edward propuso a Francia, Italia y Alemania la idea de una Conferencia de sus representantes en Londres, que se reuniría inmediatamente, con el objeto de encontrar una fórmula que salvara la situación. En tal caso los representantes de estas potencias en Belgrado, Viena y San Petersburgo deberían ser autorizados para solicitar la suspensión de toda operación militar, pendiente el resultado de la Conferencia.

Todas las potencias invitadas aceptaron, menos Alemania, cuyo Gobierno contestó que tal Conferencia prácticamente equivaldría a una Corte de Arbitramento, la cual no podría ser convocada, en su opinión, sino a iniciativa de Austria y Rusia. Al propio tiempo, Alemania pidió a Inglaterra que ejerciera su influencia en San Petersburgo para localizar la guerra y

guardar la paz de Europa. Inglaterra respondió que la nota de Servia merecía ser tratada siquiera como una base de discusión, e insinuó al Gobierno alemán que sostuviera esta opinión en Viena. Al Embajador de Austria en Londres, Sir Edward dijo que no podía comprender la interpretación que Austria daba a la respuesta de Servia, advirtiéndole, además, que las consecuencias de una guerra con Rusia serían incalculables. El efecto en Europa, agregó, es ya de ansiedad, y nuestra flota, que debía ser hoy dispersada, no lo será ya. La respuesta de Servia, observó Sir Edward al Embajador austriaco en esta ocasión, era la más grande humillación que un país había sufrido jamás, y para él era una profunda decepción el que Austria la tratara cual si fuera una negativa en blanco.

El 28, el Embajador de Rusia en Londres recibió instrucciones de comunicar a Sir Edward Grey que las impresiones recogidas en entrevistas del Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia con el Embajador alemán, lo habían convencido de que Alemania favorecía la actitud intransigente adoptada por Austria: el Gabinete de Berlín, que podía haber evitado la crisis, no había ejercido influencia alguna sobre su aliada: tal actitud del Gobierno alemán era en extremo alarmante: en el concepto del Gobierno de Rusia, Inglaterra estaba en mejor posición que otra nación cualquiera para hacer nuevos esfuerzos en Berlín enderezados a inducir al Gobierno alemán a tomar la necesaria acción. No hay duda alguna, concluía el Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, de que la llave de la situación se encuentra en Berlín.

En la mañana del 28 de julio, el Gobierno austriaco declaró al Embajador británico que Austria no podía demorar su accin militar contra Servia, y que se veía obligada a declinar toda insinuación de negociaciones sobre la base de la respuesta de Servia. La razón era que el ''prestigio'' de la dual monarquía estaba comprometido en el conflicto.

Todavía el 28, el Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, por conducto del Embajador británico en Roma, sometió al Gobierno inglés una proposición del Ministro de Servia al efecto de que ésta aceptaría las demandas austriacas números 5 y 6, mediante explicaciones en cuanto al modo en que los agentes

austriacos intervendrían en las investigaciones judiciales. Como Austria, sin duda, rehusaría dar estas explicaciones a Servia, ésta se contentaría con que les fueran dadas a las potencias.

En este momento de la crisis, Rusia propuso negociaciones directas entre Viena y San Petersburgo; y Sir Edward Grey explicó que su proposición de una Conferencia en Londres no significaba arbitramento, sino una discusión informal para buscar los medios de un arreglo. Sir Edward pidió, sin embargo, al Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania que sugiriera él el procedimiento que conceptuara mejor para encontrar estos medios, pendiente el resultado de las conversaciones entre Rusia y Viena.

Pero estos planes, proyectos y continuos esfuerzos del Gobierno británico, apoyados sin reserva en Roma, París, y San Petersburgo, eran ociosos. Alemania y Austria estaban irrevocablemente decididas a la guerra: y así, cuando más activa y tenaz era la solicitud de Londres, París, San Petersburgo y Roma por encontrar una fórmula que evitara la guerra, Austria, el mismo día 28, en la fecha precisa de la tragedia de Sarajevo, declaró la guerra a Servia.



En la misma fecha, el Gobierno de Rusia declaró que en consecuencia de la declaración de guerra de Austria contra Servia, el Gobierno imperial ordenaría el día siguiente la movilización de las circunscripciones militares de Odessa, Kieff, Moscow y Kazan. Simultáneamente con esta declaración, Rusia dijo al Gobierno inglés que la acción militar de Austria contra Servia ponía inevitablemente término a las conversaciones directas entre Austria y Rusia; y al Embajador en Londres hizo saber que la iniciativa del Gabinete inglés en el sentido de la mediación con el objeto de la suspensión de las operaciones militares de Austria contra Servia, era urgentísima. Rusia ratificaba al propio tiempo la ausencia absoluta, de su parte, de toda intención agresiva contra Alemania.

A la noticia de la movilización parcial en Rusia, el Canciller Imperial de Alemania dijo al Embajador británico que si

la guerra estallaba, Rusia sería la responsable. El Embajador británico arguyó que desde que Austria había rehusado tomar como base de discusión la nota de Servia, que concedía casi todas las demandas de Austria, cierta porción de las responsabilidades era claramente de Austria. En opinión del Canciller Imperial, Rusia nada tenía que hacer con el pleito entre Austria y Servia.

El mismo día, el Embajador inglés en San Petersburgo dijo al Embajador alemán en la misma ciudad, que si Austria atacaba a Servia, una guerra general era inevitable, dada la firme resolución de Rusia de proteger a Servia.

Coincidiendo con la declaración de Rusia, de que la declaración de guerra contra Servia hacía imposibles las conversaciones directas entre San Petersburgo y Viena, el Gobierno austriaco declinó la proposición que había hecho Rusia para estas conversaciones.

El 29, Sir Edward Grey dirigió al Gobierno alemán una ansiosa apelación en estos términos: "Si el Canciller Imperial puede inducir a Austria a que satisfaga a Rusia y se abstenga de cuanto pueda provocar una colisión con ella, todos nos sentiremos unidos en profunda gratitud hacia su Excelencia por haber salvado la paz de Europa".

El Embajador británico en San Petersburgo, el mismo día 29, llamó la atención del Embajador alemán en la propia ciudad hacia el hecho de que los Cónsules austriacos habían notificado a todos sus nacionales sujetos a servicio militar, que se incorporaran al ejército; agregando que por lo ocurrido durante la crisis balcánica, Austria sabía que un ataque de Austria contra Servia era imposible que Rusia lo tolerara sin humillación.

En la opinión del Embajador italiano en Viena, comunicada al Gobierno inglés el 29, por su Embajador en la misma ciudad, si el Gobierno de Austria hiciera solemnemente ante los Gobiernos de Europa, en la forma de un inviolable compromiso, la declaración hecha ya en San Petersburgo de que no se proponía destruir la independencia de Servia ni mutilar su territorio, Rusia tal vez podría ser inducida a permanecer neutral. El Embajador italiano estaba, empero, convencido de que

el Gobierno austriaco rehusaría esta insinuación. Rusia no había dado hasta entonces importancia a la declaración de Austria sobre conservación de la independencia e integridad de Servia, porque con esto y todo, decía, Austria podía muy bien hacer de Servia un Estado vasallo.

El Gobierno italiano, por su parte, persistió en sugerir un cambio de ideas en Londres, e insinuó que el Gobierno alemán propusiera la fórmula que considerara conveniente. De nuevo el Gobierno inglés pidió al de Alemania que indicara un método de procedimiento para evitar la guerra, cualquiera que fuese.

En conferencia del 29 con el Embajador inglés, el Canciller Imperial de Alemania, sin ocuparse en absoluto de la necesidad de salvar la paz de Europa, y declarando que si Rusia atacaba a Austria la guerra general sería inevitable, abogó con ahinco por la neutralidad de Inglaterra. Partiendo del supuesto de que el principio que gobierna, según creía entender, la política de Inglaterra, era que Francia no fuera en ningún caso aniquilada, el Canciller Imperial ofrecía a Inglaterra seguridades de que tal no era el objeto de Alemania. Mediante la neutralidad de Inglaterra, el Gobierno alemán prometía respetar la integridad territorial de Francia. El Embajador británico interrogó entonces al Canciller alemán en cuanto a las colonias francesas, y el Canciller respondió que no podía contraer un compromiso igual a este respecto. Con referencia a Bélgica, la acción de Alemania dependería de la de Francia. A lo que contestó Sir Edward Grey que el Gobierno británico no podía ni por un momento considerar siquiera tales condiciones como precio de su neutralidad. Lo que en efecto se nos pide, dijo, es que permanezcamos indiferentes mientras Alemania derrota a Francia y le arrebata sus colonias, contentándonos con que no la cercene en su propio territorio. Desde el punto de vista material, agregó, semejante proposición es inaceptable, porque Francia, aun sin ser ella misma mutilada, puede ser a tal extremo vencida que pierda su posición de gran potencia y quede subordinada a la política alemana. Pero aparte de esto, sería una ignominia para nosotros que hiciéramos semejante negocio con Alemania a costa de Francia, una ignominia de la cual jamás podría redimirse el buen nombre de nuestra patria. El

Canciller nos pide también que negociemos de la misma manera las obligaciones que tengamos respecto a la neutralidad de Bélgica. No tomaremos tampoco en consideración este negocio. Sir Edward cerraba estas formidables repudiaciones instruyendo al Embajador que del modo más solemne hiciera saber al Canciller que el solo medio de mantener buenas relaciones entre Inglaterra y Alemania era el de que ambas continuaran trabajando juntas para preservar la paz de Europa.

Antes, el 29, Sir Edward propuso al Embajador alemán, como un medio todavía utilizable para salvar la situación, que Austria, después de ocupar a Belgrado, se detuviera allí, y conservara posesión del territorio, pendiente un esfuerzo de las potencias para mediar entre Austria y Rusia.

En la tarde del mismo 29, Sir Edward manifestó al Embajador alemán que la situación era muy grave, que si Alemania resultaba envuelta y luego Francia, el conflicto podía ser tan grande que abarcaría a toda Europa; y que deseaba que él, el Embajador, no se engañara por el tono amistoso de su conversación, pensando que Inglaterra se apartaría a un lado. Sir Edward puso todo el énfasis posible en hacer ver que Inglaterra tomaría parte en la guerra si ésta era general.

En otra entrevista con el Embajador alemán, el mismo 29, éste manifestó a Sir Edward que el parecer de su Gobierno era que Austria no podía ser humillada, ni podía tampoco abdicar su posición como una gran potencia. Sir Edward respondió que la cuestión no era de humillar a Austria, sino de saber cuán lejos Austria quería llevar la humillación de los otros. Debe haber, por supuesto, continuó, alguna humillación para Servia; pero Austria podría extremar las cosas hasta causar también la humillación de Rusia.

Sir Edward creía, como Rusia, que Austria podía convertir a Servia en un Estado vasallo, lo cual afectaría por completo la posición de Rusia en los Balcanes.

En una entrevista el 30 con los Embajadores francés e inglés, el Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia dijo a éstos que en su poder tenía pruebas absolutas de que Alemania estaba haciendo preparativos navales y militares contra Rusia, particularmente en dirección del Golfo de Finlandia.

Y el mismo día, habiendo el Embajador alemán—ya a estas horas convencido de que la guerra era inevitable—suplicado al Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia que sugiriera alguna fórmula para él telegrafiarla a Berlín como una última esperanza, Sasonof, el Ministro, escribió allí mismo, y entregó al Embajador, la siguiente proposición:

Si Austria, reconociendo que su conflicto con Servia ha asumido el carácter de una cuestión de interés europeo, se declara dispuesta a eliminar de su ultimátum los puntos que violan la soberanía de Servia, Rusia se compromete a paralizar sus preparativos militares.

En esta coyuntura el Gobierno francés expresó al británico su convicción de que la paz de Europa estaba en las manos de Inglaterra, la que, declarando que apoyaría a Francia en una guerra con Alemania como resultado del conflicto austroservio, impediría la guerra, porque Alemania modificaría entonces en el acto su actitud. Rusia hizo igual manifestación a Inglaterra; pero Sir Edward observó que sin la autorización del Parlamento él no podía asumir esa actitud. Cuando más tarde, en el curso aún de las negociaciones, se dijo que por falta de una declaración semejante no se había evitado el conflicto, Sir Edward respondió que Alemania no había esperado nunca la neutralidad de Inglaterra. Sir Edward creyó siempre, por otra parte, en la eficacia de sus funciones de mediador, más que en la del uso de cualquera forma de amenaza.

A las objeciones opuestas por Alemania y Austria a la movilización en Rusia, Sir Edward Grey respondió que no veía cómo podía exigírsele a Rusia que suspendiera sus preparativos militares, sin que Austria pusiera algún límite a su marcha contra Servia.

El 31, en consecuencia de un informe del Embajador en Viena, de que el Gobierno austriaco estaba decidido a no admitir la intervención de las potencias, y de que Austria movilizaba fuerzas contra Rusia lo mismo que contra Servia, el Gobierno ruso ordenó la movilización general.

El Gobierno inglés inquirió el 31 los propósitos de Francia y de Alemania en cuanto a la neutralidad de Bélgica y dijo al Gobierno de esta nación que esperaba que mantedría hasta el límite de su poder su neutralidad. Francia ofreció respetar la

neutralidad de Bélgica, siempre que Alemania hiciera lo mismo; pero Alemania se abstuvo de dar respuesta alguna, diciendo que cualquiera respuesta descubriría hasta cierto punto el plan de campaña de Alemania en caso de guerra.

El Zar resolvió intervenir personalmente en el conflicto, y en un telegrama al Kaiser alemán le explicó que la movilización rusa había sido hecha necesaria por la movilización de Austria, que discontinuarla era técnicamente imposible, que estaba lejos de desear la guerra, y que mientras las negociaciones con Austria respecto a Servia subsistieran, sus tropas no tomarían ninguna acción agresiva; el Zar empeñaba su palabra a este respecto, y le expresaba al Emperador su esperanza en el éxito de la mediación del Kaiser en Viena.

El Kaiser contestó al Zar que cuando progresaban en Viena sus esfuerzos mediatorios, las tropas rusas habían sido movilizadas contra su aliada Austria-Hungría, en sonsecuencia de lo cual su mediación había sido hecha casi ilusoria. Continuóla, sin embargo, pero luego tuvo información digna de crédito de que serios preparativos de guerra se hacían también en su frontera oriental. Había ido—aseguraba—hasta el límite extremo de lo posible en su empeño por mantener la paz del mundo. No será sobre él que pese la responsabilidad del peligro que amenaza al mundo civilizado, y conjura al Zar a que lo evite. La paz de Europa podía ser preservada si Rusia decidiera suspender sus medidas militares, las cuales amenazaban a Alemania y a Austria-Hungría.

Estos despachos son del 31 de julio. El 1.° de agosto el Canciller del Imperio dijo al Embajador alemán en Viena que la rehusa de Austria de cambiar miras con San Petersburgo, sería un gran error. Estamos listos—agregó el Canciller—a cumplir nuestras obligaciones de aliada, pero no podémos consentir en ser arrastrados a una conflagración mundial porque Austria-Hungría no respete nuestros consejos.

Como resultado de este telegrama, Austria manifestó a Rusia que estaba dispuesta a discutir la substancia del ultimátum de Austria a Servia, y Rusia propuso que la discusión tuviera lugar en Londres con la participación de las grandes potencias.

Antes del telegrama de Alemania para Austria, Rusia, el 31,

todavía había propuesto: ''Si Austria conviene en detener la marcha de sus tropas en territorio servio; si reconociendo que la disputa entre Austria y Servia ha asumido carácter de interés europeo, permite que las potencias examinen la cuestión y determinen si Servia puede satisfacer a Austria-Hungría sin menoscabo de su soberanía e independencia, Rusia se compromete a mantener una actitud de espera''.

El 31 en la mañana, Sir Edward Grey había dicho al Embajador alemán que si Alemania conviniera en presentar una proposición razonable que claramente demostrara que Alemania y Austria deseaban la preservación de la paz, él la apoyaría aun en el caso de que Rusia y Francia la rechazaran, y declararía, en tal caso, que si Rusia y Francia no lo aceptaban, el Gobierno inglés nada tendría que hacer con las consecuencias. De otro modo, agregó francamente Sir Edward, si Francia es envuelta, nosotros lo seremos también.

El Gobierno alemán respondió que era imposible considerar ninguna proposición hasta no recibir la respuesta de Rusia al ultimátum de Alemania.

El Gobierno alemán había, en efecto, la tarde del mismo 31, ordenado a Rusia la demovilización de sus fuerzas, dándole para responder un plazo de doce horas. Al mismo tiempo, Alemania pidió a Francia que declarara en un término perentorio de 18 horas cuál sería su actitud en una guerra entre Rusia y Alemania.

El Gobierno ruso rechazó el ultimátum de Alemania, y ésta declaró la guerra a Rusia.

El Rey de Inglaterra se había dirigido entretanto al Zar, quien le contestó que con gusto habría aceptado su mediación si el Kaiser no hubiera ya declarado la guerra a Rusia. ''Toda proposición, incluyendo la de vuestro Gobierno—dijo el Zar al Rey—fué rechazada por Alemania y Austria, y fué sólo cuando el momento favorable para ejercer presión sobre Austria había pasado, que Alemania mostró alguna disposición de mediar. Aun entonces ella no presentó ninguna proposición precisa. La declaración de guerra contra Servia me obligó a ordenar una movilización parcial, aunque, en vista de la amenazante situación, mis consejeros militares se pronunciaron enérgica-

mente por la movilización general; dada la rapidez con que Alemania puede movilizar en comparación con Rusia. Al fin fuí compelido a adoptar este curso en consecuencia de la completa movilización austriaca, del bombardeo de Belgrado, de la concentración de fuerzas austriacas en Galitzia y de los preparativos militares secretos de Alemania. De que yo estaba justificado en proceder así, lo prueba la repentina declaración de guerra de Alemania, completamente inesperada para mí, puesto que yo había dado categóricas seguridades al Emperador Guillermo de que mis tropas no se moverían mientras las negociaciones diplomáticas continuaran''.

El 2 de agosto, sin previa declaración de guerra, Alemania invadió a Francia, Bélgica y el Luxemburgo.

El 3 de agosto, Italia declaró su neutralidad, fundándose, según declaración del Marqués de San Giuliano, en que la guerra emprendida por Austria, conforme a la expresión del propio Embajador alemán, era una guerra agresiva, hecho que estaba en conflicto con el carácter puramente defensivo de la Triple Alianza.

El 4 de agosto, Inglaterra, no habiendo obtenido, en el término perentorio que fijó, respuesta satisfactoria del Gobierno alemán en cuanto a la observancia del tratado de neutralidad de Bélgica, del cual era también signataria Alemania, le declaró la guerra a esta nación.

El 6 de agosto, Austria-Hungría declaró la guerra a Rusia.

El 10 de agosto, Francia declaró la guerra a Austria-Hungría, como resultado de la participación de las tropas austriacas en la invasión de Francia.

El 13 de agosto, Austria y Gran Bretaña se declararon recíprocamente la guerra.

Y de este modo, no menos de trece millones de hombres, de las naciones más ricas y más civilizadas de Europa, organizados en ejércitos de insuperable calidad, con planes de campaña estudiados y preparados durante cuarenta años, con armamentos de una perfección y una potencialidad nunca vistas, se baten hoy, en la lucha más sanguinaria, destructora y gigantesca de que el mundo ha sido teatro y testigo.

***

Las responsabilidades de esta guerra, como se ve de la exposición precedente, fundada íntegra en la documentación oficial de las negociaciones diplomáticas anteriores a la catástrofe, en un período comprendido entre el 23 de julio, fecha de la nota austriaca, y el 4 de agosto, son todas de Austria y de Alemania. Ellas quisieron la guerra a todo trance. Nunca fué más grande el esfuerzo para salvar la paz de Europa; pero nunca tampoco tuvo la paz enemigos más ciegos, más insensatos, más inconscientes, más bárbaros.

El mundo no ha querido esta guerra, aunque la temió siempre, y desde 1870 ha vivido temblando bajo su creciente amenaza.

Esta guerra no es una guerra de civilización, no es un fenómeno normal en la historia y los destinos del mundo, no es un acontecimiento natural en el juego y el desarrollo de las fuerzas sociales y morales con que el hombre realiza la portentosa labor del espíritu humano bajo el gran sol de los ideales de cultura, de justicia, de libertad, de verdad, de fraternidad, de razón pura, de amor.

Esta guerra es una guerra de odios, una guerra de razas, una guerra de ambiciones nacionales, una guerra de fatalidades históricas, y de fatalidades misteriosas del propio destino o la propia condición humana; ésta es una guerra, en fin, que reproduce la historia siempre sangrienta de la lucha por el predominio, lo mismo entre los hombres que entre los animales.

Sobre todas las cosas, esta es una guerra de supremacía de una individualidad nacional sobre todas las otras que forman el grupo de potencias en cuyas manos está la civilización y el gobierno del mundo. Nunca fué, empero, más contraria a los intereses superiores y a los ideales del mundo, esta delirante ambición a la supremacía universal de una nación que representa todavía hoy en el mundo todo lo que la humanidad hace tiempo destruyó en otras partes a costa de su sangre, en la irresistible necesidad de un estado social más conforme con la dignidad humana, con la inteligencia humana, con la razón y los fines de la existencia.

Esta guerra es una guerra de reacción, una guerra de sombras; es el pasado, todo el pasado, armado contra las nobles y

fundamentales conquistas de los siglos XVIII y XIX, y furiosamente lanzado contra nuestra gloriosa civilización moderna para triturarla y suplantarla en el dominio del mundo; es un feroz delirio de la Edad Media, del derecho divino, de las dinastías, de los amos coronados e irresponsables, de los absolutismos, de los despotismos reales, contra los derechos del hombre, contra la soberanía popular, contra la democracia; los años no han pasado, estamos otra vez en 1815; es la resurrección de la Santa Alianza, no ya presidida por el Zar Alejandro, sino por el Emperador Guillermo; es la guerra de los tronos contra los pueblos, de la reacción contra la revolución, de las castas militares contra las clases sociales, del militarismo contra el civilismo, de la civilización de la guerra contra la civilización de la paz, de la fuerza bruta contra el derecho; es la guerra de una civilización de hierro contra la existencia y la preeminencia de nacionalidades indispensables al equilibrio y a la civilización del mundo; es una guerra de exterminio de los ideales más caros al género humano; es una guerra contra el decoro y la felicidad del hombre civilizado; es una guerra de Alemania y de Austria por la subyugación del mundo, y la vuelta del mundo a las edades de iniquidad y de vergüenza!

Todo lo que es más caro a la civilización del mundo, está comprometido en esta guerra.

Esta guerra es un crimen, el más enorme, el más monstruoso que jamás vieron los siglos.

Nunca antes se vió un atentado de tal carácter y de tal magnitud contra los más altos intereses de la humanidad.

Esta guerra es una sorpresa, un peligro imprevisto, una horrenda traición. La civilización no sospechó nunca que en su seno existiera semejante enemigo. La era de las guerras de conquista en Europa se creía para siempre cerrada. La lucha por la preponderancia había cambiado de formas y de campo, y se hacía ahora en la paz, en el comercio, en la industria, en las ciencias, en las artes, en el desarrollo de la riqueza y de las fuerzas constructivas, de lo cual es ejemplo la misma Alemania que debe su grandeza actual a los últimos cuarenta años de paz. Las rivalidades y la pugna de los intereses internacionales subsistían, pero la bondad y la inteligencia humanas eran cada vez

más fecundas y más afortunadas en recursos y medios para la solución pacífica de todos los conflictos. Las causas de la guerra, es cierto, disminuían. Nuevas fuerzas trabajaban por la paz. El mundo creía en la paz, a pesar de los siniestros augurios de los ejércitos y las escuadras, siempre más grandes, y a pesar de las cuentas pendientes y de los odios históricos. Nadie pudo soñar que el mundo estuviera tan cerca del mayor cataclismo de la historia, provocado por la ambición y la perversión, por el diabólico delirio, de un hombre y de una casta omnipotentes e irresponsables.

Y el carácter de la guerra ha sido asombrosamente armónico con sus orígenes. La guerra fué una explosión de barbarie concentrada, y su desarrollo ha sido un terrífico desbordamiento de barbarie feroz y primitiva. Parece que el ideal de esta guerra, por parte de Alemania, fuera la ruina del mundo, el mundo en escombros, la destrucción total del esfuerzo humano en sus más famosas obras de utilidad y de belleza. Atila está otra vez sobre la tierra. El nuevo barbarismo comenzó por la ruptura de tratados sagrados que garantizaban la inviolabilidad de naciones pequeñas y respetables, y se desarrolló como un torrente devastador, incendiando ciudades, bombardeando desde el espacio ciudades indefensas, derribando irreemplazables monumentos de arte antiguo, asesinando pueblos enteros en carnicerías nunca vistas, robando, en la forma de enormes contribuciones forzosas, todo el oro de pueblos vencidos sin combatir y cuyo solo delito era el de haberse negado a la cobardía y la traición, sembrando el terror y el espanto en los caminos, en los bosques, en todas partes. Es una guerra sin corazón y sin conciencia, una guerra sin entrañas, una guerra inhumana y antihumana. Es la regresión a la bestialidad elemental. Se han borrado de repente veinte siglos de civilización cristiana, y estamos en pleno reinado de la ferocidad.



El carácter de monstruosa crueldad de esta guerra, no es sino un aspecto de esas monstruosidades que se llaman imperialismo alemán y militarismo alemán, que tienen, a su vez, su

expresión en la política de "hierro y sangre" o de "puño de hierro", de la cual Prusia y Alemania son hechuras.

El padre de Prusia es Bismarck, un padre de hierro.

Prusia era una nación de segundo orden en la confederación germánica, que Austria dominaba. Bismarck hizo de ella el factor controlante y, con ella como base, creó a Alemania. Los elementos y los instrumentos de Bismarck, como creador de la nación alemana, fueron la sangre, el hierro, la guerra, la fuerza. Con ellos creó a Alemania. Bismarck creía, por supuesto, en la Autocracia, y para dar a la Autocracia un refugio, un baluarte y un hogar seguro en el mundo, creó a Alemania. El sueño completo de Bismarck era la alianza de los tres Emperadores, el de Rusia, el de Alemania y el de Austria, el Dreikaserbund, o sea la liga de los tres Emperadores, que en efecto existió de 1884 a 1890.

Toda la índole, toda la fe y toda la ciencia de Bismarck, están en estas palabras de un discurso suyo, el más célebre de su vida (1863):

> Las grandes cuestiones del día no se deciden por discursos y mayorías de votos, sino a hierro y sangre.

La guerra de 1863, de Prusia y Austria contra Dinamarca, fué la obra exclusiva de Bismarck, su primer paso en la concepción personal suya de una Prusia hegémona en una Alemania armipotente, para gloria de los reyes de Prusia, de la monarquía prusiana.

El ducado de Lauemburg, y las provincias de Schleswig y Holstein, donde hoy se encuentran el canal de Kiel y la base naval de Alemania, fueron el botín de esta victoria.

En la génesis de la concepción de Bismarck, una segunda guerra era necesaria. Era preciso ahora abatir a Austria para que Prusia reinara sola.

Con un pretexto cualquiera—la Administración de Holstein—Bismarck peleó con Austria, declaró disuelta la antigua confederación y le declaró la guerra a Austria. En menos de dos meses Austria fué derrotada, a pesar de que con ella estuvieron cuatro de los más importantes Estados de la Confederación; pero Prusia se había preparado, y de antemano tenía segu-

ro el resultado. Por el derecho de conquista, en nombre de la política de "sangre y hierro", el reino de Hanover, cuatro ducados y la ciudad libre de Francfort, fueron anexados a Prusia, con lo que el rey de Prusia puso bajo su cetro todos los pueblos comprendidos entre la frontera con Rusia, a lo largo de la costa norte, y la frontera de Holanda. Una nueva confederación se formó con Prusia a la cabeza, y de la cual sólo quedaron fuera cuatro Estados alemanes.

Una nueva guerra era ahora indispensable para hacer completa la unificación. La nueva guerra sería con Francia, porque los cuatro Estados que faltaban eran los del Sur, y Napoleón III no consentiría buenamente en su anexión.

Para esta tercera guerra, que sólo Prusia esperaba, Prusia, como en las dos guerras anteriores, se preparó; y cuando la guerra estalló, sólo ella estaba lista.

La guerra vino, vino cómo y cuando Bismarck la quería. Un ardid, urdido sobre el contexto de un telegrama, le dió la oportunidad. El viejo emperador de los franceses, enfermo, humillado y desolado, a caballo y en el fuego en el campo de Sedán, envuelto en su gran manto imperial sembrado de abejas de oro, fué vencido y prisionero. La unificación alemana se acabaló. Francia fué mutilada y Alemania agrandada. El 18 de enero de 1871, tras una guerra que no duró seis meses, el rey Guillermo I fué coronado Emperador de Alemania.

Diez años habían corrido apenas desde que Bismarck decretó la primera guerra en la realización de su sueño imperial. Un gran ejército, una diplomacia sin escrúpulos, la política de "hierro y sangre", habían sido sus armas.

Alemania estaba creada. Las consecuencias sobre los destinos del mundo, se palpan hoy. La tradición se guarda intacta. Bismarck está vivo. La Alemania de 1914 es la Alemania de 1870, es la creación de Bismarck, la visión de Bismarck, la hija de Bismarck. Un gran ejército, una maravillosa organización militar, un país absolutamente preparado para la guerra, la resolución de lanzarse a la guerra sin vacilación alguna, la diplomacia sin escrúpulos, la política de "hierro y sangre", de "puño de hierro"; todo lo mismo...

Esta es la cuarta guerra, la guerra máxima.

El sueño del heredero de Bismarck es ahora más grande, ha crecido desmesuradamente; es el sueño máximo de la guerra máxima. No es ya la hegemonía de Prusia en Alemania: es la hegemonía de Alemania en el mundo.

Y esta ambición, este sueño, es, en mi sentir, la causa principal de la guerra. Esta es una guerra preparada y decretada como un designio y un decreto del destino, como las guerras de Bismarck. Esta guerra se ha hecho para la conquista del dominio del mundo por Alemania.

Sólo que en el camino del nuevo sueño de poder universal, hay montañas que Bismarck no conoció. Vencer a Dinamarca, vencer a Austria, vencer aun a Francia anarquizada, desconcertada, debilitada, corrompida, sepultada bajo la traición y la maldición del imperio, no era ni una empresa arriesgada, ni una proeza extraordinaria. El método de Bismarck, por otra parte, en su preparación para la guerra, era el de aislar a la nación que se proponía aplastar. Para atacar a Austria, obtuvo de Napoleón III la promesa de permanecer neutral; y no contento con esto, celebró con Italia un tratado por el que Italia se uniría a Prusia en una guerra contra Austria, mediante ciertas condiciones. Los papeles se han invertido. La nación aislada ahora es la nación guerrera, la nación alemana; y ya no son Dinamarca y Austria: son Francia regenerada, Inglaterra y Rusia, es decir, las más grandes potencias de la tierra, las naciones que hay que destruir para que el nuevo sueño imperial de la política de hierro y sangre florezca y vuele en las águilas de la victoria como en 1866 y 1870, como en Sadowa y en Sedán.

Todo el secreto de esta guerra está en la respuesta del Canciller Imperial cuando el Embajador británico lo interrogó acerca de la suerte de las colonias francesas en una guerra de Alemania contra Francia.

Está también en aquellas proféticas palabras del actual Emperador, pronunciadas en 1901: ''Nuestro porvenir está en el mar''.

Está también en las palabras del Kaiser en el centenario de la firma Krupp:

La historia de esta firma es un trozo de historia prusiana y alemana. Cañones Krupp han acompañado a los ejércitos prusianos y han tronado

en los campos de batalla que abrieron el camino a la unidad alemana y la consumaron al fin.

Está en aquella confesión bismarckiana de Guillermo II, en la ocasión de su ascensión al trono, en un discurso dirigido al ejército y a la armada, tres días antes de su discurso al pueblo:

El soldado y el ejército, no las mayorías parlamentarias, han hecho el imperio alemán. Mi confianza está en el ejército.

Está, por último, en aquella culminante declaración de Guillermo II, cuatro años hace apenas:

Considerándome como un instrumento de Dios, sin hacer caso de las miras y opiniones del día, yo sigo mi camino.



Francia no quería la guerra, Inglaterra tampoco, Rusia tampoco. Francia estaba satisfecha con su posición en el mundo, Inglaterra lo mismo con la suya, Rusia tiene ambiciones territoriales por realizar, pero ninguna aliada la habría acompañado en la aventura, así como ninguna aliada habría acompañado a Francia en la aventura de la "revanche". La guerra no interesa sino a Alemania y a Austria; a la una por su ambición de supremacía universal, que Inglaterra le disputa, y a la otra por sus ambiciones territoriales y políticas en los Balcanes, donde tropieza con Rusia.

Austria tiene, además, un conflicto interior de razas que amenaza su existencia nacional, y este conflicto se agrava por la relación que tiene con el problema racial en los Balcanes. La unidad austrohúngara es, además, frágil. Hungría es un país sometido, con aspiraciones de redención. Consolidar el imperio austrohúngaro con la subyugación de Servia, la eliminación de la influencia rusa en los Balcanes, y la humillación de los eslavos, es para Austria uno de los objetos de esta guerra.

Hay tres y medio millones de servios y croatas en Austria. Hubo un tiempo, en el siglo XIV, en que Servia fué suprema en los Balcanes. Sueños de una resurrección de esta supremacía llenan el alma nacional de Servia. Las dos últimas guerras balcánicas han dado grande impulso a esta ambición, y han tocado

el alma de la raza con un gran soplo de porvenir y de esperanza. A Austria no conviene una Servia poderosa en su frontera del Sur. El enemigo natural de Servia y de sus sueños de poderío, es Austria. Una Servia viviente y fuerte, sería el escollo de los planes políticos de Austria en los Balcanes. El sueño de Austria ha sido la anexión de Servia. La guerra balcánica de 1912 echó por tierra este sueño, y amenazó la ambición de Austria a nuevas posesiones en el Adriático y el mar Egeo. Aquella faja de tierra, el Sanjak de Novibazar, entre Servia y Montenegro, es otro problema. Por allí, Austria y Alemania esperan tener un camino al Egeo y al Oriente.

Rusia es el gran protector de la raza eslava, y aspira al predominio en los Balcanes. Entre eslavos y teutones hay un viejo duelo racial que ahora ha recrudecido con ímpetu tremendo. A través de los Balcanes, Rusia aspira a llegar otra vez a Constantinopla. La integridad de Servia y de los Balcanes conviene además militarmente a Rusia, para contrarrestar a Austria, en caso de guerra, y por ende a Alemania. En 1912 se vió de cuánto era capaz una coalición de aquellos pequeños Estados. Los efectos en la estructura militar de Europa fueron considerables. Sin la segunda guerra balcánica, y la consiguiente ruptura de la confederación, es lo más probable que la actual guerra europea no existiera, porque Austria no habría querido desafiar al ejército unido de sus vecinos del Sur, millón y medio de soldados de los mejores del mundo.

El crimen de Servia no es el asesinato de los Archiduques, sino sus éxitos militares. La perspectiva de un gran reino eslavo al Sur del Danubio, es demasiada amenaza para Austria. Los servios habían vencido primero a los turcos, después a los búlgaros. Habían cerrado el camino de Salónica, apoderándose del Sanjak de Novibazar. Se habían libertado de la servidumbre económica a que estaban sometidos con respecto a Austria. Habían aumentado sustancialmente su población y su territorio. Todos estos hechos se condensaban en una fascinadora promesa para el alma eslava.

Los rusos son eslavos, y Rusia es el rival de Austria en los Balcanes. Había que quebrantar el poder de Rusia antes de que los sueños de la raza en los Balcanes cristalizaran. Había que

sojuzgar la raza a todo trance en los Balcanes, había que herir de muerte al gran núcleo genésico de los sueños de la raza en los Balcanes: a Servia. Era necesario aplastar a Servia, hacer de ella un Estado vasallo, y matar así en la cuna los sueños de la raza.

Eslavos son los polacos de Rusia, de Prusia y de Austria, los bohemios, moravos y rutenos de Austria-Hungría. Hay veinticuatro millones de eslavos en Austria, o sea la mitad de la población del imperio. La población de Bosnia, en su gran mayoría, es eslava. La clase nobiliaria y gobernante en Austria-Hungría es germánica y magyar, y son la minoría. Hay que proteger los privilegios de esta clase contra la posibilidad de una alteración del orden de cosas que dé a los eslavos el predominio.

La actitud de Austria contra Servia estableció una cuestión de vida o muerte para la influencia y el prestigio de Rusia en la raza eslava y en el mundo. No era posible que Rusia permitiera la destrucción de un Estado eslavo como Servia. Aunque el Gobierno del Zar hubiera querido la paz, la opinión pública en Rusia lo habría lanzado a la guerra. El Zar trabajó honrada y esforzadamente por la paz. El solo límite de sus esfuerzos era la preservación de la soberanía, la independencia y la integridad territorial de Servia. El Zar no es responsable de la guerra. Fuera de toda relación de vínculos raciales, de ambición y de política nacional, es sin duda un espectáculo de grandiosa belleza el que presenta Rusia haciendo suya la suerte de una nación débil y desafiando la guerra con los pueblos más fuertes, para que aquella débil nación no sucumba devorada por el más fuerte.



Para preconcebir en lo posible las consecuencias de la guerra, es necesario tener en cuenta en primer término las causas de la guerra, que la paz tratará sin duda de suprimir, y luego las ambiciones nacionales que caracterizan e inspiran las respectivas políticas de las naciones beligerantes. En todas las guerras decisivas de los destinos del mundo, las fuerzas del bien y de la civilización triunfaron siempre. Estas fuerzas están hoy representadas por los aliados. Yo no concibo, pues, otro desenlace

de este enorme conflicto, que el triunfo absoluto y definitivo de los aliados.

Como éste es un nuevo y formidable duelo entre los pueblos y los tronos, entre la democracia y la autocracia, entre el derecho pupular y el derecho divino, es claro que la paz suprimirá los tronos responsables de esta catástrofe. Las casas de Habsbourg y de Hohenzollern desaparecerán. Las democracias triunfantes llevarán la revolución a Austria y Alemania, si es que estas nacionalidades subsisten, y ya no habrá en aquellos pueblos gobiernos irresponsables que amenacen a cada instante la paz del mundo. El militarismo alemán, y su deidad el imperialismo alemán, son incompatibles con la civilización y con la paz del mundo. Napoleón III puede quizás ver desde su tumba la repetición de la historia al cabo de cuarenta años. El Emperador Guillermo, el dios de hierro, puede muy bien llegar a ser un prisionero sin grandeza y sin gloria en manos de las naciones que ha intentado derribar, puede muy bien perder en la catástrofe su esencia divina y ser el infortunio humano, abrumado por el peso del espantoso crimen de esta guerra.

Los Romanovs no caerán todavía, pero la victoria llevará para ellos en su seno un principio de muerte. Esta guerra acelerará el triunfo de la revolución en Rusia; y la influencia de Francia y de Inglaterra, contribuirá grandemente a liberalizar la monarquía moscovita. Entretanto, débese a los emperadores de Alemania y de Austria, que por la primera vez, esta vez, el mundo haya levantado la maldición bajo la cual tenía al Zar, y haya sentido por él simpatías, y se haya sentido solidario con él.

En cuanto al nuevo mapa político que la guerra prepara, es seguro que su comparación con el actual dirá toda la historia. La rehechura del mapa incluirá probablemente la solución del problema racial entre teutones y eslavos.

Rusia aspira a llegar algún día al mar a través de la península Escandinavia, a ganar acceso al Mediterráneo a través de los Balcanes, a abrir el Mar Negro por la posesión de Constantinopla, a cuyas puertas llegó ya en 1878. Rusia aspira a un puerto en el Pacífico. Rusia aspira asimismo a la reconstrucción de la Polonia bajo su suzeranía.

Inglaterra no aspira a nuevas posesiones. Su política es con-

servadora y defensiva. Preservar su supremacía en el mar y el equilibrio en Europa es su objetivo. Mucho tendrá que hacer, por supuesto, con las colonias alemanas en África. La caída de Alemania bastará, por lo demás, a su seguridad.

Francia está más o menos en la posición de Inglaterra. Se contenta con lo que tiene, con la caída de Alemania y la recuperación de Alsacia y Lorena.

Servia aspira a un puerto en el Adriático.

Es posible que a Italia se le recompense su neutralidad. En el mar Adriático hay de antiguo un conflicto de intereses entre Austria e Italia. Trentino, al sur del Tirol, y Trieste, son codiciados por Italia.

Los Estados pequeños y neutrales de Europa, la heroica Bélgica, Holanda y Suiza, serán consolidados. Es posible que a Bélgica se le dé la Prusia comprendida entre Bélgica y el Rin.



El estado normal del hombre civilizado es la paz. La civilización está muy lejos de los tiempos a que Pascal se refería cuando escribió: "Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, el mapa del mundo sería diferente". Ya no puede pelearse por la liberación del Santo Sepulcro, ni por una disputa acerca de las dimensiones de una ventana en el palacio de Versalles. Las guerras no son ya ciegos movimientos de seres humanos, como las define Tolstoy. De esta guerra saldrá una paz sincera, una paz libre, una paz natural, una paz sana y robusta. la más noble y larga paz de la historia.

El señor Jacinto López, escritor venezolano de grandes bríos, de robusto talento, ha querido dejarnos a su paso por la Habana esta hermosa conferencia por él recientemente pronunciada en San José de Costa Rica y hasta hoy inédita. Su pluma rebelde y fuerte, que en diarios, revistas y folletos ha dejado la huella de su fogoso estilo, seguirá colaborando en CUBA CONTEMPORÁNEA, que expresa al estimado compañero su más vivo agradecimiento.

ARTE HUMORÍSTICO

LA EXPOSICIÓN DE RAFAEL BLANCO

En un pequeño salón de la Academia Nacional de Artes y Letras, ha hecho una exposición de sus trabajos humorísticos un artista que goza de una bien ganada reputación: Rafael Blanco. Es la segunda exposición que realiza. Y en ésta, como en la otra, hemos admirado una vez más su talento, sus notables condiciones para el arte que con tanto éxito cultiva. Su exposición es la undécima exposición artística que se celebra en Cuba en estos últimos años...

Acaso el público no haya comprendido lo que esto significa en una democracia que se organiza. La prensa, la crítica, salvo muy raras excepciones, no ha dedicado a estas importantes fases de la evolución de nuestro medio, todo el merecido comentario. Estamos en plena época de organización nacional. Ni la nación, ni el Estado se improvisan. Consumada la obra de la revolución, que impone nuevos derroteros, aparece la etapa importantísima de consolidar la personalidad nacional, de crear un Estado bien organizado, con una solvencia moral y una solvencia económica imprescindibles para dirigir el país por firmes derroteros. No creo que el arte sea la primera manifestación a que se atiende en este período. Para nuestras democracias, turbulentas en ocasiones, saturadas, primero, de una organización colonial arraigada en el espíritu del pueblo, que amó con una exaltación que no ha disminuído aún, la violencia, la anarquía, la rebelde intuición de otros destinos, en el momento admirable de conquistar la libertad, no es el arte una útil manifestación de la independencia del alma y el pensamien-

to. A la campaña revolucionaria sucede un absurdo militarismo (caricatura del militarismo organizado) en donde siguen imperando la violencia, la acción decisiva que impone no ya principios, sino ambiciones, personalismos que la política fraccionaria ampara creando partidos sin programas, sin ideales, sin verdadera competencia para dar nuevas formas a la desorganización legalizada por la constitución del Estado. El pueblo interpreta los discursos, las proclamas; cree firmemente que la república es la maravillosa Jauja; lo pervierten sus directores y la sociedad se coordina—sin selecciones que vendrán más tarde—amparándolo todo. ¿Qué representa el artista en esta época? Representa bien poco. La multitud no tiene ideales. La colonia reprimió instintos, provocó la sed en las muchedumbres. La reacción es este desbordamiento de ambiciones que todo lo ciega, impulsando a la multitud hacia la conquista de una prosperidad ilusoria, porque ella sólo es la política en donde imperan, como ya señaló Emile Faguet en dos libros admirables, el culto de la incompetencia y el horror de las responsabilidades (1).

Al margen de la política oficial y de la que no lo es, levantan los escritores y los artistas su programa, de la misma manera que en la época colonial levantaron el estandarte de la rebelión necesaria. Son los primeros purificadores de la sociedad y del ambiente. Antes de las guerras de independencia, dijeron al pueblo cuáles soluciones se imponían. Después de consumada la obra que inspiraron, y que con frecuencia realizaron, señalan nuevos derroteros, demostrando, con palabras y hechos, que la labor no ha terminado aún y que toda democracia debe aspirar a mantener un criterio de selección, refinándose, logrando lo que no realizó la colonia. Ellos son los que, en definitiva, provocan y aseguran la protección oficial. El Estado posee varias acciones. Debe ejercitarlas todas, para hacer perfecta su razón de existir. No discutamos nunca el valor de la obra que, en ese sentido, realizan esos escritores y esos artistas. Será imperfecta, será censurable, desde el punto de vista rígido de los cánones que presiden la realización de cualquier obra. Señalemos los errores, las equivocaciones lamentables; pero demos, junto con

(1) *Le culte de la incompetence.* Bernard Grasset. Éditeur, Paris; ...*et le horreur des responsabilités.* Bernard Grasset, Éditeur, Paris.

el consejo, la forma evidente de mejorar. Respetemos la vocación y el empeño. Ser indiferentes equivale a ser destructores. Simplemente destructores. Y no se debe destruir sin construir. Nuestras democracias, al surgir, destruyeron. Nuestra labor es, y debe ser, construir.

Construyen nuestros escritores, nuestros artistas, nuestros desinteresados hombres de pensamiento. Para ser dignos de la libertad de hoy, es menester continuar la obra comenzada por los hombres de una época que hoy constituye nuestra tradición en todos los órdenes del pensamiento y de la acción. La obra que hoy se realiza, o debe realizarse, prepara el porvenir. Pensemos que nuestro presente es la base de nuestro futuro. Saciados los ímpetus; desilusionado el pueblo, con esa desilusión utilísima que lentamente va dando vida a la experiencia de cada individuo y de la colectividad a que pertenece, la importancia de la labor dispersa de hoy, se juzgará y comprenderá mejor en lo que tiene de significación dentro de nuestro medio.

La exposición de carteles para los Festejos Invernales de 1909; la de trabajos humorísticos, de Massaguer; la de arte decorativo, de Emilio Heredia; la de pintura en la gran feria de la Quinta de los Molinos; la de carteles anunciadores de la primera temporada teatral de la Sociedad de Fomento del Teatro; la del pintor español Graner; la de pintura, celebrada con motivo del primer concurso de la Academia Nacional de Artes y Letras; la primera realizada por Blanco; la de otro concurso de carteles y la última y también reciente, de Blanco, que nos sugiere estas líneas, dirán en el mañana la importancia que hoy han tenido, no obstante la indiferencia del público y del Gobierno, que cree, tal vez de muy buena fe, que en materia de protección al arte y a los artistas lo ha realizado todo concediendo las becas tradicionales que bien poco resuelven a los alumnos pensionados, pues sólo tienen como retribución cincuenta pesos mensuales...

Es necesario estimular y ayudar a nuestros artistas en el empeño de hacer arte. Por eso es plausible la actitud del Municipio habanero que concedió a Blanco mil pesos para que realizara esta exposición acogida por la Academia Nacional de Artes y Letras con verdadero desinterés y gran entusiasmo.

Allí, en un pequeño salón, ha reunido el artista ciento cincuenta y siete trabajos humorísticos. Predominan las caricaturas. Sátiras, fantasías y parodias, existen muy pocas. Nuestros humoristas son, por regla general, sólo caricaturistas. Las escenas que a menudo hallamos en los semanarios alemanes, ingleses, franceses, italianos, españoles y norteamericanos, no se ven en Cuba. Tal vez sea porque no tenemos esos semanarios que han popularizado a Heine, a Golia, a Sancha o a cualquiera de los humoristas cuya escueta enumeración sería penosa para el lector. Pero es lo cierto que, entre nosotros, no es frecuente esa clase de humorismo. Valls no lo ha cultivado; Massaguer comienza a producir algunas escenas, muy pocas; Blanco, de tarde en tarde publica esos trabajos en donde no es por cierto el *esprit* francés, la sutil ironía del *boulevard*, la que se observa al fundirse, en una estrecha relación inviolable, el dibujo y la leyenda, sino el espíritu mordaz de un pesimista que concibe la fantasía y la parodia—géneros cómicos, ingeniosos dentro de la amplia clasificación del humorismo—sintetizados en la sátira escueta y precisa como la que esgrimió Goya: su maestro.

Nuestro humorismo no es filosófico. Ya lo he dicho en otra ocasión. Además, por regla general, nuestros humoristas son simplemente artistas, en la acepción estrecha y material de concebir un personaje y realizarlo plásticamente. La leyenda no parece interesarles mucho. El caso no es nuevo. Tristan Bernard en una conferencia que pronunció en París en la Université des Annales acerca de la caricatura, decía: ''Ha habido en Francia y fuera de ella, dos clases de caricaturistas (2): los que tenían un gran mérito como dibujantes, como Daumier y Gavarni; y los que hacían, sobre todo, leyendas muy divertidas''. Sin embargo, en aquella misma época nos encontramos con humoristas que dibujan admirablemente y que se componen ellos mismos

(2) Tristan Bernard participa del erróneo concepto que hasta ahora tiene el público, de llamar caricaturista a todo el que dibuja figuras cómicas, ya sea caricaturista, parodista, fantasista o dibujante satírico. Daumier, como Gavarni, como Henry Monnier, no fué caricaturista. Como no lo son en la actualidad Forain, Abel Faivre o cualquiera de los dibujantes que, siendo humoristas, no son, sin embargo, caricaturistas.

La caricatura sólo puede existir cuando es referente a una persona determinada. Es la *charge*, que dicen los franeeses. Esta clasificación que surgió desde el momento en que el arte humorístico discutió cánones e impuso escuelas, ha tenido un admirable comentarista en Adolphe Brisson.

las leyendas. Gavarni fué de éstos. En cambio, de Daumier se sabe que recurría a los amigos. Y es que, en el fondo, los que son como este admirable creador de *Robert Macaire,* conceden poca importancia a la leyenda. Algo parecido sucede con nuestros humoristas. Ni Valls, ni Massaguer, han concebido verdaderas leyendas. En este sentido, Blanco es superior. Técnicamente, desde el punto de vista del procedimiento, podrán ser considerados los otros en su valor dentro de la escuela a que pertenecen. Blanco, que no pertenece a ninguna de las cuatro escuelas predominantes y que ha logrado formarse un estilo personal, único dentro del humorismo contemporáneo, posee el arte admirable de concebir leyendas que responden a las condiciones exigidas a este importante factor del arte humorístico. Ellas van estrechamente ligadas a la escena. Para existir, para dar la sensación que se ha propuesto expresarnos el artista, no pueden separarse. Nada expresaría el dibujo sin la leyenda. Y nada diría la leyenda sin el dibujo. En esta exposición pueden citarse como ejemplos, las escenas tituladas *Todo el año es carnaval* y *El pobre... ¡era tan bueno!,* que figuran en su exposición. Esta última figuró en la anterior exposición. De ella hablé en un artículo dedicado a analizar la obra del artista. En cuanto a la primera, no he podido menos de volver a recordar las aguafuertes de Goya, a quien siempre se mencionará, a través de los siglos, no sólo como uno de los más grandes pintores españoles, sino como el maestro admirable de la *Colección de caprichos,* y de esos otros grabados de *La tauromaquia* y *Los desastres de la guerra.* Es la misma precisión; la misma sátira ruda, escueta, con que aquél expresó sus ideas y emociones. Además, en *Todo el año es carnaval,* se ve claramente definido el pensamiento de Blanco. El artista no es un optimista como Massaguer, ni tampoco un escéptico refinado y mundano como Valls. Es un pesimista consciente que sonríe ante todo y se cruza de brazos en la actitud del que nada espera, porque sabe de antemano que la humanidad evoluciona sin poder sustraerse a la imposición del instinto, o, para ser menos materialista, de las innumerables fuerzas desconocidas e inquietantes, como asegura Maeterlinck.

La escena es, en este dibujo, en la calle. Pasa un entierro. Por los balcones asoma una abigarrada multitud. Frente al cor-

tejo fúnebre, hace piruetas alguien que viste un rojo disfraz de diablo. El artista no se conmueve. Observa la escena y murmura, aludiendo a la vida:

—¡Todo el año es Carnaval!

Hay otro dibujo—*Lidia de gallos*—en que Blanco ha logrado una sencillez de procedimiento que sorprende. Creo francamente que pocas veces ha conseguido mayor *impresión* de realidad con tan escasas pinceladas. Es un *impresionismo* desconcertante a primera vista, pero que todo lo expresa con una sencillez y una veracidad sorpredentes. Allí están los *guajiros* apasionados que siguen con interés la *pelea,* mientras saltan, en una confusión de colores, las plumas de los dos gallos que lidian y uno de los espectadores rocía *clásicamente,* con un buche de agua, la cresta roja del *boxeador* plumífero en cuyas patas *han puesto* algunas *monedas* los jugadores exaltados...

Para fijarnos en estas escenas, así como en la de *Los trovadores* (otro dibujo que figuró en la primera exposición de Blanco), *Los camareros, El baratillero* y *Abrevadero,* tenemos que entrar en el salón llevando el deliberado intento de fijarnos en ellos; porque se *pierden* entre la profusión de caricaturas, en las cuales despliega el artista sus cualidades admirables de observador, de psicólogo, de caricaturista que expresa lo que ve y lo que siente. Con pocos trazos y una sencilla superposición o contraposición de colores, Blanco revela el alma de cada individuo caricaturado. El punto característico, ese punto invulnerable, a menudo impreciso, que Sem asegura, con muy buen criterio, que es necesario descubrir y vencer antes de trazar la caricatura del personaje, no es un escollo para Blanco. Creo que de todos nuestros humoristas que cultivan la caricatura, es el más preciso y el que dibuja con menos prejuicio en la presentación del tipo.

De Cappiello decía Sacha Guitry que había triunfado en París porque logró caricaturar a todos sin molestar a ninguno. De Blanco es forzoso decir lo contrario: ha caricaturado a todos... y todos, o casi todos, no se han sentido satisfechos de la *charge* que les ha dado el artista. Nadie—estoy convencido—lo dirá públicamente. Rebelarse contra la verdad o contra el ridículo, es dar mayor fuerza a la verdad y aumentar el ridículo.

Pero todos, con muy pocas excepciones, habrían preferido más disimulo, más bondad, por parte del artista. En sus caricaturas no encontramos la línea escueta y delicada que, al sintetizar valores imprescindibles, da cierta gracia particular al contorno sugerente. Rasgos no concluídos, *manchas* de un admirable *impresionismo;* he ahí lo que encontraréis en la técnica de este humorista que, como los dibujantes japoneses o alemanes, también sintetiza valores, cual si colocase, sobre una pauta esquemática, todos esos rasgos violentos y esos contrastes inesperados que nos dan en la caricatura de Miguel González, por ejemplo, una confusión, aparente, de tonos rojos, verdes y azules. Un alarde vigoroso de procedimiento me parecen su autocaricatura y las *charges* de Nicolás Rivero y los doctores Isidoro Corzo, Enrique José Varona y Raimundo Cabrera, por no citar más nombres.

En esta exposición es difícil seleccionar. Blanco ha presentado una nueva prueba de su talento. En Cuba—y sin que esto sea rebajar el mérito intrínseco y la personalidad de los otros—no existe otro humorista más personal, más absoluto dentro de su arte. Su labor, en otro ambiente más hecho a estas manifestaciones del arte, formaría escuela. O, para ser más justos, determinaría el resurgimiento de una escuela vigorosa, admirable por lo que tiene de arte y realidad, y a la cual, salvo muy raras excepciones, no han prestado atención, ni han seguido, los humoristas españoles; esos que hoy, desdeñando la fuente viva de una tradición verdaderamente gloriosa, van a buscar en Francia o en Alemania orientaciones que impiden la creación de esa escuela iniciada por quien señaló también, a la pintura española del siglo XVIII, nuevos derroteros.

BERNARDO G. BARROS.

Noviembre, 1914.

ALEMANIA Y LA GUERRA EUROPEA

I.

POLÍTICA INTERNACIONAL

Creo haber señalado en mi anterior artículo el verdadero origen de la guerra europea, sus causas directas y fundamentales.

No han sido el Emperador Guillermo II y la llamada ''megalomanía alemana'', como inexactamente declaran algunos, sino la agresión de Rusia, ayudada *temporalmente* por aliadas ocasionales y astutas, rivales de Alemania, los que han desencadenado la conflagración europea. No ha sido Alemania, como creo haber demostrado, la *violenta agresora* de que hablan los apasionados partidarios de la Triple Entente. Es, sobre todo, el furioso ataque del Panslavismo, representado por Rusia, el que ha provocado la formidable represalia del pueblo alemán y ha ensangrentado a Europa...



Se recordará que necesitó Napoleón I en 1815 combatir y vencer a los ingleses y prusianos de Bélgica, *antes* de entrar en campaña los grandes ejércitos que preparaban Austria y Rusia. Si lograba el gran Emperador derrotar a aquéllos antes de la intervención austro-rusa, su triunfo era seguro y aplastante. Por eso libró heroicamente la batalla de Waterloo.

La misma situación aconsejó al Kaiser el *ataque* a Francia. Los ingleses y los rusos, *tardarían* más de un mes en completar y perfeccionar sus preparativos militares contra Alemania. Sólo

Francia podía "movilizar" con casi la misma rapidez que ella. Si las tropas alemanas lograban dar un golpe decisivo que venciese y aniquilase al ejército francés antes de terminada la movilización rusa, podía volverse entera sobre ésta. La misma táctica empleada por Napoleón.

Durante seis semanas podía Alemania atacar a Francia sin combatir con Rusia. La *necesidad* militar dirigía, pues, hacia Francia la *ofensiva alemana.*

Ahora bien; si Alemania necesitaba derrotar a los franceses y llegar a París por la vía más rápida y segura, era fatal la *invasión de Bélgica.* Los formidables fuertes de Verdun, Toul, Epinal y Belfort, defendían vigorosamente la frontera franco-alemana. El *avance* por los Vosgos era azaroso e inseguro.

El golpe instantáneo y decisivo, de que dependía el triunfo alemán, requería la invasión de Bélgica para llegar pronto y victoriosamente a París. Lieja, Bruselas, París, tal era la vía triunfal y rápida que codiciaba la estrategia alemana.

"Puede asegurarse", decía el Gral. Von Bernhardi en el notable libro que citaba yo en mi anterior artículo, "que las potencias aliadas procurarán envolver nuestro flanco derecho a través de Bélgica y Holanda para penetrar en el corazón de Alemania entre Wassel y Fleusshen". Precisamente para contrarrestar y *prevenir* los planes de la estrategia enemiga, es por lo que acordó Alemania la inmediata y arrolladora invasión de Bélgica.

La invasión de Bélgica fué un triunfo para las armas alemanas. En poco tiempo vencieron los alemanes la heroica resistencia de los belgas, rechazaron los ejércitos aliados y llegaron el 4 de septiembre a 20 millas de París. Este formidable avance de las tropas alemanas, digno de la incomparable fama de aquéllas, es uno de los más espléndidos e imponentes que haya realizado jamás ejército alguno.

El 17 de agosto los escasos restos del ejército belga se replegaron a Amberes, y el 20 ocuparon los alemanes a Bruselas y bombardearon a Namur. Los grandes éxitos de Lieja, Dinant, Haelen, Neufchateau, Cambrai, Charleroi, fueron formidables y trascendentales victorias.

"Los estados mayores del porvenir podrán apreciar debida-

mente'', dice Frank H. Simont en un notable artículo de la *Review of Reviews* (Oct. 1914), ''la magnitud de la ofensiva alemana; pero actualmente, próximos al suceso, el espectáculo de una nación que lanza más de un millón de hombres magníficamente organizados, perfectamente provistos, con tanto valor como eficiencia, a una gigantesca invasión, durante tres semanas vencedores de batallas superiores por el número de combatientes a las guerras Napoleónicas y rivales de la guerra rusojaponesa por el sacrificio de la vida, nos parece sólo comparable con la invasión de las miriadas de Jerjes contra Grecia y la Armada de España contra Inglaterra.''

Mis lectores conocen los últimos detalles del sangriento drama. En la batalla o batallas del Aisne, se decidirá, seguramente, el resultado final de la campaña alemana de occidente, simultáneamente—no ha podido ser de otro modo—con la prodigiosa defensa de la Prusia Oriental. Esperemos.

Mientras tanto, los informes fidedignos concuerdan sobre las halagüeñas condiciones por que atraviesa hoy la vida económica del imperio alemán, que no sólo es la única nación beligerante que no ha declarado un *moratorium* general, sino que dispone además de cerca de dos billones de pesos (lo que le permite un gasto diario de $5.000,000.00 durante un año) y de alimentos *suficientes* para el primer año de guerra. No sólo no hay en Alemania ningún peligro *económico,* sino que sus condiciones financieras e industriales son satisfactorias y la situación por que atraviesa el imperio le permitirá continuar la guerra hasta su victoriosa y feliz terminación. ''Puede Alemania sostenerse a sí propia en cuanto a alimentos y provisiones militares. No hará ella la paz en términos que envuelvan desmembramientos o humillación, a lo menos hasta que no haya peleado por meses y hasta años'' *(Review of Reviews.* Oct. 1914). Y los socialistas y los obreros se unen, entusiastas, a los magníficos ejércitos que luchan heroicamente por la defensa nacional, por la gloria y por el porvenir de la nacionalidad alemana.

''Hay en Alemania abundancia de *trabajo* y sobrado *alimento* en todo el Imperio, cuyas condiciones financieras son florecientes y satisfactorias; su actividad industrial y productiva, espléndida y vigorosa'', ha declarado con cifras y datos

incontestables el vicecanciller y ministro del interior del imperio alemán, Clemens Delbrueck.

Alemania, preparada y poderosa, confía y espera el triunfo final y definitivo.

Mientras luchan en occidente el Príncipe heredero y el Gral. Von Kluck, combate sin descanso en la frontera Rusa el glorioso soldado Paul Von Beneckendorff und Von Hindenburg, conocido generalmente por el Gral. Hindenburg. Ilustres generales figuran al frente de los aguerridos ejércitos que luchan denodadamente en Europa: Von Kluck, Joffre, Auffenberg, Rennenkampf; pero ninguno acaso tan notable y afamado como el general Hindenburg.

Como *subalterno* a los 19 años de edad, lució Hindenburg su bizarría y su genio militar en la guerra austro-prusiana de 1866. En la batalla de Koniggratz tomó una poderosa batería austriaca con sólo cuarenta hombres. Una hazaña maravillosa.

Premiólo entonces Guillermo I con la insigne Orden del Aguila Negra, que sólo condecora a los más ilustres y caracterizados *generales.*

En la guerra franco-prusiana ascendió a capitán, señalándose valientemente en St. Privat y Sedán. Fué entonces condecorado con la Orden de la Cruz de Hierro, fundada en 1813, en la épica contienda contra Napoleón I.

Al comenzar la actual campaña contra Rusia, recibió Hindenburg una nueva condecoración. Fué ésta otra vez la Cruz de Hierro, pero una notable diferencia la distingue: la de hace 40 años, se *fabricó* con el hierro de los cañones franceses y llevó la fecha inmortal de 1870. Su nueva cruz de hierro será *hecha* con los cañones rusos y llevará otra fecha memorable: 1914.

En 1872 entró Hindenburg en la célebre Academia de Guerra (que confiere los nombramientos para el Estado Mayor), sobresaliendo por sus profundos conocimientos y sus extraordinarias aptitudes de *táctico* genial y sagacísimo. Y después fué, sucesivamente, Mayor, Teniente Coronel, Coronel de Regimiento, y General en Coblentz, primero, y en Karlsruhe y Magdeburgo después.

Por último, fué jubilado con grandes elogios en 1911, por acuerdo del Consejo de Guerra y el Emperador.

A él acudió el Emperador para la defensa y protección de la Prusia Oriental, donde acaso se decida el resultado definitivo de la espantosa contienda. El héroe insigne de 1866 y 1870, el invicto y glorioso soldado, abandonó su noble retiro para capitanear a los 68 años el incomparable ejército que combate, heroico y victorioso, a las fuerzas del Zar.

Un poderoso refuerzo de unos 150,000 hombres (los de Schleswig Holstein) ayudó eficazmente a detener y rechazar el avance de los rusos.

Para Jefe del Estado Mayor de Hindenburg, designó el Kaiser al Mayor Gral. Ludendorff, por muchos considerado el táctico más insigne y preclaro del ejército alemán. Fué Ludendorff quien planeó y dirigió el sitio de Lieja, la primera de esas sangrientas victorias a que deben los alemanes la conquista de Bélgica, hoy completada con un triunfo decisivo: la toma de Amberes.

Desde los comienzos de la guerra invadieron los alemanes la Polonia rusa y capturaron Lodz y Kalisch, importantes ciudades. El ilustre Hindenburg derrotó a los rusos de Rennenkampf y salvó la Prusia oriental. Sus resonantes victorias arrojaron a los rusos de la frontera alemana. Sin embargo, consiguieron debilitar a las tropas alemanas en Francia, y dos cuerpo de ejército alemanes abandonaron el campo francés para reforzar a Hindenburg y cinco para socorrer a los austriacos. De aquí el *cambio estratégico* de Von Kluck, que retrocedió a sus formidables posiciones entre el Oise y el Aisne, para *volver* después sobre París y batir a los aliados.



La terrible conflagración que hoy desangra a casi toda Europa, es la segunda después de la caída de Napoleón I, producida y precipitada por las mismas causas y antecedentes que la primera. Las mismas causas o necesidades que provocaron la primera guerra europea, después de las luchas Napoleónicas, han desencadenado la segunda. Casi idénticos motivos las impulsaron y produjeron. Esta segunda ha sido *efecto* y consecuencia de la primera, su resultado último y definitivo.

El estudio de aquélla *demuestra,* pues, el origen directo y fundamental de la guerra actual, y la explica cumplidamente.

Aludo a la famosa guerra de Crimea (1854 a 1856).

Algunos años antes (en la guerra ruso-turca, de 1828-1829) había firmado la derrotada Turquía el tratado de Adrianópolis, sometiendo su Imperio a la peligrosa influencia de la política rusa, y en unión con los griegos, *agradecidos* y atemorizados, y Moldavia y Valaquia, protectorado ruso, acató, complacida y dócil, la tutela moscovita.

Pero aspiró Rusia a la preponderancia y hegemonía en las provincias balkánicas, a la caída y desmembración del imperio Otomano, y sólo consiguió *resucitar* la cuestión de Oriente y provocar impíamente la guerra europea.

So pretexto de amparar a los cristianos de Turquía, *ofendió al Sultán* con un insultante ultimátum, y quiso imponerle un absoluto vasallaje. Por consejo y con la aprobación de Inglaterra y Francia, *contestó* Turquía con una rotunda negativa, y afrontó valientemente la guerra con Rusia, con la protección de aquellas dos naciones. En efecto, la hostilidad ruso-turca engendró la conflagración europea, la lucha formidable de Turquía, Francia, Inglaterra y Piamonte, contra Rusia.

Temía Inglaterra la expansión rusa en las cercanías de la ruta de la India, el predominio del Zar en la península balkánica. Su ambición y su interés le aconsejaban contrarrestar y combatir el victorioso empuje de la nación retrógrada y absolutista que amenazaba su arrogante poderío. Era Rusia una odiada y temida rival a quien *debía* vencer y humillar. La preponderancia británica, el imperialismo inglés, riñó implacablemente, con el agresivo expansionismo de la nación moscovita.

Análogas razones impulsaban a Napoleón III a la guerra contra Rusia. El Zar Nicolás I había ofendido su dignidad imperial en 1852, *negándole* el tratamiento de soberano, y había exacerbado el odio profundo que le merecieron siempre los altivos y encarnizados enemigos de su glorioso tío Napoleón I. Los tratados de 1815, vigentes en aquellos días, proclamaban arrogantemente la ruidosa derrota del gran Napoleón. Para su sobrino, joven fogoso y ávido de gloria, había llegado la ansiada

oportunidad de vengar inexorablemente la caída estrepitosa del incomparable guerrero.

En consecuencia, concertaron Francia e Inglaterra una poderosa alianza contra Rusia, comprometiéndose a no pactar *separadamente* con ésta, y a continuar *unidas* hasta el triunfo total y definitivo.

Fácil y pronta *victoria* de los aliados consiguió la evacuación de los rusos invasores de Moldavia y Valaquia. El pretexto invocado por Inglaterra y Francia—la evacuación de los Principados—estaba, pues, satisfecho; pero, sin embargo, la guerra continuó con la invasión de Crimea, porque Inglaterra y Francia necesitaban humillar y *debilitar* el poderío ruso y combatir triunfalmente la opresiva influencia del Zar en las provincias balkánicas. Para *oponerse* al predominio y contrarrestar la poderosa ingerencia del imperio ruso, intervinieron Inglaterra y Francia en la guerra ruso-turca, lo mismo que en la greco-turca de 1827. Un solo pensamiento dominó y dirigió a Inglaterra: la derrota y humillación de la altiva potencia que amenazaba seriamente el predominio universal de la Gran Bretaña (1).

Hoy es Alemania, no Rusia, la que amenaza y compromete la supremacía dominadora y absorbente, el insaciable expansionismo de Inglaterra, el formidable peligro contra el que lucha denodadamente el *imperialismo* británico.

Harto conocido es, por otra parte, el resultado de la guerra anglo-francesa contra Rusia. El congreso de París puso fin a la misma y concertó el célebre tratado de París, de 1856, que proclamó la neutralidad del Mar Negro, violada por Rusia en la guerra franco-alemana; restauró el *protectorado turco* en Moldavia y Valaquia y cedió a aquélla el territorio de Bessarabia, pertenencia rusa, *dominadora* del Danubio. El tratado de París demostró cumplidamente los móviles y fines de Francia e Inglaterra. Nada hicieron éstas por los cristianos de Turquía, sometidos a oprobioso despotismo; y si sacrificaron cientos de miles de vidas, no fué por cierto para resolver la cuestión de Oriente, sino para abolir el *protectorado ruso* en Moldavia y Valaquia,

---

(1) *Europe Since 1815*, por Charles Dourier Hazen; *The Continent of Europe*, por Leonel W. Lyde; *World's Politics*, por Paul S. Reinsch; *European History*, por Arthur Hassall.

rechazar a Rusia de las cercanías del Danubio y derrocar su hegemonía en la Europa oriental.

En 1876 tuvo efecto en Bulgaria la horrible matanza de cristianos que sublevó y consternó a toda Europa y mereció el nombre de las ''atrocidades de Bulgaria''. El espantoso degüello estremeció a toda la cristiandad y halló eco sincero y compasivo en todas las almas. El trágico suceso conmovió y afligió al pueblo inglés. El ilustre Gladstone abandonó su retraimiento para condenar indignado la infame carnicería, y publicó un folleto elocuentísimo titulado *The horrors of Bulgaria and the question of the East,* para anatematizar el bárbaro y oprobioso despotismo del imperio musulmán.

Pero el Gobierno de Inglaterra, *interesado* sobre todo en su política de condescendencia con Turquía, y atento a su rivalidad con Rusia, desoyó impasiblemente las generosas exhortaciones del gran orador, y repitiendo su conducta del año anterior, cuando el Memorándum de Berlín, sacrificó y subordinó el supremo interés de la paz europea, el porvenir y la felicidad de los cristianos esclavizados por el Sultán, a su política expectante. Y si la *opinión pública* le impidió defender a Turquía, tampoco intervino en favor de los oprimidos cristianos, que imploraron humildemente la *interesada* y nefasta protección de los rusos.

''La situación de los asuntos turcos'', declaró el Zar Alejandro II, ''es absolutamente intolerable, y si Europa no procede con firmeza y energía, me *veré* obligado a proceder solo para *bien* de la humanidad.''

Pero, en cambio, pidió y obtuvo Inglaterra la seguridad de que no ocuparían los rusos la codiciada Constantinopla, y las *garantías* que necesitaba para sus planes en Egipto. En el Guild Hall de Londres pronunció Lord Beaconsfield un agresivo discurso en el que amenazó a Rusia con una guerra decisiva, en defensa de los intereses británicos. Consiguió el Zar la celebración en Constantinopla de un Congreso internacional como última tentativa para evitar la guerra con Turquía; pero la sistemática oposición de la diplomacia inglesa, decretó el irremediable fracaso de sus gestiones. Mas, para asegurar su triunfo militar, necesitaba Rusia invadir a Rumanía para atacar pron-

tamente a Turquía, a lo que consintió aquélla, que creyó oportuno aliarse con Rusia. La victoria de Rusia fué rápida y decisiva, y fué inminente la toma de Constantinopla por las tropas del Zar. Entonces intervino enérgicamente Inglaterra y detuvo el avance moscovita. Aliándose con Austria, dispuso inmediatamente el envío de una escuadra a los Dardanelos, movilizó sus reservas, llamó a las tropas indias y se *preparó* para la guerra. El diplomático ruso Ignatieff, cometió un error gravísimo concluyendo con Turquía el célebre tratado de San Estéfano, en el cual se reconoció y proclamó la independencia de Servia, Montenegro y Rumanía, y creó un nuevo Estado—Bulgaria—con casi toda la Turquía Europea, entre Rumanía, Servia y Grecia. El resultado del tratado era la ruina de Turquía y el afianzamiento del poderío ruso, porque todas esas nacionalidades, creadas a expensas de Turquía por la victoriosa imposición de los ejércitos rusos, reconocieron y acataron la supremacía exclusiva del imperio moscovita. No es, pues, extraño que Inglaterra consiguiera, apenas firmado, la completa revisión del tratado de San Estéfano, bajo el pretexto de la paz general, negando la autoridad de Rusia para resolver por sí sola la eterna y candente cuestión de Oriente. Bajo los auspicios de Inglaterra celebróse en Berlín (1878) un congreso internacional bajo la presidencia de Bismarck. Los Delegados ingleses, Lord Beaconsfield y Lord Salisbury, no tenían otra consigna ni obedecieron a otro pensamiento que la tenaz y belicosa oposición a la *política* rusa.

El Congreso de Berlín rectificó fundamentalmente el tratado de San Estéfano, dividió la Bulgaria, creada por éste, en tres Estados diferentes, Macedonia, Rumelia Oriental y Bulgaria propiamente dicha, todas bajo el protectorado o el estrecho dominio de Turquía. El propósito de Inglaterra no fué, pues, defender y amparar a la tiránica Turquía, porque no sólo consintió en la ocupación por Austria de Bosnia y Herzegovina, sino que adquirió la isla de Chipre por el *interés de la paz europea.* En parte, fué el tratado de Berlín una partición de Turquía, con acuerdo de la nación que en 1856 declaró y garantizó la *independencia* e integridad del imperio Otomano.

El 3 de octubre de 1908 anunció Francisco José de Austria,

en cartas autógrafas a varios jefes de Estado, la anexión de Bosnia y Herzegovina a sus dominios imperiales.

De nuevo agitó a Europa la espinosa cuestión de Oriente, amenazándola con otra formidable conflagración como la de 1854. El conde Berchtold, actual canciller de Austria Hungría, entregó personalmente a Nicolás II la carta en que le anunciaba Francisco José la próxima anexión de Bosnia y Herzegovina, y muy poco después fué el Zar notificado por el propio Berchtold de la necesidad de sus buenos *oficios* contra la movilización Servia, para salvar a ésta de una invasión austriaca. Para intimidar y convencer a Nicolás II, fué necesaria la conminación del Kaiser alemán, que amenazó a Rusia con la cooperación armada de su ejército, obligado por su alianza con Austria Hungría. Cedió Nicolás II ante las amenazas austro-germanas, y negó a los servios la protección y el apoyo que aquéllos esperaban, consintiendo y aceptando la anexión de Bosnia y Herzegovina. Los servios impetraron entonces, como ahora, la eficaz cooperación de las fuerzas moscovitas; pero la impotencia de éstas después de su desastrosa guerra con el Japón, impidiólas defender a sus compañeros de raza y religión y desafiar la coalición austro-germana.

Durante muchos años habían manifestado los servios su ambición de restaurar el imperio de la edad media, con la unión poderosa y definitiva de Bosnia, Herzegovina y Montenegro, habitadas por la misma raza y educadas en los mismos sentimientos y aspiraciones. También anhelaba Servia la expansión occidental que la proveyese de puertos y mercados, para lo cual necesitaba imperiosamente la incorporación de Bosnia y Herzegovina.

¿Podía aceptar gustosa la afrentosa anexión, la nación a quien tanto iba a perjudicar y humillar? La anexión de Bosnia y Herzegovina a la monarquía austriaca, representaba para Servia el fin de sus posibilidades expansionistas, el fracaso de sus proyectos de reivindicación eslávica, contra la *usurpadora* aborrecida y poderosa; por eso protestó, arrostrando las eventualidades de una guerra peligrosa y desigual, y casi decidió la ruptura decisiva e inevitable con Austria-Hungría.

Una ardorosa agitación se apoderó de toda Europa, y ame-

nazóla con otra terrible conflagración. La conducta de Austria pugnaba abiertamente con el espíritu y las tendencias del tratado de Berlín; su altiva actitud desafiaba la oposición de las naciones que rectificaron el tratado de San Estéfano para restaurar el equilibrio balkánico y resistir la supremacía de Rusia, *sustituída* y humillada por Austria. Volvía a amenazar a Europa el fantasma de una conflagración general y volvían a confrontarla los peligros, las ansiedades y los encontrados intereses que impusieron y precipitaron la borrascosa contienda de 1854 y las zozobras e inquietudes de 1877. Las mismas razones que arrastraron a Inglaterra y Francia a la guerra contra Rusia, y que casi provocaron el rompimeinto entre Rusia e Inglaterra en 1877, debieron producir el conflicto poderoso de la Europa Occidental, aliada esta vez con Rusia y Servia contra la inesperada y temida rivalidad de Austria-Hungría.

Pero el Kaiser alemán dió a conocer a toda Europa los deberes ineludibles que lo unían estrechamente al imperio austriaco, y declaró su resolución irrevocable de proteger a los austriacos en el caso de una conflagración europea. No osó Europa combatir contra Alemania. Las derrotas sufridas por Rusia en su guerra con el Japón, habían desorganizado su ejército y empobrecido su hacienda, en términos de impedirla desafiar la alianza austro-alemana y desempeñar otra vez su papel de inflexible protectora de los eslavos balkánicos. Tampoco disponían Inglaterra y Francia de los indispensables recursos y la necesaria preparación para luchar triunfalmente con las dos grandes monarquías militares de la Europa Central.

Por eso no estalló la conflagración europea, no sobrevino la temida complicación que amenazaba a la Europa entera. El famoso Sir Edward Grey proclamó solemnemente la enérgica protesta de la Gran Bretaña y se negó rotundamente a sancionar la infracción del tratado de Berlín, pero accedió a la anexión de Bosnia y Herzegovina y respetó la paz europea.

La alianza austro-alemana había herido la arrogancia moscovita, tanto más que sus derrotas militares en el extremo Oriente, porque eran ahora sus vecinos quienes la amenazaban y humillaban; fué tal la indignación *nacional*, que la animadversión, la rencorosa hostilidad del Zar, condenaron a Berchtold, el em-

bajador austriaco, al ostracismo, y lo obligaron a renunciar para ser nombrado poco después lo que es hoy: canciller de la monarquía dual. También aplazó Inglaterra su desquite y esperó, astuta, la funesta oportunidad que encendiera nuevamente la conflagración europea, provocada otra vez por la "Cuestión de Oriente".

* * *

La guerra austro-servia proporcionó la ansiada oportunidad. El episodio de 1908, ha culminado al cabo en una espantosa conflagración. La guerra actual se deriva y arranca de la tempestad de 1908, que terminó pacíficamente por la imperiosa mediación de Alemania, dejando en pos una infausta secuela de odios, agravios y rencores.

Había negado Rusia el apoyo suplicado por Servia en 1908, por sus desastrosas condiciones militares y políticas; pero, ahora, acudía presurosa a socorrer a los servios y provocaba a Austria, porque si ésta contaba, como en 1908, con la poderosa protección de Alemania, tenía Rusia la seguridad de *arrastrar* a la guerra a Inglaterra, que no había *querido* la lucha en 1908.

Inglaterra veía en Austria una poderosa rival, la sustituta de Rusia en el predominio y hegemonía de los Balkanes; por eso le urgía combatir el empuje austriaco hasta *reducirlo* a la impotencia. De aquí la insistencia con que quiso doblegar a Austria, proponiéndole un pacto de arbitraje vejatorio para con Servia, y una transacción humillante con Rusia. Pero Austria contaba con la decidida cooperación de Alemania, que, oponiéndose a las instancias de Inglaterra, proclamó el carácter íntimo y *privado* del conflicto austro-servio, que no podía someterse a un arbitraje internacional, como quería Inglaterra, sin mengua y desdoro de la dignidad austriaca. Por eso exigió el Kaiser la localización de la guerra austro-servia, bajo la amenaza de su intervención *a favor* de Austria. Inglaterra necesitó entonces un motivo irrefutable, una justificación para combatir contra Alemania y Austria. La invasión belga fué el motivo de su ruptura con aquélla, que, al apoyar a Austria, defendía sus altos intereses, su porvenir y su grandeza contra la agresión moscovita. La agresión de Bélgica por los alemanes,

representaba un serio peligro para el poderío inglés, y una grave amenaza que urgía rechazar. Había sonado la hora decisiva de la lucha anglo-alemana.

¿Se ve la estrecha relación, el nexo preciso que enlaza la terrible conflagración que hoy agita y espanta al mundo, con aquellos sucesos que produjeron la primera guerra europea de la caída Napoleónica, y que han venido siendo la palpitante y candente actualidad de la política europea durante más de un cuarto de siglo?

La guerra actual es, evidentemente, la renovación, la crisis definitiva de la cuestión de Oriente; quizás la consecuencia última y decisiva de ese pavoroso conflicto.

Pero, si es esa la causa fundamental de la actual conflagración, no es ciertamente la única. Otros problemas la complican y agravan.

La guerra actual obedece a ciertos móviles y concausas, que la distinguen profundamente de la primera guerra europea de que hablamos antes. Nuevas influencias, tan poderosas como la cuestión de Oriente, la impulsan y dirigen. Una *cuestión europea* más grave y premiosa, más urgente e importante, si cabe, que la *cuestión de Oriente,* la desencadenó. Otra concausa influyó, en fin, en la producción del terrible drama: la implacable rivalidad, la profunda enemistad que une al Panslavismo ruso, el poderío británico y la *revanche* de los chauvinistas franceses, contra el empuje y prepotencia del progreso y la civilización germánicos.



Los partidarios de la Triple Entente, proclaman ruidosamente el fracaso de la diplomacia alemana. En un artículo del Sr. José Agustín Martínez, publicado en el número de CUBA CONTEMPORANEA del presente mes, se dice lo siguiente: "Si Napoleón III había logrado enemistarse con todas las potencias de Europa al comenzar la guerra del 70, la soberbia alemana ha realizado en nuestros tiempos una obra semejante".

Pero ese fracaso ha sido irremediable, necesario. No creo que haya hecho frente Alemania a una "conflagración general contra su absorbente pangermanismo"; no ha sido la gran

nación, una de las más cultas y civilizadas del mundo, quien ha provocado ''orgullosamente'' el conflicto actual. Es Europa, coligada para *arruinar* la prepotencia germana, la que ha desencadenado la horrible tempestad.

Cuando, el 15 de junio de 1888, sucedió Guillermo II a su ilustre padre el emperador Federico, que sobrevivió unos cien días a su augusto padre el gran Guillermo I, Europa temió la explosión violenta de la *conquista* pangermánica. Guillermo II, joven de 29 años, entusiasta e impulsivo, brillante, ambicioso, educado *en el ejército* y *para el ejército,* amante fervoroso de los magníficos hechos de armas y las glorias militares, pareció presagiar el trágico comienzo de un desatentado *Napoleonismo,* tan inverosímil como desastroso.

Su primera proclama fué para el ejército, sus primeros discursos fueron exhortaciones calurosas a las tropas alemanas y cánticos entusiastas a sus glorias incomparables. Había reinado muy poco tiempo su venerable padre; así es que *sucedía,* puede decirse, Guillermo II a su abuelo el *primer* Emperador de la Alemania unificada, y vencedora de Francia, Austria y Dinamarca, que heredaba y continuaba el ardoroso empuje que inmortalizó el glorioso reinado de Guillermo I. Dos años después de su ascención al trono, exigió Guillermo II la *retirada* de Bismarck, quien renunció su alto cargo por orden enérgica y terminante del fogoso monarca, que no quiso *primeros ministros* ni cancilleres autónomos y omnipotentes, y sí *gobernar* solo, ser realmente el Emperador.

Muy pronto desmintió Guillermo II los sombríos augurios que acompañaron su ascención al trono. De su espléndida administración y de los admirables progresos realizados por Alemania bajo su reinado, trataré acaso detalladamente en otro artículo. En éste sólo me refiero a la política exterior de Europa.

Cuando celebró Alemania su 25°. aniversario, el mundo entero aclamó al Kaiser como la personalidad más poderosa e influyente con que contaba el *pacifismo.* Cuantas veces había amenazado a Europa el fantasma de la guerra, había intervenido Guillermo II en pro de la paz y la conciliación.

En aquella ocasión entonó la humanidad entera una loa entusiasta en honor del ''Gran Señor de la paz universal''; y

Andrew Carnegie, el ilustre pacifista norteamericano, y Mr. Fried, célebre internacionalista premiado recientemente con el premio Nobel, elogiaron y enaltecieron la noble labor de Guillermo II.

En 1895, cuando la apertura del Canal de Kiel, había declarado el Kaiser: "todos los ojos se fijan en mí. El clamor general exige el mantenimiento de la paz, porque sólo con ella puede desarrollarse y prosperar el mundo. Mi deseo es sostener la paz y así lo haré siempre."

Y en efecto, durante 26 años gozó Europa de una paz fecunda y provechosa, protegida por el Kaiser, que no sólo no desenvainó la espada, sino que laboró generosamente por el triunfo de la paz y la armonía internacional. "Mi deber ha sido promover la paz y asegurarla firmemente, porque la paz de mi país es cosa sagrada para mí", declaró el Kaiser en solemne ocasión. "El mundo civilizado", díjole al Kaiser el ilustre Andrew Carnegie, "se inclina reverente ante Vuestra Majestad, y eleva hasta vos, por ser vos el conservador de la paz universal, su agradecimiento y sus felicitaciones. Todo el mundo es vuestro amante deudor. Ojalá viváis mucho tiempo, y lleguéis a la vejez venerado universalmente por vuestra pura e inmaculada historia".

Y no es esa una apología declamatoria y falsa. La historia de la política exterior de Guillermo II, prueba elocuentemente su verdad y exactitud.

* * *

En los tratados de Praga y Francfort, señaló Bismarck la orientación definitiva de la diplomacia alemana. El mantenimiento de la amistad con Austria, la recelosa desconfianza de Francia, esas fueron las dos inspiraciones fundamentales de la política bismarckiana, y para ello concibió el gran estadista la *Entente* con Austria, la estrecha intimidad que produjo muy pronto la alianza de 1879. En Versalles escribióle a Beust, el famoso ministro austriaco, proponiéndole una alianza entre Austria y Alemania, invocando las comunes necesidades, los lazos de historia y raza que unían a las dos grandes potencias

militares. Asintió Beust y envió al mariscal De Gablenz para que saludara efusivamente a Guillermo II a su regreso de Versalles, y los emperadores de Austria y Alemania, en compañía de Beust y Bismarck, confraternizaron en Gastein, en medio de la mayor cordialidad y armonía. Las célebres entrevistas de Ischl y Salzburg entre Francisco José y Guillermo II completaron definitivamente la sólida y fecunda alianza de Austria y Alemania.

La rivalidad entre Austria y Rusia era notoria e inevitable, pues Austria necesitaba mantener la seguridad de su frontera y asegurar su integridad territorial contra las ambiciones de Servia y la peligrosa ingerencia de Rusia, que amenazaba a Austria con la soñada *reivindicación* de los eslavos y la imposición de la hegemonía moscovita.

Y la integridad austriaca, la conservación del poderío e influencia de la monarquía dual, era absolutamente necesaria para la prosperidad y grandeza de la propia Alemania, porque si sucumbía Austria en su inevitable lucha con Rusia, sería segura la desaparición o humillación de la raza germana y la caída definitiva de su preeminencia y *superioridad* ante el empuje arrollador del Panslavismo ruso.

Por eso, en la necesidad de *escoger* o preferir la alianza de Austria o la solidaridad con Rusia, *optó* Bismarck por la primera, y en el Congreso de Berlín de 1878, apoyó sin vacilación la victoria diplomática de Austria-Hungría.

No obstante, aspiró Bismarck a una fecunda y cordial inteligencia con Rusia, que si no consiguiese la alianza formidable de los tres emperadores de la Europa oriental, asegurase al menos la amistad temporal de Rusia y Alemania. Facilitaban los planes de Bismarck, la profunda intimidad que unía a Guillermo I y al Zar Alejandro II, quienes estrecharon sus manos en Viena en 1873 y concertaron una *entente* cordial, "contra la revolución social" y el chauvinismo francés.

Sin embargo, la hostilidad rusa se reveló en la prensa de San Petersburgo, que propagó los rumores de una guerra contra Alemania y una coalición agresiva con Francia.

En 1881 muere Gortchacoff, enemigo recalcitrante de Alemania, a quien no perdonó la traición de 1878, y le sucede en

el gobierno ruso el ilustre De Giers, espíritu pacífico y conciliador. Por mediación de De Giers, concurrieron el Zar y el emperador alemán a una importante entrevista en Danzig, cuyo satisfactorio resultado indujo al famoso diplomático a una visita oficial a Berlín para restaurar la buena armonía entre Rusia y Alemania. Pero todo fué inútil. En aquellos días falleció el célebre panslavista Skobeleff, y Deroulède, jefe de la Liga de Patriotas de París, acude presuroso a depositar una corona en la tumba de Skobeleff, en medio de las delirantes demostraciones de los *enemigos* de Alemania. La amistad personal del Zar y el Emperador, consiguió restablecer la aparente armonía de Rusia y Alemania, que en 1884 concertaron una ''benévola neutralidad'', en la que se comprometieron a no atacarse mutuamente en el caso de una guerra de cualquiera de las dos con Inglaterra. Pero eso era sólo en la apariencia *oficial,* pues tanto la prensa rusa como las manifestaciones de sus oradores y publicistas, proclamaban francamente su implacable odio, su profunda hostilidad contra la aliada poderosa de Austria-Hungría. En toda Rusia se atacaba a Alemania, en la prensa, en el libro, en la tribuna; y a cierta delegación de Montenegro hubo de declarar el propio Zar la posibilidad de una guerra *temida* e inevitable; y tanto él como los diplomáticos rusos, llegaron a *insinuarle* a Francia la ventaja y necesidad de una alianza contra Alemania.

Con motivo de los fracasos diplomáticos de Rusia en los Balkanes, principalmente en Bulgaria, hubo quienes falsificaron unos documentos (los llamados documentos búlgaros) en que se inventaron unas intrigas de Bismarck, inspiradas contra Rusia. La falsedad de esos documentos quedó pronto demostrada, y se le atribuyó procedencia francesa. El propio Bismarck visitó al Zar en 1887, para desvirtuar el deplorable efecto de aquello, y restauró la *armonía oficial* entre Rusia y Alemania, sin resultado halagüeño. La discordia, la hostilidad nacida desde hacía tiempo, creció y acentuóse; el gobierno ruso ofendió a Alemania con el envío de tropas y municiones de guerra a su frontera de Silesia y Galitzia, y propagáronse con tanta insistencia los rumores de guerra, que Bismarck *temió* el ataque decisivo de sus vengativos enemigos, y dispuso inmediatamente

los preparativos militares que había querido reservar hasta el último momento. En una memorable sesión del Reichstag, del 9 de septiembre de 1887, solicitó Bismarck un aumento militar de 700,000 hombres; el 3 de febrero de 1888 publicó la alianza con Austria, que había mantenido secreta hasta entonces, y el 6 pronunció un notabilísimo discurso donde aludió francamente al peligro de una guerra con Rusia. El gran estadista indicó la necesidad de una poderosa *defensiva* contra las *amenazas, insultos* y *provocaciones* de la prensa y la opinión pública del imperio moscovita, y anunció la posibilidad de la *guerra* ''Esas amenazas, dijo, no conducen a nada. Esas amenazas que provienen no del Gobierno, sino de los periódicos, son increíblemente *estúpidas* cuando se recuerda que una potencia grande y orgullosa como el imperio alemán, no puede ser intimidada por los ataques periodísticos, por combates palabreros. Pero los *gobiernos* responden de las injurias gratuítas de sus periódicos, que puede reprimir la decisión del Gobierno provocador. Fácilmente se nos puede conquistar—quizás demasiado fácilmente—con amor y buena voluntad. Nunca con amenazas.''

''Los alemanes tememos a Dios y a nadie más en el mundo.''

''El temor de Dios nos hace amar la paz y nos obliga a sostenerla. El que quiera alterarla audazmente, habrá de habérselas con el ardimiento guerrero de aquella Patria que en 1813 alistó a sus ejércitos la población entera del entonces pequeño y débil reino de Prusia; y tendrá que combatir contra ese patriotismo que es hoy la herencia común de toda la nación alemana, que luchará heroica y unida, en la seguridad de que cada uno de sus guerreros llevará en el corazón la fe firmísima de que Dios nos acompaña.''

El discurso de Bismarck despertó los entusiasmos guerreros del pueblo alemán y lo preparó y excitó a la guerra contra Rusia. Pero el Zar contuvo prudentemente los arrebatos panslavistas y evitó por el momento la guerra contra Alemania.

Cuatro meses después del famoso discurso de Bismarck, ocupó Guillermo II el trono alemán. La ocasión le brindaba la anhelada oportunidad de probar elocuentemente sus nobles y pacíficas intenciones.

El primer *acto* con que sorprendió al mundo y enojó al glo-

rioso Canciller, fué una visita al Zar. El Emperador quiso poner término a la peligrosa agitación y ensayar una tentativa de paz y conciliación.

Sin embargo, en 1891 volvía el Zar de un viaje de recreo a Dinamarca, y regresó a Rusia sin devolver la visita a Guillermo II. A la cortesía y cordialidad del emperador alemán, contestaba el Zar con una provocación, y la prensa rusa comentó capciosamente el desaire del Zar, señalando el caso a la maléfica satisfacción de los franceses y encareciendo el *apoyo* del tesoro francés para atacar triunfalmente a Alemania.

Por fin devolvió el Zar la visita imperial, cediendo a las quejas y los resentimientos de la nación alemana.

Decididamente la *hostilidad* de Rusia era un hecho irremediable, previsto y aceptado por Bismarck; sólo esperaban los rusos la deseada oportunidad de luchar con Alemania.

Los libros de Noussanne y Berard, citados en mi artículo anterior, reconocen lealmente las generosas iniciativas, las amistosas y conciliadoras tentativas del Kaiser.

La *hostil* acogida de una visita del Kaiser al Zar de Rusia, provocó la protesta alemana. No volvió el Kaiser a San Petersburgo, para evitar una ruptura al fin inevitable. Cuando la ascención de Nicolás II al trono, envió su calurosa y cordial felicitación al Zar y en lo adelante siguió abogando constantemente por la paz y conciliación de los dos imperios.

La unidad alemana había sido *obra* de la fuerza, había sido creada con *sangre y hierro.*

El *medio,* el instrumento de su grandeza, había sido el *ejército* y sólo el ejército. Por eso anheló Guillermo II el magnífico desarrollo de ese poderío militar sin paralelo en el mundo, y procuró afanosamente el engrandecimiento y perfección de esa pujanza militar a que debía su existencia y respetabilidad el imperio germano. Sólo el ejército podía sostener y afianzar la prosperidad y grandeza del imperio.

''No sólo cree el Emperador en la fuerza, sino que todos los alemanes sustentan el mismo credo. Todos los alemanes sirven en el ejército, no porque su Kaiser lo desee, sino por la convicción nacional de que ese es el único sacrificio que puede garantirlo contra la invasión extranjera. El servicio obligatorio es

la institución más popular en Alemania, y si existen quejas contra determinados abusos del ejército y muchos aspiran a la reducción del período obligatorio, no hay gobierno alemán que ose suprimirlo completamente'', dice un autor norteamericano, Poutney Bigelow, en su libro *The German Emperor and his easter neighbour,* el que encarece la necesidad del militarismo alemán, no menos poderoso que la preponderancia naval de Inglaterra y no mayor que el que opondrían los Estados Unidos a todo peligro que amenazara devolver a Méjico Texas o Arizona. Necesitaba Alemania oponer a la *venganza francesa,* aliada poderosamente con el odio de los moscovitas, el poderío incontrastable de una organización militar invencible y arrolladora.

Pero, sin embargo, laboró el Kaiser por la paz y la cordialidad internacional, y se manifestó conciliador con sus rivales y enemigos. No se unió a la *protesta* de las potencias contra Rusia, cuando aspiró ésta a la ocupación de Manchuria a raíz de la guerra chino-japonesa. Y durante la guerra ruso-japonesa, reveló *extraoficialmente* su adhesión y simpatía por los rusos, y apoyó *confidencialmente* al imperio moscovita, con el que concertó un tratado comercial en 1904.

No menos cordial y benévola fué su actitud con los franceses. Como se sabe, aspiró Francia en 1874 a la anexión de Bélgica, como compensación por la pérdida de Alsacia y Lorena. Así lo declararon Thiers y el Duque de Broglie (2). Tan sólo protestó el Kaiser por medio de su embajador en París; y no obstante la arrogante provocación del Gobierno y del pueblo francés, aceptó generosamente la cordial mediación de la reina Victoria, que interpuso su poderosa influencia para que depusiera Francia su *agresiva* actitud y evitó otro desastre para Francia.

En 1886 empeoró la situación el movimiento boulangista. El brillante Boulanger obtuvo rápidamente la simpatía y adhesión del ejército, y conquistó una efímera y borrascosa popularidad. En menos de cinco meses fué elegido siete veces para el Parlamento y obtuvo últimamente una mayoría de 80,000 votos; fué casi un ídolo popular, y sobre todo, fué el fogoso

---

(2) *Contemporany Europe, Asia and Africa;* by Charles Mc Lean Andrews.

representante de las exaltaciones tumultuosas, las impaciencias febriles y airadas de los jacobinos y chauvinistas, que todo lo posponían a su desatentado delirio de revolución y reconquista. Para ellos *personalizaba* Boulanger su sed de venganza, sus odios y sus rencores.

Por fortuna declarólo el Gabinete fuera de la ley, e influído por el *temor* de una guerra con Alemania, lo acusó ante el Senado constituído en tribunal de justicia. Huyó Boulanger, como se sabe, a Bélgica, y acabó por suicidarse.

En 1893 acudió a Tolón una escuadra rusa, y el entusiasmo popular aclamó frenéticamente a los marinos rusos y demostró su cólera y su encono contra el Kaiser, que en los mismos días pronunciaba en Metz el elogio caluroso de los gloriosos vencedores de 1870 y dedicaba un patriótico y sentido recuerdo a los héroes de Metz y Sedán. El odio francés culminó, al cabo, en la hostilidad con que fué recibida en París la emperatriz Federica, madre del Kaiser, que huyó precipitadamente de la capital francesa entre las demostraciones irrespetuosas de la "Liga de los Patriotas".

Pero el Kaiser demostró por *tercera* vez su benévola condescendencia y se contentó con las severas represalias de Alsacia y Lorena, que cerró completamente al turismo francés, si bien levantó a los pocos meses la *irritante prohibición.*

En 1896 fué ultimada la alianza ruso-francesa, después de las delirantes ovaciones a Nicolás II en París, quien completó y estrechó la *inteligencia* de naciones tan antitéticas y discordes, enemigas irreconciliables un tiempo, fundidas en un solo sentimiento y una única solidaridad: la oposición y la hostilidad a Alemania.



He dicho que la política bismarckiana señaló en los tratados de Praga y Francfort los derroteros definitivos de la diplomacia alemana. Fué el gran estadista quien pactó la alianza de Austria, Italia y Alemania. La ocupación de Túnez por los franceses, había ofendido a Italia y despertado la hostilidad de ésta; a tal extremo, que pudo Mancini, su ministro del Exterior, combatir victoriosamente las peligrosas agitaciones de los

irredentistas. El primer ministro italiano, Crispi, fervoroso admirador de Alemania y partidario entusiasta de la Triple Alianza, visitó a Bismarck acompañado del Conde Kalnoky, canciller austriaco, para aprobar definitivamente, en la célebre entrevista de Fiedrichsrute, los últimos detalles de la poderosa alianza de los tres grandes Estados de la Europa Central.

Por eso cultivó el Kaiser la estrecha amistad de Austria e Italia; y en una visita del rey Humberto a Berlín, demostró su ardorosa simpatía por la patria gloriosa de Cavour y Garibaldi, y probó su adhesión y complacencia por la Triple Alianza.

Pero, a partir de 1890, inició el Kaiser la política *pro inglesa,* que lo separa profundamente de la diplomacia bismarckiana.

En 1889 visitó a la reina Victoria, su noble abuela; y en los banquetes oficiales, en sus manifestaciones públicas, demostró sus deseos en pro de la paz y cordialidad de Inglaterra y Alemania.

Con la cooperación de Leo von Caprivi, el sucesor de Bismarck, laboró activamente por la *entente* con Inglaterra.

En 1890 concertó un acuerdo o inteligencia que le devolvió la isla de Heligoland, la antigua pertenencia de Alemania, lo que tanto ambicionaba Bismarck. Lo que Gibraltar para España, representa para Alemania la posesión de la bella isla que protege sus costas; su readquisición por un concierto pacífico y amistoso, fué un verdadero triunfo para el Kaiser, que no sólo consiguió lo que había constituído el fracaso de la política bismarckiana, sino que restauraba y fortalecía la noble inteligencia que unió tanto tiempo a las naciones de Blucher y Wellington.

En la misma *entente* de 1890 y en las que le siguieron, *pactó* el Kaiser las provechosas transacciones que convinieron con Inglaterra el reparto de las debatidas "esferas de influencia" del continente africano.

En 1904 selló con Inglaterra otro pacto fecundo, que concertó la *intervención* de ambas en Venezuela y estrechó con tanto éxito las amistosas relaciones entre Inglaterra y Alemania, que hubiera completado la *entente* cordial de las dos naciones, si la ocupación de Egipto por los ingleses no hubiera obligado a éstos a aceptar y garantir las *ambiciones* francesas en Marruecos y a pactar con Francia la famosa *entente* anglo-francesa.

¿No ha procurado Alemania *evitar* e *impedir* el fracaso *forzoso* de sus generosas y conciliadoras tentativas?

***

"El observador imparcial que mire más allá de la *ocasión* inmediata del actual conflicto", dice profundamente Kuno Francke, eminente profesor de "Cultura alemana" en la universidad de Harvard, "comprenderá sus causas fundamentales y llegará a la conclusión de que Alemania ha sido obligada a *luchar por el mantenimiento de su existencia.*"

Y añade Francke:

Es un hecho indiscutible que la unidad y consolidación del imperio alemán contó desde un principio con la decidida oposición de Francia, que, en su intento de impedir la unidad alemana, provocó la derrota de 1870. Durante cuarenta y tres años la política alemana ha procurado el olvido, por parte de Francia, de la pérdida de dos provincias que poseídas por los alemanes hasta el siglo XVII, fueron conquistadas por Francia en la época de Luis XIV. (3)

Patrocinó Alemania la expansión colonial francesa en Conchinchina, Madagascar, Túnez, y renunció, por Francia, a la influencia alemana en Marruecos. En la misma Alsacia y Lorena ha introducido Alemania la amplia autonomía que había negado Inglaterra a Irlanda.

Mientras probaba Alemania su buena voluntad y sus deseos pacifistas, le demostraba Francia su irreconciliable enemistad y los intelectuales franceses mantenían vivo el odio y la discordia contra Alemania.

El otro enemigo que amenaza la destrucción de Alemania, es Inglaterra.

¿Puede decirse que la hostilidad inglesa ha sido provocada por la agresión alemana? Es cierto que Alemania ha construído una armada poderosa; pero lo mismo han hecho Japón, los Estados Unidos, Francia e Italia. ¿Ha atacado Inglaterra a esas naciones? ¿Por qué, pues, se considera a la armada alemana como una siniestra amenaza contra Inglaterra? ¿Ha amenazado la diplomacia alemana el poderío inglés? ¿Ha adquirido Alemania algunas colonias en Africa y el Extremo Oriente? ¿Pero qué son, Cameroon, y Dar-Es-Salaam, y Kiau Chau, comparados con las posesiones coloniales de las otras grandes potencias? ¿Dónde ha desarrollado Alemania una agresión colonial que pueda

(3) Refiriéndose a Francia dice Bigelow en su libro antes citado, que desde «los salones del Faubourg de St. Germain hasta Montmartre se agita un solo sentimiento: la vanidad herida de los franceses; por consiguiente, no puede esperar Europa la paz completa hasta que no haya sido vengada la vanidad francesa».

compararse con la sojuzgación de las repúblicas sudafricanas, la conquista italiana de Trípoli y la expansión francesa en Argelia, Túnez, Marruecos?

¿Cuál es la razón de esta hostilidad de Inglaterra contra Alemania, de su incesante esfuerzo para debilitarla y arruinarla? No es ciertamente la existencia de la armada alemana como su rivalidad con respecto al comercio alemán, que ha despertado los recelos de Inglaterra. Lo que ha hecho la Armada ha sido unir el temor a este odio; pero si no hubiera habido armada alemana y no hubiese existido ese temor, la hostilidad inglesa hubiera estallado antes de ahora, porque la historia de los últimos trescientos años prueba concluyentemente que Inglaterra ha considerado siempre como su mortal enemiga a cualquier nación que ose competir su supremacía industrial y comercial; primero España, después Holanda, después Francia, y ahora Alemania. Aunque Inglaterra ha propuesto repetidamente a Alemania ciertos *arreglos*, su propósito ha sido siempre perpetuar su abrumadora preponderencia, para poder en cualquier momento destruir la rivalidad comercial con Alemania. *Aparentemente*, ha llegado ya ese momento. *(New York Times*, agosto 23, 1914.)

Tal es el punto de vista alemán.

Aun va más lejos el ilustre profesor Hugo Munstenberg, catedrático también de la Universidad de Harvard: ha escrito recientemente un libro interesante, *La guerra y América,* en que corrobora elocuentemente las frases de Francke. El ilustre publicista estudia preferentemente el conflicto ruso-alemán y resume así sus profundas consideraciones, con las que terminaré este artículo: ''Alemania lucha en esta guerra contra la barbarie eslava, y verdaderamente combate por Inglaterra y Francia tanto como por sí misma; es ésta, fundamentalmente, una guerra contra la brutalidad y a favor de la cultura alemana, en la que será Rusia la triunfadora si vencen los aliados, y después de dominar a Europa, amenazará a Asia, libertará la India y conquistará Australia y Canadá''.

José Enrique Montoro.

Octubre, 1914.

VALORES INACTUALES

MONTAIGNE Y LA MUJER

Es un placer algo doloroso y hasta romántico estudiar las evoluciones del pensamiento negativamente; no en los que construyen el nuevo ideal, sino en aquellos últimos representantes de una pléyade literaria que, por la edad, escuchan ya los gritos de los venideros, mas por la educación simpatizan aún con los de ayer. Ellos registran también los nuevos valores, pero por reacciones inactuales. Si otros espían el día naciente con los ojos fijos en la aurora, ellos lo presienten, vueltos aún hacia el crepúsculo del día anterior. Del carro de la vendimia caen racimos que se aprestan a recoger los que van a pie. Algo va quedando en el camino que para una o dos generaciones humanas no ha de volver: no es, por cierto, lo menos sazonado y nutrido. Nuestros abuelos, con metáfora que recuerda las amarillas estampas de sus libros, dirían que es la suerte, no la justicia, quien rige las riendas de la fama. Intentan crear un nuevo ideal las almas jóvenes: de optimismo, de fuerza viva, de mucha acción, quizá de muy poca meditación. Hay, sin embargo, quien consagra sus horas a los sacerdotes del puro deleite intelectual: un día a Renan y otro a Montaigne. Ayer, una conferencia de Lasserre, hoy un libro de Joachim Merlant, profesor en Montpellier: *De Montaigne a Vauvenargues, ensayo sobre la vida interior y la cultura del yo*. La obra es, en su mayor parte, aprovechamiento no disimulado de obras anteriores. Inútil, pues, alardear de malicia descubriendo sus fuentes: Gustave Reynier, Strowski, Villey y otros, entre los cuales, aun cuando no se dijera, naturalmente que se encuentra Sainte-Beuve.

''Déjese de considerar la dicha como una presa''—nos dice

el autor—; "téngasela por el fruto delicado de una práctica diligente. Esto conduce al renunciamiento. Vida interior: cultura del yo. Aquélla despierta la idea del ascetismo: ésta, la del arte. Y ambas responden a una concepción aristocrática de la vida". El libro resulta un poco triste y, en rigor, no es fuerza leerlo. La evolución espiritual de Montaigne está dibujada en fáciles páginas: nos hace pensar.

I

Montaigne, retirado de los negocios públicos a los treinta y ocho años, se da por completo al cultivo de su soledad, al ocio con letras, a la busca del yo. Comienza—todas las iniciaciones son pedantescas, académicas—, por un estoicismo cuya rigidez repugna a su naturaleza flexible y ligera. Atraviesa, después, una aguda crisis de pirronismo que algunos, sin razón, consideran como el término de su desarrollo. Acaba, finalmente, en algo que por personal no tiene nombre hecho: esfuerzo perfecto de intelección; claro anhelo de dominar, con el regocijo de entenderlo, el mal incurable de existir, de sentir. Realizando uno de los tipos del poeta crítico, ha descubierto que su inteligencia es, en sí misma, una especie superior de alegría. El sabio, dirá Schopenhauer, no conoce el aburrimiento. ¡Ay!, en el fondo plácido de aquella existencia duerme la posibilidad, la certeza potencial de una tragedia sin catarsis. Montaigne cerró la llave al misterio. Huyó de la melancolía, la negó, la rechazó siempre: sabía que una gota de dolor deja sabor eterno. Encastillado en su biblioteca, la ensordeció con tapices y cortinas: el canto de la Sirena no pudo llegar hasta él. Seguramente que no era músico: la música, según Spinosa, es pretexto de melancolías, y, en todo caso, el sentido de la musicalidad es arrebatador y disolvente. Es perverso,—cuando no se reduzca a aquellas rudimentales modulaciones con que el hábil Quirón enseñó a marchar al niño Aquiles. Es tentador: quien una vez lo ha experimentado, se le entrega sin resistirle más. Nietzsche, huyendo de Wagner, huye del ensueño y de la tristeza, de la niebla espiritual; deja la brumosa Europa Atlántica, busca el sol del Mediterráneo. Montaig-

ne, por su parte, clarifica diariamente en su alma aquella clásica alegría bordelesa que tanto se parece al sol. Alegría del buen vino, de los buenos libros; concepto naturalista del hombre, sin tortuosas exigencias: sana inclinación, fáciles discursos y memoria llena de sorpresas. ''Gracias a esta facultad de olvido''—ha escrito—, ''los lugares y los libros que reveo me sonríen siempre con fresca novedad''.

Montaigne cerró la llave al misterio: por las hendeduras de la puerta, por el ojo de la llave fluyó entonces hacia Montaigne el hondo misterio de su ser, como entra el agua del mar por la ensambladura de la barca. Él mismo nos cuenta que su paz y su lucidez estuvieron constantemente en peligro, y que sólo consiguió salvarse por una labor calculada y también constante. Es como decir que vivió en un voluntario engaño, frágil bovarismo de cristal: un choque más rudo con las realidades morales, lo hubiera hecho trizas sin merced. Algo de pobreza, algo de música—un violín colgado a una pared desnuda—, lo hubieran derrotado quizá. Por eso el exuberante y enfermizo Rousseau lo ha llamado *el falso sincero.*

Triunfo apolíneo, éxito de la apariencia, estas existencias trabajadas como sonetos parnasianos, como candeleros de Benvenuto, tienen, a veces, el encanto trágico de las flores: sutil equilibrio de lo efímero, ¡cuánto engaña el ostentoso aparato de su bienestar! ¡Cuánto no las supera, entonces, aquel fatigoso vivir en que todas las tempestades morales han pintado su latigazo y que se redime, por eso, a la vibración de sus dolores! San Agustín lo decía con fuerte palabra: las perfecciones impasibles, ni a la misma divinidad seducen: el dios nos quiere pecadores y arrepentidos, probados en la guerra ética del mundo. Gœthe, Gœthe mismo, en la ascendente carrera de antorchas de su vida, ¿qué mucho si, para defensa propia, aceptó la máscara inflexible o la coraza que no se pliega al mandoble? Paralelamente a su existencia, a través de aquella obra más o menos externa con que quiso apaciguar el eco de sus explosiones juveniles, dejó resonar la obra inacabable, comentario de sus días y ley verdadera de su espíritu: los sueños febriles y aterradores del *Fausto,* tan sublime como Satán.

¿Qué faltó, pues, a Montaigne? Cuando abandona las ambi-

ciones del mundo, la vida se le reduce al espacio de su biblioteca. No necesita más espectáculo que el de su alma y el de sus libros. Uno que otro amigo con quien charlar, tiene sólo aquel valor transitorio que tienen los comentarios de lápiz al margen de las páginas. Exceptuemos, sin embargo, a Etienne de la Boetie, de cuya muerte nunca se podrá consolar, y perdonémosle muchas de sus incredulidades, siquiera por haber conservado, en aquel ambiente de complacencia, un recuerdo doloroso para el amigo. Montaigne se instala en la vida como un bibliotecario feliz en el gabinete de las Musas. Por momentos, parece que se le oye exclamar, en frases del bilbilitano Gracián: "¡Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del Mayo como una librería selecta!" A creerle, en aquella casa la heroicidad no tiene más valor que el de mera reminiscencia histórica. El bien hallado señor de provincia opina que morir por una idea es conceder excesivo valor lógico a las conjeturas. ¡Dioses! Esto se decía en el siglo que Monsieur Danou (un testigo del Terror, a quien cita Sainte-Beuve) ha llamado *el más trágico de toda la historia.* Y, sin embargo, digamos aún con Sainte-Beuve, que hay momentos en que todos los ciudadanos de un pueblo debieran leer, noche a noche, una página de Montaigne. En la actitud de Montaigne frente a su siglo, no descubriremos debilidad, ni hay derecho a ello: ser sereno ante las locuras populares, es la más grande heroicidad. Los jefes de la política son generalmente hombres necios y literatos fracasados. Noble alteza no darse a ellos, aun cuando los Gibelinos nos tengan por Güelfos y los Güelfos por Gibelinos. Sobre esto podemos citar al frío y despechado Vigny, a quien el aniversario ha puesto de moda: "Ni amor ni odio se debe tener para los hombres que gobiernan. No les debe uno más sentimiento que el que tiene por su cochero: conducen bien o conducen mal, eso es todo". No: si algo faltó a Montaigne (y éste es el capítulo que echo de menos en el libro de Merlant) fué ello una cualidad, o mejor tal vez una experiencia, meramente interna: un golpe divino de inconciencia, una revelación oportuna de misterio y de dolor. Digámoslo todo: en la juventud de Montaigne faltó una mujer. No en vano aquel Diego de San Pedro, su contemporáneo, puso en la *Cárcel de Amor,* como la primera razón en defensa de las mujeres, que

"no solamente a los torpes hacen discretos, mas a los mismos discretos más sutiles".

II

Lejos de la novela amatoria que pululaba como en el aire, Montaigne describe una órbita solitaria. Era la controversia sobre la mujer, tópico puesto a la moda por los héroes de amor, que invariablemente la emprendían, antes de suicidarse en la última hoja de los libros. Entretejían el bordado de las historias las ideas platónicas, las cuales requieren una Diótima que las insufle: una mujer, de quien partiese para más altas adoraciones—como en el *Cortesano* de Castiglione—el pensamiento de belleza. Otras veces, la mujer es una maléfica encantadora. En uno u otro caso, era el personaje dominante del cuento; y el amador, tan sólo la sustancia plástica que, fundiéndose al calor de la amada, la delataba. El resto de las figuras (casi sombras a veces) compónenlo un traidor—elemento corrosivo indispensable para que el conflicto se produzca—, la cara venerable de un padre, de preferencia un rey, siempre más o menos engañado—elemento de fuerza que por un instante cede al mal, causando el desequilibrio de que ha de brotar la novela—, y el coro de llanto finalmente, el cortejo de damas y caballeros cuya misión es exclamar.

Según aquella concepción, a la vez teológica y sentimental, es la mujer dispensadora de vicios y de virtudes, ánfora del bien y del mal. Último fruto de aquella invención medioeval que comenzó con las ráfagas de la epopeya, y luego se enriqueció de fábula, degenerando, al dialectizarse, en los libros de caballerías—la heroína de la novela amatoria, esta abeja amarga, no tiene cabida en los panales del humanista. Montaigne buscará en los libros la mujer heroica y algo retórica de los oradores antiguos—la que dejó palabras de oro sobre la tumba del guerrero—, o pintará el animalillo gracioso y feroz, contradictorio y bello, sujeto a la esclavitud de la carne y la animalidad de la sangre, adorable en la mancebía y enojoso para el hogar, que él creyó encontrar o encontró por estos decamerones de la vida.

A una parte, la mujeres de Wenisberg que, en el sitio de la ciudad por Conrado III, habiendo obtenido licencia de salir a pie con lo que pudieran llevar consigo, se aprestan a cargar sobre sus hombros a sus hijos y a sus esposos; o las mujeres indias que se disputan el favor de su señor para merecer el premio de ser enterradas vivas en su sepultura; las canonesas Pelagia y Sofronia defendiendo su honor con la muerte; Sextilia y Paxea suicidándose para alentar a sus esposos.

A otra parte, lo que Montaigne piensa de la mujer, hecho punto omiso de la fábula.

Las declara, una vez más, veleidosas; censura su inconsistencia para la amistad. Amor, amistad: he aquí una disyuntiva no resuelta: si la una es decadencia del otro, si es su equilibrio. Montaigne, en todo caso, pertenece a la categoría de los personajes de Shakespeare, que, según el crítico del *Times,* conversan y obran más fácilmente cuando sus mujeres se han ausentado. Pero, por lo menos en el amor, ¿les reconoce Montaigne superioridad a las mujeres? En amor, dice él, la primera parte es sorprender el instante, la segunda lo mismo y la tercera también: a veces, confiesa, pudo faltarme suerte, pero casi siempre, ánimo de empresa. Y el pudor mismo le parece que suele ser asunto de precio, lo que ilustra con el ejemplo de aquellas orientales que hacen pregonar el haberse abandonado a quien les obsequia un elefante, como para que se entienda que saben apreciar el valor de la hermosa bestia. Le resultan, en ocasiones, animales terribles: las mujeres escitas, dice, arrancan los ojos a sus prisioneros y a sus esclavos para usar de ellos más libremente. Mas, concede, en cambio, que alguna razón les asiste en protestar contra leyes que las interesan y que se dictan sin su consejo, como la que las obliga a templanza. Pues su castidad es sólo un arma del amor: si nos contraría el rigor en la amante, la facilidad mucho más: por eso todas velan hasta abajo de los talones lo que todas desean mostrar y todos ver—prosigue Montaigne. Por lo demás, acusa, son inclinadas a contrariar al marido. Y en este punto trae a cuento graciosísimas anécdotas de esas que propaga la tradición popular. El cargo es injusto: de las contradicciones de *ella,* el culpable ha sido siempre *él.* Dice, además, que nos importunan con sus celos, que arruinan sus ho-

gares, y que no se debe dejar en sus manos la suerte de los hijos, porque la resolverían de modo *inicuo* y *fantástico*. Ese apetito desordenado y gusto enfermizo—explica—que manifiestan en su preñez, siempre lo tienen en el alma. Detesta, como Juvenal, a la mujer pedante, y a la mujer en general la cree inepta para la ciencia. Con Platón y Santo Tomás, alega que la sabiduría se les queda en la lengua. Cree que para ser discretas les sobra con sus gracias naturales; pero que si dan en estudiosas, lo mejor será que no lean más que poesía. En otra parte, citando a Margarita de Navarra—con quien se hubiera entendido desde la primera entrevista—, opina que a los treinta años debe la mujer cambiar el ser bella en ser buena. Abónesele, finalmente, un rasgo caballeresco: si es cierto, conversa en alguno de sus ensayos, que los placeres de contar no ceden a las delicias del obrar, en mi tiempo, por lo menos, sólo se permitió este desahogo al que tenía amiga fiel y única, en tanto que hoy las charlas de sobremesa descubren las aventuras y favores secretos de las damas. Los que tal descubren, exclama, no merecen las dulzuras que disfrutaron. Con todo, la más sabia mujer, nuestra incomparable *Celestina*, hubiera absuelto a los indiscretos; porque, como dijo a Parmeno: ...''de ninguna cosa es alegre posesión sin compañía. No te retraigas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetece lo deleitable. El deleite es con los amigos en las cosas sensuales, y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas''... Lo sabía Montaigne, que algo suyo quiso contar, siquiera al papel en que escribía:

—También es dulce para mí, asegura, el comercio de las mujeres bellas y honestas: *nam nos quoque oculos eruditos habemus*.—Y más adelante, algo de que hubiéramos querido que nos dijera más:

—Yo sufrí en mi infancia todas las furias que, según los poetas, se apoderan de los enamorados...

Pero pronto nos desengañamos respecto al límite en que se detuvo su experiencia de la mujer, cuando, al volver la página, nos arroja a la cara que en materia de amor, entre sacrificar el espíritu o el cuerpo, prefiere renunciar a lo espiritual, que al fin y a la postre a mejores usos es llamado. Porque, añade con injuriosa evidencia, algo se hace sin las gracias del espíritu, nada

sin las corporales. Que nuestra Maritornes, la de la venta, explicaba a su guisa asegurando que el arriero era, para ella, más sabio que Aristóteles.

III

Esto apunto como quiere la pluma. Recojan la sugestión los especialistas, corríjanla y desarróllenla, y dígannos si la idea que tuvo Montaigne de la mujer, no fué, como mucho lo recelo, la más vulgar. Quizá ya se ha escrito sobre la materia. Cien tórculos rechinan a un tiempo estampando comentarios sobre Montaigne, y tanto se ha glosado su obra, que pasma no se le dedique una revista como la que se ha consagrado a los estudios rabelesianos.

Y como la naturaleza humana es compleja y es cada individuo resultante de contradicciones, los conocedores minuciosos hallarán siempre elementos para descubrir en Montaigne ya el amor, ya el desamor, ora el respeto o bien el irrespeto. Y particularmente en su caso de escritor cuotidiano, para quien todo minúsculo aleteo del pensamiento tiene derecho a la manifestación literaria. Que no hay mejor manera de ignorar la fisonomía general de un hombre que conocerlo por milímetros, o para ignorar su verdadero balance de la vida que conocer sus conversaciones. ¿Lo sabía el fiel Eckermann, lo sabía el fiel Boswell, oh manes de Jonhson, de Gœthe? Montaigne se exhibió tan analíticamente, bajo el vidrio combo de su introspección, que provoca al estudio microscópico. Su yo, como él lo quería, es centro atractivo de una sociedad de inteligencias. Y amenazaría perder su relieve sintético, si su mismo procedimiento egoísta, alejándolo de cuando en cuando del lector, no nos ayudara a apreciarlo en conjunto. Visto así, en conjunto, parece indudable que su caso es un ejemplo más de esta especie de desamor que acompaña siempre al egoísmo.

Nuestra vida, con sus acarreos de dolor, se desliza entre diminutos placeres que no siempre nos atrevemos a paladear. Ninguno conozco más agudo y más instantáneo que la sorpresa de encontrar juntos libros de índole contrapuesta. Porque, o los

libros tienen malicia, o mi incorregible bibliotecaria ha abandonado hoy, junto a los *Ensayos* de Montaigne, los *Pensamientos* de Pascal.

—El yo es odioso,—predica Pascal junto a lo sonrisa de Montaigne. Mas su sinceridad se desborda, y no puede menos de conceder:

—Tú podrás disimularlo, oh Mitton, mas no lo podrás aniquilar...

Y pienso que el sentido femenino de la vida, es como una solicitación a disgregar el yo concentrado. Y, huyendo entonces del entrecejo de Pascal, recaigo en las páginas de Montaigne, procurando leerme en ellas por transparencia. Que es seguramente la mejor, entre las siete maneras de abordar su lectura.

Alfonso Reyes.

París, IV, 1914.

LA OFENSIVA ALEMANA
Y LA RESISTENCIA DE LOS ALIADOS

Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros a los ojos.
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

A las Ruinas de Itálica.

Las producciones más fantásticas de Julio Verne resultan pálidas ante la realidad de este enorme conflicto, de esta lucha de pueblos, de estos combates en la tierra, en el mar y en los cielos. Con insano furor, parece el hombre haber desencadenado todas las fuerzas destructoras del Universo para aniquilar en breves horas lo que en siglos ha creado. ¡Paradoja singular y cruel ironía del destino! La inteligencia y el saber humanos, cuyas obras gigantescas han costado tantos sacrificios y constituyen el legítimo orgullo de nuestra moderna civilización, son puestos a contribución ahora para idear y producir las máquinas y los aparatos más efectivos con que derribar lo edificado. ¡Cuánta razón tenía Spencer al afirmar que la humanidad, en su marcha hacia el progreso, no sigue una línea recta inflexible, sino que ese camino ascensional es interrumpido por regresiones o retrocesos! El actual conflicto, en ese sentido, es el paréntesis más enorme que registra la historia de la civilización.

Volvamos nuestro pensamiento hacia la pequeña y heroica nación belga y recordemos las noticias desoladoras que el cable ha traído hasta nosotros, escenas de devastación y exterminio que han arrasado su suelo y cegado hasta en sus fuentes su bienestar material y moral; entonces, con el corazón oprimido por la injusta suerte que ha cabido a ese pueblo admirable, ben-

deciremos cien veces más la distancia que nos separa de esos combatientes poderosos, a cuyas rivalidades han sido sacrificadas la prosperidad y la felicidad del pequeño reino.

Desde este rincón del Nuevo Mundo, alejado del teatro de la guerra, más que por la distancia de los mares, por la voluntad de los hombres que sólo permite llegar hasta nosotros las noticias que pasan el tamiz de la más estricta censura, no he de pretender revelar nada nuevo, en lo que a esta guerra se refiere. A la hora actual, puede afirmarse que existe ya una abundante bibliografía sobre la misma, no tan sólo por los numerosos y valiosos artículos publicados en las revistas, sino también por las obras de crítica, entre las cuales pueden citarse, de las publicadas en idioma inglés, *Germany and England,* por J. A. Cramb; *The Great War,* por Frank H. Simonds; *The Real Truth about Germany,* por Maurice Low; *Germany's Fighting Machine,* por Ernest Hernderson, y, sobre todo, la celebrada obra de Von Bernhardi *Germany and the next War.* Sólo aspiro, por consiguiente, a exponer impresiones y juicios personales, que fundo en aquellos artículos o noticias que me inspiren confianza por su seriedad, y que someto a la benevolencia de Cuba Contemporanea y sus numerosos lectores.

Sobre las causas del actual conflicto, algo indicaba yo en un artículo que vió la luz en *Gráfico,* y, por tanto, muy poco habré de añadir a lo que allí dije. Sólo me interesa, en cuanto a este particular, referirme a la explicación, muy generalizada por cierto, que se ha pretendido dar al actual conflicto, como una lucha del espíritu liberal y democrático contra la autocracia y el despotismo. Inglaterra y Francia, se ha dicho, han empeñado esta guerra para mantener en Europa los grandes principios de la libertad y la democracia, contra Alemania y Austria, países de régimen absolutista y de tendencias retrógradas. Entiendo, con el debido respeto a las opiniones ajenas, que la guerra actual es de intereses y no de principios, pues si no bastara la rivalidad comercial entre Inglaterra y Alemania para explicarla, así como el antiguo y profundo resentimiento de Francia para con Alemania desde la paz de Francfort, y las rivalidades eslavas y germanas en el Oriente de Europa, la Historia nos enseñaría, con abundancia de ejemplos, que aun

aquellas guerras que en nombre de la civilización y de los principios se han emprendido, han resultado, a la postre, guerras de conquista.

La situación económica de Europa durante estos últimos años, no podía prolongarse: el sostenimiento de esos ejércitos formidables agotaba las fuerzas contributivas, y tenía que llevar a la guerra fatalmente para resolver de una vez la cuestión de la supremacía, que en definitiva era el problema planteado. La afirmación tan repetida de que la paz armada era el medio más seguro de evitar la guerra, por el respeto mutuo entre los fuertes, se ha desacreditado, y, por el contrario, se ha cumplido lo que otros temían: que el sostener esos ejércitos, modelos de organización y disciplina, debía conducir a la guerra, por el natural deseo de verlos en acción.

En ese terreno, puede decirse que Alemania llevaba la ventaja a todas las demás, pues su preparación para la guerra era perfecta, manteniendo un ejército reputado como el primero del mundo y una escuadra que sólo la de Inglaterra superaba. En una palabra, Alemania, al comenzar esta guerra, se encontraba en el apogeo de su fuerza militar.

De ese peligro Inglaterra fué la primera en darse cuenta, forzando cada año sus programas navales a fin de mantener el dominio de los mares, que tradicionalmente ha sostenido como su primera y principal condición de vida. Al propio tiempo, salía de la política de aislamiento en que se había colocado durante el siglo pasado, para ingresar en una de las dos combinaciones de alianzas en que se agrupaban las grandes naciones del Continente.

Francia y Rusia abrieron los ojos a la realidad mucho más tarde, poco antes de que se iniciara la guerra actual, estableciendo la primera el servicio militar por tres años e influyendo moral y económicamente sobre la segunda para el desarrollo de un programa militar y naval que debía completarse en 1917.

Todo esto nos lleva como de la mano a la afirmación siguiente: por su estado de preparación y por el temor de que la ventaja adquirida durante cuarenta y cuatro años por el esfuerzo incesante en el mismo sentido (desarrollar una fuerza militar capaz de tomar una ofensiva vigorosa y decisiva durante las

dos primeras semanas de la guerra), fuese más que compensado por el desarrollo del programa ruso-francés—unido a las divisiones surgidas en Inglaterra con motivo de la Ley del "Home Rule", a la lucha candente y violenta entablada en Francia entre los radicales y socialistas, de una parte, y la Federación de las Izquierdas, de la otra, y a la gran huelga iniciada en Rusia—, Alemania se encontraba en las condiciones más favorables para emprender la lucha, y cada día que dejara pasar se llevaba consigo una a una sus probabilidades de éxito. En tal sentido, al intensificarse, a consecuencia del atentado de Sarajevo, la rivalidad sorda y tenaz entre Austria y Servia y llegar la tirantez entre ambas a su máximo, como secuela del proceso iniciado por causa del mismo, Alemania era quien menos interés había de mostrar en conjurar la tempestad y llegar a una solución pacífica del problema planteado.

El ultimátum dirigido por Austria a Servia el 23 de julio, sabiendo el apoyo que Rusia había de prestar a esta última, me parece que abona la afirmación que antes hacía. Es inconcebible que esa nota, escrita en tonos conminatorios y señalando el brevísimo plazo de 48 horas para obtener una respuesta satisfactoria, hubiese sido redactada por Austria sin conocimiento de Alemania, y, es más, se ha llegado a sostener que el propio Estado Mayor del Ejército alemán modificó algunos de los términos de la nota original, para hacerla más dura e inaceptable. Alemania, en todo el curso de las negociaciones diplomáticas que siguieron a la presentación de dicha nota, negó que conociese anticipadamente el texto de la misma; pero el empeño que demostraron sus representantes diplomáticos en las diversas cancillerías europeas, en apoyar la política de Austria, hace creer lo contrario.

Es más, del examen de las negociaciones diplomáticas, a que me he referido antes, resulta que si Alemania trataba de evitar la guerra, su actitud no parecía indicarlo. El ultimátum de Austria a Servia, no era en realidad más que un pretexto para declarar la guerra a esta nación, bajo la apariencia de una satisfacción al honor nacional; y así lo indicaba M. de Bunsen, Embajador de Inglaterra en Viena, a Sir Edward Grey, en su comunicación de 25 de julio. La tan famosa como discutida

entrevista entre Sir E. Goschen, Embajador de Inglaterra en Berlín y el Canciller Imperial, de la cual hemos tenido conocimiento por la comunicación de dicho Embajador a Sir Edward Grey, publicada entre los *White Papers* ingleses, revela que Alemania había decidido la guerra y procuraba obtener la neutralidad de Inglaterra. Pero, sobre todo, las lagunas que se observan en la correspondencia diplomática alemana, son el más claro exponente de que su actuación no era conciliadora. Sumamente elocuente a este respecto es el siguiente párrafo del notable artículo publicado en el *New York Times*, de octubre 25, por James M. Beck, titulado *En la Corte Suprema de la Civilización. El caso de la Doble Alianza contra la Triple Entente:*

Primeramente, semejante Corte sería profundamente impresionada no sólo por lo que hasta ahora se ha revelado, *sino también por las significantes omisiones de documentos que se sabe que existen.* La defensa oficial de Inglaterra y Rusia no demuestra aparentemente, por parte de una ni de otra, que hayan dejado de aportar todos los documentos que poseen; pero el *White Paper* alemán, de momento revela la supresión de documentos de vital importancia, en tanto que Austria ha dejado en lo absoluto de aportar la evidencia documental que posee. Sabemos por el *White Paper* alemán—si no lo supiéramos como una cuestión de irresistible inferencia—que muchas importantes comunicaciones se cruzaron entre Austria y Alemania durante esta crisis, y es probable que algunas se hayan cruzado también entre estos dos países e Italia. Italia, a pesar de su situación difícil, tiene para con el mundo el deber de revelarlo todo. Lo que semejante revelación descubriría, probablemente nos indica su conclusión deliberada de que sus aliados habían comenzado una guerra *agresiva,* que la relevaba de toda obligación con la Triple Alianza.

El hecho de que se cruzaron comunicaciones entre Berlín y Viena, el texto de las cuales no ha sido jamás revelado, no es materia de conjeturas. Alemania admite y afirma que ejerció fielmente su influencia mediadora con Austria; pero semejante influencia no se ha revelado por ningún resultado práctico de la misma, y el texto de esas vitales comunicaciones se guarda en los archivos secretos de Berlín y Viena. Así, en la apología oficial de Alemania se afirma que, a pesar de la negativa de Austria de aceptar la proposición de Sir Edward Grey, de considerar la respuesta servia como la base para futuras conferencias ''nosotros (Alemania) continuamos nuestros esfuerzos de mediación hasta el límite y aconsejamos a Viena realizar todo compromiso compatible con la dignidad de la Monarquía''. Esto hubiera sido más convincente si el Ministerio de Relaciones Exteriores hubiese agregado el texto del consejo que dió a Viena.

La misma significativa omisión se encontrará cuando la propia de-

fensa oficial afirma que en 29 de julio el gobierno alemán aconsejó a Austria comenzar las conferencias con el señor Sazonof. Aquí también el texto no se encuentra entre los documentos que ha dado al mundo el Ministerio de Relaciones Exteriores. Las comunicaciones que se cruzaron entre el mismo y sus embajadores en San Petersburgo, París y Londres, se dan in extenso; pero entre las 27 comunicaciones agregadas a la defensa oficial, es muy significativo que ni una sola comunicación se publica de las muchas que se dirigieron de Berlín a Viena y sólo una de las de Viena a Berlín. Esto no puede ser una casualidad. Alemania ha estimado conveniente arrojar el velo del misterio sobre el texto de sus comunicaciones a Viena, aunque manifestando dar lo esencial de algunas de ellas.

Hasta que Alemania no se preste a entregar al mundo los documentos más importantes que posee, no será extraño que éste, recordando el escamoteo de Bismarck con el despacho de Ems, que precipitó la guerra franco-prusiana, permanezca incrédulo en cuanto a los esfuerzos de Alemania en pro de la mediación.

La respuesta servia a la nota de Austria, por muy humillante que fuese para el espíritu eslavo, no pareció suficiente a la monarquía dual, la cual en 28 de julio declaró la guerra a Servia e inmediatamente inició el bombardeo de Belgrado.

Rusia, que desde el primer momento se había colocado resueltamente al lado de Servia, declaró formalmente que no podía consentir en manera alguna que fuesen atacadas la integridad ni la independencia de Servia, sin comprometer sus más vitales intereses; y para dar fuerza y tono a semejante declaración, ordenó, al saber el bombardeo de Belgrado, la movilización de catorce cuerpos de ejército en la frontera austriaca.

Fué entonces cuando Alemania decretó el estado de guerra, firmando el Emperador el ''Kriegefahrzustand'' (advertencia de que existía una amenaza de guerra), ''lo cual le permitía'', dice Jacques Lardy, ''apoderarse de las vías férreas, restringir todos los grandes servicios públicos en beneficio del ejército e impedir toda publicación por la prensa de los medios de defensa y los movimientos de tropas. Ella pudo, en una palabra, movilizar en secreto, de suerte que el día en que lanzó la orden de movilización, ya ésta se había realizado''.

En la imaginación de todos estará presente, sin duda, el recuerdo de la espantosa rapidez con que se desarrollaron entonces los acontecimientos: el ultimátum de Alemania a Rusia,

el 31 de julio, intimándole que suspendiera la movilización; la notificación de M. Schoen al gobierno francés, a las 7 de la noche del mismo día, de la nota dirigida a Rusia, inquiriendo al propio tiempo, del gobierno francés, cuál sería su actitud caso de que Alemania declarase la guerra a Rusia, respecto a la cual se reclamaba una respuesta para el día siguiente a la una de la tarde.

El Presidente de la República, al propio tiempo que contestaba a Alemania que Francia procedería según le aconsejaran sus intereses, dictaba el 1°. de agosto la orden de movilización y lanzaba al país el manifiesto siguiente:

Cuidadoso de su responsabilidad, sintiendo que faltaría a un deber sagrado si dejaba las cosas como estaban, el Gobierno acaba de dictar el decreto que la situación imponía. La movilización no es la guerra. En las circunstancias actuales, ella aparece, por el contrario, como el mejor medio de asegurar la paz con el honor. Fuerte en su deseo de llegar a una solución pacífica de la crisis, el Gobierno, al abrigo de las precauciones necesarias, continuará sus esfuerzos diplomáticos y espera aún obtener el éxito. A la hora actual no existen ya partidos, sólo existe la eterna Francia, la Francia pacífica y resuelta. Existe la patria del derecho y de la justicia, unida toda entera en la calma, la vigilancia y la dignidad.

No habiendo obtenido, como era de esperarse, contestación alguna a su ultimátum, Alemania declara la guerra a Rusia y a Francia el día 3 de agosto, ocupa el Gran Ducado de Luxemburgo con una fuerza de 60,000 hombres y dirige un ultimátum a Bélgica exigiendo el libre paso de sus tropas por el territorio del pequeño reino.

Inglaterra, que hasta entonces había realizado esfuerzos extraordinarios para evitar la guerra, se determina a intervenir en el grave conflicto, ante la agresión a la neutralidad belga. En tanto Rusia considera como una condición fundamental de su política la defensa de los pueblos eslavos que ocupan la península de los Balkanes, cuya protección se ha arrogado tácitamente, Inglaterra entiende que el respeto de la neutralidad belga constituye una de las bases cardinales del equilibrio europeo y de la paz en dicho Continente, hasta el punto que toda agresión a la misma habría de provocar (como se ha de-

mostrado) la intervención inmediata de su escuadra y de su ejército en apoyo de Bélgica.

La obra de Von Bernhardi, *Alemania y la próxima guerra* —en que se explica de manera detallada el plan de campaña del ejército alemán—y la fuerza misma de las cosas, hacían presumir que Bélgica sería el camino elegido por el Estado Mayor alemán para invadir el territorio francés. Por eso, adelantándose a los acontecimientos en algunos días, Sir Edward Grey enviaba instrucciones a los Embajadores de la Gran Bretaña en Berlín y París, a fin de que obtuviesen de los respectivos gobiernos ante los cuales se hallaban acreditados, una declaración categórica de que el territorio belga sería respetado, caso de surgir un conflicto armado. Francia no tardó en dar la respuesta apetecida; pero el gobierno alemán sólo contestaba de manera evasiva. Los acontecimientos que inmediatamente subsiguieron, bien pronto dieron la clave de tal conducta y comprobaron que el plan de Von Bernhardi era el del Estado Mayor alemán.

En un artículo reciente, que lleva por título *Allies versus Germany: Strategy of the Campaigns*, publicado por Frank H. Simonds en *The American Review of Reviews*, se explica en los términos siguientes, de una manera clara y precisa, porqué Alemania debía atacar en primer término, con el máximo de sus fuerzas, a Francia, y porqué Bélgica era la ruta indicada:

El ataque alemán sobre Francia venía impuesto por las consideraciones siguientes: en una guerra con Francia, Rusia, la Gran Bretaña y Servia, teniendo a Austria como aliada, era evidente que cuando todos sus enemigos pusieran toda su fuerza militar en el campo de batalla, Alemania sería decisivamente superada en número de combatientes. Pero, al comenzar el conflicto, solamente Francia podía movilizar aproximadamente con la misma rapidez que Alemania. La extensión de Rusia, lo inadecuado de su sistema de comunicaciones, la comparativa ineficiencia de su Estado Mayor—como Berlín lo juzgaba—, el largo plazo que sería necesario antes de que Inglaterra pudiera poner en el campo otra cosa que una pequeña fuerza expedicionaria, todas estas circunstancias combinadas daban a Alemania un período de algunas semanas, durante el cual podía atacar a Francia.

Si, mientras Inglaterra levantaba un ejército y Rusia avanzaba lentamente, contenida por un pequeño cuerpo del ejército alemán y la mayor parte del ejército de Austria, Alemania podía infligir a Francia

un golpe rápido, tremendo y decisivo, no derrotando, sino destruyendo su fuerza militar, repitiendo en 1914 los éxitos de 1870 en una escala colosal, Alemania podía entonces esperar encontrarse finalmente libre de uno de sus enemigos antes que los otros llegaran. En París podría dictar la sumisión de Francia y volver su ejército victorioso contra Rusia.

Precisamente las mismas necesidades obligaban a Alemania a atravesar por Bélgica para atacar a Francia. Concediendo que durante seis semanas estaba en libertad para usar su maciza maquinaria militar contra Francia casi exclusivamente, era igualmente necesario que debía llegar pronto a Francia para arrojarse al cuello del enemigo sin demora. De aquí que fuese imposible atacar a Francia por la frontera franco-alemana. Francia había edificado allí, desde el día siguiente de su derrota en 1870, fortalezas tremendas. Verdun, Toul, Epinal, Belfort, detenían el avance, y detrás de ellas existía una segunda línea poco menos formidable.

Es verdad que ninguna de estas fortalezas era inexpugnable, pero abrirse paso a través de ellas, defendidas por el ejército francés entero, consumiría tiempo; y éste faltaba a los alemanes para semejante operación. No a través de los Vosgos podía ser dirigido su rápido y terrible empuje. Quedaba la entrada belga. Hacia el Oeste de Aix la Chapelle, en Alemania, a Lieja, en Bélgica, existe una de las redes ferroviarias más importantes de Europa. Al oeste de Lieja la línea se abre en varias más de doble vía, a través de los llanos de Bruselas. De Bruselas hacia el sur, hasta París, corren otras líneas sobre país llano, sin grandes ríos o grandes montañas, ni otros obstáculos naturales al rápido avance de un ejército invasor.

Si Alemania debía aplastar a Francia de un solo golpe, era el único camino posible de aproximación. Tomándolo, podía esperar llegar a París y aniquilar la fuerza militar francesa bajo el peso del número o con la habilidad de sus disposiciones estratégicas, dentro del tiempo de que disponía. Por consiguiente, sin la menor vacilación, eligió el camino de Bélgica...

Ese plan, en sus líneas generales, no era desconocido para los franceses, como podrá apreciarse leyendo el artículo de Simón Robert en la *Revue Politique et Parlementaire,* de 10 de julio del año pasado, que se titula *Revue des Questions Militaires:*

En la discusión general sobre el servicio de tres años, se ha librado en la tribuna una verdadera disputa estratégica sobre la movilización de los ejércitos franceses y alemanes y sobre sus planes eventuales de campaña. Sin entrar en esa discusión, se puede decir que un ataque brusco, aplastante por el número, es una eventualidad que debemos prever, frente a un ejército alemán previamente movilizado en plena paz y

siempre listo para una ofensiva inmediata. El estudio de esa ofensiva ha servido de tema a las maniobras imperiales en 1912. A pesar de los esfuerzos realizados, la inferioridad numérica del ejército activo, el retardo en la movilización, que sería la consecuencia de esa inferioridad, nos expondría a reveses en la primera parte de la guerra. En cambio, podemos esperar que ésta se continuará y terminará de otra manera que en el Año Terrible. Para evitar la eventualidad de comenzar la guerra con fracasos, el Gobierno, *sabiendo que nuestros amigos y aliados tienen una movilización lenta,* no ha querido que Francia tuviese también un ejército de lenta movilización...

Ya conocemos, pues, el plan alemán: aniquilar al ejército francés bajo el peso abrumador de un ejército colosal cuya excesiva superioridad numérica determinase por sí sola el triunfo decisivo y rápido, antes de que Rusia pudiera poner sus ejércitos en marcha e Inglaterra allegar recursos. Su admirable organización militar, su excelente servicio ferroviario y la eficaz cooperación de sus formidables cañones de sitio, le permitían esperar confiadamente en el éxito de tal empresa.

Francia, al luchar por segunda vez con su temible enemigo, iniciaba la campaña bajo las condiciones más desfavorables. La movilización alemana le llevaba algunos días de ventaja, la agresión a la neutralidad belga, que la obligaba a sostener la guerra en un campo no preparado—pues la inviolabilidad del territorio belga se suponía impuesta por la amenaza de una intervención por parte de Inglaterra—, y la lentitud característica de los rusos, todo ello hacía temer que la gloriosa nación sucumbiese bajo el peso del golpe formidable que se le asestaba. A esa fuerza material tan desproporcionada, venía a unirse un elemento de carácter moral de no menos influencia en el conflicto empeñado: el recuerdo espantoso del desastre de 1870, el respeto al ejército alemán, considerado como el primero de Europa, y la conciencia de la confianza ilimitada de Alemania en su poderosa organización.

Alemania, orgullosa de su ejército, invocando a cada instante los recuerdos imborrables de Sedán, Gravelotte y Metz y las sombras gloriosas de Moltke y de Bismarck, se presentaba en la arena con la arrogancia del vencedor, con la serenidad del fuerte y con la fe inquebrantable en la victoria inminente; en su plan militar puede decirse que estaban fijadas de ante-

mano, con toda precisión, las etapas y jornadas de la marcha triunfal sobre París, ¡golpe decisivo y contundente con que Germania pensaba abatir para siempre a aquel rival, tan constante en su odio como grande en sus nobles empresas, tan temible en la adversidad como en la fortuna! En una palabra, Alemania pensaba poner el punto final a aquella lucha sorda y latente que ambas naciones sostenían desde 1871; vencería por la fuerza enorme de su ejército a la República sensata y digna, que en el campo de la diplomacia había triunfado siempre sobre ella.

Pero Francia ya no marchaba a ciegas, como en 1870, al comenzar la contienda: sabía que el enemigo a quien tenía que combatir era terrible, inmensamente superior por su número y su fuerza, y que la invasión de su territorio sería el primer paso que daría el ejército imperial. Al entusiasmo heroico de otras épocas, había sucedido la calma reflexiva del ciudadano consciente de que la gran hora para su patria ha sonado, que era necesario luchar con la energía de la desesperación, para detener aquella ola humana que le vendría encima; era preciso vencer o ser esclavo de un rival aborrecido. No es de extrañar, pues, que la nación respondiera como un solo hombre al llamamiento de su Gobierno.

No obstante el patriotismo con que el país emprendía la guerra, la campaña se iniciaba en condiciones desventajosas, como antes decía: la mayor parte de sus fuerzas se encontraban estacionadas en la gran línea de defensa de Verdun a Belfort; y no habiéndose completado la movilización, era difícil impedir el avance alemán por los departamentos del Norte, organizando con la rapidez que el caso exigía un ejército capaz de detener en firme al cuerpo invasor del Ejército Imperial.

El día 4 de agosto, éste se presentaba ante Lieja y exigía la inmediata rendición de la plaza. Sin contar las pequeñas guarniciones de los fuertes, el ejército belga que defendía a Lieja se componía de 25,000 hombres, teniendo en contra tres cuerpos de ejército, ascendentes a 125,000 al mando del general Von Emmich. Sin embargo, el valeroso comandante de la plaza, general Leman, contestó a la intimación del enemigo con la más rotunda de las negativas.

Gerard Harry, en el número del 15 de agosto de la revista semanal francesa *L'Illustration,* describe la defensa de Lieja en los términos siguientes:

Para forzar el paso del Mosa y ganar, siguiendo el curso del río, la parte más vulnerable de la frontera francesa, el invasor contaba abrirse camino por entre los doce fuertes construídos, hace veinte años, por el famoso general Brialmont, verdadero Vauban moderno, y que los expertos militares de todos los países han siempre considerado como barreras extraordinariamente sólidas. Intentar la toma de esas rocas hubiera expuesto a los asaltantes a pérdidas inmensas de hombres. Era necesario, pues, pasar entre ellas, forzando el paso del Mosa un poco al norte de Lieja, hacia Visé, en el estrecho espacio de terreno que separa la frontera belga del Luxemburgo holandés. Los despachos cuotidianos han hecho saber cómo el 10°. cuerpo alemán, después de haber ocupado a Visé y fusilado una parte de su población, se encontró ante los túneles y puentes destruídos. Por tres veces intentó franquear el Mosa por medio de pontones; el alcance enorme de los cañones de los fuertes hizo fracasar esas tentativas. Entonces el 9°. cuerpo alemán, operando sobre las riberas del Vesdre y el 10°., entrado en línea el último, entre otros dos afluentes del Mosa (Aubleve y Ourthe), trataron de abrir brecha entre el fuerte de Fleron y los fuertes de Embourg y de Boncelles. Tuvo lugar, en los pasajes estrechos de la campiña, defendidos por los belgas con alambradas y minas subterráneas, un combate épico, durante tres días y tres noches... Hubo muchos combates cuerpo a cuerpo y tan cerca de los fuertes, que se amontonaron sobre sus murallas los cadáveres de soldados alemanes hasta una altura de 1 m. 10 a 1 m. 40. En la noche del jueves al viernes, el 7°. cuerpo alemán volvió a la carga para tratar de franquear el Mosa a la altura de Visé, paralelamente a un ataque en el intervalo comprendido entre los fuertes d'Evegnée y Barchon. Valones y flamencos, tomando bruscamente la ofensiva, salieron de los espacios protegidos y se arrojaron sobre los asaltantes con un ardor tal, que los diezmaron, capturando varios cañones y banderas, haciendo un número considerable de prisioneros y obligando a los alemanes a evacuar 8,000 heridos en territorio holandés. Fué el punto culminante de esos tres días de lucha. En total, los alemanes habían perdido entre muertos, heridos y prisioneros, casi el efectivo de un cuerpo de ejército; y de ahí su petición de armisticio. ¡La gran Alemania obligada a implorar gracia a la pequeña Bélgica, desde el comienzo de la lucha!

Los alemanes, en sus ataques contra los fuertes de Lieja, emplearon por primera vez en esta guerra la formación cerrada, el llamado ataque a la Sauer, debido al general de este nombre.

El ataque a la Sauer, dice Sauveroche, no es otra cosa que un ataque brusco. El asaltante estudia primero la plaza lo mejor posible, por

medio de reconocimientos que vienen a completar las informaciones obtenidas en tiempos de paz; después rechaza resueltamente a los defensores hacia atrás de la línea de los fuertes. Para ello comienza por bombardear enérgicamente, con su artillería de campaña y las piezas ligeras de sitio, las posiciones avanzadas, instaladas delante de los fuertes; opera, en cuanto sea posible, en todas partes a la vez, de manera de dejar a la defensa en la indecisión, y cuando el adversario está dominado, da el asalto con extremo vigor. Una vez arrojadas las tropas de la defensa detrás de la línea de fuertes, instala durante la noche sus piezas de sitio a dos kilómetros de las obras que quiere atacar, y por la mañana del día siguiente abre el fuego con sus piezas, ayudadas por la artillería de campaña... Desde que el fuego de la plaza sitiada es extinguido, se termina de rechazar sus tropas atrás de la línea de los fuertes atacados, se trata de atravesar esa línea y se intentará tomar por asalto uno o dos de los fuertes. Esto se obtendrá, no haciendo brecha, lo cual sería demasiado largo, sino aprovechando que esas obras hayan sido silenciadas, para invadirlas por medio de escalas de asalto y de pontones arrojados a través de los fosos. Se ataca después la fortificación principal, si ella existe, y se aprovecha del pánico de la defensa para apoderarse del núcleo central y tomar las otras obras de la plaza.

Pero los alemanes necesitaban de todos modos entrar en posesión de Lieja, a fin de asegurar sus comunicaciones, pues la línea Lieja-Namur constituye uno de los centros ferroviarios más importantes de Europa. Trajeron entonces contra la plaza sus formidables cañones de sitio y empezaron un terrible bombardeo contra la ciudad y los fuertes más cercanos. Después de diez horas de fuego, los alemanes dieron un segundo asalto y se apoderaron de la ciudad y un fuerte; y al cabo de dos días, o sea el 7 de agosto, Lieja se encontraba en poder de los alemanes.

Iniciaron entonces su formidable avance por el corazón de Bélgica; era necesario dominar la mayor parte del territorio del pequeño reino, a fin de asegurar sus comunicaciones y retirada, antes de emprender la invasión del territorio francés. La defensa de los belgas demoraba, pero no podía impedir el avance incesante del ejército alemán, que dominaba gradualmente su territorio, cual una gigantesca onda cuyo punto inicial era Lieja. Durante la segunda semana de agosto, los belgas obtuvieron aún algunos éxitos parciales, en las acciones empeñadas en Diest, Haelen y Tirlemont; pero esos éxitos puede decirse que no eran más que meros combates de avanzadas, pues tan pronto como

los alemanes entraban en acción con el grueso de sus fuerzas, los belgas tenían que abandonar el territorio defendido, bajo el peso de la enorme superioridad numérica del enemigo.

La ayuda que Francia podía prestar en esos momentos a Bélgica, era nula, pues mientras se libraban aquellos combates la movilización francesa se realizaba, y de ella puede decirse que dependía la suerte de Francia. Un error del Estado Mayor francés en esas circunstancias, hubiera sido desastroso y seguramente hubiera envuelto o arrastrado consigo toda la suerte de la campaña. En el notable artículo publicado en la revista *The World's Work, The Second War Manual,* titulado *The Rush to Paris,* se dice:

> Los franceses al considerar su situación, que envolvía la determinación de la dirección de la línea de operaciones alemana, estaban también ciertos de que un avance fulminante sobre París sería intentado por sus adversarios. La única cuestión era por dónde vendría. Estudiando su frontera, era evidente que el valle del río Oise indicaba la ruta más directa hacia París... Los franceses, debido a que los centros de movilización de sus cuerpos estaban muy retirados de esa línea, no podían concentrar a lo largo de la misma ni con rapidez aproximada a la de los alemanes. Si intentaban detener a los alemanes en Bélgica, solamente tres cuerpos de ejército, el primero de Lila, el segundo de Amiens y el tercero de Rouen, podían ser reunidos con ese propósito dentro de los diez y seis días siguientes a la orden de movilización. Esta inferioridad numérica los expondría a una casi cierta destrucción a manos de una superior fuerza alemana. Las tropas inglesas no podían tampoco ser esperadas, para desembarcar y entrar en acción dentro de ese tiempo.

Sin embargo, abandonar a la heroica Bélgica a su suerte, sin intentar siquiera un esfuerzo, no se avenía con el noble espíritu de Francia, cuya deuda de gratitud para con aquélla será eterna. Al propio tiempo que se procuraba dar la mano al ejército belga, prolongando la resistencia en su territorio, Francia lograba avanzar su movilización, aun incompleta, y en tanto Alemania, el día 14 de agosto, habiendo completado la suya, arrojaba sobre Bélgica y la frontera del Este 21 cuerpos de ejército en una extensa línea desde Lieja a Basilea. El día 17 de agosto los despachos de Londres nos dieron cuenta de que las fuerzas francesas, unidas a las belgas, habían derrotado a las fuerzas alemanas que trataban de franquear el Mosa, a la altura de

Dinant. Pero, a partir de esa fecha, el ejército alemán, en la plenitud de sus fuerzas, se desborda por el norte de Bélgica, ocupando a Lovaina el día 18 y entrando en Bruselas dos días más tarde.

Irwin Will, que se encontraba presente al entrar los alemanes en Lovaina, nos describe algunas de las escenas de la ocupación en *Collier's:*

Los caminos se habían poblado de repente, y todos los peatones marchaban en una misma dirección; era una marea incesante hacia Bruselas. Todos llevaban algo, una maleta, un saco demodado de campo, un envoltorio. La vanguardia estaba compuesta principalmente de mujeres y hombres jóvenes, que caminaban de prisa, y aun algunos de ellos hablaban o reían. La línea proseguía, y llegamos a la zona de las ancianas, de los niños, de familias enteras, de los cargados con más peso. Nadie hablaba, pero nadie lloraba tampoco. El mundo había sido atacado del silencio, enmudecido. El único ruido perceptible era el roce de sus pies a lo largo del camino arenoso.

Describiendo la entrada del ejército alemán nos dice:

Primero venían las motocicletas, después las bicicletas, después tropas y más tropas de hulanos, hombres grises empolvados, en caballos oscuros... Hasta entonces habíamos sostenido la teoría de que se trataba de un avance de caballería, porque solamente habíamos visto caballería; pero al escuchar, llegó a nosotros un sonido más pesado que el de los cascos sobre el pavimento, y después, cantos. Por la esquina desembocó la cabeza de una columna de infantería cantando con toda la fuerza de sus pulmones "Die Wacht am Rhein"... Fijos en su canto y su marcha, sin mirar a derecha ni izquierda, ellos avanzaban a la conquista o la muerte. Por entonces, aquello se había convertido en una horda: infantería, caballería, artillería, infantería, caballería, artillería, rodando, avanzando hacia Bruselas y hacia Francia...

Y Richard Hunding Davis, que presenció la entrada de los alemanes en Bruselas, describe en el número de noviembre del *Scribner's Magazine,* escenas análogas. En Bruselas, hasta la víspera, la ciudad presentaba su aspecto habitual, de animación y alegría, en la confianza quizás sus habitantes de que los alemanes habían sido derrotados y rechazados, por lo mucho que se habían abultado los efímeros triunfos de Haelen, Diest y Tirlemont.

El cambio sobrevino, dice Davis, a las diez de la mañana, como si una varilla mágica hubiese cambiado un día de fiesta en el Continente en un lluvioso domingo de Londres. Los bulevares se vaciaron de re-

pente; no había una sola casa que no estuviera herméticamente cerrada; a lo largo de la ruta por donde se sabía que avanzaban los alemanes, parecía como si una plaga la hubiese asolado... A las once, observada solamente de la audiencia oficial, avanzó por el boulevar de Waterloo la vanguardia alemana. Constaba de tres hombres, un capitán y dos soldados en bicicleta. Detrás de ellos, y tan cerca unos de otros que no era posible cruzar de una acera a otra, venían los hulanos, la infantería y los cañones. Por dos horas estuve observándolos, y, cansado con la monotonía del espectáculo, me retiré al hotel. Una hora más tarde, los oía aún bajo mi ventana; y una hora y otra más, y continuaban pasando... Ya no eran regimientos de hombres en marcha: era algo indecible, inhumano; una fuerza de la naturaleza, una tromba, o la lava descendiendo de la montaña... Para completar esta máquina monstruosa, con sus pontones, sus inalámbricos, sus hospitales, sus aeroplanos—que en rígida alineación navegaban ante ella—, sus teléfonos de campaña—que durante su avance colocaba alambres por medio de los cuales, a millas de distancia, la vanguardia se comunicaba con la retaguardia—, todos los inventos modernos habían sido prostituídos...

Inglaterra había puesto manos a la obra con la misma decisión, perseverancia y energía que la han caracterizado en todos sus grandes conflictos. Su orgullo y confianza en la poderosa "Home Fleet", transpiraban en aquella lacónica orden que el Almirantazgo le dirigiera al iniciarse la guerra (émula, por su concisión y firmeza, de la divisa famosa de Trafalgar): "Inglaterra ha declarado la guerra a Alemania; *capture o destruya al enemigo*". Al propio tiempo, había confiado la suprema dirección de su organización militar a su héroe favorito, al hombre que mejor encarna sus tradiciones y su espíritu, a Horatio Herbert Kitchener of Khartoum. De él se dice en un artículo publicado en la revista *Current Opinion* (número de noviembre):

Su llegada produce el orden donde existía el caos; él trae siempre un plan, y cómo llega a él, nadie lo sabe, puesto que Kitchener desprecia todo lo que se parezca a un consejo de guerra; asume con gusto todas las responsabilidades, pero es necesario que se le dé completa autoridad. Su presencia, su sola aparición en el Ministerio de la Guerra, por consiguiente, tranquiliza a los ingleses. Gardner nos lo describe en los párrafos siguientes: Su mérito, en breve, es el de la organización, más bien que el de las batallas; no es un gran guerrero, sino, como Moltke y Carnot, un gran organizador de victorias. Algunos dicen que es cruel, pero es cruel en el sentido de que está empeñado en un juego cruel, que no ofrece lugar para la compasión; mantiene su vista fija en un fin y templa su corazón contra los latidos de la piedad; la guerra es para él

no una profesión, sino una religión... El extremo laconismo de las comunicaciones oficiales del Ministerio de la Guerra, se explica recordando aquel despacho suyo dirigido precisamente al Ministerio de la Guerra, desde el Africa del Sur, cuando la contienda con los boers: "Yo no apruebo la inclinación que existe en la prensa, de magnificar una escaramuza sin importancia en una victoria inglesa; y aunque encuentro difícil poder evitarlo, no lo animo en ningún sentido".

Inglaterra se había, pues, apresurado a enviar al Continente lo más selecto de su ejército regular, al mando del Mariscal Sir John French. Esta fuerza expedicionaria se ha calculado aproximadamente en 125,000 hombres, y apenas tuvo tiempo de tomar posiciones cuando la primera gran batalla de la guerra comenzaba.

Los críticos militares de Francia habían dirigido las más acres censuras a los generales de Napoleón III por la táctica defensiva empleada en 1870, la cual, aparte la condición desventajosa en que colocaba al ejército francés, obligaba al soldado a mantener una situación que no respondía al espíritu de acometividad y heroísmo que caracteriza al francés, factor principal de sus victorias en el pasado. Todas las autoridades estaban, por consiguiente, de acuerdo en iniciar desde los primeros momentos una vigorosa ofensiva, a fin de rechazar el ejército alemán de Bélgica y de esa manera impedir la invasión del territorio nacional. La invasión del territorio belga y del Gran Ducado de Luxemburgo, por una parte considerable del ejército alemán, hacía inferir que sus líneas debían encontrarse debilitadas en Lorena; y por ello el Estado Mayor francés decidió descargar el peso de la ofensiva sobre dicho territorio, haciendo avanzar cinco cuerpos de ejército sobre Saarburg. Si el movimiento ofensivo en esa dirección era realizado con éxito, las comunicaciones alemanas con las bases del Rhin serían amenazadas, tendrían que operar un cambio de frente en su flanco izquierdo, y como muchos de sus cuerpos de ejército se encontraban muy lejos en Bélgica, una gran victoria podía quizás obtenerse. Este ataque, combinado con otro sobre Alsacia, además de responder al plan ofensivo general, tenía la ventaja de provocar el entusiasmo en los pechos franceses, al tener conocimiento de que la gloriosa bandera tricolor ondeaba otra vez, después de 44 años de dolo-

rosa ausencia, en el territorio de Alsacia. Así, Henri Lavedan, en el número del 15 de agosto de *L'Illustration,* decía:

Yo he colocado en la pared, frente a mi cama, el periódico que anuncia en letras de triunfo estas palabras prodigiosas: "*Los Franceses en Alsacia*". Yo me alimento, sin saciarme, de la flameante inscripción...

Tengo a la vista los números 1625, 1626 y 1627, de *Les Annales,* en los que se resumen las operaciones del ejército francés, desde el comienzo de la guerra hasta fines de agosto, en la Alsacia y Lorena:

En tanto que el valiente ejército belga—se dice en el número de agosto 16—detenía el impulso del ala derecha alemana y casi destruía una de las ramas del gran núcleo que Berlín esperaba arrojar sobre nosotros, nuestras tropas tomaban en Alsacia una magnífica ofensiva y rechazaban en el primero y glorioso hecho de armas el ala izquierda enemiga. Por esa abertura de Belfort, por la cual debía colarse el torrente de una nueva invasión, la vanguardia francesa, constituída por una simple brigada, se apoderaba de Altkirch la tarde del 7 de agosto, y al día siguiente, por la madrugada, marchaba a ocupar Mulhouse. Altkirch estaba defendida por tres fuertes obras de campaña y por una brigada alemana, que nuestras tropas derrotaron después de haber tomado los reductos enemigos a la bayoneta. Su impulso fué de tal manera irresistible, que los alemanes abandonaron, sin combatir, la segunda línea de defensa. No hay necesidad de decir la acogida entusiasta que se hizo a nuestros pequeños soldados por la antigua y patriótica villa de Altkirch. En un instante toda la población rodeaba a nuestros soldados, abrazándolos y lanzando un grito inmenso de redención; arrancaba los postes fronterizos y los llevaba en triunfo... De Altkirch, nuestras tropas se dirigieron inmediatamente hacia Mulhouse, una de las nobles ciudades alsacianas que más han resistido a la influencia alemana. El tratado de Francfort había podido separarla políticamente de Francia, a la cual había solicitado unirse en 1798, pero su corazón continuaba siendo francés. La entrada de nuestros soldados entre sus muros, no fué más que una larga aclamación; vivas frenéticos saludaban a la bandera tricolor y la población leía con pasión la emocionante proclama que, al lanzar nuestras tropas sobre Alsacia, el general Joffre ha dirigido a los alsacianos: "Hijos de la Alsacia: Después de cuarenta y cuatro años de una dolorosa espera, los soldados franceses pisan de nuevo el suelo de vuestro noble país. Ellos son los primeros obreros de la gran obra del desquite. Para ellos, ¡qué emoción y qué orgullo! Para realizar esta obra, han hecho el sacrificio de su vida; la nación francesa unánimemente los empuja, y en los pliegues de sus banderas llevan inscritas las palabras mágicas del derecho y de la libertad. ¡Viva la Alsacia! ¡Viva la Francia!"

Le Courrier des Etats Unis publicó en lugar prominente de su número 87 del año actual el telegrama de felicitación que dirigiera el Ministro de la Guerra, Messimy, al Generalísimo Joffre:

La entrada de los franceses en Mulhouse, con las aclamaciones de los alsacianos, ha permitido a Francia entera respirar con tranquilidad. Estoy convencido de que la continuación de la campaña traerá mayores éxitos; pero ya el inicio enérgico de esta brillante ofensiva nos coloca en una situación moral que nos aporta un precioso consuelo. En nombre del gobierno de la República, me complazco en expresaros mi gratitud.

Véase, pues, con qué entusiasmo la nación acogía la noticia de la invasión francesa en las provincias perdidas.

Pero la aproximación de fuerzas alemanas de importancia, que avanzaban desde Mulheim y Neu-Brisach, obligaron a los franceses a evacuar a Mulhouse, al propio tiempo que se iniciaba otro movimiento ofensivo en los Altos Vosgos, apoderándose de los desfiladeros de Bonhomme y de Sainte-Marie-aux-Mines. A mediados de agosto, la ofensiva había progresado en ese distrito, ocupando las tropas francesas las poblaciones de Saales, Saint Blaise y Thann, y en la Lorena los cinco cuerpos de ejército que debían amenazar las comunicaciones alemanas, habían derrotado en la región Blamont-Cirey a un cuerpo de ejército bávaro. El general Pau, veterano de la guerra de 1870, fué el encargado de dirigir esa ofensiva, y la emprendió con tanto entusiasmo, que a esos éxitos pudo sumar la reocupación de Mulhouse el 18 de agosto. En la región de Lorena el avance era conducido con tal vigor, que las tropas francesas habían logrado dominar la línea Alaincourt-Delme y Chateau Salins, y amenazaban, por Morhange y Fenestrange, cortar las comunicaciones alemanas con el ejército estacionado en el campo fortificado de Treves y el grueso de las fuerzas en el Luxemburgo. Comprendiendo este peligro, los alemanes acudieron con fuerzas superiores en auxilio de los cuerpos amenazados y atacaron con vigor a los franceses; la superioridad numérica y la conducta vergonzosa de una división del 15°. cuerpo, obligaron a las fuerzas invasoras a retirarse, abandonando Donon y el desfiladero de Saales, y permitiendo al enemigo la ocupación de Luneville.

En estas condiciones, la primera gran batalla de la guerra

fué empeñada. Los franceses, apegados a la teoría de la ofensiva inmediata, intentaron detener en firme el avance alemán por medio de un vigoroso contraataque. El ala derecha, bajo el mando del general Pau, debía defender la línea Badonviller-Luneville, Amance-Dieulouard; un ejército, partiendo de la Waevre septentrional, debía atacar por Neufchateau a las fuerzas alemanas que desfilaban por el Gran Ducado de Luxemburgo y la ribera derecha del río Semois; el centro, operando sobre la base de Namur, avanzaría desde la región de Chimay, para atacar la derecha alemana entre el Sambra y el Mosa, apoyada en su extrema izquierda por la fuerza expedicionaria inglesa que había tomado posiciones en Mons.

Una comunicación oficial, de 24 de agosto, del Ministerio de la Guerra francés, anunciaba que Luneville, Amance y Dieulouard, en el Departamento del Meurthe y Mosela, habían sido ocupados por los alemanes. ''Nuestros ejércitos'', agregaba, ''han tomado resueltamente la ofensiva entre el Mosela y Mons. Una batalla general se libra ahora en la Alta Alsacia, sobre los Vosgos y a lo largo del Meurthe. Un ejército, desde el norte de Waevre, se acerca a Neufchateau y está atacando las fuerzas alemanas que atravesaban el Luxemburgo y se encuentran sobre la ribera derecha del Semois''... Al día siguiente todos los periódicos publicaban un despacho de Berlín, en el cual se anunciaba una gran victoria alemana: ''Las tropas alemanas que luchaban con las francesas, las derrotaron en una batalla desde el 17 al 21 de agosto. Luneville ha sido tomado y el ejército del general Joffre, destrozado, es incapaz de acción alguna. El ejército del Kronprinz ha arrojado a los franceses hacia el oeste de Longwy. El ejército del Duque de Wurtemberg, marchando a través de Bélgica, ha cruzado el río Semois y aplastado el ejército francés que avanzaba... El río Semois, Longwy y la mayor parte de la frontera franco-belga, están en manos alemanas. Un avance concéntrico sobre París, de todo el ejército alemán, es muy probable.''

El *Evening Sun*, del propio día 24, describe el resultado de estas operaciones del modo siguiente:

Desde tres bases diferentes, Alemania ha lanzado sus ejércitos sobre Francia. Esos ejércitos, moviéndose en una dirección convergente hacia

París, toman sus nombres de los ríos cuyos valles seguían, el Mosa, el Mosela y el Rhin. Antes de que llegaran a su frontera, donde los franceses tienen permanentes y considerables fortificaciones, su Estado Mayor lanzó la semana pasada tres ejércitos contra ellos: uno desde la línea Lille-Maubeuge, al norte de Francia, a lo largo del Sambra y del Mosa; otro desde Verdun, a través del Mosa francés, en la región de Ardennes, cerca de Neufchateau; el tercero desde Nancy hacia la Lorena alemana, entre Metz y Estrasburgo. El obvio propósito de estos movimientos contra-ofensivos, era atacar los tres ejércitos alemanes antes de que llegaran a Francia, deteniéndolos y obligándolos a mantenerse a la defensiva antes de que tuvieran tiempo de desenvolver sus líneas, ponerse en contacto y alcanzar su máximo de eficiencia. Cada una de estas contra-ofensivas ha fracasado totalmente... El primer fracaso fué el del ejército del Este, que hacía frente al ejército del Rhin, cuya dirección había sido confiada al príncipe Ruperto de Baviera. Esta ofensiva tenía dos fases diferentes: una suponía un movimiento a través de la Alsacia meridional, desde Belfort y los desfiladeros de los Vosgos; la otra un avance por Luneville, entre Metz y Estrasburgo, hacia el Bajo Rhin a Maguncia. El franco propósito era rechazar cualquier fuerza alemana en esa región y obligar a los alemanes a debilitar su gran ejército en Bélgica. En las dos Alsacias y en la Lorena Alemana, la ofensiva tuvo un éxito pasajero... De repente, sin ninguna explicación, se informó que el avance había terminado y que las tropas, en retirada, se encontraban más allá de Luneville, cerca de Nancy. La única explicación concebible, era que la fuerza invasora había sido derrotada, si no aniquilada. Esto lo afirmaron categóricamente los boletines alemanes, sosteniendo la captura de 150 cañones, mientras el rumor francés lo atribuyó al fracaso de un cuerpo de ejército al realizar su cometido y a la desgracia de un general. Mucho más obscura es la historia del rechazamiento o derrota de las columnas francesas lanzadas contra el ejército del Mosela, establecido evidentemente en los Ardennes, al oeste del Luxemburgo y al norte de Longwy, Verdun y Stenay. Ciertamente la intención era atacar las fuerzas alemanas que avanzaban por la peligrosa región de los Ardennes. Los boletines franceses admiten la retirada de sus columnas más allá del Semois, hacia Verdun. Los despachos alemanes anuncian una importante victoria en Neufchateau, aun más completa que en Lorena, capturando algunos generales y muchos miles de soldados. Finalmente, alrededor del Sambra y el Mosa, al norte de Maubeuge, el ataque anglo-francés sobre el ejército alemán del Mosa, que se dirigía hacia el sur, viniendo de Bruselas, parece haber cedido después de una lucha desesperada, debido a la inesperada y rápida caída de Namur, que exponía el flanco francés en el Sambra al avance alemán.

El fracaso de la contra-ofensiva, colocó a los ejércitos aliados en la situación más crítica de toda la guerra. El Gran

Duque de Albrecht, al mando de las tropas wurtemburguesas, operando de concierto con las fuerzas que dirigían el Kronprinz y Von Heeringen, avanzaba sobre Verdun y Rethel, disponiéndose al propio tiempo, de acuerdo con el Príncipe de Baviera, a atacar a Nancy para abrirse paso por territorio francés, merced a la importante vía férrea Metz-París. Los generales Von Kluck y Von Büelow, con la cooperación de Von Hausen, habían tomado a Namur, mantenido la posesión de Charleroi—tomada y perdida varias veces durante el curso de la batalla—, y amenazaban envolver el ala izquierda inglesa, situada en Mons, la única que había resistido con éxito la fuerza estupenda desplegada por la ofensiva alemana.

La batalla de Mons marca, en mi sentir, el punto culminante de la ofensiva alemana, la situación más comprometida para el ejército aliado; y por ello paso a ocuparme de la misma con detenimiento, sirviéndome, para explicarla, del informe oficial de Sir John French al Ministro de la Guerra.

La línea se extendía, dice él, desde Condé, al oeste, a través de Mons y Binche, hacia el este. La batalla comenzó el domingo 23 de agosto en Mons; durante este día y parte de la noche, un ataque alemán, que fué enérgicamente forzado y repetido, hubo de ser completamente rechazado por el centro inglés. La situación del ala derecha, colocada en una posición cercana a Mons, estaba seriamente amenazada y la división del "Royal Irish Regiment", que la defendía, había experimentado pérdidas considerables. El jefe del primer cuerpo había retirado su flanco hacia atrás, a una altura al sur de Bray, y el quinto de caballería evacuó Binche, moviéndose también un poco hacia el sur. El enemigo entonces ocupó a Binche. La derecha de la tercera división, bajo el mando del general Hamilton, se encontraba situada en Mons y formaba un peligroso saliente, por lo cual se ordenó al comandante del 2°. cuerpo, si era seriamente amenazado, que retirase el centro detrás de la ciudad de Mons, lo cual se efectuó antes del oscurecer. Mientras tanto, a las cinco de la tarde, el mariscal French recibía un mensaje inesperado del general Joffre en que le anunciaba que, por lo menos, tres cuerpos alemanes se dirigían sobre su posición del centro y que un segundo cuerpo iniciaba un movimiento envolvente en

la dirección de Tournai, informándole también que las dos divisiones francesas de reserva y el 5°. cuerpo de ejército francés, a su derecha, se retiraban por haber ganado los alemanes el día precedente el paso del Sambra entre Charleroi y Namur.

En vista de la posibilidad de ser arrojado de la posición de Mons, el mariscal French había previamente ordenado el reconocimiento de una posición a su retaguardia. Esa posición descansaba en la fortaleza de Maubeuge, a la derecha, y se extendía en dirección oeste hacia Jenlain, al sudoeste de Valenciennes, a la izquierda. Se le informó que la posición era difícil de sostener, a causa de los plantíos y los edificios que impedían la construcción de trincheras y limitaban el fuego en muchas localidades; pero, sin embargo, pudieron lograrse algunos buenos emplazamientos para la artillería. Cuando las noticias de la retirada del ejército francés y la seria amenaza de que era objeto el centro del ejército inglés por parte de los alemanes, llegó a Sir John French, éste trató de confirmarlas por medio de reconocimientos realizados por aeroplanos, y como resultado decidió la retirada sobre Maubeuge al amanecer del lunes 24 de agosto.

El combate continuaba con cierto vigor a lo largo del frente de batalla, durante toda la noche; y al amanecer del 24, la segunda división realizó un movimiento enérgico amagando tomar a Binche, el cual fué protegido por la artillería de la 1ª. y 2ª. divisiones, al mismo tiempo que aquélla tomaba una posición de apoyo en las cercanías de Peissant. Bajo la protección de este movimiento, el 2°. cuerpo se retiró hacia la línea Dour, Quarouble y Fremaries. La 3ª. división sufrió pérdidas considerables en esas ofensivas, por haber vuelto el enemigo a ocupar a Mons.

El 2°. cuerpo se detuvo en la línea antes citada, donde se atrincheró, permitiendo a Sir Douglas Haig, con el primer cuerpo, retirarse gradualmente hacia la nueva posición sin sufrir grandes pérdidas y alcanzando la línea de Bavay a Maubeuge como a las siete de la tarde.

Durante la noche, el enemigo parecía dirigir su esfuerzo principal contra la izquierda inglesa. El mariscal French había ordenado previamente al general Allenby, al mando de la caballería, actuar vigorosamente sobre la línea de fuego de la izquierda para tratar de aliviar la presión que sobre la misma

se ejercía. Como a las siete y media de la mañana, el general Allenby recibía un mensaje de Sir Charles Ferguson, que estaba al frente de la 5ª. división, diciéndole que era atacado con violencia y tenía necesidad de refuerzos, por lo cual el general Allenby trató de prestar apoyo con su caballería a la 5ª. división, que tanto lo necesitaba. Durante el curso de esta operación, el general De Lisle, al mando de la 2ª. brigada de caballería, creyó entrever una buena oportunidad para paralizar el ataque de la infantería enemiga, realizando una carga sobre su flanco; avanzó con este propósito, pero fué detenido como a 500 yardas de su objetivo por las alambradas, y el 9º. de lanceros y el 18º. de húsares sufrieron grandes pérdidas en la retirada, que hubo necesidad de emprender con toda urgencia.

La brigada 19ª. de infantería, que había estado custodiando la línea de comunicaciones, fué traída por ferrocarril de Valenciennes al campo de batalla, y en la mañana del 24 ocupaba una posición al sur de Quarouble, a fin de apoyar la izquierda del segundo cuerpo. Con el auxilio de la caballería, Sir Horace Smith Dorrien pudo efectuar su retirada a una nueva posición, a pesar de tener en frente dos cuerpos de ejército del enemigo y otro amenazando su flanco.

Al oscurecer, el segundo cuerpo ocupó una posición situada al oeste de Bavay y el primer cuerpo se encontraba a la derecha de dicha población. Al propio tiempo, el ala derecha se encontraba protegida por la fortaleza de Maubeuge y la izquierda por la brigada 19ª., en posición entre Jenlain y Bavay, mientras la caballería cubría sus flancos exteriores. Sir John French no podía contar con otro apoyo, habiendo los franceses continuado su retirada, que la fortaleza de Maubeuge; y los esfuerzos del enemigo para envolver su flanco, le confirmaron que intentaba arrojarlo dentro de dicha plaza para rodearlo allí, sitiarlo y obligarlo más tarde a capitular. Comprendió el esforzado comandante inglés que no podía perder un momento en su retirada hacia otra posición. Como tenía muchas razones para creer que el enemigo estuviese agotado, y sabía que había sufrido pérdidas considerables, podía esperar que su persecución no fuese demasiado activa y le permitiera realizar su propósito.

La situación para el ejército aliado no podía ser más com-

prometida en aquellos momentos. La ofensiva alemana había tomado proporciones gigantescas, triunfando en todas partes; si lograban alcanzarlo en su retirada y derrotarlo por segunda vez, antes de que pudiera rehacerse al sur del Marne, donde la concentración de las fuerzas francesas debía realizarse, el plan trazado sobre sus planos, por el Estado Mayor del ejército alemán en Berlín, se habría llevado a cabo con sólo algunos días de retraso. Si el movimiento envolvente dirigido contra el ala izquierda, que defendían los ingleses, se operaba satisfactoriamente, las líneas de comunicaciones serían cortadas y el ejército francés se vería a su vez amenazado de otro movimiento envolvente colosal, que lo encerraría como en un círculo de hierro en su gran línea de defensa del Este.

Las huestes del Kaiser invadían el territorio francés por todas partes: Von Kluck y Von Büelow avanzaban por la línea Maubeuge-Mezières; el Príncipe de Wurtemberg y el Kronprinz, por Sedán y Longwy, amenazando a Verdun; el Príncipe de Baviera, desde Luneville, se dirigía sobre Nancy, la capital de la Lorena francesa.

Bélgica quedaba desde ese momento confiada a sus propias fuerzas, o, lo que es lo mismo, abandonada a su suerte. ¡Con qué dolor no verían los soldados belgas cruzar nuevamente su frontera, en franca retirada, a aquellos soldados franceses e ingleses que pocos días antes habían acogido como los redentores de su suelo! ¡Con ellos se marchaban las últimas ilusiones de libertad, de calma y tranquilidad, de paz en sus hogares!

¿Cuál no habría de ser la triste suerte de ese heroico pueblo, si Alemania venciese en la contienda actual? Sus campos han sido arrasados, sus ciudades incendiadas o destruídas; sus mujeres y sus pequeños, dispersos, errantes en tierras extrañas, sufren todos los rigores de la miseria y las desgracias. Por todas partes la ruina y la desolación se ofrecen a la vista del que atraviesa ahora sus antes risueñas campiñas; el país quedará de tal modo anonadado, que apenas si podrá decirse al contemplarlo: ¡aquí hubo un pueblo!

Venciendo los aliados, Bélgica puede esperar que una fuerte indemnización de guerra, impuesta a su poderoso enemigo, contribuya en algo a restañar sus heridas y aliviar las desgracias

de sus hijos; pero si fueren derrotados, Bélgica, borrada de la lista de las naciones, correría la misma suerte que Polonia. ¡Su destino sería, sin embargo, cien veces más amargo y más injusto! Polonia pereció, porque sus hijos se envilecieron sucumbiendo al oro del enemigo y desquiciándose en luchas fratricidas; murió porque debía morir. La valerosa y pequeña nación belga, adornada de todas las virtudes, ha luchado con energías sobrehumanas en una contienda a que era ajena y que la voluntad de los fuertes le imponía, para preservar la integridad de su suelo. Vencedora o vencida, su conducta será fuente de admiración y respeto para todos, como modelo de abnegación y patriotismo; y parafraseando aquella sentencia inmortal con que honrara el gran pueblo vecino del cubano a su afamado Libertador, diremos que ha sido primera en la paz, primera en la guerra y primera en el corazón del mundo entero!

OSCAR GARCÍA MONTES.

Octubre, 1914.

ÍNDICE DEL TOMO SEXTO

(SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1914.)

POR MATERIAS

Páginas

Páginas

POR AUTORES





